

MINISTERIO DE CULTURA
DIRECCION GENERAL DE BELLAS ARTES Y ARCHIVOS
SUBDIRECCION GENERAL DE ARQUEOLOGIA Y ETNOGRAFIA

Z 242

NOTICIARIO ARQUEOLOGICO HISPANICO

27

1986



Z. 242

MINISTERIO DE CULTURA
DIRECCION GENERAL DE BELLAS ARTES Y ARCHIVOS
SUBDIRECCION GENERAL DE ARQUEOLOGIA Y ETNOGRAFIA

**NOTICIARIO
ARQUEOLOGICO
HISPANICO**

27

1.ª edición: Madrid, 1987

Edita: MINISTERIO DE CULTURA

Dirección General de Bellas Artes y Archivos

Departamento de Arqueología

Plaza del Rey, 1. 28071 Madrid. Tel. 429 24 44

Distribución: San Mateo, 13. 28004 Madrid. Tel. 448 07 73

NIPO: 301-86-074-7

ISSN: 0211-1748

Depósito Legal: M. 17884-1984

Imprime: ARTEGRAF

Sebastián Gómez, 5. 28026 Madrid

Printed in Spain - Impreso en España

INDICE

	<u>Págs.</u>
DOLMENES DE SEDANO II. EL SEPULCRO DE CORREDOR DE LAS ARNILLAS (MORADILLO DE SEDANO, BURGOS). <i>Germán Delibes de Castro, Manuel A. Rojo Guerra y Carlos Sanz Min- guez</i>	7
NOTAS SOBRE EL YACIMIENTO CAMPANIFORME DE ARRABAL DE PORTILLO (VALLADOLID). <i>Julio Fernández Manzano y Manuel A. Rojo Guerra</i>	41
EXCAVACIONES DE DOS NUEVOS ASENTAMIENTOS PREHISTORI- COS EN GETAFE (MADRID). <i>M.ª Concepción Blasco Bosqued y Joaquín Barrio Martín</i>	75
LA PEÑA NEGRA V. EXCAVACIONES EN EL POBLADO DEL BRON- CE ANTIGUO Y EN EL RECINTO FORTIFICADO IBERICO (CAMP- ÑA DE 1982). <i>Alfredo González Prats</i>	143
EL CERRO DE LOS ENCAÑOS (VILLAR DEL HORNO, CUENCA). <i>Adriano Gómez Ruiz</i>	265
EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS VISIGODA DE «EL HUERTO DE LA PESCA» (GERENA, SEVILLA). <i>Fernando Fernández Gómez</i>	351
LA NECROPOLIS MEDIEVAL DE «LOS CENTENALES» (BENEGILES, ZAMORA). <i>Jesús M.ª del Val Recio</i>	367

DOLMENES DE SEDANO. II.

**El sepulcro de corredor de Las Arnillas
(Moradillo de Sedano, Burgos)**

**Germán Delibes de Castro
Manuel A. Rojo Guerra
Carlos Sanz Mínguez**

I. INTRODUCCION

Prosiguiendo la labor iniciada en 1976, que tenía como fin el estudio del fenómeno megalítico en el sector septentrional de la provincia de Burgos, llevamos a cabo en el transcurso de los meses de julio y agosto de 1983 una nueva campaña de excavaciones, esta vez centrada en el sepulcro de Las Arnillas, Moradillo de Sedano, la cual se completó en el mes de septiembre del mismo año con otra de planimetría general del monumento.

El resultado de los trabajos, que supusieron una inversión de más de dos mil horas de labor de campo, fue el reconocimiento de un magnífico sepulcro de corredor que proporcionó el más variado y rico ajuar de los detectados hasta el momento en megalitos burgaleses, completando así la idea, un tanto desdibujada, que de este yacimiento se tenía. El mismo fue objeto de atención ya desde los años 40 al igual que el también vecino sepulcro de corredor del Castrejón o La Nueva Negra por un vecino de Moradillo, don Angel Martínez, quien efectuó algún movimiento de tierras en él. A raíz de ello, unos años después de publicarse la noticia de L. Huidobro sobre el descubrimiento del dolmen de El Moreco en Los Altos, anunciada en el Congreso Arqueológico de Burgos de 1955 (1), el sepulcro de Las Arnillas (¿o el de El Castrejón?) aparecerá citado en el «Catálogo Arqueológico de la provincia de Burgos» de Osaba (2), si bien señalándose erróneamente su ubicación en tierras del entonces municipio de Gredilla de Sedano. Tal equivocación persistirá en un nuevo trabajo del mismo autor publicado cinco años después (3), pero no así en la obra de síntesis de Uribarri sobre igual tema publicada en 1975 (4), siendo necesario destacar que en todos ellos no pasa de aludirse de forma imprecisa a la existencia del monumento, sin ahondar en sus características arquitectónicas, por cuanto éstas —salvo dos lajas de la cámara— no resultaban en absoluto visibles, permaneciendo bajo el túmulo y en parte enmascaradas por rústicas construcciones de piedra, erigidas modernamente en las cotas más altas de aquél, a modo de refugios de pastor.

Además de los firmantes, intervinieron asiduamente en el trabajo de campo los licenciados J. Delibes, M. L. García Ruiz y P. Pérez Santamaría, además de los vecinos de Sedano E. García, M. Fernández y S. Recio. La planimetría del túmulo es obra de A. Rodríguez González, y los dibujos de planta y secciones del megalito se deben a C. Sanz Mínguez y M. L. García Ruiz. A todos ellos expresamos nuestra gratitud, extensiva al alcalde del Valle de Sedano D. Luis Peña, al alcalde pedáneo de Moradillo D. Zacarías Ruiz y a los vecinos de Sedano, D. Manuel Gallo y D. Juan Manuel Valderrama, por tantas facilidades como nos dieron para poder llevar a cabo nuestro trabajo. Una vez más, por último, deseamos hacer público nuestro agradecimiento al Dr. Elorza Guinea, director del Museo de Burgos, por canalizar desde el

(1) HUIDOBRO, L.: *Descubrimiento megalítico en Nocedo (Sedano)*, Actas IV C. N. Arq., Burgos, 1955, Zaragoza, 1957, pp. 125 y ss.

(2) OSABA Y RUIZ DE ERENCHUN, B.: *Catálogo arqueológico de la provincia de Burgos*, N.A. Hisp., VI, 1962, Madrid, 1964, p. 236.

(3) OSABA Y RUIZ DE ERENCHUN, B.: *Nuevos yacimientos arqueológicos en la provincia de Burgos*, B.I.F.G., 171, 1969, p. 128.

(4) URIBARRI ANGULO, J. L.: *Fenómeno megalítico burgalés*, Burgos, 1975, p. 19.

mismo nuestras investigaciones, y así mismo a D. Alberto Bartolomé Arraiza, responsable del área de Cultura de la Excma. Diputación Provincial de Burgos, a quién recurrimos para solventar las pequeñas dificultades que surgieron cuando nos planteamos la necesidad de preservar los documentos arqueológicos descubiertos. En tal sentido, y para terminar, no queremos desaprovechar la ocasión de denunciar públicamente que el emplazamiento del sepulcro de corredor de Las Arnillas dista muy escasos metros de un área del páramo próxima al camino de Los Llanos que es utilizada ocasionalmente como campo de tiro por el Ejército de Tierra, lo que hacemos sin mayor pretensión que la de advertir de deterioros fortuitos que por tal razón pudiera llegar a sufrir tan importante testimonio arqueológico.

II. LOCALIZACION Y ENTORNO

El sepulcro de Las Arnillas está situado en una estrecha lengua de páramo delimitada por los valles, profundos, del río Moradillo y del arroyo de Cabillas. Su emplazamiento coincide en el punto más destacado del mismo, sobre la cota de 1.040 m., y sus coordenadas de localización, según la hoja n.º 135 del M.T.N. de España, son 0º 00' 33" de Longitud Este y 42º 42' 53" de Latitud Norte (Fig. 1).

El lugar prácticamente equidista de los pueblos de Gredilla y Moradillo, aún correspondiendo antes de la moderna concentración de ayuntamientos a las tierras del último municipio mencionado. Fueron hasta este mismo siglo campos de labor, aunque la pobreza de los suelos —calizas arenosas y margas correspondientes al Santoniense Superior— unida al despoblamiento reciente de la zona han determinado su abandono, presentándose hoy como un erial en el que apenas crecen el brezo, las aula-gas y algo de pasto que sirve para el sostenimiento de una pequeña cabaña de vacuno. En todo caso, a efectos de un posible aprovechamiento de este medio en tiempos preteritos, es importante recordar que los técnicos que modernamente han estudiado las posibilidades de aprovechamiento económico de esta zona, hablan de «suelos de capacidad de uso muy limitado», poniéndose de manifiesto la escasa bondad de los mismos. Todo ello, una vez más nos incita a sospechar que quienes se enterraban en estos monumentos megalíticos establecidos en los bordes de los páramos, aunque pudieran recorrer asiduamente dichos altiplanos con sus rebaños de ovino, debieron tener sus núcleos de población estable en las tierras bajas de los valles. En el caso concreto de Las Arnillas este tipo de emplazamiento prácticamente en el borde del valle del Moradillo no contradice tal posibilidad, aunque justo sea reconocer lo empinado y penoso del acceso desde el mismo al monumento en cuestión.

III. LAS EXCAVACIONES: PLANTEAMIENTO Y SISTEMA DE TRABAJO

El aspecto del yacimiento previamente a la excavación era el de un túmulo de planta más o menos circular, con aproximadamente dos metros de altura sobre el nivel de páramo circundante, en cuyo centro se podía apreciar un amplio cráter en el que destacaban dos grandes ortostatos calizos, perfectamente enhiestos, presumiblemente correspondientes a la cámara de un sepulcro megalítico. En las cotas más altas del montículo existía, como ya hemos dicho, una potente construcción de piedra en seco, que procedimos a desmontar en su totalidad como paso previo al inicio de las excavaciones, completándose tal labor con una limpieza de las abundantísimas piedras sueltas diseminadas por casi toda la superficie tumular. Ello nos permitió localizar de inmediato en la vertiente SE del montículo la parte superior de tres grandes losas, aparentemente apaisadas y con ostensible alineación NW-SE, que desde el primer momento juzgamos correspondientes a una de las paredes del corredor de acceso a la cámara funeraria.

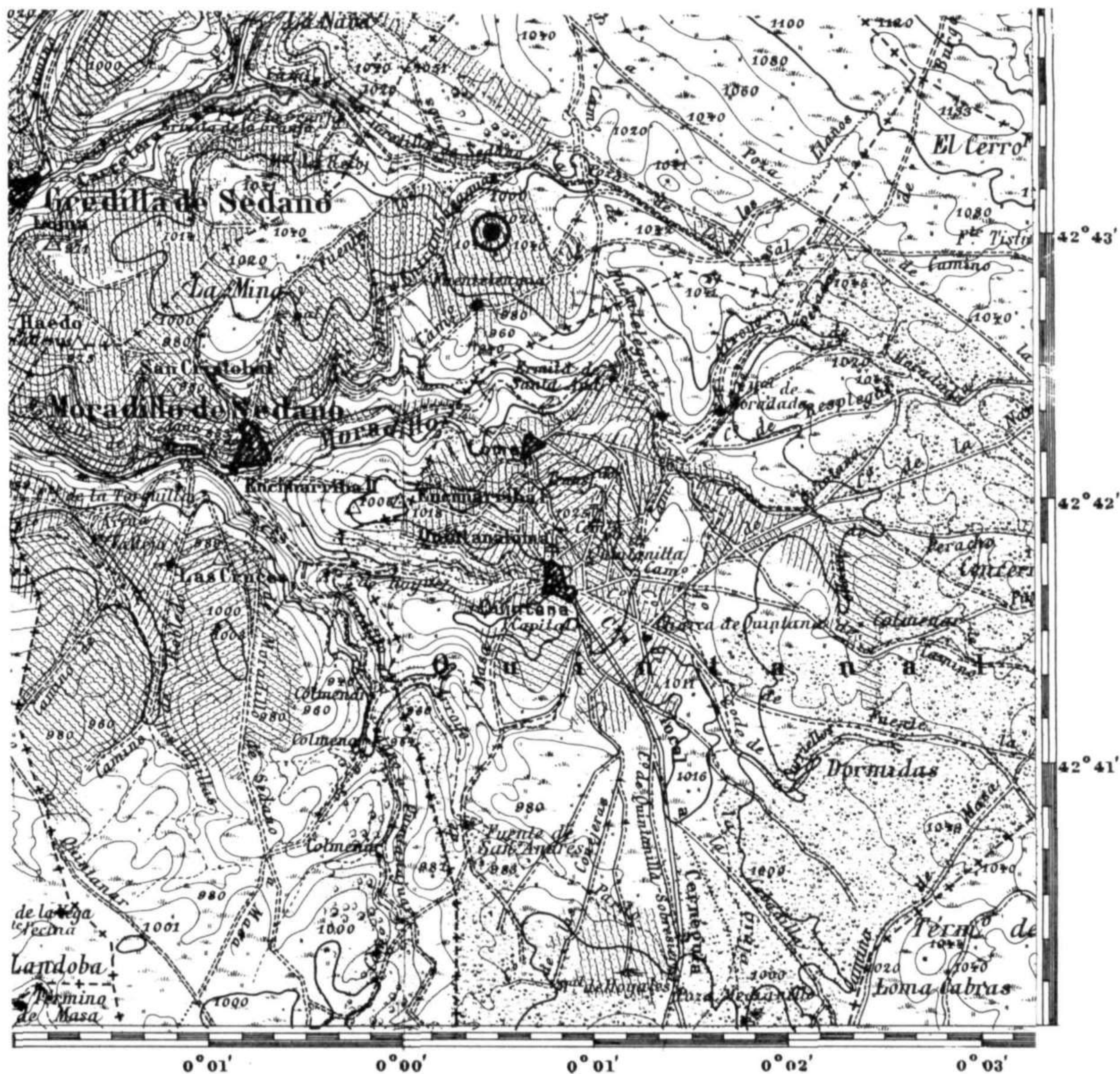


Fig. 1. - Localización del dolmen de Las Arnillas. MTN de España, escala 1/50.000, hoja n.º 135.

Ubicación de cámara –intuida bajo la depresión citada del centro del túmulo– y disposición del corredor, determinaron el establecimiento de las unidades de excavación. Así, se trazó una gran zanja (C) de dos metros de anchura que cruzaba diagonalmente el túmulo en disposición SE-NW –esto es, coincidiendo en su extremo oriental con el presunto trazado del pasillo, en su sector central con parte de la cámara, y en el oriental con simplemente uno de los radios del túmulo–, de manera que con su sola excavación se pudieran contestar prácticamente las principales cuestiones planteadas sobre las características del monumento: arquitectura, relleno de cámara y pasillo de acceso, y estructura de la masa tumular.

Dentro de la zanja C individualizamos diez áreas que se numeraron de E a W del I al X. La primera tiene cuatro por dos metros; la II, III, IV y V, dos por dos; la seis dos por tres; y las cuatro restantes dos por dos metros. Entre ellas se respetaron testi-

gos de 50 cm. salvo entre las unidades VI y VIII en que se dejaron 3 m. completos sin excavar. Por último es necesario reflejar que en la cuadrícula V, que coincidía con la cámara, la anchura media de la zanja C resultaba excesivamente reducida para abarcar la totalidad de la superficie de aquélla, lo que nos indujo a crear dos ampliaciones –septentrional y meridional– que subsanaron esta deficiencia. Así mismo también se procedió a realizar una ampliación al S de C - IX, con la finalidad de contrastar algunos aspectos no muy claros relacionados con la estructura del túmulo (Fig. 2).

En cuanto a la recogida de datos, ésta fue efectuada conforme a la habitual fórmula de coordenadas cartesianas, en el que todos los accidentes del yacimiento (niveles, estructuras y hallazgos) cuentan con su registro tridimensional. Para ello fueron tomadas las referencias de Longitud y Latitud desde los límites de las cuadrículas correspondientes y las cotas de profundidad a partir de un punto «O» fijo, previamente establecido, utilizando para ello un nivel de precisión.

Finalmente, en el capítulo estricto de la excavación casi resulta innecesario señalar por obvio, que se procedió a extraer los sedimentos por riguroso orden estratigráfico, respetando los niveles arqueológicos como unidades independientes y llegando incluso a subdividirlos artificialmente cuando la notable potencia de los mismos lo hacía aconsejable. Tales niveles quedan gráficamente documentados en la representación de las secciones de los alzados de los cuadros (Fig. 4); así mismo la distribución de los materiales por nivel fue llevada a cabo minuciosamente, de lo que dan fe los planos realizados al efecto, particularmente expresivos en el nivel de enterramiento (Fig. 5).

IV. RESULTADOS

a) Las estructuras arquitectónicas:

Como ya se ha indicado, el megalito de Las Arnillas responde a la variedad conocida como «sepulcro de corredor», que consta de cámara propiamente dicha y pasillo de acceso. Aquella, ubicada prácticamente en el centro del túmulo, tiene planta poligonal de clara tendencia circular (unos 4 m. de diámetro), conservándose actualmente seis de las ocho o nueve lajas que debieron conformarla en su origen. Las que actualmente faltan, correspondientes al extremo opuesto al de la entrada del corredor, indudablemente fueron desplazadas en cualquiera de las varias intrusiones o violaciones que desde época campaniforme fueron efectuadas en el monumento. Los ortostatos de la cámara que hoy permanecen erguidos verticalmente, son de caliza en todos los casos, apenas, si están toscamente desbastados y alcanzan a medir 2,5 m. de alto por algo menos de 1,5 m. de anchura, y entre 40 y 60 cm. de espesor. Los dos más próximos al corredor aparecen claramente embocados hacia éste pero sin estar en conexión directa con él, ya que entre ellos y las primeras losas del pasillo, han sido dispuestos dos pilares de piedra tan altos como los ortostatos de la cámara que con seguridad tuvieron la misión de soportar, a modo de jambas, la primera de las cubiertas planas del corredor.

En cuanto a éste es desmesuradamente largo, conservándose hoy de él cerca de doce metros. Su orientación es NW-SE y, a diferencia de como ocurre en la cámara, las losas que lo componen –a veces de hasta 2,30 m. de largo y calzadas directamente sobre el páramo– aparecen dispuestas de forma apaisada, prevaleciendo por tanto en ellas la longitud sobre la altura. Los 11 m. de lienzo meridional del corredor están contruidos así con sólo siete losas (sin contar los apoyos del primer dintel) y otras tantas –acaso una más– se disponían en la opuesta, aunque hoy sólo haya cinco *in situ*. Como tónica dominante puede decirse también que el tamaño de aquellas disminuía progresivamente al alejarse de la cámara y aproximarse a la periferia tumular.

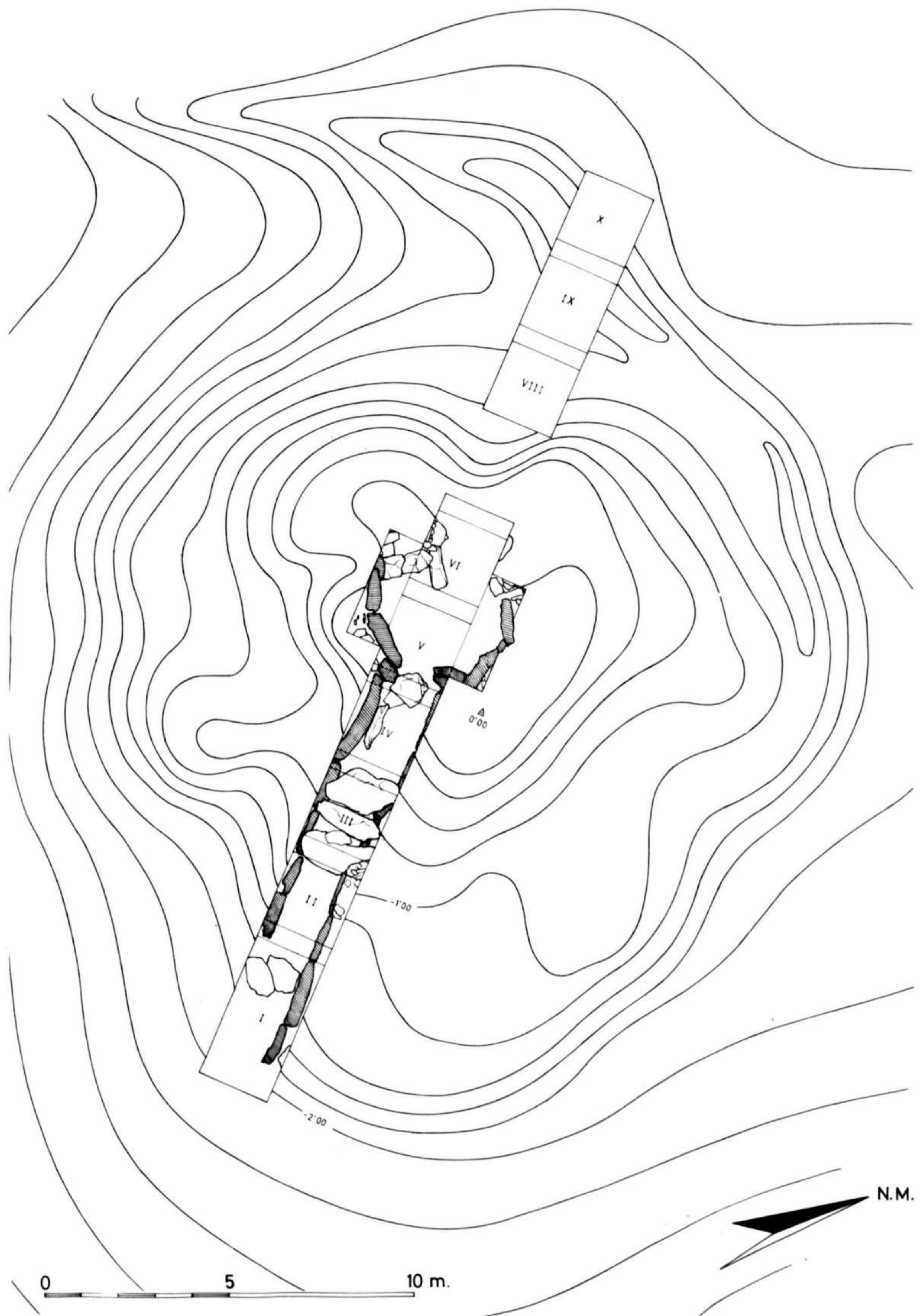


Fig. 2. - Levantamiento topográfico del túmulo, planta del sepulcro y planteamiento de la excavación en el megalito de Las Arnillas, Moradillo de Sedano (Burgos).

En todo caso las enseñanzas más interesantes desde el punto de vista arquitectónico del sepulcro de las Arnillas, por lo que de novedoso tienen en relación con el grupo megalítico del Este de la Meseta, atañen a los sistemas de cubierta. En el corredor ésta fue plana, sin duda, como lo demuestran las tres lajas que aún se conservan en posición original, horizontalmente, en su sector medio, y así mismo otras tantas desplomadas del tramo más próximo a la cámara. Ello nada tiene de novedoso evidentemente, pero sí el detalle de que junto a los grandes bloques calizos que integran esencialmente la estructura del monumento, también hay un trabajo con pequeño aparejo de piedra en seco (Fig. 3). Concretamente a este procedimiento se ha recurrido para recrear la altura de las lajas del corredor más próximas a la cámara, que recordemos se disponían apaisadamente, de tal suerte que se han levantado hasta seis hiladas de pequeñas losas por encima de ellas, con la fortuna de que en algunos casos aún descansan sobre las mismas las cubiertas planas anteriormente mencionadas, poniendo de manifiesto el sincronismo de las paredes de sillarejo y de la construcción ciclópea.

Para la cámara no resulta tan fácil precisar el sistema de cubierta. La evidencia de un fuerte nivel de losetas en su interior, y el detalle de que alguna de éstas componían adecuadamente todavía un pequeño lienzo de pared en la parte alta de los ortostatos, salvando así las irregularidades de los mismos, nos lleva a intuir la posible cubrición de estos megalitos con una tosca cúpula, lo que sin embargo dista mucho de encontrarse suficientemente contrastado.

En otro sentido hemos de hacer también alusión al hallazgo producido en el límite entre C-V y su ampliación septentrional de una laja de caliza muy estrecha (5 cm. de media) y cerca de 1 m. de longitud, que aparece deliberadamente cortada, formando un arco en su zona central –se aprecian nítidamente los golpes de la herramienta con que se hizo– al modo de lo que podía ser una «puerta perforada». La identificación como tal no puede tratarse sin precauciones, ya que únicamente se conservaría una pequeña parte (un tercio) de ella, pero en principio somos partidarios de una interpretación en tal sentido, sugiriendo además que su posición original estaría en el umbral de la cámara, sujeta entre los últimos ortostatos de ella y los soportes del primer dintel del corredor (Lám. IV,3).

Finalmente, en lo que se refiere al túmulo, baste decir que tiene una disposición circular, en torno a la estructura arquitectónica propiamente dicha, contando con 35/40 m. de diámetro y 3 de altura en el centro. Sus vertientes son suavemente tendidas hacia el E y algo más pronunciadas –acaso por su remodelado moderno ya que, recordemos, no hace mucho estuvo rodeado por labores agrícolas–, en las restantes orientaciones. Las catas realizadas no permitieron documentar dentro del túmulo círculos de piedras bien definidos paralelos a la cámara, (peristalitos), que en otros megalitos son habitual recurso arquitectónico para contrarrestar los empujes periféricos de los grandes ortostatos de la misma. Únicamente cabe anotar en tal sentido la disposición de algunos voluminosos bloques calizos –mucho mayores que los que normalmente dan cohesión a la tierra del túmulo, aunque también están sin desbastar– junto a la base de dichos ortostatos, formando así un desordenado collar que se ciñe exteriormente a la cámara.

b) **Observaciones estratigráficas:** (Fig. 4)

Es necesario diferenciar a este respecto tres ámbitos, a saber: 1) el sector intacto del monumento, es decir, todo el corredor más la entrada de la cámara; 2) la mayor parte de esta dependencia principal, sometida a sucesivas violaciones; y 3) el túmulo. Como común denominador presentan en superficie una capa de tierra oscura, de origen vegetal, cuya potencia puede alcanzar ocasionalmente hasta 40 cm. (nivel V), y

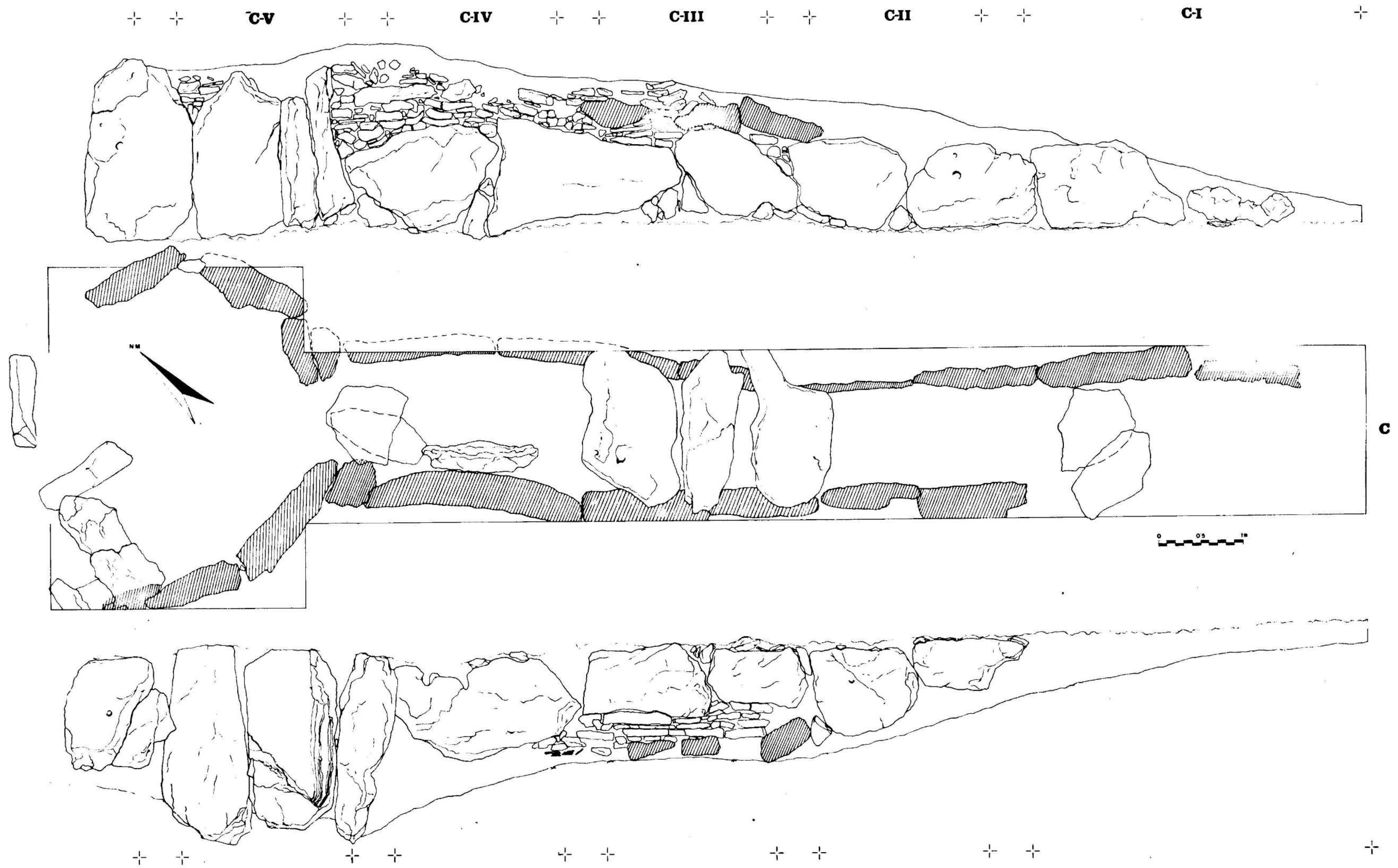


Fig. 3. - Planta y alzados del sepulcro de corredor de Las Arnillas.

como base un firme lecho constituido por las calizas cretácicas del páramo (nivel I), sobre las que habitualmente descansa un estrecho suelo natural de arcilla roja, enormemente plástica de carácter estéril (nivel II).

Entre medias, en el corredor y extremo SE de la cámara se advierte un nivel arcilloso bastante suelto, rojizo, rico en restos humanos y vestigios de ajuar, que constituye el lecho funerario propiamente dicho (nivel III), y por encima otra de potencia similar (entre 50 y 100 cm.), de tierra igualmente rojiza, pero mucho más suelta y sin hallazgos de ningún tipo, cuyo origen –dada la ligereza del sedimento– probablemente es eólico (nivel IV). En cualquier caso sella en todo el ámbito mencionado, salvo en el reducido espacio de cámaras en que se conserva el osario, a la capa de enterramientos.

En el resto de la cámara, entre el páramo y el nivel superficial, sólo puede detectarse un potente paquete de tierra negra de hasta dos metros de espesor, que corresponde a un enorme revuelto con materiales de muy diversas épocas: así, restos de ajuar de época dolménica propiamente tal; también cerámica campaniforme, alguna fíbula de finales del Bronce, cerámicas a torno y una moneda de Fernando el Católico que ilustran una violación en época moderna. Además, naturalmente, numerosos fragmentos de huesos humanos resultantes del destrozo del nivel funerario original, y sobre todo restos de bóvidos, equidos, suidos y ovidos, abundantísimos y de aspecto mucho más fresco, que prueban que el monumento también se empleó alguna vez como pozo de enterramiento de animales apestados.

Por último, en lo que atañe al túmulo, la realidad estratigráfica resulta aún más simple, ya que hoy se presenta como un mero entramado de piedras y tierra. El tamaño de aquellas varía como vimos, coincidiendo las mayores –en líneas generales– junto a los ortostatos de la cámara. Respecto a la tierra cogida entre ellas sorprende lo suelto de la misma por lo que sospechamos que su depósito no es de la época –el túmulo pudo ser originariamente un simple «cairn» del piedras– sino resultado de arrastres y sedimentaciones posteriores.

c) El horizonte primario de enterramiento:

El nivel de enterramiento que consideramos original, como puede advertirse en distintas figuras, afecta a todo el corredor y al sector SE de la cámara, habiendo sido destruido en el resto de la superficie de esta última por las remociones posteriores. Son entre 14 y 15 m² en los que se apiñan en torno a 50 inhumaciones, lo que quiere decir que con toda probabilidad el número total de enterramientos depositados en el sepulcro no debió alejarse mucho del centenar. Por otra parte, es digna de ser señalada en este sentido la diferente densidad de esqueletos/m² contrastada en los distintos puntos del referido sector funerario. Resulta altísima, así, en el centro del corredor y en la cámara y mucho más baja en los dos extremos del pasillo, que son, curiosamente, los que han sido despojados de las lajas ciclópeas de la cubierta. Por ello, una precipitada interpretación de este hecho tal vez podría inducir a creer que la relativa rareza de inhumaciones en tales puntos respondía a la mayor vulnerabilidad de los mismos a cualquier violación, precisamente por falta de tales cubiertas, pero nuestra impresión –al menos respecto al tramo de corredor más próximo a la cámara– es diferente. Allí las inhumaciones son menos densas muy verosímelmente porque el hundimiento de la cubierta producido en plena época de uso del monumento, lo impidió. Así lo sugerirían, por un lado, la inclusión de los dinteles, desplomados, en el llamado nivel funerario –no sobre él–, y por otro la ausencia en él de material más moderno atribuible a una violación en época posterior.

Un aspecto de gran interés, sobre el que la excavación de Las Arnillas apenas si arroja alguna luz, es el del ritual de enterramiento. El osario detectado daba tal sensación de revuelto, de amasijo de huesos, que muy pocos de estos últimos pudieron re-

cuperarse correctamente articulados en conexión anatómica, lo que limita notablemente la posibilidad de conocer la forma en que se realizaban las inhumaciones; así no tenemos datos definitivos que permitan afirmar que los muertos hubieran sido depositados en posición fetal, o al menos ligeramente contraída, como parece corriente en otros megalitos, y sólo la forzada flexión de las extremidades inferiores, todavía ligadas a la pelvis de un individuo inhumano en la parte más septentrional de la cámara, nos permite deducir algo en tal sentido, ya que la articulación de costillas, vértebras y cráneos, bastante más común, resulta para este cometido absolutamente estéril. Todo ello nos hizo cuestionar en un determinado momento el carácter «primario» de los enterramientos del dólmen, preguntándonos si el desorden y el estado aparentemente incompleto de los huesos no se debería a su condición de restos «trasladados», conducidos desde un lugar de enterramiento provisional hasta el megalito que los acogería definitivamente, siguiendo una costumbre que, por otra parte, es atribuible normalmente a pueblos nómadas, como verosíblemente debieron serlo las gentes dolménicas de la región.

Hallamos, sin embargo, en el extremo oriental de C-I y de C-IV dos auténticos enterramientos secundarios, de tipo individual, y ello fue suficiente para comprender que no todas las inhumaciones del sepulcro tenían esa condición, y que el carácter revuelto del depósito se debía sin duda a la necesidad, en las sucesivas utilidades necrológicas del megalito, de acondicionar el interior del recinto con el fin de dar cabida a nuevos enterramientos. El hecho es que, en efecto, las dos deposiciones secundarias antes citadas, presentaban rasgos específicos —los huesos largos apilados sobre las vértebras y la pelvis y todo el conjunto, a su vez, sobre el cráneo— que no se repetían en el referido nivel funerario original, donde todo era aparentemente desorden, a no ser que los trece cráneos agrupados en menos de la mitad de un metro cuadrado en el testigo del corredor entre C-II y C-III —¿un «nido de cráneos»?— encerraran una intención que por el momento se nos escapa. Por último, tal vez tuvieran algo que ver con el ritual, aunque no podamos precisarlo, algunos fragmentos de ocre, de un rojo muy abigarrado, y de cuerno de ciervo (*cervus elaphus*) hallados junto a los ornamentos de los difuntos. También junto a ellos, y sin vinculación específica a determinadas inhumaciones, tal y como se aprecia en varias figuras, se encontraba el ajuar funerario propiamente dicho, que se repartía entre piezas de sílex talladas, cuentas de collar de hueso y lignito, placas de caliza recortadas, cerámicas y alguna herramienta también en hueso. De su distribución apenas si puede señalarse particularidad alguna, como no sea que la gran mayoría de las cuentas —arandelas óseas— aparecían fuertemente concentradas aludiendo verosíblemente a la correspondencia de todas ellas a un mismo collar.

Una relación descriptiva, muy sucinta, de dichos elementos de ajuar es la siguiente (5):

1. Trapecio asimétrico de truncatura mayor larga, sobre sílex gris con irisaciones blancas (Fig. 6, núm. 1).
Dimensiones: base mayor: 25 mm.
base menor: 5,6 mm.
espesor: 2,2 mm.
Sección trapezoidal.
Truncatura mayor: 15 mm. Angulo con la base: 39,5°.
Truncatura menor: 12 mm. Angulo con la base: 48,5°.
Retoque abrupto directo.
2. Triángulo escaleno sobre sílex blanco (Fig. 6, núm. 3).
Dimensiones: lado mayor: 17 mm. Angulo con la base: 27,5°.
lado menor: 13 mm. Angulo con la base: 39°.
base: 24 mm.
espesor: 2,1 mm.

(5) Para la clasificación de la industria lítica tallada se ha seguido el sistema tipológico de J. Fortea. (*Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*, Salamanca, 1973).

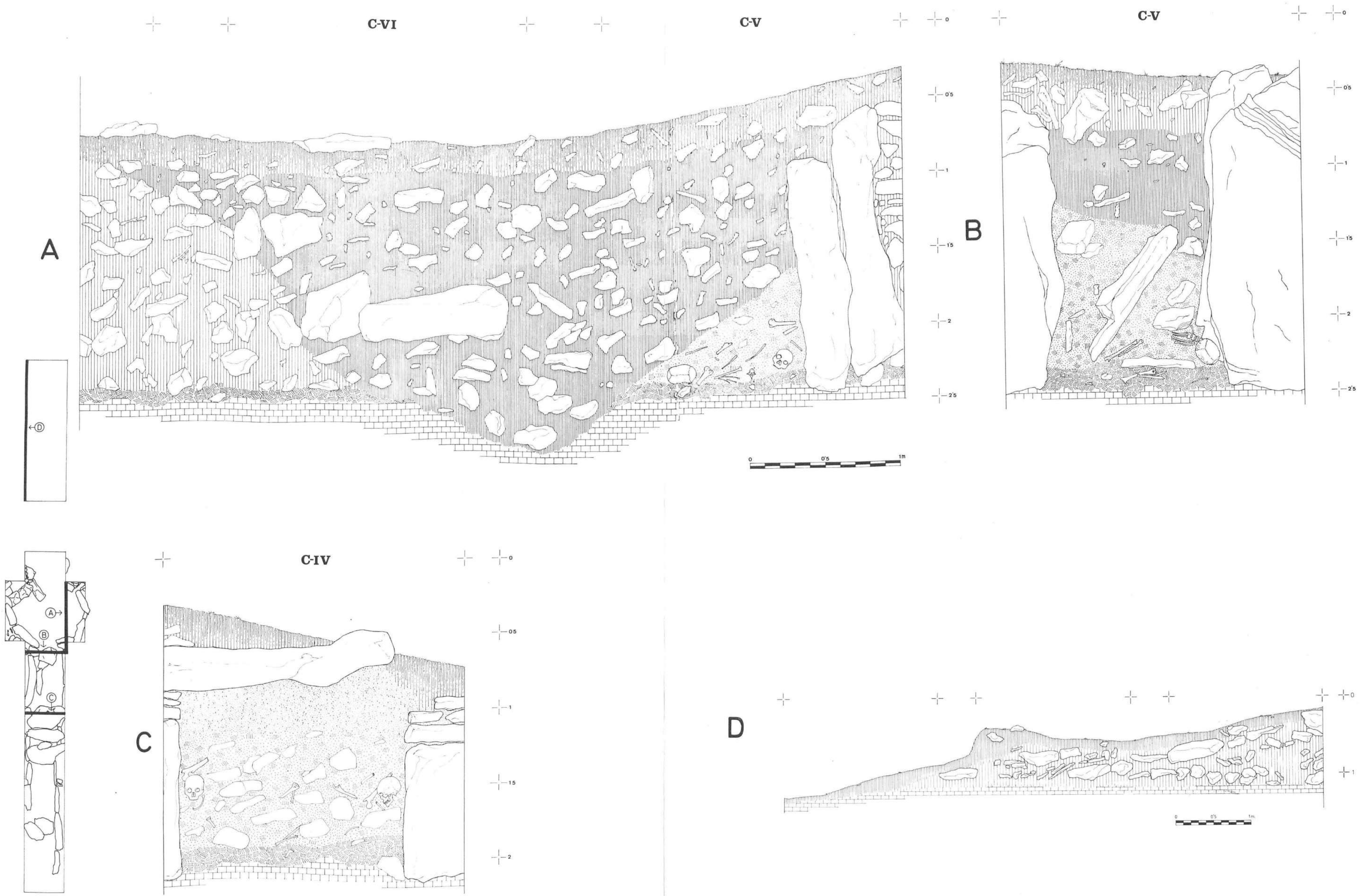


Fig. 4. - Secciones del dolmen de Las Arnillas.

- Sección trapezoidal.
 Retoque abrupto directo.
3. Trapecio asimétrico de truncatura mayor larga sobre sílex gris con irisaciones blancas (Fig. 6, núm. 5).
 Dimensiones: base mayor: 32 mm.
 base menor: 3 mm.
 espesor: 2 mm.
- Sección trapezoidal.
 Truncatura mayor: 21 mm. Angulo con la base: 29.^o
 Truncatura menor: 14 mm. Angulo con la base: 43.^o
 Retoque abrupto directo.
4. Hoja de sílex gris oscuro de bordes cortantes y paralelos (Fig. 6, núm. 11).
 Dimensiones: largo: 91,5 mm.
 ancho: 18,5 mm.
 espesor: 4,5 mm.
- Sección triangular.
 Cara dorsal con arista longitudinal en el centro y una ligera arista marginal en el extremo del borde izquierdo.
 Extremidad proximal con desenchados producto de la talla de preparación. Extremidad distal biselada, que conserva parte del córtex del sílex.
 Cara ventral lisa y cóncava. Extremidad proximal con bulbo y ondas de percusión. Incurvación distal marcada.
 Talón recto con ligeros retoques.
5. Fragmento de hoja sobre sílex negro, de lados paralelos y bordes romos (Fig. 6, núm. 16).
 Dimensiones: largo: 12,6 mm.
 ancho: 12 mm.
 espesor: 2,1 mm.
- Sección trapezoidal.
 Borde derecho con retoque oblicuo directo.
 Borde izquierdo con retoque oblicuo inverso.
 Cara dorsal con dos aristas paralelas.
 Cara ventral lisa.
 Talón oblicuo con fractura de preparación o de lascado.
6. Hoja de sílex blanco, con el borde derecho tallado y el izquierdo romo (Fig. 6, núm. 9).
 Dimensiones: largo: 29 mm.
 ancho: 11 mm.
 espesor: 2,5 mm.
- Sección trapezoidal.
 Borde derecho tallado con retoque oblicuo alternante.
 Borde izquierdo romo con doble ángulo recto respecto a las caras.
 Cara dorsal con arista longitudinal.
 Cara ventral irregular ondulada. Extremidad proximal con desenchados y ondas de percusión. Extremidad distal con desenchados.
7. Punta de flecha sobre lámina de sílex blanco, con ligeros muñones en la base (Fig. 6, núm. 24).
 Dimensiones máximas: largo: 23 mm.
 ancho: 11 mm.
 espesor: 3 mm.
- Sección triangular.
 Borde derecho con retoque plano inverso.
 Borde izquierdo con retoque plano inverso.
 Cara dorsal con arista central longitudinal. Extremidad proximal con retoque cubriente hasta los muñones. Extremidad distal en punta.
 Cara ventral ondulada. Extremidad proximal con retoque invasor plano. Extremidad distal en punta con retoque invasor plano.
8. Fragmento de lámina de sílex gris con bordes paralelos (Fig. 6, núm. 21).
 Dimensiones: largo: 17 mm.
 ancho: 11 mm.
 espesor: 3 mm.
- Sección triangular.
 Borde derecho con dorso de tallado y retoque oblicuo directo.
 Borde izquierdo de filo bruto.
 Cara dorsal con arista longitudinal central y arista marginal en su borde derecho.
 Cara ventral cóncava y lisa.
 Talón preparado con retoque abrupto directo.

- 9 al 46. Cuentas de collar óseas, circulares o paracirculares, planas y perforadas, con su perímetro biselado en ambas caras, lo que las confiere una sección triangular. Las medidas para el diámetro oscilan entre 16 y 10 mm., siendo la más frecuente 12/13 mm.; las medidas de la luz oscilan entre 10 mm. y 4,5 mm., siendo la más frecuente de 6 mm. Algunas de ellas presentan la particularidad de poseer un pequeño orificio o escotadura (núms. 15 y 34); otras ofrecen un anillo interior (núm. 32), que en algunos casos se ha perdido (núms. 7, 9, 31 y 34), no descartando que existiera en el resto de las cuentas. Por otra parte la núm. 38 presenta una escotadura en V a lo largo de su perímetro (Fig. 8, núms. 1 al 38).
47. Cuenta de collar de tonelete, en lignito, con perforación longitudinal cilíndrica. Medidas: 11 mm. de anchura máxima por 15 mm. de altura. Color negro intenso. Aspecto esfoliado (Fig. 8 y núm. 39).
48. Cuenta de collar de lignito, con perforación central cilíndrica. Medidas: 13 mm. de anchura por 9 mm. de altura. Color negro intenso. Aspecto esfoliado (Fig. 8, núm. 40).
49. Cuenta de collar de lignito con perforación central cilíndrica, que presenta en uno de sus extremos un rebaje trasversal al orificio. Medidas: 8 mm. de altura por 15 de anchura. Color negro intenso, forma irregular. Buen estado de conservación (Fig. 8, núm. 41).
50. Cuenta de collar de tonelete, con perforación bitroncocónica. Medidas: 23 mm. de ancho por 24,5 mm. de altura. Color negro intenso. Los extremos aparecen seccionados en planos horizontales. Aspecto esfoliado (Fig. 8, núm. 42).
51. Cuenta de collar de tonelete, con perforación bitroncocónica. Color negro intenso. Medidas: 11 mm. de anchura por 18 mm. de altura. Buen estado de conservación (Fig. 8, núm. 43).
52. Cuenta de collar cilíndrica en lignito con perforación igualmente cilíndrica. Medidas: 4 mm. de anchura por 5 mm. de altura. Color negro intenso, aspecto esfoliado (Fig. 8, núm. 45).
53. Cuenta de collar en lignito, con perforación cilíndrica. Color negro intenso y forma circular. Medidas: 5 mm. de anchura por 2 mm. de altura. Buen estado de conservación (Fig. 8, núm. 46).
54. Cuenta de collar en lignito, con perforación igualmente cilíndrica. Color negro intenso. Medidas: 4 mm. de anchura por 3,5 mm. de altura. Aspecto esfoliado (Fig. 8, núm. 47).
55. Cuenta de collar sobre concha marina de la especie *cypraea*, con doble perforación (Fig. 8, núm. 48).
56. Puñal realizado sobre hueso largo, posiblemente humano (tibia), fragmentado por el extremo superior y biselado en la parte opuesta con la punta aguzada. Sección circular en la parte superior o de empuñadura, y semicircular en el extremo cortante. Dimensiones: 31 mm. de anchura y 139 mm. de altura conservada (Fig. 9, núm. 1).
57. Fragmento de un punzón de hueso aguzado al fuego. Sección paracircular. Color negro. Medidas: longitud, 37 mm. anchura, 5,1 mm. (Fig. 9, núm. 4).
58. Vaso de paredes abiertas de 110 mm. de diámetro en su boca. Tonalidad negruzca (Fig. 11, núm. 1).
59. Cuenco de paredes rectas y fondo hemisférico, con 80 mm. de diámetro en su boca. Barro negruzco con engobe rojizo-ocre al exterior y ostensibles granos calizos como desgrasante (Fig. 11, núm. 2).
60. Fragmento del borde de un cuenco de paredes oblicuas, con abundante desgrasante calizo (Fig. 11, núm. 3).
61. Fragmento de una olla, posiblemente globular, de borde vuelto con unguilaciones sobre el labio y el cuello. Barro verdoso y engobe ocre (Fig. 11, núm. 4).
62. Fragmento de un cuenco de paredes oblicuas y labio reentrante. Color negro (Fig. 11, núm. 5).
63. Borde engrosado de un vaso de forma indeterminada. Pasta negruzca, engobe ocre (Fig. 11, núm. 6).
64. Fragmento del borde de un vaso globular. Pasta de color ocre (Fig. 11, núm. 7).
65. Pequeño fragmento de un borde con unguilaciones pertenecientes a un vaso de forma indeterminada. Color ocre (Fig. 11, núm. 8).
66. Galbo de ligera carena baja, sin posibilidad de determinar la forma del recipiente. Color gris claro (Fig. 11, núm. 9).

Procediendo por afectación aún a riesgo de poder incurrir en algún error, creemos factible asimilar a este ajuar-tipo del nivel original de enterramiento otras piezas halladas en el revuelto de la cámara, que presumiblemente en origen debieron formar parte de él. Nos referimos, por ejemplo, a algunos geométricos y puntas de flechas más, a ciertos sílex laminares, a algún hacha pulimentada y con menos seguridad, a determinadas cerámicas y elementos de hueso, etc., cuyo inventario se facilita a continuación, siempre insistiendo en la reserva de que puedan, en algún caso, no haber correspondido al nivel funerario primitivo.

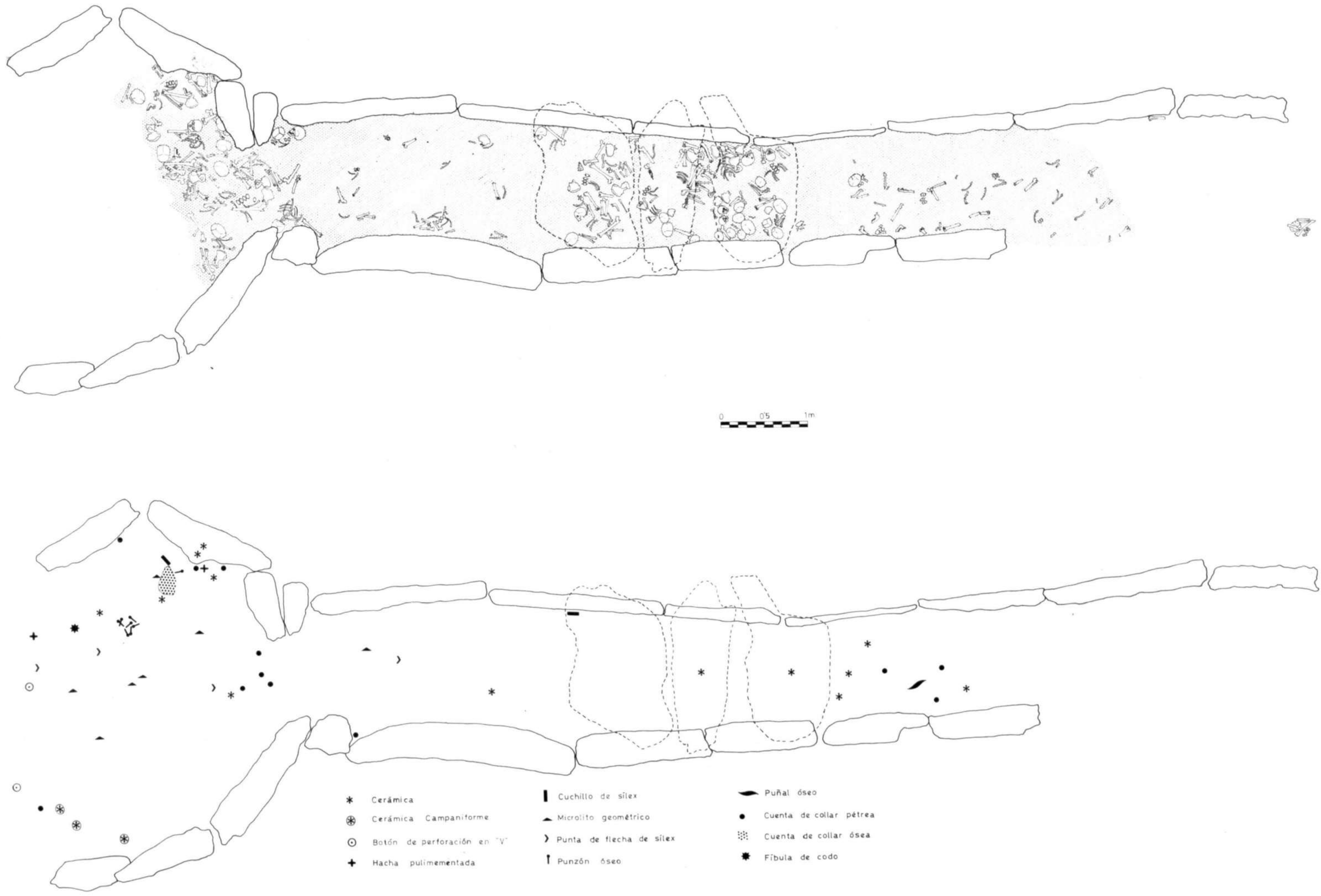


Fig. 5. - Distribución del osario y los elementos del ajuar en el dolmen de Las Arnillas.

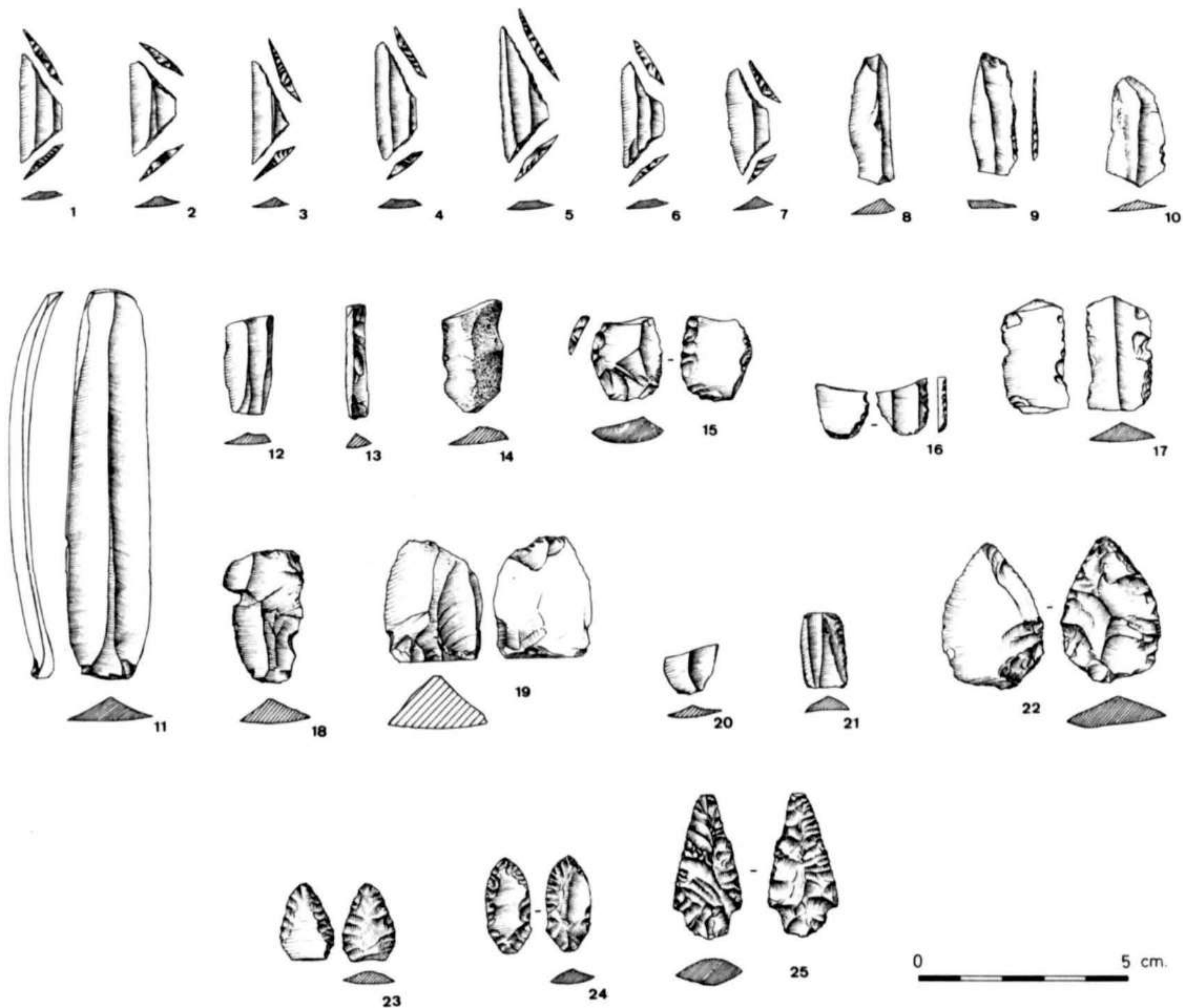


Fig. 6. - Elementos líticos tallados del ajuar de Las Arnillas.

67. Trapecio simétrico sobre sílex blanco con irisaciones grises (Fig. 6, núm. 2).
Dimensiones: base mayor: 21,5 mm.
base menor: 4 mm.
espesor: 2 mm.
Sección trapezoidal.
Truncatura mayor cóncava con fractura en el extremo: 12 mm. Angulo con la base: 48°.
Truncatura menor recta: 12,5 mm. Angulo con la base: 48°.
Retoque abrupto directo.
68. Trapecio asimétrico de truncatura mayor larga, sobre sílex blanco (Fig. 6, núm. 4).
Dimensiones: base mayor: 27 mm.
base menor: 7,5 mm.
espesor: 2 mm.
Sección trapezoidal.
Truncatura mayor: 15 mm. Angulo con la base: 30°.
Truncatura menor: 10 mm. Angulo con la base: 49,5°.
Retoque abrupto directo.
69. Trapecio simétrico de truncaturas cóncavas, sobre sílex blanco (Fig. 6, núm. 6).
Dimensiones: base mayor: 22 mm.
base menor: 7 mm.
espesor: 1,8 mm.
71. Fragmento de lámina de sílex blanco con los bordes romos.
Dimensiones: largo: 20 mm.
ancho: 17 mm.
espesor: 4 mm.

- Sección triangular con la base cóncava.
 Borde derecho de dorso tallado, con retoque oblicuo inverso.
 Borde izquierdo de dorso tallado, con retoque oblicuo directo.
 Cara dorsal con inicio de arista longitudinal. Extremidad proximal con desconchados.
 Cara ventral convexa. Extremidad proximal con bulbo de percusión.
 Talón recto, con fracturas de preparación o talla.
72. Lasca de sílex gris, posiblemente de preparación con bordes de filo bruto (Fig. 6, núm. 15).
 Dimensiones: largo: 28 mm.
 ancho: 23 mm.
 espesor: 10 mm.
- Sección trapezoidal.
 Borde derecho con dorso tallado y retoque oblicuo directo.
 Borde izquierdo con retoque oblicuo inverso.
 Cara dorsal con dos aristas paralelas.
 Cara ventral lisa.
 Talón oblicuo con fractura de preparación o lascado.
73. Hoja de sílex fragmentada, de color blanco, con irisaciones azuladas y bordes paralelos (Fig. 6, núm. 17).
 Dimensiones: largo: 27 mm.
 ancho: 15 mm.
 espesor: 5 mm.
- Sección triangular.
 Borde derecho con dorso de tallado y retoque rasante directo, presenta algún desconchado de talla.
 Borde izquierdo con dorso de tallada y retoque directo.
 Cara dorsal con una arista longitudinal.
 Cara ventral lisa o ligeramente cóncava.
74. Punta de flecha sobre sílex negro (Fig. 6, núm. 25).
 Dimensiones máximas: largo: 34 mm.
 ancho: 17 mm.
 espesor: 6 mm.
- Sección lenticular.
 Retoque plano, cubriente, paralelo y bifacial.
 La base presenta unos alerones atrofiados y un pedúnculo corto y robusto.
75. Punta de flecha sobre sílex blanco, con irisaciones grises, fragmentada en la base (Fig. 6, núm. 23).
 Dimensiones máximas: largo: 18 mm.
 ancho: 13 mm.
 espesor: 3 mm.
- Sección en segmento de círculo.
 Retoque en doble bisel invasor por unión de un retoque plano, cubriente paralelo en una cara, con otro marginal plano en la cara opuesta (Retoque plano cubriente en una cara, y plano marginal en la otra).
76. Punta de flecha lanceolada sobre lámina de sílex blanco con irisaciones rosas y marrones (Fig. 6, núm. 22).
 Dimensiones máximas: largo: 35 mm.
 ancho: 24 mm.
 espesor: 7 mm.
- Sección triangular.
 Cara dorsal con retoque cubriente plano y directo. Extremidad proximal con desconchados de talla. Extremidad distal en punta.
 Cara ventral lisa o ligeramente cóncava. Extremidad proximal con bulbo y grietas de percusión.
77. Lámina de sílex blanco con los bordes cortante (Fig. 6, núm. 8).
 Dimensiones: Largo: 30 mm.
 ancho: 10 mm.
 espesor: 5 mm.
- Sección triangular.
 Borde derecho recto.
 Borde izquierdo con filo sinuoso.
 Cara dorsal con arista longitudinal central.
 Cara ventral cóncava, con bulbo y grietas de percusión.
 Talón oblicuo.
78. Fragmento de lámina de sílex blanco (Fig. 6, núm. 10).
 Dimensiones: largo: 27 mm.
 ancho: 14 mm.
 espesor: 3 mm.
- Sección triangular.

- Borde derecho curvo, con dos pequeñas muescas en su inicio.
 Borde izquierdo cortante, igualmente curvo.
 Cara dorsal con arista longitudinal central. La extremidad conserva restos del córtex.
 Cara ventral lisa y cóncava.
79. Lámina de sílex blanco de bordes cortantes, fragmentada en su extremidad distal (Fig. 6, núm. 12).
 Dimensiones: largo: 22 mm.
 ancho: 11 mm.
 espesor: 3 mm.
 Sección trapezoidal.
 Cara dorsal con doble arista longitudinal. En la extremidad proximal la arista central se bifurca ligeramente.
 Cara ventral cóncava. Extremidad proximal con bulbo de percusión.
 Talón recto.
80. Laminilla de sílex gris con bordes cortantes (Fig. 6, núm. 13).
 Dimensiones: largo: 27 mm.
 ancho: 6 mm.
 espesor: 2,5 mm.
 Sección triangular.
 Cara dorsal con arista longitudinal marcada.
 Cara ventral ondulada.
81. Lámina de sílex fragmentada de bordes paralelos. Posiblemente de preparación (Fig. 6, núm. 14).
 Dimensiones: largo: 27 mm.
 ancho: 14 mm.
 espesor: 4 mm.
 Sección triangular.
 Cara dorsal con una arista poco marcada, apareciendo cortex en toda la mitad derecha.
 Cara ventral cóncava, con bulbo de percusión en la extremidad proximal.
 Talón de base estrecha.
82. Fragmento del extremo proximal de una lámina de sílex blanco (Fig. 6, núm. 18).
 Dimensiones: largo: 9 mm.
 ancho: 12 mm.
 espesor: 2 mm.
 Sección triangular.
 Cara dorsal con inicio de arista longitudinal.
 Cara ventral con bulbo de percusión.
 Talón recto.
83. Fragmento de hoja de sílex blanco con bordes sinuosos.
 Dimensiones: largo: 31 mm.
 ancho: 19 mm.
 espesor: 4 mm.
 Sección triangular.
 Cara dorsal con arista central sinuosa.
 Cara ventral ondulada. Extremidad proximal con bulbo de percusión.
 Talón facetado, quizás como preparación.
84. Placa discoidal de piedra caliza recortada. Diámetro: 74 mm. Grosor: 15 mm. (Fig. 7, núm. 1).
 85. Placa discoidal de piedra caliza recortada. Diámetro 56 mm., grosor 14 mm. (Fig. 7, núm. 2).
 86. Placa discoidal de piedra caliza recortada. Diámetro 54 mm., grosor 8 mm. (Fig. 7, núm. 3).
 87. Placa discoidal de piedra caliza recortada. Diámetro 80 mm., grosor 21 mm. (Fig. 7, núm. 4).
 88. Placa discoidal de piedra caliza recortada. Diámetro 70 mm., grosor 15 mm. (Fig. 7, núm. 5).
 89. Hacha pulimentada sobre cuarcita de tonalidad verdosa. Posee filo en ambos extremos, siendo el inferior a bisel regular, y el superior a bisel irregular. Sección pararectangular, con dos zonas pulimentadas en los flancos opuestos. Medidas: 75 mm. de longitud, 18 mm. de anchura y 11 mm. de grosor. (Fig. 7, núm. 6).
 90. Fragmento del talón de un hacha pulimentada, piedra de tonalidad verdosa (Fig. 7, núm. 7).
 91. Fragmento del filo de un hacha pulimentada, en piedra de tonalidad verdosa (Fig. 7, núm. 8).
 92. Cuenta de collar de tonelete en lignito: perforación bitroncocónica. Color negro intenso. Medidas: 12 mm. de anchura por 13 mm. de altura. Buen estado de conservación (Fig. 8, núm. 44).
 93. Punzón de hueso de sección triangular, fragmentado en ambos extremos, longitud, 44 mm. Fig. 9, núm. 2).
 94. Extremo aguzado de un punzón de hueso. Sección irregular (bicóncava). Longitud, 30 mm. (Fig. 9, núm. 3).
 95. Fragmento de la cabeza y parte superior de un punzón de hueso. Sección bicóncavo-convexa. Longitud, 98 mm. (Fig. 8, núm. 5).

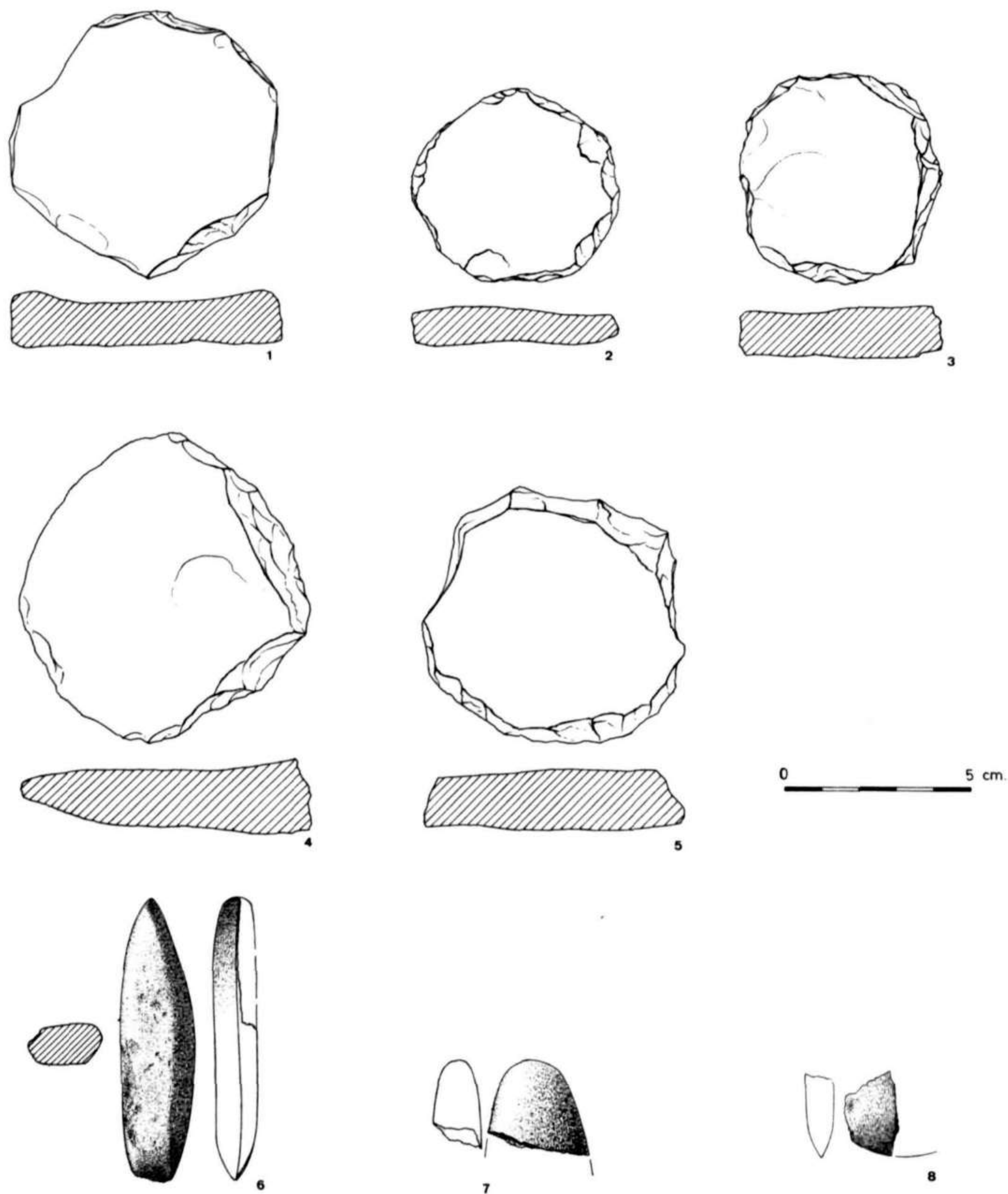


Fig. 7. - Placas de caliza recortadas y hachas pulimentadas de Las Arnillas.

96. Punzón de hueso ligeramente curvo y muy desgastado. Sección plano convexa. Longitud 74 mm. (Fig. 9, núm. 6).
97. Fragmento del sector central de un punzón de hueso. Sección plano-convexa. Longitud 71 mm. (Fig. 9, núm. 7).
98. Fragmento de la parte superior de un punzón de hueso, de sección cóncavo-convexa. Longitud, 58 mm. (Fig. 9, núm. 8).
99. Fragmento de un punzón de hueso de sección irregular. Longitud 35 mm. (Fig. 9, núm. 9).
100. Fragmento de un punzón de hueso de sección plano-convexa. Longitud 30 mm. (Fig. 9, núm. 10).
101. Fragmento de la parte superior de un punzón de hueso, con sección trapezoidal. Longitud, 25 mm. (Fig. 9, núm. 11).
102. Objeto de hueso trabajado, de sección lenticular y liviana escotadura en una de sus caras. Medidas: 15 mm. de anchura por 34 mm. de altura (Fig. 9, núm. 13).

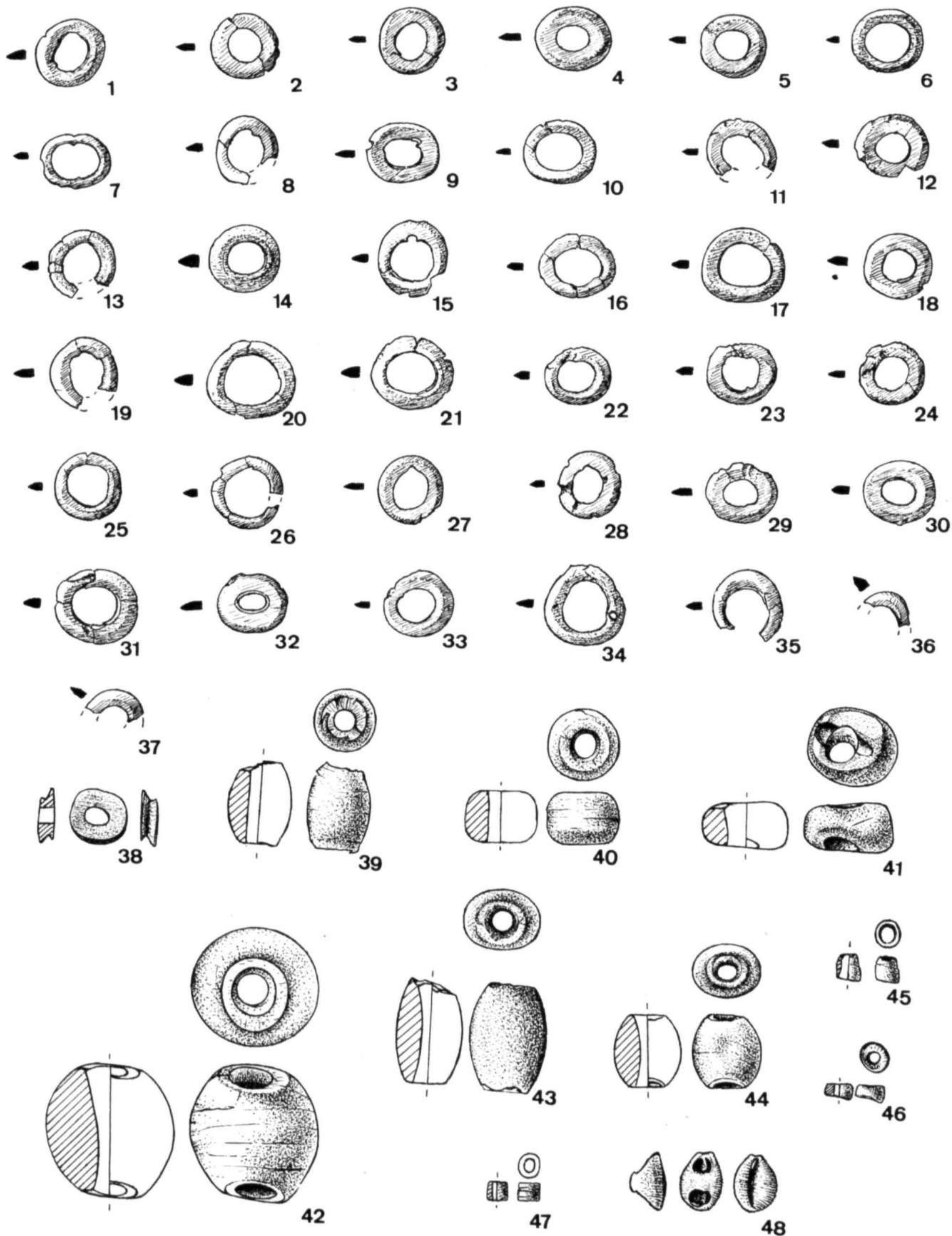


Fig. 8. - Cuentas de collar de Las Arnillas E 1:1.

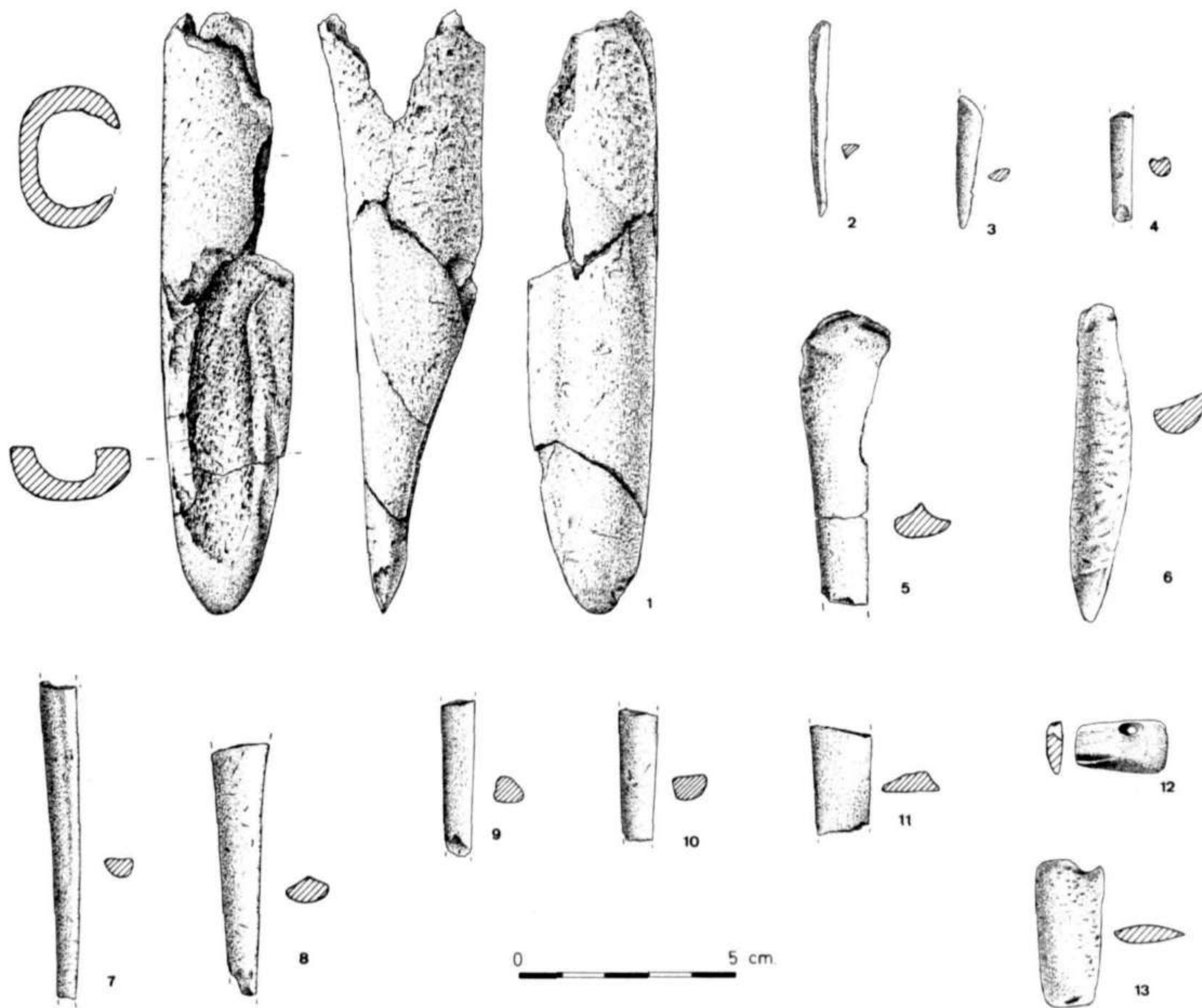


Fig. 9. - Industria de hueso de Las Arnillas (el núm. 12 perfil recortado de asta).

103. Punzón de hueso ligeramente fragmentado en la punta. Sección bicóncavo-convexa. Longitud, 138,5 mm. (Fig. 10, núm. 1).
104. Punzón de hueso prácticamente completo salvo en el extremo inferior. Longitud, 123,5 mm. (Fig. 10, núm. 2).
105. Punzón de hueso con la punta fragmentada, de sección bicóncavo-convexa. Longitud, 102 mm. (Fig. 10, núm. 3).
106. Punzón de hueso fragmentado en el extremo aguzado. Sección bicóncavo-convexa. Longitud 96 mm. (Fig. 10, núm. 4).
107. Fragmento de la cabeza y parte superior de un punzón de hueso. Sección bicóncavo-convexa. Longitud, 62 mm. (Fig. 10, núm. 5).
108. Fragmento de la cabeza y parte superior de un punzón de hueso. Sección bicóncavo-convexa. Longitud, 74 mm. (Fig. 10, núm. 6).
109. Fragmento de la cabeza y parte superior de un punzón de hueso. Sección bicóncavo-convexa. Longitud, 80 mm. (Fig. 10, núm. 7).
110. Fragmento de la cabeza y parte superior de un punzón de hueso. Sección bicóncavo-convexa. Longitud, 99 mm. (Fig. 10, núm. 8).
111. Fragmento de la cabeza y parte superior de un punzón de hueso. Sección bicóncavo-convexa. Longitud 57 mm. (Fig. 10, núm. 9).
112. Fragmento de la parte inferior de un punzón de hueso. Sección bicóncavo-convexa. Longitud, 53 mm. (Fig. 10, n.º 10).
113. Fragmento de un punzón de hueso correspondiente a la cabeza y parte superior del mismo. Sección bicóncavo-convexa. Longitud, 53 mm. (Fig. 10, núm. 11).
114. Fragmento de la parte central de un punzón de hueso de sección plano-convexa. Longitud, 42 mm. (Fig. 10, núm. 12).

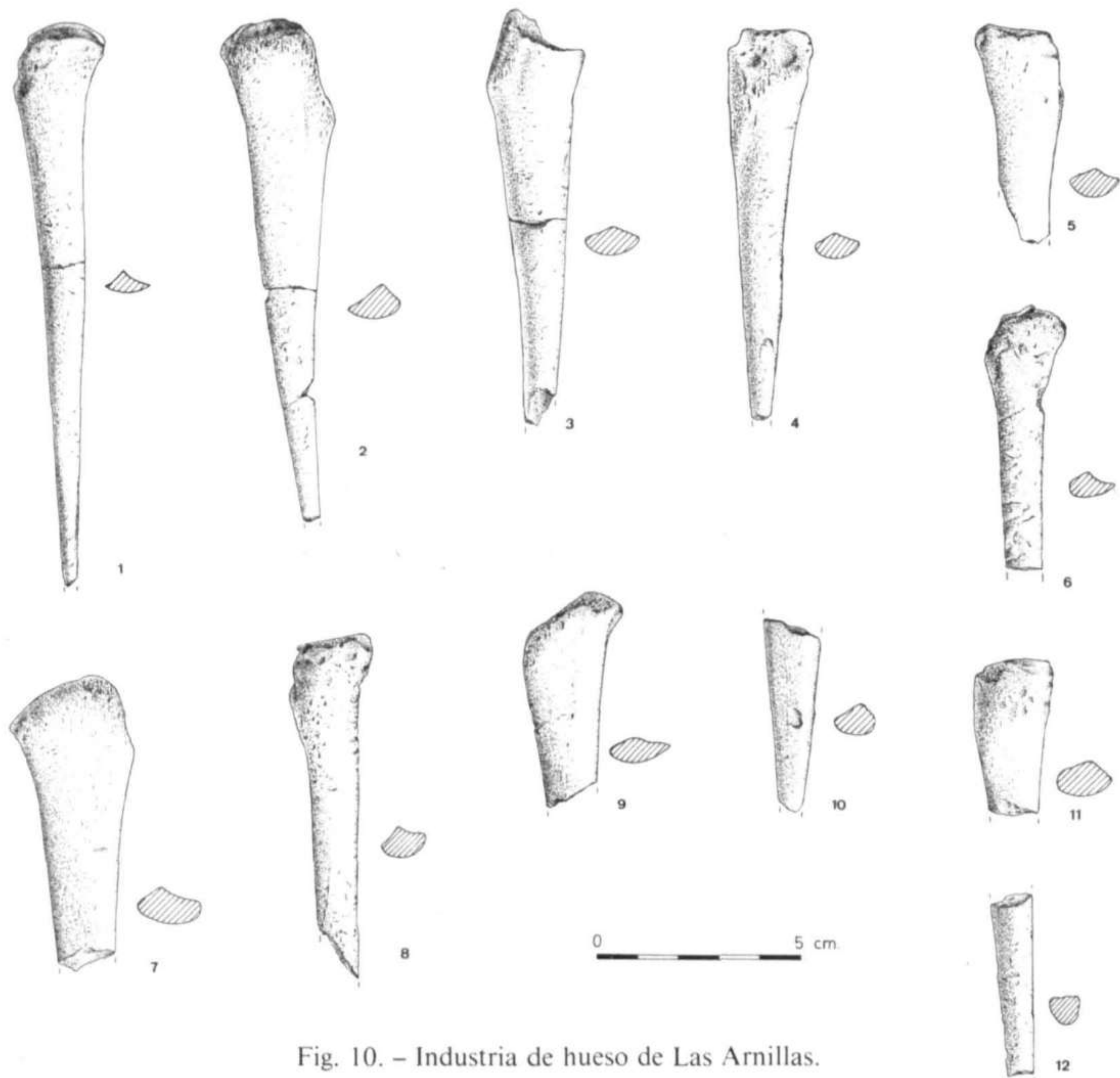


Fig. 10. - Industria de hueso de Las Arnillas.

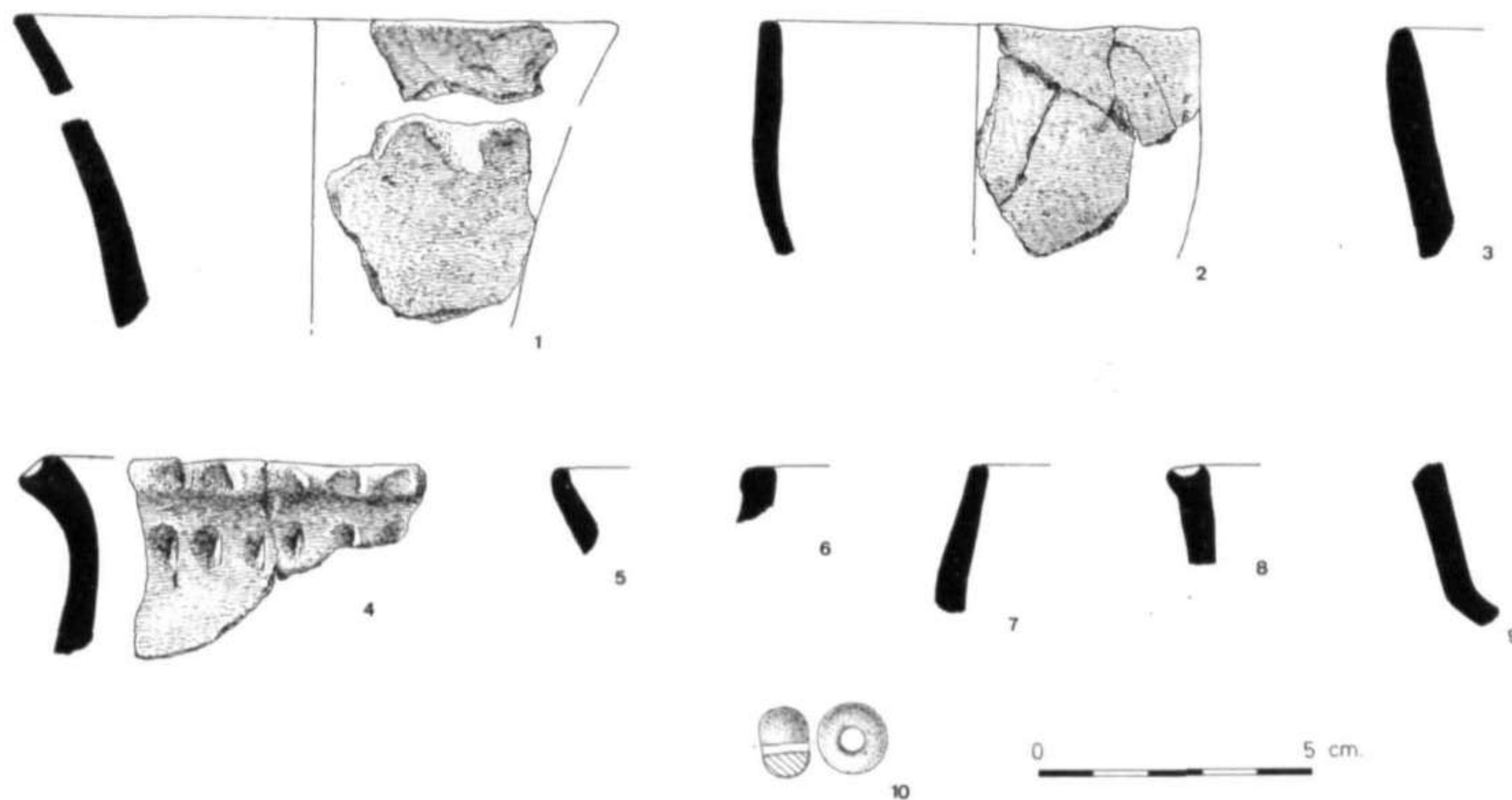


Fig. 11. - Material cerámico y cuenta de collar de pasta vítrea de Las Arnillas.

d) **Intrusiones posteriores:**

Aunque no quede constancia a nivel estratigráfico de ellas, en el megalito de Las Arnillas pueden individualizarse, en nuestra opinión, cuando menos tres interferencias producidas en momentos históricos distintos. Su definición, en todo caso, reviste no poca subjetividad, al apoyarse en argumentos de base meramente tipológica.

1. *Epoca campaniforme*: Los materiales asimilables a esta época son unos pocos fragmentos cerámicos con decoración incisa correspondientes a varios vasos de estilo Ciempozuelos y, en nuestra opinión, también, sendos botones de asta con perforación en V. Tales materiales no constituyen un conjunto en sí, arqueológicamente cerrado; son sólo resultado de una agrupación subjetiva y artificial, pero razonable, realizada por nosotros, al proceder toda la muestra disponible del relleno revuelto de la cámara. No obstante, los botones en V son en general propios del horizonte campaniforme y nos parece por ello plenamente lícito propugnar su relación con las citadas cerámicas. Con respecto al lugar en que pudo haberse producido la interferencia de este momento –suponiendo que fuera solamente una– hemos de manifestar que una relativa concentración del material cerámico fue constatado en el sector meridional de la cámara, bajo uno de los ortostatos desplazados de la misma y directamente sobre él suelo calizo del páramo, lo que nos hace sospechar que ya entonces había sido destruido, al menos parcialmente, el nivel de enterramiento original.

La relación del material atribuido a este momento es la siguiente:

115. Borde de cazuela campaniforme, de pasta verdosa. Decorada en el exterior, mediante una franja ancha de retícula oblicua. Sobre ella, y enmarcándola, un entramado recto que sustenta una línea de triángulos impresos ya junto al labio. En el interior, una doble línea de zig-zag, unidos sus vértices por trazos perpendiculares. Diámetro en su boca, 280 mm. (Fig. 12, núm. 1).
116. Pequeño fragmento cerámico correspondiente al cuello de un vaso-cazuela campaniforme decorado con retícula oblicua incisa. Pasta de tonalidad verdosa (Fig. 12, núm. 12).
117. Fragmento de vaso-cazuela campaniforme, muy próximo al borde, que presenta una decoración de retículo oblicua incisa enmarcada, en la parte superior, por una línea corrida de la que parten pequeños trazos oblicuos. Ambos flancos presentan rebajes intencionados, realizados con algún objeto cortante. Pasta de color verdoso (Fig. 12, núm. 3).
118. Fragmento de vaso campaniforme decorado con retícula oblicua incisa. Tonalidad verdosa (Fig. 12, núm. 4).
119. Fragmento de vaso campaniforme muy próximo al borde, decorado en el exterior con un motivo de retículo oblicua enmarcada en la parte superior por una línea incisa corrida. Sobre ella pequeños trazos perpendiculares. En el interior un motivo inciso zig-zagueante de difícil definición por su estado fragmentario. Tonalidad ocre clara en el exterior y oscura en el interior (Fig. 12, núm. 5).
120. Fragmento del borde de un vaso campaniforme con tres franjas de decoración conservadas. La primera, y más próxima al borde, mediante un cordón pseudoexciso realizado con trazos incisos; la segunda una pequeña banda de entramado recto enmarcada por dos líneas incisas perpendiculares en ambos flancos; y la tercera, una banda de zig-zag triple con exteriores rayados por pequeños trazos oblicuos. En el interior, decoración a base de una cinta quebrada con motivos verticales. Tonalidad verdosa (Fig. 12, núm. 6).
121. Fragmento de vaso campaniforme con tres franjas de decoración conservadas. La primera y superior, una pequeña banda de entramado recto enmarcada por dos líneas incisas; la segunda, una banda de zig-zag triple con exteriores rayados por pequeños trazos oblicuos; la tercera repite el mismo motivo que la franja superior. Tonalidad verdosa (Fig. 12, núm. 7).
122. Pequeño fragmento del borde de un vaso campaniforme decorado en el exterior por un cordón pseudoexciso realizado mediante trazos incisos, y en el interior, por una cinta quebrada con motivos verticales (Fig. 12, núm. 8).
123. Fragmento de la panza de un vaso campaniforme con tres franjas de decoración conservadas. La superior realizada mediante una línea de triple zig-zag enmarcada por trazos oblicuos incisos; la segunda una pequeña línea de entramado recto flanqueada por dos incisiones paralelas; y la tercera un cordón pseudoexciso realizado mediante trazo inciso. Tonalidad verdosa (Fig. 12, núm. 9).

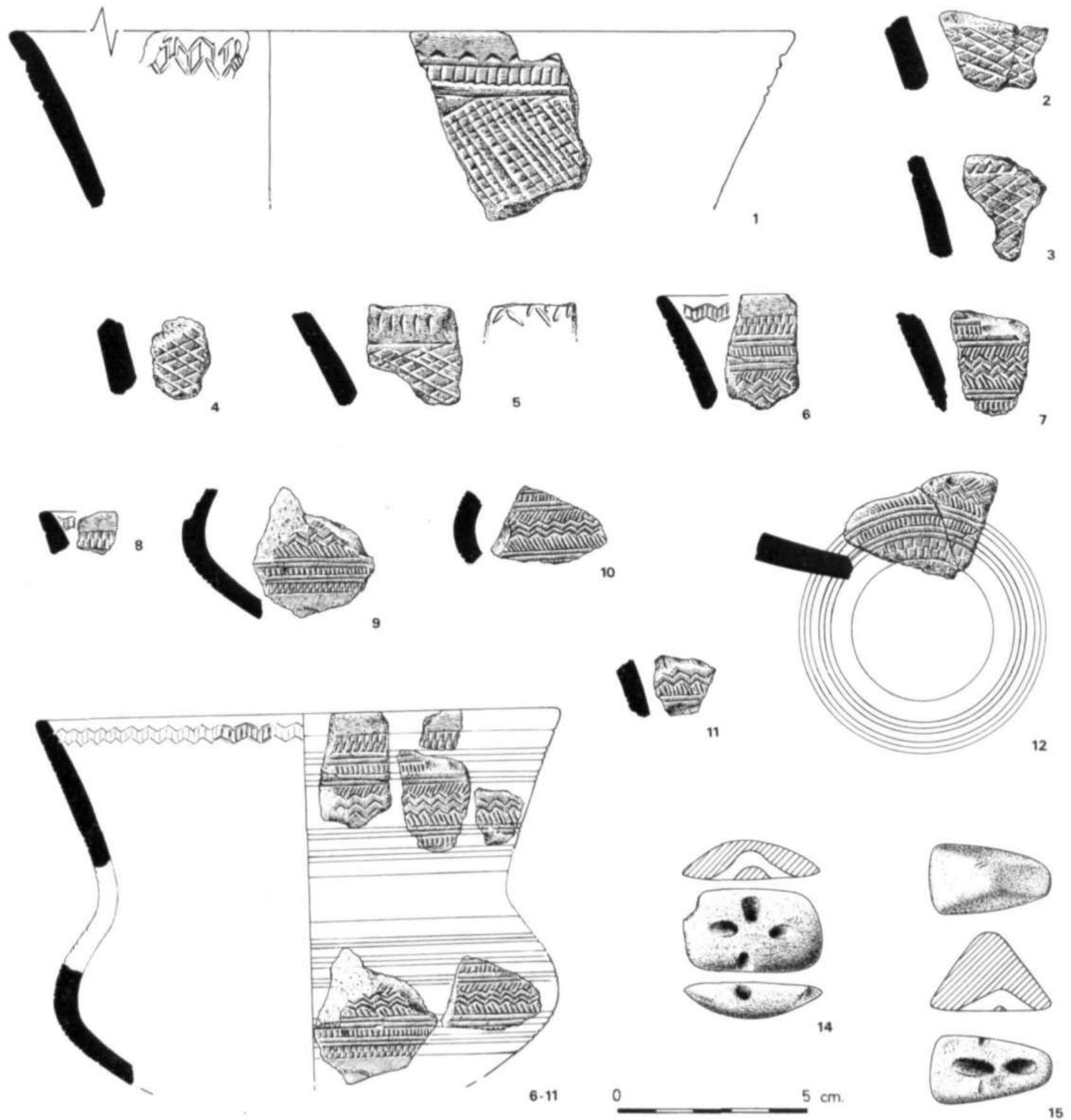


Fig. 12. – Ajuar campaniforme de Las Arnillas.

124. Fragmento de la panza de un vaso campaniforme que conserva dos franjas decorativas; la primera mediante una pequeña banda de entramado recto enmarcado por dos líneas perpendiculares; la segunda mediante una banda de triple zig-zag enmarcada por tramos oblicuos. Tonalidad verdosa (Fig. 12, núm. 10).
125. Pequeño fragmento cerámico de un vaso campaniforme decorado con una triple línea de zig-zag enmarcada en la parte inferior por trazos incisos oblicuos, que a su vez descansan en dos incisiones paralelas. Tonalidad verdosa (Fig. 12, núm. 11).
126. Fragmento del fondo de un vaso-cazuela campaniforme que conserva tres bandas de decoración. La primera y superior, mediante una doble línea de zig-zag inciso enmarcada por trazos oblicuos; la segunda, una línea de entramado recto, enmarcada en ambos flancos por dos líneas paralelas; y la tercera, un cordón pseudoexciso realizado con trazos incisos. Tonalidad negra (Fig. 12, núm. 12).
127. Botón de asta, de base rectangular y cúpula convexa. Posee una doble perforación en V cruzada en su base. Medidas: 37,5 mm. de largo, 21,5 mm. de ancho y 9 mm. de alto (Fig. 12, núm. 14).
128. Botón de asta prismático, de base trapezoidal, con perforación en V. Medidas: 32 mm. de longitud, 18 mm. de anchura máxima y 21 mm. de altura (Fig. 12, núm. 15).

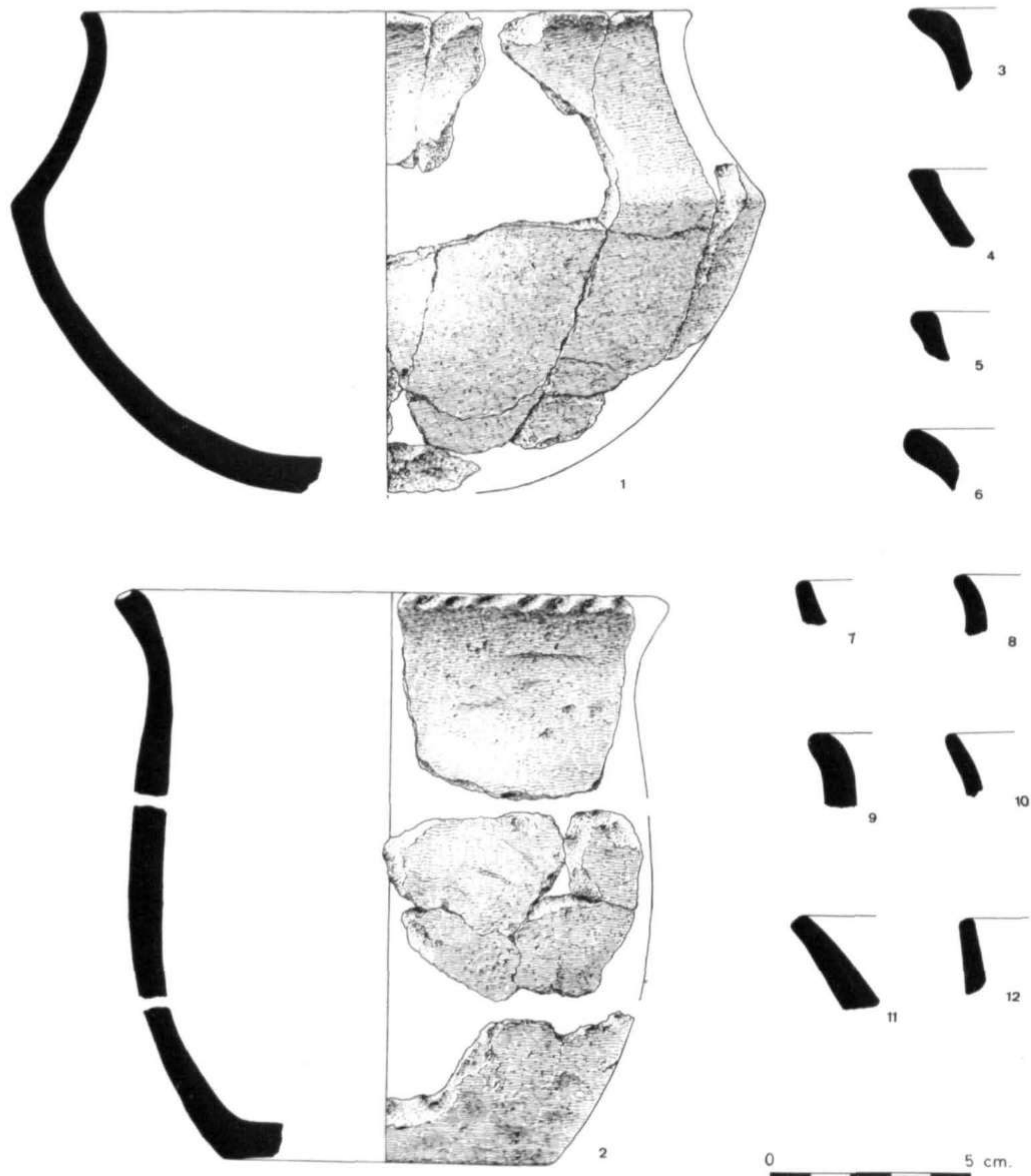


Fig. 13. – Cerámicas de Las Arnillas.

2. *Final de la Edad del Bronce*: Una sola pieza –el arco de una fíbula de codo con pivote– nos permite situar cronológicamente en torno al s. VIII una nueva intrusión. Dicho bronce apareció una vez más en el revuelto de la cámara por lo que no hay posibilidad de ubicar su posición original ni de conocer cualquier otro tipo de material asociado. No obstante, tal vez entre estos últimos habría que incluir una vasija globular de borde decorado con unguilaciones, hecha a mano, cuyo fondo totalmente plano, reivindica mayor modernidad de la que pueda proponerse para el conjunto campaniforme analizado anteriormente, y acaso podría tener cabida igualmente una cuenta de collar esférica, ligeramente achatada y con perforación simple, elaborada en pasta vítrea de tonalidad verdosa que procede, como aquéllas, del relleno de la cámara. Por último, propondríamos interpretación similar para un pequeño colgante de asta, como los botones en V, pero mucho menos patinado que ellos, denotando tal vez mayor modernidad, que representa, a modo de «perfil recortado», la cabeza de un animal tan esquemático como los que se disponen en los extremos de los brazaletes en la joyería peninsular de la Edad de Hierro.

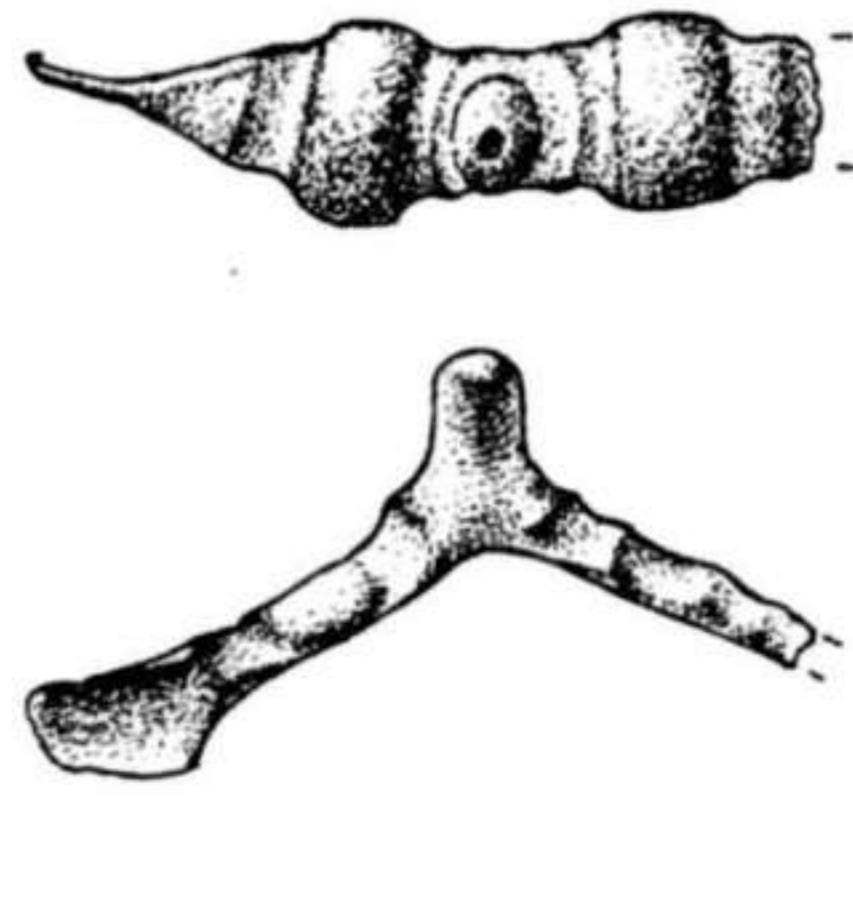


Fig. 14. – Fíbula de codo con pivote, en bronce de Las Arnillas.

Descripción de las piezas agrupadas en este apartado:

129. Arco de una fíbula de codo con pivote, en bronce, incompleta. El arco, con decoración de gallo-nes, posee un codo centrado que le divide simétricamente. La pieza está fragmentada a la altura de la cabecera, lo que impide determinar el tipo de resorte, mientras que en el pie se aprecia el inicio de la mortaja. Dimensiones: longitud, 36 mm., altura, 17 mm., anchura, 10 mm., grosor, 4 mm. (Fig. 14, núm. 1).
130. Vaso de carena alta y paredes cóncavo-convexas, con el labio ligeramente vuelto. Superficie bru-ñida de tonalidad verdosa. Medidas: 14,8 mm. de diámetro en su boca y 120 mm. de altura con-servada (Fig. 13, núm. 1).
131. Olla globular de borde vuelto decorado con unguilaciones, y fondo plano. Superficie rugosa y pasta de color rojizo. Medidas: 141 mm. de altura probable, y 130 mm. de diámetro en su boca (Fig. 13, núm. 2).
132. Borde vuelto de labio plano y extremo redondeado. Barro negruzco y engobe externo de tonali-dad ocre-clara (Fig. 13, núm. 3).
133. Fragmento del borde de un cuenco de paredes oblicuas y labio plano, color negruzco de la pasta y engobe externo ocre claro (Fig. 13, núm. 4).
134. Fragmento de un cuenco con el labio ligeramente engrosado. Tonalidad negruzca.
135. Fragmento de un borde vuelto de un vaso de forma imprecisa. Tonalidad negruzca. (Fig. 13, núm. 6).
136. Fragmento del borde de un cuenco, posiblemente hemisférico, de pasta negruzca y engobe ocre al exterior (Fig. 13, núm. 37).
137. Borde ligeramente vuelto de un vaso de forma indeterminada. Tonalidad negruzca (Fig. 13, núm. 8).
138. Borde vuelto de un vaso de forma imprecisa. Tonalidad negruzca (Fig. 13, núm. 9).
139. Borde vuelto de un vaso de tonalidad oscura (Fig. 13, núm. 10).
140. Borde vuelto de un vaso de forma imprecisa. Pasta oscura y engobe ocre al exterior (Fig. 13, núm. 11).
141. Fragmento del borde de un posible cuenco de paredes rectas. Pasta oscura (Fig. 13, núm. 12).
142. Cuenta de collar vítrea, circular y ligeramente achatada, con perforación simple cilíndrica. Tona-lidad verdosa. Medidas: 12,7 mm. de diámetro, y 9 mm. de altura (Fig. 11, núm. 10).
143. Pequeño colgante zoomorfo sobre asta, que presenta una pequeña perforación bitroncocónica, a modo de ojo, y una profunda incisión que marca la boca. Forma rectangular estrechada hacia el hocico. Dimensiones: 21,5 mm. de anchura, 12 mm. de altura y 3,5 mm. de espesor (Fig. 9, núm. 12).

3. *Las interferencias de época histórica:* Las cerámicas a torno, relativamente numerosas, recuperadas en la cámara, son exponente de estas intrusiones modernas. Desconocemos de ellas tanto su cronología como la razón de que se encuentren en el monumento, y únicamente podríamos aventurar su conexión con una moneda de Fernando I de Aragón y con la época en que se procede a sepultar en la cámara el cuerpo de decenas de animales domésticos. La frescura de los huesos de éstos, compara-da con la de los esqueletos del osario primitivo, al menos así permite sospecharlo.

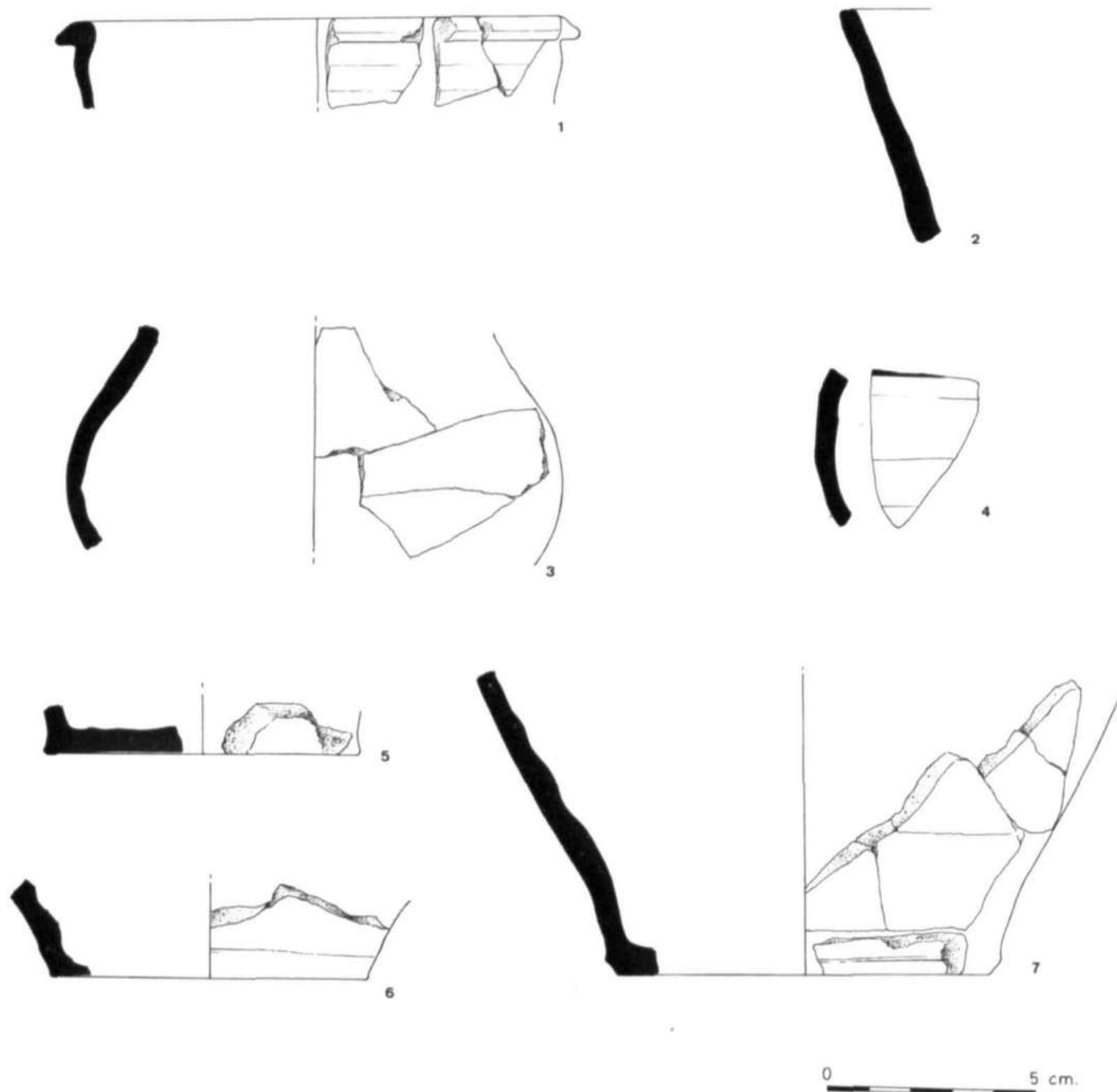


Fig. 15. - Cerámica a torno de Las Arnillas. El núm. 4, con restos de una banda pintada en negro.

- 144. Fragmento de un cuenco de borde vuelto con el labio biselado. Cocción irregular que determina colores contrastados. Diámetro en su boca 113 mm. (Fig. 15, núm. 1).
- 145. Panza o inicio del cuello de una olla. Superficie interior vidriada en rojo (Fig. 15, núm. 3).
- 146. Galbo de un vaso de forma indeterminada que conserva restos de pintura negra en su parte superior. Color pardo (Fig. 15, núm. 4).
- 147. Fondo plano de un vaso de forma indeterminada. Pasta anaranjada. Diámetro del fondo 76 mm. (Fig. 15, núm. 5).
- 148. Fragmento de fondo plano e inicio de paredes oblicuas de un vaso de forma indeterminada, con marcadas acanaladuras de torno en el interior. Pasta clara. Diámetro del fondo, 76 mm. (Fig. 15, núm. 6).
- 149. Fondo plano e inicio de la panza, de paredes oblicuas, de una olla. Color rojizo al exterior y pardo al interior. Perfil sinuoso en el interior. Diámetro del fondo, 90 mm. (Fig. 15, núm. 7).
- 150. Cornado de vellón de Fernando IV de Aragón, acuñado en Pamplona a partir del 1513. Deficiente estado de conservación.

V. CONSIDERACIONES

1. El de Las Arnillas acrecienta en uno el número de sepulcros de corredor del sector NE de la Meseta Norte, sumándose a los ya conocidos de El Castrejón, también en Moradillo, la Cotorrita en Porquera de Butrón, Ciella en Sedano y Cubillejo de Lara, de los que se suponen constituyen el nexo entre los megalitos de parecida planta de las penillanuras salmantinas y los de las tierras bajas de la Rioja (6). Arquitectónicamente, por tanto, no aporta demasiada novedad al conocimiento del megalitismo regional, como no sea por el uso de aparejo de piedra en seco de pequeñas dimensiones –del que hipotéticamente dijimos podía haberse utilizado para cerrar la cámara con un techo cupular– o por la presencia de esa laja cortada que interpretamos a modo de «puerta perforada». A través de esta última podría parecer necesario reclamar para el sepulcro de Las Arnillas alguna conexión con la arquitectura funeraria megalítica del SE, genéricamente llamada «Millarenses» (7), pero a tal respecto consideramos de suma importancia recordar que el mismo detalle constructivo –aunque con mínima representación– también se conoce en la fachada atlántica peninsular (8), en el foco dolménico salmantino (9) y –aún más interesante– en el megalitismo vasco-navarro o del Pirineo Occidental (10). Todo ello, en definitiva, no hace sino confirmar que el fenómeno megalítico en esta zona, como en otras, resulta muy difícil de explicar como resultado de un simple trasplante cultural o, lo que es lo mismo, de un nuevo influjo unidireccional entre zonas vecinas (la que ya es megalítica y la que lo será por expansión de la anterior) siendo más convincente imaginar un proceso de aculturación más lento y, con toda seguridad, mucho más complejo.

En cuanto a los ajuares, ratifican de alguna manera la conexión de este foco con el de la Rioja alavesa y logroñesa. Aquí, primero en el sepulcro de San Martín (11) y después en los de Peña Guerra (12), se confirma la existencia de una etapa inicial del fenómeno megalítico o fase anterior, de gran arcaísmo, en la que los ajuares cuentan casi exclusivamente, a nivel de monturas de sílex, con triángulos y trapecios faltando por completo el retoque plano. En San Martín tales industrias, en las que también figuran las inevitables hojas-cuchillo, se acompañan de unos bellos ídolos-espátula de hueso con decoración acanalada, conocidos en otros puntos del País Vasco (13) y en Peña Guerra de unos particulares punzones de hueso con puntas bruscamente afiladas, casi en «lengua de carpa» que, junto con diferentes cuentas de collar, perfilan en nuestra opinión un típico horizonte cultural dolménico en la zona, de notable antigüedad, que modernos trabajos en el sepulcro de corredor vallisoletano de Los Zumacales, Simancas, y del túmulo igualmente vallisoletano de El Miradero, Villanueva de los Caballeros, han hecho extensivo, sin la menor vacilación, al centro de la cuenca sedimentaria del Duero (14). Los ajuares de los dos últimos monumentos son idénticos a los riojanos de donde se desprende que existió una conexión segura entre ambas

(6) DELIBES, G.; RODRIGUEZ MARCOS, J. A.; SANZ MINGUEZ, C., y VAL RECIO, J. del: *Dólmenes de Sedano I. El sepulcro de corredor de Ciella*. N.A. Hisp., XIV, Madrid, 1982, pp. 149 y ss.

(7) ALMAGRO, M. y ARRIBAS, A.: *El poblado y la necrópolis megalíticos de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería)*. B.P.H., III, 1973, p. 167.

(8) LEISNER, G. und V.: *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Westen*, 1, 1, Berlín, 1956, p. 102.

(9) Inédito en el dolmen de Villamayor. Agradecemos la información verbal del Dr. Jordá.

(10) MALUQUER DE MONTES, J.: *Notas sobre la cultura megalítica navarra*, Barcelona, 1964, p. 45.

(11) BARANDIARAN, J. A. y FERNANDEZ MEDRANO, D.: *Excavación del dolmen de San Martín (La-guardia)*. Bol. Inst. Sancho el Sabio, 8, pp. 41 y ss.

(12) PEREZ ARRONDO, C. L. y RODANES VICENTE, J. M.: *Excavaciones en la zona dolménica de Peña Guerra (Nalda, Rioja)*. Cuadernos de Investigación (Geografía e Historia) del Colegio Universitario de Logroño, V, 2, 1979, pp. 75 y ss.

(13) ANDRES RUPEREZ, M. T.: *El utillaje de hueso en los sepulcros de época dolménica del Ebro Medio*. Estudios de Arqueología Alavesa, 10, 1981, pp. 154-156.

(14) DELIBES, G.; ALONSO, M. y GALVAN, R.: *Hacia la definición de un nuevo grupo Neolítico en la Meseta: los sepulcros de corredor del Duero Medio y de las Loras y su relación con el foco dolménico riojano* (en prensa).

áreas. El camino a través del cual se produjo hubo de ser necesariamente la zona de las Loras, razón por la cual debemos preguntarnos si es posible reconocer en los dólmenes de aquí un horizonte similar.

A nivel de industria lítica es evidente que sí; el conjunto de geométricos de Las Arnillas, tallado por lo demás en un sílex blanquecino de gran calidad, importado y de aspecto particularmente próximo al de las piezas alavésas de San Martín, está constituido por los mismos tipos de montura (triángulos isósceles de truncaturas bastante largas y trapecios regulares) documentados en el área riojana... y acaso significativamente algo diferentes –faltan por ejemplo los trapecios de base recta a las truncaturas fuertemente cóncavas– de las de la mayor parte de los geométricos de los dólmenes salmantinos (15). La afinidad es, por otra parte, también grande en relación a las industrias geométricas del sepulcro de El Portillo de las Cortes, Guadalajara, excavado por Cerralbo (16).

Pero además de esa misma base industrial a nivel lítico o de la similitud arquitectónica, también se registran otros detalles que reclaman la equiparación de los sepulcros de Alava y Logroño con los burgaleses. Uno de ellos radica en las cuentas de collar: en Las Arnillas se han recuperado por primera vez en dólmenes del valle del Duero cierto tipo de cuentas arandelas de hueso que responden a un modelo realmente frecuente en el País Vasco, y otro tanto podría decirse de las más voluminosas de lignito, que en los dólmenes vascos, donde son bastante comunes, suelen curiosamente considerarse como de azabache, y que igualmente aparecen en el megalito burgalés del que aquí damos cuenta (17). Si a todo ello unimos que los punzones de hueso de punta fuertemente estrangulada representados en Peña Guerra (Logroño) y Simancas (Valladolid), igualmente se detectan en el sepulcro dolménico de Porquera de Butrón (18), apenas si alejado diez kilómetros del de Las Arnillas, habremos de concluir finalmente que, aunque falten en él de momento los ídolos-espátula, este brote de las Loras constituye un eslabón más del amplio foco megalítico que se extiende como mínimo por el centro y Este de la meseta castellana, así como por la Rioja y las tierras más bajas del País Vasco meridional.

Tal impresión, por otra parte, parece ratificada por la propia cronología radiactiva, aunque no hay fechas absolutas para el nivel inferior de San Martín, pues creemos factible hacer extensivas al mismo las conseguidas por Amelia Baldeón para el enterramiento colectivo en cueva con idénticos ajuares líticos de Fuente de Hoz, que se sitúan en los dos últimos siglos del cuarto milenio a. C. (19). Dos fechas análogas, entre 3250 y 3160 han sido obtenidas recientemente en El Miradero, Villanueva de los Caballeros (Valladolid) (20). Todo ello parece indicar, por tanto, que la antigüedad del amplio foco cultural con tumbas de tipo dolménico del Duero Medio y Alto Ebro, que gustosamente denominaríamos «Facies San Martín / El Miradero», es grande, situándose en la segunda mitad del cuarto milenio. Se trata entonces, sin lugar a dudas, de un complejo tardoneolítico en el que pueden incrustarse con facilidad el conjunto de sepulcros de corredor de la zona de las Loras habida cuenta de que el C-14 ha datado por entonces –3340 a. C. (21)– la fundación de uno de los mismos (Ciella en Se-

(15) SOLER, J.: *La industria lítica del dolmen de la Veguilla, Alba de Tormes (Salamanca)*, Mem. de Licenciatura inédita, Madrid, 1984.

(16) OSUNA, M.: *El dolmen del Portillo de las Cortes (Aguilar de Anguita, Guadalajara)*, N.A. Hisp. (Prehistoria) 3, pp. 237 y ss.

(17) Ambos tipos, por ejemplo, están presentes en el ajuar del sepulcro de corredor de Gúrpide Sur (VEGAS ARAMBURU, J. I.: *Dólmenes en Alava. Guía para su estudio*, Vitoria, 1983, p. 16.

(18) OSABA, B.; ABASOLO, J. A.; URIBARRI, J. L. y LIZ, C.: *El dolmen de Porquera de Butrón en la provincia de Burgos*, N.A. Hisp., XV, 1971, p. 95.

(19) BALDEON, A.; GARCIA, E.; ORTIZ, L. y LOBO, P.: *Excavaciones en el yacimiento de Fuente-Hoz (Anúcita, Alava)*, Estudios de Arqueología Alavesa, XI, 1983, p. 49.

(20) DELIBES, G.; ALONSO, M. y GALVAN, R.: *Hacia la definición de un nuevo grupo neolítico...*, ob. cit.

(21) DELIBES, G.: *Fechas de radiocarbono para el megalitismo de la Meseta española*, Arqueología (G.E.A.P.), 10, 1984, pp. 99 y ss.

dano). A tal horizonte, por tanto, cabría asimilar también, finalmente, gracias al testimonio de Las Arnillas, otros elementos de cultura material, tales como distintos recipientes cerámicos hemisféricos y globulares –nada garantiza que la cazuela carenada corresponda a este momento y, más bien al contrario, su tipología nos inclina a pensar en un vaso del Bronce–; algunas placas de caliza recortada mediante golpes en diseño casi circulares (22); un bello puñal trabajado sobre hueso largo muy probablemente humano; y ciertos elementos de adorno de materiales ajenos a la región –algunas cuentas de pizarra, una «cypraea» (*Columbella rustica*) con dos perforaciones también para ser colgada, y hasta unos pocos pedacitos amorfos de ámbar– cuya presencia sólo puede explicarse como resultado de algún tipo de intercambio comercial (23).

Algo, sin embargo, distorsiona la ecuación cronológico-cultural establecida entre nuestro yacimiento y la facies San Martín / El Miradero: en el depósito funerario de Las Arnillas está presente ya el retoque plano y con él aparecen las puntas de flecha, losángicas, foliáceas con pequeños muñones y triangulares con ancho pedúnculo que indudablemente denotan mayor modernidad a escala general de evolución de tipos. Ante ello surgen, inevitablemente, dos posibles interpretaciones: ¿cabe hablar de dos etapas individualizadas en el tiempo pero no estratigráficamente, la de los geométricos y la de las puntas con retoque plano, o ambas monturas leptolíticas coexistieron? El reconocimiento en San Martín o en El Miradero de horizontes *puros* de geométricos perfila como buena la primera hipótesis, es decir, que sí existe una fase en la que los geométricos no aparecen todavía contaminados con industrias con retoque plano; pero ello no contesta satisfactoriamente si la coexistencia de trapecios y puntas en Las Arnillas es debida a una mezcla de ajuares de dos épocas o simple reflejo de una situación histórica en la que ambos elementos llegaron a convivir. (Recuérdese que hablamos de un completo caos de huesos en el depósito de enterramiento, pese a su virginidad estratigráfica). En cualquier caso la aparición de las flechas con retoque plano parece claro que es posterior al horizonte San Martín / El Miradero... y ello lo ratifica de algún modo la datación de C-14 obtenida a partir de una muestra de huesos, sin conexión anatómica pero en pleno nivel intacto de enterramiento, de la cámara de Las Arnillas, que se eleva a 2630 a. C. La misma se nos antoja excesivamente baja para un contexto rico aún en geométricos y en consecuencia también para las primeras puntas con retoque cubriente., por lo que preferiríamos –en caso de demandársenos nuestra opinión– dissociarla de aquéllos y juzgarla propia de la plenitud de las flechas. Como referencia de posible significación, tengamos presente que dicha datación es francamente próxima a la obtenida en el túmulo alavés de Kurtzebide (2560) cuyo ajuar, siempre que se valore como un sólo conjunto, repite, sin más variación que la presencia de ídolos tipo San Martín, el de nuestra tumba (24).

2. De la presencia del conjunto de materiales campaniformes seguramente haya que deducir que formaron parte del ajuar de un enterramiento de tal época, análogo a los depositados intrusivamente en tantos momentos próximos de este tipo. Como vimos, probablemente dicho depósito se produjo en una zona marginal de la cámara del sepulcro, lo que supone paralelo con algunos dólmenes de la zona (p.e. San Mar-

(22) Véanse piezas similares en multitud de megalitos de la orla ibérica occidental (LEISNER, G. und V.: *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Westen*, I, 2, Berlín, 1959, p.e. taf. 18, 12-3 ó 20-2,4.

(23) En esa misma dinámica de incorporaciones mediterráneas habría que entender igualmente la presencia de un brazalete de pecten de Cubillejo de Lara, en la misma provincia de Burgos (DELIBES, G.: *Poblamiento eneolítico en la Meseta Norte*, Sautuola, II, 1976, p. 144).

(24) VEGAS ARAMBURU, J. I.: *El túmulo-dolmen de Kurtzebide en Letona. Memoria de excavación*, Estudios de Arqueología Alavesa, 10, 1981, p. 57.

tín), y diferencia respecto a otros (Ciella en Sedano) donde se utiliza un rincón del corredor para tales menesteres (25).

Las cerámicas correspondientes a esta intrusión, con finos zig-zag hechos a punta de navaja y cordones pseudoexcisos en las superficies externas, cuentan también con temas incisos en el interior de los bordes lo que, junto a las formas representadas —seguros un vaso (Fig. 12, núms. 6 a 11) y una cazuela (núm. 1) y probable cuenco (núm. 12) y otros recipientes de forma desconocida (núms. 2 a 5)— facilitan la adscripción del conjunto al grupo de Ciempozuelos (26). Dentro de él tampoco sería erróneo vincularlo al llamado estilo Silos-Vaquera, especialmente propio de las estribaciones orientales y meridionales de la cuenca del Duero, dada la imperfección en ciertas decoraciones y la frecuencia en algunos fragmentos (núm. 1) de pequeños triángulos estampados delimitando frisos (27).

Los únicos materiales asimilables con cierta seguridad a las citadas cerámicas son dos botones de perforación en V. Tales piezas son, en efecto, consideradas comúnmente —sin entrar por el momento en detalles tipológicos— «de horizonte campaniforme», lo que no obsta para que las de Las Arnillas presenten algunos rasgos bastante peculiares. Una de ellas, de base rectangular y extraña cúpula convexa, se caracteriza así por tener una doble perforación en V, pero no al modo de los botones prismáticos largos o «pasadores» de los Pirineos orientales y del Midi (28), sino cruzados, lo que hace de él, según creemos, una ejemplar único. El otro, en cambio, responde a un modelo bien conocido, pero no en las tierras de la Meseta, donde faltan por completo, sino en la zona Pirenaica. La cartografía del tipo realizada por Harrison resulta enormemente ilustrativa al mostrar una máxima densidad de hallazgos en Cataluña y una progresiva rarificación hacia los Pirineos Atlánticos (29). Así, las piezas vascas y navarras de Gurpide Sur, Zeontza y Sákulo, han pasado hasta ahora por las más occidentales de la dispersión, papel que hoy corresponde ya a la pieza de Las Arnillas. En cualquier caso su presencia aquí ratifica unos contactos Meseta-Pirineos e incluso territorios europeos al N de dicha barrera montañosa, ya apuntados por Sangmeister hace un cuarto de siglo (30), y ratificados por unos de nosotros en un trabajo reciente (31).

3. La fibula recuperada en el revuelto de la cámara ilustra una situación no muy usual en esta zona, en la que el megalito padece también una violación protohistórica. La misma responde a una variedad en la que el arco, acodado, se remata con un pivote o botón. Difiere por tanto de las clásicas fibulas de codo de tipo Huelva del *Bronce Final II-III*, tan bien representadas en la Meseta en contextos Cogotas I —recuérdense las de San Román de Hornija, el Berrueco y el Alto de la Yecla de Silos (32)—, y se aproxima algo más a los ejemplares de Agullana-Sanchorreja, a los

(25) DELIBES, G.; RODRIGUEZ MARCOS, J. A.; SANZ MINGUEL, C., y VAL RECIO, J. del: *Dólmenes de Sedano...* Ob. cit., p. 185. En este mismo trabajo se recogen todas las intrusiones Ciempozuelos en sepulcros de corredor del NE de la Meseta y el Ebro superior (pp. 182-187).

(26) DELIBES, G.: *El vaso campaniforme en la Meseta Norte española*, Studia Archaeologica, núm. 45, Valladolid, 1977.

(27) MOLINA, F. y ARTEAGA, O.: *Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica*, Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 1, 1976, pp. 176-178.

(28) ARNAL, J.: *Sur les dolmens et les hypogées des Pays Latins: les V boutons*, III Atlantic Colloquium, Moesgard, 1969, Copenhagen, 1973, p. 22.

(29) HARRISON, R.J.: *The Bell Beaker Cultures of Spain and Portugal*, A.S.P.R., Bull. 35, Cambridge-Massachusetts, 1977, p. 86.

(30) SANGMEISTER, E.: *Exposée sur la civilisation du Vase Campaniforme*, en «Les Civilisations Atlantiques du Neolitique a L'Age de Fer», Brest, 1961, Rennes, 1963, pp. 25 y ss.

(31) DELIBES DE CASTRO, G.: *El País Vasco, encrucijada cultural en el inicio del Bronce Antiguo (S. XVIII a. C.)*, Varia-II, 1983, pp. 131 y ss.

(32) DELIBES DE CASTRO, G.: *Una inhumación triple de facies Cogot I de San Román de la Hornija (Valladolid)*, Trabajos de Prehistoria, 35, 1978, p. 245.

que en virtud de sus asociaciones se fecha en los últimos años del siglo VIII si no ya desde el 700 (33).

No obstante, la pieza de Las Arnillas –que bien podría haber estado asociada a la cuenta de pasta vítrea recogida en el inventario con el núm. 142, y acaso también el vaso núm. 131 de fondo plano y borde exvasado con unguilaciones– manifiesta ciertos signos de mayor arcaísmo, toda vez que conserva la decoración gallonada del arco tan propia de los prototipos chipriotas, lo que acaso hiciera posible remontar su antigüedad al 800 y defender su paralelismo con fibulas análogas francesas como la de Côte d'Or (34). La presencia de una fibula completa de codo con pivotes, no excesivamente alejada de la nuestra desde el punto de vista tipológico, en la necrópolis de incineración de Villamorón, también en Burgos (35), parece probar que no se trata de un tipo excepcional en esta zona de la Meseta durante el tránsito Bronce-Hierro, aunque ello tampoco pueda servir para ocultar que ningún yacimiento de cierta entidad de cualquiera de los dos períodos mencionados es actualmente conocido en las proximidades de Las Arnillas. Por eso nada podemos avanzar sobre el motivo de la presencia de esta pieza en el dolmen, desconociendo si responde a razones funerarias, a una ofrenda de carácter votivo, o a una simple pérdida, aunque las dos primeras hipótesis nos parezcan más factibles dada la indiscutible pervivencia cultural de los megalitos incluso en cualquier época (36).

4. De las intrusiones de época histórica casi nada podemos decir. De las cerámicas recuperadas, pese a la reconstrucción de ciertas formas, no sabemos deducir información alguna, como no sea de un fragmento rojizo con una línea de pintura negra, que –alejado formalmente de las producciones celtibéricas o romanas de tradición indígena– podría tal vez situarse en fechas más avanzadas relacionándose, al menos como hipótesis, con las típicas especies pintadas del alto medievo.

Respecto a la pieza de vellón de Fernando el Católico, ilustraría una visita posterior al lugar, en época moderna, que tampoco en modo alguno puede considerarse excepcional. Recuérdese al respecto, por ejemplo, el hallazgo de tres piezas de Felipe IV en el sepulcro de corredor de Collado Palomero I, en Logroño (37).

(33) ALMAGRO GORBEA, M.: *El Pic dels Corbs de Sagunto y los Campos de Urnas del Nordeste de la Península Ibérica*, Saguntum, 12, 1977, p. 113.

(34) CUNISSET CARNOT, P.; MOHEN, J. P., y NICOLARDOT, J. P.: *Une fibule «chypriote» trouvée en Côte d'Or*, B.S.P.F., 68, 1971, pp. 602 y ss.

(35) SCHULE, W.: *Die Meseta kulturen del Iberischen Halbinsel*, Madr. Forsch., 3, 1969, taf. 157,7.

(36) DANIEL, G.: *Megaliths in History*, Londres, 1972.

(37) PEREZ ARRONDO, C.: *La cultura megalítica en la margen derecha del Ebro*, Cuadernos de investigación (Historia) del Colegio Universitario de Logroño, IX, 1, 1983, p. 56.



1



2

Lám. I. - 1. Túmulo de las Arnillas desde el Sur
2. Idem desde el Este, con detalle del arranque del corredor



1



Lám. II. - Túmulo de Las Arnillas. Detalles de la cámara y el inicio del corredor. 2



1



2

Lám. III. – Situación de las cubiertas del corredor en el sepulcro de Las Arnillas, y detalle de su apoyo en una obra de sillarejo.



Lám. IV. – Detalles en pared septentrional del corredor (1) y en la cámara (2) del dolmen de Las Arnillas del uso de aparejo de piedra en seco. Detalle de un dintel de cubierta caído entre el corredor y la cámara de Las Arnillas (4). Posible «Puerta perforada» del mismo monumento (3).

**NOTAS SOBRE EL YACIMIENTO CAMPANIFORME DE ARRABAL
DE PORTILLO (VALLADOLID)**

**Julio Fernández Manzano
Manuel Rojo Guerra**

Apéndices de: José Vicente Salvador de Luna
Miguel Angel Cuesta Ruiz-Colmenares
Víctor López Serrano
Antonio Martín Costea.

Datan de hace algo más de medio siglo las referencias más antiguas del yacimiento campaniforme de Arrabal de Portillo (Valladolid), y las mismas proceden de Martínez Santa-Olalla (1) quien da noticias imprecisas de la existencia de algunas sepulturas con ajuar cerámico campaniforme halladas al realizar fosas en el actual cementerio de esta localidad. Entre los materiales localizados, aquel autor destaca la presencia de un vaso campaniforme cuyo paradero se ignoró al poco tiempo de su descubrimiento.

Ninguna cita bibliográfica mereció este enclave arqueológico hasta la publicación, en 1948, de un recipiente campaniforme depositado en el Museo de San Telmo, en San Sebastián, cuya procedencia «provincia de Valladolid o Palencia», indujo a Ruiz Argiles (2), que lo diera a conocer, a no descartar la posibilidad se tratara del mismo vaso que años atrás mencionó Santa-Olalla. Del mismo modo, Delibes (3) a propósito de su publicación «El vaso campaniforme en la Meseta Norte Española», intuye la pertenencia a esta estación de un puñal de espiga que fuera comprado para la colección Soto Cortes al anticuario vallisoletano Darío Chicote.

La existencia de tan sugestivos hallazgos ha sido la causa de que el lugar donde los mismos se produjeron haya sido punto habitual de prospección arqueológica, de la que no nos hemos inhibido algunos de los miembros del Departamento de Prehistoria de la Universidad de Valladolid, del que formamos parte. Nuestras pesquisas han deparado un material cerámico relativamente abundante entre el que predominan superficies lisas, aunque no son raras las decoradas con motivos incisos de inequívoco parentesco campaniforme. Ninguna circunstancia especial vino a alterar la situación del enclave hasta 1980, en que se llevan a cabo tareas de ampliación del perímetro del cementerio, obra que sin duda debió suponer la destrucción de parte del yacimiento, por más que ningún hallazgo importante –según noticias de los propios obreros que realizasen aquellas obras–, salvo nuevos fragmentos cerámicos, aquella remodelación proporcionase. Noticias sobre la posible construcción de una nave para fines agrícola –no realizada finalmente– motivaron que durante la primavera de 1983, tras la obtención del correspondiente permiso, efectuáramos una excavación de urgencia.

EL YACIMIENTO: SITUACION Y DESCRIPCION

La zona de hallazgos superficiales se concreta tanto dentro como en el exterior del cementerio de Arrabal de Portillo, especialmente en el área que linda con el norte, denominada «El Tejar», en una extensión próxima a una hectárea. Dicho pago se sitúa aproximadamente a un kilómetro del núcleo urbano en dirección oeste, coincidiendo sus coordenadas con los 41° 28' 42" de latitud norte y 0° 53' 8" de longitud oeste del meridiano de Madrid, correspondientes a la hoja núm. 400 del M.T.N., escala 1:50.000.

(1) MARTINEZ SANTA-OLALLA, J.: *Cerámica incisa y cerámica de la cultura del vaso campaniforme en Castilla la Vieja y Asturias*, Anuario de Prehistoria Madrileña, V.I., 1930, p. 128, nota 88.

(2) RUIZ ARGILES, V.: *Un vaso campaniforme del Museo de San Telmo, de San Sebastián (Guipúzcoa)*, Cuadernos de Historia Primitiva, III, n.º 1, 1948, p. 63-65, lám. XXIV.

(3) DELIBES DE CASTRO, G.: *El vaso campaniforme en la Meseta Norte Española*, SA., 46, 1977, p. 71.



Fig. 1. – Situación de los sondeos realizados en el yacimiento de Arrabal de Portillo. Calco del mapa a escala 1:2000 de concentración parcelaria.

Se trata de un característico yacimiento en planicie asentado en un suelo arenoso de génesis pliocuaternaria, cuya formación debió responder a un proceso de arrastre fluvial de materiales de descomposición procedentes del Sistema Central, a juzgar, tanto por la naturaleza de las arenas –graníticas y areniscosas– cuanto por la proximidad del río Cega y sus afluentes, apenas cinco kilómetros, cuyas aguas, presuntamente, fueron las responsables del transporte. La acción eólica habría remodelado los primitivos aluviones determinando la disposición actual de la duna, en su caso totalmente plana.

El paisaje descrito forma unidad morfológica con la denominada «Tierra de Pinares», al sur del Duero Medio, caracterizada en su conjunto por suaves perfiles alomados tajados por los ríos Adaja, Eresma, Pirón y Cega, que vierten desde la Sierra de Guadarrama, y cuyo carácter unitario se lo proporciona tanto la generalización, en espesor variable, de suelos arenosos, como la existencia de pequeñas hondonadas encharcadas, que se distribuyen con relativa homogeneidad por toda la zona; amén de una abundante cobertera de pinares que da nombre a la comarca (4).

Será precisamente en las proximidades de una de estas pequeñas depresiones donde se asienta el yacimiento que ahora analizamos, en un lugar que por sus especiales características –desprovisto de en su momento de vegetación arbórea y con pre-

(4) Las características geográficas de la zona han sido descritas con cierta minuciosidad por Martín Vals y Delibes de Castro a propósito de la publicación del enterramiento de Fuente Olmedo (MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G.: *La cultura del vaso campaniforme en las Campiñas Meridionales del Duero (El enterramiento de Fuente Olmedo; Valladolid)*, Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, V.I., Valladolid, 1974). La síntesis geográfica que ahora describimos no es sino un resumen de la presentada por aquellos autores.

sencia de agua— debió ofrecer especial atractivo para las gentes protohistóricas. La relativa abundancia de hallazgos del mismo signo cultural en el territorio —Fuente Olmedo, Pajares de Adaja, Samboal, etc. (5)— vendría a corroborar que, en efecto, la densidad de ocupación por parte de los grupos campaniformes fue importante.

La inexistencia de áreas con una mayor concentración de materiales en superficie, fue la causa de que la elección del lugar donde inicialmente efectuáramos dos cuadros de sondeo —de 2×2 — se realizara de forma indiscriminada en las proximidades de la tapia del cementerio, en la zona noroeste el primero de ellos, y en la fachada norte, algo más alejado del tapial, el segundo. En uno y otro caso los resultados obtenidos, de gran similitud, se habrían de caracterizar por su extrema parquedad; pues baste señalar que ninguna secuencia estratigráfica neta se obtuvo, en tanto que los materiales arqueológicos recuperados —cerámicas casi exclusivamente— aparecieron en un considerable estado de fragmentación y sumamente rodados, consecuencia sin duda del tipo de suelo, arenoso, en el que la acción destructiva de la vertedera adquiere su máxima eficacia. Cuando más, se pudo apreciar un nivel superficial de profundidad variable —30, 40 cm.— y color amarillo oscuro, claramente interesado por las labores agrícolas, bajo el que subyace una segunda etapa, de idéntica textura que la precedente, en su caso con una tonalidad más clara; intermedia entre la anterior y la arena virgen, que comienza a aflorar a 50 cm. de profundidad.

Apenas si superaron la cincuentena las cerámicas recuperadas, predominando curiosamente —algo más de la mitad— las decoradas con técnica incisa que articula sintaxis peculiares de los campaniformes tardíos de la meseta, con los que se identifican también a partir de la forma (Fig. 2/1, 2, 3, 4 y 6). Algunos cuencos lisos (Fig. 2/7, 8 y 9), un borde con impresiones (Fig. 2/5) además de una docena de lascas de sílex y cuarcita, desechos de talla, completan el total de las piezas exhumadas, distribuidas con homogeneidad en todo el volumen excavado.

Las catas de sondeo efectuadas ofrecían así unos resultados extremadamente pobres, por cuanto apenas si aportaban, ni cuantitativamente muchos más datos que los proporcionados por una mera prospección superficial; ni una sucesión ordenada de lechos de ocupación, ni, sobre todo, vestigio alguno de estructura de hábitat, uno de nuestros mayores anhelos cuando iniciáramos los trabajos arqueológicos.

Una parcela ubicada en el norte del labajo, yerma cuando menos hacía una veintena de años, se eligió para continuar con las tareas de excavación; trazándose en la misma una primera cuadrícula de similares dimensiones que las anteriores —A I, y paralela a la misma otras tres contiguas B I, B II y B III, respectivamente—. El hecho de que dicho terreno nunca hubiera estado sometido a un laboreo agrícola con sistemas de explotación modernos contribuyó en buena medida a preservarlo, a diferencia de lo que aconteciera en las catas 1 y 2, de un total arrasamiento, observándose en su caso con mayor nitidez los mismos niveles, homogéneos en toda el área excavada, aunque, como veremos, ninguna es la transcendencia histórica que poseen.

En un manto superficial próximo a los 30 cm., de tierra arenosa y compacta se recogieron un centenar de fragmentos cerámicos mayoritariamente lisos —alrededor del 80%—, reconociéndose entre los decorados algunos con incisiones de evidente parentesco campaniforme ciempozuelos, aplicadas sobre todo a cazuelas y vasos (Fig. 8/3, 5, 7, 14); bordes con digitaciones (Fig. 3/6, 7, 16 y fig. 7/10) y unguilaciones (Fig. 9/4) además de una pieza con inusual ornamento impreso (Fig. 8/1); en los últimos casos de más problemática atribución cultural. Por su parte, las formas lisas aparecen constituidas sobre todo por cuencos (Fig. 3/13, 14, 15; fig. 6/4 y fig. 7/7, 14, 15) y en proporción mucho más restringida (fig. 3/3, fig. 7/11, 13 y fig. 11/9) vasos de borde vuelto.

(5) DELIBES DE CASTRO, G.: *El vaso campaniforme...*, ob. cit.

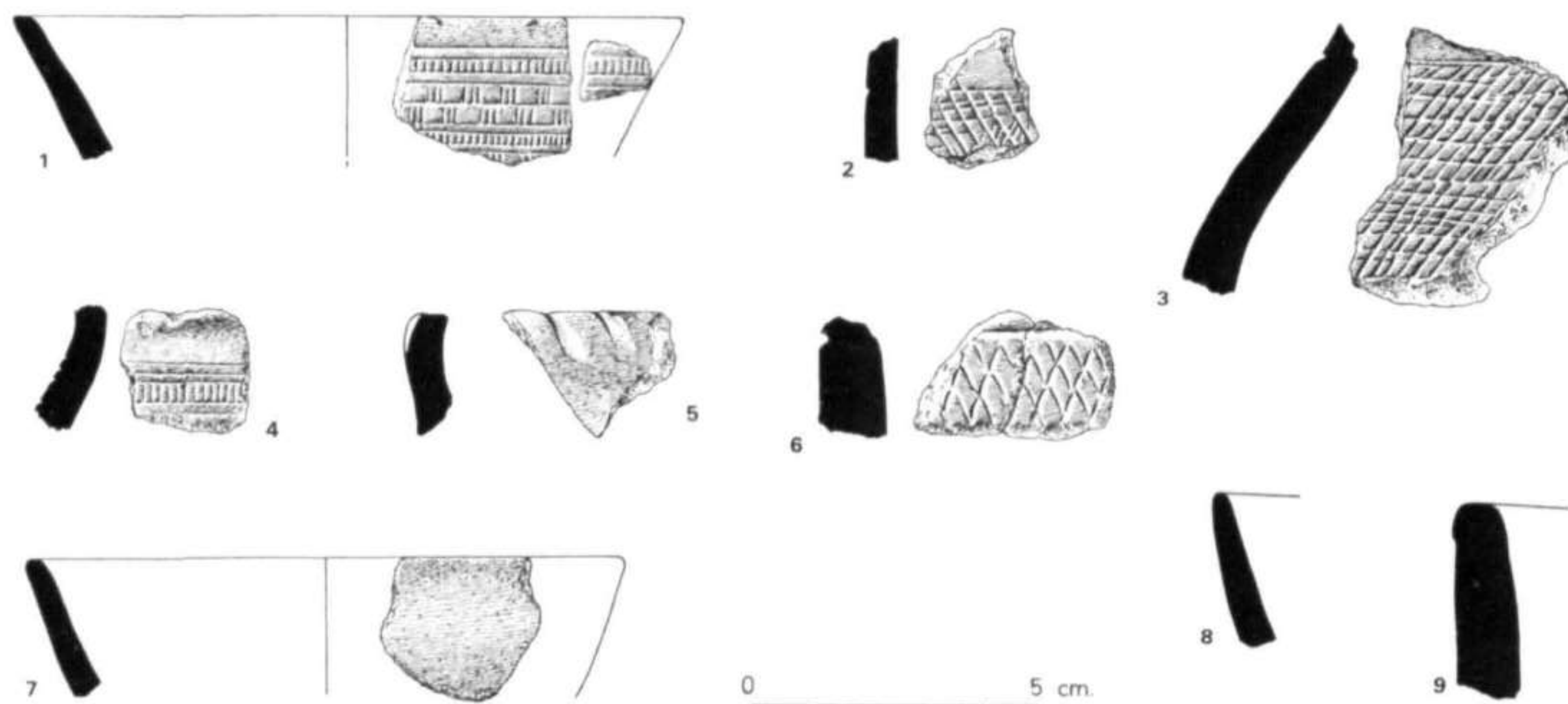


Fig. 2. - Materiales de las catas de sondeo 1 y 2.

Coincidiendo con la secuencia que describiéramos en los dos primeros cuadros excavados, a los 30, 40 cm. surge un nuevo horizonte, caracterizado en su caso por un color negro / grisáceo, sin duda adquirido en buena medida a causa de la descomposición de restos orgánicos, aún frecuentes en el mismo. Allí se localizaron cerca de 400 fragmentos cerámicos a mano, lisos esencialmente, y entre ellos un predominio abrumador de cuencos con sus paredes de grosor variable e inclinación diversa (Fig. 3/4, 12, 15; fig. 6/1, 2, 3; fig. 7/3, 5, 6, 8, 9, 12, 16, 17; fig. 9/8, 9 y fig. 11/4, 7, 8, 10, 11), seguidos muy de lejos por algún vaso campaniforme (Fig. 3/8 y fig. 7/2), tapaderas (Fig. 3/18 y fig. 9/11, 12, 13), fondos (Fig. 3/9, 20 y fig. 11/13) y grandes vasos de almacenamiento, caso de algunas orzas (Fig. 10/5 y 11/3), una pieza troncocónica de fondo plano (Fig. 10/2), modelos globulares (Fig. 9/6, 14, 15), y bitroncocónicos (Fig. 10/1, 3 y 4), u otros perfiles duros, carenados (Fig. 3/1; fig. 7/1 y fig. 10/6, 7); amén de gran número de añicos cuyas reducidas dimensiones no permiten reconstruir su perfil original.

El material decorado –retículas, pseudoexcisiones, losanges, frisos corridos...– se plasman en vasos, cuencos y cazuelas campaniformes (Fig. 3/10; fig. 5; fig. 12; fig. 3/10; fig. 8/2, 4, 6, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 15 y fig. 9/1, 2, 3), siendo frecuentes asimismo los bordes tratados con digitaciones (Fig. 3/5, 17, 19; fig. 9/16, 17, 18 y fig. 11/ 2, 5, 12) y alguna unguación (Fig. 3/2; fig. 8/15 y fig. 11/1). Dos asas, una de pasta negra muy cuidada (Fig. 9/10) y la segunda (Fig. 9/7), más grande que la anterior, todavía adherida al borde del recipiente que la sustentara, posiblemente un cuenco, completan el elenco de los barro inventariados.

Entre el material lítico –una veintena de lascas de sílex y cuarcita– sobresale por su excelente talla un raspador de sílex lechoso en extremo de hoja (Fig. 4/4). La excavación deparó igualmente algunos fragmentos de crisoles de fundición (Fig. 4/1 y 2), acaso de la misma pieza, en cuyo interior todavía conservan adheridos residuos de colada. La actividad metalúrgica encontraría respuesta asimismo, en el hallazgo de una aguja, dos pequeñas barras –próximas a los 3 mm.– de sección cuadrangular la primera y elíptica la segunda (Fig. 11/14, 15 y 16) junto con un reducido fragmento de chapa y un «goterón».

Es, pues, en esta profundidad, entre 30 y 60 cm., punto en que de nuevo surge el sustrato virgen, donde se han recogido la mayoría de los objetos arqueológicos, al igual que algunos restos de fauna, los cuales han sido objeto de un pertinente análisis que se presenta en el Apéndice I.

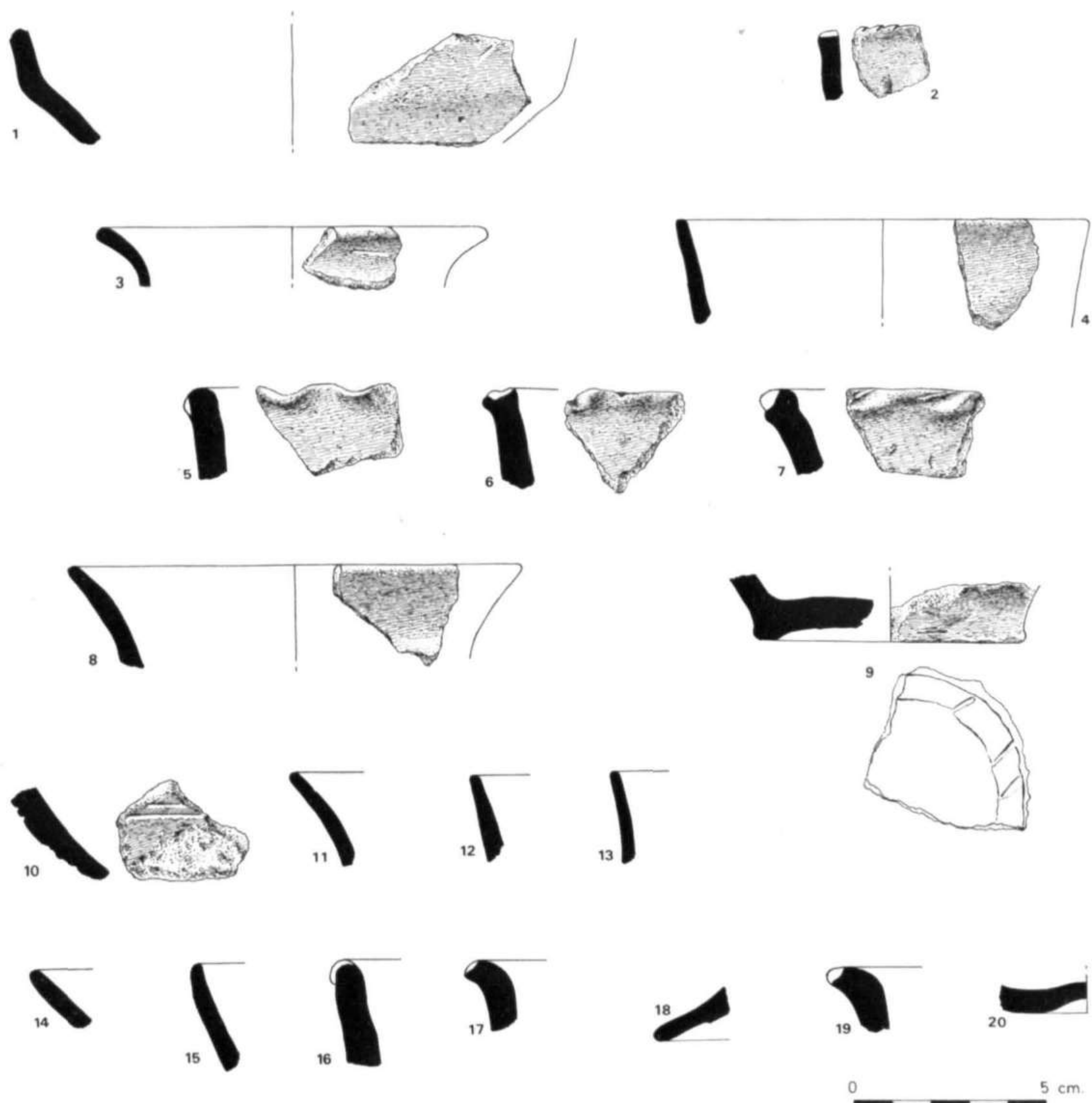


Fig. 3. – Material cerámico liso del cuadrado A I.

Una valoración de síntesis de la secuencia descrita, podría inducir, en un principio, insistimos, a pensar que los niveles reseñados no serían más que el exponente de sucesivos momentos de ocupación; planteamiento, no obstante, que creemos alejado de la realidad, puesto que la existencia de tres niveles relativamente nítidos –a partir de la diferente coloración del terreno–, no responde sino a un condicionamiento de tipo artificial –el laboreo agrícola–, habiendo de desdeñar, por consiguiente, nos hallemos ante una auténtica estratigrafía arqueológica, con una cronología escalonada. En este mismo sentido, no hemos de olvidar que junto a cerámicas campaniformes, bien seriadas culturalmente, conviven otras cuya adscripción cronológica con las precedentes resulta más que problemática; suma de datos, en fin, que sin demasiado riesgo nos permite afirmar se trata de un auténtico «revuelto», en una disposición, por otro lado, harto habitual en pisos de textura arenosa.

ESTUDIO DE LOS MATERIALES

La cerámica

Resulta evidente, y por ello no es nuestra intención buscar el mayor número de paralelos posibles, que motivos y sintaxis compositiva de la mayor parte de los materiales cerámicos decorados se repiten hasta la saciedad en cualquier contexto campaniforme tardío, no sólo de la Meseta, donde hallamos las equivalencias más numerosas, sino también en otros ambientes Peninsulares y aún extranjeros (6).

Una distribución porcentual de los cincuenta fragmentos inventariados que poseen aquel inconfundible ornamento, evidencia un predominio de temas incisos con retícula oblicua (46%), entramado vertical (16%), losanges delimitados por trazos perpendiculares (4%), entramados transversales (12%), hoyos impresos (10%), motivos pseudoexcisos (12%), metopas con tres triglifos (4%), zig-zags (4%) además de dos piezas (4%) con trazos radiales en umbo. Como es de suponer, tales representaciones no siempre aparecen aisladas, sino que, por el contrario, resulta frecuente que el mismo fragmento resuma cuando menos dos de los temas (7). Técnicamente, todas las pastas ofrecen un aspecto cuidado, bruñidas o espatuladas, extremo en dos fragmentos (Fig. 8/2 y fig. 9/1), lo único con decoración en el interior del borde, cuya calidad no resulta inferior a la de los mejores ajuares funerarios de la misma época.

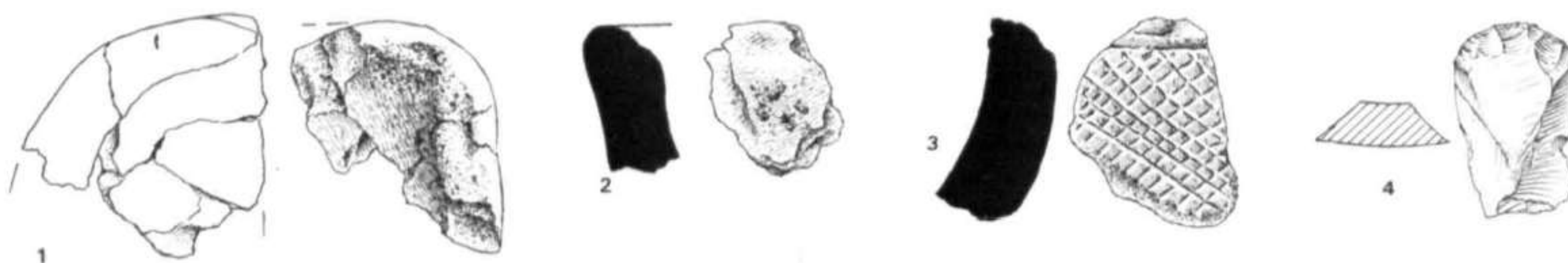


Fig. 4. - Material del cuadro A I (1 y 2: crisoles, 3: cerámica, 4: raspador).

No son estos, sin embargo, pese a ser los más representativos, los únicos recipientes a los que se les ha aplicado decoración, pues se constatan también otros tres fragmentos cuyo vínculo con el mundo que personalizan las vajillas de tipo Ciempozuelos resulta cuando menos discutible. Para el primero de ellos, de paredes gruesas y decorado con incisiones ligeramente convergentes muy marcadas (Fig. 12/3), no habría, en una primera impresión, que desdeñar un parentesco campaniforme; pues, en efecto, el motivo no resulta excepcional entre los temas que sirven para identificar las cerámicas de aquella cultura, por más que no se incluyan entre las de mayor difusión. Será entre el dilatado repertorio de los campaniformes granadinos de Orce, donde hallemos los paralelos más próximos, especialmente en un ejemplar (8), que como en el vallisoletano, las incisiones, en sentido vertical, convergen hacia la parte inferior del recipiente, un cuenco, adecuándose así a la forma curvada de sus paredes. Las diferencias entre ambos estribarían en que las incisiones del vaso granadino son

(6) Como mera referencia, recordemos que la práctica totalidad de los temas y sintaxis compositivas se recogen en el ya clásico estudio del vaso campaniforme que realizara Delibes (DELIBES DE CASTRO, G.: *El vaso campaniforme...*, ob. cit.), aparecen igualmente en el célebre tell granadino de Orce (SCHÜLE, W.: *Orce und Galera*, Mainz am Rhein, 1980), en los complejos de Carmona (R. J. HARRISON and T. BUBNER: *Beaker pottery from el Acebuchal*, M.M., 17, 1976, pp. 79-141) y Salamó (SERRA VILARÓ, J.: *El vas campaniforme a Catalunya e les coves sepulcrales eneolítiques*, Solsona, 1923) o en el sur de Francia (GUILAINE, J.: *La civilisation du vase campaniforme dans les Pyrénées Française*, Carcassonne, 1967).

(7) Evidentemente, esta es la causa de que la suma de los porcentajes enumerados rebase el 100% del total de las piezas.

(8) SCHÜLE, W.: *Orce...*, ob. cit., taf. 21, 1986.

mucho más someras; está decorado en el interior y el grosor de la pieza es mucho más reducido.

Desde un punto de vista técnico, el tipo de incisión profunda adquiere cierta difusión en ambientes de la primera Edad del Hierro en el este de la Meseta –Zarranzano (9), Valdeprado (10), etc.–, con frecuencia en disposición vertical agrupadas en haces y que se consiguen posiblemente, como así sugiere Romero (11) con un peine metálico. Pese a la conciencia en el tratamiento inciso, no sabemos, sin embargo, a partir de la escasa superficie del fragmento recuperado en Portillo, si su decoración interesaba a todo el contorno de la pieza, o, por el contrario, como es de suponer, aparecía agrupada en pequeños conjuntos 8/10 hendiduras; descartando con plena seguridad –son ligeramente convergentes– utilizando un peine, sea del tipo que fuere.

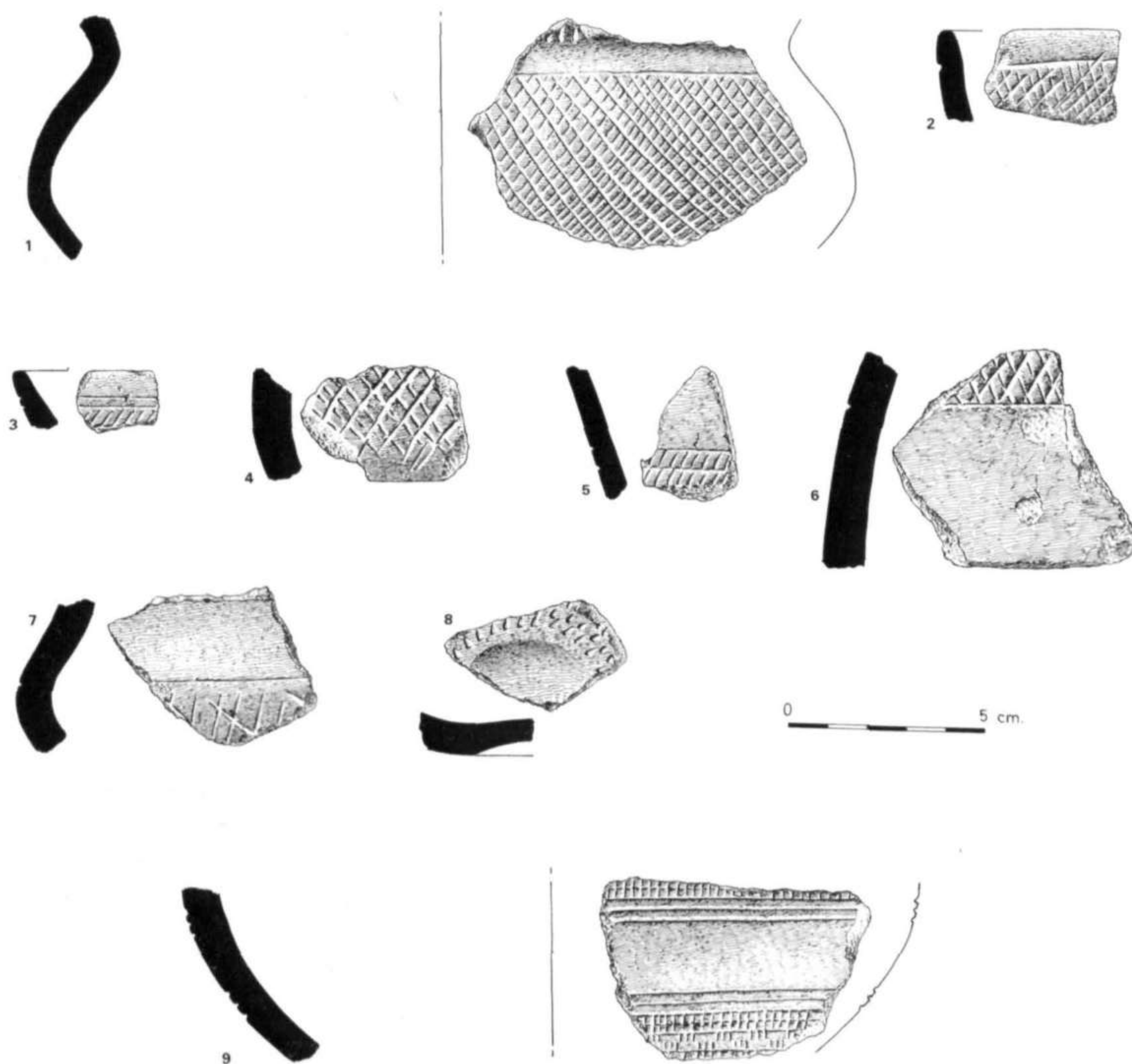


Fig. 5. – Material cerámico decorado del cuadro A I.

(9) ROMERO CARNICERO, F.: *La Edad del Hierro en la serranía soriana: Los castros*. Tesis Doctoral inédita leída en la Universidad de Valladolid en 1983. Agradecemos al Prof. Romero su amabilidad al permitirnos consultar esta obra, en la actualidad en prensa.

(10) Ibidem.

(11) Idem.: *La Edad del Hierro en la serranía soriana: Los Castros*, SA., 75, 1984.

Así las cosas, la validez de esta última referencia resulta harto limitada, pues, ciertamente, junto a los argumentos que la refieren en el Hierro –el tipo de incisión y la anchura de las paredes–, existen razones –el propio diseño decorativo– que justificarían su inclusión entre el elenco cerámico de signo campaniforme.

Ya no frecuente, sino totalmente desconocida entre las decoraciones campaniformes es la temática que presenta el segundo de los fragmentos que hemos individualizado por su originalidad respecto al resto de los barro recuperados. Se trata de parte del borde de un vaso globular, de tonalidad rojiza poco intensa, superficie alisada y desgrasantes cuarzosos de tamaño medio. Su decoración se concreta en una banda paralela al labio estructurada por tres líneas de impresiones contiguas –las dos primeras de similar tamaño, algo más pequeñas que la tercera–, y otra franja de similar porte, que en su caso se orienta en oblicuo hacia la anterior, de la que aparece un poco separada (Fig. 8/1).

Un análisis formal del motivo nos permite atisbar vínculos con la conocida técnica del boquique, de la que, sin embargo, y de forma estricta, la separaría el hecho de que las impresiones aparezcan en cierto modo sin concatenar, faltando así el segundo de los rasgos que definiera tan peculiar sistema, el sentido de la continuidad «la raya». Aún así, el parentesco de nuestra pieza con la mencionada técnica creemos está suficientemente justificada, tanto a partir de las notables coincidencias con ciertos tipos de boquique, como más adelante veremos, cuanto por el propio esquema compositivo, pues casi con seguridad la ligera curvatura que posee el segundo de los tramos decorativos, no es sino parte de una guirnalda, como sabemos tema favorito entre las composiciones ornamentales de aquella técnica.

Ninguna precisión nos proporcionaría el análisis de la forma de este recipiente, si a partir del mismo pretendiéramos matizar el momento en que fue fabricado. Cuando más, y como es sabido, podemos señalar que se trata de un tipo de especial aceptación entre grupos neolíticos y calcolíticos y que, progresivamente, durante el Bronce y el Hierro, pasarán a constituir una forma más, sin especial significación, entre el equipo cerámico, sobre todo de formas sin decorar. Aún con cierta licencia por nuestra parte, pues, reiteramos, no se trata de un auténtico boquique, será el vínculo con este sistema de incrustación el dato que nos permita efectuar algún tipo de aproximación cronológica no exenta, como veremos, de considerables problemas interpretativos.

Con este propósito, una primera cuestión que habríamos de abordar, estaría en determinar el origen y tiempo de difusión de esta técnica, aspecto objeto de recientes trabajos (12) en el que no creemos necesario insistir. Evidentemente, pese a la similitud del procedimiento empleado, ningún parecido presenta una pieza con el convencional boquique de Cogotas I, en el que el punzón, siempre mucho más agudo, actúa en oblicuo, plasmándose tan solo excepcionalmente en recipientes globulares. De igual modo, aunque con frecuencia son vasos de esta forma los que albergan tales impresiones durante el Neolítico (13) y pese a que aquéllas posean muchas veces mayor amplitud que las del Bronce Final, en ningún caso alcanzan las dimensiones que las de nuestro ejemplar, conseguidas, como reseñáramos, con un punzón de notable tamaño –casi medio centímetro para las impresiones más grandes– en su extremo.

(12) FERNANDEZ-POSSE y DE ARNAIZ, M. D.: *Consideraciones sobre la técnica del Boquique*, T. de P., 39, 1982, pp. 137-161; LOPEZ MONTEAGUDO, G.: *Consideraciones sobre la cerámica de Boquique*, A.E.A., 52, 1979, pp. 21-26.

(13) Por citar algún ejemplo, recordemos su presencia en la cueva de Arenaza (APELLANIZ, J. M. y ALTUNA, J.: *Memoria de la II Campaña de Excavaciones Arqueológicas en la Cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya)*, NAHisP., 4, Prehistoria, 1975, p. 179, fig. 24).

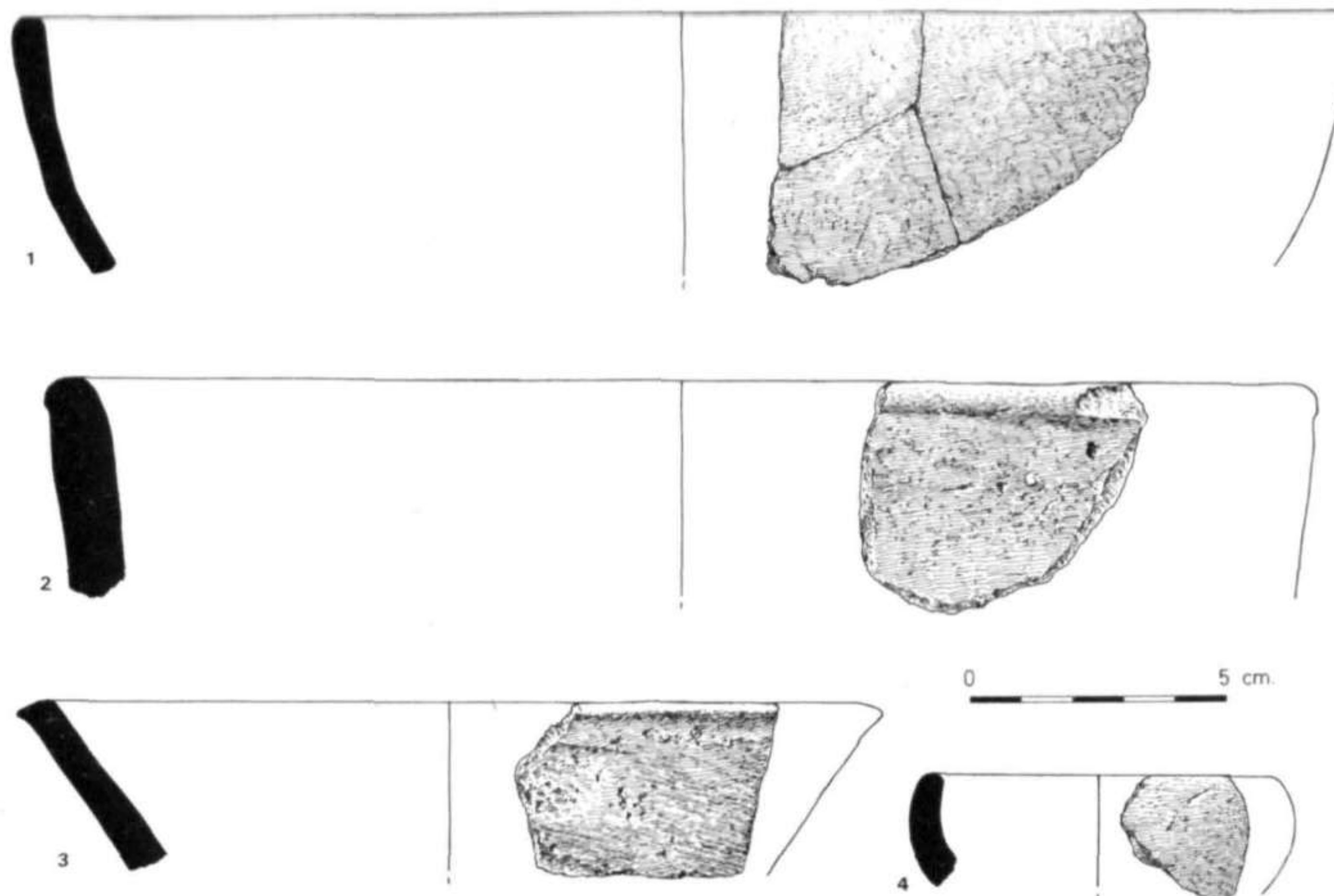


Fig. 6. - Material cerámico liso del cuadro A I.

A consideraciones de similar guisa nos llevaría su comparación con los boquiques de alguna de las estaciones andaluzas de época calcolítica –Los Castillejos de Montefrío (14), por ejemplo–; si bien, será en algunos yacimientos de este mismo horizonte –Vinha da Soutilha, en Mairos (15), Picón del Rey (16) o Las Cañamonas (17), todos ellos situados en el occidente de la Cuenca del Duero, donde hallemos las réplicas más ajustadas. En los mismos, se recuperó abundante material decorado entre el que, junto con temas incisos rectilíneos, predominantes, se reconocen también impresiones a peine, boquique, y en menor proporción puntos impresos inscritos en triángulos.

Un análisis de los recipientes a los que se les ha aplicado la técnica que ahora nos interesa, de inmediato pone de manifiesto numerosas afinidades con el ejemplar de Portillo, pues como en este, la decoración de líneas impresas paralelas al borde alcanzan allí notable predicamento; se reiteran los motivos de guirnalda ancha –como los que presumiblemente debieron acompañar a nuestra pieza– plasmadas también en vasos esféricos, y reproducen asimismo el tamaño del punzón que se utilizara para realizar tales impresiones. Aún más, uno de aquellos vasos trasmontano (18), tan sólo con ligerísimas variaciones ofrece similar sintaxis compositiva.

(14) ARRIBAS, A. y MOLINA, F.: *Nuevas aportaciones al inicio de la metalurgia en la Península Ibérica. El poblado de los Castillejos de Montefrío (Granada)*. The origins of metallurgy in Atlantic Europe, Proceeding of the fifth Atlantic Colloquium, Dublín, 1978, p. 12, fig. 8.c.

(15) OLIVEIRA JORGE, S. y SOEIRO, T.: *Excavações Arqueológicas na Vinha da Soutilha (Mairos, 1981)*. Portugalia, vol. II/III, 1981/1982, p. 16, Est. VII, 6.

(16) Yacimiento inédito. Conocemos los materiales gracias a la amabilidad de R. MARTIN VALLS.

(17) En el yacimiento zamorano de Las Cañamonas se recuperó recientemente, en una intervención de urgencia, material cerámico de similares características al de las estaciones citadas en último lugar. El Sr. del Val los estudia en estos momentos; a él nuestro agradecimiento.

(18) OLIVEIRA JORGE, S. y SOEIRO, T.: *Excavações arqueológicas...*, ob. cit., Est. VII, 6.

No creemos muy aventurado, por consiguiente, pese a la existencia de otras referencias –las formales, por ejemplo– que pudieran otorgarle una mayor amplitud temporal, equiparar la pieza vallisoletana con las de Zamora, Salamanca y lusitanas citadas, pertenecientes a poblados calcolíticos –tipo Mairos-Penha– en un momento en que el campaniforme todavía no ha hecho acto de presencia (19). ¿Cabría pensar entonces, que en el asentamiento de Portillo existió un nivel de ocupación calcolítico anterior al mundo de Ciempozuelos? Ciertamente, los argumentos para pronunciarnos en sentido afirmativo son de muy escasa consistencia, pues con excepción del fragmento que ahora analizamos, difícilmente podríamos, con la posible excepción de algún cuenco –forma invariable durante mucho tiempo– asimilar otros materiales a aquel horizonte. Faltan, en definitiva, ornamentaciones tan características como las ondas a peine, los triángulos rellenos de puntos incisos..., o los propios vasos de tipo «globo de lámpara», de tanta aceptación entre las gentes que habitaran el occidente de la Meseta Norte hacia mediados del III Milenio. Parece poco verosímil, por consiguiente, se pueda datar esta cerámica coincidiendo con las calcolíticas mencionadas, por más que a un kilómetro del yacimiento halláramos recientemente restos cerámicos que con no pocas dudas podrían ofrecer aquella cronología.

La presencia de dicho barro en un contexto más tardío, cuando menos campaniforme, si pensamos en que son materiales de esta naturaleza los de mayor difusión, no resultaría así fácil de justificar. En este sentido, hemos de recordar que guirnaldas y decoraciones curvas en general rara vez comparecen entre los ornamentos campaniformes, dando la impresión que los motivos así diseñados hubieran sufrido un hiato entre el calcolítico y los inicios de Cogotas, en que de nuevo surgen para progresivamente alcanzar un espectacular desarrollo. Nos parece poco probable, sin embargo, y más aún cuando otro buen número de elementos de tradición indígena –la decoración en el interior del borde o el sistema de incrustación, entre otros– se perpetúan en el equipo cerámico de ulteriores grupos culturales, se hubiese producido un lapsus de tamaña amplitud para esta técnica (20), aunque no deja de ser cierto que las evidencias para defender lo contrario son en la actualidad de muy escasa consistencia. La cuestión, en todo caso, radicaría en determinar si, efectivamente, la cronología del complejo Penha se ciñe con exclusividad a los inicios del calcolítico, o por el contrario, como propugnan tesis tradicionales (21) ofrece un amplitud temporal más dilatada, de mayor modernidad, con lo que la relación de esta pieza de Arrabal de Portillo con el campaniforme quedaría plenamente justificada.

Junto a los dos fragmentos reseñados, de alguna manera los que encierran una mayor problemática para su definición, se encontraron diversas cerámicas decoradas, en este caso mediante digitaciones y ungulaciones, plasmadas casi siempre en bordes.

Sabida es la limitada transcendencia que por sí solos ofrecen estos tipos decorativos, presentes en casi todas las culturas cerámicas pre y protohistóricas. En nuestro caso, y en un intento de adecuarlas a una cronología campaniforme, como viéramos, plausible a priori para el yacimiento, cabría rastrear piezas similares en estaciones domésticas de aquel signo, caso de un borde con ungulaciones (Fig. 10/1), que reproduce no sólo decoración, sino también el perfil de un cuenco de la Cueva de la Mora (22), donde este tipo de impresiones se repite en alguna pieza más. De igual modo,

(19) OLIVEIRA JORGE, S.: *Aspectos da evolução Pré-Histórica do Norte de Portugal durante o III.º e o II.º Milénios a. C.*, Actas do Coloquio Inter-Universitário de Arqueologia do Noroeste. Porto, noviembre de 1983, pp. 1-8 (en prensa).

(20) Diversos aspectos relacionados con este tema, son en la actualidad objeto de un trabajo a cargo de los Prof. Delibes, Fernández Manzano y Romero Carnicero, que será publicado en el próximo número de la Revista Numantia.

(21) Un estudio de la historia de las investigaciones sobre la cerámica de tipo Penha ha sido realizado por la Dra. Oliveira (OLIVEIRA JORGE, S.: *Aspectos de evolução...*, ob. cit.).

(22) BĀRANDIARAN, I.: *Revisión estratigráfica de la cueva de la Mora (Somaén, Soria)*, 1968, NAHisP., Prehistoria, 3, 1975, fig. 22, 11.

determinados fragmentos procedentes de Orce (23) testimoniarían en favor de que aquella técnica no resultó extraña a los ceramistas de época campaniforme; pese a lo cual, no deja de ser cierto que su difusión ahora es bastante restringida, llegando a cotas de auténtica excepcionalidad en el caso de las digitaciones (24).

Ambos temas, por el contrario, adquieren cierta frecuencia en contextos más tardíos, a partir del Bronce Medio y Final (25), para alcanzar su máximo desarrollo durante la Edad del Hierro. Son, en efecto, abundantísimas las referencias de piezas con tales ornamentos que, a partir del 700 a. C., podemos hallar en cualquier ambiente cultural Peninsular; y baste recordar, por cuanto al territorio meseteño se refiere, que en estaciones del primer Hierro –Sacaojos (León), Cerro de San Andrés, en Medina de Rioseco (Valladolid), etc.– las mismas adquieren una exhaustiva difusión; aspecto que ya resaltara Romero (26) al analizar materiales de esta misma época provenientes de los asentamientos vallisoletanos de Almenara de Adaja y el Pago de Gorrita, éste en la propia capital. De igual modo será entre los repertorios de esta misma época –Soto de Mednilla (27), o el propio Pago de Gorrita (28), entre otros– donde se contemplan las réplicas más precisas para uno de nuestros fragmentos (Fig. 9/4) con baquetón en el borde, donde aparecen plasmadas ungulaciones, que volverán a repetirse bajo el mismo, en su caso distribuidas regularmente en dos franjas paralelas.

Escaso sería igualmente, sin mayor alcance que el que pueda proporcionar una mera consideración cronoestadística, la presencia de recipientes con asas, de los que se recogieron dos ejemplares, como veremos, de características bien diferentes. El primero de ellos, de perfil circular y sección algo acintada, aparece en la parte alta del vaso, soldándose uno de sus extremos en el propio borde. Una somera ojeada de la bibliografía prehistórica Peninsular nos permite de inmediato reconocer, en lugares y momentos muy diversos, piezas así caracterizadas; caso de las cuevas andaluzas de La Cariguela (29) y del Agua de Prado Negro (30); en el nivel también neolítico de Los Husos, en vascongadas (31), o de ciertas cuevas navarras (32), cuya situación se ha hecho extensiva a otros yacimientos del Ebro Medio (33), como la cueva sepulcral de Los Encantados; por más que entre los fragmentos con asa predominen aquéllos en los que, a diferencia de la nuestra, el asidero no se halla frisando el borde (34).

(23) SCHULE, W.: *Orce...*, ob. cit., taf. 49 y 97.

(24) Efectivamente, son bastante raras las cerámicas campaniformes con los bordes ungulados. Algunas piezas procedentes de Osma (amabilidad del Sr. J. de Celis), constituirán uno de los escasos ejemplos donde tales motivos se constatan.

(25) De la difusión cada vez más frecuente de estos sistemas decorativos, a partir del Bronce Medio, sirva de ejemplo un superficial análisis de los repertorios cerámicos de signo argárico (NAJERA, T. y MOLINA, F.: *La Edad del Bronce en La Mancha. Excavaciones en las Motillas de Azuer y los Palacios*, C.P.U.G., 2, 1977, fig. 12, 13, etc.) o sus contemporáneas en la Meseta Norte (FERNANDEZ-POSSE y DE ARNAIZ, M.^a D.: *La cueva de Arevalillo de Cega (Segovia)*, NAHisp., 12, 1981, p. 45-84; JIMENO, A.: *Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona alta del Duero*, E.A.E., 134, 1984, fig. 13,A; etc.). De igual modo, aquellos detalles son harto frecuentes en estaciones del Bronce Final, caso de la vallisoletana de San Román de Hornija (Este yacimiento, excavado hace casi una década por G. Delibes, es en la actualidad, tras la recuperación de nuevos materiales, objeto de una Memoria de Licenciatura realizada por J. A. Rodríguez Marcos, a quien agradecemos nos haya proporcionado el dato), etc.

(26) ROMERO CARNICERO, F.: *Notas sobre la cerámica de la Primera Edad del Hierro en la Cuenca Media del Duero*, BSAA., VI, 1982, p. 149.

(27) Materiales inéditos depositados en el Museo Arqueológico Provincial de Valladolid. Nuestro agradecimiento a su Directora.

(28) ROMERO CARNICERO, F.: *Notas sobre...*, ob. cit., fig. 3, 16.

(29) PELLICER, M.: *El Neolítico y el Bronce de la Cueva de la Carigüela del Piñar (Granada)*, T. de P., XV, 1964, fig. 11, 9, etc.

(30) NAVARRETE, M. S. y CAPEL, J.: *La cueva del Agua de Prado Negro (Iznalloz, Granada)*, C.P.U.G., 2, 1977, figs. 5 y 6.

(31) APELLANIZ, J. M.: *El grupo de los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco*, E.A.A., VII, 1974, fot. 13, 30.

(32) BEGUIRISTAIN, A.: *Cueva del Nacedero de Riezu, Valle del Yerri*, T.A.N., 1, 1979, figs. 4, 5.

(33) *Ibidem.*, p. 95.

(34) BARANDIARAN, J. M.: *Cueva de los Encantados (Belchite, Zaragoza)*, NAHisp., XVI, 1971, p. 45.

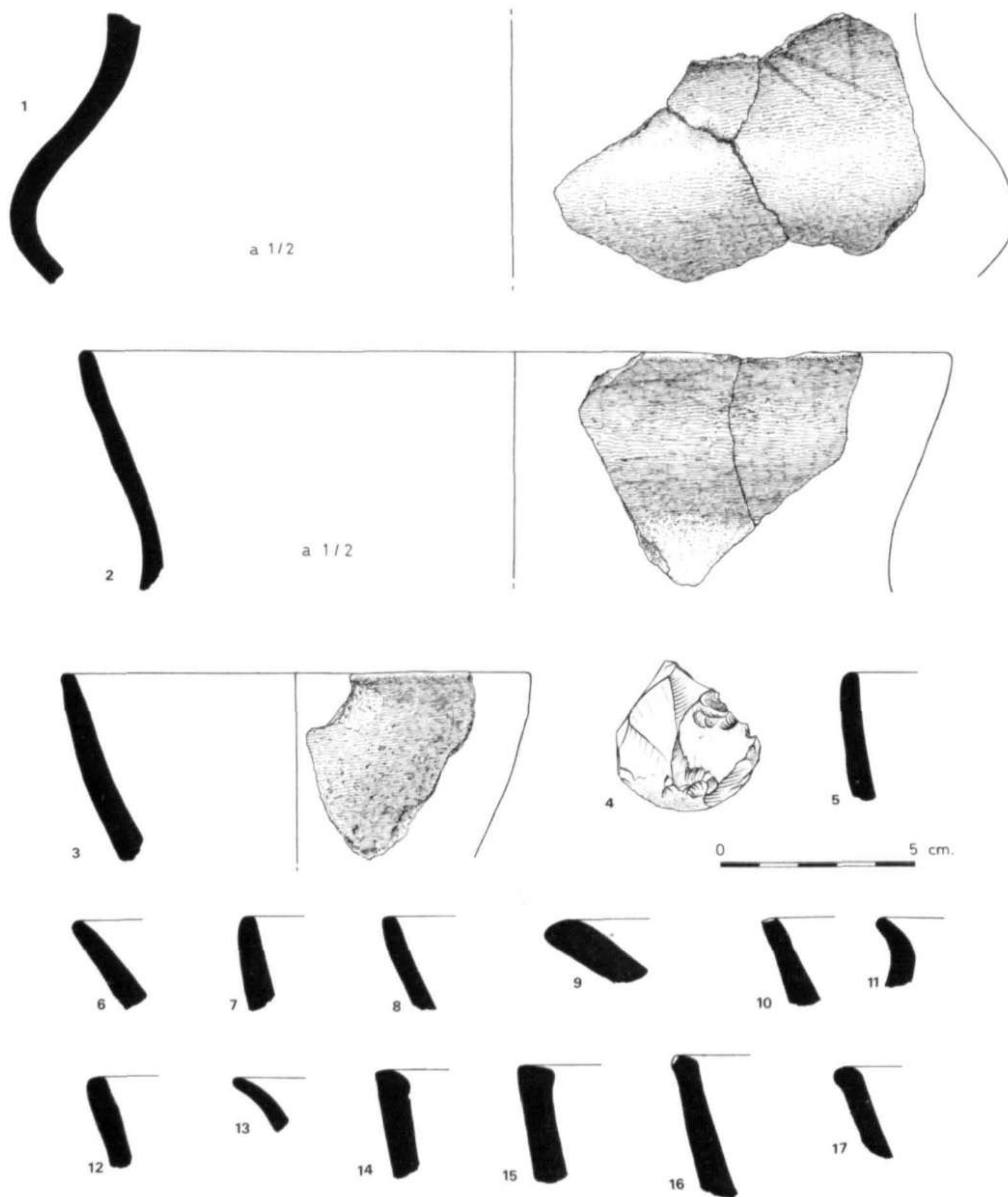


Fig. 7. – Material cerámico liso del cuadro B I (n.º 4 lasca de sílex).

Una pieza de rasgos afines procedente del castro vallisoletano de Cogeces del Monte (35) ilustraría la pervivencia de tales formas coincidiendo con un convencional Bronce Medio; en tanto que su proliferación en yacimientos del Bronce Final –San Román de Hornija (36), Los Lagos (37), etc.– testimoniarían en favor de que las mismas tuvieron aceptación hasta el término de aquella Edad. La inauguración del Hierro no supondrá un retroceso en la fabricación de ejemplares con aquella característi-

(35) Este yacimiento, excavado en 1980 (DELIBES DE CASTRO, G. y FERNANDEZ MANZANO, J.: *El castro Protohistórico de «La Plaza» en Cogeces del Monte (Valladolid)*. Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I, BSAA., XLVII, 1981, pp. 50-70), ha sido objeto de nuevas tareas de prospección, habiéndose recuperado el fragmento a que ahora nos referimos.

(36) De nuevo agradecemos al Sr. Rodríguez Marcos nos haya proporcionado esta referencia.

(37) CASADO, M. P. y HERNANDEZ, J. A.: *Materiales del Bronce Final de la Cueva de Los Lagos (Logroño)*, Cesaraugusta, 47-48, 1979, fig. IX, 1 y 2.

ca, el asa, sino que, por el contrario, será ahora, cuando asistamos a la eclosión de semejantes aplicaciones. A fin de evitar prolijas series de paralelos, sin demasiado sentido por lo común del tipo, señalemos tan sólo que en yacimientos de tipo Soto, en los niveles de ocupación del Primer Hierro proliferan esquemas de similar porte –Pago de Gorrita (38), etc.–, se constatan también con asiduidad en el nivel P II b de Cortes de Navarra (39) y algunos próximos que con él sincronizan –Arrastia o el Castrejón (40), entre otros– y resultan frecuentes en el grupo soriano de los Campos de Urnas tardíos de la Edad del Hierro (41). De su presencia en los inicios del Segundo Hierro, sirven de ejemplo determinadas piezas que Maluquer recuperara en el castro de Salamanca, en asociación con cerámicas decoradas a peine de factura arcaica (42). Un panorama, en fin, demasiado amplio como para que en el mismo pueda ser referenciado con éxito nuestra pieza; y que, en todo caso, no vendría sino a corroborar la observación de Beguiristain (43), a propósito de su estudio de la cueva de Riezu: «aparecen en yacimientos desde el Neolítico hasta avanzadas épocas del metal».

De rasgos bien diferentes es la segunda de las asas de reducido tamaño, y a diferencia de la anterior, conseguida a partir de un previo «pellizco» en la superficie del recipiente y su posterior taladrado en horizontal, que no mediante el clásico sistema de aplicación. Ninguna posibilidad existe contando con tan nimio fragmento –exclusivamente el asita–, de reconstruir el perfil original de la pieza a que perteneciera; circunstancia que viene a acrecentar la ya de por sí complicada labor de clasificar adecuadamente un conjunto de materiales cuya uniformidad cultural, como estamos viendo, no parece existir. En todo caso, el tradicional recurso tipológico comparativo empleado una vez más, manifiesta que tales apéndices tuvieron especial aceptación entre grupos de Campos de Urnas, presentes, remitiéndonos a los territorios de la Meseta y alrededores, en el propio Soto de Medinilla (44); en el ya mencionado de Cortes de Navarra (45), también en su nivel PIIB; en el Cabezo de la Cruz, Zaragoza (46), en el Riojano de El Redal (47) o en las necrópolis de Las Madrigueras (48) y Sigüenza (49), en Cuenca y Guadalajara, respectivamente. Las asas, casi siempre se acoplan en la panza, esférica, de urnas de cuello cilíndrico, y en menores proporciones en cuencos de paredes oblicuas, en las proximidades del borde, así como en recipientes de perfil tronconómico de cuello exvasado, de los que determinadas piezas de El Redal (50), constituirían excelente ejemplo.

Con todas las reservas que la mera aproximación formal impone, parece pues, existir una coincidencia entre la cronología de las dos asas, del Primer Hierro; momento en que también debieron modelarse las tapaderas (Fig. 9/11, 12 y 13 y fig. 3/18) y un fondo con la base ligeramente realzada cuyo borde se ornamenta con algunas incisiones oblicuas. De las primeras, salvo una (Fig. 9/12) con el borde ligeramente almendrado, nos recuerda Romero (51) su presencia en los yacimientos mese-

(38) ROMERO CARNICERO, F.: *Notas sobre...*, ob. cit., p. 158, fig. 1, 9.

(39) MALUQUER DE MOTES, J.: *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra*, Estudio Crítico, I, 1954, p. 99, fig. 27; y Estudio Crítico II, 1958, Lám. XXVI, B, etc.

(40) CASTIELLA RODRIGUEZ, A.: *La Edad del Hierro en Navarra y La Rioja*, Pamplona, 1977, fig. 171,3 y fig. 210, 1 y 2.

(41) FERNANDEZ MIRANDA, M.: *Los castros de la cultura de los Campos de Urnas de la Provincia de Soria*, Celtiberia, 43, MCMLXXII, p. 58; ROMERO CARNICERO, F.: *La Edad del Hierro...*, ob. cit., fig. 3,9.

(42) MALUQUER DE MOTES, J.: *Carta arqueológica de España*, Salamanca, Salamanca, MCMLXI, fig. 26.

(43) BEGUIRISTAIN, A.: *Cueva del Nacedero...*, ob. cit., p. 95.

(44) Materiales depositados en el Museo Arqueológico Provincial de Valladolid.

(45) MALUQUER DE MOTES, J.: *El yacimiento...*, E.C.II., ob. cit., fig. 20, 34, etc.

(46) BURILLO MAZOTA, F. y FANLO LORAS, J.: *El yacimiento del Cabezo de la Cruz (La Muela-Zaragoza)*, Cesaraugusta, 47-48, 1979, fig. 6.

(47) CASTIELLA RODRIGUEZ, A.: *La Edad del Hierro...*, ob. cit., fig. 105.

(48) ALMAGRO GORBEA, M.: *La necrópolis de Las Madrigueras, Carrascosa del Campo (Cuenca)*, B.P.H., 1969, tabla IV.

(49) CERDEÑO, M. L.: *La necrópolis céltica de Sigüenza (Guadalajara)*, Wad-al-Hayara, 6, 1979, fig. 7,7.

(50) CASTIELLA RODRIGUEZ, A.: *La Edad del Hierro...*, ob. cit., fig. 101.

(51) ROMERO CARNICERO, F.: *Notas sobre...*, ob. cit., p. 148.

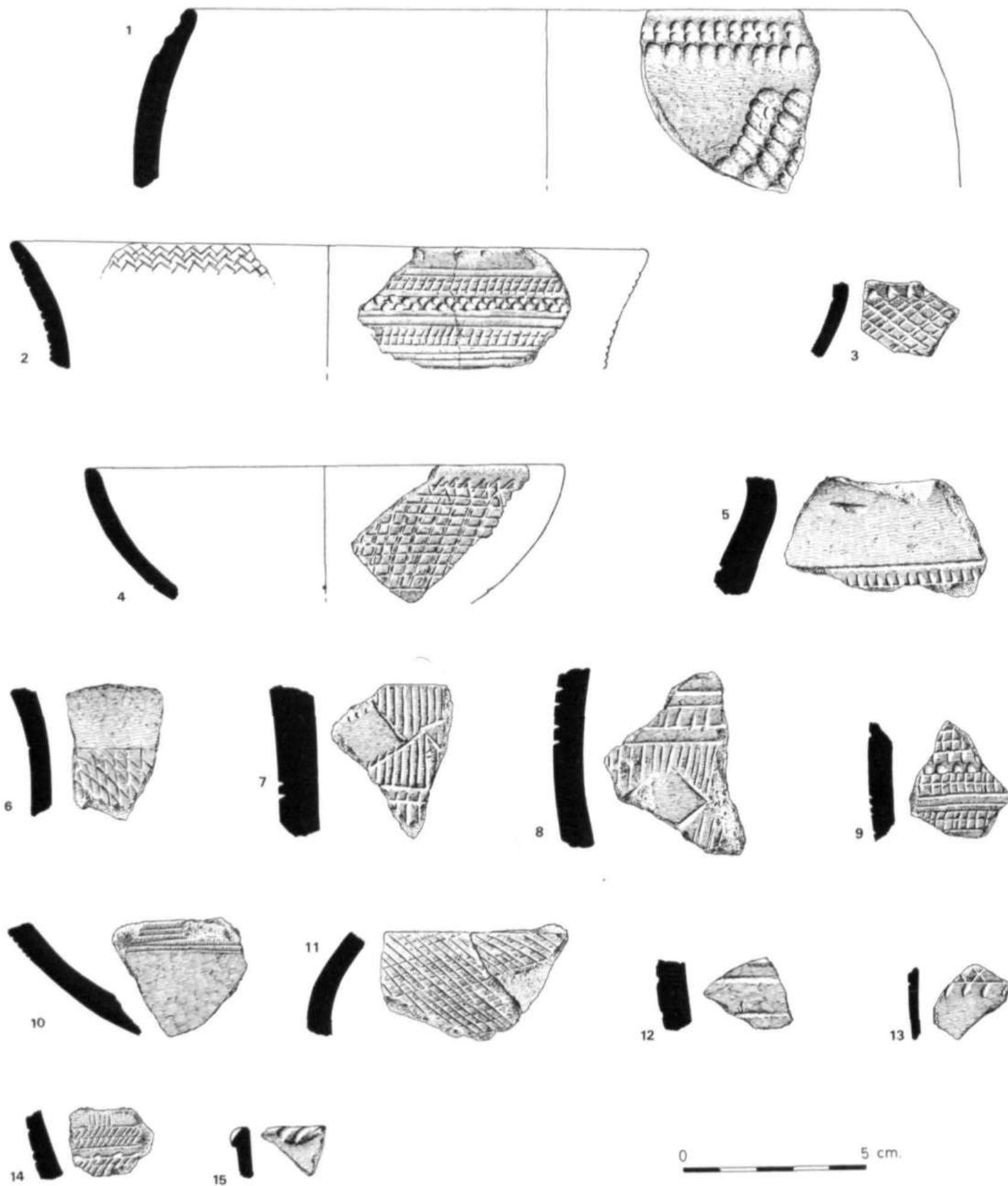


Fig. 8. – Material cerámico decorado del cuadro B I.

teños de El Pago de Gorrita, Montpodre o el Cerro de San Andrés, fechadas en el denominado horizonte Soto II; momento en que también adquiere especial importancia la difusión de pies realzados, como así lo atestigua su reiterada presencia en El Fosal y Estella, en Navarra (52) o Fuensauco (53) y Cuevas de Soria (54) ambas en la provincia de este nombre, etc. La inexistencia de piezas con estas características en conjuntos campaniforme, resulta un hecho suficientemente contrastado.

(52) CASTIELLA RODRIGUEZ, A.: *La Edad del Hierro...*, ob. cit., fig. 31,5.

(53) FERNANDEZ MIRANDA, M.: *Los castro...*, ob. cit., p. 46, Lám. II, 337 y 338.

(54) *Ibidem*, p. 44, Lám. III, 401.

Cierto interés pudieran ofrecer igualmente el análisis de algunos fragmentos cerámicos correspondientes a la zona de carena (Fig. 3/1 y fig. 10/6 y 7), si bien el desconocimiento de otros rasgos, como la forma del borde o el fondo, limita considerablemente sus posibilidades de estudio. En todo caso, recordemos que, pese a su incuestionable antigüedad, neolítica, de tal elemento, los perfiles carenados no aparecen con insistencia hasta el Bronce Medio, ofrecen especial aceptación en el resto de la Edad en cualquier ámbito geográfico Peninsular y siguen fabricándose en el Hierro (55). Cuanto más, lo que la revisión de estas piezas nos permite afirmar, es que no se identifican con esquemas de carena baja y paredes rectas, peculiares del inicio de la Edad de los Metales (56); correspondiendo presumiblemente el primero de ellos a un recipiente de carena media y poca altura; de más difícil precisión por lo que al segundo y tercero se refiere, aunque igualmente su alejamiento formal de los neolíticos y calcolíticos –como el anterior, es muy probable pertenecieran a vasos de carena media– ofrecen pocas dudas.

En fin, una postrera consideración de materiales cerámicos, nos llevaría a revisar un pequeño conjunto de grandes recipientes, catalogados como de «cocina» o «almacén». De los cinco ejemplares que con seguridad debieron desempeñar aquella función, uno de ellos (Fig. 10/1) posee el perfil bitroncocónico y el borde vuelto; disposición que igualmente pudo corresponder a otros dos (Fig. 10/3 y 4), coincidentes con el anterior en una pequeña porción del borde y los inicios del cuerpo. El cuarto de los vasos posee una disposición en tronco de cono con el fondo plano (Fig. 10/2), mientras que paredes rectas y borde vuelto sintetizan los rasgos del último (Fig. 10/5).

Prescindiendo de posibles paralelos que de forma aislada, en diversas épocas incluso, cabría reseñar para cada una de las piezas indicadas, no resulta tarea difícil hallar referencias que de forma global resuman los perfiles descritos. Y una vez más, es entre los materiales filiados en el primer Hierro donde encontremos sus réplicas más numerosas; presentes en cualquiera de las estaciones meseteñas ya aludidas –Pago de Gorrita (57), Soto de Medinilla (58), etc.– y en las de otros territorios que la circundan, navarro/riojanos (59) o segontinos (60), por ejemplo.

Los crisoles

Como refiere Tylecote (61), de todos los elementos que intervienen en proceso metalúrgico, son los crisoles los que ofrecen una mayor dificultad para su clasificación cronológica, puesto que los mismos se mantendrán sin variaciones formales importantes desde su aparición, ligada a los primeros procesos de fundición, hasta prácticamente la Edad Media. De la realidad de tal observación, sirva de ejemplo un somero análisis de los ejemplares meseteños, y más concretamente la comparación entre los calcolíticos de Pelea Gonzalo (62) y Las Pozas (63), todos ellos de la provincia de Zamora, y el ejemplar leonés de Lancia (64), ya de los inicios de la Edad del Hierro; cuyos rasgos morfológicos –rectangulares con los ángulos redondeados– ofrecen notables coincidencias a pesar de su dispar cronología.

(55) ROMERO CARNICERO, F.: *Notas sobre...*, ob. cit., p. 139.

(56) FERNANDEZ-POSSE y DE ARNAIZ, M.^a D.: *Los materiales de la Cueva del Aire (Patones, Madrid)*, NAHis., 10, 1980, p. 52.

(57) ROMERO CARNICERO, F.: *Notas sobre...*, ob. cit., fig. 2.

(58) Materiales depositados en el Museo Arqueológico de Valladolid.

(59) CASTIELLA RODRIGUEZ, A.: *La Edad del Hierro...*, ob. cit., fig. 7, 2,4 y 5; fig. 11,4, etc.

(60) PAZ ESCRIBANO, M.: de *Necrópolis céltica de El Atance (Guadalajara)*, Wad-Al-Hayara, 7, 1980, fig. 7, etc.

(61) TYLECOTE, R. F.: *A History of Metallurgy*, The Metals Society, London, 1976, pp. 130-133.

(62) MARTIN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G.: *Hallazgos arqueológicos de la Provincia de Zamora*, VIII, BSAA., XLVII, 1981, p. 180.

(63) *Ibidem*, p. 184.

(64) DELIBES DE CASTRO, G.: *Nuevos materiales Prehistóricos del Museo Diocesano de León*, Archivos Leoneses, 68, 1980, pp. 395-397.

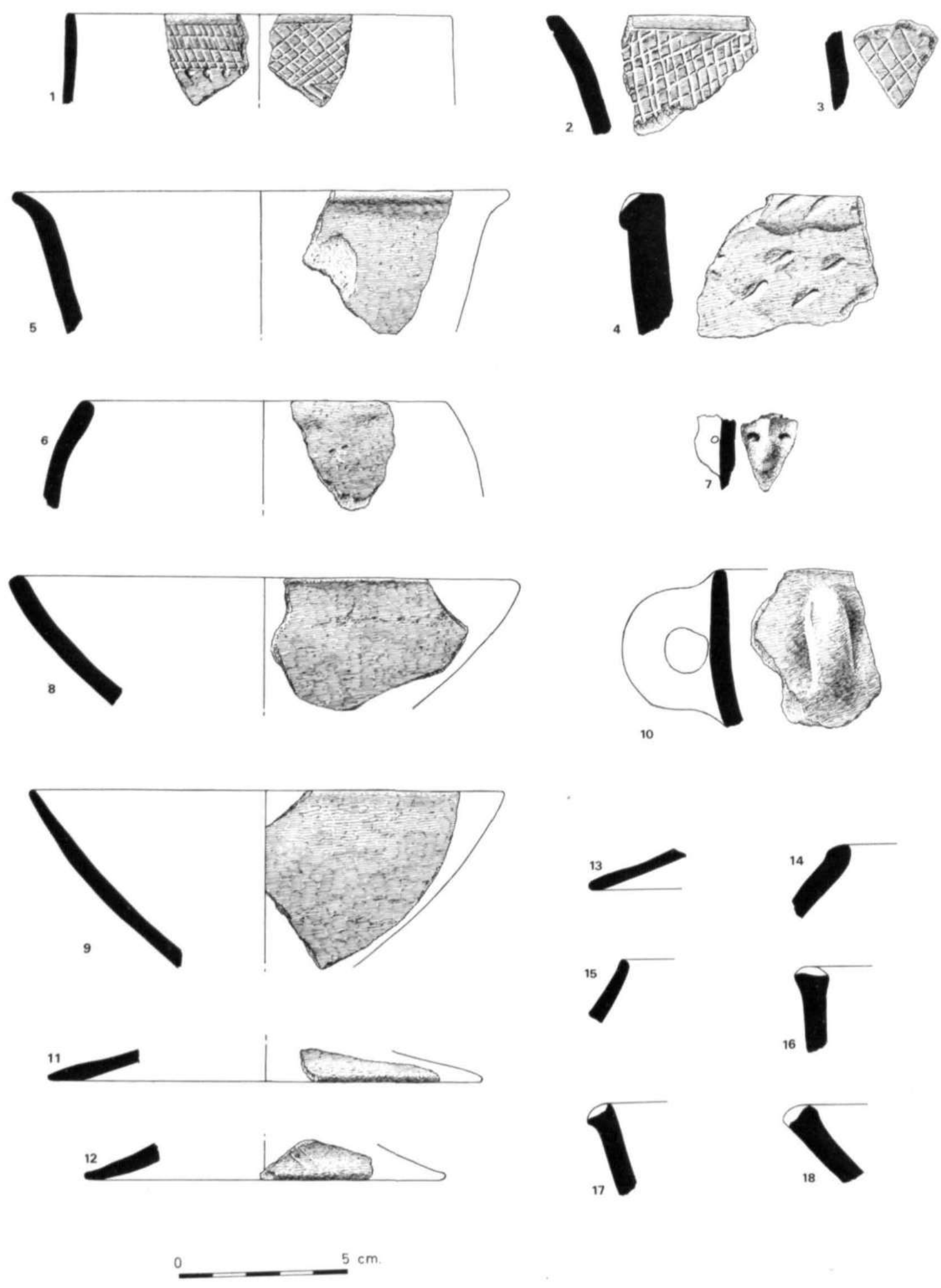


Fig. 9. - Material cerámico del cuadrado B II.

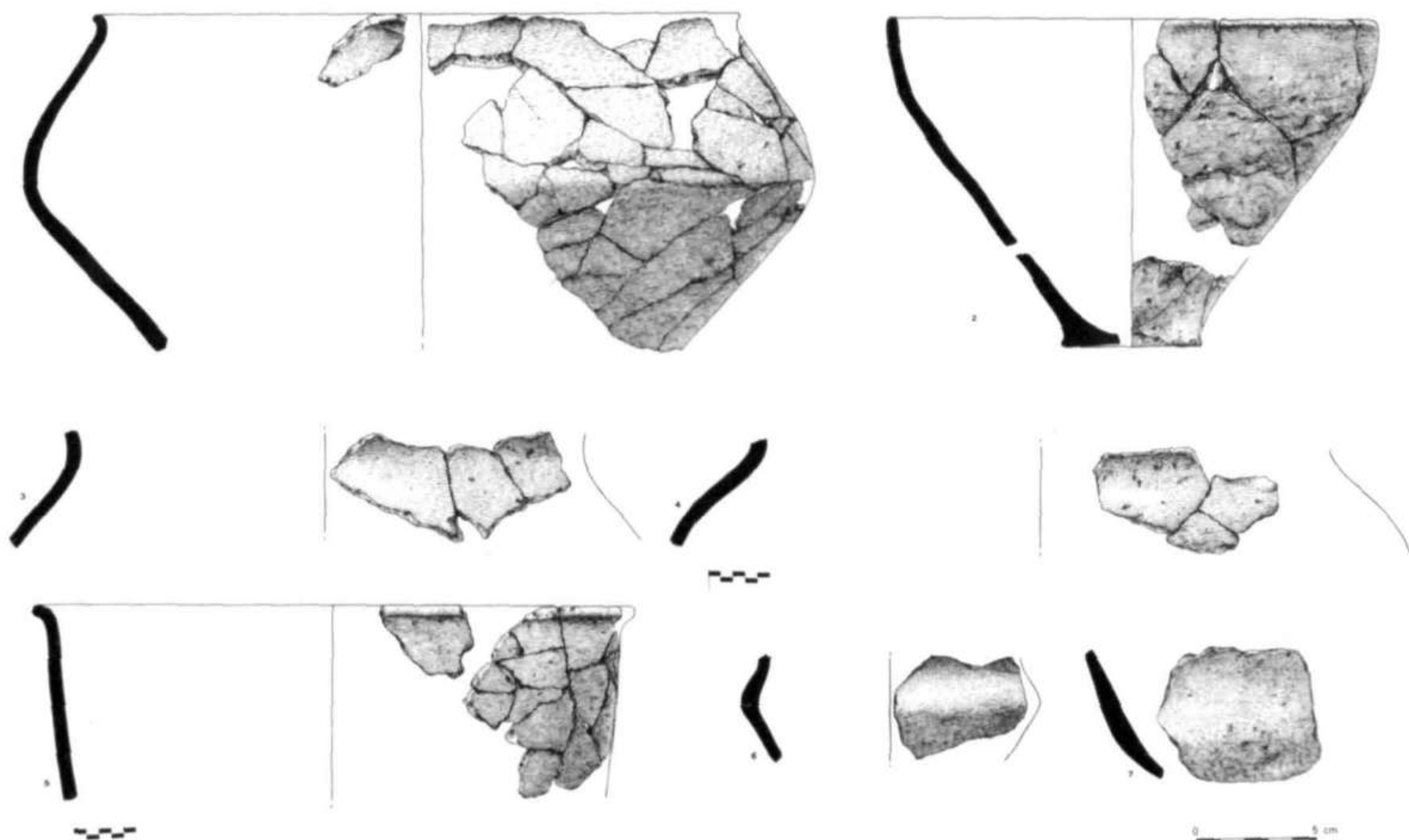


Fig. 10. - Material cerámico liso del cuadrado B II.

La recuperación de algunos fragmentos cerámicos que sirvieran para aquella finalidad –alear o refinar metales– permitió la reconstrucción parcial de uno de aquellos recipientes (Fig. 4/1), en cuya pared interior se percibían aún adherencias metálicas. A tenor de las breves consideraciones que efectuáramos con anterioridad, resultaría ocioso intentar obtener, a partir de sus aspectos formales, conclusiones mínimamente significativas, más todavía cuando ni siquiera tenemos seguridad alguna acerca de cuál fue la forma original de la pieza; probablemente rectangular, aunque no hayamos de descartar para la misma una parte proximal redondeada, sirviendo la zona angulosa recuperada de piquera.

Será, por el contrario, el análisis de los residuos metálicos la referencia que, en este caso ha proporcionado datos de mayor interés para su clasificación, y que, básicamente, se pueden concretar en el hecho de que aquél no fue utilizado para tratar cobre, sino bronce. La desconexión cultural de la pieza con los materiales campaniformes no ofrecería, consiguientemente, duda alguna, aunque no deja de ser cierto que los resultados obtenidos tampoco permiten precisar si fue durante la Edad del Bronce, o acaso ya en el Hierro, cuando el crisol estuvo en funcionamiento, en relación con el hecho perfectamente contrastado, de que las aleaciones bronceas siguen pujantes en esta última Edad. En todo caso, el hallazgo reiterado de otros crisoles en asentamientos del primer Hierro –Valoria la Buena (Valladolid) (65), Sacaojos (León) (66), etc.– nos permite intuir, aún conscientes de la debilidad del razonamiento, un momento sincrónico para la fabricación del ejemplar de Portillo; que quizá pudiera cobrar ciertos atisbos de realidad contando con la inclusión, muy probable, de ciertas cerámicas del yacimiento en este mismo horizonte.

(65) MARTIN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G.: *Die Hallstattzeitliche siedlung von Zorita bei Valoria la Buena (Prov. Valladolid)*, M.M., 19, 1979, pp. 219-230.

(66) LUENGO, J. M.: *Castros Leoneses*, VI, CNArq., Oviedo, 1959, Zaragoza, 1961, p. 105.

Además de la pieza reseñada se recogió otro fragmento (Fig. 4/2), acaso correspondiente a la anterior, y una curiosa cerámica (Fig. 4/3) decorada con retícula oblicua, cuya textura, extremadamente porosa, nos hizo en un principio pensar pudiera tratarse asimismo de un crisol, de factura próxima a los provenientes del yacimiento campaniforme de El Ventorro (Madrid) (67). Dada su singularidad, la misma fue objeto de un análisis cuantitativo por vía húmeda (68), que no proporcionó indicio alguno de metal –Cu, Sn, Pb,...– que pudiera delatar su utilización como crisol. En fin, tal acepción quedaría totalmente descartada a la vista de que es en la parte cóncava de la pieza, en la pared interior, donde se sitúa el entramado reticular inciso, inútil si hubiera estado destinado a recibir coladas.

Los metales

Los objetos metálicos recuperados han sido objeto de un análisis no destructivo mediante la técnica de fluorescencia de rayos X. El mismo ha sido realizado por el Sr. Rovira en el I.C.R.O.A. de Madrid. Reproducimos literalmente el informe con sus resultados:

	Fe	Ni	Cu	Zn	As	Ag	Sn	Sb	Pb	Total
1. Chapa	0.841	0.245	89.61	6.550	ND	0.018	0.027	0.027	0.866	98.77
2. Goterón	0.092	0.172	88.48	0.669	ND	0.029	6.642	0.162	2.218	98.48
3. Aguja.....	0.031	0.323	82.04	ND	ND	0.018	14.41	0.039	1.274	98.13
4. Lezna	0.263	0.538	89.20	ND	0.018	0.013	7.852	0.072	1.136	99.14
5. Lezna (doblada)	0.015	0.025	86.36	ND	ND	0.009	13.22	ND	0.160	99.79

Nota: «ND» significa elemento no detectado en las condiciones analíticas. Pueden estar presentes en cantidades por debajo de los límites de detección.

Desafortunadamente, ninguno de los objetos analizados responde a una tipología definida, a partir de la cual poder otorgarles una posición cronológica, complemento mutuo de la que deparase el propio análisis espectrográfico. Baste recordar en tal sentido, que ni siquiera la que hemos calificado como aguja (núm. 3) tenemos seguridad de que efectivamente haya sido utilizada para labores de cosido, pues no habremos de descartar se trata de la aguja de una fíbula, por más que el borde interior de su orificio aparezca sin el desgaste que presumiblemente debiera poseer en el caso de que, mediante un pasador, hubiera estado engarzada en el puente de un imperdible. Lo reducido de la chapa impide determinar a qué tipo de objetos pudo corresponder; situación similar a la que ofrecen los otros dos fragmentos de varilla, acaso sendas leznas. Por último, el «goterón» de metal, con pocas dudas se trata de un residuo de fundición, vertido de un crisol, sino de un molde.

Llama la atención en un primer análisis de los resultados que la espectrografía nos proporciona, la falta de homogeneidad entre los componentes de los diversos objetos, no tanto del elemento mayoritario, el cobre, cuanto del resto de los metales que intervienen en la aleación. En efecto, si el porcentaje de cobre de las piezas inventariadas ofrece, cuando menos en cuatro de ellos (núms. 1, 2, 4 y 5) una notable aproximación, no ocurre otro tanto con el segundo de los macroconstituyentes bronceos, el Sn, muy notable en la aguja (núm. 3) y una lezna (núm. 5), del 14,41% y 13,22%, respectivamente; apreciable (6,64% y 7,28%) en el goterón y la lezna núm. 4, y meramente simbólica, del 0.021%, en el caso de la chapita. Unos resultados, en suma, que

(67) HARRISON, R. J.; QUERO, S. y PRIEGO, C.: *Beaker metallurgy in Spain*, *Antiquity*, XLIX, 1975, p. 273-280.

(68) Se procedió a un análisis de esta cerámica, ofreciéndose sus resultados en la primera parte del Apéndice II.

nos permiten afirmar con pocas dudas que este conjunto de metales no fueron fabricados por las mismas gentes, y con absoluta seguridad que no fueron grupos campañiformes los responsables de su colado. La diferencia de porcentajes del estaño trasluciría así la existencia de dos tipos de bronce; el primero de excelente calidad, a partir de su elevado contenido en aquel metal, y un segundo grupo que aún cuando reduzca casi a la mitad la proporción estannífera podría considerarse también un buen bronce. Por su parte, la casi inexistencia de dicho elemento en el quinto de los objetos, la pequeña chapa, lo aleja de la consideración de auténtico bronce, debiendo calificarse como un latón.

La notable presencia de estaño podría, igualmente, hacer pensar que nos hallamos ante bronce en la línea de las clásicas aleaciones binarias que caracterizan a las piezas del Bronce Medio y los inicios del Bronce Final; y, en efecto, ninguna dificultad existe para similar en tal categoría el alambre enrollado (núm. 5), cuya composición no proporciona integrante alguno que pueda indicar mayor modernidad, caso del plomo, tan solo representado por un 0,160%, lejos de los cocientes que podemos con seguridad considerarlos deliberados. No ocurre otro tanto, sin embargo, en las otras tres piezas (núm. 2, 3 y 5), con proporciones plúmbeas por encima del 1% enlazando así con la que debió ser norma para los bronce atlánticos a partir de los inicios del primer milenio, cual es la progresiva introducción del plomo en detrimento del estaño y/o cobre por razones todavía hoy no suficientemente explicadas (69). Nos encontraríamos pues, pese a que ciertamente los porcentajes de plomo no alcanzan cotas demasiado elevadas (70), ante objetos bronceos de composición ternaria cuya cronología, en principio, ofrecería posterioridad respecto a la pieza que antes reseñáramos (núm. 5), éstas cuando menos del 1100 en adelante.

De nuevo hemos de insistir en el desconocimiento de la tipología de las piezas de Portillo, pues si exceptuamos determinados metales –los cobres arsenicados, por ejemplo–, la identificación previa del objeto analizado resulta casi imprescindible para clasificarlo adecuadamente, y más aún en el caso que nos ocupa, en que la carencia de otros tipos de tratamiento tan significativos como la metalografía a la radiografía, impide conocer determinados aspectos ligados al finalizado de las piezas; a la postre reflejo del grado de evolución técnica de los metalurgistas del bronce, con la consiguiente proyección cronológica. Será éste el motivo de que en nuestro caso los constituyentes menores, las impurezas, apenas si proporcionan datos de relieve ante la imposibilidad de compararlas con otras series que, precisamente con el apoyo tipológico ha sido posible establecer (71).

Prescindiendo, como señaláramos, de la chapa, las impurezas de los otros objetos pueden hallarse entre los bronce de diversas épocas, pese a lo cual podría ser indicativa la inexistencia (salvo en el ejemplar núm. 4, del 0,013%) de arsénico, circunstancia no demasiado habitual entre los bronce protohistóricos, y que quizá pudiera hallar su explicación en que la pieza ha sido fundida a muy alta temperatura, o más probablemente que se ha conseguido a partir del reaprovechamiento de otras piezas;

(69) Las aleaciones con plomo, que tienen el inconveniente de reducir la dureza y resistencia de los bronce, alcanzan una gran aceptación a partir de la segunda fase del Bronce Final. El hecho pudo responder a factores de tipo económico –el plomo sustituiría, en parte, al cobre o estaño–, funcionales –los aleados de plomo se trabajan mucho más fácilmente en frío–, o tecnológicos –la adición de plomo rebaja el punto de fusión de la mezcla y permite economizar combustible. El tema se aborda de manera general en el trabajo de la Dra. Ruiz Gálvez referido al occidente de la Península Ibérica (RUIZ-GALVEZ PRIEGO, M. L.: *La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*, Tesis Doctoral 139/84, Universidad Complutense, Madrid, 1984, pp. 371-374).

(70) Como mero ejemplo, recordemos los trabajos que se presentan en: *Paleometallurgie de la France Atlantique. Age du Bronze (I)*, Travaux du Laboratoire «Anthropologie - Préhistoire - Protohistoire - Quaternaire Armoricains», Rennes, 1984; alguno de los cuales (BLANCHET, J. C., DECORMEILLE, A. et MOHEN, J. P.: *L'Exploitation des analyses spectrographiques des objets de l'Age du Bronze dans le Nord-ouest de la France par l'analyse des données, Premiers résultats*, p. 7-22) describe tanto la correspondencia de los diversos aleados a un horizonte determinado, como su origen, atlántico o continental, a partir de los elementos traza.

(71) Mapa previsor de mineralizaciones de cobre. IGME, E. 1:1.500.000.

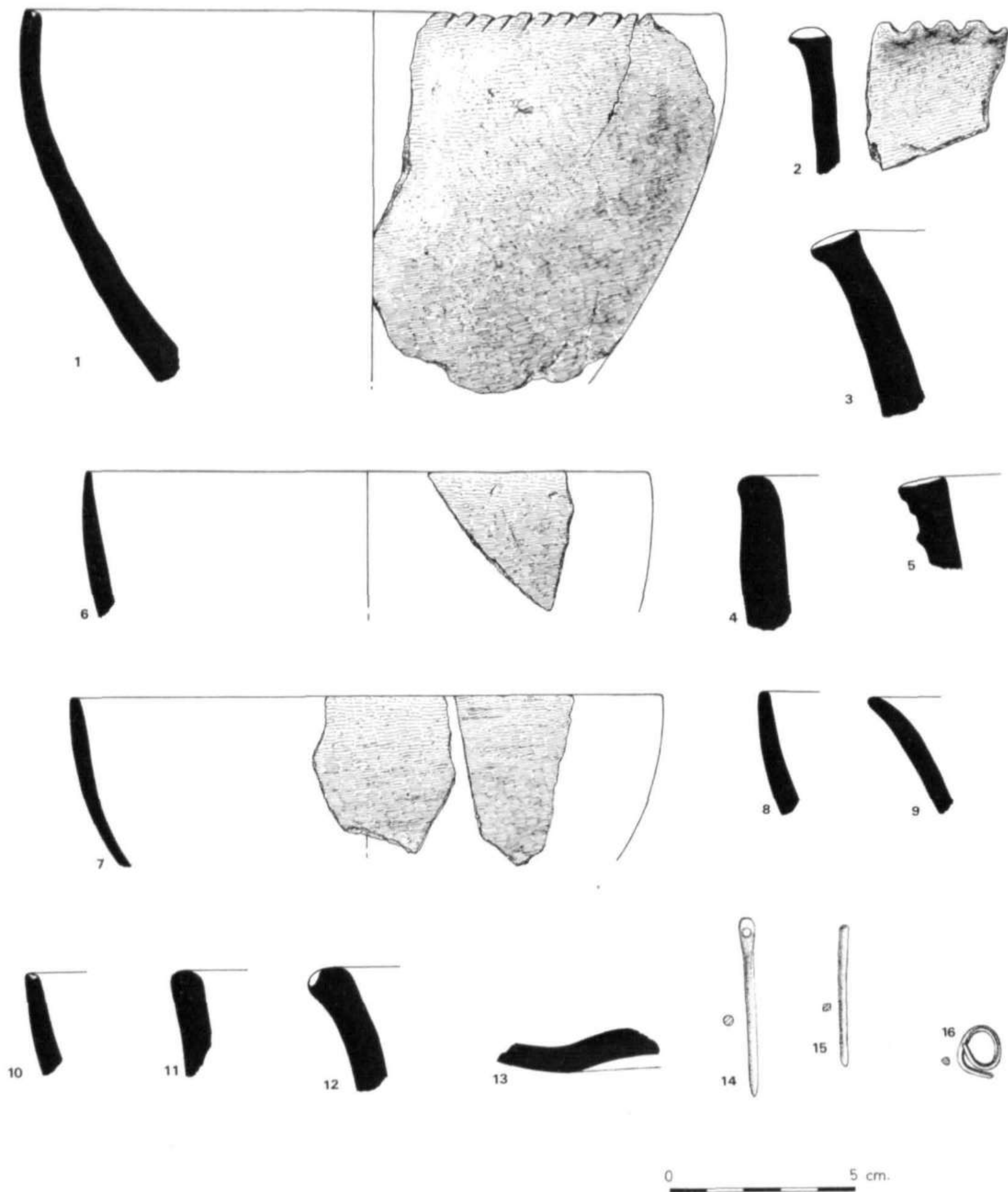


Fig. 11. – Material cerámico liso y elementos metálicos del cuadro B III.

tareas ambas que facilitan la volatilización de tal elemento, pudiendo llegar incluso, como presumiblemente sucedió en este caso, a desaparecer. Algunas fibulas de doble resorte, una pieza de arnés y un arete procedentes de Alboloduy (72), resumirían similar peculiaridad.

(72) ROVIRA LLORENS, S. y SANZ NAJERA, M. S.: *Estudio arqueometalúrgico de las piezas metálicas de El Peñón de la Reyna (Alboloduy, Almería)*. Antropología y Paleoecología Humana, Laboratorio de Antropología de la Universidad de Granada, n.º 3, 1983, tabla de análisis, p. 203.

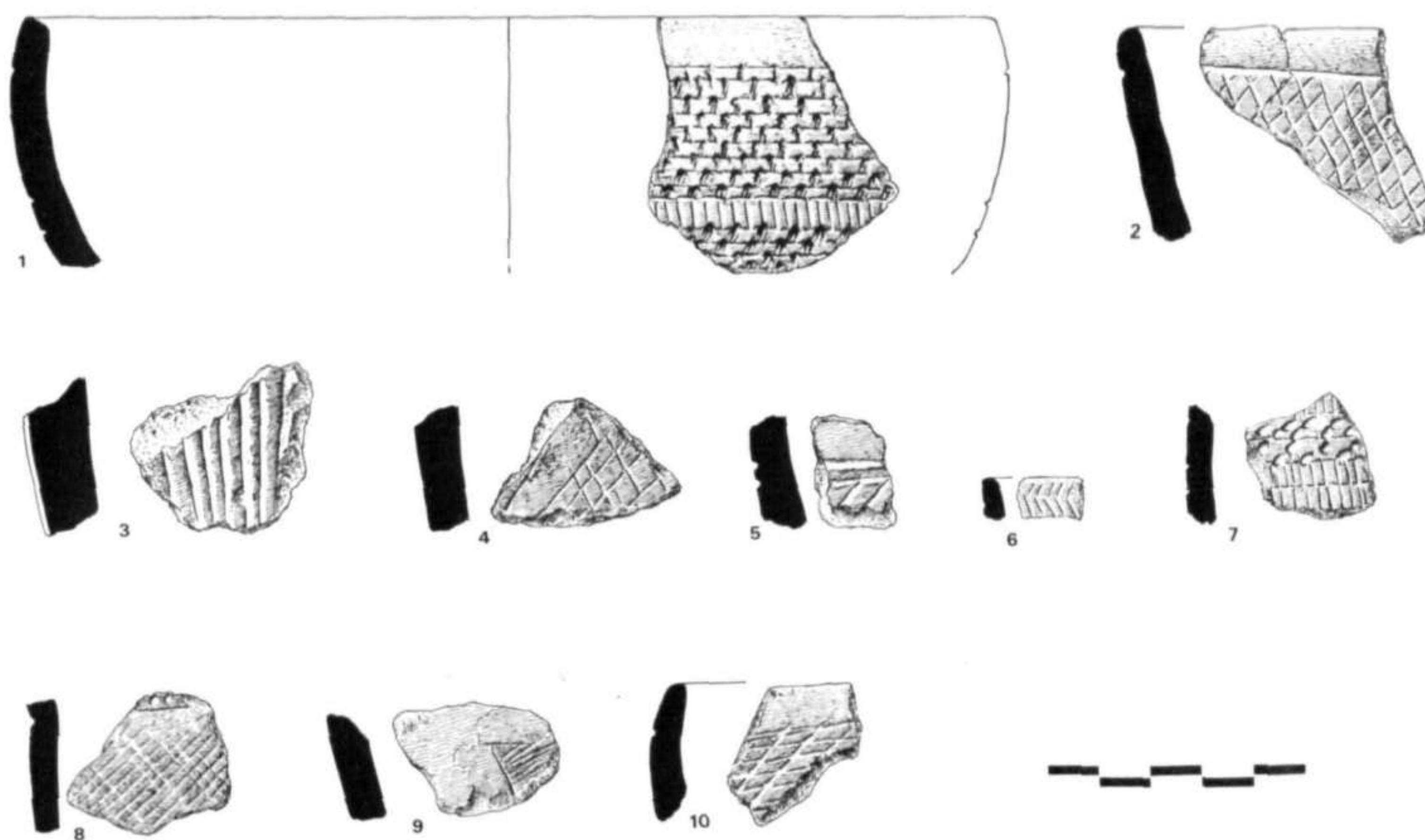


Fig. 12. - Material cerámica decorado del cuadro B III.

Ha de resaltarse asimismo la presencia en todas las piezas de hierro, dato que podría significar una procedencia común del mineral utilizado –ferro-cobrizo–, acaso del núcleo palentino de Cervera de Pisuerga, aunque no haya que descartar tampoco alguno de los centros meseteños de la faja septentrional, Buitrago, por ejemplo (73). Por más que la posibilidad de establecer una ecuación objeto/veta mineral sea ciertamente sugestiva, sin embargo, las limitaciones para su aceptación son numerosas, y como argumento en su contra baste recordar la observación ya clásica de Friedman (73) referida a la gran variabilidad de concentraciones de los elementos traza dentro de una misma veta mineral, idea en la que abundan no pocos trabajos de este guisa.

Por su parte, la pieza núm. 1, la chapita, ofrece una composición bien diferente de las cuatro restantes, habiendo de considerarse, a partir de su significativo porcentaje de zinc (6,55%) y la escasa presencia de Pb. (0,027%) como un latón. Ninguna duda existe, y para ello baste echar una superficial ojeada a los corpus de análisis más importantes de todo el occidente de Europa (74), que una presencia tan significativa de Zn. no hace acto de presencia en objeto metálico alguno de la Edad del Bronce, y que no será sino en una fecha más moderna, hasta el siglo VI, por lo que a la Península Ibérica se refiere, cuando se comiencen a documentar objetos en que la adición de este metal en el aleado resulte claramente intencionada. Sería el caso de una pequeña pieza de carro proveniente de la necrópolis de la Joya (75) (0,77%) en el cual, pese a que todavía el porcentaje resulta alejado del que ofrece nuestra pieza, su carácter intencional ofrece pocas dudas. La carencia de un número significativo de mues-

(73) FRIEDMAN, A. M.; CONWAY, M.; KASTNER, M.; MILSTED, J.; METTA, D.; FIELDS, P. R. and OLSEN, E.: *Copper artifacts: correlation with source types of copper ores*, Science, 1966, 152 (cfr. ROVIRA LLORENS, S. y SANZ NAJERA, M.: *Estudio...*, ob. cit., p. 196).

(74) *Paleometallurgie...*, ob. cit.; BOURHIS, GIOT et BRIARD: *Analyses spectrographiques d'objets préhistoriques et antiques. 3.^a série*, Travaux du Laboratoire d'Anthropologie préhistorique, Fac. Science, Rennes, 1975; etc.

(75) ESCALERA UREÑA, A.: *Examen de laboratorio de los materiales de «La Joya»*, en GARRIDO ROIZ, J. P. y ORTA GARCIA, E.: E.A.E., 96, 1978. Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva, p. 218, tabla I, LQ/1.051/1.

treos con que referenciar los resultados que el análisis de este latón ha deparado, no permite efectuar una aproximación cronológica mínimamente precisa para el mismo, a no ser su posición de posterioridad respecto al momento de fabricación de la pieza de la Joya que indicaremos; y que no ha de descartarse pueda corresponder a épocas más modernas, romana, o incluso medieval, cuando sabemos que estos fabricados continúan en plena vigencia.

En fin, una valoración de conjunto de las piezas analizadas, una vez más se apostilla la impresión de «revuelto arqueológico» que ya obtuviéramos al tratar la cerámica, pudiendo afirmar, sin temor alguno a equivocarnos, que los cinco objetos no se fabricaron en la misma época.

CONCLUSIONES

A manera de síntesis, los diversos aspectos hasta aquí analizados permiten observar lo siguiente:

1. La ocupación más antigua del yacimiento de Portillo no parece haberse producido sino con la llegada de pobladores campaniformes de tipo Ciempozuelos. No hemos de descartar, sin embargo, la posibilidad de que exista algún tipo de asentamiento previo, de inicios del Calcolítico, tímidamente delatado por la presencia de una sola cerámica, cuya decoración sugiere tal parentesco. En todo caso, de aceptar que así hubiera acontecido, su implantación no debió rebasar, a partir de tan simbólica representación, un carácter meramente circunstancial, presumiblemente secundario del yacimiento recientemente descubierto apenas un kilómetro en dirección Suroeste del que ahora analizamos, tal vez Calcolítico precampaniforme.

2. Aunque llevando los paralelos a un punto extremo cabría asociar todo el material cerámico recuperado a un nivel campaniforme, parece poco probable nos hallemos ante un horizonte cultural único. Por el contrario, creemos que son suficientemente expresivas determinadas formas cerámicas –tapaderas, pie realzado– como para pensar que junto con elementos campaniformes, aparecen otros cronológicamente integrados en la primera Edad del Hierro, cuya presencia, desafortunadamente, tan sólo puede ser contrastada a través del repertorio cerámico, que no, como hubiera sido deseable, a partir de su posición cronoestratigráfica, inexistente en la estación.

3. La valoración de los elementos metálicos, junto con los que se vinculan a su obtención –los crisoles–, permiten afirmar que su antigüedad en ningún caso remontó los límites del Bronce Medio, pudiendo en teoría pertenecer a este período el pequeño alambre enrollado (núm. 5), que todavía no se le ha adicionado plomo. La ausencia de otros materiales arqueológicos presuntamente vinculados a tal horizonte sugiere, no obstante, que dicho vástago pudiera haberse fabricado, junto al resto de los bronceos –plúmbeos– con posterioridad al Bronce Final I. En este sentido, como reseñáramos, no resulta posible matizar si se tratan de metales colados al término del Bronce o, como parece más sugestivo, han de clasificarse ya en la Edad del Hierro; excepción hecha del latón, acaso mucho más moderno. Los restos metálicos del crisol nos llevarían a observaciones de similares características, por cuanto, todo lo más que sabemos es que se trata de una mezcla cuyos macroconstituyentes son el Cu. y el Sn., un bronce, pues.

4. Ante la carencia, tanto de una secuencia estratigráfica, como de una estructura de habitación, claves para aproximarnos a una mejor comprensión del yacimiento, el aporte de argumentos para efectuar la síntesis histórica del mismo es harto limitada, y, en todo caso, somos plenamente conscientes de que la observación que realicemos apenas si trascienden para paliar alguno de los problemas que tiene planeados la protohistórica meseteña. Todo lo más, podemos afirmar que las condiciones naturales del lugar habrían favorecido la existencia de un asentamiento campaniforme, abandonado en un momento impreciso, quizá hacia el 1.700 a. C., cuando dicho mundo periclita.

Sin constancia alguna de que hubiera existido una continuidad de ocupación, el área habría recibido nuevos grupos humanos muy al final de la Edad del Bronce, coincidiendo acaso con la irrupción de gentes tipo Soto de Medinilla, aún hoy tan imprecisamente definidas. No contamos con otros datos, a no ser los que vagamente se pueden desprender del análisis de alguna forma cerámica, las asas, por ejemplo, para certificar la continuidad del poblamiento una vez transcurrida esta primera etapa de la Edad del Hierro.

APENDICE I

ANALISIS FAUNISTICO

José Vicente Salvador de Luna y Miguel A. Cuesta Ruiz-Colmenares.

Se ha realizado el estudio osteológico de la fauna recolectada en las excavaciones de Arrabal de Portillo. Tras la determinación del material, se ha procedido a su estudio biométrico reseñando los parámetros más relevantes. Para ello, se ha utilizado básicamente los criterios expuestos en Lavocat (1966) y Altuna (1972).

Podemos destacar dos conclusiones, una derivada del contaje/tabulación y otra procedente del estudio biométrico:

1. El número de taxones es bajo (6); corresponde a las familias: Leporidae, Equidae, Suidae, Capridae, Bovidae y Cervidae, la importancia, en orden decreciente, con relación a la cuantía de los restos encontrados. Por otra parte, este orden se altera si tenemos en cuenta el número mínimo de individuos presentes; así, la familia Capridae con dos individuos, sería la mejor representada (Tbl. 1).

2. Se ha detectado la presencia de individuos en estadio juvenil. Concretamente, se trataría del fragmento de mandíbula inferior de *Sus scrofa*; el molar de Bovidae y al menos el M₁ de *Capra?* que puede pertenecer a la 1.^a dentición.

El resto de los fragmentos, no indican estadios juveniles, ya que sus medidas están dentro de los límites señalados para ellos (ver bibliografía).

Una última consideración, si cabe, es la presencia de huesos quemados (casi todos los restos de *Sus scrofa*) debido a la utilización del fuego, así como destacar la presencia de *Cervus elaphus* propio de ambientes boscosos.

ESPECIES	N.R.	%	N.M.I.
<i>Equus caballus</i>	3	13,63	1
<i>Sus scrofa</i>	4	18,18	1
<i>Cervus elaphus</i>	1	4,54	1
<i>Capra?</i>	2	9	2
<i>Bos?</i>	1	4,54	1
<i>Oryctolagus cuniculus</i>	11	50	1
TOTAL	22	100	7

N.R. : N.º de restos.

% : Porcentaje.

N.M.I.: N.º mínimo de individuos

EQUIDAE

Equus caballus

Molar superior derecho (M³)

- Altura.....	62,3 mm
- Diámetro mesiodistal de la corona.....	26,8 mm
- Diámetro vestibulo-lingual de la corona.....	25,8 mm
- Índice protocónico.....	50,3 mm

P/83/B₂

Molar inferior derecho (M₃)

SUIDAE

Sus scrofa

B III/83

Fragmento de mandíbula inferior izquierda

Conserva: P₄; M₁, M₂) con los alveolos de P₂, P₃ y M₄.

- Longitud del fragmento (Alveolo P ₂ a Alveolo M ₄)...	89 mm
--	-------

Diente aislado (M₄)

Fragmento de costilla

Fragmento de astrágalo

CERVIDAE (**Cervus elaphus?**)

P/83/A₁

Atlas

- Long. máx. arco ventral en plano sagital.....	
- An máx. de las alas.....	39,8 mm
- An. supf. art. craneal.....	80,6 mm
- An. supf. art. caudal.....	68 mm
- An. del canal neural (caudal).....	44 mm
- Alt. canal neural (caudal).....	16,5 mm

P/83/A

Tibia derecha

- Epifisis distal

- An. máx. distal.....	53 mm
------------------------	-------

CAPRIDAE

P/83/B₂

Molar superior izquierdo (M₂)

P/83/B₃

Capra?

Molar inferior (M₁)

BOVIDAE

P/83/B₂

Bos?

Molar superior (M₁)

LEPORIDAE

Oryctolagus cuniculus

P/83/B₁

Hemimandibula inferior izquierda (I, P₁-P₁)

- Diastema inf.....	16	mm
- Serie P.M. inf.....	7	mm
- Anchura I	2,8	mm
- Espesor I	2	m
- Índice $\frac{\text{Espesor} \times 100}{\text{Anchura}} = 71,4$		

Femur derecho

- An. máx. prox.....	14	mm
- An. máx. distal.....	10	mm
- Diám. ant.-post. máx.....	6,7	mm
- Long. total.....	65,3	mm

Tibia derecha

- An. máx. distal.....	8,1	mm
- An. máx. prox.....	11	mm
- Long. total.....	78,5	mm
- Diám. ant.-post. prox.....	11,5	mm
- Diám. ant.-post. distal.....	4,6	mm

Tibia izquierda

– Epifisis distal

- An. máx. distal..... 9 mm
- Diám. ant.-post. distal..... 4,3 mm

– Epifisis proximal

Humero derecho

– Epifisis proximal

- An. máx. proximal..... 10,5 mm
- Diám. ant.-post. prox..... 6,2 mm

Humero izquierdo

– Epifisis proximal

- An. máx. prox..... 11,4 mm
- Diám. ant.-post. prox..... 5,8 mm

Hueso coxal derecho

- Diám. ant.-post. cav. condilar..... 8,8 mm
- Diám. transversal. cav. cond..... 9,9 mm

Fragmentos de cúbito-radio derecho

2.º Metatarsiano

- Lon. total..... 29 mm
- An. distal..... 4,7 mm

3.º Metatarsiano derecho

- Lon. máx. 24,5 mm
- An. distal..... 3,7 mm
- An. proximal..... 5 mm

3.º Metatarsiano izquierdo (medidas idénticas a las presentadas en el 3.º metatarsiano derecho).

BIBLIOGRAFIA

- ALTUNA, J. 1972: Fauna de mamíferos de los yacimientos prehistóricos de Guipúzcoa. *Munibe*. Vol. 24, 464 pp.
- APOSTOL, L. 1967: Etude des Bovides quaternaires de la region de Bucarest. *Trav. Mus. Hist. Nat. «Gr. ANTIPA»*. Vol. 7, pp. 449-462, 7 Tbl., 10 pls., Bucarest.
- AZZAROLI, A. 1966: Pleistocene and living horse of the old world and assay of classification based on skull characters. *Palaeontographie Ital.* Vol. 61 (n. ser. 31), pp. 1-15, 46 pls., Pisa.
- FREEMAN, L. G. 1971: Significado ecológico de los restos animales in J. G. ECHEGARAY; L. G. FREEDMAN *et al.* Cueva Morin. Excursiones 1966-1968. Patronato de las cuevas prehistóricas de Santander. 1971. Santander.
- HEINTZ, E. 1969: Les Cercidés Villafranchiens de France et d'Espagne. Vol. 2: figures et tableaux. *Mem. Muséum. Natl. Hist. Nat. Nouv. ser., Ser. C., Tom. XXII*, pp. 5-206, 319 figs., 131 pls., Paris.
- LAVOCAT, R. (Edit.) 1966: Faunes et flores préhistoriques de l'Europe occidentale. Atlas de préhistoire. Tom. III. Editions N. Boubén & Cie. Paris.
- PALES, L. & GARCIA, M. A. 1981: Atlas osteologique des mamifères. Tom. 2: a) Herbivores, 117 pls. b) Carnivores– Homme, 77 pls. Edit. C.N.R.S. Paris.

APENDICE II

ANALISIS DE MATERIALES ARQUEOLOGICOS

Víctor López Serrano y Antonio Martín Costea (*)

CERAMICA

Entre los materiales se encontraba un fragmento cerámico siglado como P/83/A/86. Esta cerámica, de forma atípica, tiene muy poca densidad siendo el espesor de pared 13 mm y ligeramente curvado. En la cara interna tiene un reticulado inciso formando pequeños rombos que, en una de las zonas, limitan con dos incisiones paralelas (forma decorativa que se halla abundantemente en recipientes campaniformes).

Se cortó un fragmento y se preparó la muestra para realizar un análisis cuantitativo por vía húmeda de aquellos componentes que se consideró más importante determinar en cuanto a su contenido. Los análisis arrojaron los siguientes valores:

CaO = 1,12 %	MnO = 0,07 %
MgO = 1,05 %	C = 0,46 %
SiO ₂ = 63,05 %	S < 0,02 %
Al ₂ O ₃ = 15,81 %	

Acto seguido se montó un fragmento de esta cerámica en cronolita y se preparó para su observación con microscopio óptico. A 192 aumentos esta cerámica manifiesta una estructura porfídica con un cemento de unión silico-alumínico y relativa abundancia de la sílice sobre los demás elementos refractarios. La micrografía 1, obtenida en la zona próxima al borde, muestra granos silícicos de diversa granulometría parcialmente cementados entre sí por un ligante a base de Si y Al.

CRISOL

Siglado como P/83/A/87 se hallaba el pico y parte de la pared frontal de un crisol cerámica que tenía adherencias en el borde superior y en algunas zonas de la cara interna, adherencias que se supusieron de cobre o de alguna aleación de este material. De la zona del pico del crisol se tomó un fragmento cerámico con parte de las adherencias metálicas, montándose como probeta para su observación por microscopía óptica, microscopía electrónica y determinación y dispersión de elementos por microsonda electrónica de barrido. La zona del crisol de la que se obtuvo la muestra se marcó con un asterisco en blanco, sellado con una laca para evitar su borrado. Asimismo se tomó un fragmento de la cerámica del crisol para realizar un análisis por energía dispersiva de rayos X, el cual arrojó, de mayor a menor número de cuentas, los siguientes resultados: Fe, Zr, Pb, Cu, Ti, Zn, Nb, Co, Mo, Sn, Mn, Ta, Ni, V.

(*) Del Centro Nacional de Investigaciones Metalúrgicas (CSIC).

Estos nos permiten conocer la existencia de determinados elementos que se hallan en la constitución en lo que podríamos considerar como elementos traza, aunque, como es lógico, la mayor proporción cuantitativa debe corresponder al SiO_2 y Al_2O_3 , que en este análisis no se han considerado.

La probeta montada con un fragmento de crisol se observó con microscopio óptico, advirtiéndose en la zona cerámica cercana a las adherencias metálicas que existía una escoria silícica parcialmente globulizada, en contacto con un área metálica en la que se aprecian formaciones de Cu coexistiendo con una masa grisácea que, en nícoles cruzados, posee reflejos internos de colores rojo que pueden corresponder a una fase de óxidos de Fe. La trama de la zona cerámica es muy uniforme, presentando a veces infiltraciones vivamente coloreadas que probablemente corresponden a fases de Cu y de los óxidos anteriormente apuntados. En la micrografía número 2 vemos una parte del área de transición entre la zona cerámica y la metálica, apreciándose en la primera un aumento del tamaño de grano del silicato y una masa de lo que podría ser un óxido de Fe que incluye una partícula de Cu.

Vistas con microscopio óptico, las adherencias metálicas mostraban dos estructuras diferentes. En una de ellas se observa, sin ataque, que la solidificación es de carácter dendrítico y está constituida por metal (blanco) y productos no metálicos (gris), micrografía 3. En la otra zona se observa metal y eutéctico cobre-óxido cuproso, micrografía n.º 4, hallándose ocluidas abundantes escorias que se nos manifiestan con un color gris oscuro. Las dos zonas quedan claramente diferenciadas por su tonalidad, amarillenta la primera y rojiza la segunda.

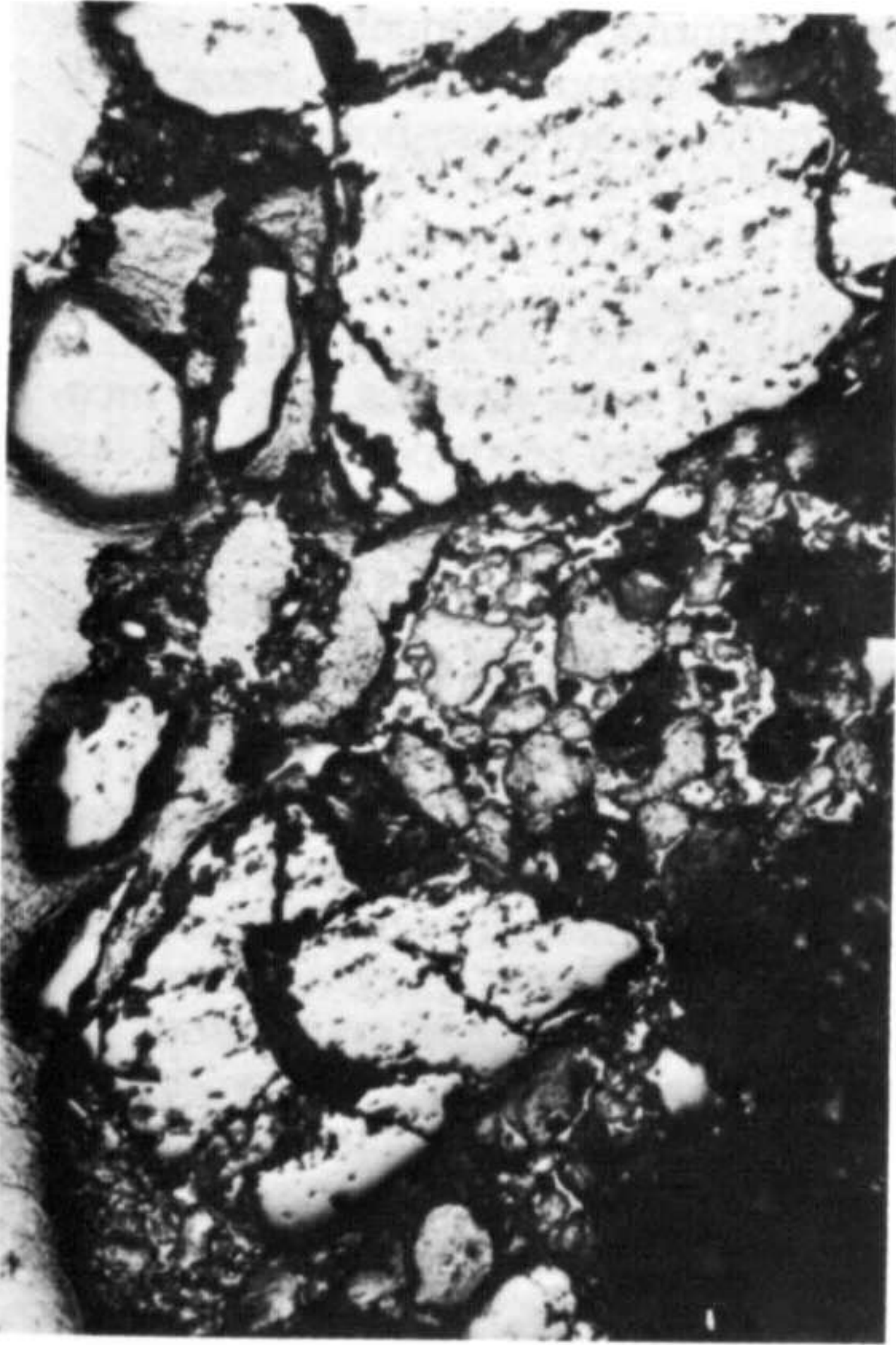
Después de atacada la probeta con cloruro férrico, en la primera zona considerada se aprecia segregación interdendrítica (en la zona metálica), micrografía n.º 5. En la segunda zona se observan granos equiaxiales de cobre o de solución sólida rica en cobre, en la que podemos ver, además, el eutéctico cobre-óxido cuproso anteriormente comentado, micrografía n.º 6, mostrándonos la interfase entre ambas zonas.

A continuación esta misma probeta se preparó para su observación con microscopio electrónico y para la determinación y distribución de los elementos que se consideraron podrían componer la masa metálica.

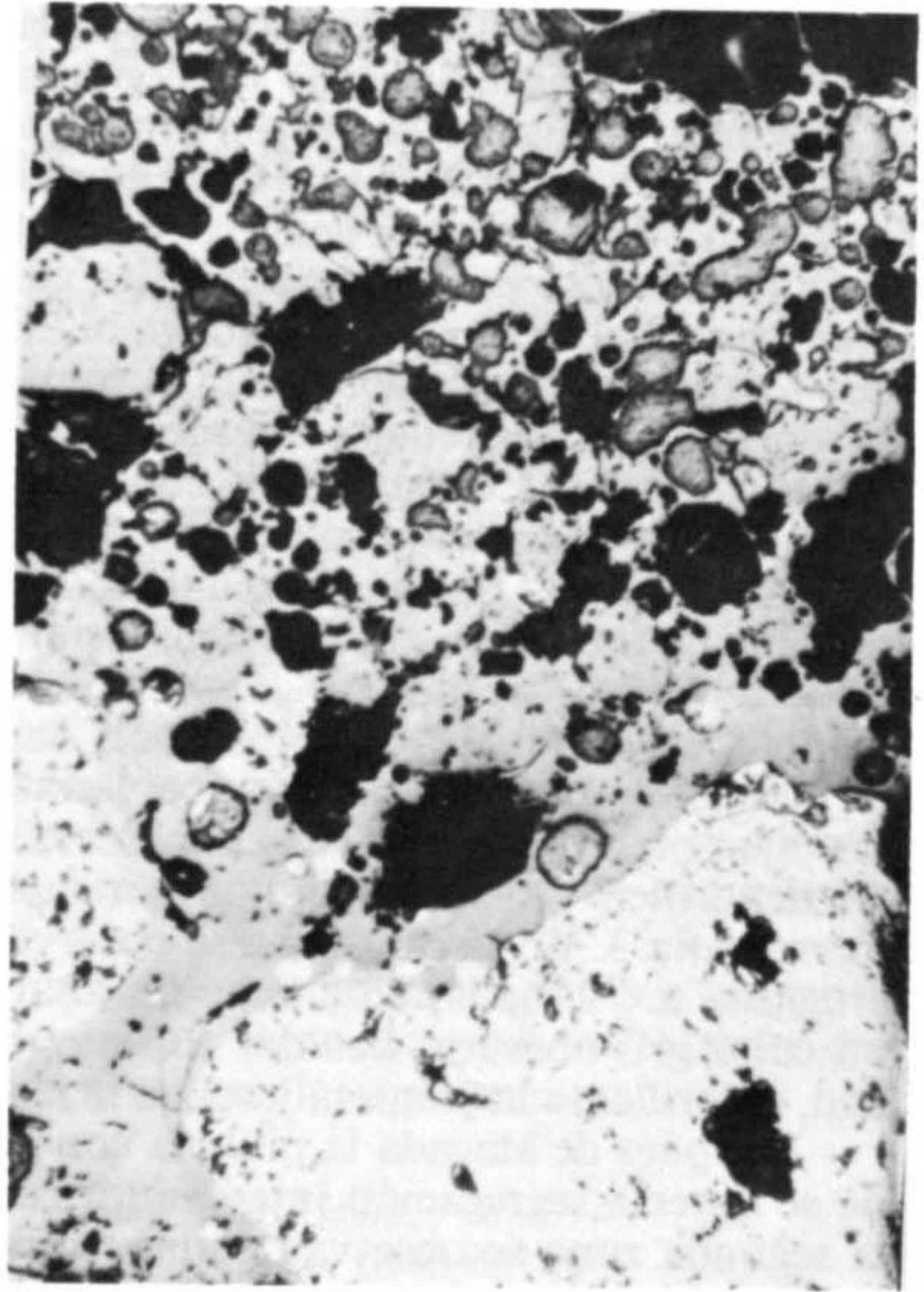
En la micrografía n.º 7, vemos, a 300 aumentos, una imagen de composición de las dos fases, y en la micrografía n.º 8 tenemos también, a 1200 aumentos, una parte de la imagen anterior que nos muestra las dos zonas anteriormente citadas. En la superficie que vemos en la micrografía n.º 8 es en la que se determinaron los elementos que se consideraron más importantes en la composición de la masa metálica y la distribución de los mismos.

En la micrografía n.º 9 vemos la distribución del cobre. Observamos una distribución uniforme en la zona de metal y eutéctico, así como en la dendrítica, y una carencia o menor proporción del mismo en los espacios interdendríticos. Estos espacios muestran, apreciablemente, la existencia de una concentración de estaño, según vemos en la micrografía n.º 10. La micrografía n.º 11 manifiesta la existencia de oxígeno distribuido fundamentalmente en la zona dendrítica y ocupando las dendritas, apreciándose un contenido de este elemento sensiblemente menor en los espacios interdendríticos. Las micrografías n.ºs 12 y 13 nos manifiestan, respectivamente, la ausencia de azufre y arsénico en la masa metálica analizada.

De todo ello puede deducirse que en el crisol se fundió bronce (aleación cobre-estaño). El cobre se obtuvo, posiblemente, de una mena de óxidos de este metal, ya que la existencia de este elemento y la carencia de azufre (que suele aparecer en estas aleaciones prehistóricas en forma de sulfuros de cobre ocluidos en la matriz metálica) así parecen indicarlo.



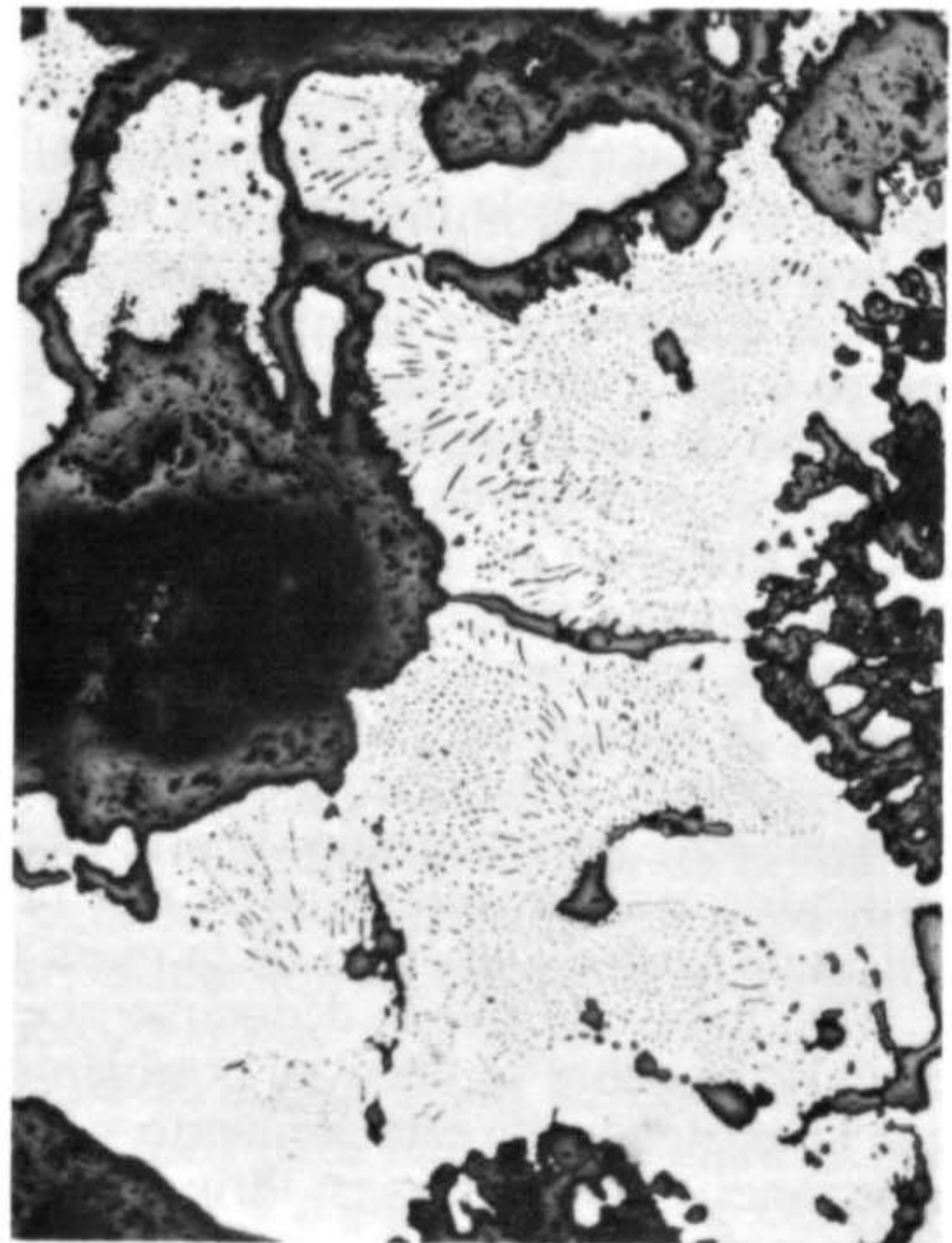
1



2

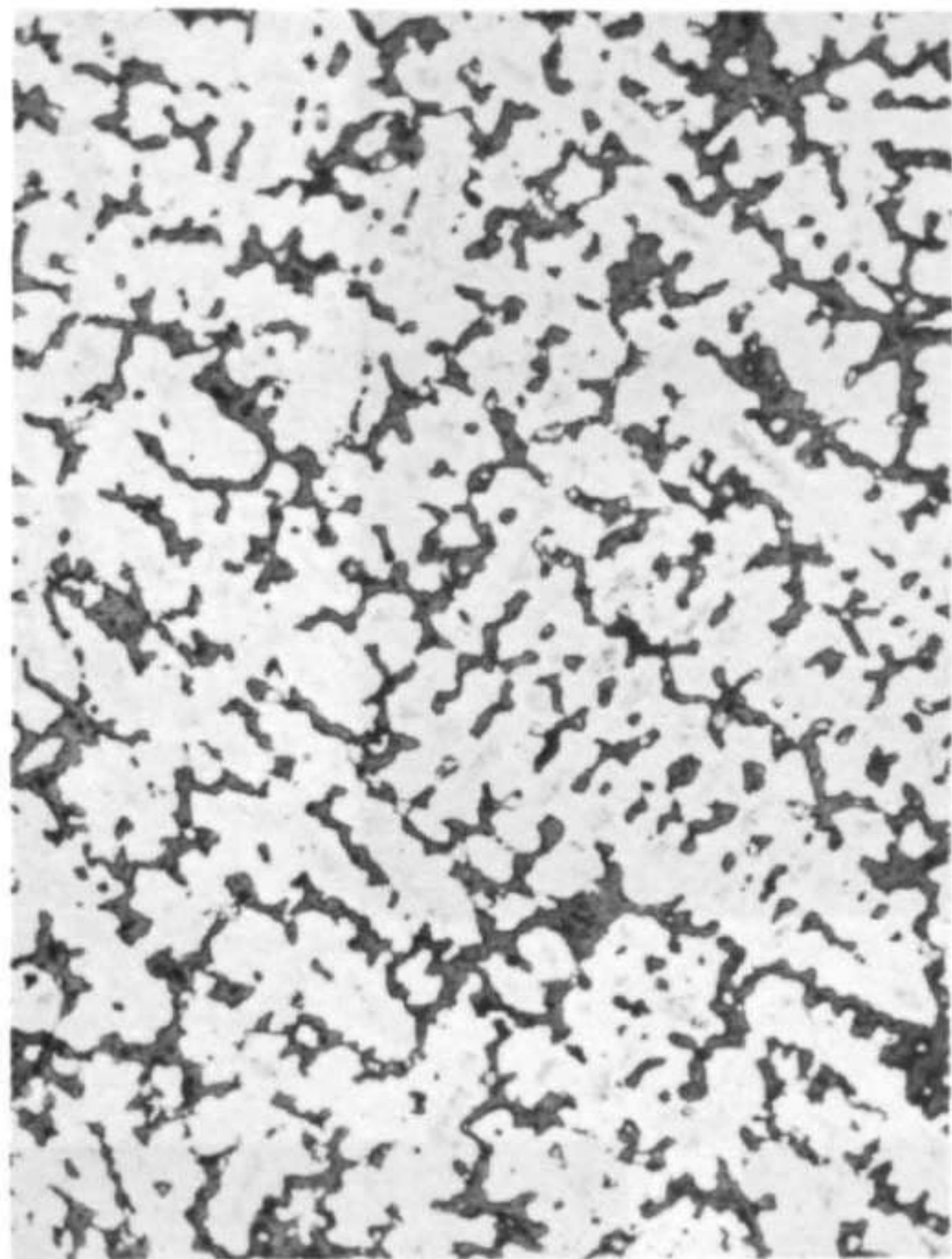


3

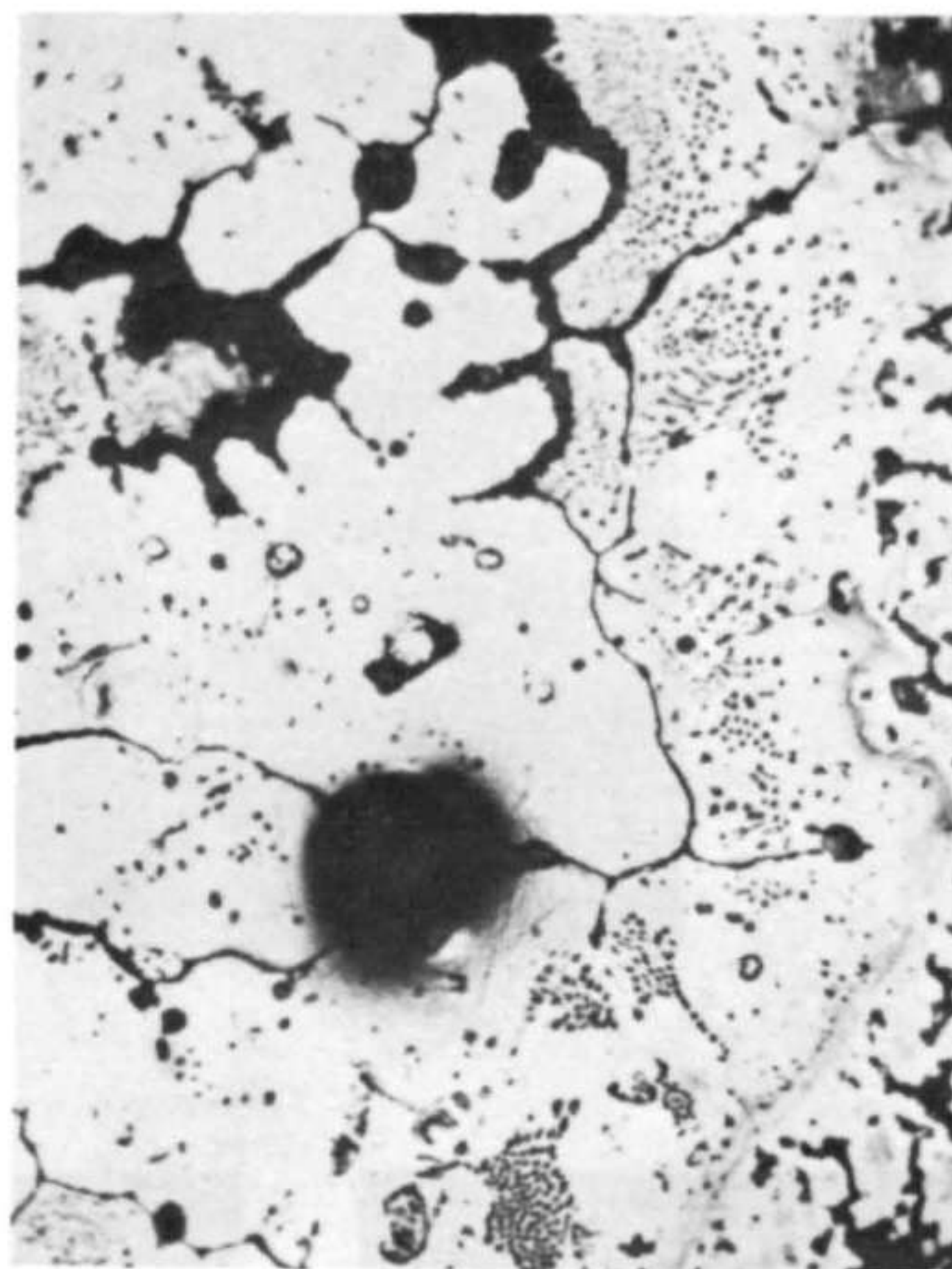


4

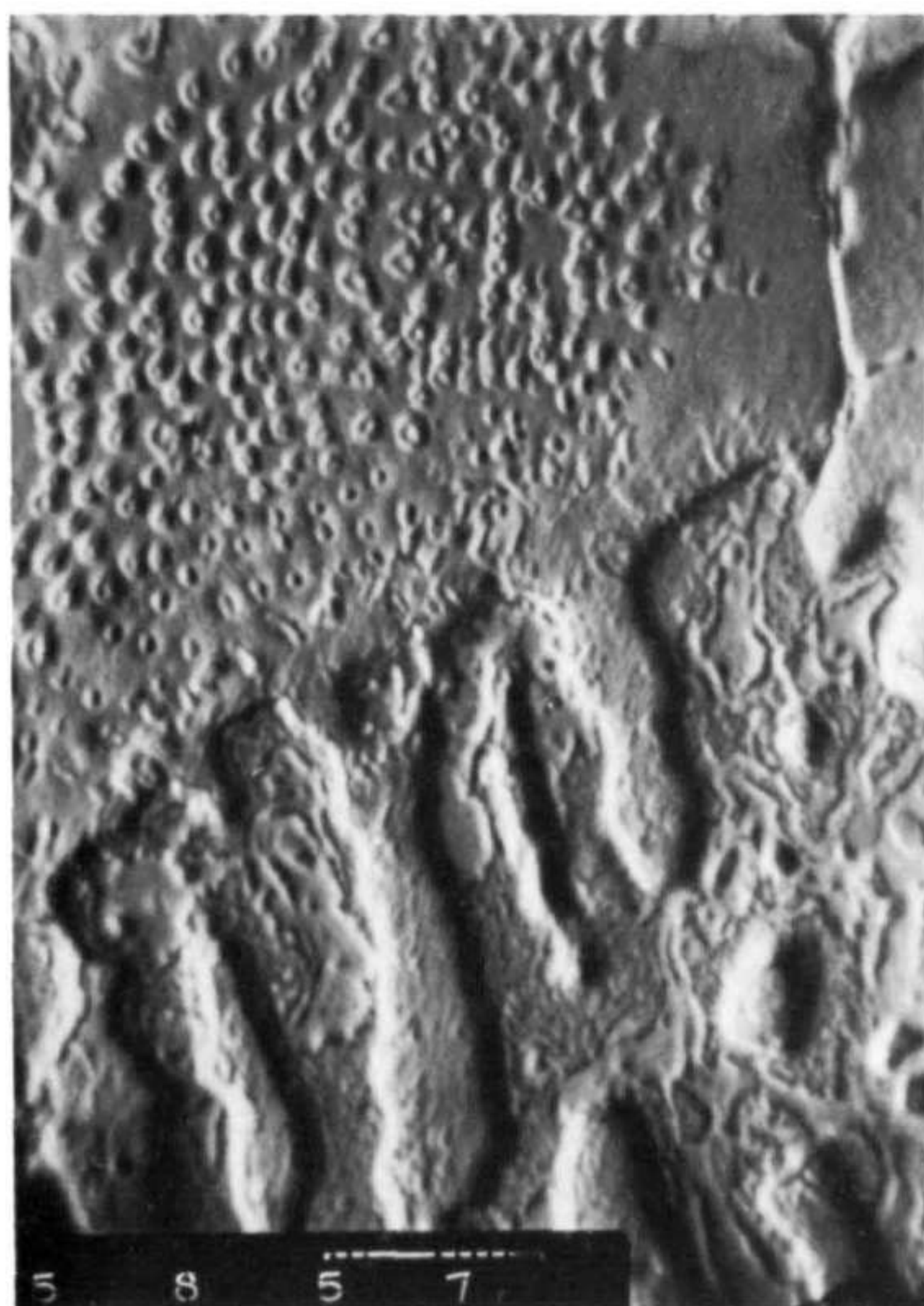
Lám. I. - MICROGRAFIAS. 1: 192 aumentos. Nícoles en paralelo. 2: 192 aumentos. Nícoles en paralelo. 3: 200 aumentos; sin ataque. 4: 200 aumentos; sin ataque.



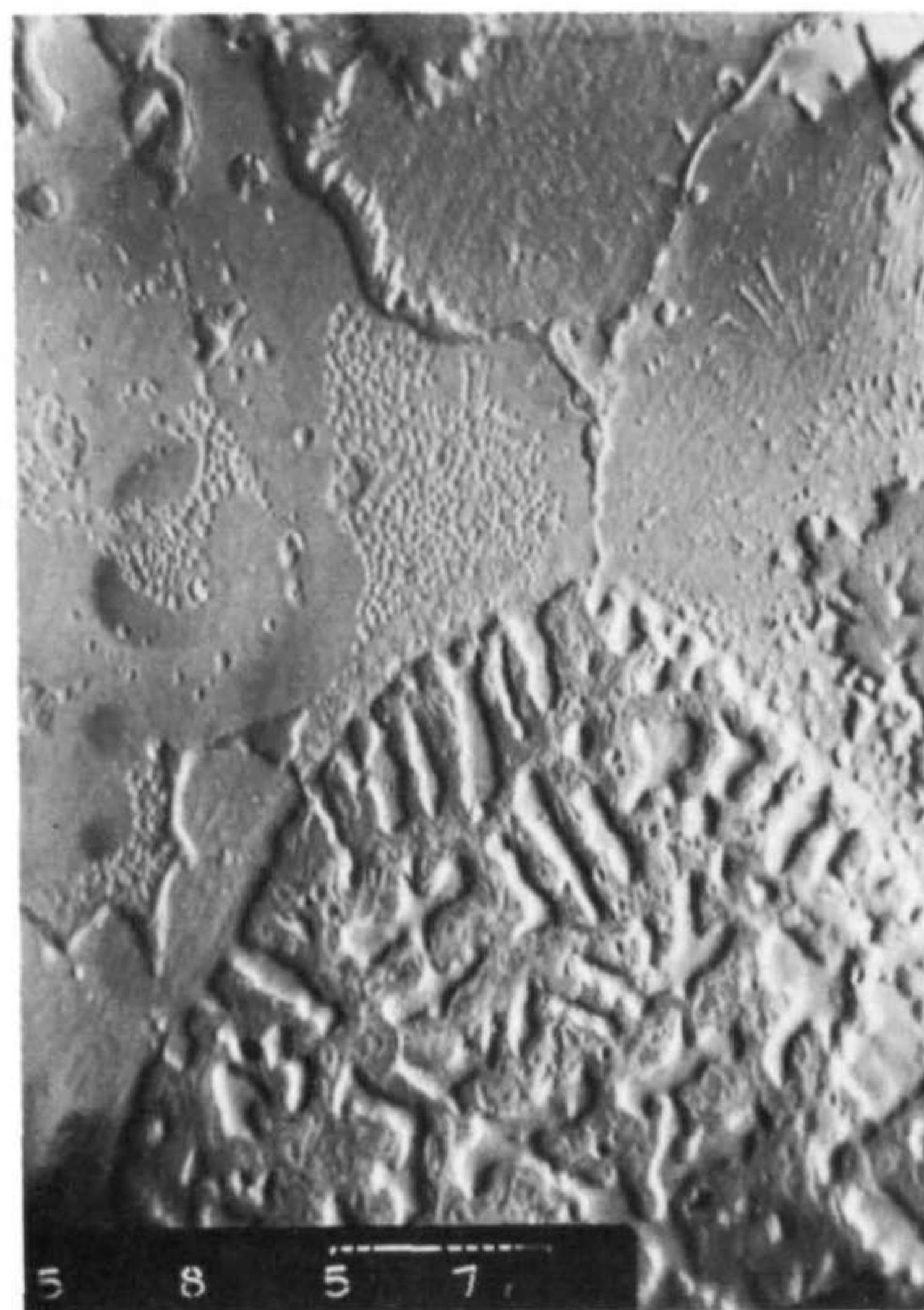
5



6



7

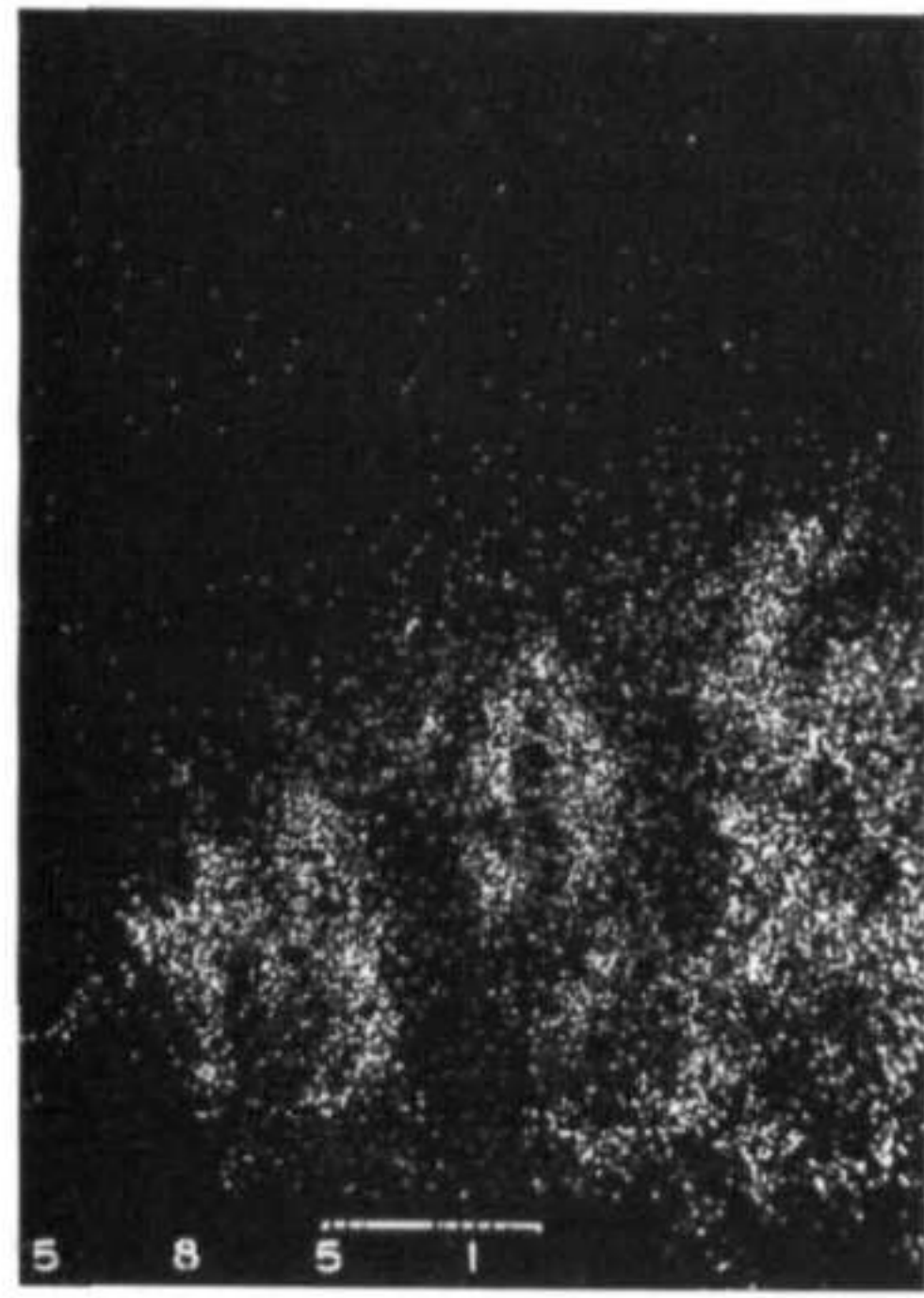


8

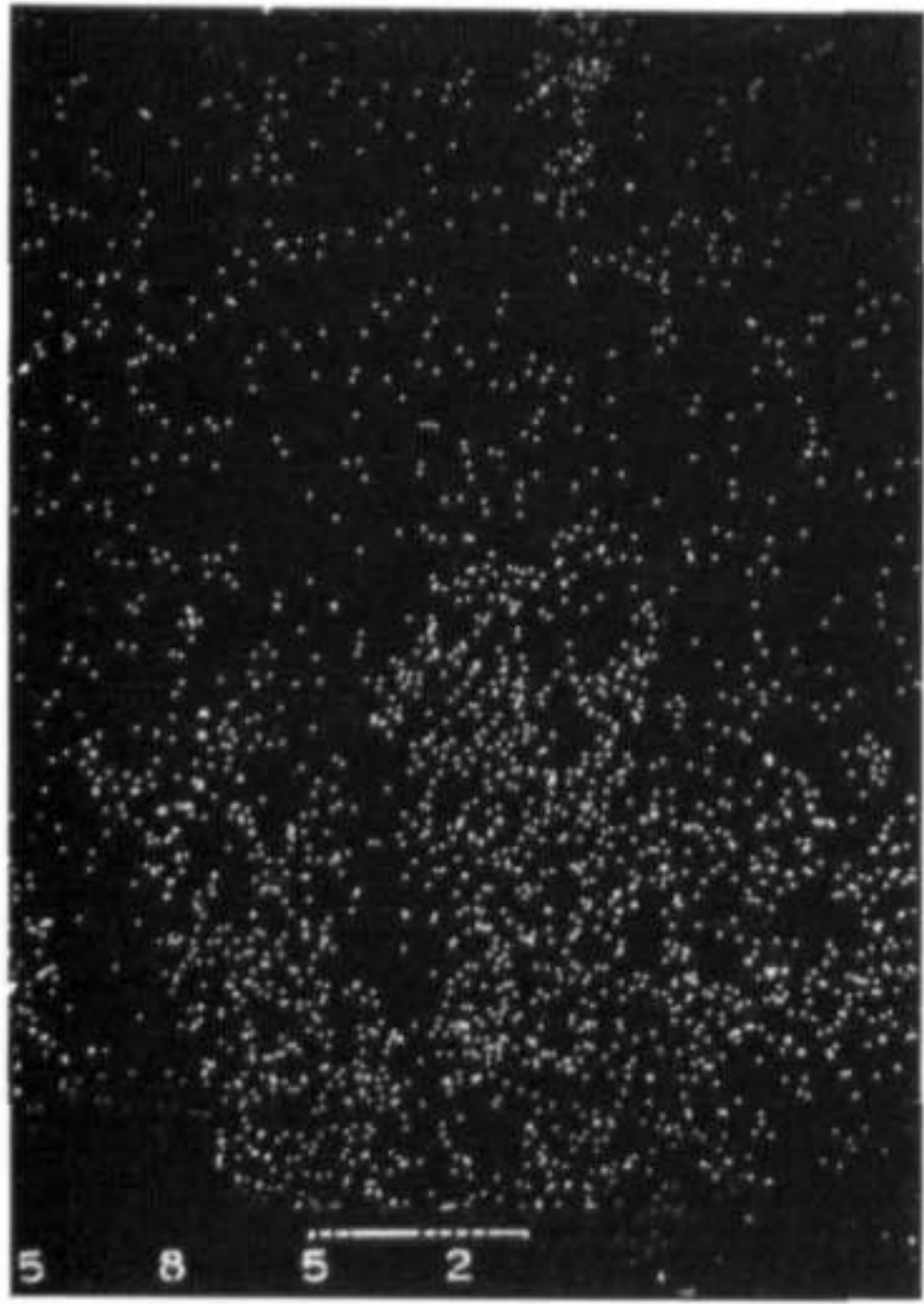
Lám. II. - 5: 200 aumentos. Ataque: cloruro férrico al 5% en alcohol. 6: 200 aumentos. Ataque: cloruro férrico al 5% en alcohol. 7: 300 aumentos. Imagen de composición. 8: 1.000 aumentos. Imagen de composición.



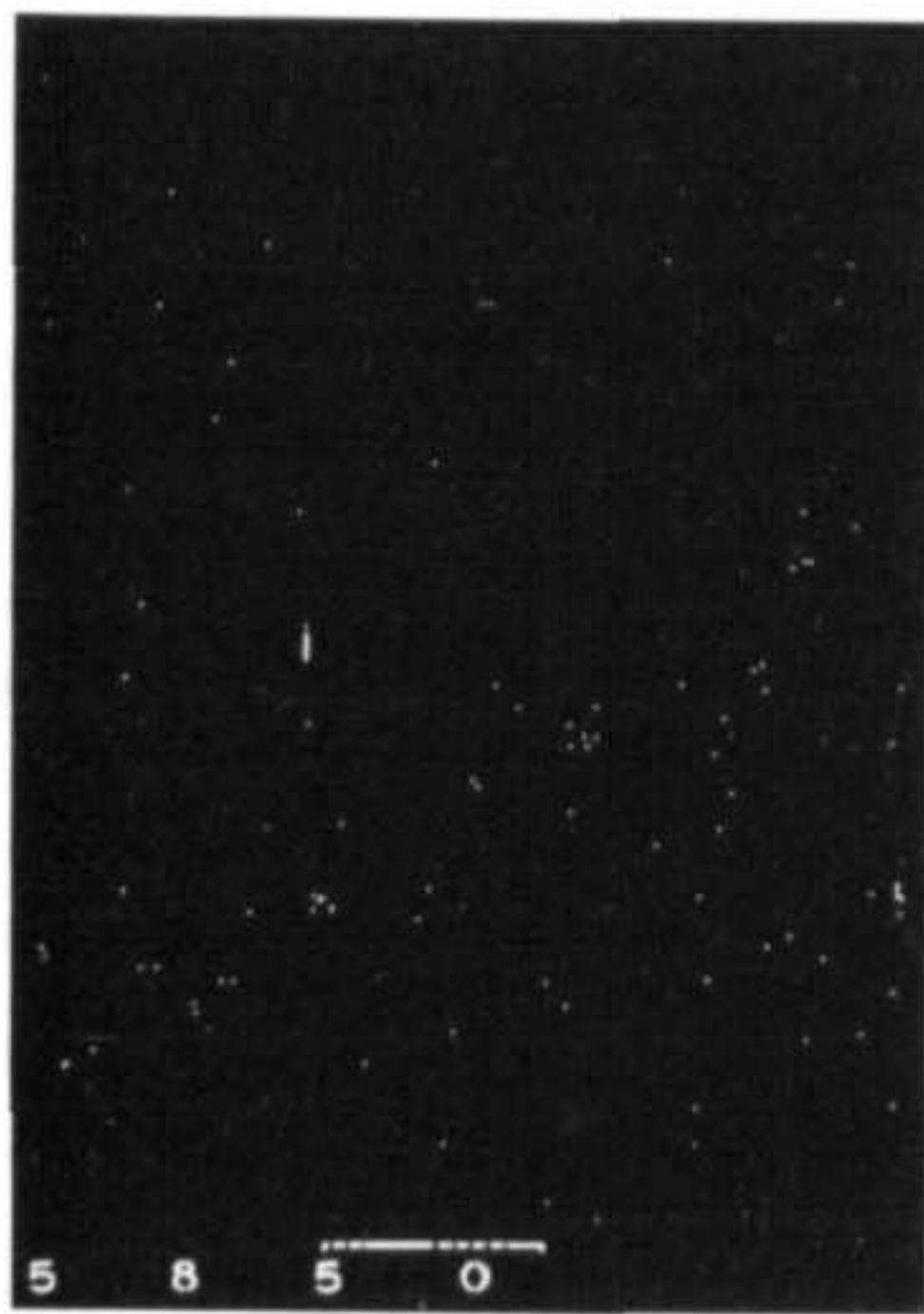
9



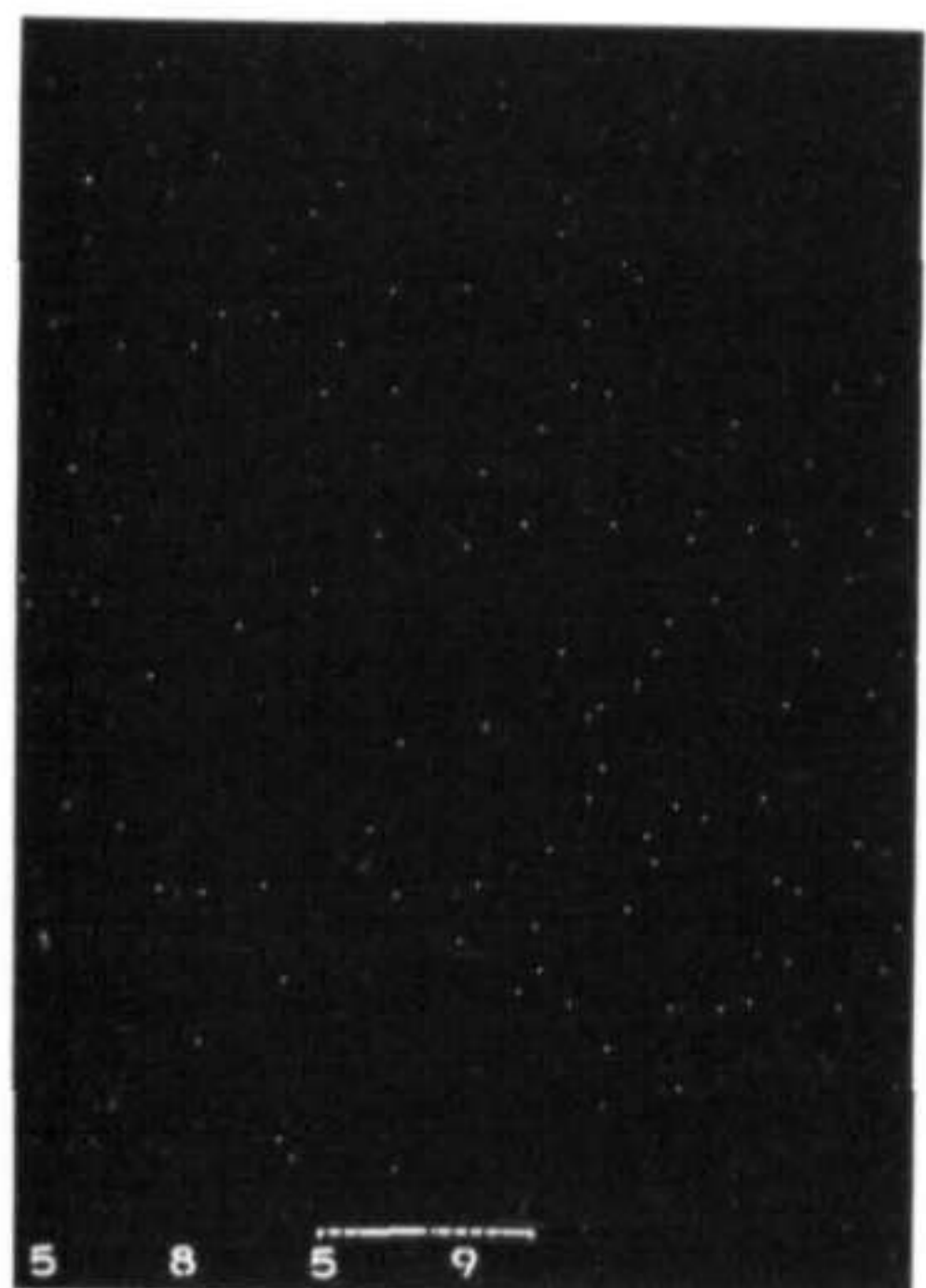
10



11



12



13

Lám. III. - 9: 1.000 aumentos. Imagen de Rx del Cu. 10: 1.000 aumentos. Imagen del Rx del Sn. 11: 1.000 aumentos. Imagen del Rx del O. 12: 1.000 aumentos. Imagen del Rx del S. 13: 1.000 aumentos. Imagen del Rx del As.

**EXCAVACIONES DE DOS NUEVOS ASENTAMIENTOS
PREHISTORICOS EN GETAFE (MADRID)**

**M.^a Concepción Blasco Bosqued
Joaquín Barrio Martín**

En el mes de junio de 1985 y, como consecuencia de la extracción de áridos destinados a abastecer las obras de mejoramiento de la carretera nacional Madrid-Toledo, se detectó la existencia de un nuevo yacimiento arqueológico en el término municipal de Getafe. Este hecho nos fue comunicado por Don Juan Ayllón, alumno de Prehistoria de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid quien, además, nos facilitó todo tipo de datos sobre las circunstancias de este hallazgo y los indicios arqueológicos que se habían evidenciado en la zona, desde hacía ya tiempo, a raíz de trabajos anteriores. Por todo ello queremos manifestar desde aquí nuestro más sincero agradecimiento a Don Juan Ayllón quien colaboró también, de manera desinteresada, en las tareas de campo llevadas a cabo, con el fin de documentar unos restos que estaban en trance de inminente desaparición.

El nuevo yacimiento, o mejor, los restos de los dos nuevos yacimientos se encuentran ubicados en la hoja número 582, correspondiente al término de Getafe, del mapa 1:50.000 del Instituto Geográfico Nacional, en la intersección de las coordenadas 3° 44' de longitud oeste del meridiano Greenwich, 40° 18' de latitud norte (Fig. 1). Este lugar está a la altura del kilómetro 13,900 derecha de la carretera nacional Madrid-Toledo, a unos 200 metros de esta vía, justo detrás de un pequeño parque municipal.

El asentamiento se localiza en una zona relativamente alta ya que se encuentra en las faldas de una de las dos prominencias de la zona: «El Cerro Buenavista» (la otra altura es el Cerro de los Angeles), no obstante la situación contrasta con la de otros emplazamientos normalmente ubicados, bien en terrazas bajas de los ríos, como es lo habitual en la mayoría de los conjuntos de la Edad del Bronce, bien en la cima de cerretes o cabezos, como es frecuente en establecimientos de la Edad del Hierro. De todas formas, parece participar más de las características de los asentamientos en llano, ya que no reúne condiciones para la defensa, pues se trata de una zona abierta y sin suficiente visibilidad para el control del territorio circundante. Se asienta sobre suelo aluvial de la cuenca del Manzanares, a poco más de diez kilómetros, en línea recta, del curso actual del río, pocos kilómetros antes de su desembocadura en el Jarama. La terraza en la que se localiza el yacimiento tiene una altitud de unos 650 metros sobre el nivel del mar, unos 100 metros más que el lecho del río.

Este tipo de hábitat abierto, en llano, sobre una terraza fluvial, es típico de la inmensa mayoría de los yacimientos madrileños de la prehistoria reciente, en los que parece claro que no existe ninguna preocupación por la defensa. Entre los hábitats de este tipo, lo más frecuente es que se sitúen al borde del río, o a pocos metros de su cauce, sin embargo, pensamos que esta gran concentración de hallazgos en los márgenes del Manzanares puede deberse, no sólo a un volumen real, sino también a la intensa explotación de areneros en esa zona los cuales han sacado a la luz, de forma ininterrumpida, todos los restos arqueológicos existentes en unos cuantos kilómetros del curso del río, al haberse vaciado literalmente sus márgenes. No obstante, las actuales obras de ampliación de la carretera de Toledo y el constante aumento de los núcleos urbanos situados en esta vía de comunicación, como Parla, Getafe, etc., están evidenciando recientemente que también las terrazas altas del Manzanares acogen a un importante número de yacimientos, cuya densidad está todavía por determinar.

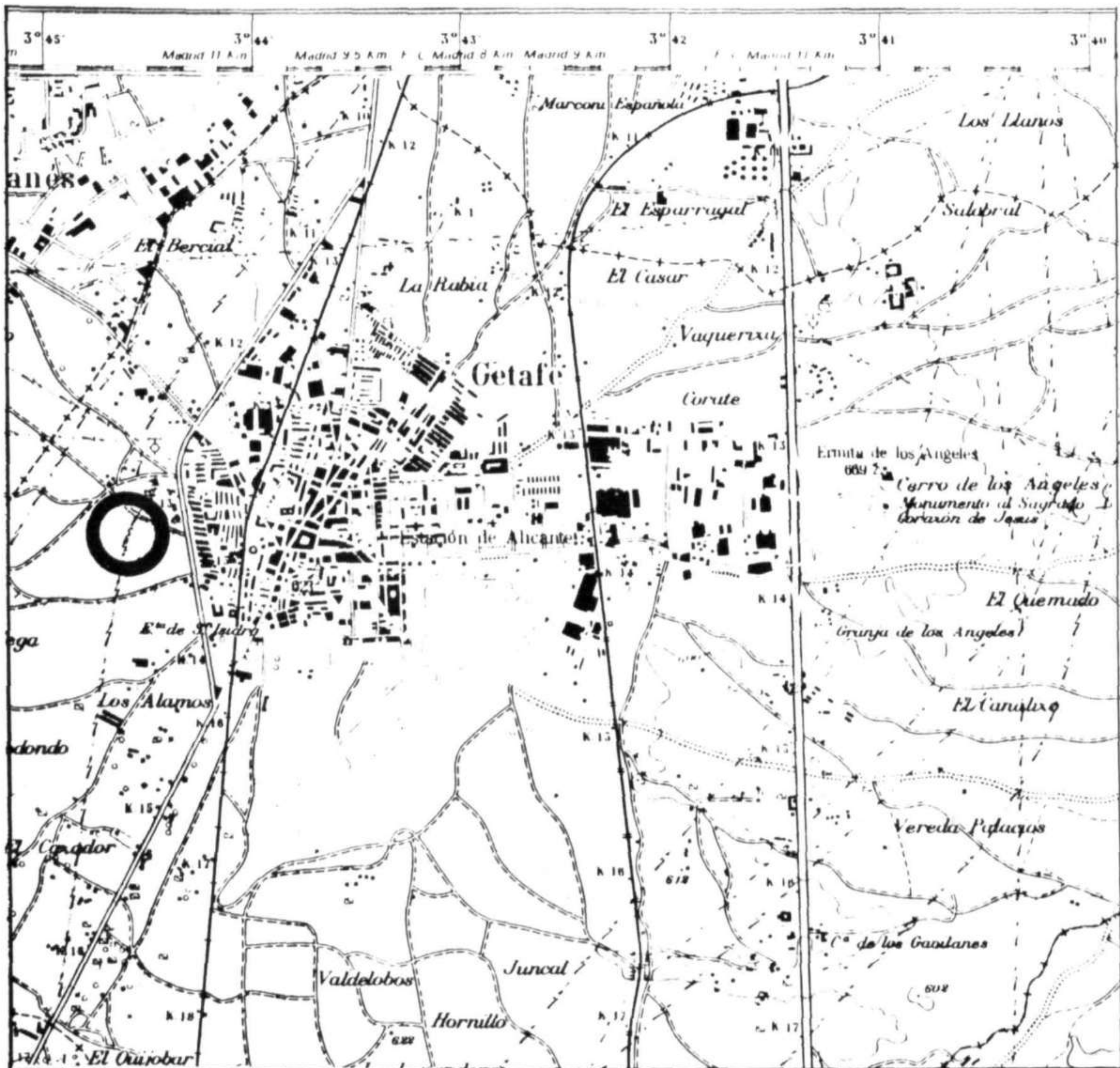


Fig. 1. - Detalle de la Hoja 582 (IGN) 1/50.000. GETAFE. En círculo localización de los yacimientos.

En el caso concreto del yacimiento que nos ocupa, su gran distancia al cauce fluvial parece estar compensada por otra u otras fuentes de agua próximas, como es un pequeño cauce de arroyo que debió limitar el yacimiento por su lado este y una charca o lagunilla que, al parecer, se extendía hacia el suroeste. La existencia de estos puntos de agua explicaría que este mismo sitio fuera el lugar escogido por, al menos, dos grupos humanos de la Prehistoria reciente separados cronológicamente varias centurias. Por otra parte, la zona está en uno de los caminos naturales de la región, ya que por allí cruza una de las cañadas ganaderas de la provincia de Madrid, la vereda de Getafe, que termina en la Cañada Real.

Según noticias facilitadas por Don Juan Ayllón, los primeros indicios que evidenciaron la existencia del nuevo yacimiento, que ahora nos ocupa, se produjeron hace ya algunos años, aproximadamente a partir de 1982, en que se iniciaron algunas construcciones. Desde ese momento, cada vez que se realizaba alguna obra y, sobre todo, cuando se llevaban a cabo trabajos de extracción de arena, aparecían vestigios

arqueológicos, fundamentalmente cerámicos, dispersos por un área de algo más de 300 metros de diámetro, lo que supone una superficie de alrededor de una hectárea (Fig. 2), extensión que, posiblemente, englobaba dos ocupaciones, sin que sea posible delimitar el tamaño y las características exactas de cada uno de los dos momentos de ocupación.

La mayoría de los fragmentos cerámicos recogidos antes de nuestra excavación eran lisos aunque, excepcionalmente, se encontraron también algunos con decoración de incrustaciones o aplicaciones plásticas, así como con restos de pintura de escasa consistencia. Además se obtuvieron algunas lascas de sílex y cuarcita, piedras de granito (posibles restos de molinos de mano), fragmentos de tortas de barro con improntas de ramajes y cañas y restos óseos animales.

Todos estos hallazgos muebles se concentraban siempre en bolsadas de tierras oscuras, más o menos compactadas, de dos tamaños diferentes:

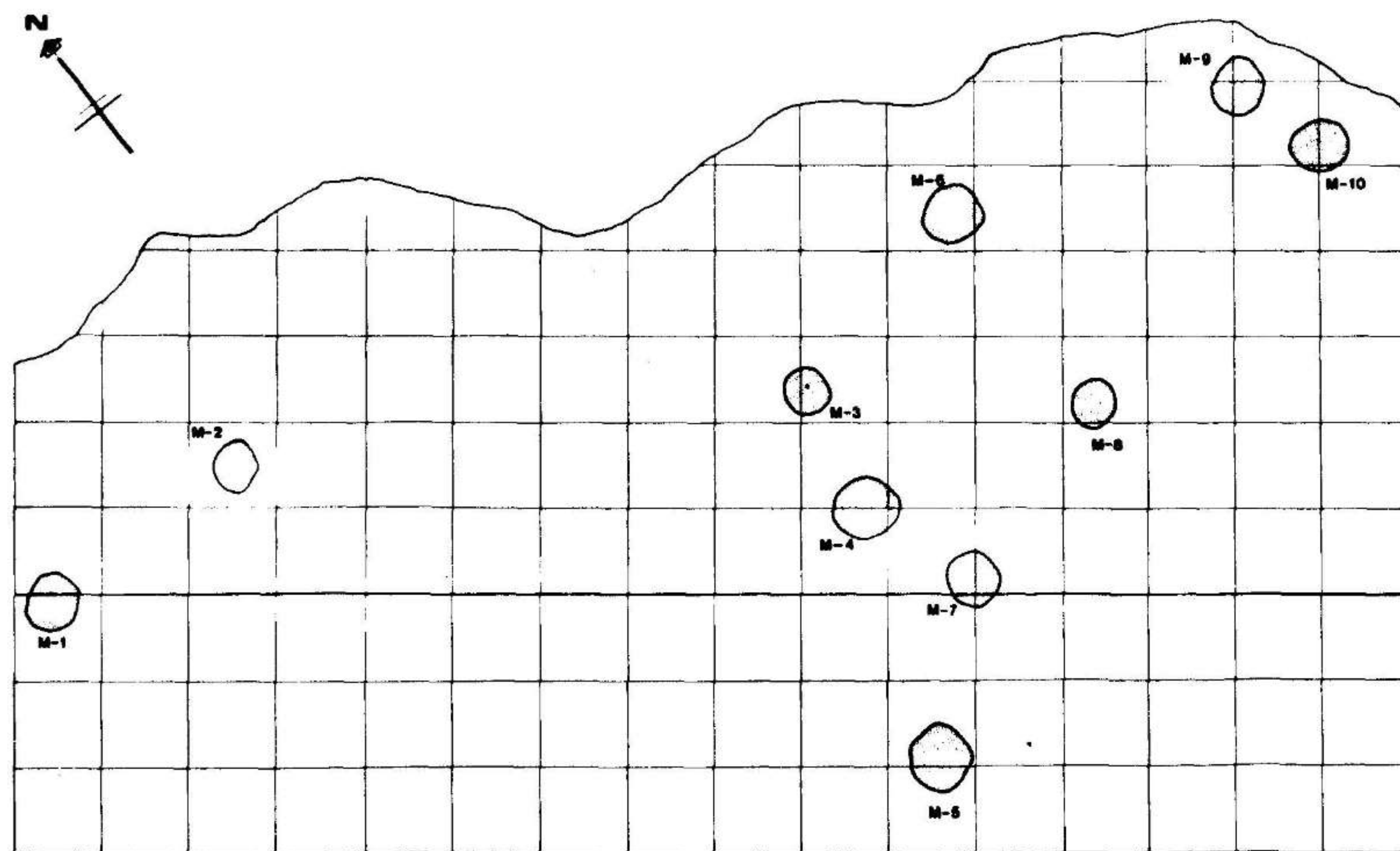
- a) Cubetas de 1 a 2 metros de diámetro y una altura de unos 0,60 metros y
- b) Grandes lentejones de hasta 8 metros de diámetro, a veces con potencia superior a los dos metros de altura, uno de los cuales brindó abundantes restos de arcilla con improntas de ramajes.

Todo hacía pensar que nos encontrábamos ante uno de los típicos yacimientos de «fondos de cabaña», tan característicos de la Prehistoria de esta región.



Fig. 2. – Topográfico 1/500 de los yacimientos de GETAFE SECTOR III con indicación de las diferentes áreas excavadas o destruidas por los trabajos de extracción de áridos. 1. Área excv.: Hierro I; 2. Área excv.: Bronce Pleno; 3. Área destruida.

Este supuesto quedó plenamente confirmado con los trabajos de extracción de arena que dieron lugar a la denuncia y originó la excavación de urgencia, a partir de la cual se puso de manifiesto la existencia de dos puntos diferentes con restos arqueológicos de características claramente distintas, lo que permitía suponer la presencia de, al menos, dos yacimientos originados en momentos históricos diferentes. Estos distaban entre sí 72 metros en línea recta, siguiendo una orientación este-oeste. El primero de los dos yacimientos, que en adelante llamaremos zona A, presentaba una superficie de 33 por 19 metros de ejes máximos, aunque, sin duda, ésta es sólo una parte de su extensión original, ya que el resto estaba cubierto por los montones de tierra vegetal retirados por las máquinas excavadoras o vaciado, como consecuencia de la extracción de áridos destinados a obras públicas. En esta reducida parcela donde se evidenciaban los restos del yacimiento, aparecían diseminadas manchas circulares de color oscuro de poco más de un metro de diámetro (Fig. 3), muchas de las cuales desaparecían al limpiarlas, conservándose, después de esta tarea de limpieza de la superficie, únicamente diez, que parecían corresponder a los típicos «fondos», tan característicos de la edad del Bronce madrileña.



0 1 2 3 4 5m

**GETAFE S III
AÑO 85
ZONA A**

Fig. 3. – Planta General del yacimiento de la ZONA A.

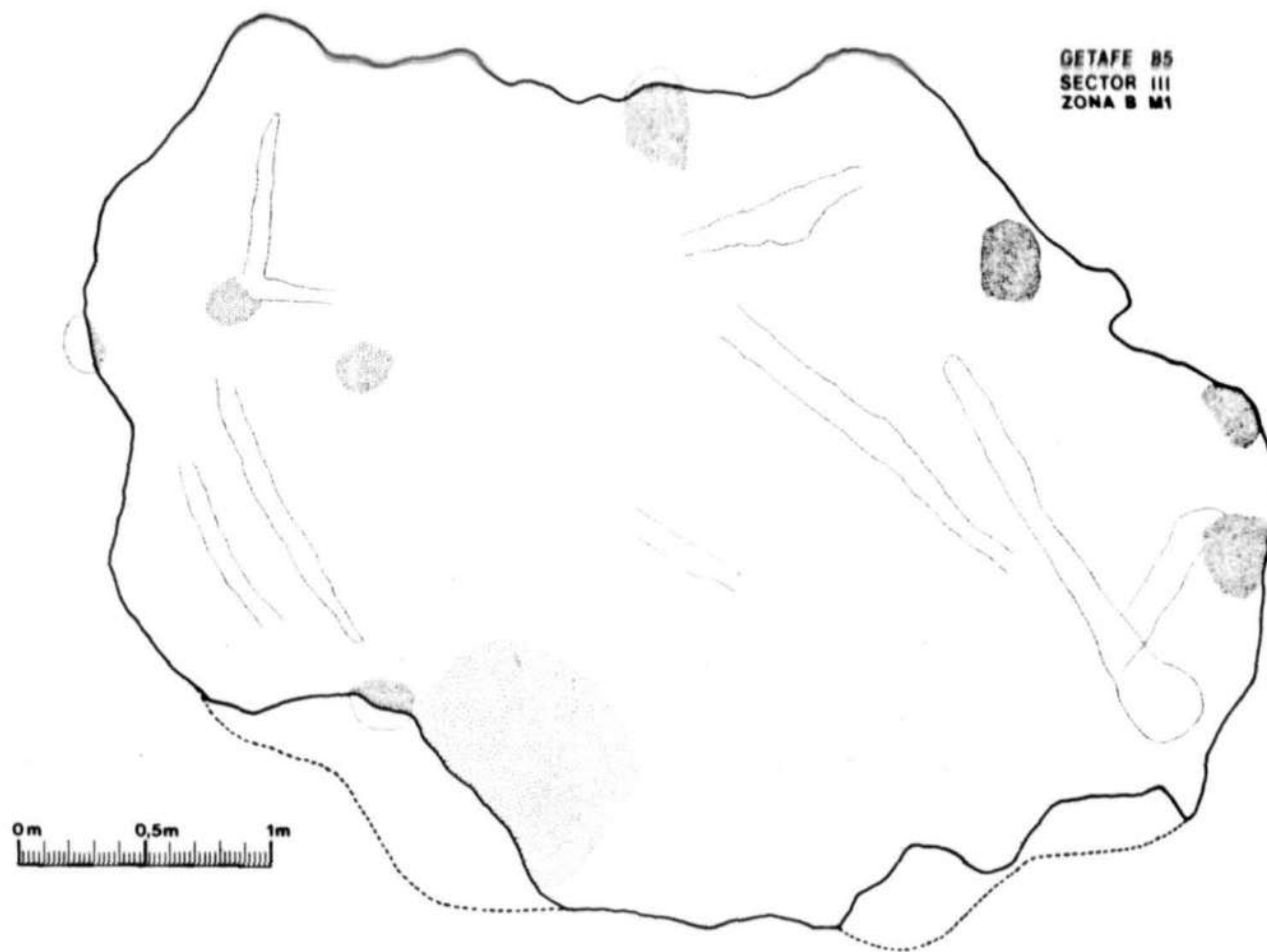


Fig. 4. – Planta del fondo de cabaña excavado en la ZONA B.

En el segundo punto, que dominamos zona B, todos los hallazgos se concentraban en una única mancha oscura, de tendencia oval y perfil lobulado, con un tamaño sensiblemente mayor al de las manchas o «fondos» de la zona A, ya que sus ejes máximos medían 4,60 por 3,30 metros (Fig. 4). La diferencia entre las dos zonas con restos arqueológicos no sólo era patente por las características de las subestructuras inmobiliarias, sino que se evidenciaba también en los hallazgos muebles. Ambos elementos ponen de manifiesto que, pese a la escasa distancia que separa estos lugares, sus restos corresponden a yacimientos diferentes, fruto de la presencia de grupos humanos culturalmente distintos, y temporalmente lejanos, ya que, sin duda, les debieron separar varias centurias. Sin embargo, desconocemos el por qué ambos grupos coincidieron en un mismo lugar a pesar de que esta coincidencia espacial de gentes pertenecientes a momentos distintos, es relativamente frecuente en los yacimientos madrileños de la cuenca del Manzanares.

LA ZONA A (Fig. 3)

Como ya ha quedado dicho, se trata de una pequeña superficie de 33 por 19 metros de ejes máximos que representaba la única evidencia existente, en el momento de la excavación, de un yacimiento mucho más amplio, cuya extensión total era ya imposible de calcular. Los indicios arqueológicos destacaban, de forma muy clara, en una pequeña planicie creada artificialmente por las máquinas extractoras de arena, la cual se encontraba entre el corte vertical, característico de este tipo de trabajos de obtención de áridos (Fig. 3 línea superior), donde se había vaciado todo el contenido geológico en el que podía encontrarse el yacimiento, y la zona en la que se había acumulado una escombrera de tres o cuatro metros de altura, procedente de las capas

más superficiales de aquellos lugares en los que se había llevado a cabo la obtención de áridos, acumulación que cubría totalmente la otra zona por la que podía extenderse el yacimiento e imposibilitaba su excavación.

En vista de que era más que probable que parte del yacimiento quedara bajo la escombrera y, por tanto, de momento no corría riesgo de destrucción, antes bien, se garantizaba su conservación por la potencia geológica acumulada artificialmente y, por el contrario, era imposible detener los trabajos de extracción de áridos en la zona en la que se estaban realizando en aquel momento, debido al ritmo de las obras de mejora de la carretera de Toledo, decidimos excavar en su totalidad la superficie visible del yacimiento y evitar así, su total desaparición.

Para ello se trazó un eje siguiendo la dimensión máxima de la planicie, cuya orientación seguía la dirección SE-NO, y, posteriormente, se procedió a cuadricular toda la superficie a excavar en sectores de uno por un metros. Después, se realizó una limpieza de la superficie con el fin de eliminar las huellas y manchas dejadas por las máquinas excavadoras. Tras esta operación se comprobó que se mantenían diez manchas de color gris oscuro, en ocasiones casi negro, de forma claramente circular, en las cuales se concentraba todo el material mobiliario. Fuera de estos indicios, no existía otro tipo de restos, ni trazas de un posible suelo de ocupación.

Ante esta comprobación, y conscientes del acelerado ritmo de las obras de extracción de arena, decidimos excavar exclusivamente en las manchas oscuras, indicios de posibles «fondos», trazando un diámetro que las dividía en dos, con el fin de proceder a extraer primero, la mitad de su contenido y, posteriormente, la otra mitad. El resultado fue bastante pobre pues, aunque se comprobó que estábamos, en efecto, ante un nuevo yacimiento de los denominados de «fondos de cabaña», por otra parte se pudo constatar que, en el momento de su excavación, estaba ya prácticamente arrasado y que, por tanto, la información que nos ofrecía era muy parcial. Ello significaba que, posiblemente, existieron muchos más fondos de los que nosotros llegamos a delimitar y que pudo haberse creado un suelo de ocupación que desapareció antes de la excavación, si se tiene en cuenta que algunos de los «fondos» detectados estaban ya prácticamente vaciados y reducidos a una somera mancha.

Afortunadamente la desigual profundidad a la que estaban perforados estos «fondos», favoreció el que algunos de ellos (los más potentes), conservaran todavía varias decenas de centímetros de potencia, lo que permitía extraer algunos datos. Así, el fondo número nueve, brindó alrededor de medio metro de profundidad, con un contenido geológico claramente estratificado, a pesar de que los materiales arqueológicos que contenían los distintos estratos no presentaban rasgos de diferenciación cultural. Otro dato de interés es el proporcionado por el fondo número dos, donde se localizó un esqueleto completo de lechón, en conexión anatómica, lo cual era un indicio para determinar algunas de las posibles funciones de estos fondos, tema todavía no bien aclarado hoy.

Por lo que se refiere a la distribución y relación de las subestructuras excavadas, poco se puede decir, ya que su número es demasiado bajo como para obtener conclusiones, siquiera provisionales. Desde el punto de vista negativo sí queremos destacar la ausencia de superposiciones de fondos, hecho que se produce en la mayoría de los yacimientos madrileños de este tipo, incluido el «Tejar del Sastre», que guarda estrecha relación cultural con este nuevo yacimiento de Getafe, no obstante esta falta de conexión física de los fondos puede deberse al grado de arrasamiento en que se encontraba el yacimiento, causa que, posiblemente, ha determinado también la apariencia de una menor densidad de concentraciones de las subestructuras, de la que, en realidad, hubo.

La relación de material obtenido en cada una de estas subestructuras y las características de las mismas son las siguientes:

Fondo número 1: (Fig. 5, M-1)

Situado sobre el extremo noroeste del eje trazado, presentaba una forma casi totalmente circular, con un diámetro de 1,30 metros. En el momento de la excavación se encontraba casi totalmente arrasado ya que sólo tenía 0,06 metros de altura, de un contenido geológico de color gris no muy intenso, en el que no se apreciaban indicios de estratificación.

Se recuperaron un total de 40 fragmentos cerámicos, lo que supone el 7,47% del total de las cerámicas obtenidas en los fondos. Sólo 14 de estos fragmentos ofrecen algún alto significativo que haya merecido inventariar y reproducir gráficamente (Fig. 6), de ellos 4 son bocas, 1 boca y galbo y los 8 restantes galbos, 7 de ellos carenados. 11 de estos fragmentos corresponden, por su acabado, a recipientes finos y los 27 restantes, a ejemplares comunes. La decoración se reduce a un botón cilíndrico aplicado sobre un galbo y a una serie de digitaciones oblicuas realizadas sobre una boca. Se recuperaron también dos nódulos amorfos de sílex, una lasca de este mismo material, un fragmento de canto rodado y otro fragmento de caliza. La fauna se reduce a seis fragmentos óseos, de los que sólo han sido identificados uno de bos y otro de sus.

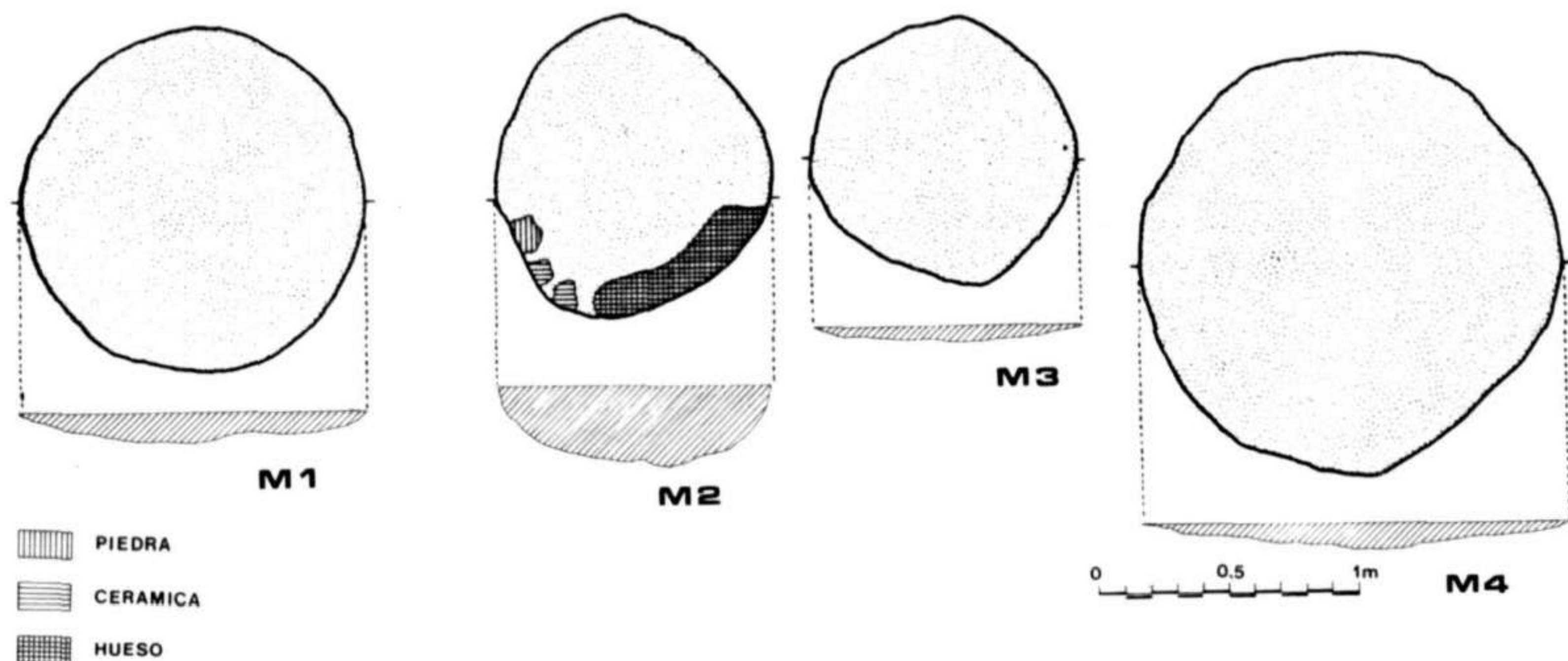


Fig. 5. - ZONA A. Planta y sección de los fondos M-1, M-2, M-3 y M-4.

Fondo número 2 (Fig. 5, M-2)

Se encontraba a 2,40 metros del eje trazado, en dirección este y presentaba, en superficie, una forma de tendencia oblonga con unos ejes de 1,25 por 1,08 metros. En el momento de su excavación había sido ya parcialmente arrasado pues sólo quedaba una potencia máxima de 0,30 metros de altura, de un contenido geológico de color muy oscuro, casi negro, que hacía pensar en un alto contenido orgánico, hecho que quedó comprobado.

En esta mancha se obtuvieron 49 fragmentos cerámicos, de los que sólo 9 ofrecían algún dato significativo (Fig. 7, 2, 1 a 2, 9). Este lote supone un 9,15% del total de la cerámica extraída de los fondos. 5 de estos fragmentos corresponden a bocas y parte de galbos por lo que permiten reconstruir parcialmente las morfologías de los recipientes a que pertenecieron, de los cuales tres, presentan acusadas carenas. Los otros cuatro fragmentos son arranques de boca. Atendiendo al acabado 27 de los fragmentos recuperados corresponden a ejemplares comunes y los 22 restantes deben de considerarse como de recipientes finos. No hay en este lote ningún tipo de decoración, siendo de destacar el acabado «a cepillo» de dos de los fragmentos de superficies toscas.

Además de la cerámica se recogió un fragmento de arcilla endurecida, con señales de haber estado sometida al fuego, restos de un molino abarquillo (Fig. 17, M-2, 1), realizado en granito, también con indicios de haber estado sometido al fuego, cuatro nódulos amorfos de sílex, seis lascas de la misma calidad, una de ellas con ligeros retoques (Fig. 19, M-2, 2), un canto de río fragmentado y quemado, así como cuatro piedras más, una de ellas de gran tamaño, colocada por encima de los restos óseos, aunque no directamente apoyada sobre el lechón depositado en conexión anatómica (lámina I).

Sin duda, lo más significativo de los hallazgos de este fondo son los restos óseos, ya que además de 19 fragmentos dispersos, se recuperó un lechón en conexión anatómica, colocado junto a la pared y apoyado directamente sobre el «suelo» de la cubeta, como si esta estructura hubiera sido realizada con el fin de llevar a cabo esta deposición. Entre los restos óseos dispersos sólo se han identificado dos especies más: el bos y el sus.

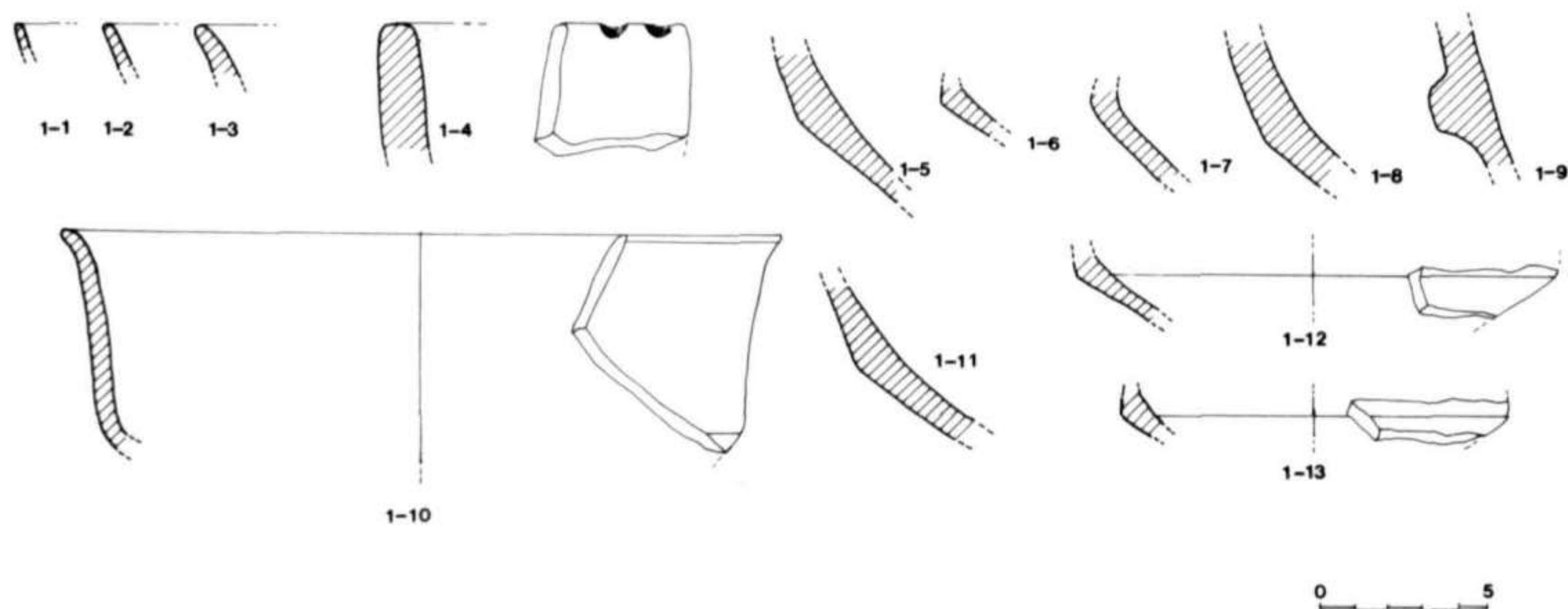


Fig. 6. - Cerámica del Fondo M-1.

Fondo número 3 (Fig. 5, M-3)

Apareció a 4,30 metros, en dirección este, del eje trazado y a 14,20 metros del fondo número 2. En superficie presentaba una forma perfectamente circular, de 1,05 metros de diámetro, la mancha era de escasa intensidad, lo cual quedó perfectamente justificado por la poca potencia de su contenido, cuya altura apenas llegaba a los 0,05 metros.

El total arrasamiento del fondo fue la causa de que el material cerámico recuperado se redujera a sólo 12 fragmentos, de escasas proporciones, que suponen el 2,24% del total de las cerámicas obtenidas en los fondos excavados. Sólo 4 de estos fragmentos proporcionan algún dato morfológico (Fig. 7, 3-1 a 3-4), y de ellos sólo 1 ha permitido reconstruir el posible diámetro; uno de los dos galbos dibujados, corresponde a un ejemplar carenado. Con respecto al acabado, a excepción de un fragmento espatulado, el resto, pertenece a recipientes de tipo común. No hay en el lote ningún indicio de ornamentación.

No se registró ningún otro tipo de hallazgos fuera del lote de cerámica reseñada.

Fondo número 4: (Fig. 5, M-4)

Estaba situado a 1,30 metros, en dirección este, del eje trazado, y a 1,20 metros al sur del fondo número 3. En el momento de la excavación se identificaba como una mancha circular de 1,60 metros de diámetro, lo que significa que presentaba la mayor superficie de todos los fondos excavados. El color de su contenido era gris bastante intenso, aunque apenas tenía ya potencia, pues su altura se reducía a 0,05 metros. Este fondo aparecía especialmente cementado, por lo que su excavación resultaba más difícil que la del resto de las cubetas, debido al endurecimiento de las tierras ocasionado por el paso de las máquinas excavadoras.

En el interior de este fondo se recogieron tan sólo 29 pequeños fragmentos de galbo que no han proporcionado ningún dato significativo que los recipientes a que pertenecieron, por lo que no han sido representados gráficamente. Cuantitativamente suponen el 5,42% de la cerámica obtenida en los fondos, pero su volumen es mucho menor, dentro de conjunto. Si atendemos al acabado de las superficies, con excepción de un fragmento bruñido, el resto corresponde a recipientes comunes. No se obtuvo ningún otro tipo de hallazgo, fuera del exiguo lote cerámico descrito.

Fondo número 5: (Fig. 8, M-5)

Fue localizado a 3 metros al suroeste del eje trazado, y distaba 5,40 metros, en dirección sur, del fondo 4. En superficie presentaba una forma irregular, de tendencia circular, con un diámetro medio de 1,50 metros. Presentaba un color gris poco intenso y estaba prácticamente arrasado ya que su altura máxima sólo alcanzaba los 0,06 metros.

Su excavación proporcionó un total de 24 fragmentos cerámicos lo que significa el 4,48 % de la cerámica recogida en los 10 fondos excavados. Todos estos fragmentos son de escaso tamaño y sólo los seis pertenecientes a partes de la boca han proporcionado algún dato sobre la morfología de los recipientes a los que pertenecieron (Fig. 7, 5-1 a 5-6). Por el tratamiento de las superficies, todos formaron parte de vasijas comunes, sin ningún tipo de decoración.

Además de la cerámica se recogieron 16 fragmentos óseos de animales, de los que sólo se ha identificado la especie *bos*.

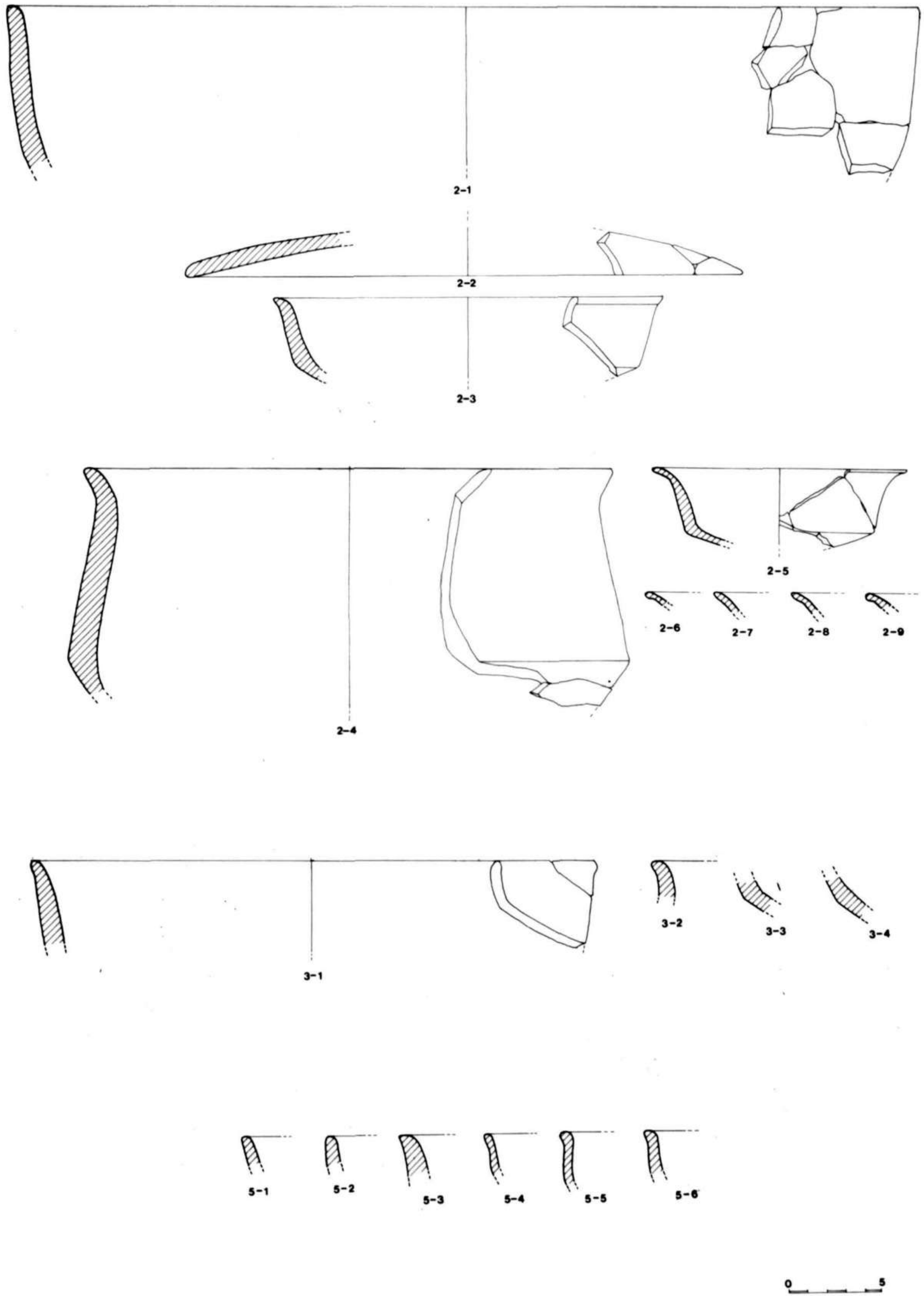


Fig. 7. - Cerámica de los fondos M-2, M-3 y M-5.

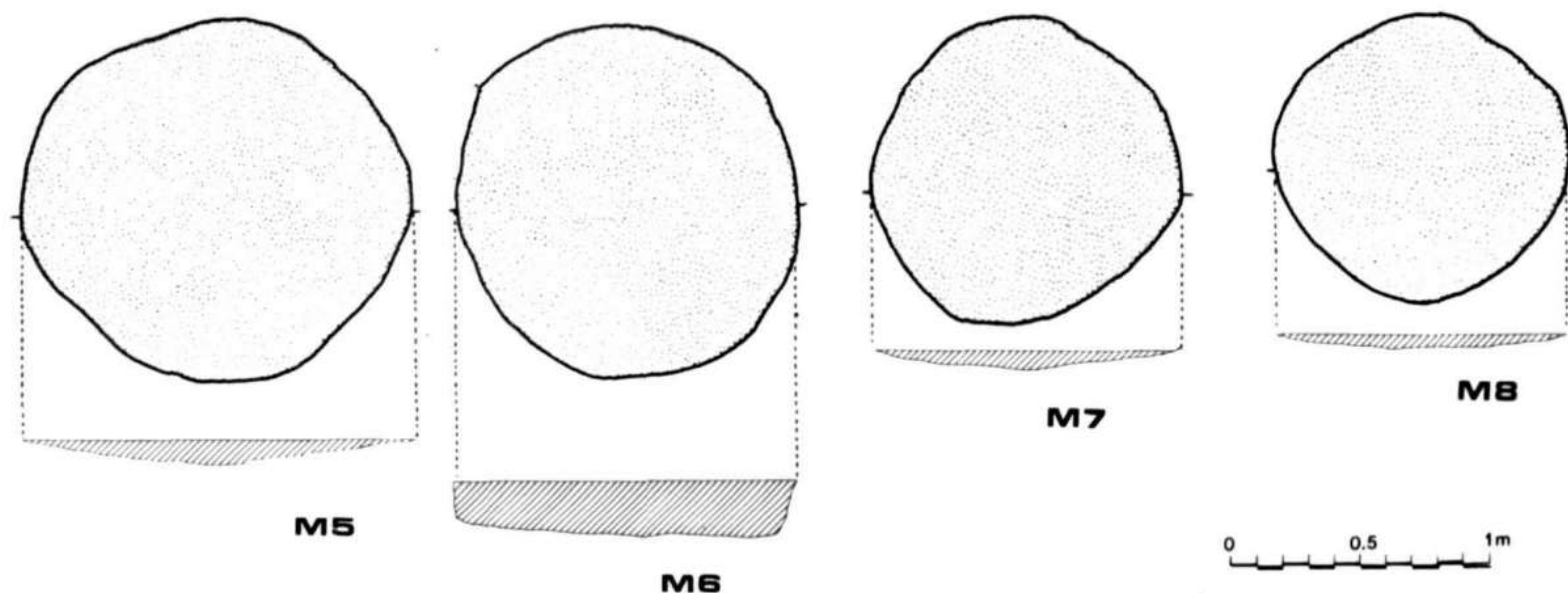


Fig. 8. - ZONA A. Planta y sección de los fondos M-5, M-6, M-7 y M-8.

Fondo número 6: (Fig. 8, M-6)

Estaba ubicado a 8,15 metros, en dirección noroeste, del eje trazado y distaba 12,80 metros, del fondo número 5. En superficie, presentaba forma circular, algo achatada, con unos ejes de 1,42 y 1,35 metros. En el momento de iniciar su excavación se veía con perfecta nitidez, debido al color oscuro relativamente intenso de su contenido geológico, pero también, en este caso, había sido casi totalmente arrasado por las tareas de explanación previas a los trabajos de extracción de arena, ya que presentaba una potencia máxima de 0,11 metros.

La cerámica aparecía en este fondo con una densidad mucho más alta que en las restantes cubetas ya que se recogieron 139 fragmentos, lo que significa el 25,98 % del total obtenido en los 10 fondos excavados. Este importante número de hallazgos ha permitido, lógicamente, obtener algún dato de interés sobre la morfología de los recipientes, al haberse podido reconstruir el diámetro de 7 de las vasijas, así como parte de su perfil (Fig. 9 de 6-1 a 6.20). De ellas, una es carenada y las seis restantes de tendencia esférica, parabólica o troncocónica. De los 80 fragmentos que han permitido reconocer el tipo acabado que tuvieron, 62 pertenecieron a recipientes comunes y los 18 restantes formaron parte de vasijas finas. Tres fragmentos de boca aparecen ornamentados con unguilaciones (dos de ellos) o digitaciones (1 fragmento), mientras que los dos fragmentos de galbo que presentan decoración tienen aplicado un pezón.

Además de la cerámica se recogieron tres nódulos amorfos y dos lascas sin retocar, todos ellos de sílex; un nódulo y dos lascas de cuarcita sin modificar y un fragmento de molino barquiforme, con claras señales de uso (Fig. 19, M-6). Así mismo, se obtuvieron trece fragmentos óseos de animales, entre ellos se han identificado: bos, ovicápridos y lepus.

Fondo número 7: (Fig. 8, M-7)

Se localizó sobre la misma línea del eje trazado, a unos 20 metros al sureste del fondo número 1. Presentaba forma de tendencia circular, muy irregular, con un diámetro de 1,30 metros. Su contenido geológico era de color gris, de escasa intensidad. Una vez excavado pudo comprobarse que se trataba, tan sólo, de la huella de un posible fondo, reducida a una mancha sin ninguna profundidad (0,04 metros).

En esta mancha se recogieron 10 pequeños fragmentos cerámicos que suponen el 1,86% de la cerámica obtenida en los fondos. Este pequeño lote tiene muy escaso significado ya que ninguno de los fragmentos proporciona datos sobre la morfología o tamaño de los recipientes a los que pertenecieron. Tampoco existe ninguna traza de decoración, por lo que no se ha realizado la correspondiente representación gráfica. Fuera del conjunto cerámico, no se produjo ningún otro tipo de hallazgos.

Fondo número 8: (Fig. 8, M-8)

Situado a 3,90 metros, al noroeste, del eje trazado, y a 4,60 metros, en dirección este, del fondo número 7, presentaba una forma netamente circular, con 1,10 metros de diámetro. Su escasa coloración se justificó, tras la excavación, por la débil potencia que quedaba, a consecuencia de los trabajos de extracción de arena -apenas 0,03 metros-.

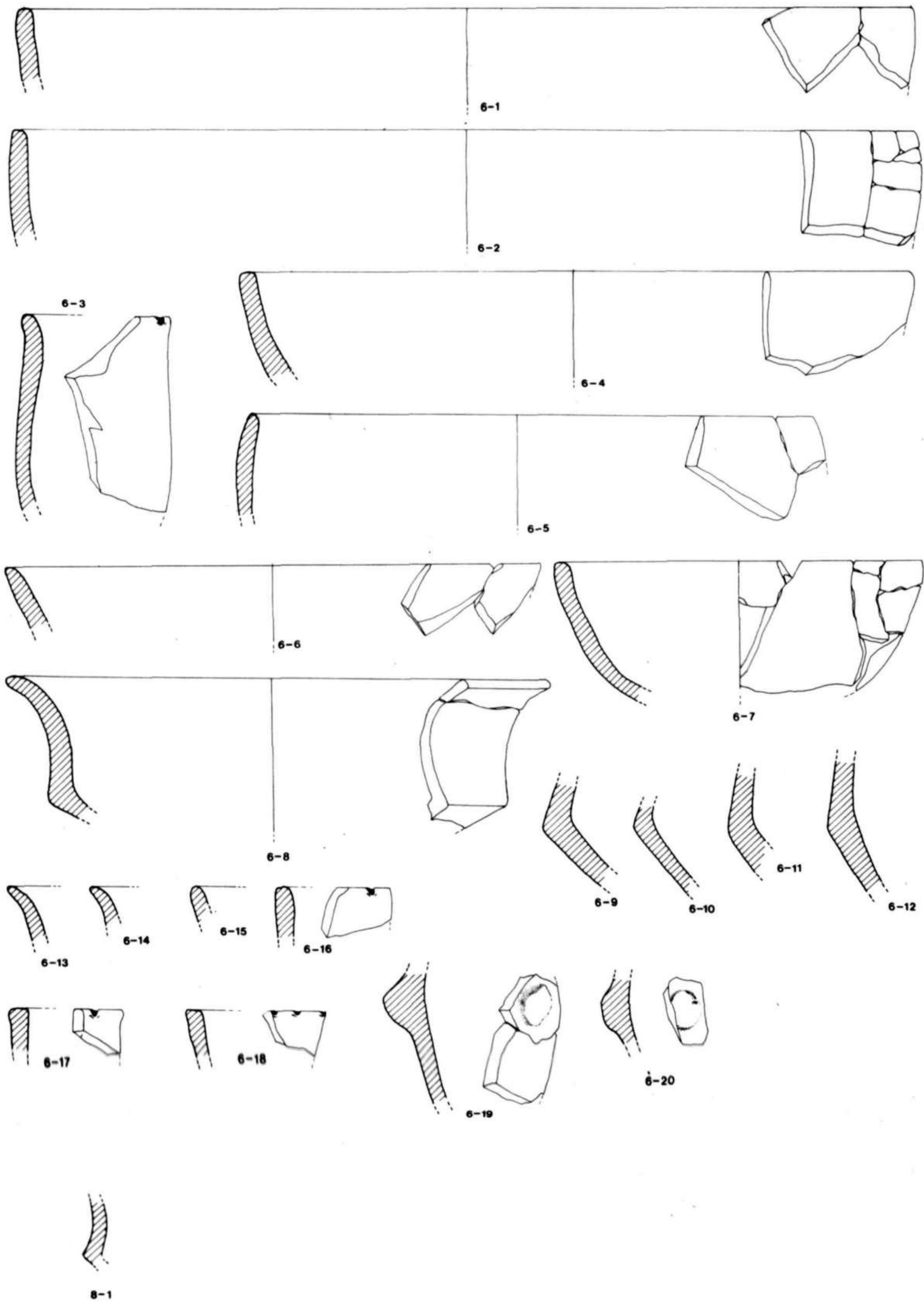


Fig. 9. - Cerámica de los fondos M-6 y M-8.

En esta mancha sólo se recogieron cinco pequeños fragmentos de galbo que representan el 0,93% del total de la cerámica extraída de los fondos excavados. El único dato destacable de estos galbos es la línea de carena bien marcada que presenta uno de ellos (Fig. 9, 8-1). Tres fragmentos pertenecen a ejemplares finos y los otros dos a recipientes de tipo común, de superficie simplemente alisada. No se registró ningún otro hallazgo, fuera del pequeño lote cerámico.

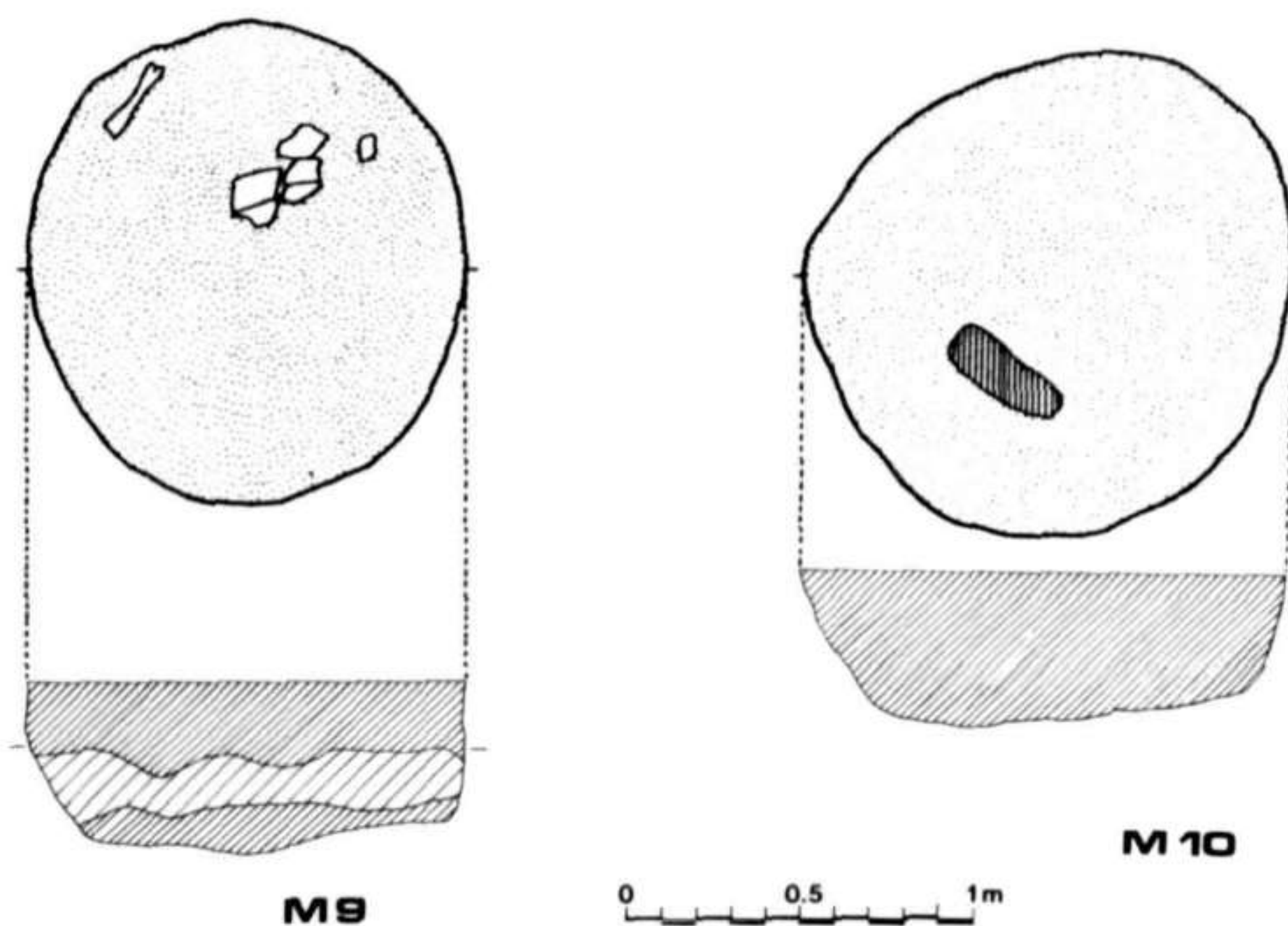


Fig. 10. - ZONA A. Planta y sección de los fondos M-9 y M-10.

Fondo número 9: (Fig. 10, M-9)

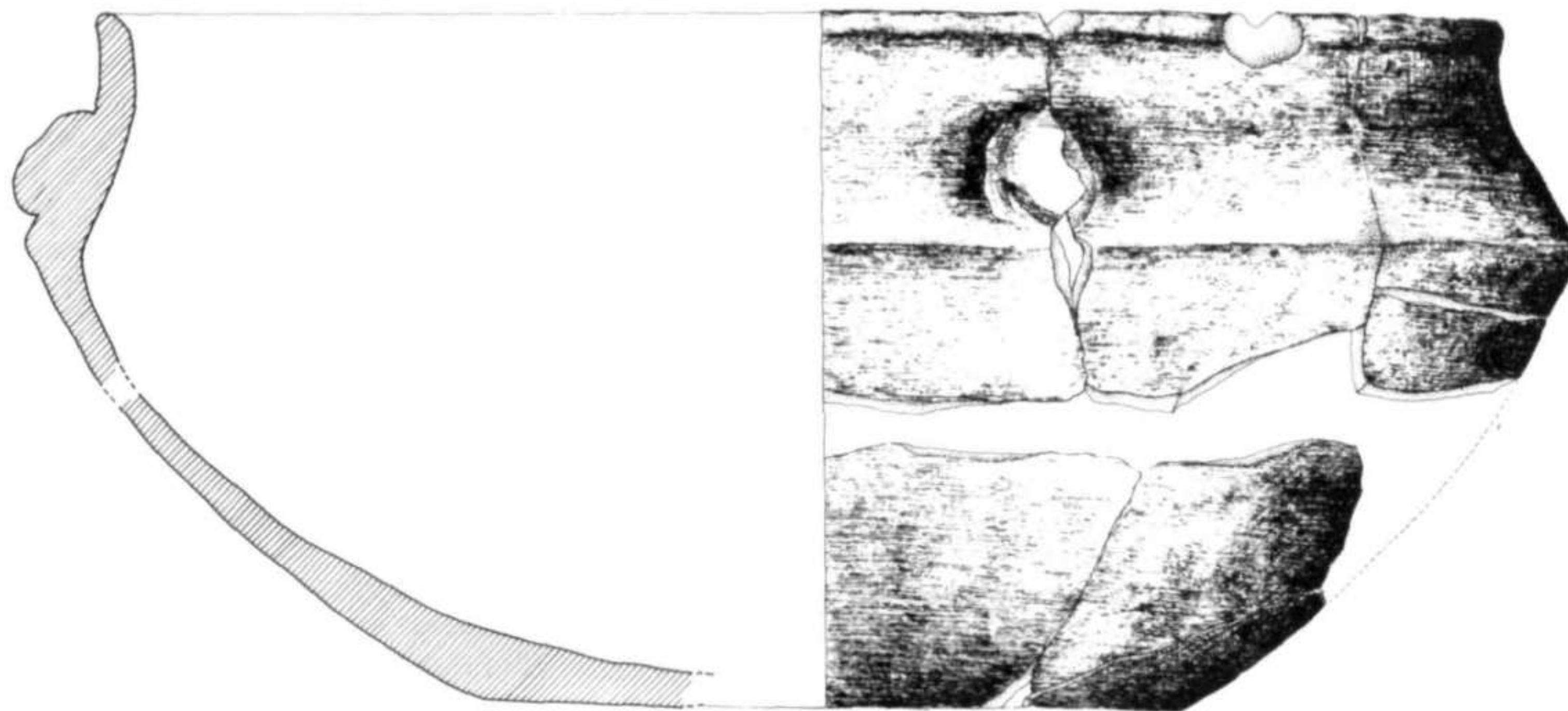
Se localizó a 11 metros al noroeste, del eje trazado y a 7,60 metros, al este del fondo número 8. Tenía forma nitidamente circular, con un diámetro de 1,25 metros y presentaba, antes de la excavación, un color oscuro bastante intenso. Como el resto de los fondos, había sido, parcialmente arrasado, pero es, sin duda, el mejor conservado de todos los excavados, ya que mantenía una potencia de 0,50 metros y una clara estratificación que no se observó en ningún otro caso.

El estrato III, el más profundo de (0,38 a 0,50 metros) era de color amarillento y estaba bastante cementado; el segundo estrato, mucho más oscuro, tenía abundantes restos de pequeños carbones y era también de extrema dureza, alcanzaba una potencia de entre 0,38 a 0,20 metros bajo la superficie de aplanamiento. El estrato I, el más superficial (de 0 a 0,20 metros bajo la superficie de aplanamiento), era el más suelto y claro y proporcionó una densidad de material verdaderamente excepcional, debido no sólo al número de fragmentos obtenidos sino, sobre todo, al gran tamaño de los mismos.

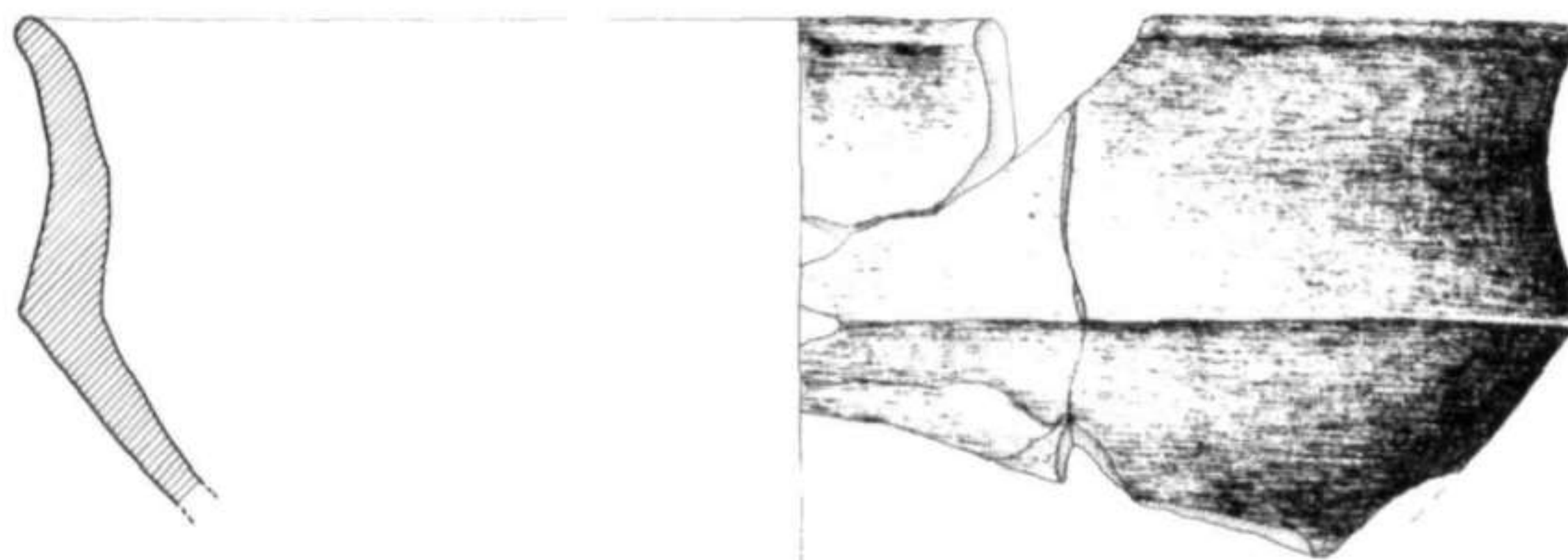
En el estrato III, el número de fragmentos recogidos fue de 33, de los cuales uno correspondía a un cuenco de carena alta y otro a un gran recipiente, de posible carena baja (Fig. 12, 9-27 y 9-28). El segundo estrato contenía 30 fragmentos cerámicos, entre ellos, dos galbos carenados. La forma más excepcional es la que presenta un gran vaso de cuello de embudo y cuerpo globular (Fig. 12, 9-21). El único elemento de ornamentación que encontramos en este lote, es un botón plano de sección discoidal (Fig. 12, 9-20). El estrato I proporcionó 114 fragmentos, muchos de ellos formados por varios más pequeños que permitían reconstrucciones de piezas relativamente completas. Entre ellos destaca el perfil completo de una cazuela carenada, la base de un recipiente de características semejantes al anterior y buena parte de una tercera cazuela de morfología similar (Fig. 11). Las características formales de los recipientes reconstruidos son bastante similares en los tres estratos y, a su vez; todo el conjunto no difiere mucho de los hallazgos de otros fondos. Los elementos decorativos encontrados en fragmentos recuperados en el estrato I de este fondo se reducen a algunas digitaciones y unguilaciones en los bordes, a pezones de sección discoidal y a un cordón liso aplicado cerca de la boca, elemento que no tiene paralelos en otros hallazgos del yacimiento (Fig. 12, 9-11).

El total de la cerámica recuperada en este fondo asciende a 174 fragmentos, algunos de gran tamaño, el lote supone alrededor de 31% de los hallazgos de este tipo obtenidos en el conjunto de los 10 fondos excavados, si bien esta alta proporción se debe casi exclusivamente al estrato superior en el que se encontraron no sólo el mayor número de fragmentos sino también los de mayor tamaño. Atendiendo al tratamiento de las superficies el 59% de las cerámicas del fondo corresponden a recipientes comunes.

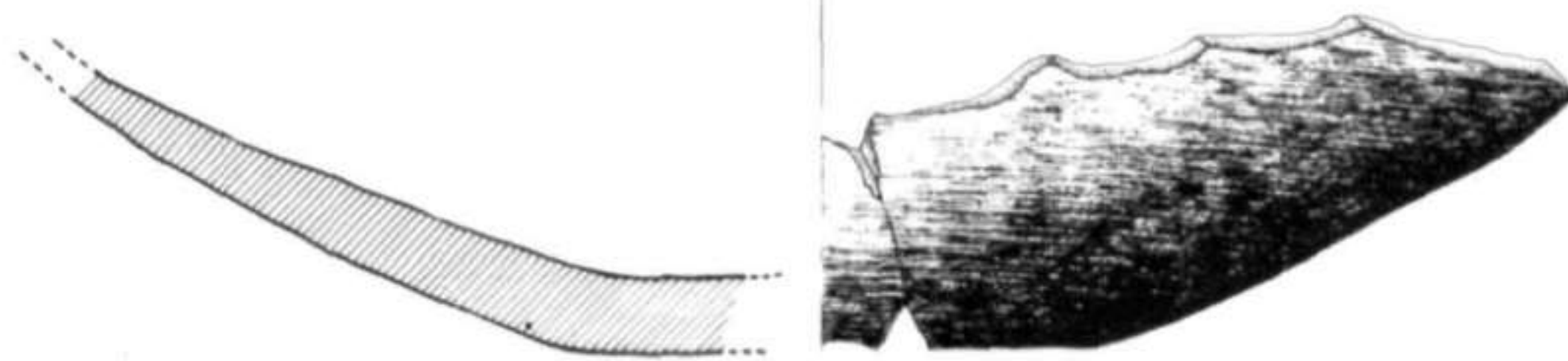
Además hay que reseñar la recuperación de otros restos, como es el caso de los ocho fragmentos de arcilla endurecida, posibles restos enlucidos, supuesto que parece estar avalado por la forma, claramente angular que presenta una de ellos. Todos estos restos de arcilla se encontraron en el estrato superior,



9-1



9-2



9-3

Fig. 11. - Cazuelas cernadas y base plana. Estrato III. Fondo M-9.

el cual proporcionó también 3 nódulos amorfos de sílex y 5 lascas, de las cuales una presentaba señales de uso (Fig. 19, M-9, 2). Mucho más significativo es el hallazgo, en este mismo estrato, de un fragmento de molino realizado en granito que, a pesar de su escaso tamaño, parece corresponder a una pieza de forma abarquillada (Fig. 19, M-9, 1) y un fragmento de mano de moler (Fig. 19, M-9, 3). Este estrato nos brindó también dos lascas de sílex y un fragmento de caliza con señales de fuego.

El estrato II proporcionó tres nódulos amorfos de sílex y otros 5 de cuarcita, así como dos lascas de este mismo material. Además se recogió un fragmento de caliza con evidentes señales de fuego y otro de granito que, por su forma, parece corresponder a una mano de moler.

La fauna obtenida en este fondo se reduce, en su conjunto, a 56 fragmentos óseos distribuidos de la siguiente forma: 13 en el estrato superior, 36 en el intermedio y 6 en el inferior. El mayor número de restos óseos del segundo estrato de este fondo se explica porque en él aparecieron los dos matápodos traseros y uno de los delanteros de un buey en los que se apreciaron claros indicios de deformación, lo que es un síntoma de castración. Ello hace suponer que se trata de un animal, posiblemente, utilizado

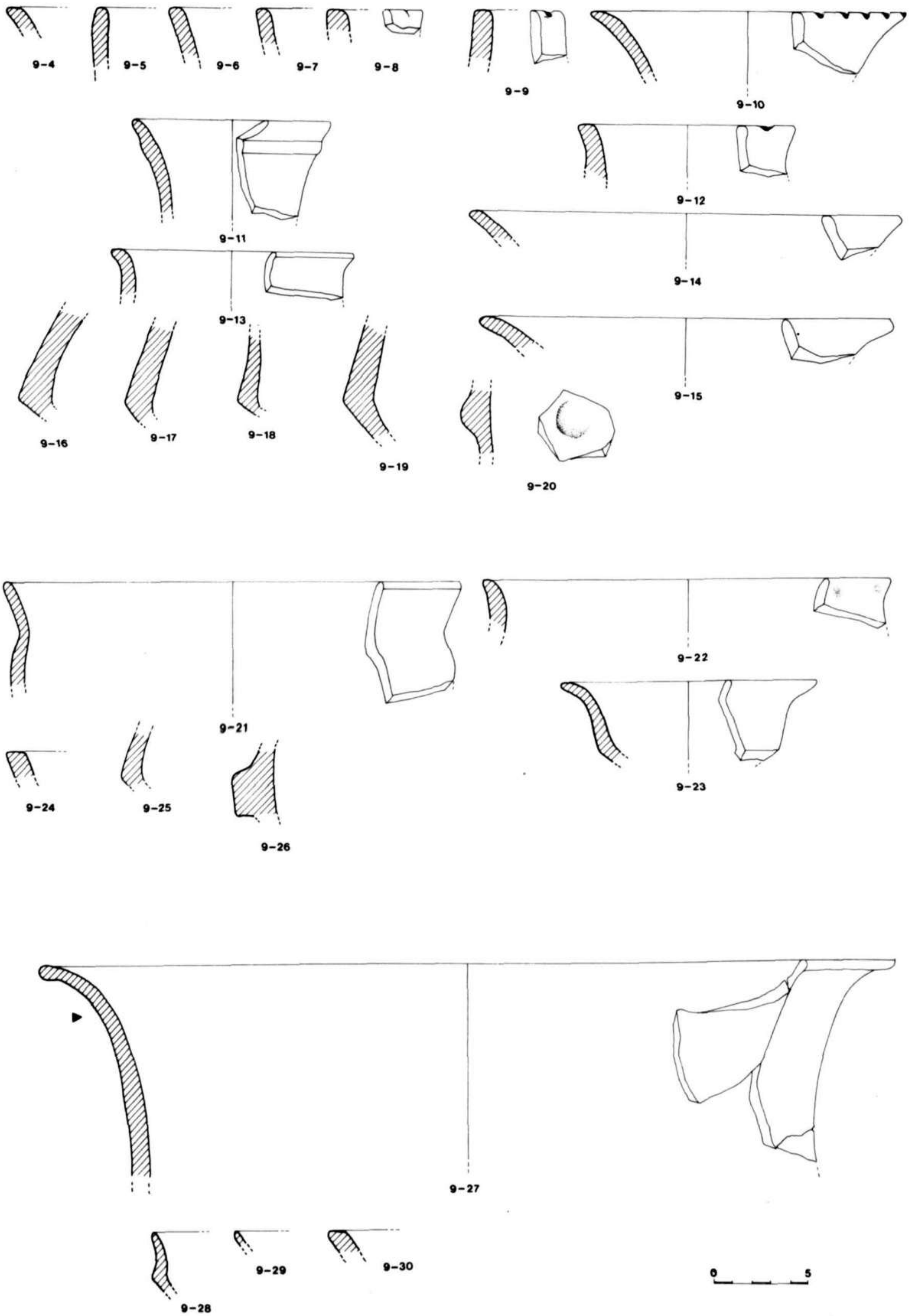


Fig. 12. - Cerámica del Fondo M-9.

para faenas agrícolas o como ayuda en las tareas pastoriles, para la conducción de manadas. Este hecho nos podría indicar que estamos ante un posible caso de enterramiento intencionado de un animal que colaboró con el hombre y que pudo ser consumido a su muerte, depositando de forma ritual, aquellas partes que no eran aptas para dicho consumo.

Las otras especies identificadas en este fondo son: sus, ovicáprido y lepus repartidas, en escasas proporciones, en el contenido geológico de los tres estratos. La alta concentración de huesos en el estrato tres, por la presencia de los metápodos de bos, puede ser la causa de la intensa coloración negra que se apreció en él, consecuencia de su mayor contenido orgánico.

Fondo número 10: (Fig. 10, M-10)

Se encontraba situado a 9,65 metros, en dirección noroeste, del eje trazado y distaba 0,90 metros, hacia el sur, del fondo número 9. Presentaba, en superficie, una forma casi perfectamente circular, con un diámetro de 1,25 metros y un contenido geológico de color oscuro muy intenso. En el momento de la excavación conservaba todavía una potencia de 0,40 metros.

El lote de cerámicas recogido en el interior de este fondo asciende a 63 fragmentos, lo que supone alrededor del 11,75% del material de este tipo obtenido en los 10 fondos excavados. Los dos únicos fragmentos ornamentados lo están con sendos mamelones. Con respecto a los galbos, cabe destacar el alto índice de carenas, ya que siete fragmentos presentan esta característica (Fig. 13). Si nos atenemos al tratamiento de las superficies, hay que anotar que de los 55 fragmentos que presentan un tamaño suficiente como para comprobar su tratamiento, 32 pertenecen a recipientes finos y los otros 23 a cerámicas comunes.

Los hallazgos líticos consisten en dos nódulos amorfos, de silex, seis lascas sin modificar, de la misma materia y un pequeño fragmento de posible molino barquiforme de granito. El conjunto de los hallazgos se completa con diecisiete fragmentos de huesos de animales, cuyas especies no han podido ser determinadas; se obtuvo también una gran piedra de caliza, cuyo significado desconocemos.

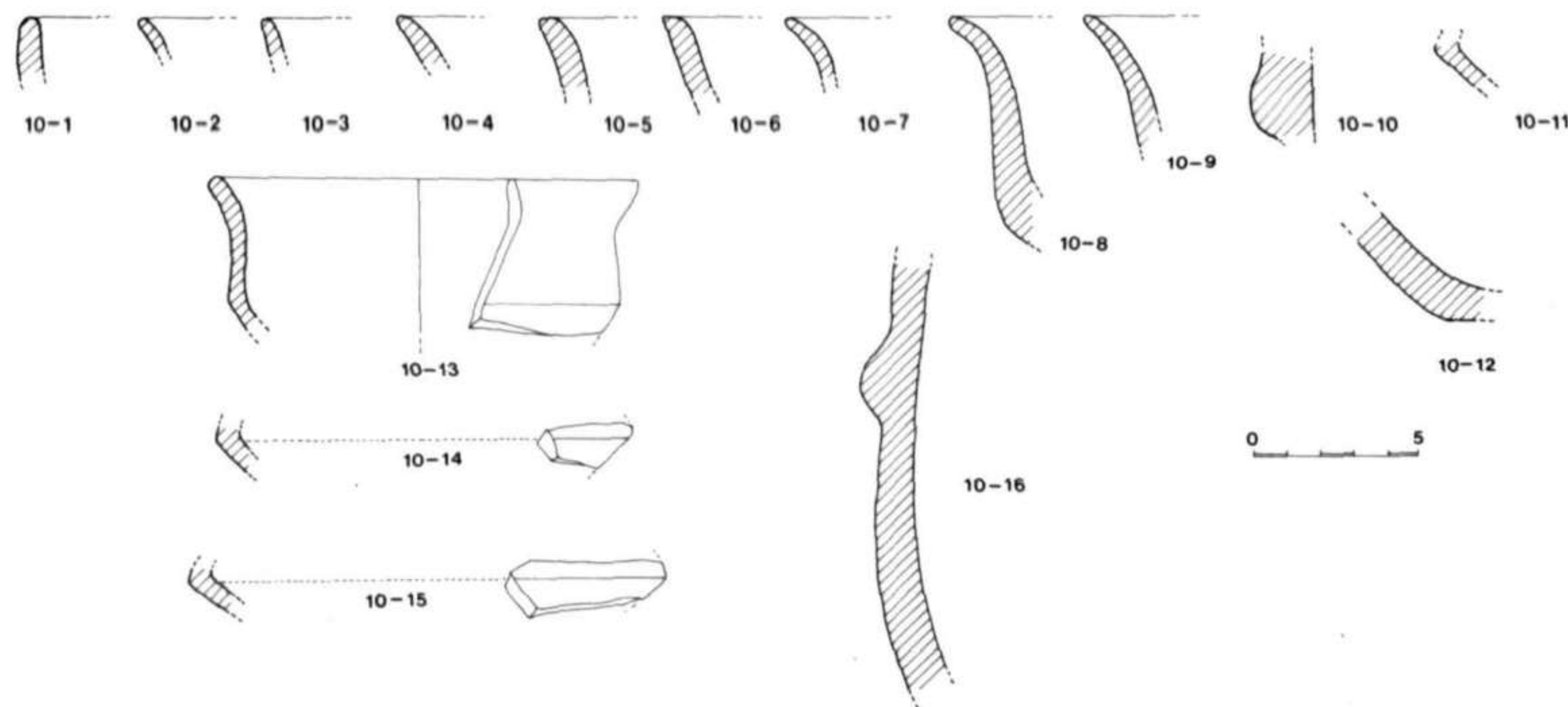


Fig. 13. - Cerámica del Fondo M-10.

Además de los materiales obtenidos en la excavación pudimos recuperar algunos fragmentos recogidos en momentos diferentes, en la zona de extracción de áridos. Entre todo este material hemos seleccionado algunos fragmentos que presentamos en las figs. 14 y 15. Este lote obtenido fuera de contexto añade pocas novedades con respecto a los datos que nos ofrecen los hallazgos de la excavación propiamente dicha, tanto en lo que se refiere a las formas de las cerámicas, como a su decoración o acabado. En todo caso, la única excepción la proporciona el fondo umbilicado que recogemos en la fig. 14 sin embargo, la falta de seguridad del lugar del hallazgo nos impide incluirlo como una variante de las bases del conjunto cerámico, pues pensamos que

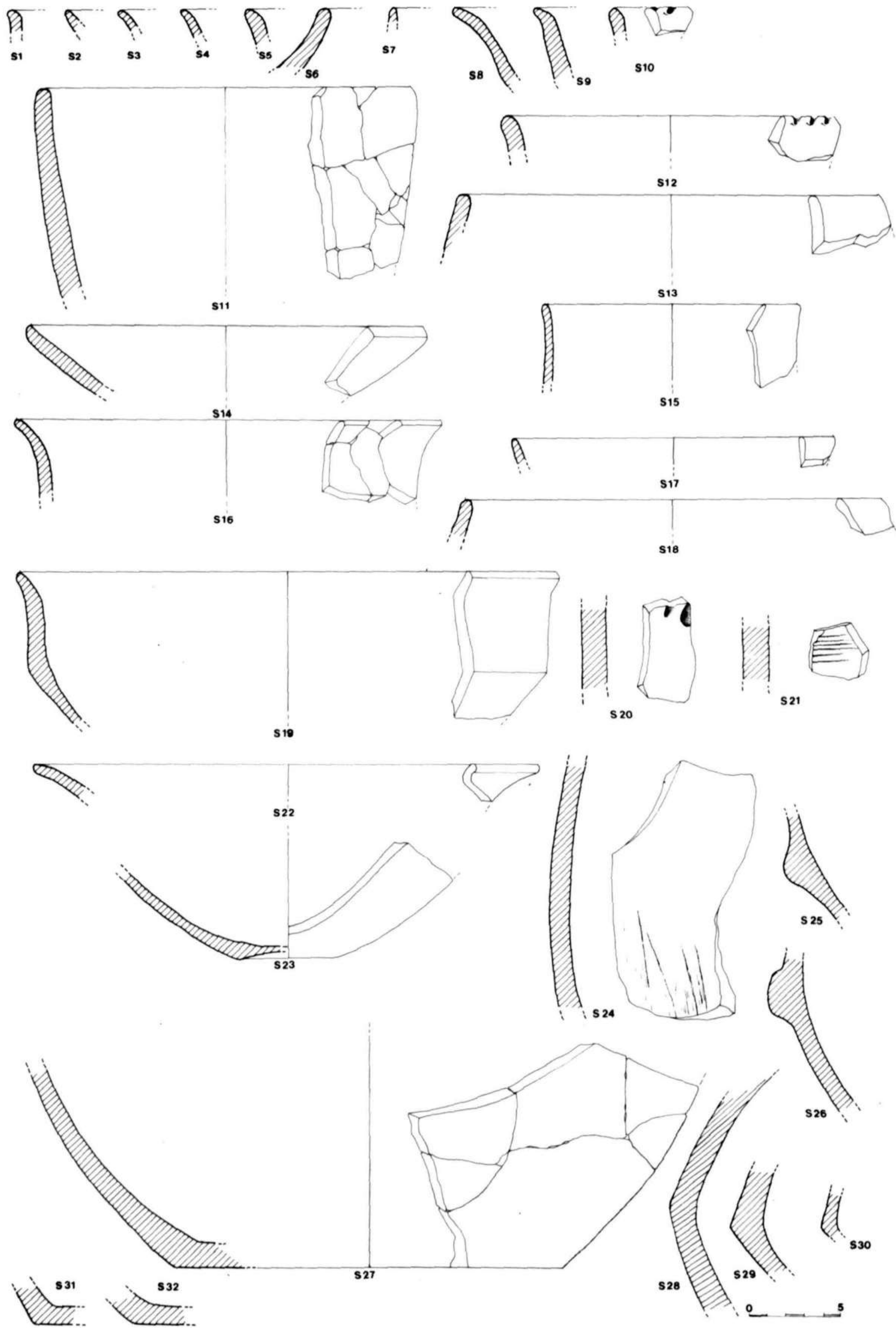


Fig. 14. - Cerámica recogida de Superficie. ZONA A.

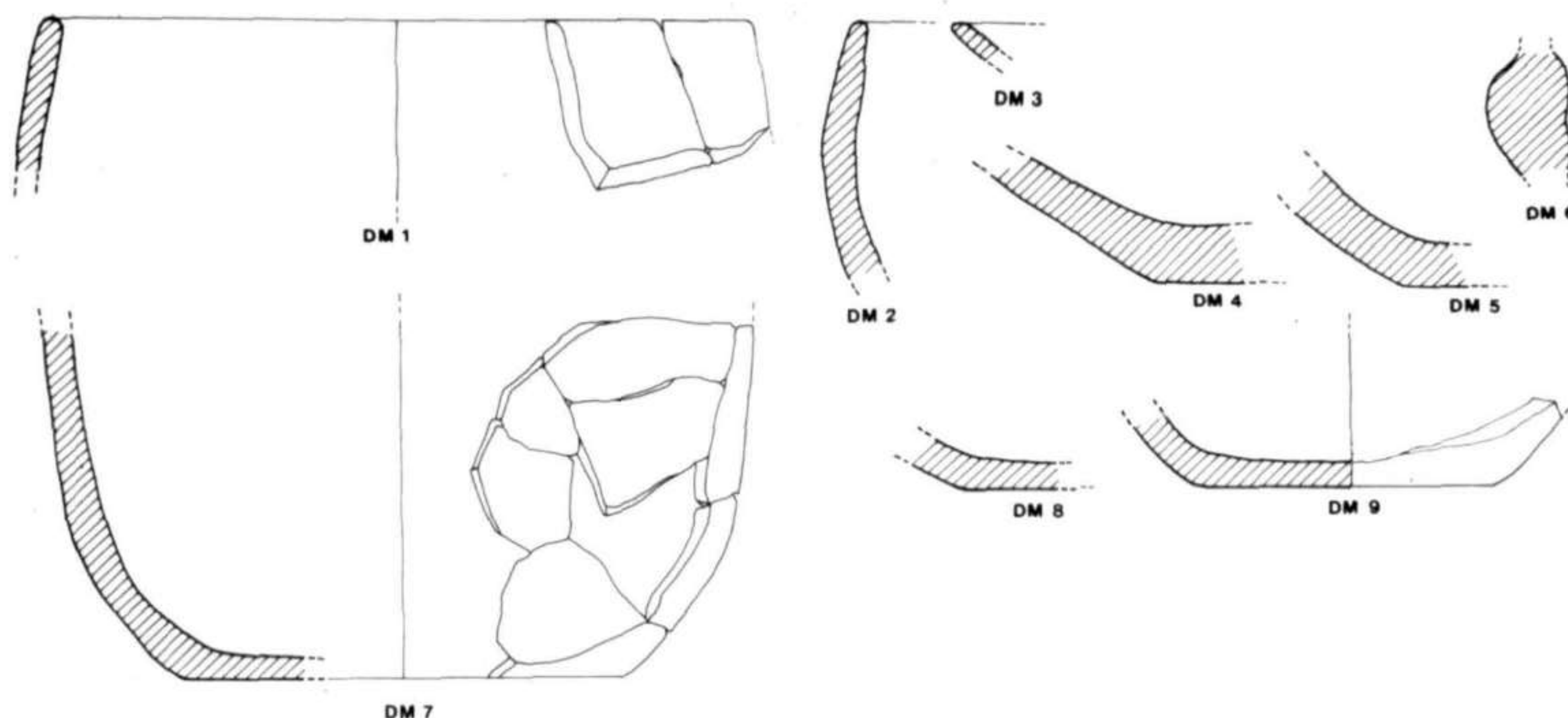


Fig. 15. - Cerámica recogida durante los trabajos de extracción de arenas. ZONA A.

este fragmento puede proceder del yacimiento situado en la zona B. Caso distinto es el de los fragmentos S-11 de la figura 14 y DM-7 de la figura 15, que presentan un perfil acusadamente parabólico, morfología que, aunque no está bien definida en los materiales procedentes de la excavación, al menos se intuye en algunos fragmentos de menor tamaño. Por último, queremos destacar la recuperación de una lasca de sílex con someros retoques, única pieza lítica que parece haber sido trabajada (Fig. 19-S-2).

Características del yacimiento de la zona A y significado de los fondos

Los datos proporcionados por las subestructuras de la Zona A del Sector III de Getafe confirman, como sospechábamos, que estamos ante un nuevo yacimiento de los denominados de «fondos de cabañas», aunque también aquí, como en tantos otros casos, la excavación no pudo sino confirmar que los restos del posible asentamiento estaban ya muy degradados, como consecuencia de los trabajos que lo habían sacado a la luz. El tamaño de estos fondos o cubetas revela que no estamos ante verdaderas cabañas, ya que el diámetro máximo de las excavadas alcanza sólo 1,65 metros. Estas dimensiones son similares a las de los fondos de otros muchos yacimientos madrileños en los que tampoco ha sido posible determinar la funcionalidad de estas estructuras, a pesar de que recientemente se ha tratado el tema, de forma reiterada, manejándose hipótesis muy variadas (1), sin que pueda descartarse tampoco la idea de una utilización para fines diversos.

Si nos atenemos a los datos proporcionados por este nuevo yacimiento, a pesar de que son pocos los fondos excavados y de que éstos se encontraban muy arrasados, es posible todavía hacer algunas precisiones que pueden contribuir a acercarnos a desentrañar algunas de las misiones para las que fueron perforadas estas cubetas. Así, el fondo número 9, que es el mejor conservado o, al menos, el que conservaba una mayor potencia, presenta una clara estratificación que permite distinguir tres tipos de contenido geológico: Un estrato inferior (estrato III), de color amarillento grisáceo muy compacto, con algunos restos bastante fragmentos de cerámicas y huesos. Un es-

(1) MARTINEZ NAVARRETE, M.^a Isabel: «El yacimiento de «La Esgaravita» (Alcalá de Henares, Madrid) y la cuestión de los llamados «fondos de cabaña» del Valle del Manzanares», *Trabajos de Prehistoria*, 36, Madrid, 1977, pp. 101 y ss., donde se recoge la Bibliografía sobre el tema.

trato intermedio (estrato II), también muy compactado, pero de color mucho más oscuro y con abundantes carboncillos que contenía huesos pertenecientes a las cuatro patas de un bóvido y, por último, un estrato superior (estrato I), con una especial densidad de fragmentos cerámicos, de color amarillento grisáceo, pero mucho más suelto que los niveles inferiores. A pesar de que la diferencia de coloración y consistencia entre los tres estratos era muy evidente, no existía entre uno y otro ningún tipo de depósito que evidenciara una separación temporal, a la vez que los materiales cerámicos presentaban una clara homogeneidad. Por el contrario el resto de los fondos de este yacimiento proporcionaron un contenido geológico homogéneo, aunque ello puede ser debido, en parte, a la escasa potencia que conservaban.

La existencia de «fondos» más o menos grandes y profundos, con evidencias de estratificación en su contenido, no es rara en yacimientos de la prehistoria madrileña, aunque su formación parece deberse a fenómenos muy diversos, así, podemos citar el fondo número 1 del yacimiento de la fábrica Euskalduna, publicado por el Profesor Almagro Basch (2), y al que se ha hecho reiteradas alusiones en la bibliografía ya que su estrato III ofreció un pie de copa alto, interpretado como «argárico», y el estrato IV unos fragmentos campaniformes, lo que podría ser indicio de que la estratificación es, en este caso, el resultado de ocupaciones, temporalmente distantes, que llegaron a propiciar una potencia de 2 metros. No obstante, el resto del material presenta una clara homogeneidad a lo largo de toda la secuencia.

Otro es el caso del fondo 1 de CC III, del Cerro de la Cervera, de Mejorada del Campo, publicado por M.^a D. Asquerino (3) cuyo «relleno apareció claramente estratificado, alternándose las capas carbonosas o cenicientas (niveles I, III, V y VI) con capas estériles de arcilla compacta y piedras (niveles II y IV)» (4), a lo que cabe añadir «el acondicionamiento del piso del nivel I con un suelo de mortero de arena y yeso muy compacto, con improntas de cestería». Al igual que en la subestructura de la Fábrica de Euskalduna, antes comentada, estamos, posiblemente ante un auténtico «fondo de cabaña» que, en este caso alcanza los casi 5,5 metros de diámetro y 1,02 metros de profundidad, por lo que parece posible que la estratificación se deba, en ambos casos, a una colmatación producida en lapsos temporales diferentes, a una colmatación producida en lapsos temporales diferentes, así como a las obras de acondicionamiento producidas por quienes la habitaron.

Otro es el caso de los pequeños «fondos», cuyas escasas proporciones no permiten albergar la hipótesis de que se trate de restos de verdaderas cabañas, como son las subestructuras localizadas en esta zona A del sector III de Getafe, las cuales pueden ponerse en relación, por sus dimensiones, con la mayoría de los conjuntos adscribibles al Horizonte Cogotas I, tal es el caso del arenoso Soto excavado por M.^a I. Martínez Navarrete y A. Méndez Madariaga (5), donde los fondos presentaban características geológicas muy diversas ya que, mientras unos tenían un contenido bastante homogéneo, otros presentaban bolsadas que parecían corresponder a posibles hogares y un tercer grupo evidenciaba una clara estratificación. Estos tres tipos de contenidos básicos proporcionaban, según Martínez Navarrete y Méndez Madariaga, hasta un total de nueve variantes, lo que da idea de la diversidad de estos rellenos (6) y, en consecuencia, de la disparidad de los componentes de los mismos, lo que habría que interpretar como el resultado de una diferente funcionalidad de estas cubetas.

(2) ALMAGRO BASCH, Martín: «Hallazgos arqueológicos en Villaverde». *Memorias de los Museos Arqueológicos. XVI-XVIII*, Madrid, 1960, pp. 5 y ss.

(3) ASQUERINO FERNANDEZ, M.^a Dolores: «Fondos de Cabaña» del Cerro de la Cervera (Mejorada del Campo, Madrid). *Trabajos de Prehistoria*, 36, Madrid, 1979, pp. 133 a 139.

(4) ASQUERINO FERNANDEZ, M.^a Dolores: [3], p. 135 y láms. I y II.

(5) MARTINEZ NAVARRETE, M.^a Isabel y MENDEZ MADARIAGA, Antonio: «Arenero de Soto. Yacimiento de «Fondos de cabañas» del Horizonte Cogotas I». *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas*, n.º 2, Madrid, 1983, pp. 183-284.

(6) MARTINEZ NAVARRETE, M.^a I. y MENDEZ MADARIAGA, A.: [5] p. 195.

Pero el yacimiento que más nos interesa poner en relación con el sector III de Getafe es el del Tejar del Sastre, situado en el término de Madrid, a la altura del kilómetro 6, derecha de la carretera de Andalucía a unos 10 kilómetros, en línea recta, del nuevo hallazgo, que ahora nos ocupa, ya que parecen pertenecer a un mismo horizonte cultural. Pues bien, también en el Tejar del Sastre aparecieron fondos de contenido geológico homogéneo junto a otros, como son los números 54 y 55, en los que se observaban zonas estratificadas de tipo cenizoso entre tierras más claras. Así mismo, mientras algunas cubetas contenían gredas muy compactas otras ofrecieron rellenos muy sueltos (7), circunstancia que se produjo también en el sector III de Getafe, cuyo paralelismo se acentúa si tenemos en cuenta la similitud del tamaño de los fondos y las características del material cultural.

Pensamos que la diversidad de los contenidos geológicos de los fondos de ambos yacimientos responden a causas similares. Concretamente, por las observaciones hechas durante nuestra excavación pensamos que la estratificación del fondo número 9 puede deberse al distinto tipo de materia que se depositó en él, pues concretamente el estrato II, el más oscuro, tenía pequeños carbones y, además, proporcionó los huesos de los metapodos de un bóvido, por lo que el alto contenido de materia orgánica así como los restos de un hogar justifican sobradamente el color oscuro más intenso. Por otra parte, las tierras más sueltas del estrato I, coinciden con la mayor acumulación de cerámica que impidió la cimentación de grandes volúmenes de tierra, facilitando sólo la penetración de sedimentos finos que se fueron depositando en los pequeños huecos existentes entre los diversos fragmentos de recipientes.

La falta de estratificación de los otros fondos del yacimiento y la homogeneidad de su contenido geológico, puede deberse a dos causas, por una parte, al grado de arrasamiento en que se encontraban en el momento de la excavación y, por otra, a la posibilidad de que la totalidad de su comaltación fuera consecuencia del mismo tipo de relleno y de la rapidez con que se produjo, a la vez que la diferencia observada en la coloración más o menos intensa de los depósitos de las distintas unidades y su desigual grado de consistencia puede estribar en la misma causa esgrimida para explicar la estratificación del fondo número 9. Este hecho se corrobora si tenemos en cuenta que el fondo número 2, en el que aparecieron los restos óseos de un animal joven, colocados en conexión anatómica, dentro de unas tierras con abundantes carboncillos, relacionados con los indicios de fuego que evidenciaba el material lítico recogido en esta subestructura, es el fondo que dio un contenido más oscuro.

Todas estas observaciones nos inducen a confirmar que, pese a la semejanza formal y de hallazgos muebles de estas cubetas o fondos, las circunstancias de su relleno, la proporción del tipo de materias contenidas y su propia formación, fue distinta, no sólo en este yacimiento, sino también en otros conjuntos de adscripción cultural similar o más o menos próxima.

El tamaño y la morfología de los fondos

Como en tantos otros conjuntos de la edad del Bronce madrileña y, más concretamente, del Bronce pleno y Bronce final, nos encontramos ante un conjunto de cubetas excavadas directamente en el suelo natural, sin ningún tipo de aislamiento ni preparación, cuyas dimensiones no alcanzan los 2 metros de diámetro. En este caso concreto del sector III, el fondo de mayor superficie tiene un diámetro de 1,65 metros y el menor 1,05 metros, lo que significa que ninguno pudo servir de verdadera caba-

(7) QUERO CASTRO, Salvador: «El poblado del Bronce Medio del Tejar del Sastre (Madrid)». *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas*, I, Madrid, 1982, p. 201, fig. 11.

ña, en el sentido de vivienda. Nada podemos decir de su profundidad, pues somos conscientes de que todos ellos habían sufrido un arrasamiento más o menos intenso. Sin embargo, el hecho de que sobre una superficie horizontal, como era la que habían dejado las máquinas extractoras de arena, unos fondos presentaran una potencia de 0,50 metros y otros estuvieran reducidos a manchas de apenas 0,03 metros, parece indicar que la profundidad inicial, bajo el suelo de ocupación, fue distinta, lo que es otro dato más para pensar en una funcionalidad dispar, al menos en cuanto a capacidad se refiere.

En planta, todas las cubetas identificadas presentaban una forma circular, casi perfectamente regular, mientras que en alzado poco se puede deducir, debido a su poca altura, aunque parece que, al menos en la parte inferior, las paredes eran de tendencia paralela y la base ligeramente convexa o, incluso plana (Figs. 5, 8 y 10), con pequeñas irregularidades, aunque desconocemos si, en la parte superior, las paredes tendían a cerrarse, tal como se ha detectado en otras subestructuras de yacimientos excavados, con menor grado de destrucción (8).

El hecho de no conservar la totalidad del volumen real que inicialmente tuvieron estas cubetas, así como el desconocimiento de su alzado, unido a la imposibilidad de saber el reparto de los fondos dentro del conjunto del yacimiento y su relación con las características de las distintas partes del suelo de ocupación, nos impide extraer datos de interés para la arqueología espacial.

LOS MATERIALES MOBILIARES

La cerámica

Si el grado de arrasamiento del nuevo yacimiento impide extraer muchas conclusiones a partir de la distribución espacial de las subestructuras y de las características morfológicas e incluso de su capacidad como receptáculo, los materiales que contienen, aunque escasos y poco espectaculares, nos permiten acercarnos al marco cultural al que pertenecieron. Entre estos elementos mobiliars, sin lugar a dudas, el más significativo es la cerámica que, como en tantos otros yacimientos de la Prehistoria reciente, es también el material más abundante, a pesar de que las condiciones en las que se encontró el yacimiento no facilitaron una buena conservación de los recipientes, apareciendo, en la mayoría de los casos, muy destrozados. Este hecho explica que el número de fragmentos obtenidos en los 10 fondos excavados, 535 en total, no sea demasiado significativo para la reconstrucción formal y del tamaño de las vasijas a las que pertenecieron, debido a las pequeñas dimensiones de cada una de las piezas recogidas.

Las formas

Las circunstancias apuntadas son la causa de que tan sólo una cazuela haya podido ser reconstruida en la totalidad de su perfil, sin embargo a partir de datos más o menos parciales hemos llegado a identificar hasta ocho tipos relativamente bien definidos (Fig. 16) que son los siguientes:

1. Cuencos hemiesféricos.
2. Platos tronco-cónicos.
3. Tapadera troncocónica.
4. Ollas de tendencia ovoide con o sin labio diferenciado.
5. Ollas de tendencia esférica u ovoide de cuello cerrado.
6. Vasos de cuello de embudo.
7. Vasos y cazuelas carenados.

(8) BLASCO BOSQUED, M.^a Concepción: «El Negrlejo, un nuevo yacimiento de la edad del Bronce en Madrid». *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas*, 1, Madrid, 1982, p. 105, fig. 2.

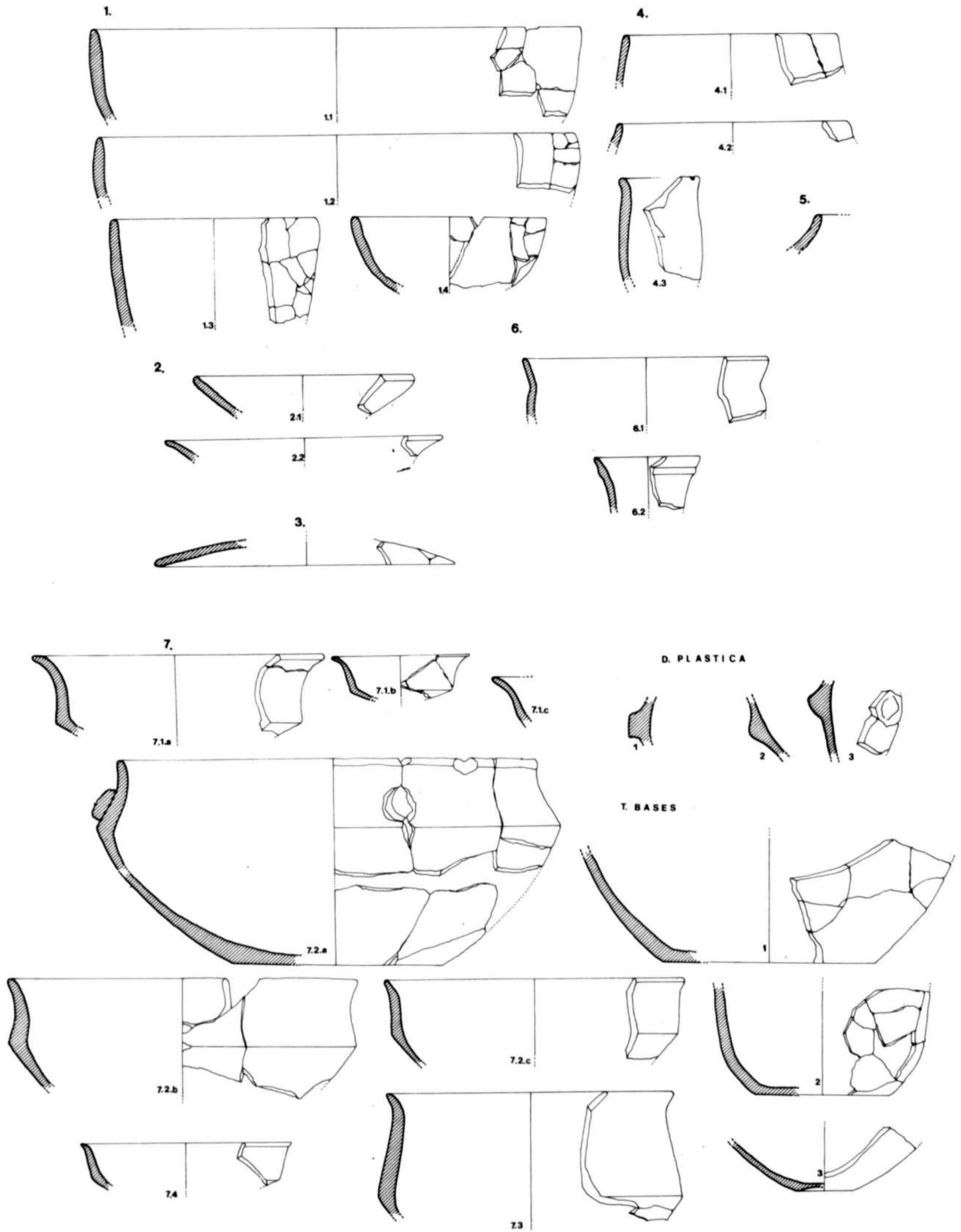


Fig. 16. - Tabla de formas cerámicas. ZONA A.

TIPOLOGÍA CERÁMICA

La mayor dificultad a la hora de tratar de establecer una diferenciación formal dentro del conjunto de materiales cerámicos que componen la muestra ha residido no sólo en la escasa representación de muchos vasos sino también en la difícil caracterización que esto implica en formas muy simples.

Tipo I: Cuenco hemiesférico

1.1.: Dicho vaso representaría el tipo general y simple de cuenco hemiesférico, con sus paredes inscribiéndose, en mayor o menor precisión, en dicha estructura, si bien la tendencia es a rectificar la línea de curvatura en su contacto con el borde. Desconocemos cualquier otro dato referente a su base, aunque es posible que, a tenor de la curva descrita por sus paredes, ésta debió de tener un diámetro relativamente amplio.

1.2: Las únicas diferencias posibles de reconocer de este vaso con el anterior, radican en el mayor encurvamiento de sus paredes, a la vez que presenta una tendencia más cerrada en su borde.

1.3: Ofrece las características generales de estructura ya indicadas, con la salvedad de que en este caso se trata de un vaso de mayor altura y con un perfil mucho más rectilíneo.

1.4: Este vaso, en la misma línea de simplicidad de los anteriores, se acomoda con mayor precisión a una estructura de casquete esférico, lo que da lugar a un tipo formal más abierto, y de una altura aproximada a 1/2 del diámetro máximo de su borde. A su vez, la base debió ser de reducidas dimensiones.

Tipo II: Platos troncocónicos

2.1: De igual modo que indicábamos en el tipo anterior nos encontramos ante una forma de trazado muy simple, y dentro de una tendencia de trazado troncocónica. Las paredes son muy abiertas y la altura escasa con relación al diámetro. En aras de una mayor precisión, es justo decir que su perfil se queda a medio camino entre los verdaderamente troncocónicos y los de estructura esférica, analizados por el Tipo I.

2.2: Como única diferencia frente al anterior, podemos enumerar la colocación *de un borde diferenciado, con el labio exvasado*. Tampoco en este ocasión tenemos datos sobre su base.

Tipo III: Tapadera troncocónica

La estructura de este nuevo tipo se encaja perfectamente en lo descrito para el Tipo II (2.1), si bien hay que indicar que en esta forma la posición está invertida, y que su altura es muy pequeña. Desconocemos, por otro lado, el tipo de asa que llevaba, sin duda, colocada en su parte superior central.

Tipo IV: Ollas de tendencia ovoide

Con este calificativo queremos denominar aquel conjunto de vasos cuya estructura a partir de una tendencia «hemiesférica», mantiene la curvatura iniciada de sus paredes, dando lugar, por tanto, a un borde «reentrante» o convergente, siempre menor

en diámetro, al máximo adscrito al cuerpo del vaso. Por otro lado, a partir de la realización diámetro-altura, es posible indicar que estamos ante un tipo alto en cuanto a la media de todo el conjunto formal.

4.1: Este vaso responde a la perfección a la estructura general descrita. Quizás podamos anotar, partiendo del conocimiento que poseemos de algunas bases aisladas, que este tipo poseyó una base plana (T. Base 2).

4.2.: Como única diferencia con el tipo general hay que anotar la mayor convergencia de su borde y la posición de un labio levemente indicado.

4.3: El vaso descrito, del que apenas conocemos el trazado de su perfil, presenta una línea mucho más vertical de sus paredes (la convergencia es menos pronunciada, por tanto) así como la mayor ondulación de su borde, que sin duda podrían acercarlo a los vasos del Tipo VI.

Tipo V: Vaso de cuello de botella

La única diferenciación posible de este tipo ha sido preciso realizarla a partir de un único fragmento de borde de reducidas dimensiones. Su estructura responde a un vaso globular, en el que se ha llevado a cabo el estrangulamiento de su cuello, dando paso a uno de los denominados de «botella».

Tipo IV: Vasos de perfil en «S»

6.1: Dicho tipo se corresponde a un vaso de cuerpo globular y perfil ondulado, con el cuello marcado y de trazado rectilíneo. De nuevo volvemos a encontrarnos con vaso de estructura simple, y por tanto, de escasa singularidad dentro del conjunto.

6.2.: La única diferencia frente al anterior, es que en este caso estamos ante un cuello de mayor altura y con un estrangulamiento más diferenciado, sobre el que se dispone, ya cercano al labio, un cordón horizontal escasamente diferenciado.

Tipo VII: Vasos carenados

En dicho tipo englobamos la forma más representativa y característica del conjunto, de la que brevemente podemos anotar sus singularidades más comunes:

- Estructura general cóncavo-convexa.
- Línea de carenación media-alta.
- Perfil poco anguloso o aquillado de la carena.
- Base, más o menos amplia, pero siempre plana, a tenor de los datos que poseemos.

7.1: Vasos carenados de perfil acampanado

La estructura general en esta ocasión presenta un tipo de carena media, cuyo rasgo más singular es mostrar un perfil más o menos ondulado con el borde exvasado. De una manera más específica podemos distinguir los siguientes subtipos:

7.1.a: Sus rasgos más característicos serían tanto la buena diferenciación de una carena media como la ondulación pronunciada del perfil superior del vaso.

7.1.b: En este caso podríamos indicar una carena más baja que el anterior, un perfil menos anguloso y un borde más abierto.

7.1.c: Este subtipo apenas ya presenta una carena indicada sobre un perfil tan exvasado como los anteriores.

7.2: *Cazuelas de carena alta*

La diferencia de este tipo con las líneas generales trazadas, radica en una serie de elementos que enumeramos a continuación:

- Línea de carenación alta y media alta.
- Mayor amplitud de los vasos, en líneas generales.
- Exvasado del borde nunca superior al diámetro máximo de la carena (diferencia acusada con el subtipo 7.1.).
- Presencia de algunos elementos decorativos.

7.2a: Esta cazuela, la de mayor amplitud de todo el conjunto y de carena más elevada, presenta un perfil de borde más reentrante que el resto y la disposición de mamelones discoidales encima de la línea de carena. Por otro lado, posee una base amplia y plana, característica que no tiene reflejo en su interior, cuya línea mantiene sin variación la curvatura hasta conformar un perfil de estructura esférica. Dicho dato es muy significativo, pues con toda certidumbre, nos encontramos ante vasos que al mantenerse por sí solos, lo que nunca ocurriría con los de base esférica, no necesitan de carretes de sustentación, que por otra parte están ausentes en el conjunto general del yacimiento.

7.2.b: Como única característica frente al grupo hay que indicar su carena media y la menor convergencia de su borde.

7.2.c: En este caso es preciso anotar las dimensiones más reducidas del vaso, su carena media, así como el perfil rectilíneo de su parte superior y el borde saliente.

7.3. *Cuencos de carena media*

Frente al resto del conjunto de vasos carenados, nos encontramos con un vaso de mayor altura en relación a su diámetro, su carena media, y sobre todo, la diferenciación de su borde vuelto, encajado en el perfil rectilíneo y convergente de su parte superior.

7.4. *Vasos de carena media-baja*

Es posible anotar en relación a este subtipo, sus reducidas dimensiones, el perfil superior rectilíneo y el borde indicado, junto a una carena media-baja.

Bases

Establecemos el calificativo de media, amplia o pequeña, referido a las bases, en relación al diámetro máximo inscrito por sus paredes en su posible vaso. Los tipos serían los siguientes:

1. Base plana de gran amplitud; puede corresponderse con los cuencos del Tipo I.
2. Base plana, media, cuyas paredes convergentes y paralelas pueden indicarnos su posible pertenencia a los vasos del Tipo IV.
3. Base umbilicada, de reducidas dimensiones (Su aparición en el depósito arrasado superficial, así como la falta de claros paralelos cronológicos de dicho tipo en este momento, nos hacen dudar sobre su encaje).

Es de destacar que no tenemos constancia de ninguna base hemiesférica o cóncava, en contraposición a lo que se suele plantear como común en la reconstrucción de vasos similares en otros yacimientos de este mismo momento.

Decoración plástica

Es preciso indicar que su valor, aunque esté dentro de la tipología cerámica, no es otro que el de un elemento decorativo, cuya funcionalidad como apéndice de sustentación apenas podría mantenerse. Se diferencian tres tipos:

1. Mamelones discoidales.
2. Mamelones hemiesféricos.
3. Mamelones apuntados.

La pequeña muestra de fragmentos que presentan datos para su adscripción a alguno de los tipos establecidos no permite extraer demasiadas consecuencias sobre posibles porcentajes, ni sobre su distribución en los diferentes fondos (Fig. 17). En este sentido, el único dato que nos parece importante resaltar es el claro predominio de los perfiles carenados en cuencos o tazas, particularmente entre las piezas cuidadas, de superficies espatuladas (tipo 7). Dentro de esta variedad de perfiles carenados son especialmente significativos las muy bajas y abiertas «tipo Los Palacios», de estrecha relación con ejemplares aparecidos en las motillas manchegas, que T. Nájera sitúa en un Bronce pleno reciente B (9), por ser especialmente abundantes en esta fase, aunque, según esta misma autora, aparecen a lo largo de toda la secuencia de las motillas (10), con proporciones diversas, esta presencia está atestiguada, tanto en la provincia de Ciudad Real como en la de Albacete (11).

TCER. FONDOS	BASES							
	1	2	3	4	5	6	7	8
1	•	•						
2	•	•	•				•	
3	•						•	
5	•						•	
6	•	•		•			•	
8							•	
9	•	•		•		•	•	•
10	•	•					•	

ZONA A

Fig. 17. - Tabla de distribución por fondos de los tipos cerámicos. ZONA A.

(9) NAJERA COLINO, Trinidad: *La Edad del Bronce en la Mancha occidental*. «Extractos de Tesis Doctorales de la Universidad de Granada, n.º 458», 1984, p. 24.

(10) NAJERA, T. y MOLINA, F.: «La Edad del Bronce en la Mancha. Excavaciones en las Motillas del Azuer y Los Palacios (Campaña de 1974)». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, n.º 2*, Granada, 1977, p. 271 y figs. 11c y d y 12b.

(11) MARTIN MORALES, C.: «La morra de Quintanar». *Rev. Al-Basit, n.º 12*, 1984, pp. 57-73.

Nos parece importante resaltar que, a pesar del indudable paralelismo con los prototipos manchegos, hay, en los ejemplares de Getafe y, en general en la mayoría de los hallazgos madrileños de este horizonte una tendencia más acusada a presentar la línea de carenación en una zona más alta (tipo 7), como puede verse en el Tejar del Sastre (12) o en la Cueva del Aire de Patones (13). Este dato, unido a la presencia de fondos planos y a la anchura de boca de muchas de las cazuelas hace que nos encontremos ante ejemplares muy próximos morfológicamente a las fuentes de carena alta, típicas del horizonte Cogotas I, hecho que podría tomarse como indicio de modernidad, aunque no descartamos la posibilidad de que se trate de una peculiaridad local que podría haber dado origen a las fuentes típicas de Cogotas I, horizonte que tiene en esta área uno de los puntos de mayor concentración y clasicismo, por lo que no resulta imposible que sea también uno de los focos de origen, con inspiración en los elementos típicos del Bronce Pleno de la zona.

El resto de los recipientes carenados nos ofrecen variantes algo más altas y cerradas, las cuales evidencian paralelos mucho más estrechos con otros círculos del Bronce Pleno de regiones próximas, particularmente La Mancha y la Región valenciana, al presentar líneas de carenación algo más bajas (14).

Sin embargo, a pesar de todas estas afinidades con otros círculos culturales de este momento, la personalidad del Bronce Pleno del área de Madrid se refleja en algunos detalles como es la relativa frecuencia de mamelones cónicos o discoidales en los recipientes carenados, no sólo en Getafe (Fig. 16, decoración plástica) sino también en otros conjuntos como El Tejar del Sastre (15) o la Cueva del Aire (16), frente a la ausencia de elementos ornamentales en este tipo de recipientes, en los demás círculos del Bronce pleno peninsular, ya que, tanto las aplicaciones plásticas como las impresiones, se utilizan únicamente para ejemplares comunes, de formas más simples y sin carenas. Sólo en el yacimiento conquense de «El cerro del Castillejo», aparecen piezas carenadas decoradas con profusión de pezones, pero se trata de grandes recipientes de almacenaje (17) que corresponden a una fase muy temprana del Bronce Pleno y formalmente están muy alejadas de las características de las cazuelas bajas de nuestro yacimiento que son las que, con más frecuencia, presentan este tipo de ornamentación.

Las otras formas cerámicas que hemos definido corresponden, generalmente, a recipientes de pastas algo menos cuidadas. Por su sencillez morfológica son frequentísimos en una amplia serie de yacimientos prehistóricos pertenecientes a los más diversos círculos y horizontes culturales por lo que sus paralelos no resultan significativos, estando presentes en todos los niveles de la edad del Bronce de yacimientos estratificados, como es el «Cerro del Castillejo», donde este tipo de elementos presenta poca evolución (18). Como en la mayoría de los conjuntos, las decoraciones de estos recipientes comunes son escasas y se reducen a impresiones realizadas en el labio y más esporádicamente a aplicaciones plásticas de pezones o cordones lisos (Fig. 14, S-12 y S-20 y fig. 12, 9-11) faltando por completo los cordones digitados que encontramos en la Cueva del Aire (19) y otras ornamentaciones en relieve que decoran al-

(12) QUERO CASTRO, S.: [7], p. 226, fig. 28 y p. 229, fig. 29.

(13) FERNANDEZ POSSE, M.^a Dolores: «Los materiales de la Cueva del Aire (Patones, Madrid)». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, n.º 10, Madrid, 1980, p. 51, fig. 8.

(14) GUSI GENER, F. y OLARIA, C.: «La cerámica de la Edad del Bronce de la Cueva de Mas d'Abad (Coves de Vinromá) Castellón». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, n.º 3, 1976, pp. 103 y 115, y EN-GUIX ALEMANY, Rosa: «Tipología de la cerámica del Bronce valenciano». *Saguntum*, 16, 1981, pp. 55-63.

(15) QUERO CASTRO, Salvador: [7], figs. 24 a 30.

(16) FERNANDEZ POSSE, M.^a D.: [13], p. 51, fig. 8,11.

(17) MARTINEZ NAVARRETE, M.^a Isabel y VALIENTE CANOVAS, Santiago: «El Cerro del Castillejo (Parral de las Vegas, Cuenca)». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 16, 1984, Cuadro 2, forma 1, nivel III y IV, en p. 134.

(18) MARTINEZ NAVARRETE, I. y VALIENTE CANOVAS, S.: [17], pp. 127-135.

(19) FERNANDEZ POSEE, M.^a Dolores: [13], p. 55, fig. 11 y p. 58, fig. 14.

gunos de los grandes recipientes de almacenaje del Tejar del Sastre (20), circunstancia que podría deberse a la ausencia, en este yacimiento de grandes recipientes de almacenaje, que son los que suelen presentar estas decoraciones, pues la zona A del sector III de Getafe sólo nos ha proporcionado cerámicas de tamaño medio o pequeño (Fig. 18).

DECOR. \ T. CER.	1	2	3	4	5	6	7	INDOT 8
UNGL.	•			•				
DIGT.				•		•		
PLASTIGA				•		•	•	•

ZONA A

Fig. 18.- Relación entre los tipos formales y los elementos decorativos. ZONA A.

A pesar de pocos datos que nos ofrece este lote cerámico pensamos que su adscripción al Bronce Pleno es relativamente clara, pues, como hemos visto, todos los indicios apuntan a caracteres propios de otros círculos culturales de esta etapa, por lo que no parece justificable incluirlo en los horizontes campaniformes o Cogotas I, mejor definidos y más abundantes en esta área alegando que estamos en presencia de un yacimiento sin cerámicas de lujo. En primer lugar, porque en el conjunto hay recipientes finos, por el tratamiento de sus superficies que, en ningún caso, están decorados pero que, sin duda, debieron de hacer el servicio de piezas de lujo y, en segundo término, porque las piezas carenadas lisas no se encuentran nunca entre las cerámicas comunes de conjuntos «puros» de los horizontes campaniforme y Cogotas I. En todo caso, cuando encontramos estas piezas carenadas lisas asociadas a elementos campaniformes o Cogotas I, es en yacimientos en cueva donde la falta de deposición geológica puede, muchas veces, provocar la mezcla de materiales de distintos momentos.

LOS MATERIALES LÍTICOS (Fig. 19)

Si corto es el inventario cerámico, mucho más exiguo es el del utillaje lítico, pues se reduce a unas pocas lascas de sílex o cuarcita con algunas señales de uso y a unos restos de molinos barquiforme realizados en granito, todos ellos muy pequeños y rodados.

Aunque el reparto de estos materiales, en los diferentes fondos no puede ser significativo debido a la escasez de la muestra, sí creemos que es destacable la relativa importancia numérica de los restos de molino y su presencia en todas las cubetas que conservaban una mayor capacidad, como si intencionadamente se hubiera dejado un resto de molino en cada depósito. Por otra parte, no sabemos si estos fragmentos son indicio de una actividad agrícola relacionada con las gramíneas practicada en este lugar o, por el contrario, estos restos de molino fueron transportados ya amortizados, empleados como piedras molderas para otras sustancias, sin que de ellos deba deducirse el cultivo de cereal por parte de estas gentes. No obstante la presencia de estas piedras de molino está en consonancia con su existencia, también en proporciones importantes, en el tantas veces citado, yacimiento del Tejar del Sastre, lo que puede traducirse en un argumento, relativamente sólido, para hablar de gentes relacionadas con la actividad agrícola cerealista (21).

(20) QUERO CASTRO, Salvador: [7], p. 214, fig. 20.

(21) QUERO CASTRO, Salvador: [7], fondos 2, 4, 6, 15, 18, etc.

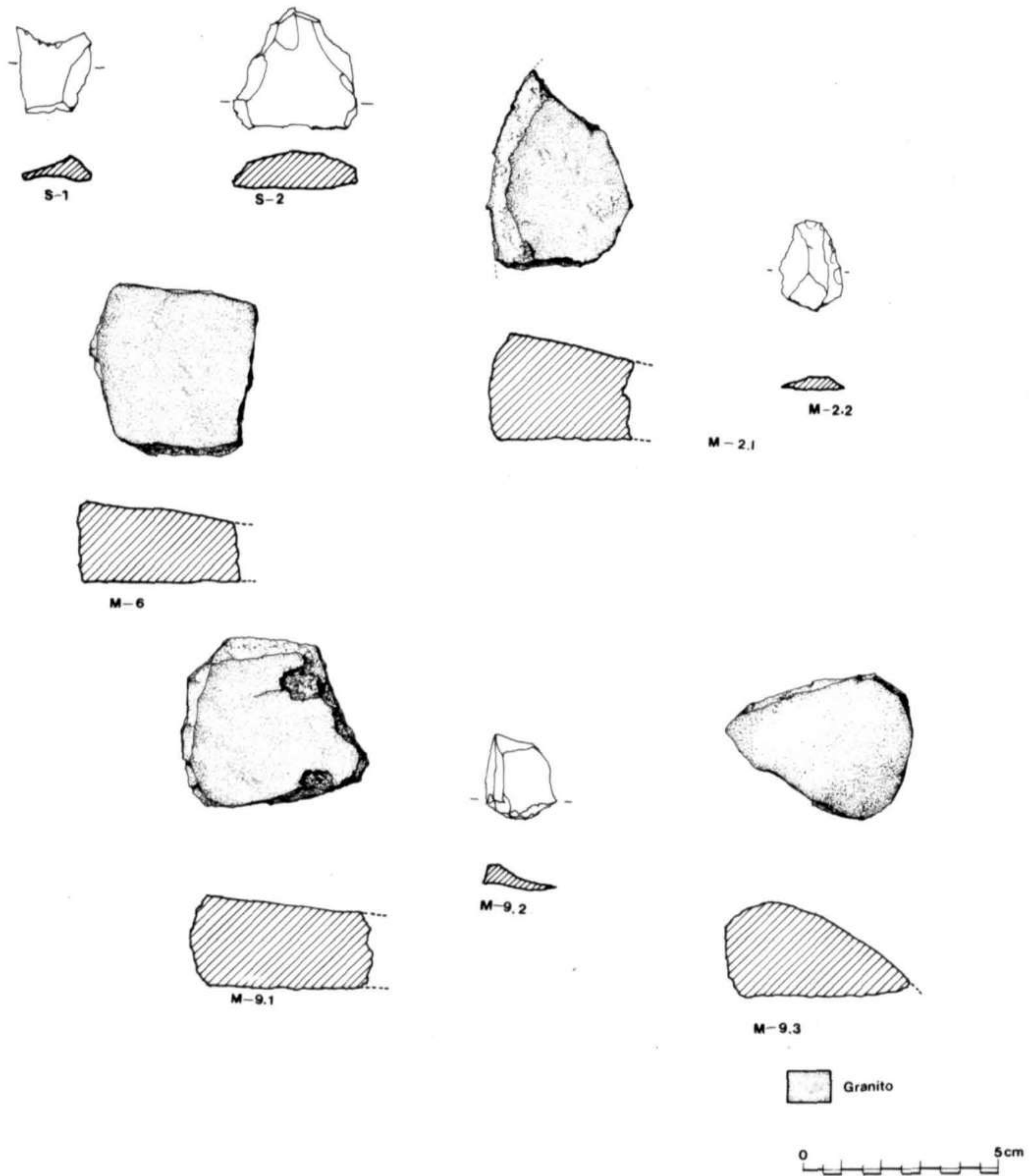


Fig. 19. - Material lítico. ZONA A.

LOS RESTOS ÓSEOS DE FAUNA

Como ocurre en tantos otros yacimientos de «fondos» de la prehistoria peninsular, los hallazgos óseos de animales siguen, en volumen, a los restos cerámicos y representan el dato más significativo para aproximarnos a la economía de estos grupos, aunque en este caso, el interés se ve mermado por el pequeño tamaño de la muestra.

De los diez fondos excavados, sólo los seis con mayor volumen han proporcionado restos faunísticos y éstos se distribuyen tal como se expresa en la figura 20.

Como se deduce del cuadro adjunto, sólo se recogió fauna doméstica aun cuando no se puede certificar si los suidos están domesticados o no, ya que los restos más significativos corresponden a un individuo de unos seis meses en el que no es posible discernir si se trata de un animal en cautiverio, pero su propia inmadurez puede ser indicio de un animal estabulado.

FAUNA FONDOS	BOS.	SUS.	OVICAPRIDOS	LEPUS	INDT.
1	•	•			•
2	•	•			
3					
4					
5	•				•
6	•		•	•	•
7					
8					
9	•	•	•	•	
10					•

ZONA A

Fig. 20. – Distribución por fondos de las especies animales.

Las tres especies atestiguadas: bos, sus y ovis son, sin lugar a dudas, las más frecuentes en las muestras obtenidas en los yacimientos peninsulares a partir del neolítico, en las que suele dominar los ovis si atendemos al número mínimo de individuos y los bóvidos si consideramos el peso de carne proporcionado, mientras que los suidos aparecen, normalmente, en proporciones menores. En este caso el equilibrio entre las tres especies no es significativo debido al tamaño de la muestra.

Desde el punto de vista económico el primer dato que puede llamar la atención es la total ausencia de especies mayores salvajes, hecho que podría justificarse por el pequeño número de restos obtenidos. Desde el punto de vista cultural el hecho más significativo procede del hallazgo, en el fondo 2, de un pequeño suido cuyos huesos aparecieron en conexión anatómica, apoyado directamente sobre el fondo de la cubeta y colocado junto a la pared de la misma (lámina I). Había sido depositado con todo cuidado ya que estaba sujeto con piedras de calza. El contenido geológico en el que se encontraba era especialmente oscuro y evidenciaba restos de fuego ya que había cantidad de pequeñísimos carbones, así como restos, muy rodados, de cerámica de apenas unos milímetros de nódulo, junto a restos de mayor tamaño, pertenecientes a un recipiente carenado, de superficies muy finas y cuidadas, de pequeñas proporciones. El depósito de este lechón, de unos seis meses de edad, creemos que responde a una ofrenda, pues no parece lógico, ni el abandono de una comida almacenada, sin haber empezado a consumirla, salvo que estemos ante una huida apresurada, ni el enterramiento de un animal muerto, en un lugar en el que hay restos de incendio y restos de cerámica y de otros animales.

Este hallazgo podría tener el mismo sentido que el del perro aparecido en el fondo número 44 del «Tejar del Sastre», el cual se encontró depositado en circunstancias similares, sobre la base de la cubeta (22), lo que aproxima todavía más, a los dos yacimientos madrileños.

(22) QUERO CASTRO, Salvador: [7], fondo 44, p. 218.

Otro hallazgo faunístico de interés lo proporcionan tres matápodos y parte del cráneo de un bos localizados en el nivel II del fondo número 9. A diferencia del caso anterior, nos encontramos ahora ante los restos menos aprovechables para el consumo, ya que lo que se depositó fue precisamente la parte inferior de tres extremidades, donde sólo hay, además de la osamenta, los tendones y la piel, además del cráneo. Podría, por tanto, poderse hablar de los restos de un descuartizamiento, pero resulta extraño que exista esa preocupación por guardar cuidadosamente los despojos del despiece, justo debajo de unos recipientes de superficies cuidadas que, posiblemente, estaban completos en el momento de la deposición, ya que aparecieron casi en la superficie dejada por las máquinas excavadoras, las cuales debieron de dispersar parte de ellos.

Todas estas consideraciones nos hacen pensar que podríamos estar ante otro tipo de ofrenda, posiblemente de significado distinto a la anterior que se explica, como ya hemos apuntado, por tratarse de un animal castrado, posible colaborador del hombre, en tareas agrícolas o ganaderas. De todas formas esta hipótesis de las ofrendas choca con la presencia, en los mismos fondos en los que se encontraban estos restos animales, de materiales muy rodados, que fueron incluidos cuando ya estaban amortizados, como es el caso de los fragmentos de molinos y de algunos restos cerámicos. De cualquier forma, lo que parece claro es que, frente al aspecto homogéneo que presentan, en su tamaño y morfología los fondos o cubetas, la finalidad a la que se destinaron fue distinta, según los casos, incluso no debemos descartar la posibilidad de que las cubetas formen conjuntos complementarios, extremo que, de momento, no es posible comprobar debido a la ausencia del suelo original de ocupación lo que impide conocer la relación espacial que inicialmente tuvieron estas subestructuras.

Por último, queremos recalcar de nuevo cómo tanto el pequeño suido, como los tres metápodos de bos aparecidos en conexión anatómica se encontraron asociados a diversos materiales con señales de haber sido sometidos a la acción del fuego y a contextos geológicos con abundantes carboncillos lo que, de algún modo, podría suponer un indicio más de ofrendas rituales.

EL YACIMIENTO DE LA ZONA B

Como apuntábamos en la introducción general, los restos arqueológicos descubiertos en el Sector III de Getafe, se localizaban en dos puntos diferentes, al segundo de los cuales hemos denominado zona B, este está ubicado a 72 metros al oeste, del centro del fondo M-6, perteneciente a la zona A (Fig. 2). En él era perceptible una única mancha grisácea cuyo color contrastaba claramente del resto de las tierras circundantes y estaba muy compactada como consecuencia del trasiego de las máquinas (Fig. 4). Según las noticias que nos facilitó D. Juan Ayllón, cuando se iniciaron los trabajos en esta zona y se puso de manifiesto la existencia de la bolsada, presentaba una potencia de unos 3 metros.

Como en la zona A, se procedió, en primer lugar, a limpiar la superficie con el fin de delimitar la mancha con más claridad y comprobar si existían o no, otros indicios arqueológicos. Efectuada esta operación, se confirmó que la gran mancha detectada en un primer momento, era la única evidencia arqueológica, de carácter inmueble. Con el fin de evitar su total destrucción, se procedió a trazar unas cuadrículas, tomando como referencia los ejes máximos de la mancha, la cual, cuando comenzó nuestra actuación, ya había sido casi totalmente arrasada.

El «fondo de la cabaña»

La subestructura presentaba una superficie de tendencia ovalada y perfil lobulado, muy desigual (Fig. 21), con unas dimensiones de 5 por 3,80 metros de diámetros máximos. Una vez excavada se comprobó que la potencia que quedaba era de poco más de 0,15 metros de altura, si bien había penetraciones, muy localizadas, en puntos concretos, de altura ligeramente superior. Estas penetraciones correspondían a huellas, de coloración algo más oscura que el resto de las tierras circundantes, y parecían relacionarse con improntas de posibles elementos arquitectónicos o subestructuras (Fig. 4). Por su tamaño y morfología podemos distinguir tres tipos de trazas: pequeños agujeros de planta circular y alzado de extremo apuntado, zanjias o surcos alargados y sección en «u» de direcciones variables y cubeta de planta circular y perfil también semicircular (lámina II).

Con el fin de confirmar las características de todas estas trazas, y una vez delimitados en planta su tamaño y forma, se realizaron una serie de secciones o cortes transversales en los que se identificaron, todavía con más claridad, estos elementos (Figs. 22, 23, 24 y 25). A partir de estos cortes se pudo comprobar que los agujeros de menor tamaño podían corresponder perfectamente a improntas de pies de postes (Fig. 23). En total se identificaron ocho orificios con un diámetro entre 38 y 21 centímetros, de los cuales, dos se conservaban sólo parcialmente. En principio el tamaño puede parecer excesivo para un poste de sustentación de una estructura hecha en material perecedero, sin embargo, hay que tener en cuenta que en estos orificios entrarían también cuñas de madera o piedras de calza para asegurar los postes.

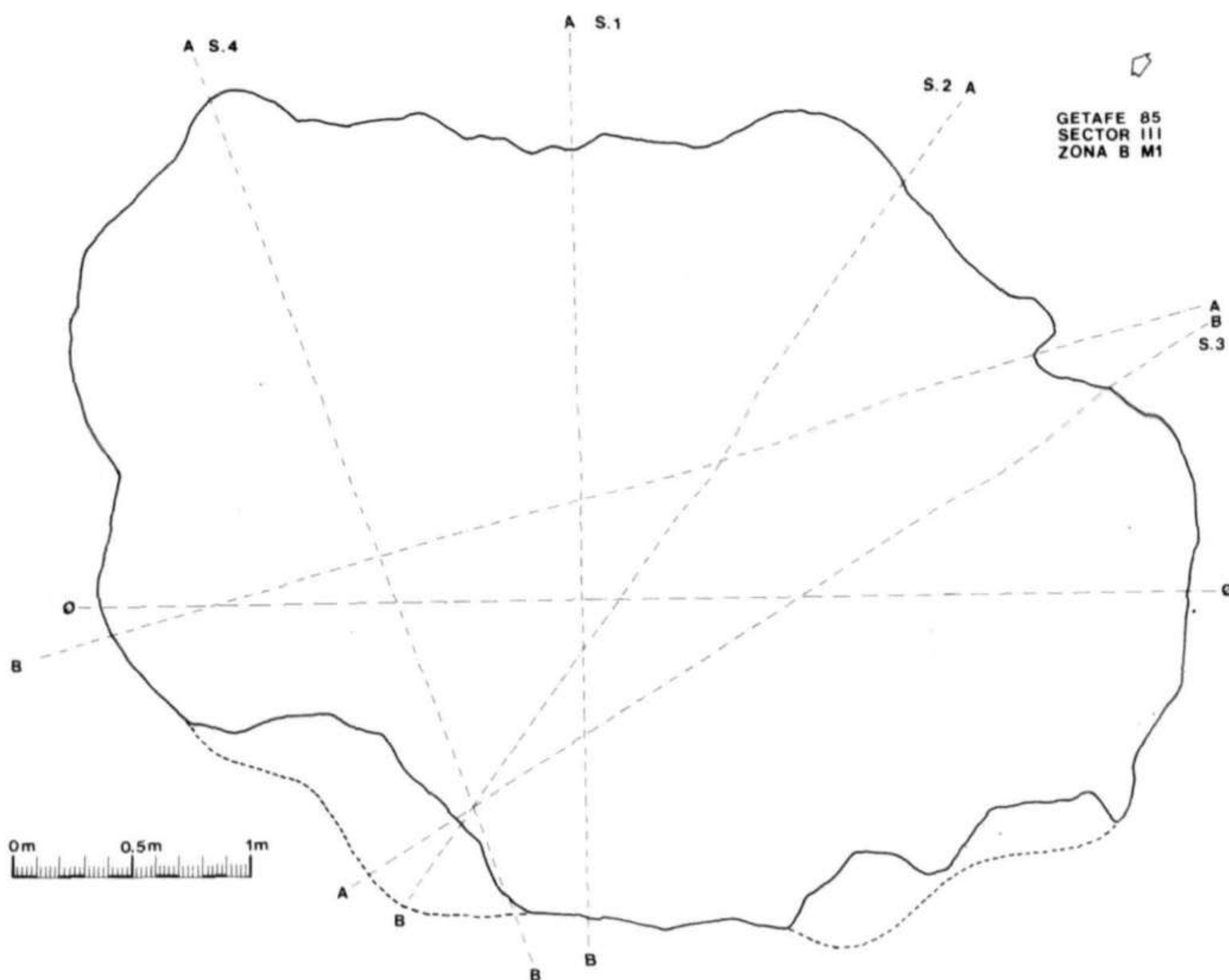


Fig. 21. - Planta de cabaña de la ZONA B, con indicación de los cortes de sección.



Fig. 22. - Alzado de la Sección 1 practicada en el fondo de cabaña de la ZONA B.

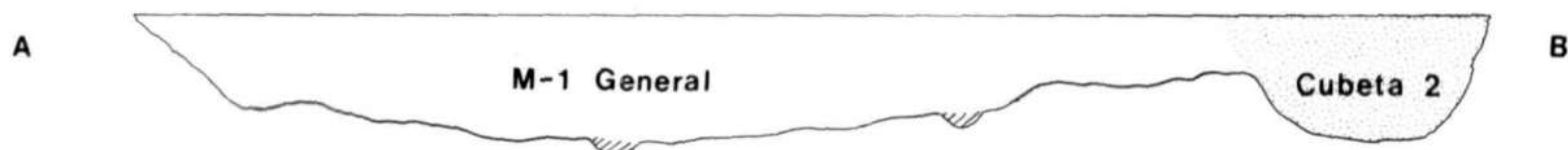


Fig. 23. - Alzado de la Sección 2 practicada en el fondo de cabaña de la ZONA B.

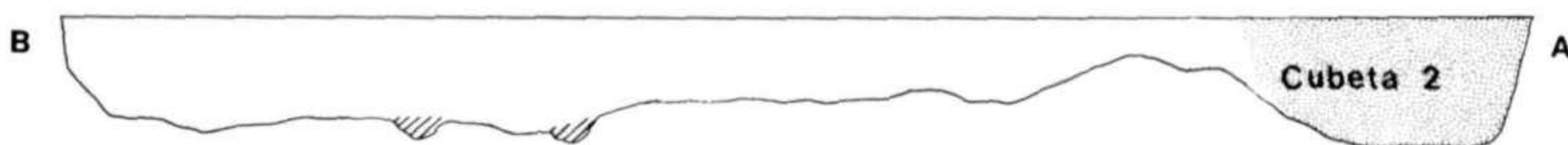


Fig. 24. - Alzado de la Sección 3 practicada en el fondo de cabaña de la ZONA B.



Fig. 25. - Alzado de la Sección 4 practicada en el fondo de cabaña de la ZONA B.

0 m 0,5 m 1 m

La posibilidad de que se trate de pies de postes quedaría avalada por la posición de seis de estos orificios, los cuales quedan prácticamente en la línea del perfil, mientras que sólo dos están en el interior de la mancha. Estos dos orificios internos son, precisamente, los que tienen menor tamaño. Pensamos que los orificios situados en el perfil corresponderían a la sustentación del cierre externo de la cabaña, mientras que los interiores, podrían servir para sujetar parapetos o subestructuras internas.

De gran interés es también la existencia de otra mancha, cuya mayor extensión y volumen, hace pensar en su identificación con una cubeta (Fig. 25), semejante a las excavadas en la zona A. En este caso está claramente incorporada a la superficie del fondo de cabaña, concretamente se encuentra junto al perfil oeste de esta posible estructura. Posee un metro de diámetro y 30 centímetros de altura máxima, su identificación es sencilla gracias a su contenido más oscuro y suelto que el resto de las tierras circundantes. Sin embargo no se observó una mayor concentración de material mueble, como es habitual en las cubetas que aparecen sin asociación a suelos de ocupación, lo que, a primera vista, podría hacer pensar en un significado distinto, pese a su parecido formal.

El tercer tipo de improntas que hemos detectado son una serie de pequeñas zanjas que surcan el interior de la superficie del fondo de cabaña, en direcciones distintas (Figs. 4 y 24). La anchura media de estas huellas es de unos diez centímetros, si bien hay notables oscilaciones, por otra parte, dos de estos surcos se unen en ángulo, junto a una de las huellas de pies de postes y, otras dos zanjas se rematan en sendos ensanchamientos circulares. Aunque el mal estado de conservación dificulta enormemente la interpretación de estos indicios, es posible que estemos ante las huellas de apoyo de elementos mobiliarios o de pequeñas divisiones internas, como biombos o parapetos de escasa consistencia.

Con todos estos datos, tan parcialmente conservados, resulta difícil interpretar el significado del conjunto, sin un mínimo riesgo a equivocarse, no obstante, nos atrevemos a proponer que podemos estar ante un posible «fondo de cabaña», en un sentido exacto del término, el cual pudo estar en relación con otros «fondos» desaparecidos por los distintos trabajos públicos hechos en la zona, de los cuales tenemos noticias verbales. Según estos testimonios, algunos de los fondos tenían dimensiones similares al excavado y otros eran, incluso, sensiblemente mayores. Por otra parte, sabemos que uno de estos supuestos «fondos de cabaña» proporcionó abundantes restos de manteado de barro con improntas de entramados vegetales. Todos estos indicios nos llevan a suponer que la cabaña cuyo fondo hemos excavado, estuviera realizada a base de materiales perecederos sustentados con postes. Posiblemente las paredes exteriores estuvieran constituidas por pieles u otros elementos de fibras no rígidos, lo que produciría ese perfil sinuoso, mientras que la techumbre se realizaría con un entramado vegetal rígido, manteado con barro, que apoyaría tanto en los elementos de sustentación exteriores, como en soportes colocados en el interior.

No tenemos datos muy seguros para conocer la distribución interna de este espacio, pero no descartamos la hipótesis de que hubiera distintos ambientes separados mediante biombos o parapetos de escasa consistencia (23), algunos de los cuales habrían dejado sus huellas en las zanjas que hemos detectado. Entre las ausencias significativas hay que anotar la falta de indicios sobre la ubicación del hogar. Por otra parte, no contamos con datos suficientes para conocer la función de la cubeta localizada al oeste del fondo.

EL MATERIAL MOBILIAR

El material mueble obtenido en la excavación de esta estructura se reduce a una pequeña muestra cerámica, un punzón de bronce, un fragmento de molino realizado en granito, unas lascas de sílex y un reducido lote de huesos animales. A lo que hay que sumar algunos fragmentos de arcilla endurecida, procedentes, seguramente del manteado de barro de la techumbre.

a) La cerámica: A pesar de su fragmentariedad y de la parquedad del lote, es el elemento que mejor permite acercarnos al ambiente cultural. Se trata de un conjunto de 424 fragmentos (Figs. 26 a 31), de los que 41 nos fueron proporcionados por las personas que manejaban las máquinas (Figs. 26 y 27). Aunque las estadísticas realizadas con esta muestra tan reducida no son demasiado fiables, a modo de orientación podemos apuntar que, aproximadamente, el 10% de los fragmentos presentan decoración y 3/5 partes corresponden a recipientes finos, de superficies muy cuidadas, espatuladas o bruñidas.

(23) Estos parapetos serían semejantes a los que parecen haber existido en una de las casas excavadas en el nivel 2 del yacimiento de La Mota. Vid. GARCIA ALONSO, M. y URTEAGA ARTIGAS, M.: La Villa medieval y el poblado de la Edad del Hierro de La Mota, Medina del Campo (Valladolid)». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 23, 1985, pp. 126 a 130 y p. 135, fig. 42.

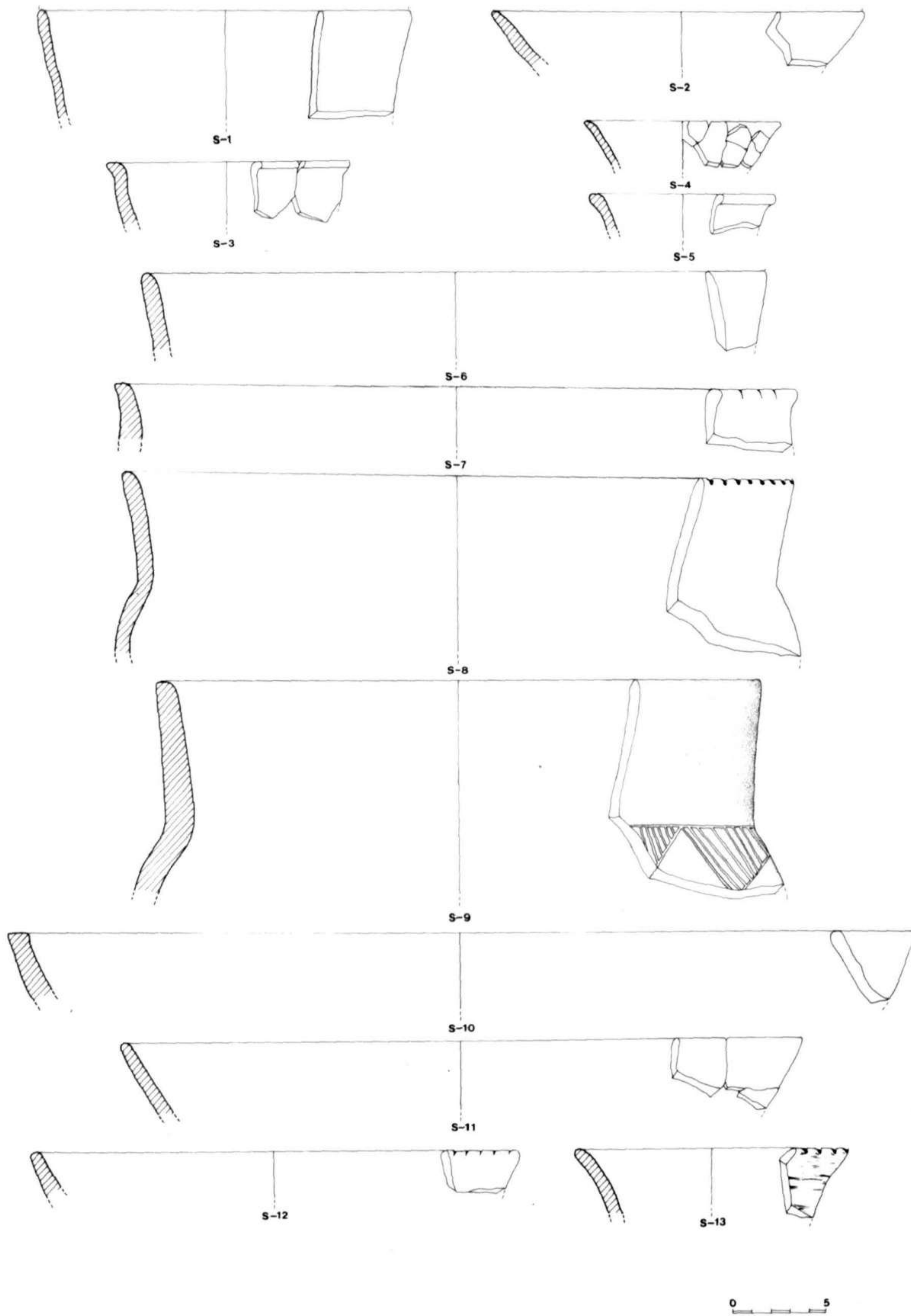


Fig. 26. - Cerámica de Superficie de la ZONA B.

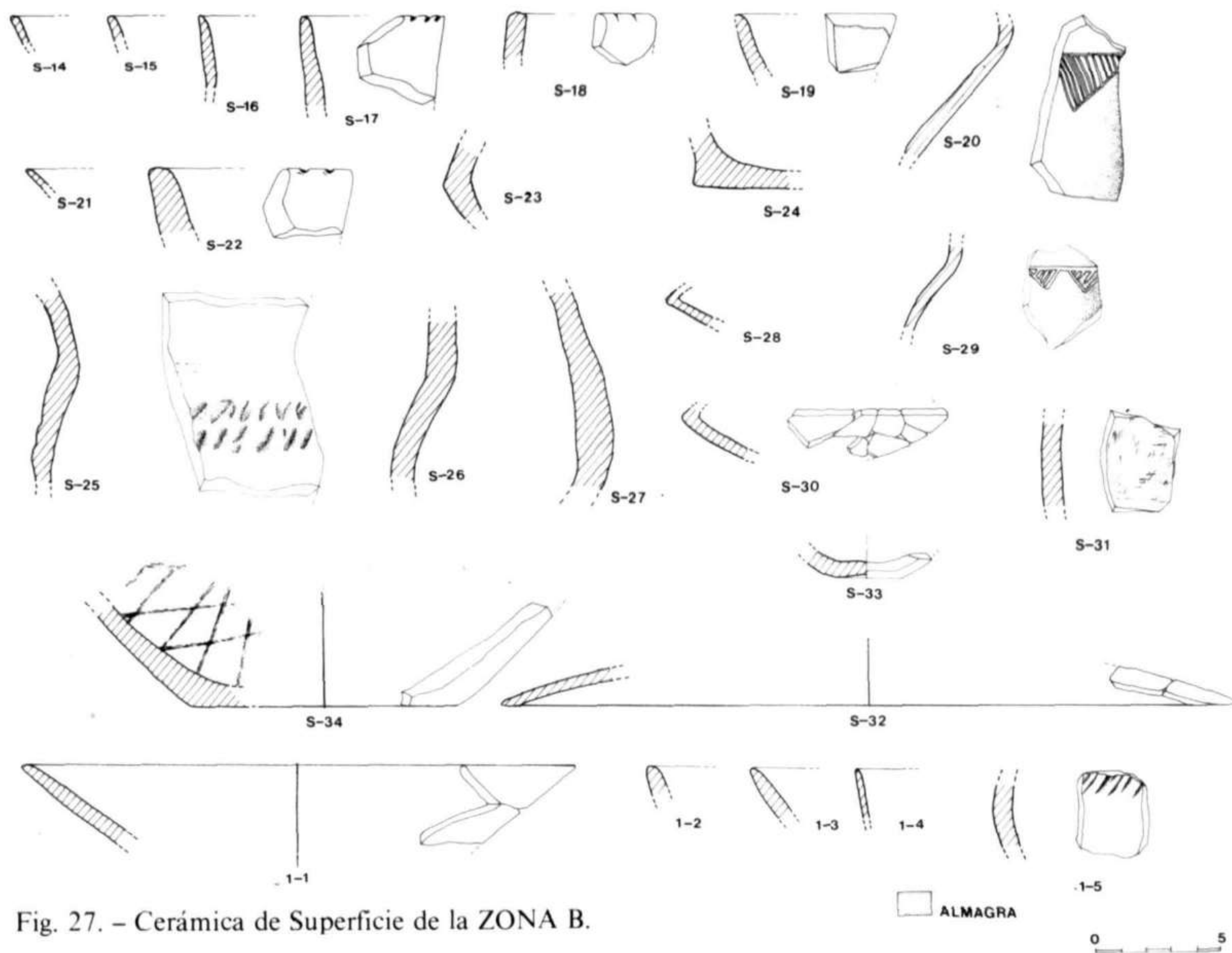


Fig. 27. - Cerámica de Superficie de la ZONA B.

En conjunto, se puede afirmar que existen dos series de producciones, bien diferenciadas, observándose, en este sentido, una mayor distinción entre los recipientes comunes y los finos de la que encontramos en la zona A. Las producciones de mesa o lujo presentan superficies espatuladas o incluso bruñidas, mientras que los ejemplares comunes tienen un simple alisado o muestran superficies toscas o surcadas de cepillados irregulares, ofreciendo, a veces, contrastes en el acabado de las diferentes partes de la vasija.

En la pequeña muestra obtenida, el treinta por ciento de los fragmentos, presenta algún tipo de ornamentación y, de ellos, aproximadamente, las dos terceras partes, corresponde a recipientes comunes. En este apartado de la decoración, existe también una clara diferenciación entre los ejemplares vulgares y los finos, ya que en los primeros encontramos únicamente, impresiones en boca o cuello realizadas con unguilaciones, digitaciones, o matrices de punta más o menos aguzada (Figs. 27, S-17, S-18 y S-25), complementándose, en ocasiones, con los acabados a cepillo (Fig. 31, 1-93 y 1-97), en una zona de la superficie, los cuales contrastan con el alisado o la rugosidad de las otras partes.

Por otro lado las decoraciones de las producciones finas se reducen a incisiones muy bien ejecutadas que crean dientes de lobo rellenos con entramados oblicuos (Fig. 26, S-9 y fig. 27, S-20 y S-29). La única excepción la constituye la ornamentación realizada en el interior de un cuenco (Fig. 27, S-34), en el que aparece una retícula creada por incisiones poco profundas y de sección en «U», que casi pueden ser consideradas como acanalados. El efecto de esta decoración y el lugar donde se ha realizado recuerdan bastante a la retícula bruñida», fósil director del Bronce final del suroeste peninsular, aunque la técnica empleada es, obviamente, muy distinta.

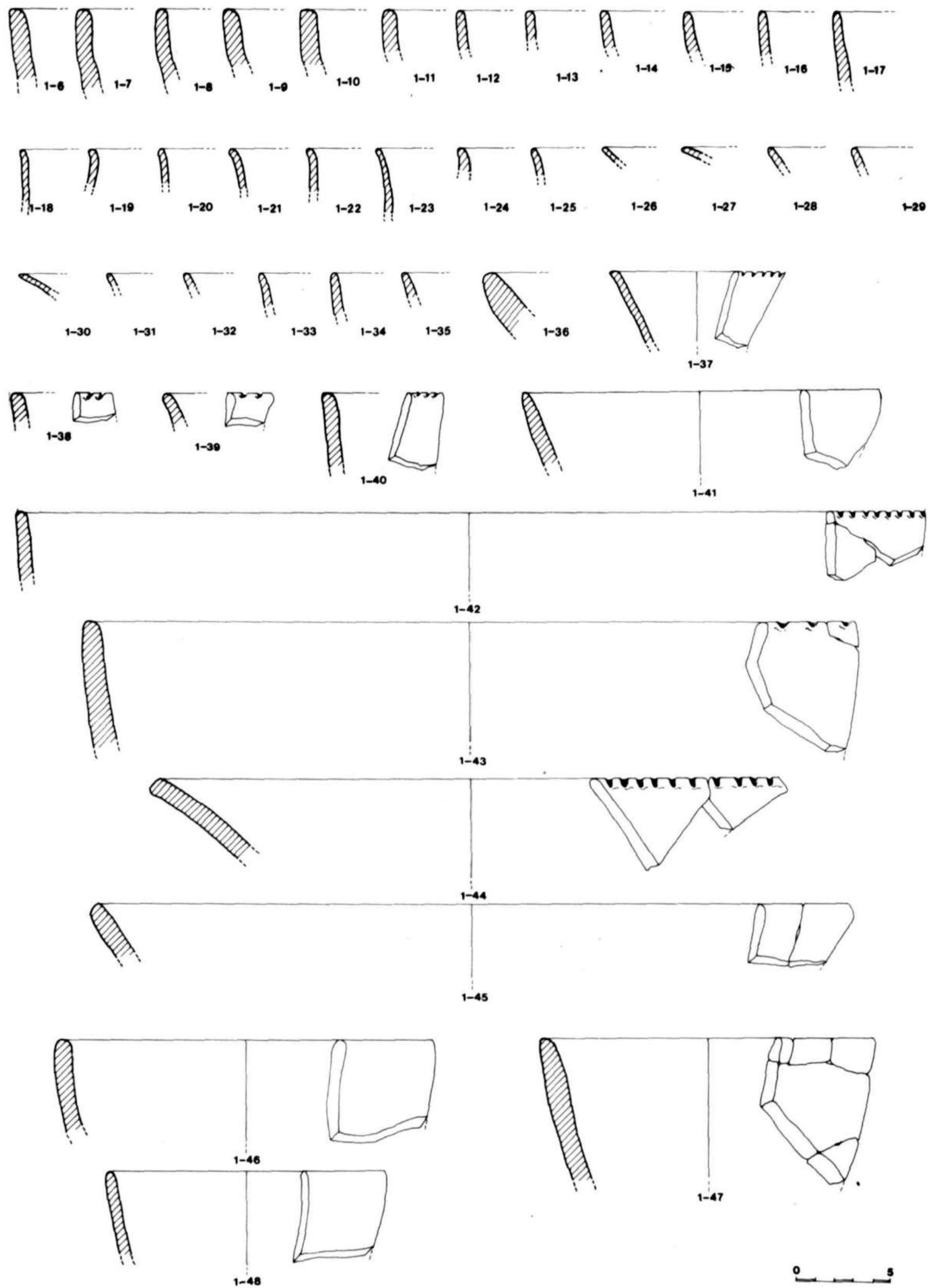


Fig. 28. - Cerámica obtenida en el fondo de cabaña. ZONA B.

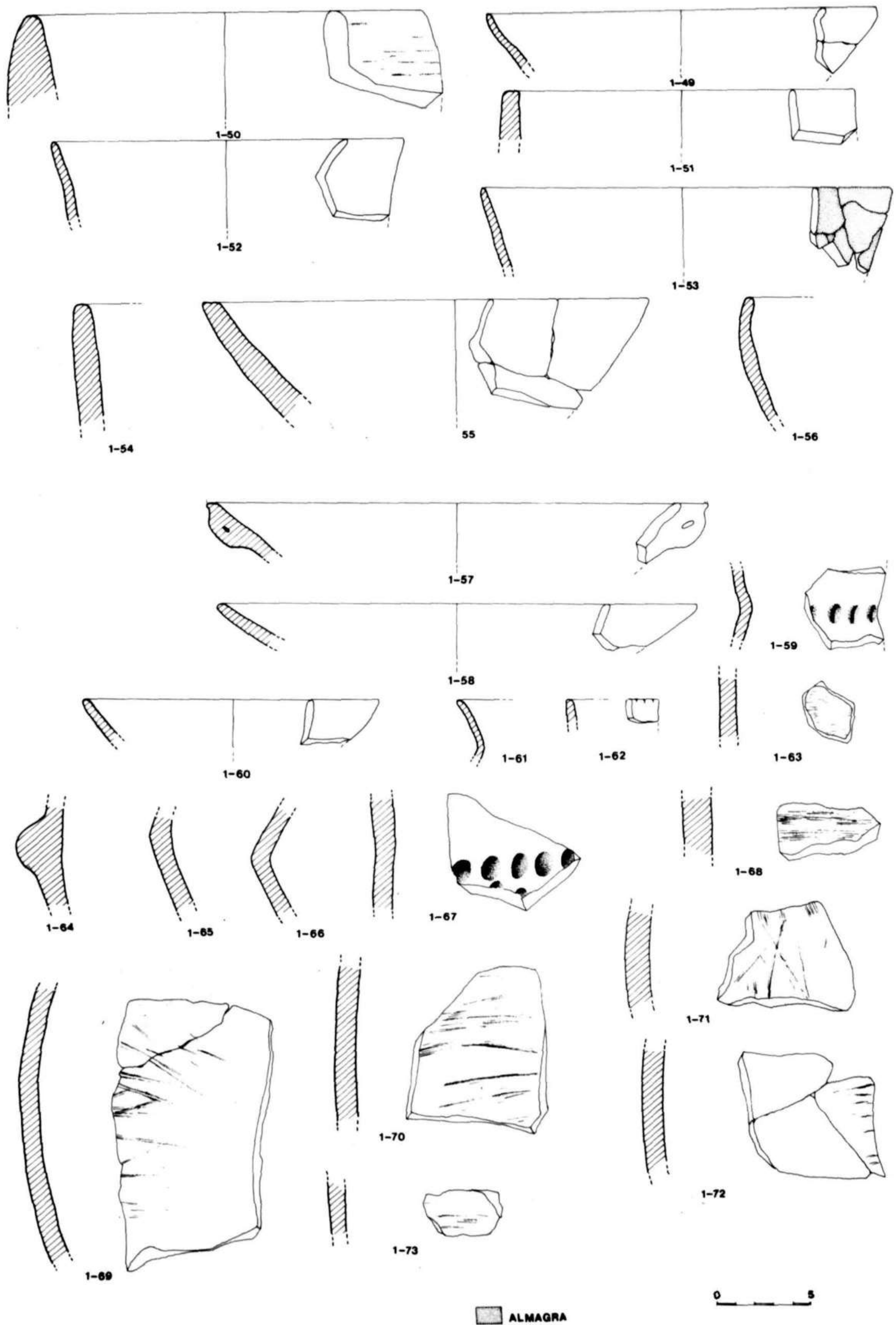


Fig. 29. - Cerámica obtenida en el fondo de cabaña. ZONA B.

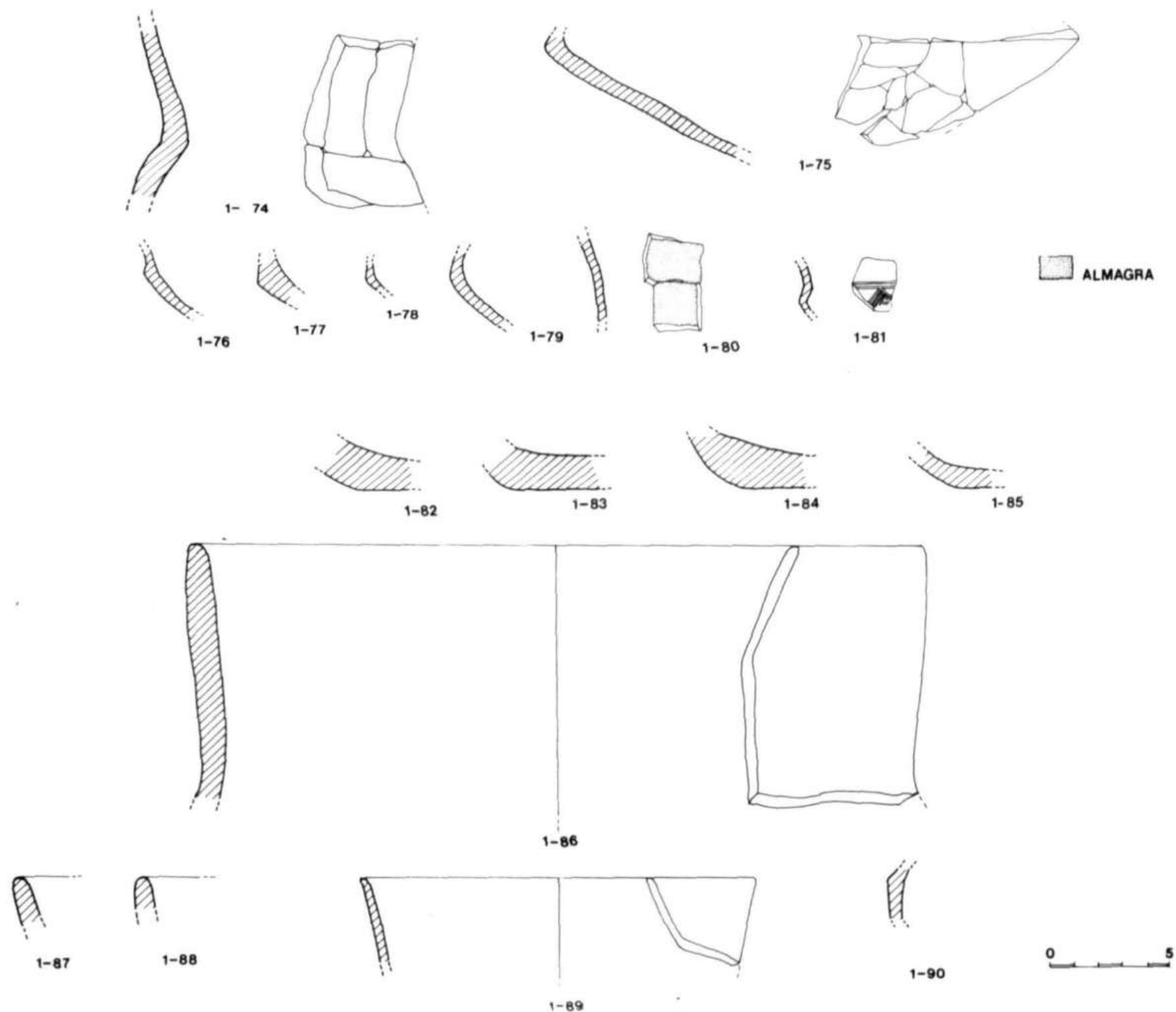


Fig. 30. - Cerámica obtenida en el fondo de cabaña. ZONA B.

Por último, es interesante destacar también la existencia de fragmentos correspondientes a tres recipientes, uno de ellos de paredes muy finas, que presentan un baño de «almagra» (Fig. 27, S-19 y fig. 29, 1-53) recubriendo ambas superficies, técnica que, si bien es conocida desde el Neolítico, en esta etapa del Bronce Final-Hierro I, parece estar restringida al área del sureste y la Alta Andalucía.

Con respecto a la morfología, hemos llegado a diferenciar un total de 6 tipos, algunos de ellos con variantes más o menos acusadas; estos tipos son los siguientes:

TIPOLOGÍA CERÁMICA (Fig. 32)

Tipo I: Cuencos hemiesféricos

1.1: Cuenco hemiesférico de paredes con tendencia rectilínea, y labio redondeado decorado con unguilaciones. Su estructura no ofrece ninguna otra singularidad.

1.2: La única variación frente al anterior estriba en la mayor apertura de sus paredes; la base, aunque no la conocemos, a tenor de la continuidad mantenida por su perfil, debió ser de pequeño tamaño.

1.3: Vaso de reducidas dimensiones, de tendencia hemiesférica cerrada y borde exvasado; no presenta otros rasgos diferenciales del grupo en el que se insertan.

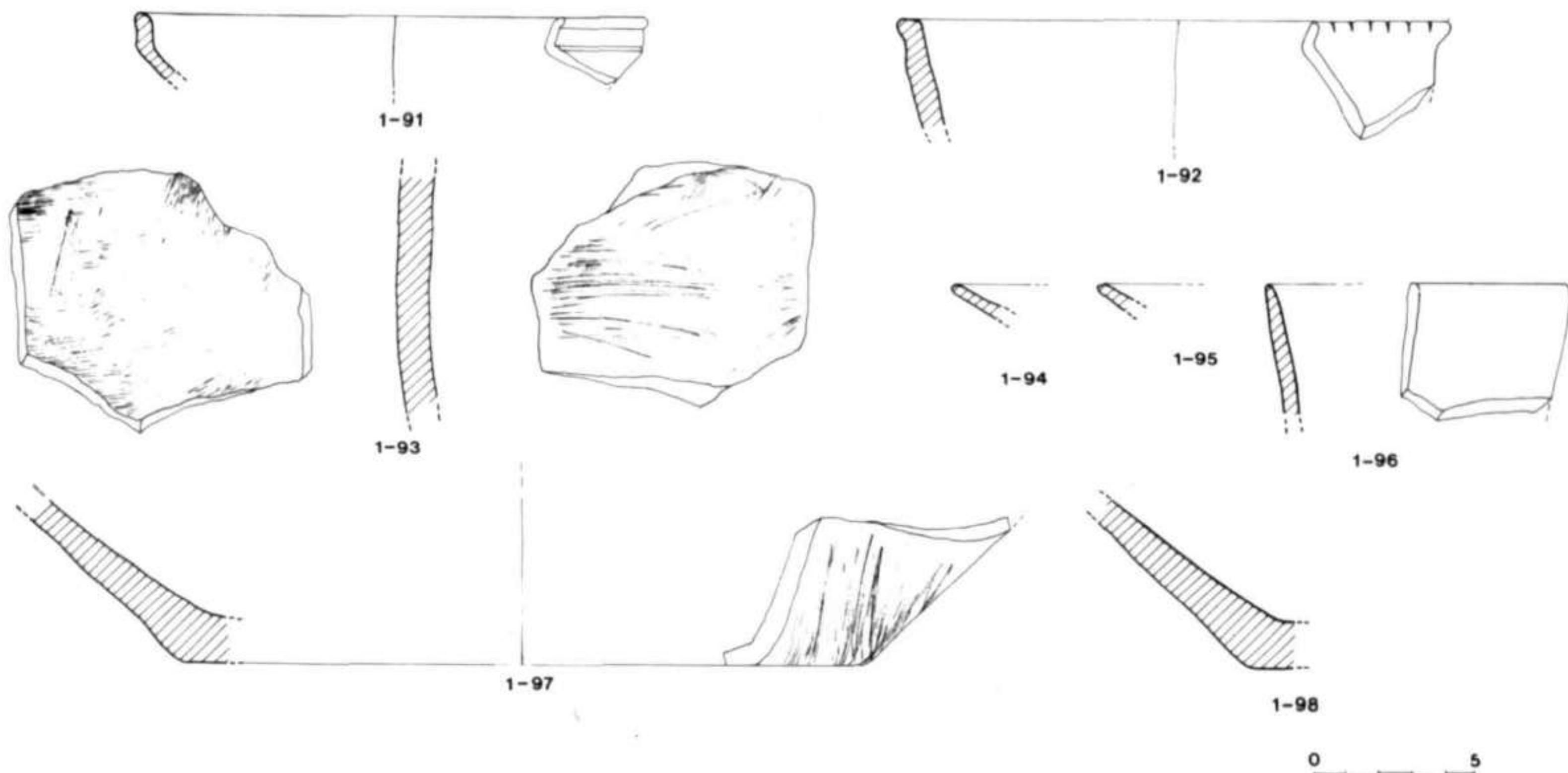


Fig. 31. - Cerámica obtenida en el fondo de cabaña. ZONA B.

Tipo II: Platos

2.1: Plato cuya estructura está a caballo entre los plenamente hemiesféricos y los troncocónicos; su perfil mantiene la curvatura lineal iniciada sin presentar ninguna alteración en su borde o labio, en este caso aplanado; la relación diámetro altura debió ser aproximadamente de 1/3.

2.2: Es un vaso de mayor tamaño, con una tendencia troncocónica más acusada que el 2.1; es un vaso de menor altura proporcional, y por tanto más abierto y aplanado; presenta, además un borde exvasado, con el labio rematado a bisel; sobre éste lleva una decoración ungulada.

2.3: Este vaso de pequeñas dimensiones y tendencia troncocónica no mantiene rasgos diferenciales de la estructura general referida, de perfil muy abierto.

2.4: Plato de tendencia troncocónica muy abierta, cuya característica más importante es el asa de tipo orejeta que lleva junto al borde.

2.5: Pequeño plato de perfil más cerrado, y labio exterior ligeramente exvasado. Podría llevarse a unas posiciones intermedias entre el Tipo I y el II.

Tipo III: Tapadera

El tipo que presentamos posee una estructura troncocónica muy abierta; destaca su escasa altura. Desconocemos cualquier dato referido al asa superior.

TIPO IV: Vasos ovoides

4.1: La estructura de este tipo se correspondería a grandes rasgos a un vaso hemiesférico de paredes convergentes, sin romper la continuidad lineal curvada de su perfil. Destaca el grosor de sus paredes, que en proporción son de doble medida que el resto.

4.2: Se adscribiría a esta forma general ovoide, pero con las paredes más rectas, y el borde suavemente indicado.

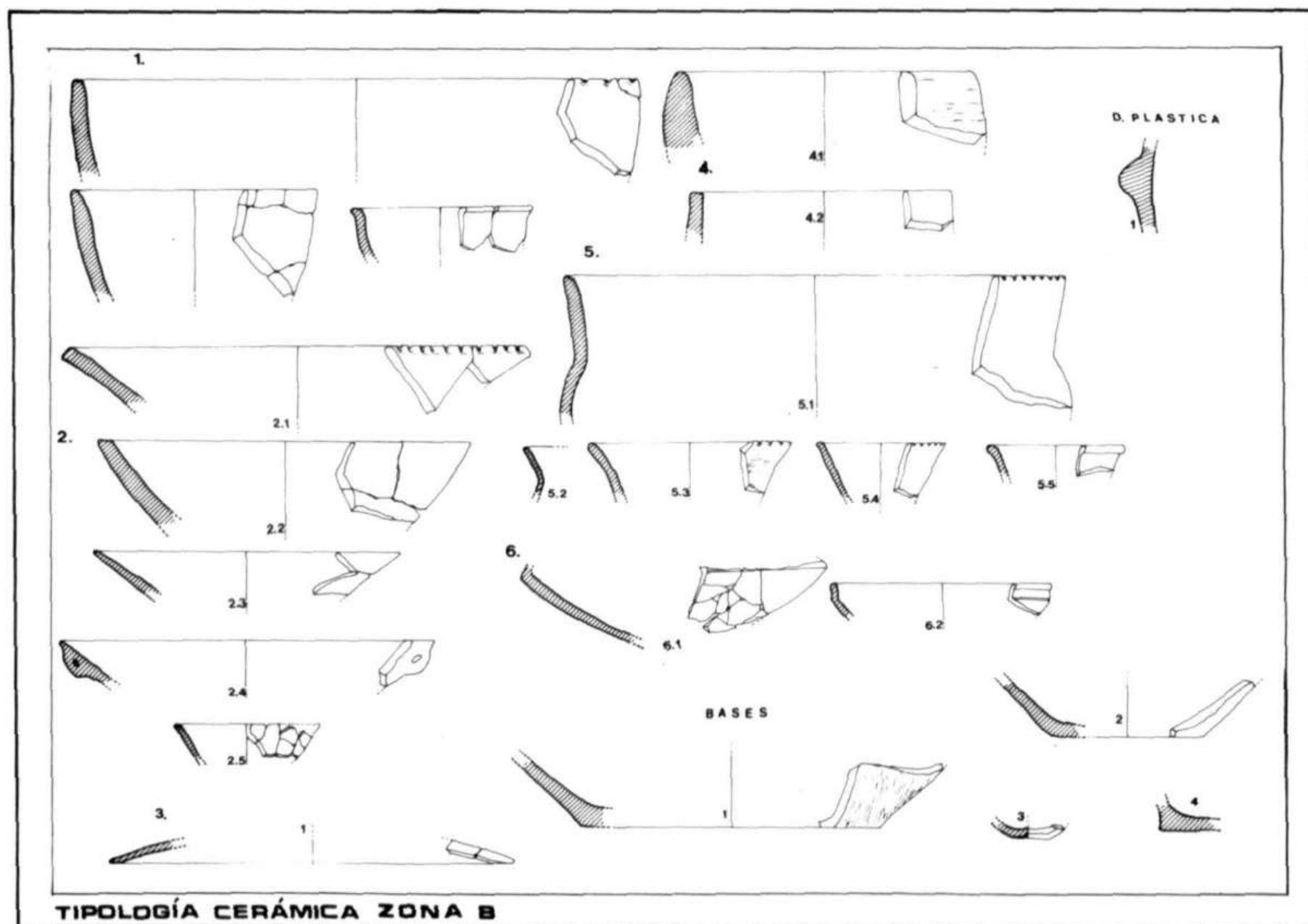


Fig. 32. - Tabla de formas cerámicas. ZONA B.

Tipo V: Vasos globulares de perfil en «S»

5.1: Este vaso acomodado a la estructura general del título, presenta como dato de interés un cuello marcado y rectilíneo desde su conexión con el galbo. El labio, apuntado, presenta una fila de impresiones unguladas en el exterior.

5.2: En este caso, el vaso tiene un borde, también marcado, pero mucho más abierto, acercándose a los denominados de tipo «embudo».

5.3: Se corresponde a un borde de «embudo», con el labio exvasado; presenta decoración de ungulaciones sobre él.

5.4: Se puede adscribir a este mismo tipo de «embudo», pero aún más pronunciado que los anteriores.

5.5: El rasgo distintivo de este borde es labio engrosado en su cara externa, quedando perfectamente marcado y diferenciado del resto del perfil del borde.

Tipo VI: Vasos bitroncocónicos carenados

6.1: Dicho tipo, del que conservamos exclusivamente la parte que se correspondería con el galbo, presenta un perfil cuenquiforme profundamente carenado. Sus paredes se cierran sobre una base, de la que desconocemos cualquier dato, pero que a tenor de los restos aparecidos en este mismo conjunto, y de los paralelos, debería de ser umbilicada y de dimensiones muy reducidas.

6.2: Este subtipo representa a un vaso de tendencia bitroncocónica menos acusada, con la línea de carena alta y mucho más suave. Dicha línea está perfectamente definida por una leve incisión. Así mismo, el borde lleva un labio engrosado y saliente.

Bases

1. Base plana, de amplias dimensiones; se correspondería a las piezas comunes de mayor tamaño.
2. Base plana, con una proporción de tamaño mucho menor en relación al diámetro máximo de la pieza que sustentaba.
3. Base umbilicada de pequeñas dimensiones; debió de pertenecer a las cerámicas más cuidadas con formas de cuencos, platos o vasos carenados.
4. Base plana, cuyo rasgo diferencial frente al tipo 1, estriba en la rebaba saliente.

Decoración plástica

1. El único tipo recogido es el correspondiente a un mamelón de sección semicircular.

LA DECORACIÓN CERÁMICA

Las características ornamentales (Fig. 33) de los recipientes comunes de este conjunto vascular consisten en una alta proporción, en impresiones realizadas directamente sobre la superficie de la vasija y no, sobre aplicaciones plásticas. Dichas impresiones afectan a dos zonas muy concretas: el labio y el hombro. Además, es posible que el tratamiento zonal con la técnica de «cepillo» deba ser considerado también como otro efecto ornamental (lámina III). Tanto ese tipo de impresiones concretas, efectuadas en labio y hombros, como los acabados «a cepillo» nos llevan a paralelos muy próximos con los grupos de los «Campos de urnas» del Alto Ebro: Alava (24), Navarra y La Rioja (25), como con el Bronce Final del suroeste (26).

Por otra parte, los recipientes finos marcan unas posibles áreas de relaciones bastante menos concretas. Así, las superficies cubiertas con «almagra» son un auténtico fósil director que caracteriza el Bronce Final del sureste y Alta Andalucía (27); por el contrario, la retícula incisa que decora la cara interna de un cuenco, de superficie muy bruñida (lámina IV,c), parece ser una interpretación muy singular de la decoración de «retícula bruñida», característica de algunos platos típicos del Bronce Final del suroeste peninsular (28). Un segundo elemento decorativo: los dientes de lobo incisos, con entramado de líneas verticales, también incisas, nos lleva, en cambio, a paralelos bastante estrechos con uno de los diseños ornamentales mejor identificados en

(24) LLANOS, A. y otros: «El castro del Castillo de Henayo (Alegria de Alava). Memoria de excavaciones. Campaña de 1979-1980». *Estudios de Arqueología alavesa*, 8, 1975. Y UGARTECHEA, J. M. y otros: «El castro de las Peñas de Oro (Valle de Zoya, Alava)». *Investigaciones arqueológicas en Alava 1957-68*, Vitoria, 1971, pp. 217-287.

(25) CASTIELLA, A.: *La Edad del Hierro en Navarra y La Rioja*. Pamplona, 1977.

(26) ALMAGRO GORBEA, M.: *El Bronce Final y el Periodo orientalizante en Extremadura*. «Biblioteca Prehistórica hispana», vol. XIV, Madrid, 1977, pp. 81-149.

(27) GONZALEZ PRATS, A.: «Los nuevos asentamientos del final de la Edad del Bronce. Problemática cultural y cronológica». *Arqueología del País valenciano: panorama y perspectivas*. Alicante, 1985, p. 166.

(28) LOPEZ ROA, C.: «La cerámica con decoración bruñida en el suroeste peninsular». *Trabajos de Prehistoria*, 34, 1977, pp. 341-370.

T. CER. DECOR.	1	2	3	4	5	6	BASES 7
IMPRESA	•	•			•		
INCISA		•		•	•	•	
CEPILLADA	•			•	•		
UNGULADA	•	•		•	•		
DIGITADA	•				•		
ALMAGRA	•	•					

ZONA B

Fig. 33. – Relación entre los tipos formales y los elementos decorativos. ZONA B.

los Campos de Urnas del NE peninsular (29) (lámina IV, a, b y c). Todos estos paralelos nos llevan a concluir que las escasísimas decoraciones que encontramos en los ejemplares finos de este establecimiento nos ponen en relación con tres de las áreas culturales más significativas del Bronce Final-I Edad del Hierro, en nuestra península, las cuales están, entre sí, claramente diferenciadas en sus conjuntos materiales.

Por su parte, la morfología de los recipientes más singulares hacen todavía más amplia la geografía de estas posibles relaciones ya que, por una parte, los vasos de cuerpo más o menos globular y cuello desarrollado nos llevan a prototipos muy generalizados entre los Campos de Urnas del NE peninsular, lo cual resulta lógico si pensamos que son algunos de estos ejemplares los que presentan la ornamentación de dientes de lobo, también característica de esta área cultural. En cambio, las pequeñas cazuelitas de galbo muy acusado, carenado o bulboso, y boca desarrollada y hacia afuera (tipo VI), son un elemento muy característico de una gran parte de los círculos culturales de la Primera Edad del hierro peninsular. Este hecho es ampliamente contrastado por Fernando Romero en su trabajo sobre la cerámica de la Primera Edad del Hierro en la Cuenca media del Duero. Concretamente apunta la presencia de este tipo formal, entre los siglos VIII a VI antes de Cristo, en el Levante y sureste, así mismo la documenta en el Bronce II del suroeste, desde fines del siglo X hasta el siglo VII antes de Cristo. Igualmente la identifica en el Alto Ebro, en yacimientos pertenecientes a grupos de los Campos de Urnas, fechados en los siglos VII y VI antes de Cristo y, por supuesto, no falta en el área objeto del estudio de ese autor, el Duero Medio, a partir del siglo VII (30). Ahora hay que añadir a todos esos puntos, la zona oriental de la Submeseta sur, ya que no sólo la encontramos en Madrid, sino que se documenta también en Riosalido (Guadalajara) (31) y en algunas de las necrópolis conquenses (32), fechándose los contextos en los que aparece entre fines del siglo VIII y el siglo VI antes de Cristo, momento en el que, sin duda, tuvo su máxima difusión.

(29) RUIZ ZAPATERO, G.: *Los campos de Urnas del NE. de la Península ibérica*. Madrid, 1985, Tomo II, pp. 733-739.

(30) ROMERO CARNICERO, F.: «Notas sobre la cerámica de la primera edad del hierro en la Cuenca media del Duero». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVI, 1980, pp. 139-144.

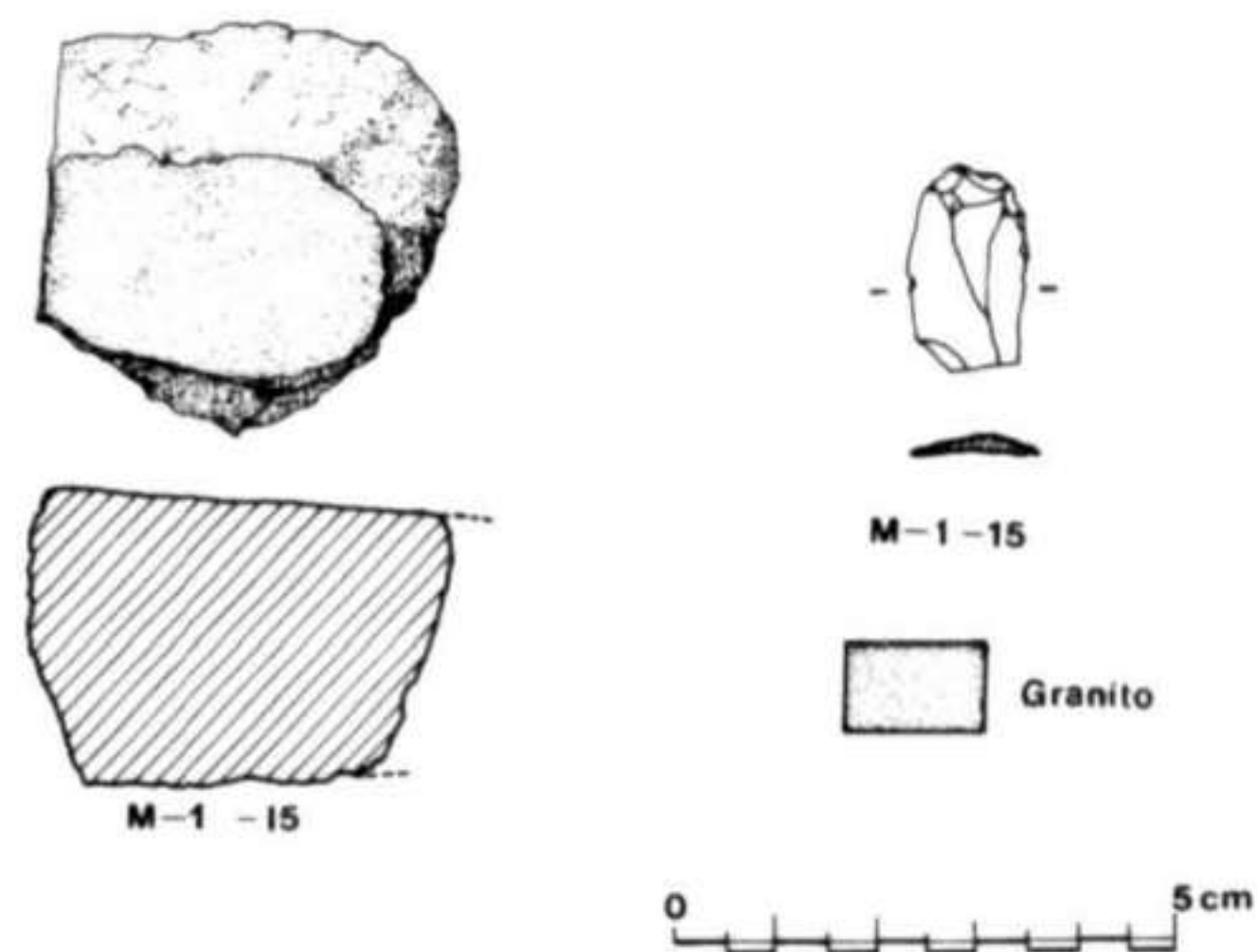
(31) FERNANDEZ-GALIANO, D.: «Notas de Prehistoria seguntina». *Wad-al-Hayara*, 6, 1979, pp. 23-29, fig. 2, láms. XVI-XVIII.

(32) MENA MUÑOZ, P.: *Catálogo de cerámicas de necrópolis de la Edad del Hierro del Museo de Cuenca*. «Boletín del Museo provincial de Cuenca», I, 1984, p. 97, forma VI.

Las dos formas más significativas a las que hemos hecho referencia resultan, además, los recipientes de las producciones cuidadas que son objeto de ornamentaciones más complejas y los que con más frecuencia se encuentran decorados, seguramente porque el resto de los recipientes, fabricados dentro de unas pautas mucho más tradicionales, son productos a los que se les presta una menor atención.

A la luz de todos estos datos, nos encontramos que las características de la zona B del sector III de Getafe, al igual que la del otro yacimiento madrileño, perteneciente al mismo horizonte cultural: Cerro San Antonio (33), apuntan a una amplia red de contactos con los más importantes y significativos círculos culturales peninsulares del momento, lo que podía justificarse por la posición estratégica de la zona, en un punto clave de la red de comunicaciones, entre las regiones más dinámicas del momento como son el Valle del Ebro, punto de mayor concentración de los grupos de los Campos de Urnas, el sudeste, donde comienzan a aparecer los primeros influjos precoloniales mediterráneos y el suroeste, área en la que está en plena pujanza el Bronce Final orientalizante.

Fig. 34. – Material lítico. ZONA B.



LOS RESTOS LÍTICOS

Como en el caso de la zona A, son escasos y poco significativos los hallazgos de elementos líticos ya que, en el interior de la superficie del «fondo de cabaña», sólo se recogieron veintidós pequeñas lascas de sílex, diez de cuarcita, once nódulos, de ellos seis de sílex y los cinco restantes de cuarcita. Pero además, de todo este material, sólo una de las lascas de sílex presenta algunas huellas de uso y otras dos muestran indicios de haber sido sometidas al fuego. Por otra parte, la amorfa morfología de todos estos elementos hace pensar en que la mayoría de ellos son productos de fortuna.

A todo el conjunto enumerado cabe añadir la existencia de un pequeño fragmento perteneciente a un molino barquiforme, realizado en piedra de granito, cuyas características son muy similares a los fragmentos de este mismo objeto recogidos en la Zona A (Fig. 34). La falta de significación de estos materiales nos impide extraer consecuencias de tipo cultural o económico, a no ser la continuidad de uso de los molinos de tipo barquiforme, empleados por gentes precedentes, como es el caso del asentamiento de la zona A de este mismo Sector III de Getafe. Este mismo hallazgo del fragmento de molino implica que su fabricación requería la obtención de su materia prima en lugares de litología distinta a la de la zona circundante al yacimiento. Por otra parte, este mismo molino es el único elemento que está directamente relacionado con posibles actividades derivadas del cultivo del cereal.

EL METAL

Mucho más escaso que la piedra, resulta todavía el material metálico, ya que la única pieza elaborada con este tipo de materia prima es un punzón de bronce, biapuntado, de sección cuadrada. Mide 61 milímetros de longitud de 3,5 milímetros de anchura máxima (Fig. 35). Presenta el extremo activo muy aguzado y el posterior mucho más romo. No hay duda de que se trata de un objeto que se utilizó enmangado, pues es perfectamente palpable la pátina correspondiente a una materia de estructura porosa (hueso o madera) que afecta al tercio posterior de la pieza, cubriendo, exactamente, 21 milímetros de longitud.

Se trata de un objeto muy abundante en yacimientos de toda la Edad del Bronce y es, sin duda, el útil metálico más frecuente en el Bronce Final de esta área en la que los hallazgos metálicos son particularmente escasos. Concretamente punzones similares han aparecido en el yacimiento del Arenero Soto del kilómetro 7 derecha de la carretera de San Martín de la Vega (Getafe, Madrid) (34) y en el yacimiento de la Muela de Alarilla (Guadalajara) (35). Sin embargo lo extraordinario de este hallazgo es la excelente calidad del bronce en el que ha sido confeccionado constituido por un 22% de estaño y un 76,74% de cobre, lo que significa, casi un bronce puro, con varios puntos porcentuales de estaño más que lo que es habitual en los bronce de este momento en los que el contenido de estaño no suele sobrepasar el 18%. La falta de un espectro amplio de metalografías nos impide, por el momento, saber si esta composición se debe a una causa determinada o, por el contrario, es fruto de la improvisación en la preparación de las coladas, o del buen hacer de los fundidores. De todas formas no se puede olvidar que Madrid está dentro del mapa de las provincias que, todavía en la actualidad, son productoras de estaño, marcando uno de sus límites más orientales (36).

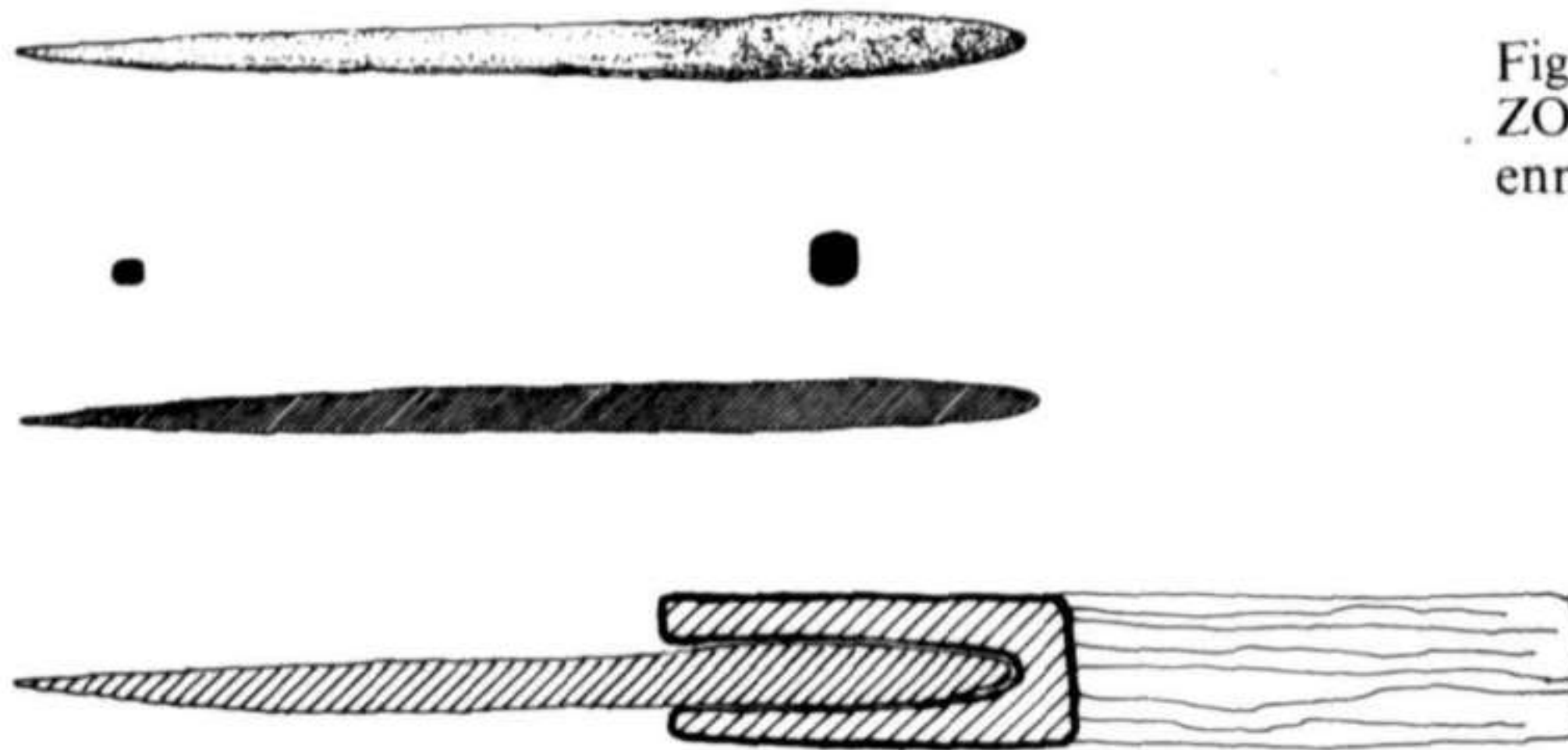


Fig. 35. - Punzón de Bronce hallado en la ZONA B y reconstrucción de su posible enmangue.

LOS RESTOS ÓSEOS ANIMALES

La muestra de fauna obtenida en esta zona B es realmente exigua, estando presentes las mismas especies que en la zona A: bos, sus, ovicápridos y lepus, a las que hay que añadir el equus, no pudiéndose contabilizar, en ningún caso, un número mínimo de individuos superior a uno. A excepción de la liebre, todas son especies do-

(33) BLASCO, C., LUCAS, R. y ALONSO, A.: «Nuevo yacimiento prehistórico de la provincia de Madrid: El Cerro de San Antonio». *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 1985, pp. 267-278.

(34) MARTINEZ NAVARRETE, M.^a I. y MENDEZ MADARIAGA, A.: [5], pp. 229 y 231 y fig. 17,3 de la p. 230.

(35) MENDEZ MADARIAGA, A. y VELASCO STEINGRAD, F.: «La Muela de Alarilla. Un yacimiento de la Edad del Bronce en la cuenca media del río Henares». *Revista Arqueología*, Año V, n.º 37, p. 15, foto superior.

(36) RAURET, A. M.^a: *La metalurgia del bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro*, Barcelona, 1976, p. 53.

místicas que no corresponden a un biotipo concreto, pues mientras los ovicaprinos pueden subsistir en pastos pobres, el ganado bovino necesita biotipos mucho más ricos. Por su parte, la presencia de equus, no resulta extraña si tenemos en cuenta que está atestiguada en esta zona a partir del Horizonte Cogotas I, en el Bronce Final, faltando, hasta el momento, en los repertorios de los yacimientos del Bronce Pleno de la región, como es el caso del «Tejar del Sastre», o la propia zona A de este sector III de Getafe.

Por último, como en la zona A, choca también la ausencia de especies salvajes de fauna mayor, contrastando con los resultados proporcionados por los hallazgos de fauna del «Cerro de San Antonio», perteneciente al mismo horizonte cultural, donde además del ciervo está presente el oso, no obstante, lo exiguo de la muestra, puede ser causa más que justificable de esta ausencia.

CONSIDERACIONES FINALES

La zona A de este nuevo yacimiento del sector III de Getafe corresponde a uno de los típicos sitios arqueológicos madrileños de la edad del bronce, denominados de «fondos de cabaña». Como en la mayoría de las ocasiones, está situado en una terraza fluvial, en un paraje abierto y llano donde no existe posibilidad de control y defensa. Su distancia al cauce del río Manzanares —unos diez kilómetros en línea recta— debió de estar compensada por la existencia de una pequeña vía de agua y de una lagunilla, según parece desprenderse por la configuración actual del terreno. Los reiterados hallazgos producidos en la zona, indican que el establecimiento tuvo una superficie muy superior a la existente en el momento de la excavación, la cual podría cifrarse en torno a una hectárea.

El grado de arrasamiento en que se encontró nos ha privado de muchos datos, pero se ha podido constatar que el contenido de los «fondos» presentaba variaciones de coloración y de textura, lo que nos hace pensar en funciones distintas. Así mismo, se ha comprobado que el fondo mejor conservado, el número 9, estaba claramente estratificado si nos atenemos a las características de los contenidos geológicos, aunque los materiales no evidencian un cambio cultural. Lo que podría explicarse exclusivamente por la diferente proporción de materia orgánica contenida en cada una de las partes de la cubeta.

Los materiales mobiliarios y, más concretamente, la cerámica, permiten incluir este conjunto dentro de un Bronce Pleno, posiblemente reciente, horizonte que empieza a definirse perfectamente en el área de Madrid (Fig. 36), donde, aunque existen abundantes paralelos con las regiones próximas, particularmente La Mancha y la Región valenciana (Fig. 37), se detecta una innegable personalidad reflejada en el carácter tradicional de sus hábitats. Así, frente al importante esfuerzo constructivo y novedades arquitectónicas que se observan en esta etapa, tanto en los poblados de altura como en las motillas de la región manchega o en los hábitats de la zona valenciana, encontramos aquí una continuidad de establecimientos, tanto con la etapa precedente, la campaniforme, como con la subsiguiente, el Horizonte Cogotas I.

Estos establecimientos constituidos por agrupaciones de someras cabañas, hechas exclusivamente con materiales perecederos no han dejado, hasta el momento, ningún reflejo sobre el terreno. No obstante, esta idea podría cambiar si algún día se comprueba que las ocupaciones temporales en terrazas fluviales, están en relación con poblados estables situados, quizás, en la zona de la sierra, de donde tenemos noticias de yacimientos encuadrables en este momento, en los que existen estructuras sólidas, que se podrían parangonar con los de La Mancha o la Región valenciana.

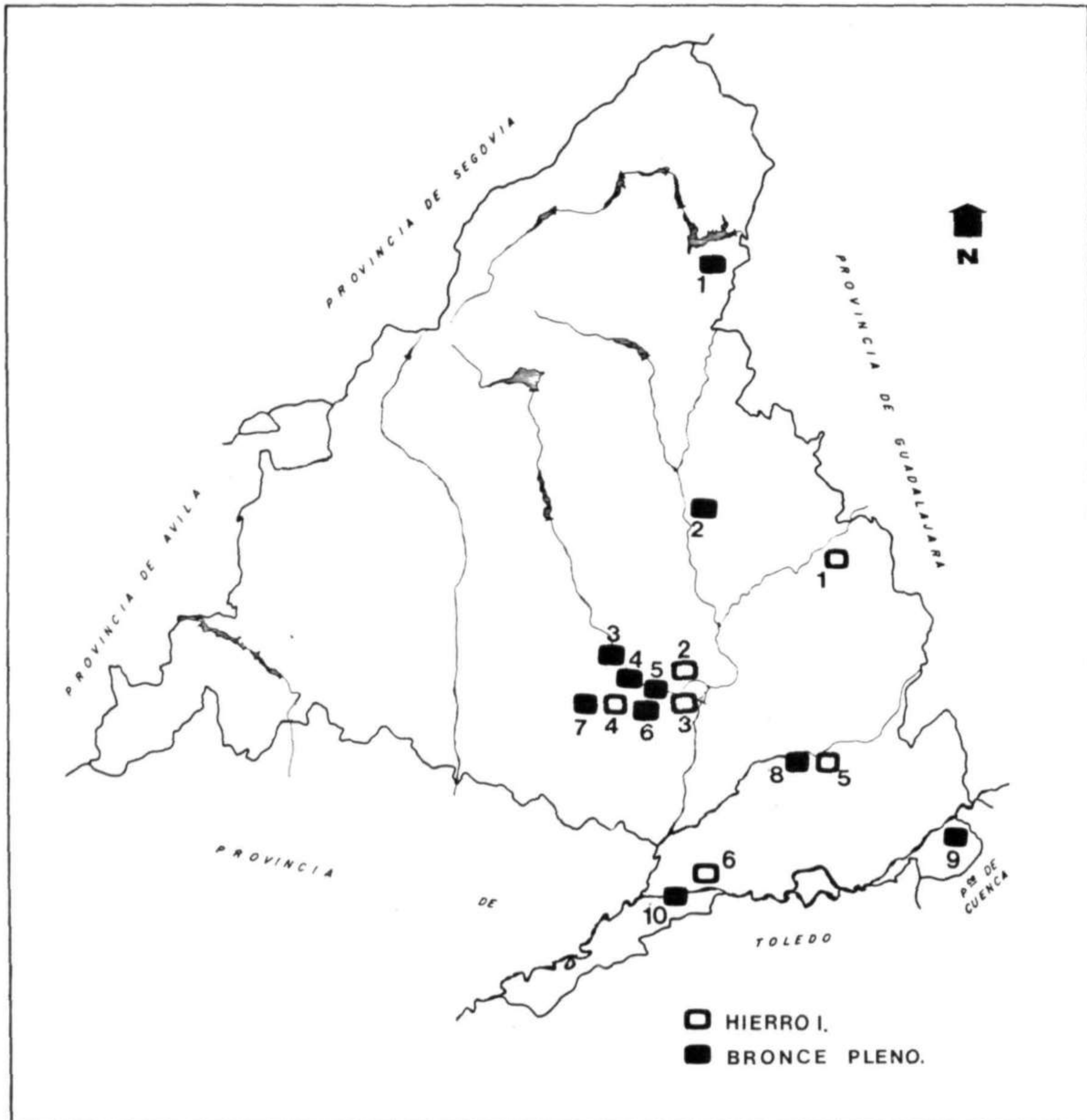


Fig. 36. – Mapa de dispersión de los yacimientos del Bronce Pleno y del Hierro I en la provincia de Madrid.

BRONCE PLENO:

1. Cueva del Aire (Patones).
2. Paracuellos del Jarama.
3. Arenero de La Perla.
4. Arenero de Euskalduna.
5. Arenero Quitapaenas.
6. Tejar del Sastre.
7. SECTOR III (Getafe).
8. Tielmes. Perales de Tajuña.
9. Cueva de Pedro Fernández.
10. Aranjuez.

HIERRO I:

1. Ecce Homo (Alcalá de Henares).
2. Cerro de S. Antonio.
3. La Aldehuela.
4. SECTOR III (Getafe).
5. Perales de Tajuña.
6. Aranjuez.

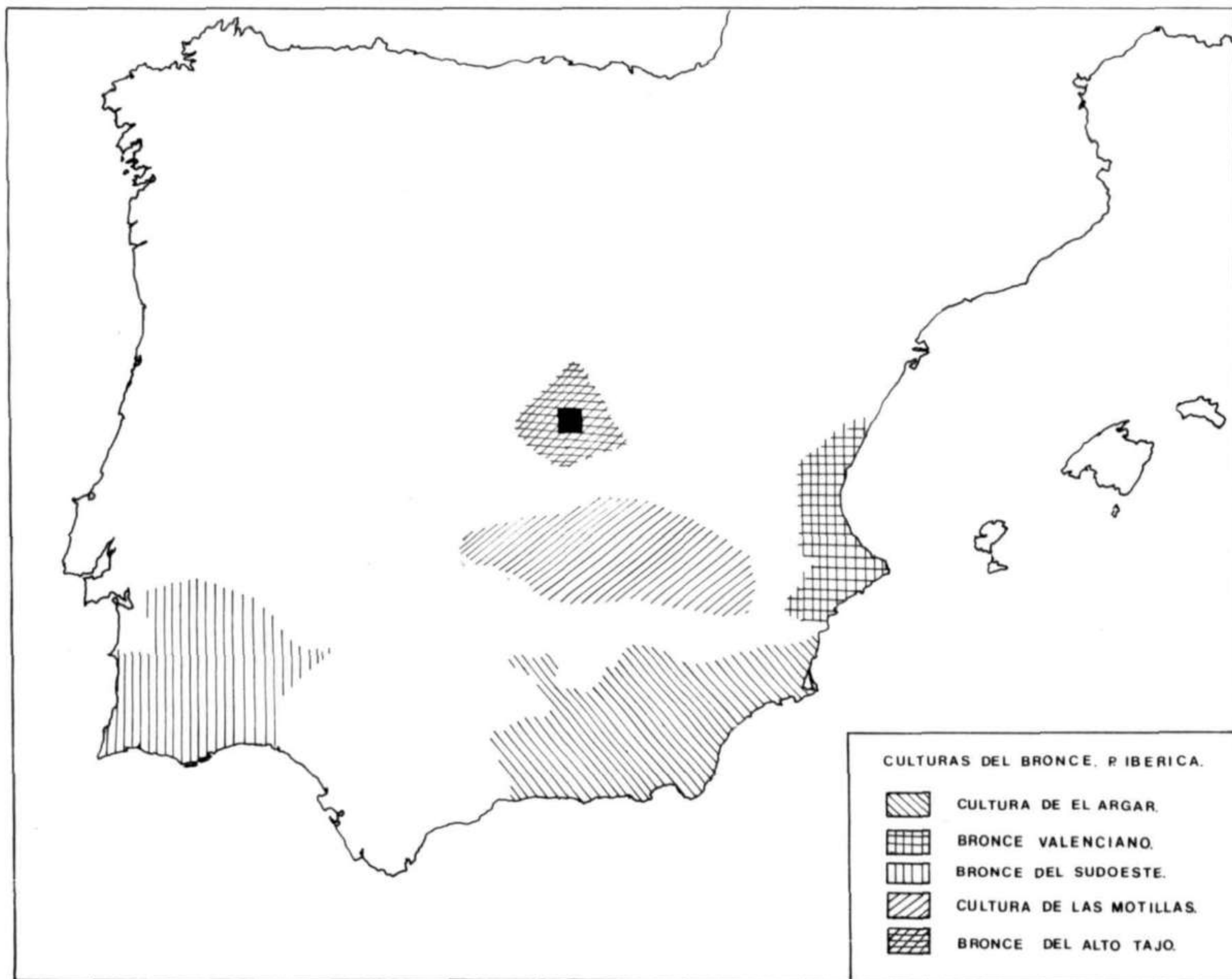


Fig. 37. – Mapa de localización de las principales áreas culturales del Bronce Pleno Peninsular.

De momento, con los datos que hoy tenemos, podemos afirmar que el Bronce Pleno en la provincia de Madrid, comienza a ser un horizonte bien representado, si nos atenemos al número de yacimientos conocidos (Fig. 36), aunque, en la mayoría de los casos, las circunstancias de los hallazgos nos impiden hacer una reconstrucción de las características culturales de este momento. No obstante, se puede afirmar que se intuye una cierta diversidad en los hábitats y en los ámbitos de ocupación, ya que frente a yacimientos en cueva como las de Pedro Fernández, en Estremera (37) y del Aire de Patones (38), hay asentamientos al aire libre, tanto en las terrazas bajas de los ríos: Fábrica de Euskalduna (39), Tielmes (40) o los areneros de Las Mercedes, Quitapenas y La Perla (41), como en las terrazas medias o altas: Tejar del Sastre (42) y Sector III de Getafe; si bien el hábitat en cueva debe de tomarse todavía con ciertas reservas, ya que se ha planteado la hipótesis de que los restos de esta etapa del Bronce Ple-

(37) POYATO HOLGADO, C. y otros: «El Neolítico y la Edad del Bronce en la provincia de Madrid». *II Jornadas de Estudios sobre la provincia de Madrid*, Madrid, 1980, pp. 38 y ss.

(38) FERNANDEZ POSSE, M.^a D.: [13].

(39) ALMAGRO BASCH, M.: [2].

(40) SANCHEZ MESEGUER, J. y otros: *El Neolítico y la Edad del Bronce en la región de Madrid*. «Arqueología y Paleoecología, 3», Madrid, 1983, p. 53, n.º 106 del catálogo de yacimientos.

(41) PEREZ DE BARRADAS, José: «Nuevos estudios sobre Prehistoria madrileña. I. La colección Bento». *Anuario de Prehistoria madrileña*, vols. IV, V y VI, Madrid, 1936, pp. 48 y 73.

(42) QUERO CASTRO, S.: [7].

no localizados en la Cueva del Aire puedan pertenecer a un enterramiento (43) y parece que, al menos algunas de las zonas de la Cueva de Pedro Fernández, están dedicadas a «depósitos de inhumaciones con ajuares cerámicos y de animales» (44), a lo que hay que añadir un yacimiento al aire libre en la entrada de esta cueva, que muy bien pudiera haber sido el hábitat de las gentes que excepcionalmente utilizaron, para usos muy concretos el interior de la gruta.

Esta versatilidad de ocupaciones y hábitats, no puede ni debe interpretarse como una diversidad cultural, ni como reflejo de influencias múltiples, sino más bien como consecuencia de una perfecta adaptación de estas gentes a su entorno. En este mismo sentido debe de contemplarse la idea de que un mismo grupo produjera tipos de hábitats diferentes, relacionados con las distintas actividades realizadas a lo largo de un determinado período temporal, las cuales debían de imponer ciertos desplazamientos. Por ello pensamos que todas estas manifestaciones deberían interpretarse como una unidad cultural, en la que es difícil de mantener la dicotomía propuesta por algunos autores de un «bronce pleno metropolitano» y «un bronce pleno del resto de la provincia» (45).

Dentro de las manifestaciones espirituales, el nuevo yacimiento que estudiamos aporta la posibilidad de que algunos de los «fondos» sean verdaderos depósitos de ofrendas rituales, cuyo sentido se nos escapa por haber llegado hasta nosotros tan parcialmente conservado. Estas ofrendas constatadas son básicamente de animales y parecen estar en relación con ritos de fuego. En este contexto no es improbable que puedan estar en relación con algún enterramiento ya que otros yacimientos de fondos como el «Tejar del Sastre» (46) o los Areneros de Quitapenas (47) y de la Fábrica de Euskalduna (48), han proporcionado este tipo de manifestaciones funerarias, concretamente de inhumaciones individuales en pithoi. Estas inhumaciones contrastan con las practicadas en las cuevas, cualidad que parece marcar el carácter del Bronce Pleno en esta región, en el que las tradiciones de la zona se yuxtaponen a novedades, posiblemente introducidas por relación con otros círculos culturales.

Desde el punto de vista económico, el conjunto del sector III de Getafe aporta una pequeña muestra de fauna en la que choca la ausencia de especies salvajes, con excepción de la liebre, faltando por completo la caza mayor y, más concretamente, el ciervo, cuya presencia está atestiguada en todos los conjuntos faunísticos del horizonte posterior de Cogotas I, por muy reducidas que sean las muestras (49). Esta significativa ausencia se da también en El Tejar del Sastre, donde los restos animales son más numerosos que en el nuevo yacimiento. Las tres especies domésticas con las que contamos: bos, ovicápridos y suidos son las habituales en todos los conjuntos del holoceno, resultando imposible extraer deducciones de los porcentajes en que aparecen, debido al tamaño de la muestra.

La actividad agrícola está también indirectamente atestiguada por una relativa cantidad de restos de molino o manos de moler, aunque, como ya apuntamos en su momento, el grado de rodamiento en que aparecieron todos estos restos, no descarta la posibilidad de que fueran depositados, habiendo sido utilizados en una función secundaria, una vez amortizados, por lo que pudieron haber sido transportados al lugar, empleándose ya en su función secundaria. Un detalle de interés para aproximar-

(43) FERNANDEZ POSSE, M.^a D.: [13], p. 59.

(44) SANCHEZ MESEGUER, J. y otros: [40], p. 77.

(45) SANCHEZ MESEGUER, J. y otros: [40], p. 79.

(46) PEREZ DE BARRADAS, J.: [41], pp. 49 y 73.

(47) PEREZ DE BARRADAS, J.: [41], p. 71.

(48) ALMAGRO BASCH, M.: [2], p. 20.

(49) Véanse los correspondientes informes en ALMAGRO GORBEA, M. y FERNANDEZ GALIANO, D.: *Excavaciones en el Cerro Ecce Homo (Alcalá de Henares, Madrid)*. «Arqueología, 2», Madrid, 1980 y BLASCO BOSQUED, M.^a C.: [8] y MARTINEZ NAVARRETE, M.^a I. Y MENDEZ MADARIAGA, A.: [5], los dos primeros realizados por Arturo Morales y el tercero por Enrique Soto.

nos a los avances incorporados a este tipo de actividad, es el indicio de castración que se deduce a través de la deformación que presentan los metápodos de bóvido localizados en el fondo número 9, hecho que puede interpretarse como la utilización del animal como fuerza de tiro, bien sea en faenas agrícolas o ganaderas, bien, exclusivamente, para desplazamientos.

La actividad artesanal está únicamente representada a través del conjunto vascular, ya que la muestra de elementos líticos, fuera de los restos de molinos, no permite hablar de una verdadera industria del sílex o de la cuarcita, aunque esta manufacturación esté muy bien atestiguada en otros yacimientos de la región (50). Tampoco hemos encontrado ni una sola muestra de objetos metálicos, lo que no es extraño si tenemos en cuenta que este tipo de hallazgos es realmente excepcional en los yacimientos madrileños de este horizonte, ya que se reducen a la espada del arenero de La Perla (51), y a algunos punzones procedentes de la Cueva de Pedro Fernández (52).

La cerámica del yacimiento presenta, como en la inmensa mayoría de los conjuntos, dos series de producciones, una de vasos de acabados toscos o, a lo sumo, simplemente alisados, con decoraciones muy escasas, reducidas a impresiones, situadas en los labios, y con morfologías también sencillas que entroncan con las producciones precedentes de recipientes comunes, y otra serie, la que hemos denominado forma 7, de superficies muy cuidadas, espatuladas o bruñidas, con perfiles carenados que representan una novedad con respecto a los horizontes precedentes y que señalan un claro paralelismo con los modelos más característicos de otros círculos culturales del Bronce Pleno peninsular, posiblemente de un momento avanzado.

En conjunto todos los elementos culturales parecen indicar una aculturación durante el Bronce Pleno de esta zona, entre las tradiciones locales y algunas influencias exógenas, produciéndose así un círculo con personalidad propia (53) que, en modo alguno, debe de considerarse como satélite ni del Bronce manchego ni de la región valenciana y, mucho menos, como reflejo del mundo argárico, ya que todos estos círculos del Bronce Medio, han sido definidos por una serie de rasgos, entre los que destaca, en todos los casos, las especiales características urbanas, que no están presentes en ninguno de los yacimientos madrileños conocidos hasta el momento.

En todo este contexto, la zona A del sector III de Getafe viene a añadir un punto más en el mapa del Bronce Pleno madrileño. A falta de las fechas que puedan proporcionarnos los análisis radiocarbónicos, pensamos que el nuevo conjunto debe incluirse en un Bronce Pleno Reciente B, que T. Nájera sitúa entre 1400 y 1300 antes de Cristo, para el área de la Mancha (54), lo que significaría situarlo inmediatamente antes del inicio del desarrollo del Horizonte Cogotas I, tan bien representado en la región.

La zona B: Los datos que aporta la zona B nos indican que estamos ante otro asentamiento, aunque en este caso perteneciente a la Primera Edad del Hierro. La mayor novedad de este lugar, la representa la existencia de la planta de una estructura, ya que es el primer indicio claro de este tipo que tenemos en el área del Alto Tajo para este horizonte cultural, momento del que únicamente conocíamos algunos «suelos de ocupación», como son los excavados en La Muela de Alarilla (55) o en El Cerro de San Antonio de Madrid, ambos yacimientos de cronología muy similar a la de los restos que nos ocupan. En estos «suelos» aparecen restos de hogares, pequeños orificios pertenecientes a posibles pies de postes, cubetas excavadas en el subsuelo,

(50) ALMAGRO BASCH, M.: [2] y SANCHEZ MESEGUER, J.: [40].

(51) ALMAGRO GORBEA, M.: «La espada de Guadalajara y sus paralelos peninsulares». *Trabajos de Prehistoria*, 29, 1972, pp. 55-82, vid. especialmente p. 77.

(52) SANCHEZ MESEGUER, J.: [40].

(53) FERNANDEZ-MIRANDA, M.: «La Arqueología de Madrid». *I Jornadas de estudios sobre la provincia de Madrid*, Madrid, 1979, p. 28.

(54) NAJERA, T.: [9], p. 24.

(55) MENDEZ MADARIAGA, A. y VELASCO STEINGRAD, F.: [35], pp. 8-15.

etc., pero no resulta fácil identificar ni las dimensiones ni la forma de las plantas de las posibles estructuras.

En nuestro yacimiento, en cambio, resulta perfectamente identificable el tamaño y morfología de una posible cabaña, gracias a que fue parcialmente excavada en el subsuelo con el fin de que quedara mejor anclada. Estos nuevos indicios del sector III de Getafe vuelven a confirmar que durante la Primera Edad del Hierro persistía en el Alto Tajo un tipo de hábitat tradicional, consistente en agrupaciones de cabañas de paredes curvilíneas, de forma circular u oval, realizadas básicamente con materiales orgánicos, revestidos de manteados de barro.

Este bajo nivel constructivo, contrasta con el alto desarrollo urbano que en estos momentos se registra en el Valle del Ebro, zona que tradicionalmente había mantenido una escasa o nula actividad constructiva. Por el contrario, otras zonas peninsulares que durante la edad del Bronce Pleno habían llegado a crear importantes estructuras urbanas, como es el caso del área argárica, durante el Bronce Final y comienzos de la Edad del Hierro, evidencian un claro retraimiento que se superará definitivamente en los albores de la Segunda Edad del Hierro como consecuencia de los primeros influjos de los pueblos colonizadores.

En general, las regiones que mantienen mayor relación cultural con el área que nos ocupa, desarrollan en este momento de la Primera Edad del Hierro un urbanismo relativamente heterogéneo, en el que parecen sintetizarse las tradiciones locales con las novedades que llegan de otras zonas. En este sentido es especialmente significativo el caso del yacimiento alicantino de La Peña Negra de Crevillente, donde coexisten fondos de cabaña realizados, tanto en material perecedero, como con un alma de pequeñas lajas, y estructuras de muros rectilíneos, con basamentos de zócalos líticos (56). Las estructuras circulares poseen unas dimensiones en torno a los cinco o seis metros de diámetro, lo que representa un tamaño bastante similar al fondo excavado en el sector III de Getafe.

En otros establecimientos levantinos de la Primera Edad del Hierro se observa una clara continuidad desde el Bronce valenciano, en los sistemas constructivos, como es el caso de Vinarragell, Los Villares o los Saladares (57), en los que se sigue utilizando el sistema de estructuras angulares, con basamentos líticos y muros de adobes o tapial, semejantes a los de la etapa precedente.

En cambio en algunos yacimientos argáricos del sudeste como es el caso del Cerro de La Encina, sobre las estructuras rectilíneas del Bronce pleno se asientan «cabañas de adobe, seguramente de gran amplitud, con pavimentos de guijarros o de arcilla apisonada, rojiza y potente, situados en determinadas zonas de las cabañas, probablemente a tenor de su función en el interior de las mismas. Sus paredes son de adobe o de arcilla amasada...» (58).

En la Meseta Norte, con un sustrato del Bronce Final, prácticamente idéntico al de la región del Alto Tajo, pues, en ambas zonas, en el caso concreto del urbanismo, los restos inmuebles se reducen a los denominados «fondos de cabaña» aunque en realidad son simples cubetas, excavadas en el subsuelo, durante la Primera Edad del Hierro se produce un notable cambio que se traduce en la presencia generalizada de verdaderos «fondos de cabaña» que, en algunos yacimientos concretos, como es el caso de Soto de Medinilla, son realmente estructuras muy elaboradas realizadas a base de grandes adobes y en cuya planta se diferencia el vestíbulo del resto de la estancia (59), si bien en la mayoría de los casos son simples chozas hechas con materiales orgánicos y sustentadas con postes.

(56) GONZALEZ PRATS, A.: [27], pp. 155-158.

(57) GONZALEZ PRATS, A.: [27], p. 156.

(58) ARRIBAS PALAU, A. y otros: *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce «Cerro de la Encina»*, Monachil (Granada). *El corte estratigráfico*, n.º 3. «Excavaciones arqueológicas en España», n.º 81, Madrid, 1974, p. 140.

(59) PALOL, P. de y WATTENBERG, F.: *Carta arqueológica de España*. Valladolid, 1974, pp. 181-194.

Uno de los conjuntos donde se han encontrado cabañas realizadas con materiales perecederos es «La Mota», yacimiento que reviste gran importancia para conocer la evolución de las viviendas a lo largo de la Edad del Hierro en el Valle del Duero. En este establecimiento, las viviendas correspondientes a las primeras fases del Hierro I están construidas exclusivamente a base de ramajes y palos, mientras que en un segundo momento se utiliza adobes, tapial y manteados de barro en las zonas de enva-rados, con el fin de recubrirlos, en este mismo momento aparecen también los enluci-dos con diseños simples, de color rojo, en el interior de los muros. El Hierro II supone, en este yacimiento vallisoletano el abandono casi total de la madera, y el empleo generalizado del adobe (60).

Este proceso observado en «La Mota», pudo ser muy similar al que se produciría en el Alto Tajo, aunque hasta el momento no hay constancia de esa evolución en un yacimiento concreto, e incluso sólo conocemos paralelos de las fases Mota 1 y Mota 3, pero carecemos de estructuras que sean comparables a las que definen Mota 2. Concretamente el «fondo de cabaña» de la zona B del sector III de Getafe y los sue-los de ocupación de «Cerro San Antonio (Madrid) y «La Muela» de Alarilla (Gua-dalajara) podrían ser comparables a las estructuras de «La Mota I», mientras que los elementos constructivos que ha proporcionado El Cerro Redondo de Fuente el Saz del Jarama (Madrid) (61), son un claro exponente de la arquitectura del Hierro II en esta zona, la cual está realizada básicamente en adobes, pero nos falta el paso inter-medio, el correspondiente a La Mota 2, en el que se utiliza conjuntamente el adobe y la madera.

Otro rasgo que nos interesa destacar es la ubicación del yacimiento en una zona relativamente alta, al pie del Cerro de Buenavista, frente a situaciones mucho más prominentes de otros conjuntos de la misma época y adscripción cultural, pero con-trastando, de todas formas, con los tradicionales asentamientos del Bronce Final local-izados en las terrazas bajas. Desconocemos las causas exactas de este cambio regis-trado en los patrones de asentamiento del Hierro I en esta zona, ya que empiezan a conocerse ahora los primeros hábitats y todavía no se han excavado conjuntos de grandes dimensiones ni en buenas condiciones de conservación, pero no parecen res-ponder a razones de tipo defensivo, ya que, en ningún caso hay obras de carácter mi-litar ni se ha buscado una topografía especialmente difícil, por lo que habría que pen-sar en motivaciones de tipo económico, de salubridad o de salvaguarda de inmuebles y ajuares domésticos, ante posibles casos de inundación.

En conjunto se puede decir que el escaso nivel de desarrollo constructivo que en-contramos en este asentamiento de la I Edad del Hierro del sector III de Getafe y, en conjunto, en los yacimientos madrileños de este horizonte, así como en buena parte de las tierras del interior, e incluso en zonas costeras, no son casos excepcionales en el panorama de la primera Edad del Hierro europea pues aunque, con frecuencia, se observa un importante esfuerzo constructivo en obras de carácter defensivo como son las murallas, las viviendas presentan, generalmente, una fábrica de escasa envergadu-ra, favorecida por el habitual empleo de material orgánico en su construcción y, en consecuencia, suele predominar la característica cabaña de planta circular (62), sien-do, en todo caso, el área mediterránea la que presenta un desarrollo mayor, al utilizar materiales sólidos y plantas de tendencia rectangular.

A través de los materiales es fácil deducir que estamos ante un asentamiento típi-co del Hierro I madrileño que, como en el caso del Bronce Pleno, al que hemos he-cho referencia al hablar de la Zona A, es un horizonte escasamente conocido en esta

(60) GARCIA ALONSO, M. y URTEAGA ARTIGAS, M.: [23], pp. 126 a 130.

(61) BLASCO BOSQUED, C. y ALONSO SANCHEZ, A.: *El Cerro Redondo de Fuente el Saz del Jarama, un yacimiento de la Segunda Edad del Hierro*. «Excavaciones Arqueológicas en España», n.º 143, Madrid, 1986.

(62) DUVAL, P. M.: *L'Habitat et la nécropole à l'âge du Fer en Europe occidentale et centrale*. «Actes du 1.º colloque archéologique de la IVª Section de l'Ecole pratique des Hautes Etudes», Paris, 1975.

área. Concretamente en la provincia de Madrid la mayoría de los yacimientos que hemos cartografiado (Fig. 36) corresponden a hallazgos de superficie, bien fortuitos, bien producto de prospecciones sistemáticas, por lo que no conocemos las características del asentamiento o necrópolis a los que pertenecen. Hasta el momento, el único yacimiento que ha sido excavado, en una primera campaña de reconocimiento, es El Cerro de San Antonio. A pesar de ser tan escasos estos datos, se puede avanzar que esta nueva etapa de la protohistoria madrileña adquiere especial importancia por la renovación cultural que supone, fruto de intensos intercambios, pero ello sin dejar de tener una personalidad que la diferencia claramente de los otros círculos culturales peninsulares del momento, incluso con aquellos que mantiene más contactos, como puede ser el sureste, el suroeste o el Valle del Ebro.

Por su parte el material mobiliario, como ya ha quedado reflejado, evidencia importantes novedades y claros indicios de contactos relativamente intensos con una extensa área de nuestra geografía peninsular y muy especialmente con las zonas costeras meridionales. Sin duda, estos contactos se producen siguiendo las tradicionales vías utilizadas por las gentes del horizonte Cogotas I. Las causas de estos intercambios hay que buscarlas no sólo en los desplazamientos de los grupos de economía pastoril, sino posiblemente también en el comercio de metales y, particularmente en el del estaño pues, como ya ha quedado dicho, la región de Madrid es uno de los pocos puntos del interior peninsular que posee este metal. Ello pudo significar una particular intensificación de las relaciones con el suroeste, bien a través de los pasos de la Bética, lo que explicaría las afinidades con yacimientos como Cástulo, bien remontando el Tajo desde Extremadura, lo que justificaría la existencia de hallazgos como el de «El Carpio», en Toledo, con un contexto claramente orientalizante (63), aunque esta hipótesis precisa todavía de datos más abundantes y concluyentes que la confirmen.

La actividad económica que se desprende de los datos que nos proporciona esta zona B, se diferencia muy poco de la que se deduce de la zona A. En la pequeña muestra faunística únicamente queremos destacar la testimonial presencia de una falange de equus, especie que suele ser muy escasa o, incluso faltar en las series faunísticas de la etapa precedente en esta zona. Junto a agricultura y ganadería, el comercio debió tener también un papel primordial, justificando la gran cantidad de novedades asimiladas en un corto espacio temporal, en las modas que inspiran la producción vascular. Otro es el caso de la actividad metalúrgica, pues aunque parece aumentar la existencia de piezas metálicas éstas siguen siendo todavía muy escasas, sobre todo si las comparamos con áreas claramente productoras como es el suroeste, no obstante, la buenísima aleación del punzón encontrado nos indica que sus productos proceden de zonas con un alto grado de experimentación.

En suma, la existencia de estos dos nuevos «loci» viene a confirmar que las etapas anterior y posterior al Horizonte Cogotas I conocieron también una gran densidad de establecimientos aunque, posiblemente su ubicación, en muchos casos fuera de las márgenes del río que es la zona más explotada, ha impedido que tengamos un conocimiento proporcional a la cantidad de restos reales que posiblemente encierra todavía el subsuelo de Madrid.

(63) PEREIRA, J. y ALVARO, E. de: «Aportes orientalizantes en el Valle del Tajo. Una tumba de la Transición Bronce-Hierro: El Carpio (Belvís de la Jara, Toledo)». *Revista de Arqueología*, año VII, n.º 62, junio 1986, pp. 29-39.

ZONA A

n° inventario	forma				calidad				pas.		superficie				coccion			decoracion											
	borde	galbo	fondo	carena	mano	bruñida	espatula.	alisada	grosera	negra	marr.rojiz.	negra	gris	marr.pard.	rojiza	clara	reduct.	oxidant.	alternant.	impresa	incisa	boquique	puntilla.	cepillado	acanalad.	ungula.	digita.	plástica	almagra
1-1	●				●	●				●		●					●												
1-2	●				●	●				●		●					●												
1-3	●				●	●				●		●					●												
1-4	●	●			●			●		●				●					●							●			
1-5		●			●			●		●				●					●										
1-6		●			●			●		●				●					●										
1-7		●			●	●					●	●					●												
1-8		●			●			●			●			●				●											
1-9		●			●			●			●				●			●										●	
1-1	●	●			●	●				●		●					●												
1-11		●			●			●		●				●					●										
1-12		●			●			●		●		●					●												

2-1	●				●				●	●		●					●												
2-2	●				●			●			●	●							●										
2-3	●			●	●	●				●		●					●												
2-4	●			●	●			●			●			●				●											
2-5	●			●	●			●			●	●							●										
2-6	●				●			●			●	●							●										
2-7	●				●			●			●			●				●											
2-8	●				●			●			●	●							●										
2-9	●				●			●			●	●							●										

3-1	●	●			●			●		●		●					●												
3-2	●				●			●		●				●					●										
3-3		●		●	●			●		●				●					●										
3-4		●			●			●		●				●					●										

5-1	●				●				●	●				●				●											
5-2	●				●			●			●			●					●										
5-3	●				●	●				●				●					●										
5-4	●				●	●				●				●					●										
5-5	●	●			●	●				●			●					●											
5-6	●				●			●			●			●					●										

Inventario 1. - Inventario correspondiente a los materiales reproducidos a las figuras 6 y 7 (Fondos 1, 2, 3 y 5. ZONA A).

ZONA A

n° inventario	forma				calidad				pas.		superficie				coccion			decoracion											
	borde	galbo	fondo	carena	mano	bruñida	espatula.	alisada	grosera	negra	marr.rojiz.	negra	gris	marr.pard.	rojiza	clara	reduct.	oxidant.	alternant.	impresa	incisa	boquique	puntilla.	cepillado	acanalad.	ungula.	digita.	plástica	almegra
9-1	●	●	●		●	●				●	●					●													
9-2	●	●			●	●				●	●						●												
9-3			●		●	●				●	●						●												
9-4	●				●	●				●	●	●							●										
9-5	●				●	●	●			●	●			●				●											
9-6	●				●	●				●	●	●							●										
9-7	●				●	●				●	●								●										
9-8	●				●	●	●			●	●			●				●								●			
9-9	●				●	●				●	●						●										●		
9-10	●	●			●	●	●			●	●	●							●							●			
9-11	●	●			●	●	●			●	●	●							●									●	
9-12	●				●	●	●			●	●						●										●		
9-13	●				●	●	●			●	●	●					●												
9-14	●				●	●	●			●	●	●					●												
9-15	●	●			●	●	●			●	●			●				●											
9-16		●		●	●	●	●			●	●			●					●										
9-17		●		●	●	●	●			●	●								●										
9-18		●		●	●	●	●			●	●						●												
9-19		●		●	●	●	●			●	●						●												
9-20		●			●	●	●			●	●			●				●										●	

NIVEL I

9-21	●	●		●		●	●			●	●			●				●											
9-22	●					●	●			●	●							●											
9-23	●	●		●		●	●			●	●							●											
9-24	●					●	●			●	●							●											
9-25		●				●	●			●	●							●											
9-26						●	●			●	●			●				●										●	

NIVEL II

9-27	●				●	●	●			●	●	●							●										
9-28	●			●	●	●	●			●	●	●							●										
9-29	●				●	●	●			●	●			●					●										
9-30	●				●	●	●		●	●	●			●					●										

NIVEL III

Inventario 3. - Inventario referido a los materiales reproducidos en las figuras 11 y 12 (Fondo 9. ZONA A).

ZONA A

n° inventario	forma				calidad				pas.		superficie				coccion			decoracion											
	borde	galbo	fondo	carena	mano	bruñida	espatula.	alisada	groseira	negra	marr.rojiz.	negra	gris	marr.pard.	rojiza	clara	reduct.	oxidant.	alternant.	impresa	incisa	boquique	puntilla.	cepillado	scanalad.	ungula.	digita.	plástica	almegra
10-1	●				●		●			●					●		●												
10-2	●				●	●				●				●				●											
10-3	●				●	●				●	●								●										
10-4	●				●	●				●	●								●										
10-5	●				●		●			●				●				●											
10-6	●	●			●		●			●					●			●											
10-7	●				●	●				●		●					●												
10-8	●	●		●	●	●				●				●					●										
10-9	●	●			●	●				●		●					●												
10-10		●			●				●	●							●											●	
10-11		●		●	●	●				●							●												
10-12		●		●	●	●				●				●					●										
10-13	●	●		●	●	●				●							●												
10-14		●			●	●				●				●					●										
10-15		●		●	●		●			●				●					●										
10-16		●			●	●				●		●							●									●	

Inventario 4. - Inventario correspondiente a los materiales reproducidos en la figura 13 (Fondo 10. ZONA A).

ZONA A

n° inventario	forma				fa. calidad			pas.		superficie				coccion			decoracion											
	borde	galbo	fondo	carena	mano	bruñida	espatula.	alisada	grosera	negra	marr.rojiz.	negra	gris	marr.pard.	rojiza	clara	reduct.	oxidant.	alternant.	impresa	incisa	boquique	puntilla.	cepillado	acanalad.	ungula.	digit.a.	plastica
S 1	●				●		●			●			●				●											
S 2	●				●	●				●			●					●										
S 3	●				●	●				●		●					●											
S 4	●				●	●				●		●					●											
S 5	●				●			●		●			●						●									
S 6	●	●			●			●		●			●						●									
S 7	●				●			●			●		●					●										
S 8	●	●			●	●				●				●					●									
S 9	●	●			●	●				●			●						●									
S 10	●				●			●		●		●					●									●		
S 11	●	●			●			●		●				●					●									
S 12	●				●			●		●			●						●								●	
S 13	●	●			●			●		●			●						●									
S 14	●	●			●	●				●			●				●											
S 15	●	●			●	●				●			●						●								●	
S 16	●	●			●	●				●			●				●											
S 17	●				●	●					●		●					●										
S 18	●				●	●					●		●					●										
S 19	●	●		●	●	●				●			●				●											
S 20		●			●		●			●			●						●								●	
S 21		●			●	●				●			●					●						●				
S 22	●	●			●	●					●		●					●										
S 23		●	●		●	●				●			●					●										
S 24		●			●		●			●				●					●						●			
S 25		●			●			●		●			●					●										●
S 26		●			●	●				●			●						●									●
S 27		●	●		●	●				●			●						●									
S 28		●		●	●	●				●			●					●										
S 29		●		●	●	●				●			●						●									
S 30		●		●	●	●					●		●						●									
S 31		●		●	●	●		●		●			●					●										
S 32		●		●	●	●		●		●			●						●									

Inventario 5. - Inventario correspondiente a los materiales reproducidos en la figura 14 (Superficie. ZONA A).

ZONA B SUPERFICIE

n° inventario	forma				fa	calidad			pas.	superficie				coccion			decoracion												
	borde	galbo	fondo	carena		mano	bruñida	espatula.		alisada	grosera	negra	marr.rojiz.	negra	gris	marr.pard	rojiza	clara	reduct.	oxidant.	alternant.	impresa	incisa	boquique	puntilla.	cepillado	acanalad.	ungula.	digita.
S 1	●	●			●	●				●		●					●												
S 2	●	●			●	●				●		●					●												
S 3	●	●			●		●			●				●					●										
S 4	●	●			●	●				●		●					●												
S 5	●	●			●	●					●			●				●											
S 6	●	●			●	●				●				●					●										
S 7	●	●			●		●			●				●					●								●		
S 8	●	●		●	●		●			●				●					●								●		
S 9	●	●		●	●	●				●				●					●		●								
S 10	●	●			●	●				●		●					●		●										
S 11	●				●	●				●			●				●			●									
S 12	●				●			●		●				●					●								●		
S 13	●	●			●		●			●				●				●					●			●			
S 14	●				●	●				●				●				●											
S 15	●				●	●				●				●					●										
S 16	●	●			●	●				●			●				●												
S 17	●	●			●	●					●			●				●									●		
S 18	●				●		●			●		●							●								●		
S 19	●	●			●	●				●				●		●			●										●
S 20		●			●	●				●				●				●			●								
S 21	●				●	●				●				●				●											
S 22	●				●			●		●				●				●									●		
S 23		●			●		●				●			●				●											
S 24			●		●			●		●				●					●										
S 25		●		●	●		●				●			●				●									●		
S 26		●		●	●	●				●				●				●											
S 27		●		●	●	●				●				●				●			●								
S 28	●	●			●	●				●			●					●											
S 29		●			●		●			●				●				●				●							
S 30		●		●	●	●				●				●				●											
S 31		●			●		●			●				●				●					●						
S 32	●	●			●	●				●				●				●			●								
S 33			●		●		●			●				●				●											
S 34		●	●		●	●				●				●				●				●							
S1-1	●	●			●	●				●				●				●			●								
S1-2	●				●	●				●				●				●											
S1-3	●				●	●					●		●					●			●								
S1-4	●				●	●					●			●				●			●								
S1-5		●						●		●				●				●									●		

Inventario 7. - Inventario correspondiente a los materiales reproducidos en las figuras 26 y 27 (Superficie. ZONA B).

ZONA B - 15

n° inventario	forma				fa	calidad				pas.		superficie				coccion			decoracion										
	borde	galbo	fondo	carena		mano	bruñida	espatula.	alisada	grosera	negra	marr.rojiz.	negra	gris	marr.pard.	rojiza	clara	reduct.	oxidant.	alternant.	impresa	incisa	boquique	puntilla.	cepillado	acanalad.	ungula.	digita.	plástica
1-6	●	●			●	●				●				●					●										
1-7	●	●			●			●		●		●					●												
1-8	●	●			●			●		●				●					●										
1-9	●	●			●		●				●			●				●											
1-10	●	●			●	●				●				●					●										
1-11	●				●	●				●		●					●												
1-12	●	●			●	●					●		●						●										
1-13	●				●	●				●				●					●										
1-14	●				●	●				●		●					●												
1-15	●				●	●				●		●					●												
1-16	●	●			●	●				●				●					●										
1-17	●	●			●	●				●		●					●												
1-18	●				●	●					●			●				●											
1-19	●				●	●					●	●						●											
1-20	●				●	●				●		●					●												
1-21	●	●			●	●				●		●					●												
1-22	●				●	●				●		●					●												
1-23	●	●			●	●				●		●					●												
1-24	●				●	●					●		●						●										
1-25	●				●	●				●			●						●										
1-26	●				●	●					●			●				●											
1-27	●				●	●				●		●					●												
1-28	●				●	●				●		●					●												
1-29	●				●	●				●					●				●										
1-30	●				●	●				●				●					●										
1-31	●				●	●				●		●					●												
1-32	●				●	●					●				●				●										●
1-33	●				●	●				●				●					●										
1-34	●	●			●	●				●		●					●												
1-35	●				●	●				●		●					●												
1-36	●	●			●		●				●				●			●											
1-37	●	●	●		●			●		●		●					●						●			●			
1-38	●				●			●		●		●					●										●		
1-39	●				●	●				●		●					●										●		
1-40	●	●			●			●		●		●					●										●		
1-41	●	●			●	●				●		●					●										●		
1-42	●	●			●		●			●			●				●										●		
1-43	●	●			●			●		●		●					●											●	
1-44	●	●			●		●			●			●				●			●							●		
1-45	●	●			●	●				●			●				●												
1-46	●	●			●	●				●		●					●												
1-47	●	●			●	●					●				●			●											
1-48	●	●			●	●				●					●			●											

Inventario 8. - Inventario correspondiente a los materiales reproducidos en la figura 28 (Fondo de cabaña. 15. ZONA B).

ZONA B -15

n° inventario	forma				calidad			pas.		superficie				coccion			decoracion												
	borde	galbo	fondo	carena	mano	bruñida	espatula.	alisada	grosera	negra	marr-rojiz.	negra	gris	marr-pard	rojiza	clara	reduct.	oxidant.	alternant.	impresa	incisa	boquique	puntilla.	cepillado	acanalad.	ungula.	digita.	plástica	almegra
1-49	●	●			●	●				●			●				●												
1-50	●	●			●				●	●			●						●						●				
1-51	●	●			●				●	●							●												
1-52	●				●	●				●			●					●											
1-53	●	●			●	●				●					●			●											●
1-54	●	●			●		●			●			●						●										
1-55	●	●			●	●				●			●						●										
1-56	●	●			●	●				●					●				●										
1-57	●	●			●	●				●			●					●										●	
1-58	●	●			●	●				●			●					●											
1-59		●			●			●	●									●								●	●		
1-60	●				●	●				●			●					●											
1-61	●	●		●	●					●			●					●											
1-62	●				●		●			●			●	●				●									●		
1-63	●				●		●			●			●					●						●					
1-64		●			●		●			●					●			●										●	
1-65		●		●	●	●				●			●					●											
1-66		●		●	●	●				●			●					●											
1-67		●			●		●			●			●					●										●	
1-68		●			●		●			●			●					●											
1-69		●			●		●			●					●				●										
1-70		●			●		●			●					●				●										
1-71		●			●		●			●					●				●										
1-72		●			●		●			●					●				●										
1-73		●	●		●		●			●			●					●											
1-74		●		●	●		●		●	●			●					●											
1-75		●		●	●		●			●			●					●											
1-76		●		●	●	●				●			●					●									●		
1-77		●		●	●	●				●			●					●											
1-78		●		●	●	●				●			●					●											
1-79		●		●	●	●				●			●					●		●									
1-80		●		●	●	●				●			●		●			●											●
1-81		●		●	●	●				●			●					●								●			
1-82		●	●		●		●		●	●			●					●											
1-83		●	●		●		●			●			●					●											
1-84		●	●		●		●			●			●					●											
1-85		●		●	●		●			●			●					●											

INTERIOR CUBETA - 15 - 30

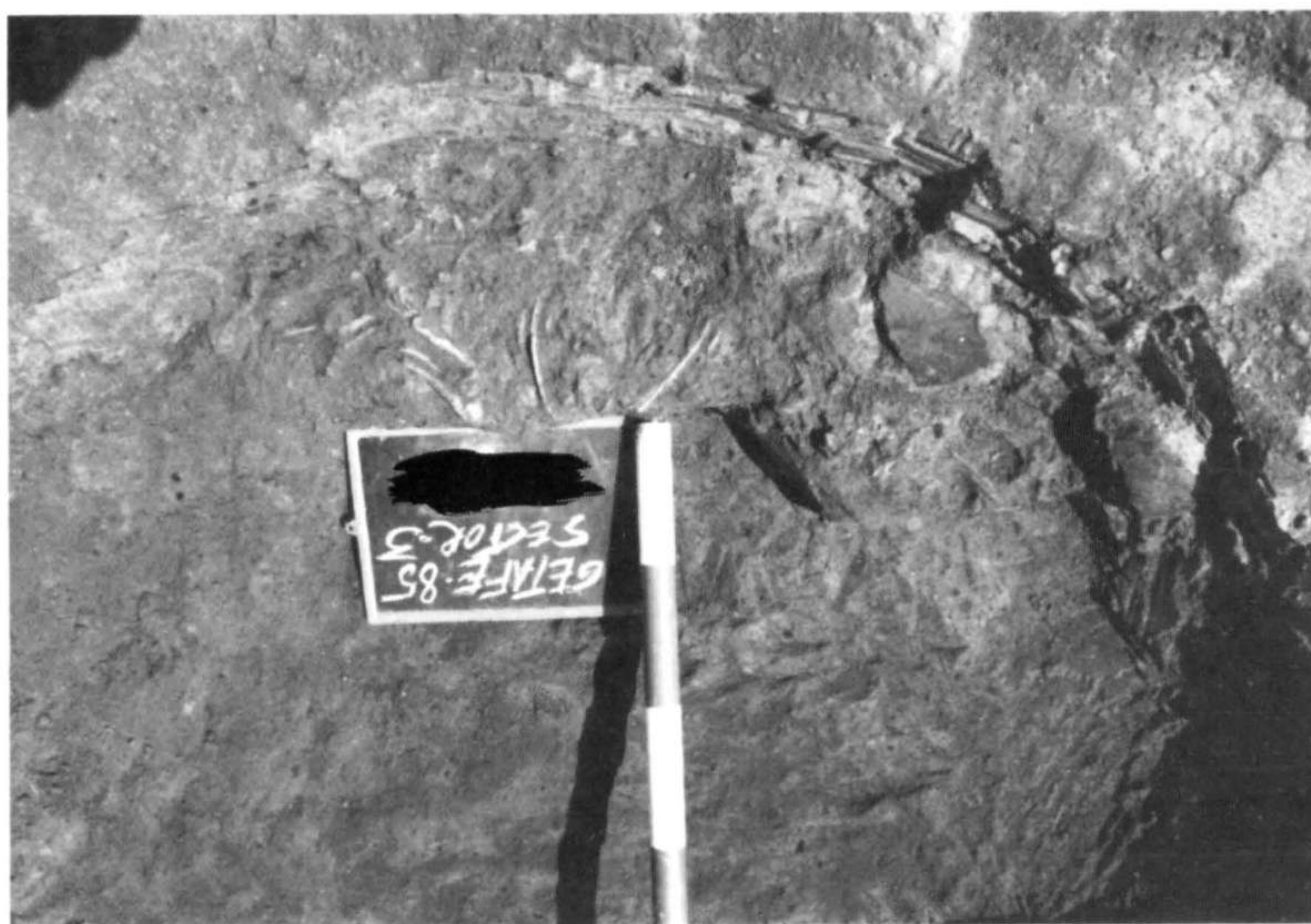
1-86	●				●		●			●							●												
1-87	●				●		●			●								●											
1-88	●				●		●			●								●	●										
1-89	●				●	●				●			●					●											
1-90		●				●				●			●					●											

Inventario 9. - Inventario correspondiente a los materiales reproducidos en las figuras 29 y 30 (Fondo de cabaña. 15 e interior de cubeta. ZONA B).

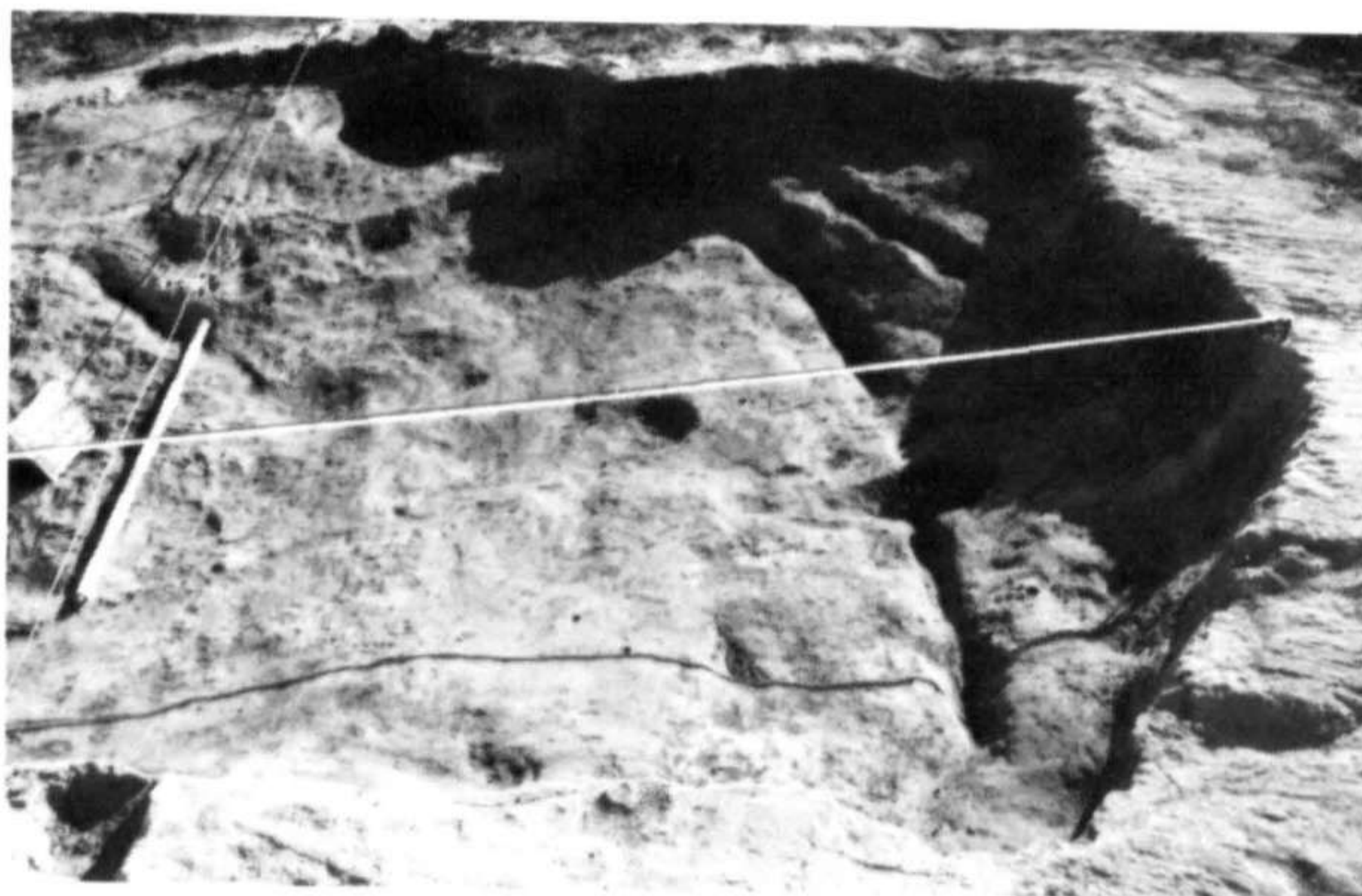
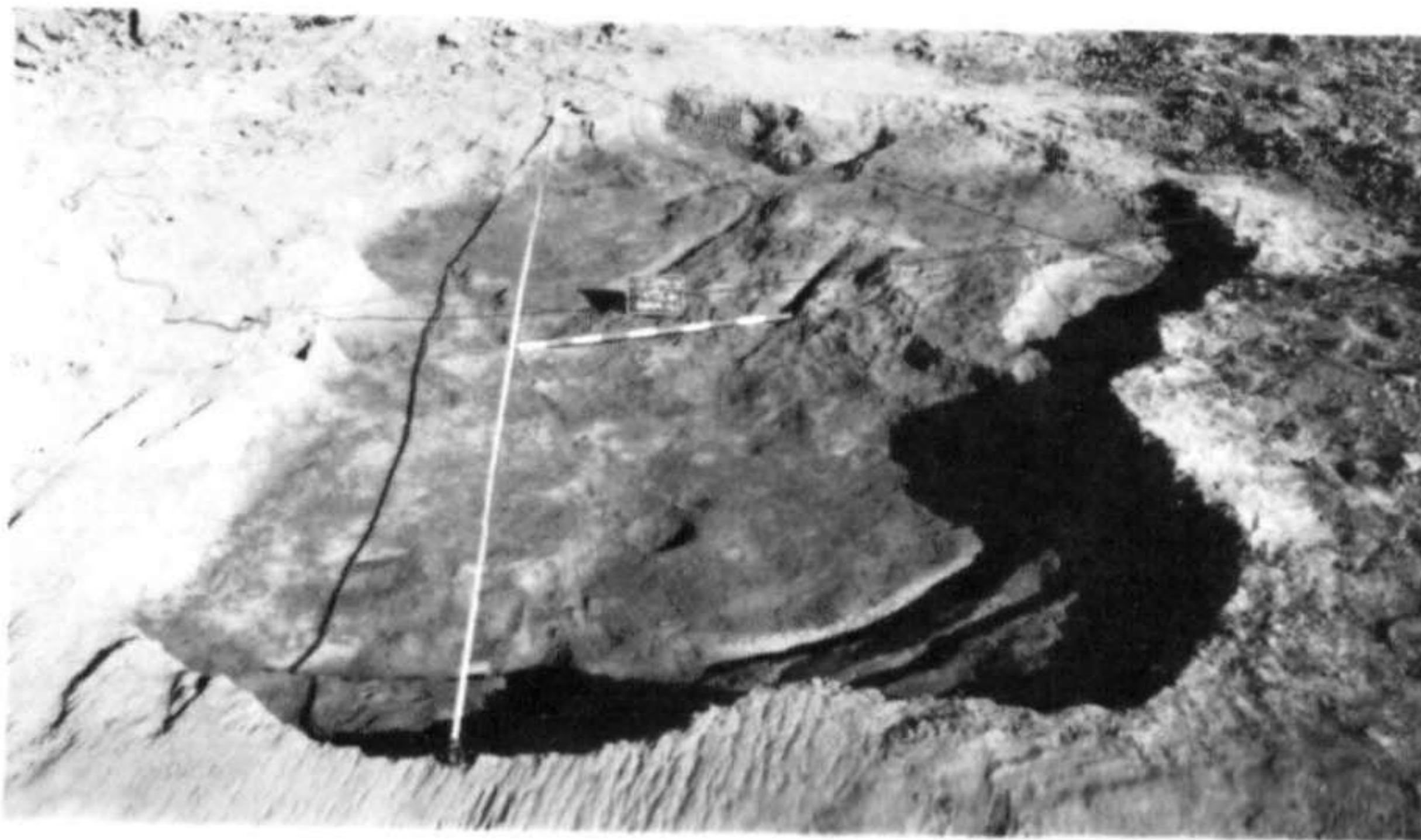
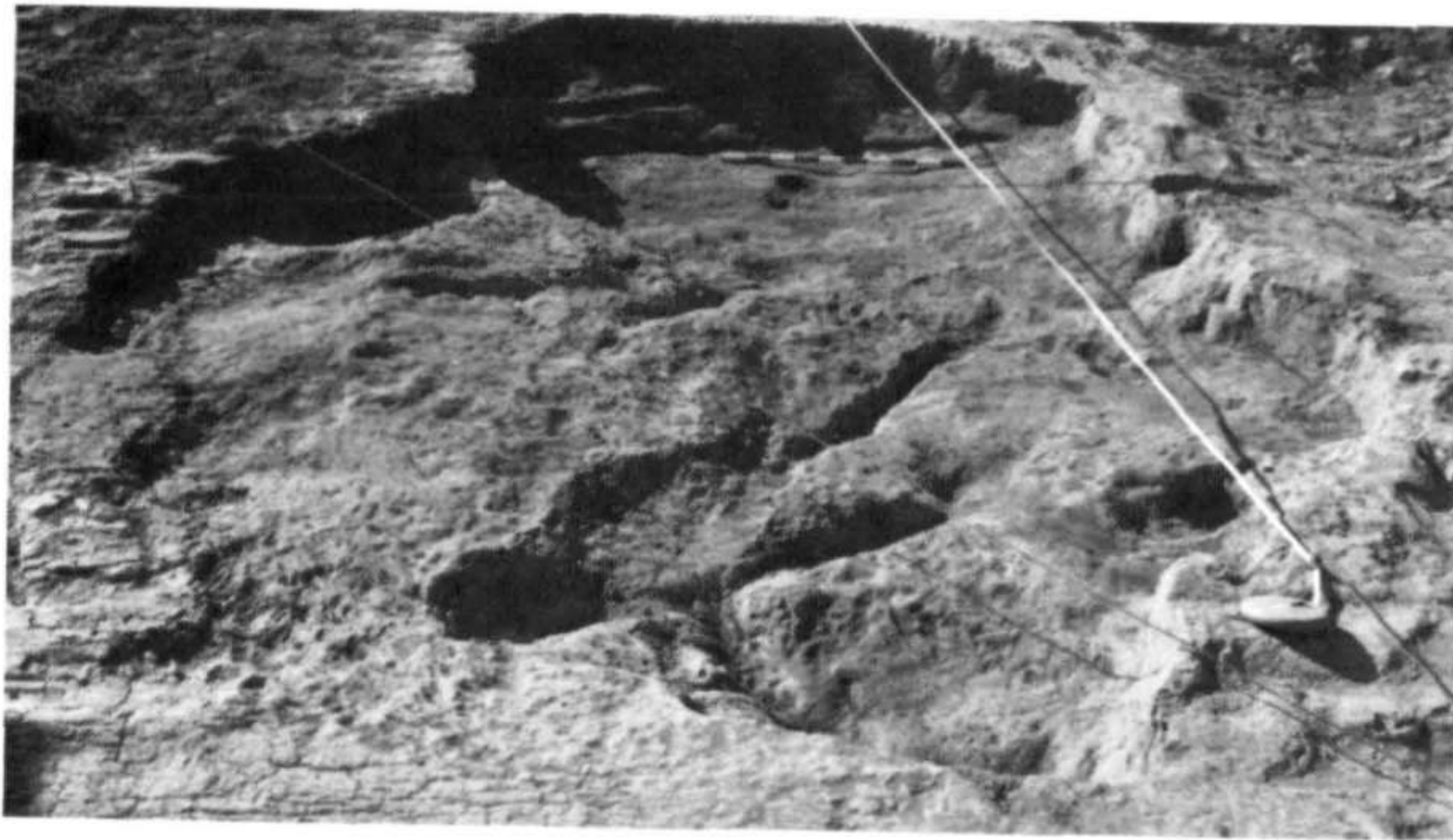
ZONA B INTERIOR CUBETA -20-40

n° inventario	forma				calidad			pas.		superficie				coccion			decoracion												
	borde	galbo	fondo	carena	mano	bruñida	espatula.	alisada	grosera	negra	marr-rojiz.	negra	gris	marr-pard	rojiza	clara	reduct.	oxidant.	alternant.	impresa	incisa	boquique	puntilla.	cepillado	acanalad.	ungula.	digita.	plástica	almegra
1-91	●	●		●	●	●				●								●											
1-92	●	●			●				●	●				●				●								●			
1-93		●			●		●			●		●					●						●						
1-94	●				●		●			●							●	●											
1-95	●				●		●			●							●	●											
1-96	●	●			●	●				●							●	●											
1-97		●	●		●			●		●							●							●					

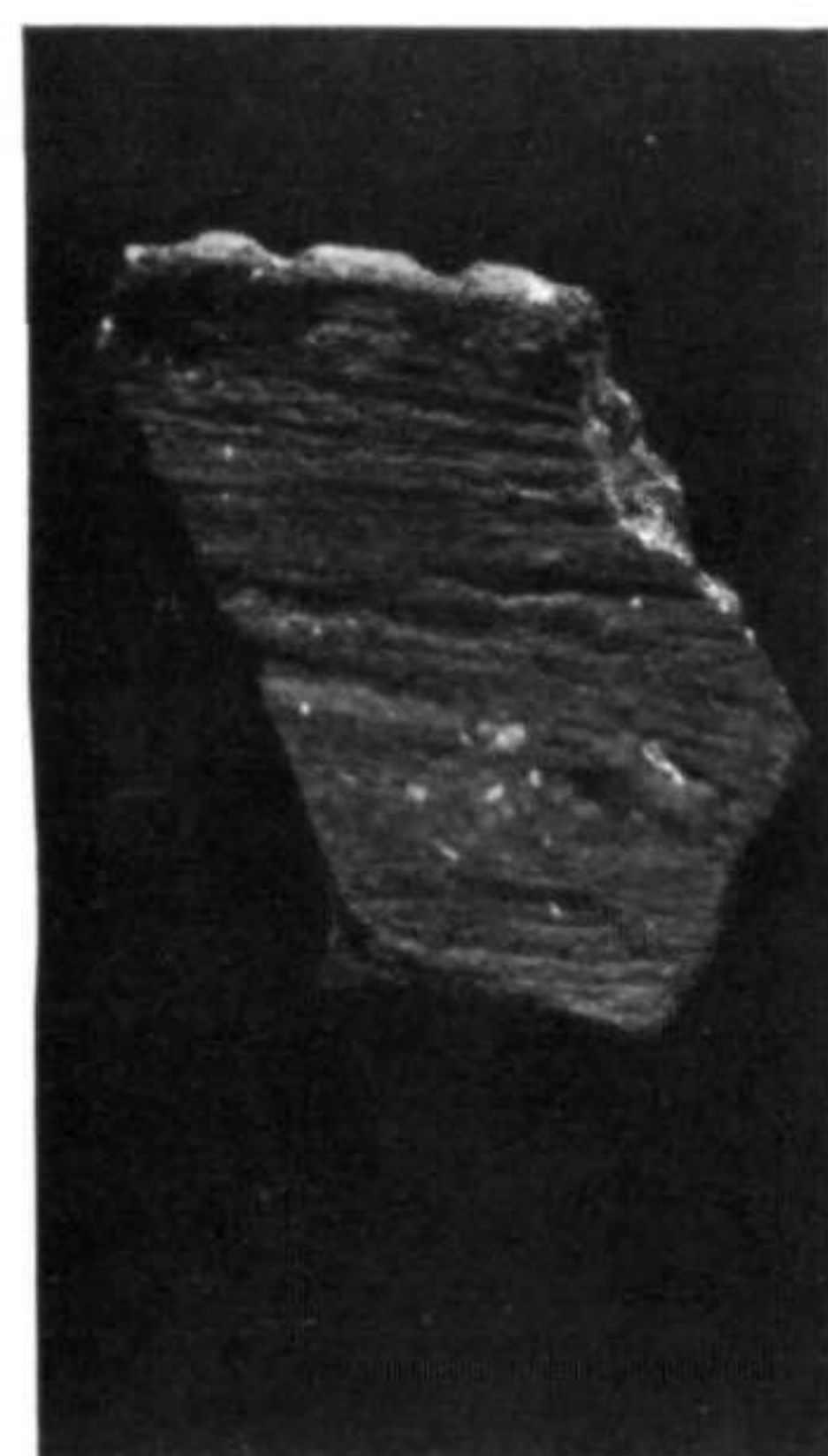
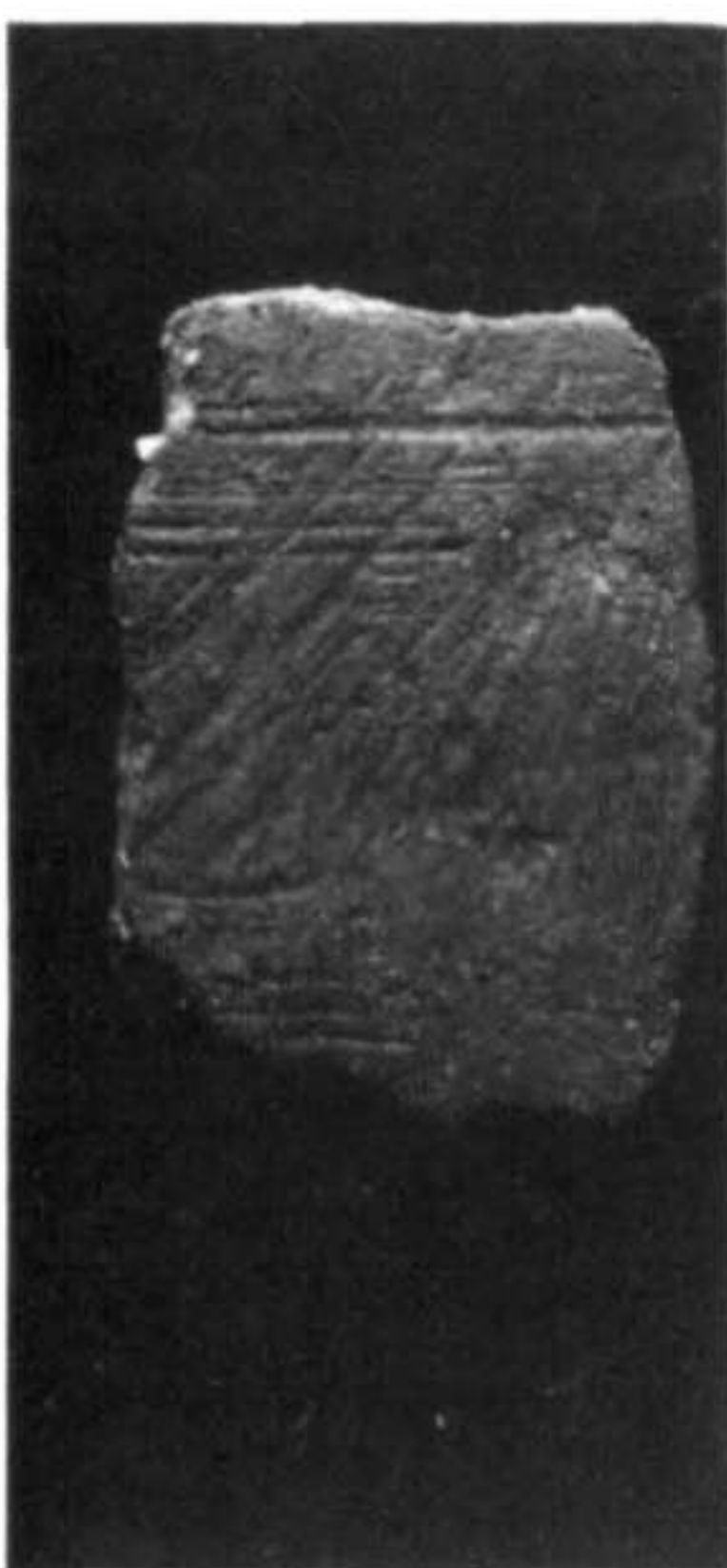
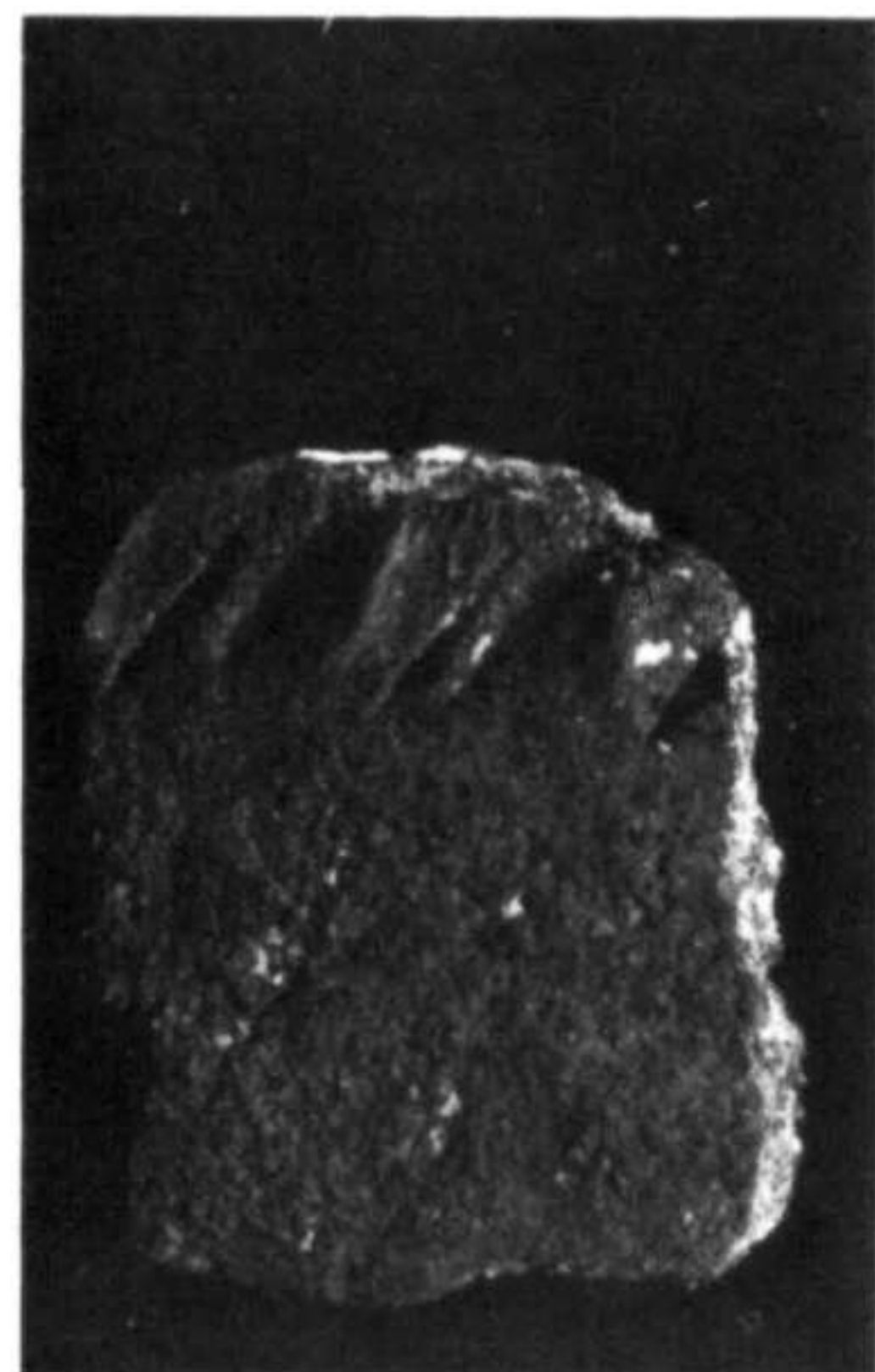
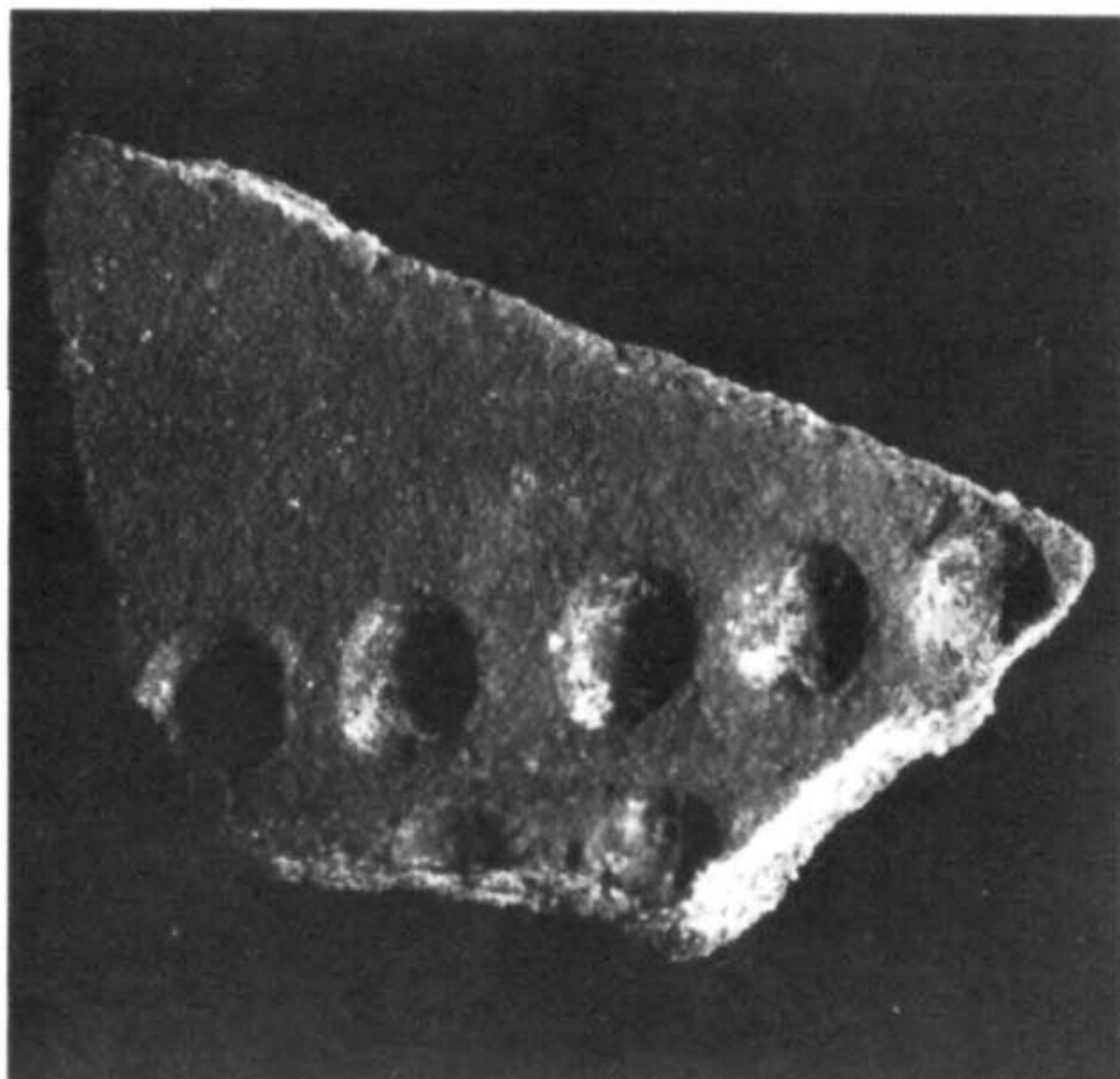
Inventario 10. - Inventario correspondiente a los materiales reproducidos en la figura 31 (Fondo de cabaña. 20-40. ZONA B).



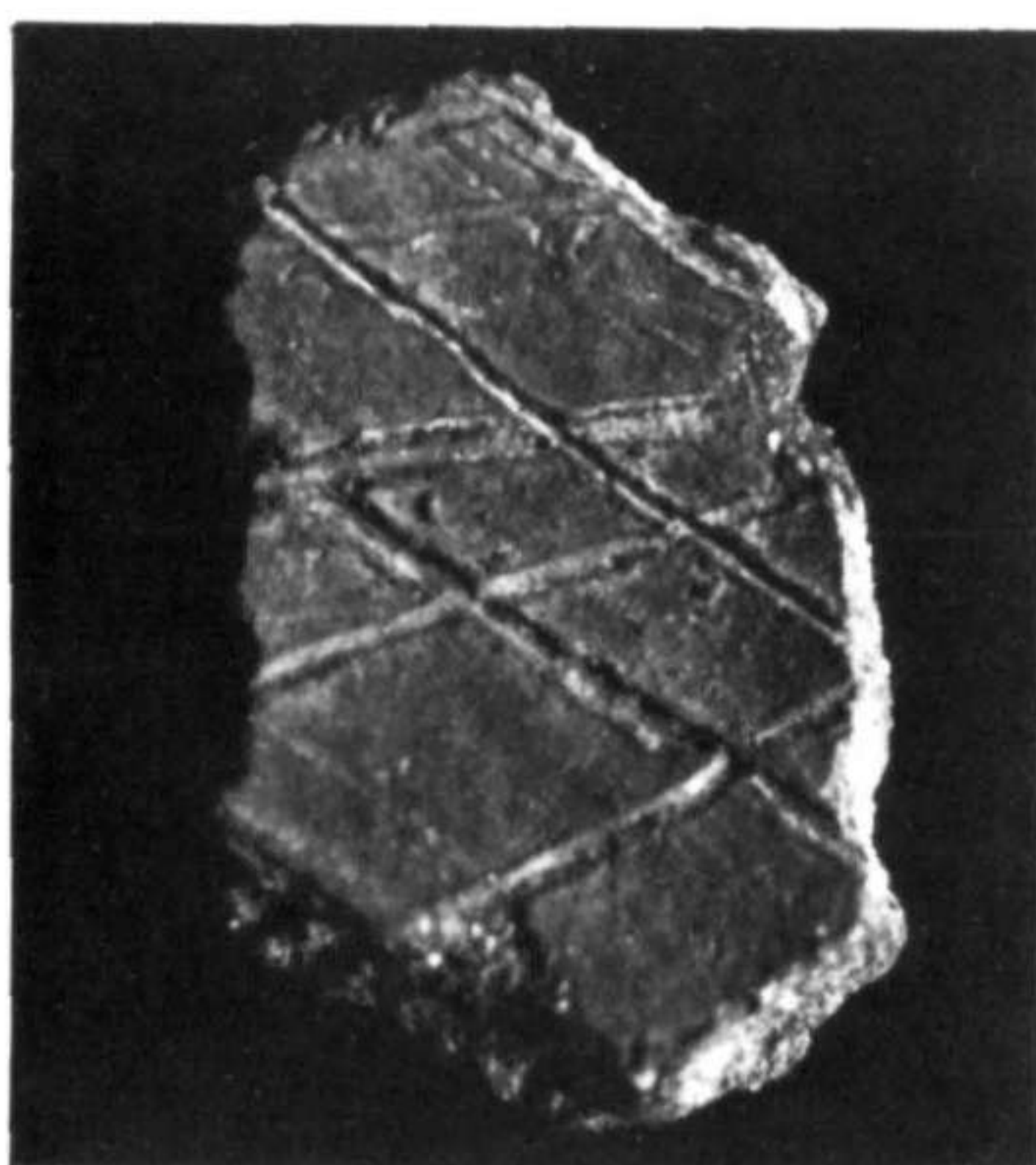
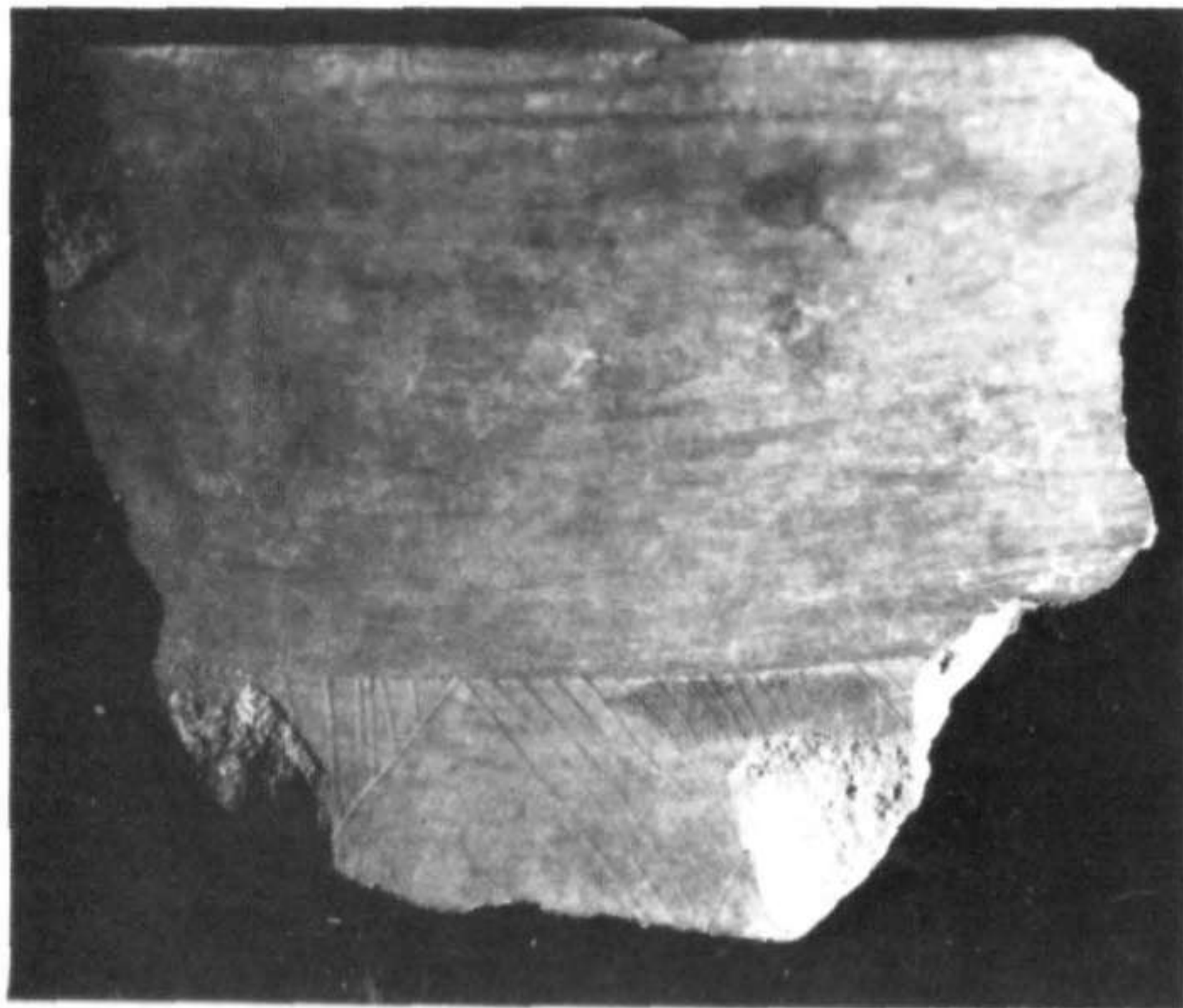
Lám. I. – ZONA A. Fondo 2. Vista de conjunto y detalle de dicho fondo, donde se observa el depósito de un pequeño lechón en conexión antómica.



Lám. II. – ZONA B. Vista de conjunto y detalle del fondo de cabaña.



Lám. III. – Detalle de decoraciones y acabados de cerámicas comunes de la ZONA B.



Lám. IV. – Detalle de decoraciones de las cerámicas finas de la ZONA B.

LA PEÑA NEGRA V

**Excavaciones en el poblado del Bronce Antiguo y en el recinto
fortificado ibérico (Campaña de 1982)**

Alfredo González Prats

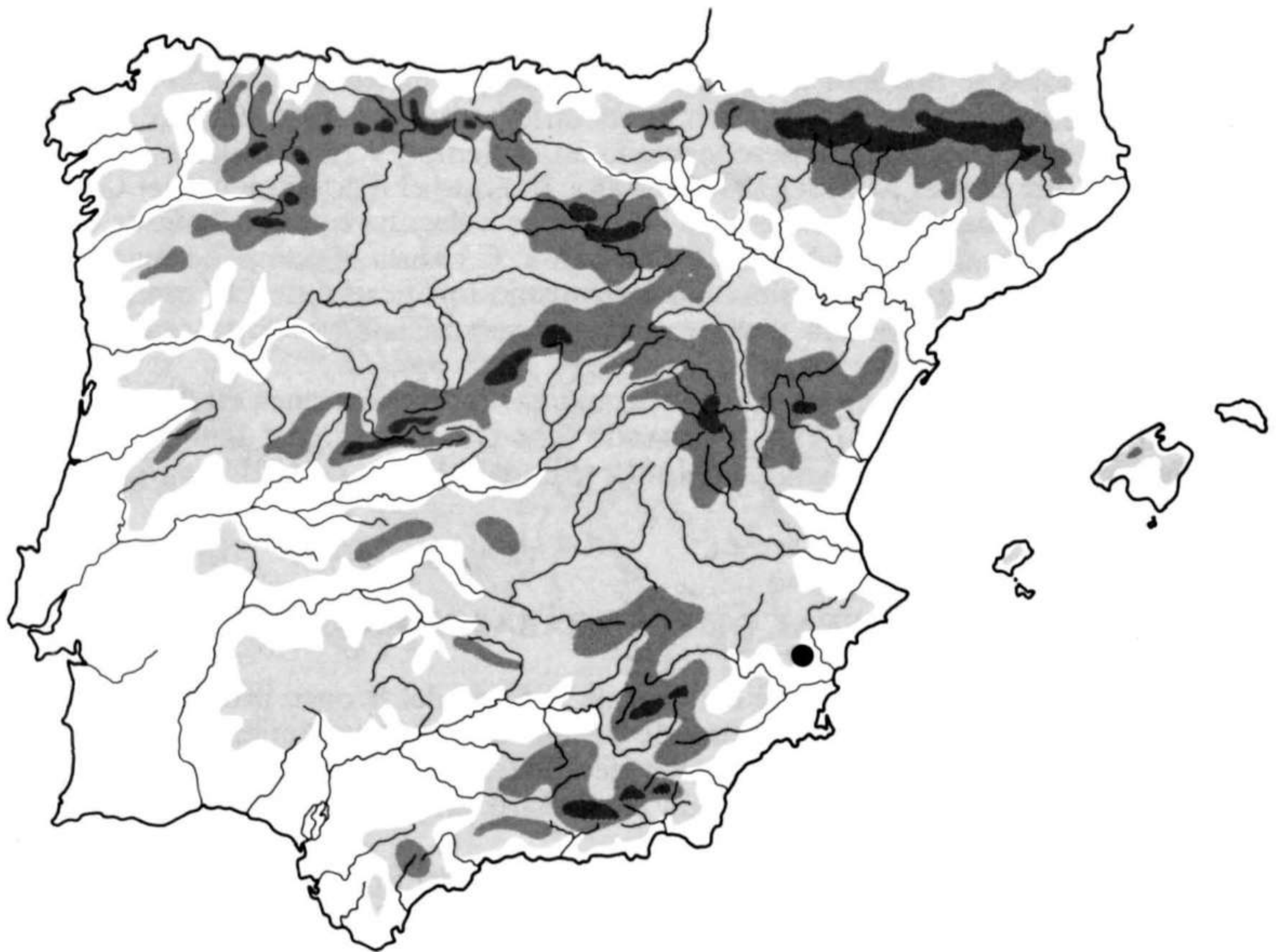


Fig. 1. - Situación de la localidad de Crevillente.

INTRODUCCION

La presente memoria recoge los resultados de las excavaciones llevadas a efecto en 1982 en el Sector XIII del conjunto arqueológico de la Sierra de Crevillente cuya área central viene ocupada por el extenso yacimiento de La Peña Negra. El topónimo del nuevo sector es el de «El Pic de Les Moreres» y de este poblado representativo de la Edad del Bronce Antiguo disponíamos de un conocimiento preliminar debido a la publicación de algunos materiales recogidos en superficie hace ya varios años (Román Lajarín, 1975).

Por otro lado, se inserta en este trabajo la memoria de la campaña realizada de modo paralelo en el interior del recinto fortificado ibérico de El Castellar, conocido en la bibliografía arqueológica con el bárbaro calificativo de «Colorat» (Llobregat Conesa, 1972, 115), ubicado en el extremo occidental del Sector V del referido conjunto.

Se ha optado por presentar ambas campañas en un mismo volumen por representar los precedentes y consecuentes locales de la secuencia característica de Peña Negra, aunque, como tendremos ocasión de ver, ni unos ni otros, ofrecen una cone-

xión inmediata con dicha secuencia. Separar ambos horizontes culturales en dos distintas publicaciones nos resultaba a todas luces poco útil, máxime cuando los trabajos en ambos sectores se nos han mostrado colaterales y secundarios para el análisis en profundidad del desarrollo existente en el yacimiento que ha dado nombre a todo el proyecto de investigación. Más desconectado en el tiempo y en el espacio se halla el horizonte del Pic de Les Moreres (2000-1700 a. C.) que el ibérico pleno del Castellar (430-350 a. C.), situándose la esperanza de rellenar la laguna que existe desde el final de la fase orientalizante Peña Negra II (550-535 a. C.) hasta el complejo manifestado en el recinto ibérico en el vecino poblado, asimismo fortificado, de El Forat, de cuyo complejo sistema de vigilancia y defensa parece ser un jalón el fortín ciclópeo del Castellar.

Los trabajos constituyen la séptima campaña de excavaciones en la zona y en ellos han intervenido Corina Tato, Armando Ros Dueñas, Miguel Ignacio Morales, Juan Fernando Carrió, Juan Antonio Muñoz y Eudald Riera, de las Universidades de Alicante y Barcelona.

PLANTEAMIENTO GENERAL DE LOS TRABAJOS EN EL SECTOR XIII

El conocimiento del horizonte cultural de la Edad del Bronce propio del II milenio a. C. en la Sierra de Crevillente ha sido posible con el planteamiento y posteriores resultados de la campaña de excavaciones de 1982, realizada en el área denominada El Pic de Les Moreres e individualizada en nuestro proyecto de investigación como Sector XIII.

El lugar que albergó a las gentes de la plena Edad del Bronce se sitúa en la solana de la cresta escarpada de dirección ENE-SSE, a lo largo de la cual se han detectado tres núcleos de antigua habitación que enumeramos en sentido ascendente. El subsector XIII A presenta una pendiente sumamente inclinada cuya configuración no invitaba a desarrollar en él trabajos de envergadura –a pesar de hallarse abundantes materiales arqueológicos en superficie– sobre todo al presentarse los sedimentos arqueológicos en forma de bolsadas discontinuas alteradas en cárcavas por los efectos erosivos de la lluvia principalmente.

No obstante, en el área superior se practicó un sondeo de 3 × 3 m. con el fin de obtener un mínimo muestreo estratigráfico y arqueológico de esta zona en donde no pensábamos excavar. La sedimentación que se hallaba sobre la roca presentó tan sólo 15 cm. de espesor y se mostró asimismo parca en materiales: varios fragmentos de cerámica y una hojita dentada de sílex de sección trapezoidal. Siguiendo el ascenso, unos 150 m. más arriba, se ubica el Subsector XIII B que por hallarse aterrizado nos ofreció la superficie óptima para el curso de los trabajos, aunque en superficie no se dejaban ver muchos restos cerámicos. Un pequeño hoyo de algún aficionado, junto con los agujeros de conejos nos proporcionaron información inicial sobre la posible estratigrafía de la terraza.

Todavía más a oriente, en un crestón diferenciado muy cerca del propio Pic y situado unos 650 m. del enclave precedente se localiza el Subsector XIII C, que se presenta con la vertiente muy acusada y con pobres restos materiales, amén del escaso depósito de tierras debido al intenso lavado que ha sufrido.

De esta manera, se nos conforma un asentamiento en núcleos más o menos conectados a lo largo de la rocosa cresta del Pic de Les Moreres, en su vertiente más cálida y soleada. Como pudiera resultar que estos tres núcleos diferenciados no fueran contemporáneos, como principio metodológico habremos de observar que los resultados obtenidos en el registro del área central (Subsector XIII B) únicamente podrán ser aplicados a este punto, sin pretender hacerlos extensivos a la totalidad de los asentamientos vecinos mientras no se compruebe su conexión cronológica.

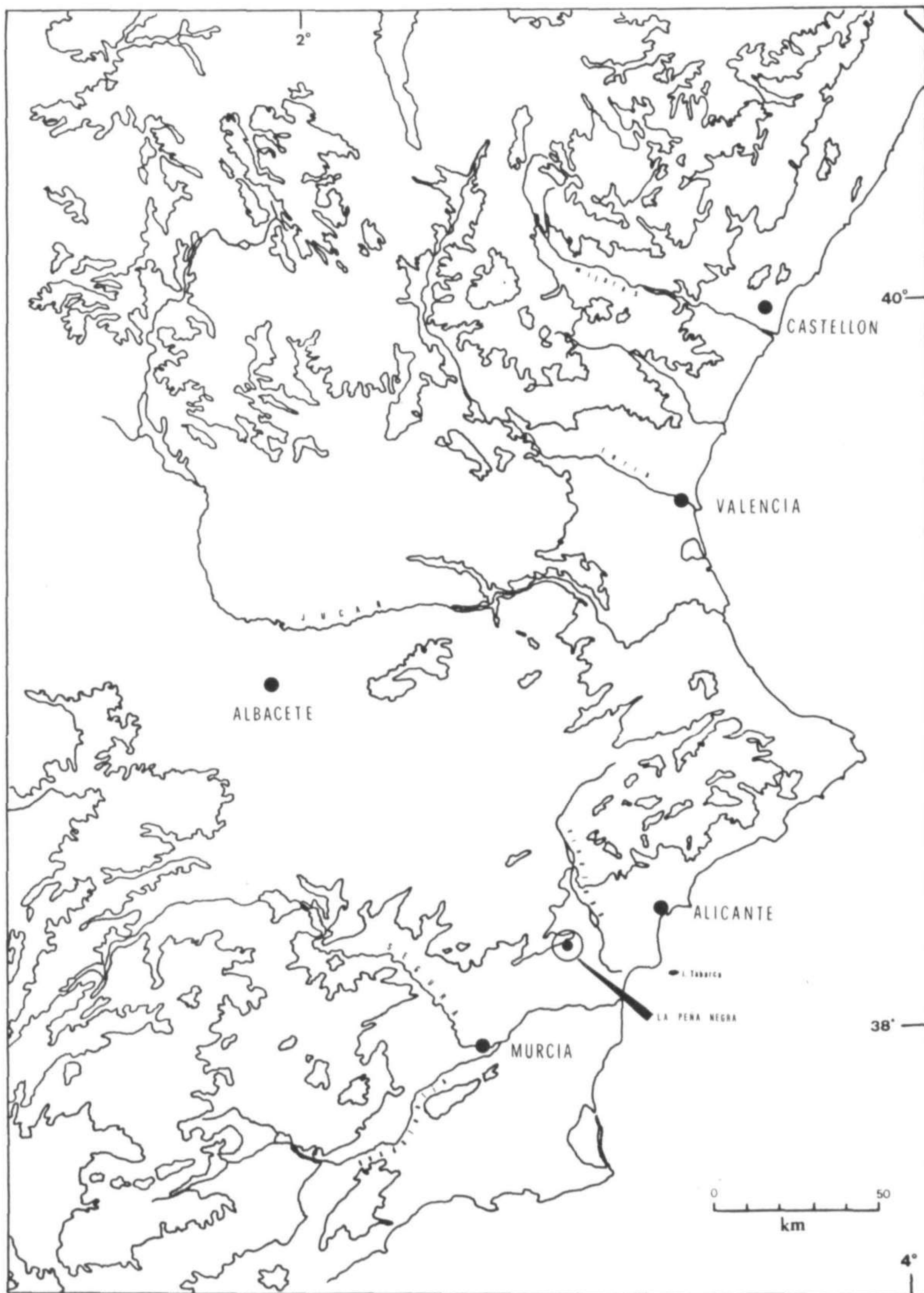


Fig. 2. - Localización del yacimiento de Peña Negra.

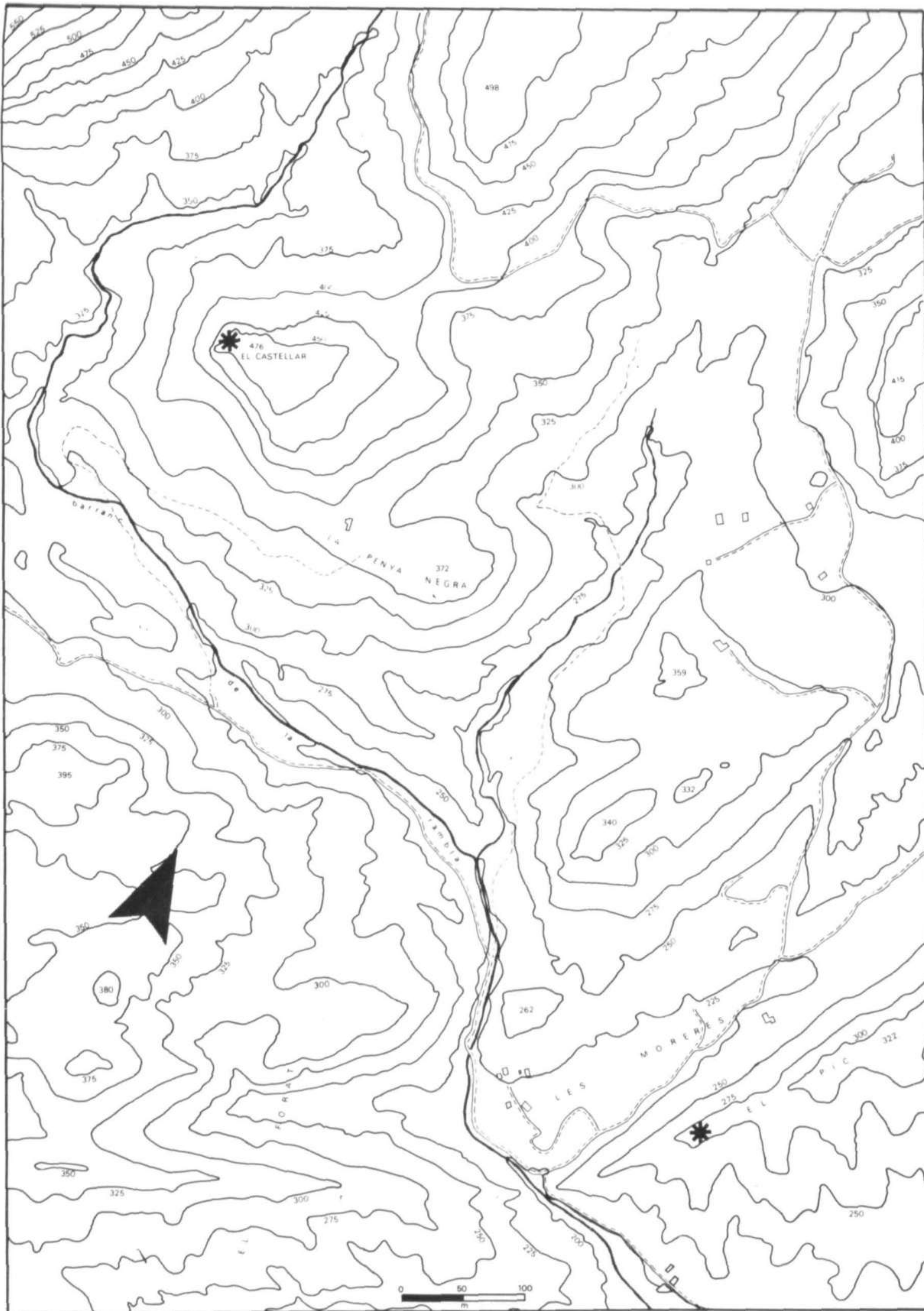


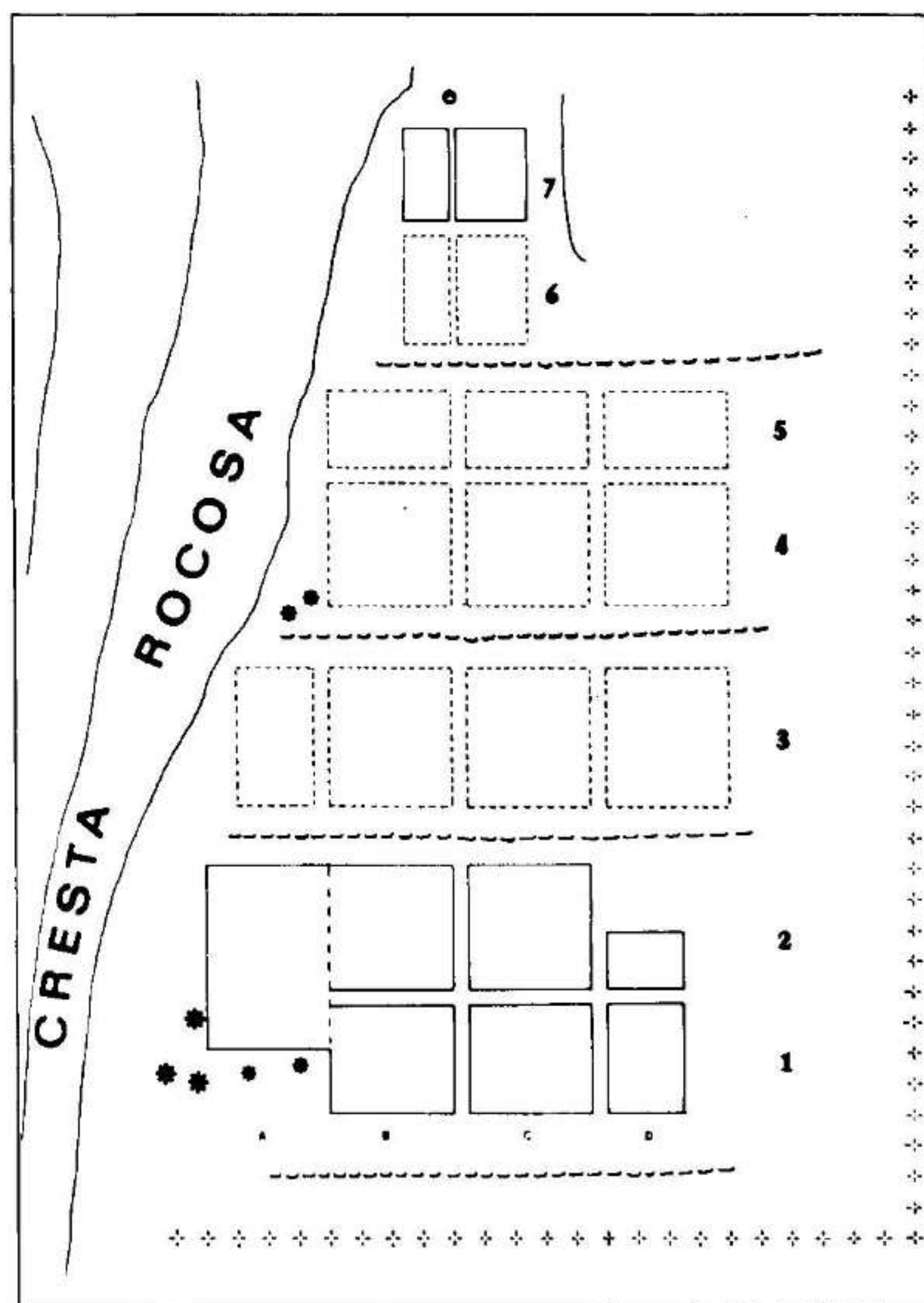
Fig. 3. - Mapa topográfico con indicación de los sectores en donde se han desarrollado los trabajos de 1982.

LAS EXCAVACIONES

Como se ha dicho antes, el lugar elegido para llevar a cabo la campaña de excavación fue en el área XIII B debido a la mayor estabilidad del suelo y mayor depósito arqueológico.

El sistema utilizado consistió en el trazado de una red cuadriculada con áreas de 4 metros de lado, conviniendo, por la mayor anchura de la terraza más baja, en abrir allí los primeros cortes, lo cual además conllevaba la enorme ventaja de la evacuación fácil de las tierras ladera abajo sin peligro de sepultar áreas fértiles. De esta manera, se situaron los números 1 y 2 de las ordenadas y las letras A, B, C, D de las abscisas. Pospusimos la excavación de las áreas correspondientes a las cuadrículas A debido a que constituían el único lugar sombreado por la presencia de cuatro pinos, procediendo a la excavación de los Cortes B.

Fig. 4. - Planificación de las excavaciones en las terrazas del Sector XIII B (Pic de Les Moreres).



CORTE B2

Tras la retirada de una somera capa vegetal aparece el estrato I formado por tierra cenicienta de textura blanda y muy pulverulenta que proporciona fragmentos cerámicos, láscas y útiles de sílex, trozos de molinos y abundantes restos óseos. En el lado N aflora una tierra diferente, de color ocre-anaranjada muy compacta en unión de varias piedras que parecen seguir una determinada alineación.

Igualmente hacia el centro del Corte se perfila otro empedrado de mayor porte mezclado con esa tierra compacta de color ocre. A la par que se limpian los últimos restos del estrato I grisáceo, se perfilan y delimitan ambos empedrados que van a constituir el estrato II. Entre ambos empedrados, ahora nitidamente muros, queda un estrecho corredor en donde se hace más potente el estrato I, a modo de relleno. Tras finalizar éste, aparece un estrato estéril de color pardo con grandes cantos -estrato III- que descansa sobre un lecho asimismo estéril de color ocre-anaranjado suelto -estrato IV- y éste, a su vez, sobre la base compuesta de caolín cuya excavación la torna de una textura similar al polvo de talco -estrato V.

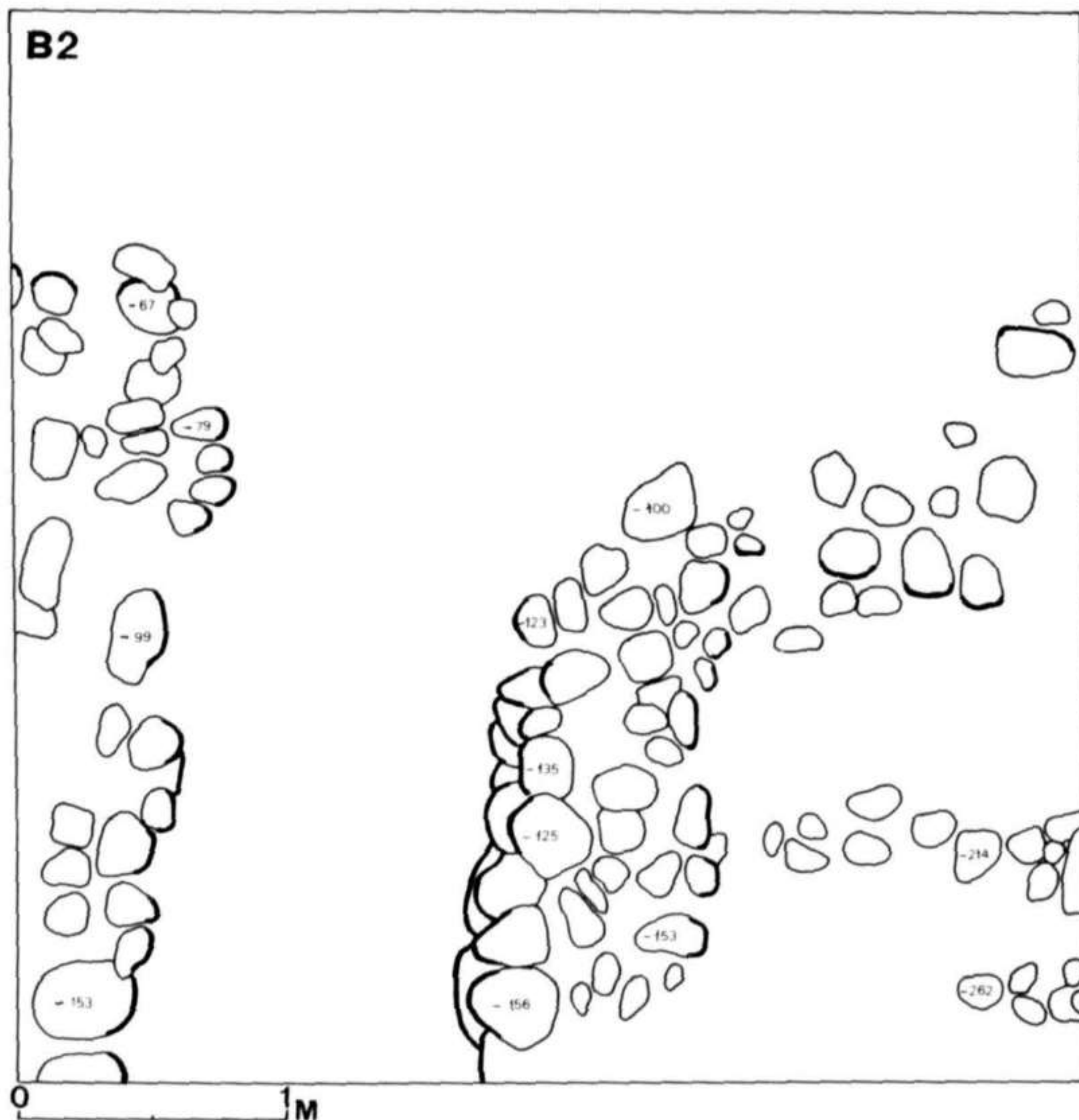


Fig. 5. - Planta de las estructuras del Corte B2.

Esta misma secuencia se repitió en el ángulo SE en donde, aprovechando la ausencia de restos constructivos, se perforaron los estratos estériles —el estrato I descansaba directamente sobre el estrato III— hasta alcanzar la blanda base.

Al excavar el estrecho pasillo de la mitad septentrional del Corte, nos percatamos de que la línea de piedras que cortaba en sentido NE-SE el cuadro tenía varias hiladas que aparecían tras raspar una capa vertical de tierra compacta ocre —obviamente un enlucido— y cuyas primeras hiladas descansaban sobre los estratos IV y V.

Por tanto, se nos manifestaba la existencia de dos tipos de depósito diferentes. Uno que consistía en esa masa aún informe —excepto el careado exterior— de barro de color ocre y grandes piedras, y otro, un relleno entre estas masas de piedra y barro, de color gris, conteniendo todo el material arqueológico. Este fenómeno queda muy bien ilustrado en el plano de localización espacial de los restos arqueológicos que se efectuó de prueba en los Cortes B.

Al no poder delimitar, en principio, el muro de varias hiladas por su parte interna debido a la masa amorfa de piedras y barro ocre de la superficie, pospusimos tal actuación hasta que la apertura del Corte B1 arrojara alguna directriz en este sentido. Una vez obtenida ésta, dejamos la misma anchura que el tramo correspondiente de B1 y se quitaron numerosas piedras que yacían en el Estrato IIA, ocasionadas por el derrumbe de la pared oriental. Después se excavó la parte más compacta de ese estrato de color ocre, lo que constituía el estrato IIB, hallándose fragmentos de cerámica y dos grandes partes de vasijas fragmentadas que nos proporcionaron casi todo su perfil.

Debajo apareció un nuevo estrato de color gris —estrato IIC— legándonos restos cerámicos, un diente de hoz y dos fragmentos de un punzón óseo. A continuación, otro estrato de color ocre —estrato IID— apenas dio algún fragmento cerámico y en el siguiente —estrato IIE— se apreciaron fuertes señales de hogueras que afectaban a las

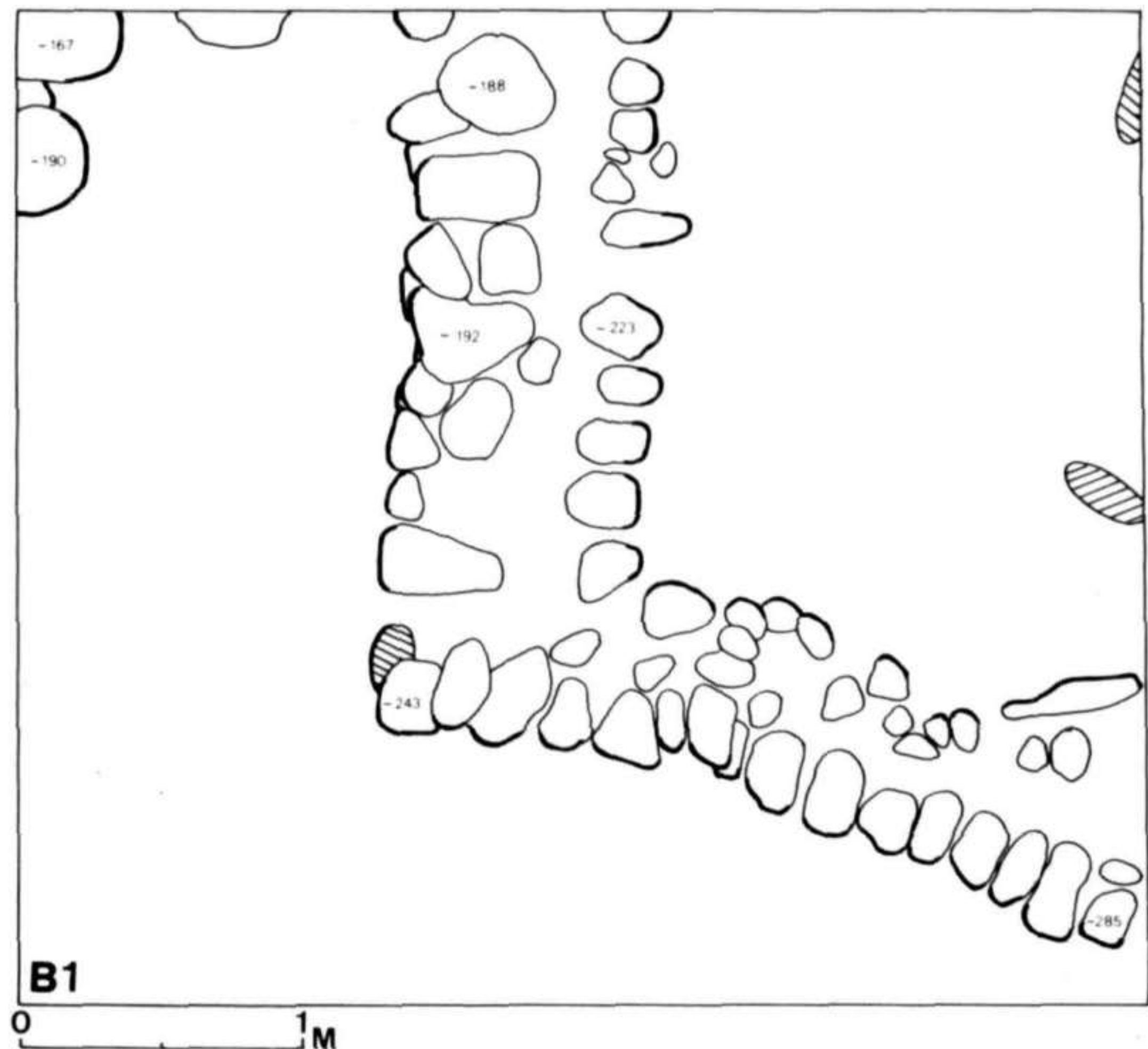


Fig. 6. - Planta de las estructuras del Corte B1.

pedras pequeñas allí situadas. Aquí se pudo perfilar el perímetro circular de un hogar merced a una fina capa-testigo de 2 cm. de anchura de tierra quemada, situado aproximadamente a 1 m. de la superficie.

El espacio de la excavación se nos había ido reduciendo progresivamente ante el hallazgo de un estrecho murete, al parecer relacionado con el estrato IIB, proporcionando a oriente del mismo parte de un cuenco hemisférico. El estrato grisáceo que se había formado en ese «interior» contactaba directamente con el caolín de base. Y en el espacio comprendido entre dicho murete y el testigo hubo que excavar los restantes estratos (IIC-IIE), reduciéndose también progresivamente la superficie de éstos ante el talud que formaba la base.

CORTE B1

Separado de B2 por un testigo de 0,50 m., viene a alcanzar unas dimensiones de 4 x 3,50 m.

Una vez retirada la capa superficial, se aprecia la existencia en el centro del Corte de un alineamiento de piedras muy regular, continuación del robusto muro cuyo careo externo se había detectado en el corte precedente. Ello facilitó la división del trabajo de excavación en dos áreas diferenciadas. Una, el tercio NO del Corte, compuesto por el estrato I ceniciento que rellena el espacio comprendido entre el grueso muro y los restos del otro paralelo que en este corte queda localizado únicamente hacia el ángulo septentrional, posiblemente debido a que en ese preciso punto quiebre introduciéndose en las áreas A todavía sin excavar. La extracción de este relleno de tierra gris suelta proporciona abundantes cerámicas, sílex y restos óseos.

Por otro lado, una segunda área que ocupa los dos tercios orientales de la cuadrícula, en donde nos enfrentamos con el cúmulo de piedras y barro que conforma el estrato II. El interior de esta parte de la estructura se nos muestra más fácil de excavar y delimitar por cuanto afloró de inmediato la hilada correspondiente al careo interno del muro, el cual formaba ángulo con otro lienzo cercano al límite occidental de la

excavación. Así se pudo establecer su anchura, de 0,95 m. El depósito arqueológico interno presentó una primera capa de tierra de color ocre poco consistente –estrato IIA– sin apenas resto alguno, situada sobre otra capa del mismo color pero más compacta que denominamos estrato IIB, proporcionando restos cerámicos y otro diente de hoz. Debajo de este sedimento yacían unas capas grises con restos de carbón, alternando según zonas con tierras de color ocre, originando todo ello lo que vendría a configurar el estrato IIC, sin restos arqueológicos en este lugar. A su vez, descansa sobre un nuevo estrato muy compacto de color ocre en cuya superficie se observan rastros de fuego, confiriendo al piso unos colores más vivos, oscuros y anaranjados, con restos de placas más duras diferenciadas del resto del depósito por su mayor cohesión, ocasionada por la acción térmica. Este suelo compacto proporcionó fragmentos cerámicos y se denominó estrato IID. Por debajo de este suelo se halló un nuevo estrato de tierra de color gris, que correspondía al estrato IIE, formado mediante una amplia sucesión de finísimos pavimentos –lechadas de barro–, ofreciendo hacia el centro del área abundantes restos de carbón y tierras quemadas con algunas piedras efectadas por la combustión de un hogar alojado en un suave rehundimiento de la base caolinítica.

Después de la completa delimitación y limpieza de las estructuras de muros existentes en los Cortes B2 y B1 y del correspondiente estudio estratigráfico, resulta evidente que los estratos correspondientes a la vivienda que allí se instaló son los denominados IIA y IIB, perteneciendo el primero al momento de arruinamiento de la casa y el inferior al suelo de habitación de la misma, lógicamente más pródigo en hallazgos arqueológicos.

Fuera del recinto aflorado de la casa, en el lado SO aparecieron diversas piedras de tamaño similar a las del muro que, tras el oportuno careo de éste, se vio que eran producto del derrumbe de dicho muro. En efecto, su retirada dejó al descubierto los restos del estrato I, con su habitual riqueza arqueológica.

Este hecho permitió, además, comprobar que el estrato fértil grisáceo que se encuentra en el exterior de la casa parece corresponder al basurero de la misma, quedando cubierto en parte cuando uno de los muros de la misma se derrumbó parcialmente.

Dado que teníamos parte de la estructura de una casa, al parecer de grandes dimensiones, en los Cortes B2 y B1, procedimos a la excavación de las áreas sudorientales conexas, abriendo los Cortes C2 y C1.

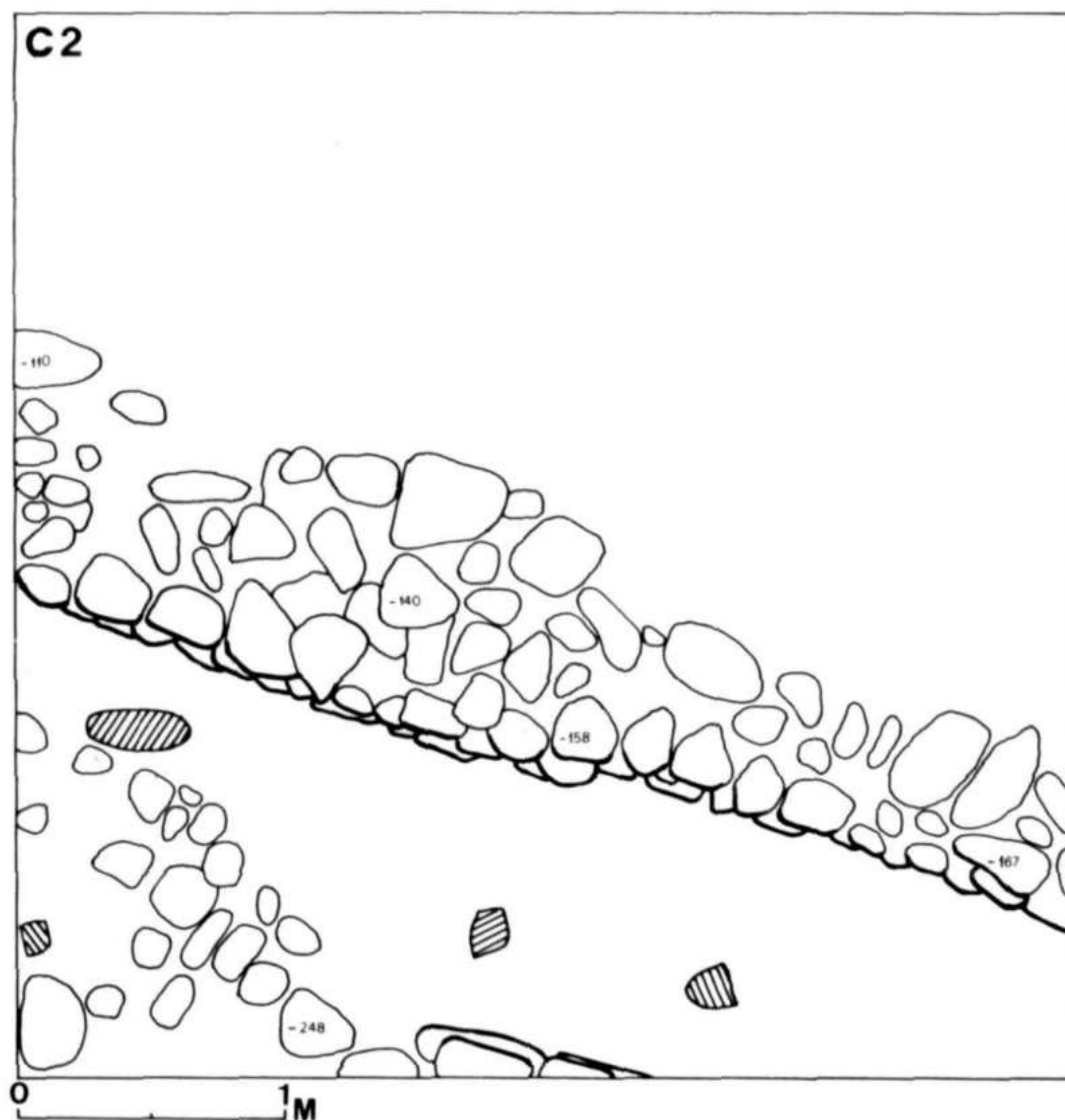
CORTE C2

Situado al SE del Corte B2, estaba separado de él por un testigo de 0,50 m. y tenía una superficie de 4 × 4 m. Tras la limpieza y retirada de la capa superficial se apreciaron mejor dos agrupaciones de piedras afloradas en parte antes de comenzar la excavación. La más baja parecía constituir un muro rectilíneo, mientras el cúmulo de piedras superior se presentaba más amorfo. Después de limpiarlas y delimitarlas se comprobó que no configuraban forma alguna; y como debajo apareció un estrato fértil fueron retiradas. En efecto, se trataba de un derrumbe parcial del inmediato margen de contención de la segunda terraza, situado prácticamente en el límite del área de excavación.

Ya libre la zona oriental se procedió a excavar varias capas y bolsadas de color gris, oscuro y anaranjado que conformaban aquí el estrato I, con similar riqueza de material arqueológico que en los cortes adyacentes. Se quedaba bien reflejado en el perfil oriental de la cuadrícula y descansaba directamente sobre la base.

Pasando a la zona que restaba por excavar, nuevamente nos encontramos con que esta parte occidental del corte presentaba el clásico color y la textura de los estratos correspondientes a la gran vivienda detectada en los Cortes B2 y B1. La excava-

Fig. 7. - Planta de las estructuras del Corte C2.



ción y limpieza del muro que ya afloraba consiguió delimitar la cara interna del mismo, que conservaba dos hiladas de su altura, mientras la cara externa sólo constaba de una hilada descansando sobre la base. De esta forma, se obtuvo un tramo de grueso muro situado oblicuamente en el Corte, con dirección N-S. En el espacio fértil correspondiente al interior de la casa, cuya planta iba alcanzando ya grandes dimensiones, se comenzó a retirar los estratos IIA y IIB conteniendo gran cantidad de piedras en el primero y un molino barquiforme «sin situ» vuelto al revés en el estrato inferior. En este suelo más compacto, apareció al lado del molino y cantonado hacia el perfil noroccidental un hogar o vasar en donde se hallaba igualmente «in situ» la vasija cerenada núm. 6.435, el pithos globular núm. 6.436 y las tres ollas con cuatro mamelones o lengüetas dispuestos radialmente núms. 6.431, 6.432 y 6.433, todo ello en una masa de tierras cenicientas apelmazadas que estaba circundado por una serie de piedras de pequeño tamaño.

El espacio restante entre el hogar, el muro y el testigo occidental proporcionó varias cerámicas, entre las que cabe destacar el vasito de paredes troncocónicas y carena muy baja núm. 6.438 y un borde de un pithos de almacenamiento. La base apareció pronto, pues los estratos buzaban hacia el SO. No obstante el talud de la base, se pudieron excavar restos del estrato IIC, con una tonalidad grisácea-verdosa, que nos depaó empero varias cerámicas. La excavación se detuvo ante la presencia de un muro que al introducirse oblicuamente en el testigo no podíamos seguir. Conserva dos hiladas y está cubierto y relleno sus huecos por el estrato IIC, perteneciendo por tanto al estrato IID. Su definición debía conseguirse en la excavación del corte adyacente C1.

CORTE C1

Separado del corte precedente por un testigo de 0,50 m. tenía así las mismas dimensiones que el B1, es decir, 4 x 3,50 m. La capa superficial que se retira ofrece ce-

rámicas hecha a torno. En la parte más elevada enseguida se tropieza con un derrumbe de piedras al parecer procedentes del muro oriental de la casa correspondiente a los estratos IIA y IIB, con la aparición de la tierra de color ocre-anaranjado. Conforme descende la pendiente el estrato I se introduce en el nivel que debía ocupar el estrato IIA, por la inclinación de aquélla, de manera que la horizontalidad del suelo conservado en la parte superior del Corte no puede seguirse, hallándose más abajo en la parte media.

En el ángulo septentrional aparecen nuevos restos cerámicos en el estrato IIB, con perfiles que completan los hallados en el ángulo contiguo del corte adyacente. Tras retirar ese cúmulo de piedras en la zona superior nos percatamos de que semejante derrumbe debe proceder, no de los estratos IIA y IIB de la gran casa, sino de otra que parece delimitarse mediante un muro aflorado en el lado NO y que estaría en relación, en sentido perpendicular, con el lienzo detectado debajo del estrato IIC en el Corte C2. Este estrato de tierra compacta de color ocre, pues, constituiría la continuidad del estrato IID. Proporcionó restos cerámicos situados alrededor de una formación semicircular de cantos rodados de pequeño tamaño, en contacto con una tierra más arenosa y suelta, con algunas raíces que la han disgregado. Justamente en contacto con este semicírculo de cantos la tierra es más dura, más apelmazada y de fuerte color anaranjado, contrastando sensiblemente con el resto del estrato, ocre en unas zonas y ceniciento-verdoso en otras. Observando el perfil NE de los Cortes BI y C1 se observa que la sucesión estratigráfica del primero no coincide con la de C1, explicable por tratarse aquí del interior de una casa. Este muro, detectado en el estrato IID, con una notable horizontalidad, había generado, pues, dos sucesiones de estratos, como hemos visto sucedía en la casa superior: estratos ocres en el interior y un estrato gris externo.

En el ángulo oriental, recubierto por el estrato grisáceo IIC, aparecen dos gruesas piedras alineadas que se corresponden con el muro que en C2 se introducía en el testigo y aquí aflora de nuevo, quedando buena parte de él enmascarado en aquél.

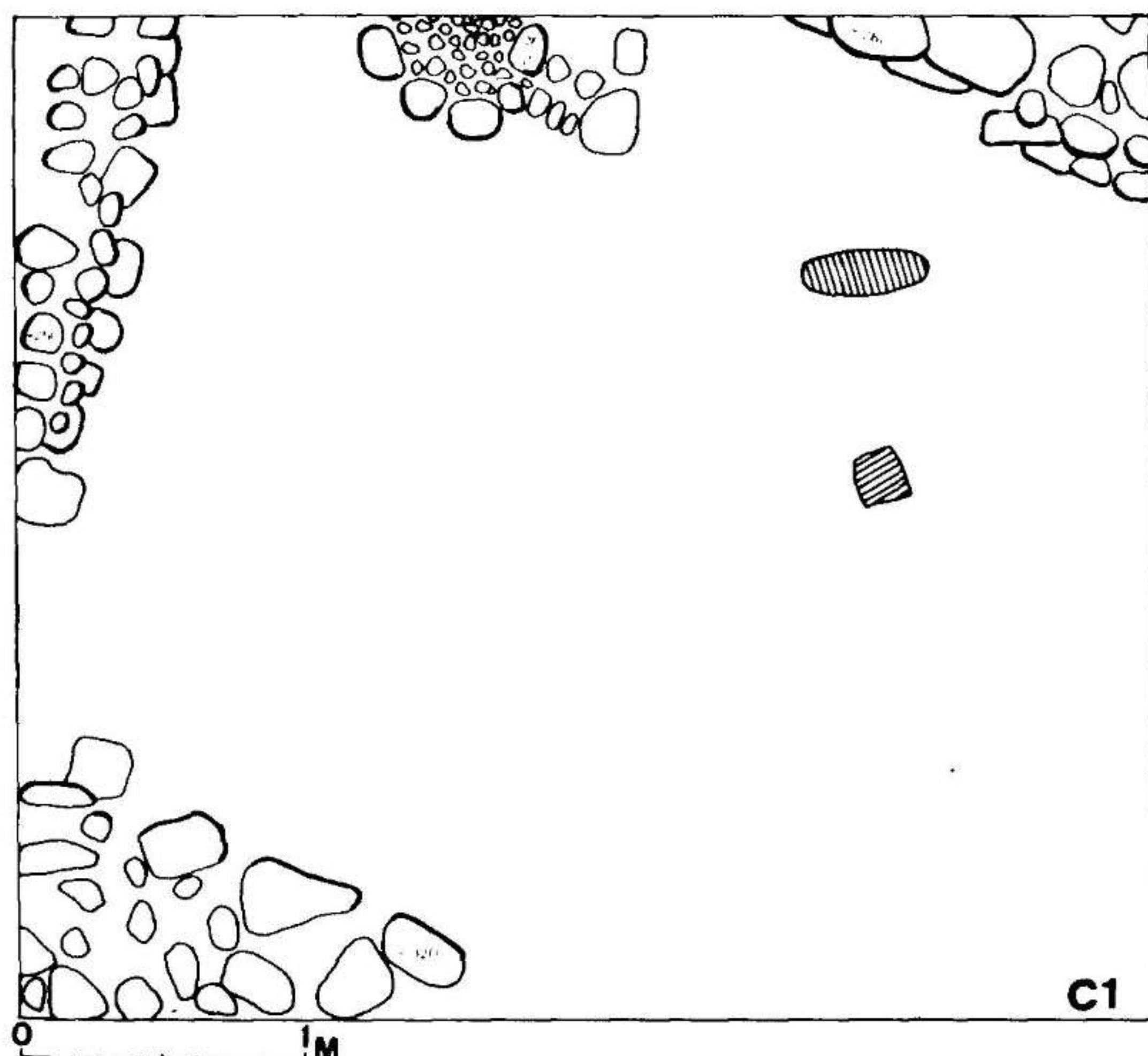


Fig. 8. - Planta de las estructuras del Corte C1.

Tras el análisis estratigráfico del área excavada, y no por la diferencia de altitud de ambas casas superpuestas, pudimos por fin observar la causa de la dislocación altimétrica de las estructuras de la casa inferior con respecto a las propias de la superior: la casa del estrato IID se había construido en perfecta horizontalidad, mientras la casa de los estratos IIA-IIB alojó sus muros de dirección NE-SO siguiendo la inclinación natural de la pendiente. Ello se traduce tanto en la profundidad de las estructuras de la casa inferior, que resulta mayor que el muro oriental de la casa superior pero menor que la del muro occidental, como en el desgraciado hecho de que semejante forma de alojar la gran vivienda superior propició la destrucción en la parte baja de la ladera de los sedimentos correspondientes a los estratos inferiores, al proceder para la instalación del muro occidental a cortar en ese punto la estratificación anterior. El muro occidental de esa casa de los estratos IIA y IIB se alojó, pues, en una cota no sólo por debajo de su paralelo oriental sino incluso más baja que los muros de la casa más antigua del estrato IID.

Por debajo de este estrato y de las estructuras correspondientes a la casa inferior, aparece una capa de color gris en parte verdosa que prodiga algunas cerámicas fragmentadas, constituyendo el estrato IIE. Al excavar la zona correspondiente al hogar de forma semicircular se comprueba cómo éste se encuentra alojado en el estrato IIE y por ello observábamos anteriormente la neta diferencia de éste con respecto al recubrimiento de arcilla ocre del alineamiento circular de cantos. En este Corte, el espesor del estrato IIE escasamente alcanza 10 cm. Por debajo de él se halla el estrato IIF que adopta coloraciones ocres y cenicientas, incluso negruzcas en algún punto, depurando escaso material arqueológico. Descansa sobre un suelo con abundante grava, al parecer estéril.

En la parte más baja sudoriental del Corte se limpia y perfila un tramo de muro SO de la gran casa superior, con una dirección N-S, que se dirige al límite de la terraza y que debe de haber desaparecido por la propia erosión. Aquí se aprecia con claridad, mediante una fosa de cimentación —como ya ocurriera en el perfil SE del Corte B1—, cómo afectaba a la secuencia estratigráfica IIC-IIF. Hemos de reseñar, finalmente, que en los estratos medios (IID) e inferiores (IIC-F) se levantaron varios molinos naviformes hallados in situ.

CORTE D2

Con el fin de hallar la continuación del muro superior oriental de la casa más moderna, decidimos ampliar el área de excavación mediante este corte que no se abrió en su totalidad, sino atendiendo a la extensión suficiente para el propósito indicado, alcanzando solo unas medidas de 2,5 × 1,5 m.

Las piedras que se apreciaban ya afloradas antes de la excavación, y tras la retirada de los matorros que las enmascaraban, conformaban, en efecto, parte de ese gran muro que oblicuamente atravesaba las áreas de excavación B2-C2-D2, apareciendo aquí en el ángulo occidental. La parte exterior a dicho muro apenas ofreció restos cerámicos, estando en gran parte rodados. Ante este panorama y ante la pronta afloración de la base optamos por no ampliar el área, dirigiendo ahora nuestra atención a la apertura de parte del Corte D1 con la esperanza de hallar el cuarto muro de cierre de la casa de los estratos superiores.

CORTE D1

La posibilidad de detectar el muro meridional que faltaba para obtener la planta completa de la casa superior se desvaneció al comprobar, después de retirar la primera capa de tierra vegetal, que la erosión probablemente se había encargado de destruir

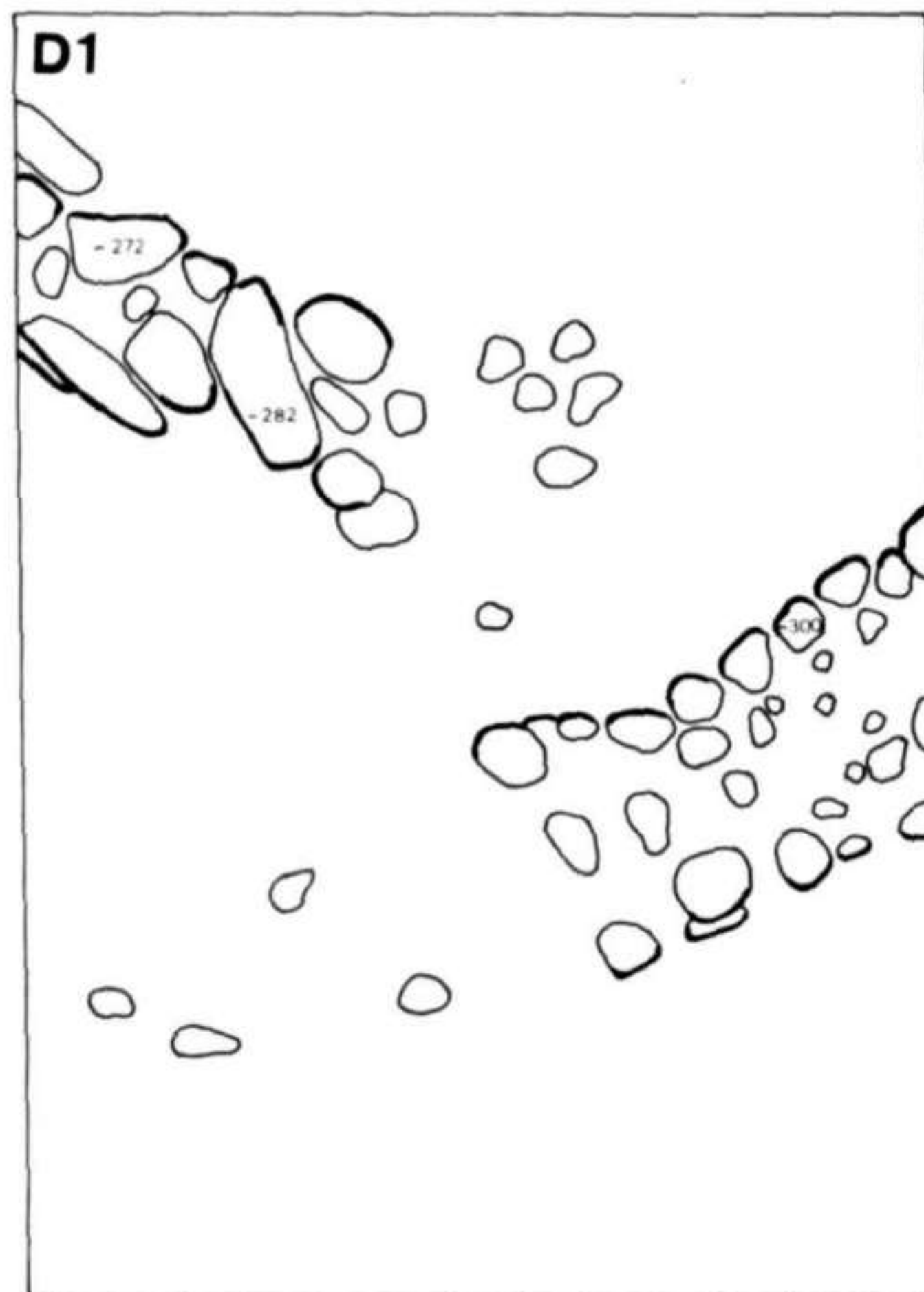
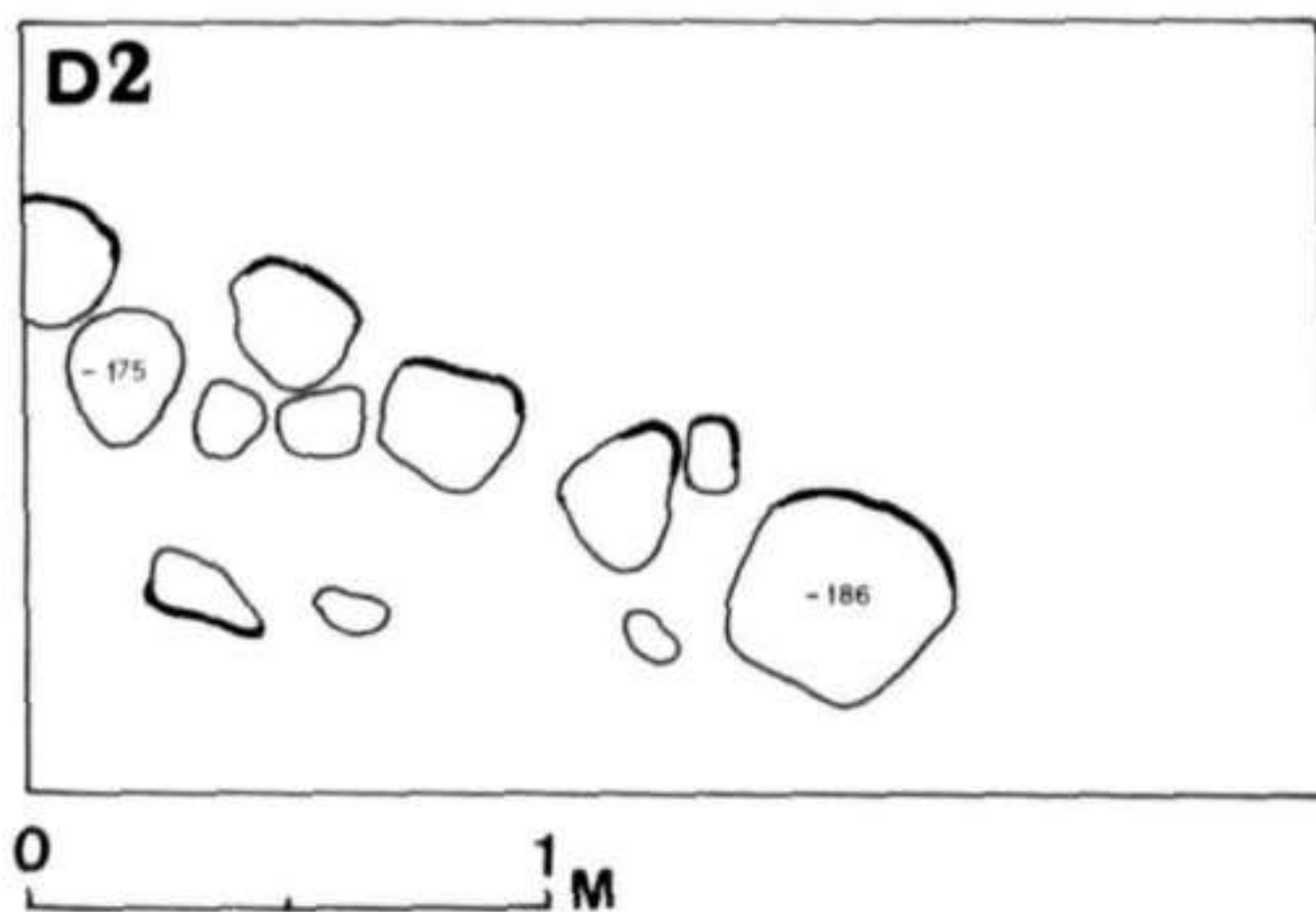


Fig. 9. - Planta de los restos de estructuras de los Cortes D2 y D1.

dicho muro así como los primeros estratos, de los que únicamente se conservan restos en el tercio superior u oriental del Corte.

Más intactos se hallaban los restos de los estratos IIB y IIC, y con el estrato IID afloró un tramo de muro, continuación del que viene en oblicuo al sentido de la excavación en C1 y C2, que ya vimos pertenecía a la casa del estrato intermedio. No obstante, tampoco se pudo hallar el quiebro del mismo por cuanto se detuvo hacia la mitad del Corte. A su lado, hacia el SE, se apreciaban otras alineaciones que podrían pertenecer a un muro de mala factura, orientado en sentido E-O.

Por debajo apareció el estrato IIE de color grisáceo, que tras una fina capa de color ocre -un pavimento- dejaba paso al estrato IIF del mismo color pero más oscuro.

La desaparición de los primeros estratos ha venido compensada en este Corte con la presencia de dos suelos fértiles no detectados en ninguna de las restantes áreas. Se trata del estrato IIG, de color marrón claro con pequeños cantos, que dispensó algunos hallazgos cerámicos. Esta coloración no es general en toda la superficie excavada, oscilando entre el ocre anaranjado en la parte septentrional, y beige-grisáceo hacia el SE. Posee en su base piedras sin alineación alguna, quizá derrumbadas de algún muro arrasado por los estratos superiores IIE-IIF. Asimismo, en el lado NO, se perfila por debajo del estrato IIG y tras una capa de 4 cm. de color anaranjado estéril, el último estrato fértil de gran potencia (80 cm.) compuesto de tierra de color marrón parduzco con abundantes cantos, que descansa ya sobre la roca base.

Estos estratos inferiores producen la sensación de hallarse bastante alterados, procediendo el material arqueológico recuperado seguramente de un área contigua de habitación. Ello explicaría la abundancia de cantos, sobre todo en el estrato IIH, así como la ausencia de pavimento alguno.

CORTE A1-A2

Puesto que no se podía completar la planta de la gran vivienda que ocupaba los Cortes precedentes y ante la presencia del lienzo externo de otro muro hallado con similares características en el Corte B2, se procedió a excavar una amplia cuadrícula de

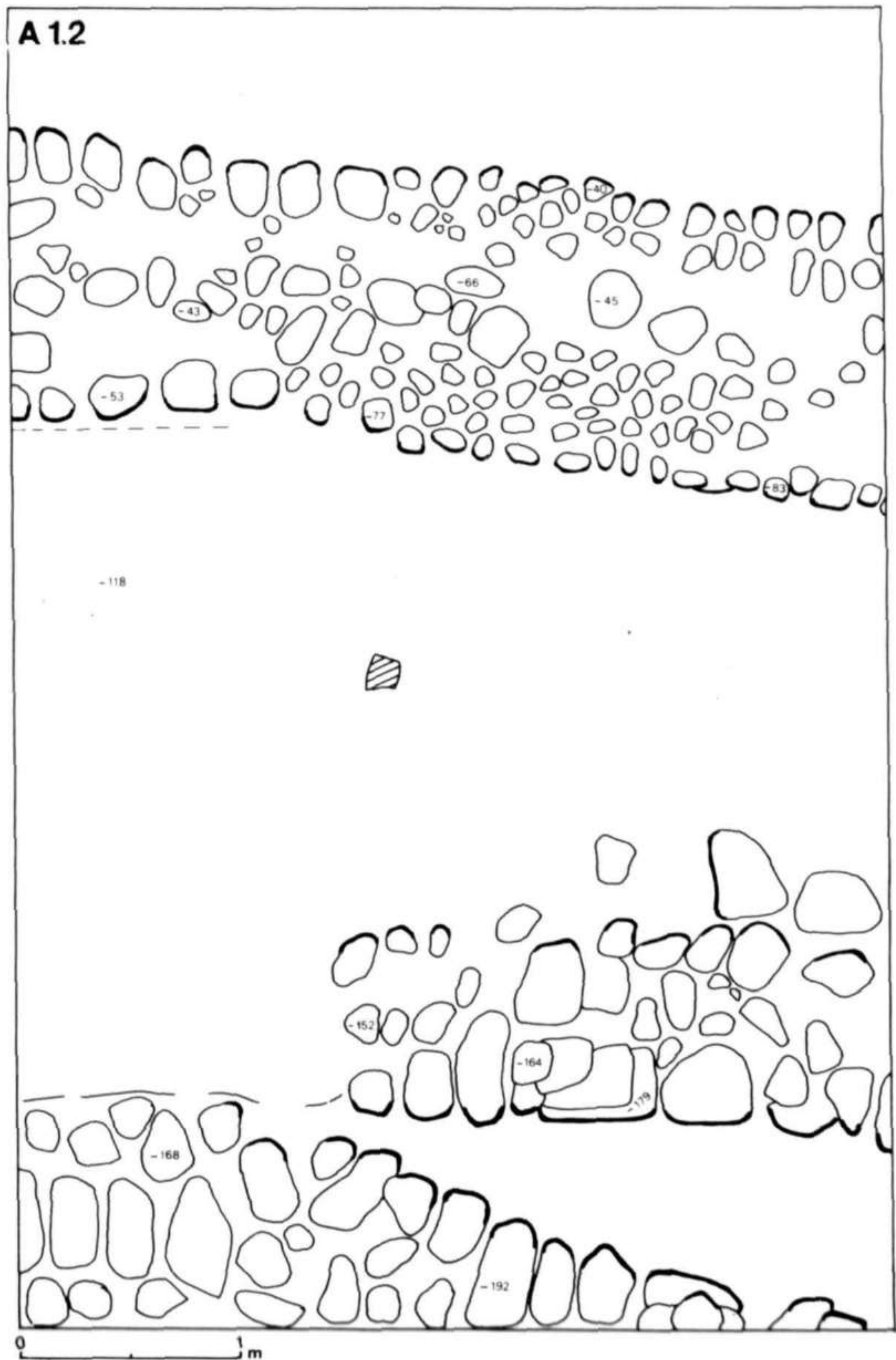


Fig. 10. - Planta de las estructuras halladas en el Corte A 1.2.

4 x 6 m., ya que la apertura por separado del Corte A1 en su lógica extensión no podía efectuarse aquí debido al límite de la terraza, cuya construcción habría desmantelado con toda seguridad los posibles restos.

Inicialmente dejamos un testigo en el centro del área en el sentido longitudinal de la pendiente, con el fin de registrar la posible estratigrafía del interior de la casa. En cambio, no se respetó el testigo entre las áreas A y B porque hubiera coincidido con el muro sudoriental, detectado en B2, privándonos de su fisonomía.

Iniciada la excavación, en la cota superior aparece pronto la roca y sobre ella, en alineación, hiladas de piedras que nos indican la presencia de un muro de dirección NO-SE, perpendicular al muro sudoriental de dirección NE-SO. Este nuevo muro nordoriental de la casa ofrecía una anchura en torno a los 0,90 m. y en una cota más baja existía otra alineación de piedras que le proporcionaba una anchura total de 1,20 m. Este postizo podría ser un banco adosado o un vasar y se hallaba enlucido con una espesa capa de barro de color ocre, de modo que originariamente no se veían las piedras que conformaban este muro con banquetas. Esta línea de enlucido se dis-

tinguía perfectamente del estrato correspondiente a la casa que ofrecía una coloración más grisácea. Dicho estrato contenía un derrumbe a base de pellas de barro y adobes quemados con improntas de cañas y palos. Este estrato I, que en su base proporcionó escasos fragmentos cerámicos, descansaba sobre tres pavimentos de tierra batida de color ocre sellando otras tantas capas cenicientas originadas por la acumulación de los desperdicios producidos por sus habitantes, apareciendo debajo la roca.

Del propio muro nordoriental se extrajo un diente de hoz y un hacha de piedra pulida verdosa muy desgastada, yacentes entre las piedras que lo formaban. La limpieza total del área SE del Corte permitió observar una diferencia en la construcción del tramo correspondiente del ancho muro NE y radicaba en la sustitución de las piedras medianas por alineaciones de pequeños cantos, ocurriendo lo mismo con el banco o vasar. Excavada la mitad meridional del Corte pronto se pudo comprobar la inexistencia de estrato arqueológico alguno. La capa de tierra levantada se halló revuelta con abundantes piedras de pequeño tamaño y cubre el cierre meridional de la casa, compuesto por un muro de 1 m. de anchura edificado con gruesas piedras.

De nuevo, el sentido de inclinación de esta casa siguiendo la propia de la pendiente natural, es similar al de la gran casa de los cortes sudorientales, y esta identidad constructiva es un dato de suma importancia por cuanto nos permite deducir la contemporaneidad de ambas.

Igualmente, junto al exterior del muro meridional apareció una acumulación de tierras grises y negruzcas con abundantes cerámicas y huesos, que no era otra cosa que los restos del estrato I compuesto por las basuras que generaron ambas casas y que rellenaron el hueco existente entre ellas. Esta bolsada, además, estaba comprendida entre el citado muro sur y un nuevo tramo de otro que nace oblicuamente de él, originando una nueva vivienda cuya excavación resulta a todas luces no aconsejable dado el reducido espacio restante de la terraza, así como la intensa erosión que ha sufrido, que apenas proporcionaría más que un área muy parcial de esta otra vivienda desmantelada ya de antiguo.

CORTE BC7

Antes de dar por finalizada la campaña en este Sector y con el fin de obtener más datos de una zona lo más alejada posible de la primera terraza en que habíamos abierto los cortes que acabamos de referir, procedimos a la excavación de un nuevo corte situado 22 m. más arriba de las casas instaladas en la terraza baja.

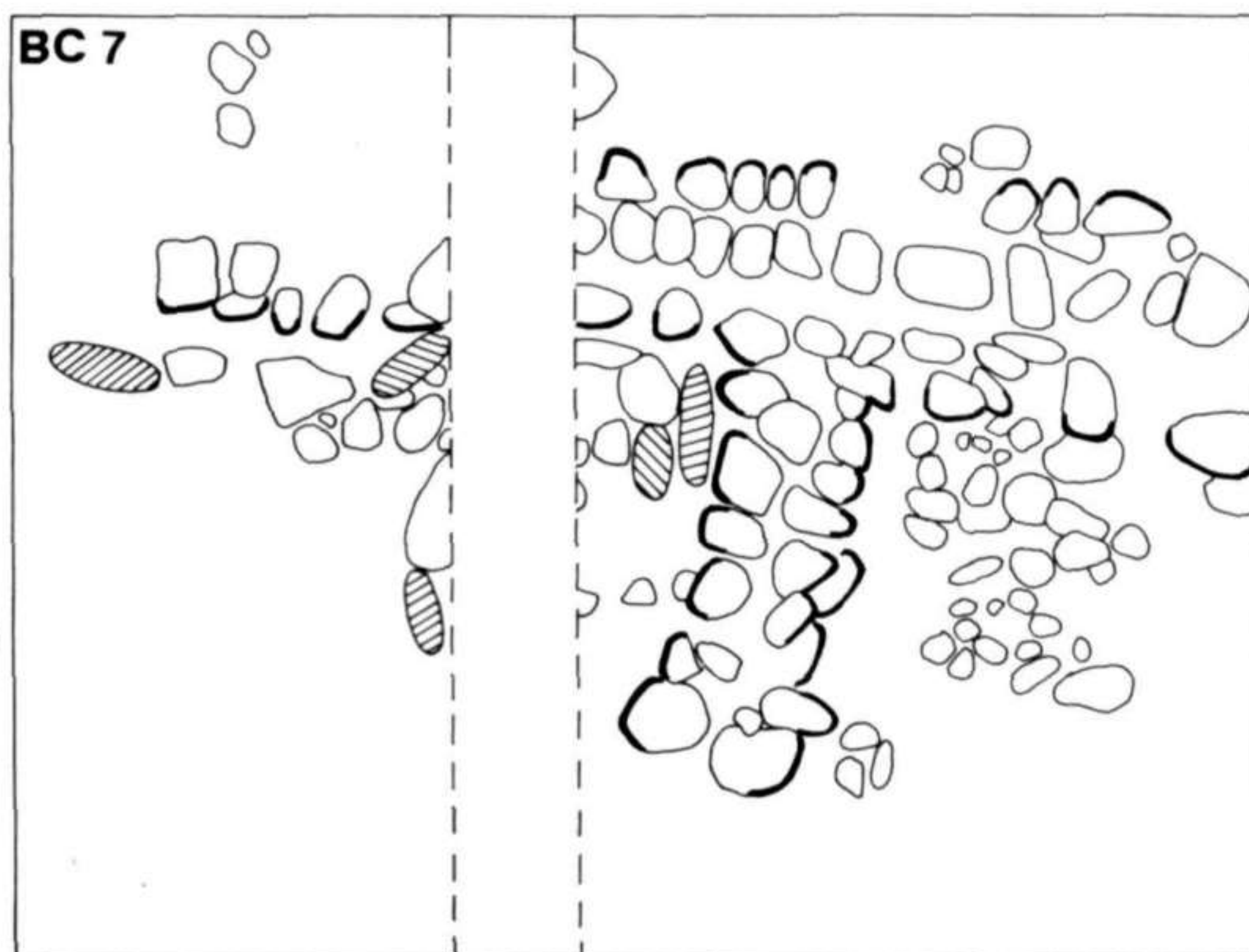
Así se pudo recuperar parte de otra vivienda, que, no obstante, sólo deparó un tramo de muro de 3,5 m. de longitud, orientado en dirección NO-SE, con una anchura por delimitar en futuros trabajos. De este muro partía otro perpendicular, en el sentido de la pendiente, del cual recuperamos un trazado de 1,40 m. Es de señalar la presencia entre los muros de varios molinos barquiformes completos, así como de un reducido estrato arqueológico situado en el cuadrante NO del corte rindiendo los escasos materiales cerámicos recuperados.

CONCLUSIONES DEL REGISTRO ESTRATIGRAFICO

Los trabajos realizados parecen demostrar que el único, y por otra parte lógico, sistema de habilitar estas pendientes meridionales de las crestas del Pic de Les Moreres, fue la realización de una serie de terrazas en donde insertaron aquellas gentes sus diversas viviendas cuyo arruinamiento y consiguiente estratificación han dado lugar a las que hoy se observan, ya muy alteradas por los agentes erosivos.

Fig. 11. - Planta de las estructuras del Corte BC7.

0 1 M



La secuencia estratigráfica más completa, conseguida entre los Cortes B1, C1 y D1, ha permitido la siguiente periodización:

- FASE I. Representada por el estrato IIH, muy alterado.
- FASE II. Representada por el estrato IIG.
- FASE III. Conformada por el paquete estratigráfico IIF-E. Contiene dos pavimentos de arcilla pisada, sin que se hayan localizado estructuras.
- FASE IV. Representada por el estrato IID, que nos ha legado la planta parcial de una casa cuyos cimientos pétreos se insertan en parte de los estratos precedentes.
- FASE V. Compuesta por el arruinamiento de la casa de la Fase IV y posterior habitabilidad del área pero sin estructuras detectadas.
- FASE VI. Vendría representada por los estratos IIB, IIA y I, pertenecientes al interior de la vivienda cuadrangular, a su derrumbe interno y a sus depósitos de desperdicios, correspondientemente.

La Fase IV ha proporcionado parte de la casa más antigua manifestada hasta el momento en el Pic de Les Moreres. Se trata de un habitáculo de planta ortogonal, sin que podamos dilucidar, a través de sus restos, si se trata de un contorno cuadrado o rectangular. El muro más largo que cruzaba los Cortes C y D en sentido N-S vino a medir 5 m., siguiendo más al N con un tramo confuso de unos 2 m. En el Corte C1 se conservó un tramo de 2,20 m. que se unía perpendicularmente a lo que parece ser el lado mayor del departamento. La anchura de dichos muros oscila entre 0,40 y 0,50 m. El límite meridional de la casa vendría marcado en el Corte D1 por la presencia de un tramo de mayor anchura (0,60 m.) perteneciente, al parecer, a otra estructura no excavada. De modo que el lado completo de esta vivienda vendría a medir alrededor de 5,20 m.

En el ángulo N de la casa existía una estructura circular adosada, formada por cantos redondeados, posible hogar o vasar. La mitad occidental de esta vivienda no se ha conservado. Existe la posibilidad de que en el espacio restante, en B1 y B2, se desarrollara parte de la actividad generada por la casa, ya que se halló el solero endurecido de un horno circular de 0,70 m. de diámetro.

La Fase VI es la que nos ha proporcionado mayor cantidad de datos acerca de la urbanística del poblado. La situación estratégica del mismo y la solución de continuidad a partir del último período de funcionamiento del poblado han coadyuvado a la conservación de sus ruinas.

Una casa de grandes dimensiones y robustos muros se instala ahora en el espacio determinado por los Cortes B y C, habiendo desaparecido parte de su planta en el área meridional correspondiente a los Cortes D. El espesor de los muros es considerable, del orden de 0,85 m. y la planta rectangular de la vivienda arroja una medidas máximas de $8 \times 5,80$ m. siguiendo la misma alineación que la planta de la casa de la Fase IV. Con una separación de 1 m. se situó más al N –en el área correspondiente al Corte A– otra casa cuadrangular de dimensiones más reducidas ($5,5 \times 4,20$ m.). Sus muros ofrecen ciertas divergencias entre sí. Mientras el lado meridional mide 0,40 m. de anchura, los muros oriental y occidental alcanzan 1,20 y 1 m. de espesor respectivamente. El aparejo empleado en el muro oriental, a base sobre todo de pequeños cantos, es distinto del utilizado en los restantes lienzos de este departamento.

En contacto con el lienzo occidental, aparece un muro de una tercera casa, al parecer de dimensiones semejantes a la anteriormente descrita, que no se excavó ante la cercana presencia del talud que corta el resto del nuevo departamento.

Todas estas casas fueron construidas con los zócalos basculando en el sentido de la pendiente, existiendo fuertes diferencias de altitud con referencia a la horizontal entre los muros orientales y occidentales, lo que, entre otros hechos, propició la destrucción de la parte de los sedimentos anteriores con sus estructuras conexas, como vimos que acontecía con los muros noroccidentales de la casa de la Fase IV. El pavimento y, por tanto, el nivel de la habitación de esta vivienda mayor desaparecieron precisamente por esa marcada inclinación. Únicamente en la casa del Corte A1 se pudieron analizar tres sucesivos pisos de arcilla batida de color ocre que clausuraban suelos de desperdicios.

El hallazgo de la casi totalidad de los materiales arqueológicos fuera de las respectivas viviendas, relleno el espacio comprendido entre ellas y acompañados de buena proporción de restos alimenticios, señala en la dirección de un sistemático barrido del suelo de estas viviendas que acumularía en el exterior –entre los huecos de las diversas casas– la basura generada por las gentes que en ellas vivían. Una solución de mayor compromiso sellaría la suciedad acumulada en el suelo con un nuevo pavimento, según costumbre habitual en muchas de nuestras comunidades prehistóricas.

Un hecho que pudo comprobarse en sucesivas ocasiones afectaba al modo en que se preparaba el interior de los habitáculos del Pic de Les Moreres. Lejos de dejar el careo natural del zócalo de piedras de las paredes se procedía a su recubrimiento uniforme con arcilla ocre, enmascarando el basamento pétreo y confundiéndolo con el alzado uniforme del resto de la pared.

Este procedimiento también se realizó por el exterior, con el fin de lograr una mayor impermeabilización de la base de las casas, en donde generalmente mayor incidencia tiene la acción de la escorrentía de lluvia. El alzado de las paredes de estas viviendas terminaría, probablemente, en un techado a una vertiente siguiendo la línea de inclinación de la ladera, construido mediante un entramado de palos, cañas y barro, muchas de cuyas pellas conservan las improntas de los restos vegetales que aprisionaron.

El registro de estructuras se completó con el Corte BC 7. La pendiente más pronunciada aún en esas más altas cotas sólo permitió recuperar parte de otra vivienda, conservándose un lienzo de 3,50 m. de longitud en sentido NO-SE y del que partía otro perpendicular recuperado en una longitud de 1,40 m. Nada cabe apuntar sobre esta nueva estructura salvo la presencia de un doble compartimiento. Estos restos, sin serie estratigráfica anterior ni posterior, quedan descolgados y aparentemente desconectados respecto a las últimas casas de la Fase VI del poblado. Únicamente el paralelismo estratigráfico entre las casas del Corte A –sin secuencia estratigráfica como en BC 7– y la gran vivienda que engloba los Cortes B, C y D, permite considerar contemporáneos los restos de BC 7, configurándose una última etapa del poblamiento en el Pic en que conocemos parcialmente sus cerámicas, las estructuras de habitación y el régimen alimenticio de esta primitiva comunidad asentada en el Sector XIII.

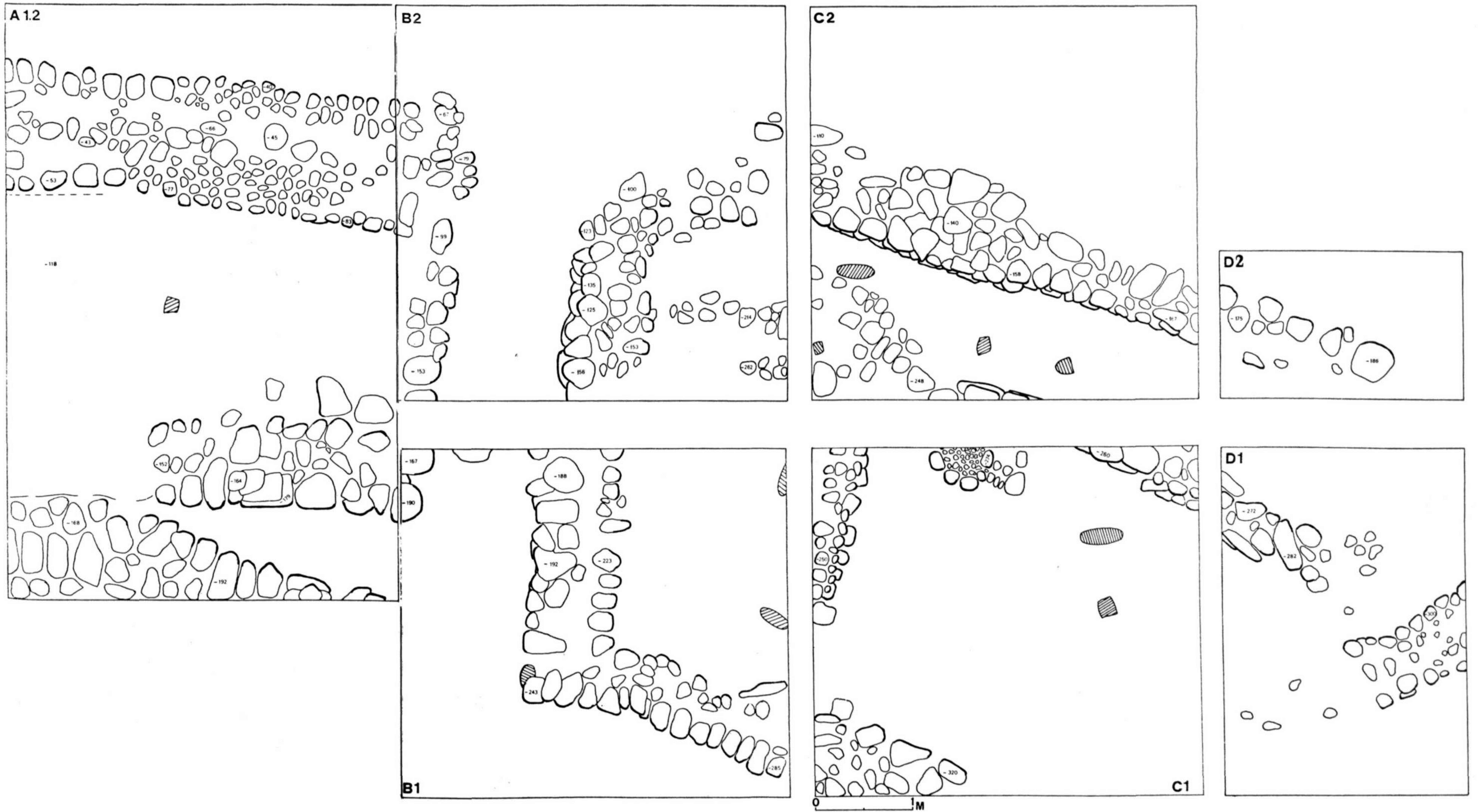


Fig. 12. - Visión de conjunto de las estructuras afloradas en la terraza inferior del Sector XIII B.

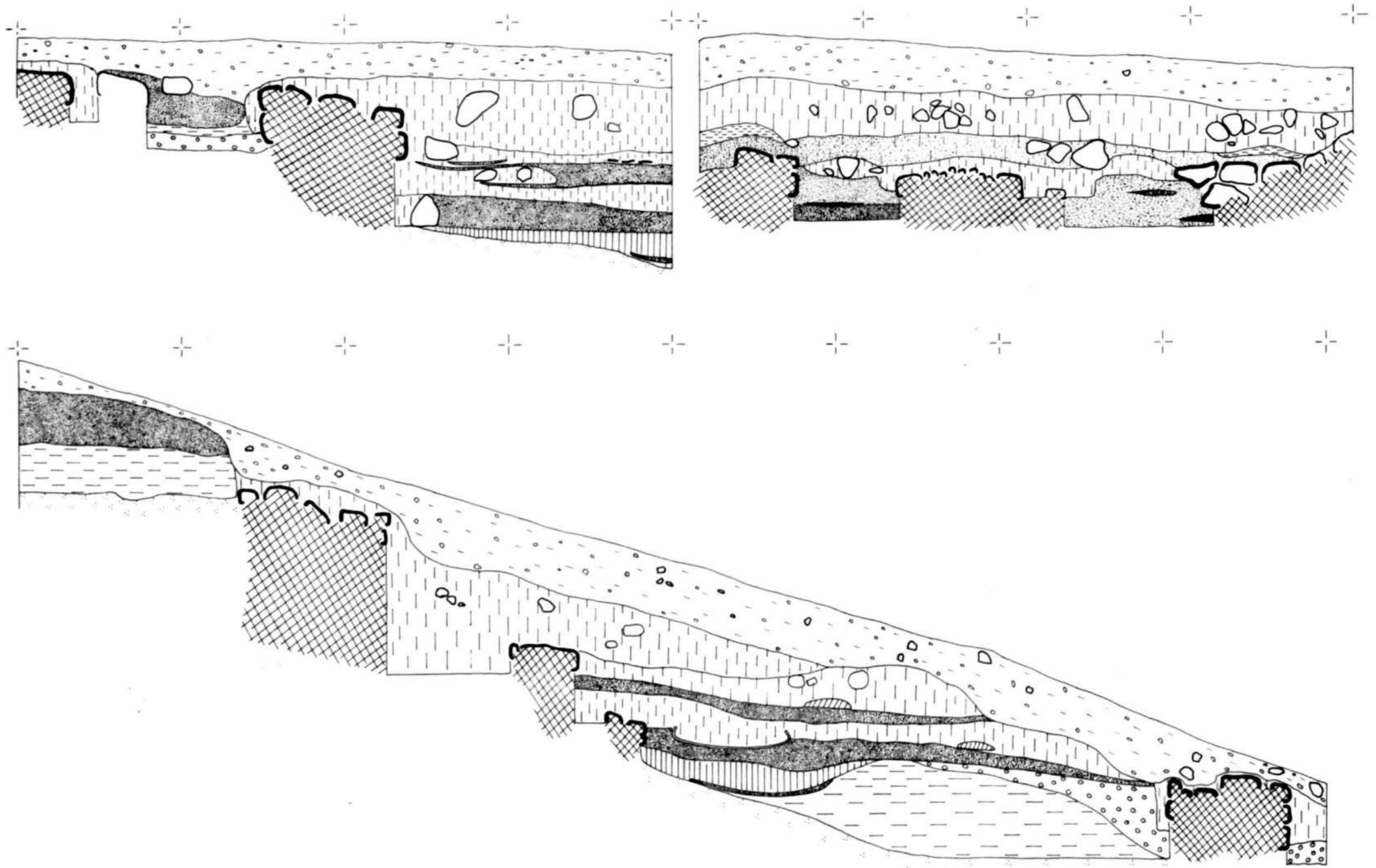


Fig. 13. – Estratigrafías de los perfiles NE de B1-C1 y de los perfiles SE de B2-B1.

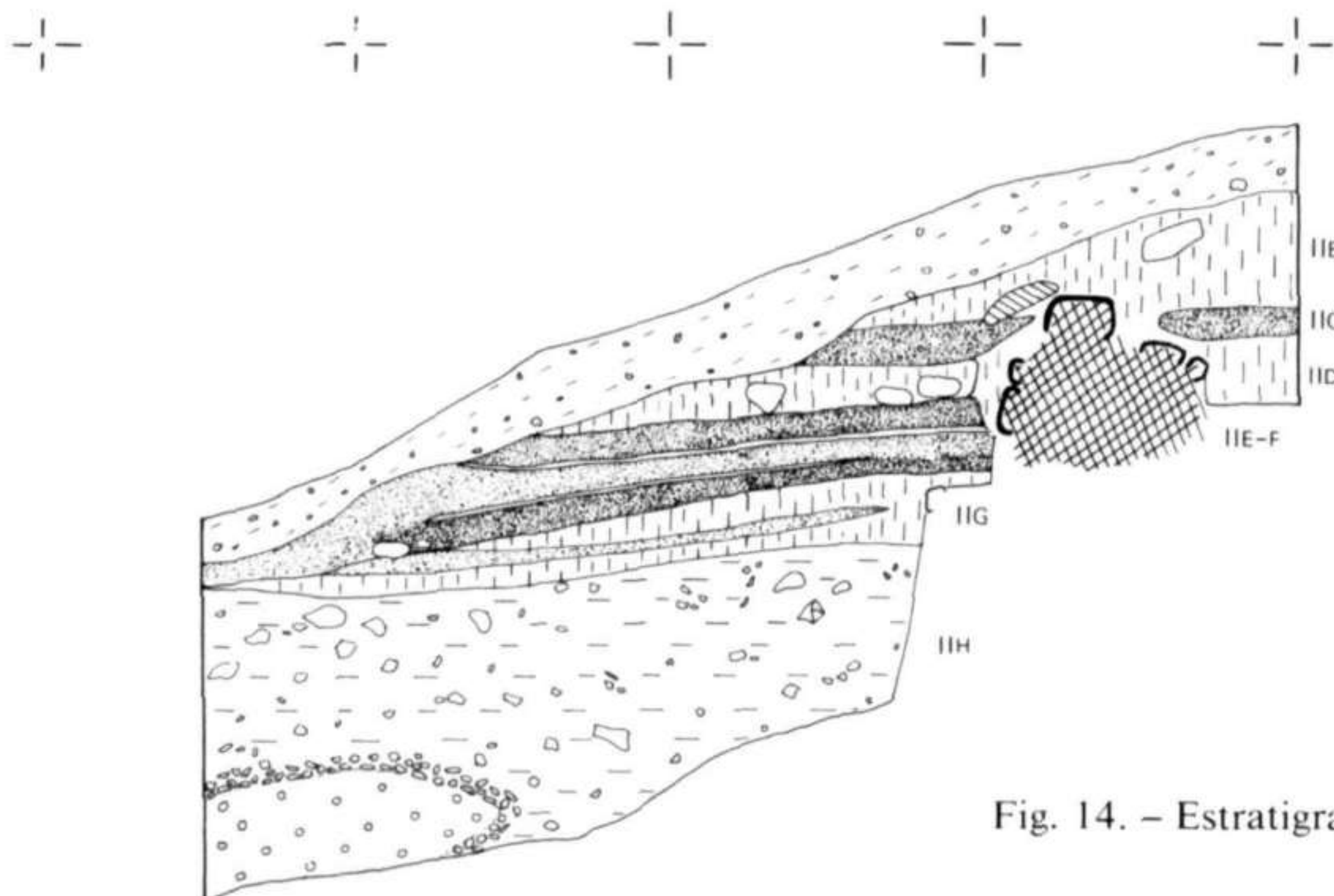


Fig. 14. - Estratigrafía del perfil NO del Corte D1.

LA CULTURA MATERIAL

En esta fase de la Edad del Bronce del Pic de Les Moreres nos enfrentamos con un problema que volverá a sernos familiar en los horizontes culturales posteriores investigados en la misma zona y correspondientes al Bronce Final y al Período Orientalizante: la presunta homogeneidad de la cultura material, particularmente de los ajuares cerámicos. Es posible que la causa sea el insuficiente registro arqueológico —aunque se cuentan por miles los fragmentos recuperados—. Lo cierto es que no contamos con claros índices formales que permitan siquiera perfilar las líneas esenciales de una hipotética evolución tipológica y con ello cronológica.

Esta ausente periodización interna del material cerámico contrasta con la continuada estratificación del poblado, significando breves espacios de tiempo en la génesis y desarrollo de cada etapa de habitación. Otorgando un determinado período de vida (unos 50 años) para la colmatación de cada fase es posible que no se sobrepasaran los 300 años para la conclusión definitiva del bloque estratigráfico que se generó en ese tiempo en la terraza excavada. Aunque somos conscientes del peligro y la escasa fiabilidad de tales cálculos, ese margen temporal podría llegar a explicar la ausencia de una evolución sensible de la cultura material, suficiente, sin embargo, para la continua refacción de las viviendas.

Por lo que concierne a la cerámica, la producción alfarera de los habitantes del Pic va a presentar unas características propias tanto técnicas como morfológicas que la convierten en un elemento arqueológico de gran valor, por cuanto a través de ella podemos observar la diferencia que muestra en bloque con respecto a la producción modelada de los horizontes precedentes (Les Moreres) y consecuente (Peña Negra I).

Todos los recipientes están fabricados a mano y presentan una clara homogeneidad técnica. Sus pastas son generalmente oscuras, con tonos marrones, grises y pardos. No es muy frecuente la presencia de un núcleo en el interior (23,5%) y menos la existencia de varias capas diferenciadas (8,2%), siendo lo usual una pasta de coloración homogénea (68,2%).

Las inclusiones desengrasantes son abundantes, empleándose como tales rocas trituradas, conchas e incluso cerámica machacada. En algún caso se aprecian huellas de paja o cañas vegetales.

Las superficies de los vasos se hallan ligeramente bruñidas o espatuladas, pero también hay ejemplares en donde este tratamiento no se ha realizado, como es el caso de la Forma 2.

Las vasijas del Pic no presentan en ningún caso bases planas, siendo siempre convexo su cuerpo inferior. Por otro lado, hay una total ausencia decorativa que ni siquiera llega a afectar a los labios, como ocurre con la cerámica grosera del Bronce Final de Peña Negra. Y el sistema de prensión se realiza mediante la implantación de pezones o lengüetas, generalmente próximos al borde, con un caso único de asa de cinta.

TIPOLOGIA CERAMICA

Como suele ser inherente a todo elemento cerámico recuperado de cualquier poblado prehistórico, el elevado grado de fragmentación dificulta un estudio tipológico en profundidad. Este se ha de basar forzosamente en las muestras mejor conservadas y más significativas para la correcta comprensión del horizonte cultural que las generó. De igual forma, cabe desechar aquellos fragmentos cuya fragmentación es tal que imposibilita bien la adscripción a una determinada forma, bien la creación de un nuevo perfil, y no porque los consideramos poco significativos.

Así pues, las formas básicas del Pic de Les Moreres han sido agrupadas en seis tipos. Las diferencias entre ellos se basan, esencialmente, en un criterio formal. Pero en algunos casos hemos aplicado el criterio del tamaño como factor discriminante: puesto que consideramos que la función del tipo 3B y 1C nunca pudo ser la misma. Ello nos induce, en determinados casos, a preferir a la clasificación formal otra funcional. De modo que una agrupación que observara este factor podría venir enunciada de la siguiente forma:

Formas 1 y 6: Vasos para comer y beber.

Forma 2 (en menor grado la Forma 3): Vasos para guisar.

Formas 3, 4 y 5: Vasos de almacenaje.

El primer grupo viene condicionado funcionalmente por su propio tamaño y generalmente mejor acabado. Del mismo modo que la del tercero. La forma 2 casi siempre ha presentado señales evidentes de fuego y ahumado en la base y paredes externas del recipiente, por lo que su función resulta bastante obvia. Ello vendría reforzado por el mayor grosor de las paredes y del elemento temperante cual es el desengrasante.

La denominación correspondiente de los tipos es como sigue:

Tipo 1. *Cuencos de forma simple*

Utilizando el índice de relación entre el diámetro del borde y la altura, siempre presentan valores superiores a 1,6.

Variantes:

- A. De casquete esférico.
 - 1. Paredes convexas.
 - 2. Paredes rectas.
- B. Hemiesférico.
 - 1. Paredes convexas.
 - 2. Paredes rectas.
- C. Paredes reentrantes.

Tipo 2. *Ollas*

Su índice de profundidad presenta valores inferiores a 1,5.

Variantes:

- A. De paredes verticales o rectas.
- B. De paredes reentrantes.

Tipo 3. *Vasos de grandes dimensiones y perfil simple*

Variantes:

- A. Ovoide.
- B. Hemiesférico.
- C. De tendencia esférica.

Tipo 4. *Vasos de grandes dimensiones y perfil compuesto*

Las formas pertenecientes a este tipo constan de un cuerpo inferior hemiesférico u ovoide y otro superior troncocónico o cilíndrico, sin que la unión de ambos elementos produzca una marcada carena.

Variantes:

- A. Cuerpo superior troncocónico.
- B. Cuerpo superior cilíndrico.
 - 1. Borde sencillo.
 - 2. Borde engrosado.

Tipo 5. *Vasos de perfil aquillado o carenados*

Las formas integradas en este tipo están compuestas por un cuerpo inferior convexo y otro superior troncocónico, hiperboloide o convexo, uniéndose mediante una marcada carena.

Variantes:

- A. Cuerpo superior troncocónico.
- B. Cuerpo superior hiperboloide.
- C. Biconvexo (Cuerpo superior convexo).

Tipo 6. *Vasito troncocónico de base aplanada*

El cuerpo troncocónico invertido presenta una carena muy baja, con una base plana ligeramente convexa.

OBJETOS NO CERAMICOS

Los ajuares domésticos que conforman la ergología de la población del Pic son más parcos de lo que sería nuestro deseo para el análisis correspondiente de esta fase cultural. Con todo, y referido al espacio excavado, resultan bastante significativos y típicos dentro de los materiales habituales de los poblados de esta época.

El gran ausente por ahora es el metal, escasamente traducido en un minúsculo fragmento de plaquita hallado en el estrato IID.

Con respecto a los objetos de piedra, las gentes del Pic utilizaron con profusión el sílex para sus instrumentos de trabajo. Estos se encuentran enraizados en una arcaica tipología prehistórica que reproduce, entre otros, raspadores en extremo de lasca y piezas truncadas.

La innovación tecnológica del momento viene representada por una gran variedad de elementos dentados para ser insertados en hoces de materia perecedera, generalmente madera. Sus secciones son igualmente variadas y dependen de la lasca sobre la que fueron realizados. Tienen cierta entidad las secciones denominadas «en forma de D». Han aparecido en todas las fases de habitación de la terraza excavada en 1982. Presentan el característico lustre en el filo activo y han sido fabricados sobre sílex de color blanco.

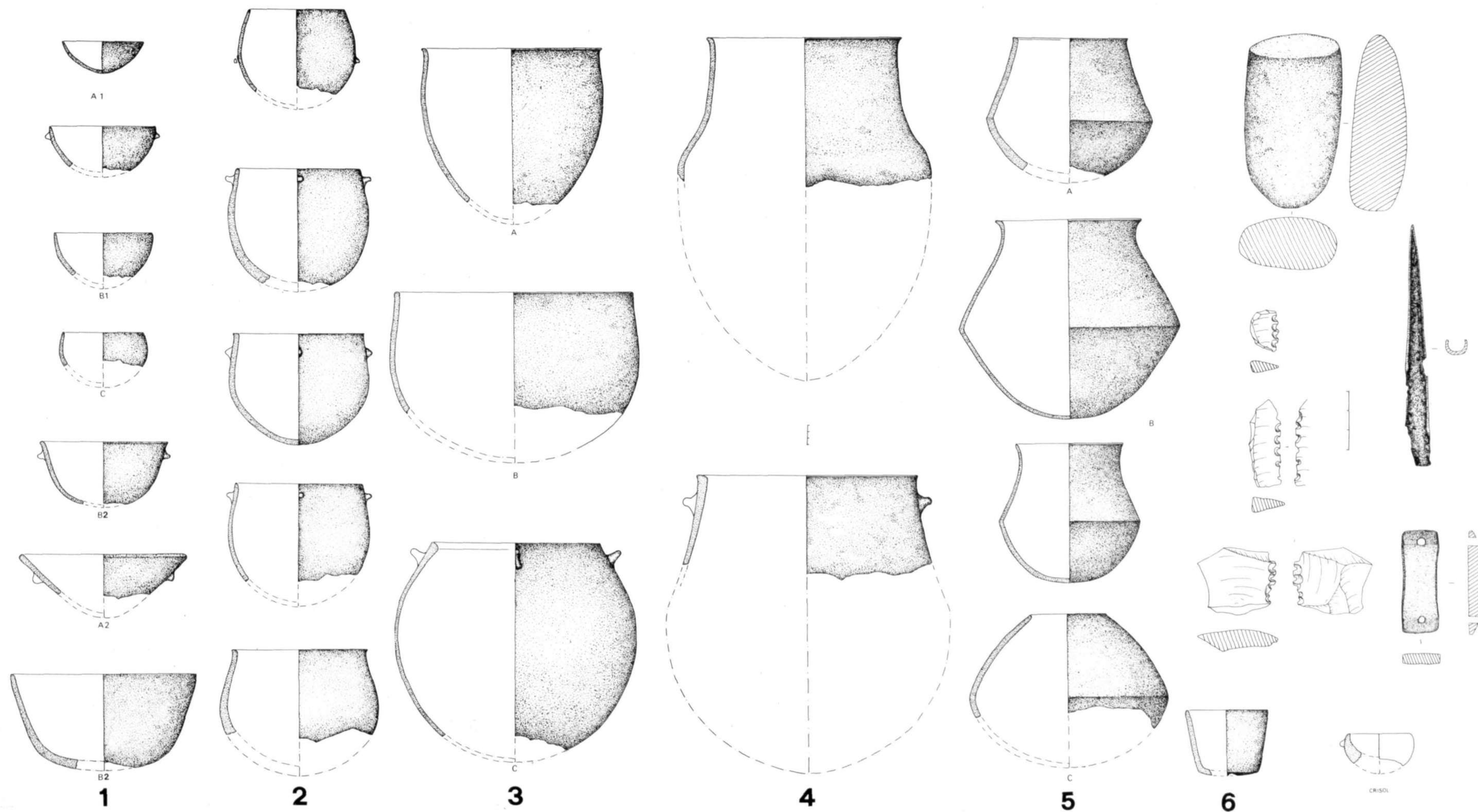


Fig. 15. - Tabla de conjunto de los elementos más característicos del Pic de Les Moreres.

Con referencia a las hachas pulidas, a los dos ejemplares publicados por Román Lajarín y procedentes de superficie (Román, 1975, 53-5, fig. 10), se añade con la séptima campaña un nuevo ejemplar alojado entre las piedras de los muros de la casa del Corte A2. Mide 8,8 × 5 cm., con un grosor de 2,7 cm. y sección oval. Su filo está embotado, siendo romo y ligeramente asimétrico.

En el estrato IIB del Corte D1 se recuperó una afiladera, también denominada «brazal de arquero», de forma y sección rectangular con dos perforaciones, una en cada extremo de la pieza. Está fabricada sobre arenisca de color granate y las superficies se encuentran pulidas, en particular sus flancos laterales, ligeramente cóncavos. La cara superior se adelgaza en los extremos. Mide 5,3 cm. de longitud, 1,9 de anchura máxima y 0,6 cm. de grosor.

Tanto en la superficie de las laderas del poblado como en las sucesivas fases de habitación puestas de manifiesto por nuestras excavaciones, las piezas ovales de moler grano se prodigan considerablemente. Su forma y dimensiones se van a conservar inalterables a lo largo de las tres fases culturales que venimos registrando en la Sierra de Crevillente, con unas medidas de 25/38 × 14/17 cm. Para su fabricación se han servido de rocas blancas y porosas, especialmente en el horizonte de la Edad del Bronce del Pic, mientras en los más recientes períodos de Peña Negra se ha echado mano de rocas porosas oscuras pórfido-gábricas comunes entre los materiales triásicos subbéticos del cercano Cabezo de Albaterra.

En relación con estos molinos es preciso traer a consideración las pequeñas piezas de sección triangular publicadas con anterioridad (Román, 1975, figs. 12-14) y consideradas por su hallador de diorita. Miden alrededor de 9,5 cm. de longitud y 5 cm. de anchura. Podría tratarse de una variedad de moletas activas, cuya formación más usual en otros poblados prehistóricos es circular.

De hueso, únicamente en el estrato IIC aparecieron restos de instrumentos óseos. Se trata de dos punzones realizados sobre huesos largos. El primero está fragmentado y es macizo y con sección oval. Conserva 7,8 cm. de longitud y su anchura es de 0,9 cm. El segundo, aunque partido en dos, ha llegado completo. Es de sección cóncavo-convexa y alcanza una longitud de 12,3 cm.

ESTUDIO CRITICO

La atribución cultural y cronológica del poblado que sirve de base para el establecimiento del Horizonte del Pic de Les Moreres la fundamentaremos en la similitud de sus elementos de cultura material con los propios núcleos prehistóricos del hinterland más o menos cercano, como requiere su mismo carácter de comunidad humana primitiva, relegando, en la medida de lo posible, las conexiones más lejanas que, no obstante, deben realizarse ante determinados elementos.

En el análisis de la cultura material del Pic de Les Moreres nos enfrentamos, de entrada, con un hándicap cual es la mínima extensión excavada, que si bien es suficiente para una caracterización preliminar de la estación, no lo es en absoluto para un estudio interno y menos para una periodización con sentido cultural, debiendo conformarnos con las subdivisiones estratigráficas que siguen de cerca las sucesivas etapas.

Sin embargo, acometemos su estudio ya que este horizonte significa un punto de partida y referencia para el análisis de los restantes horizontes culturales mejor conocidos, en que disponemos de un mayor registro de datos. Esta razón condiciona el siguiente estudio hasta el momento en que nuevas campañas de excavación sean realizadas en el Sector XIII.

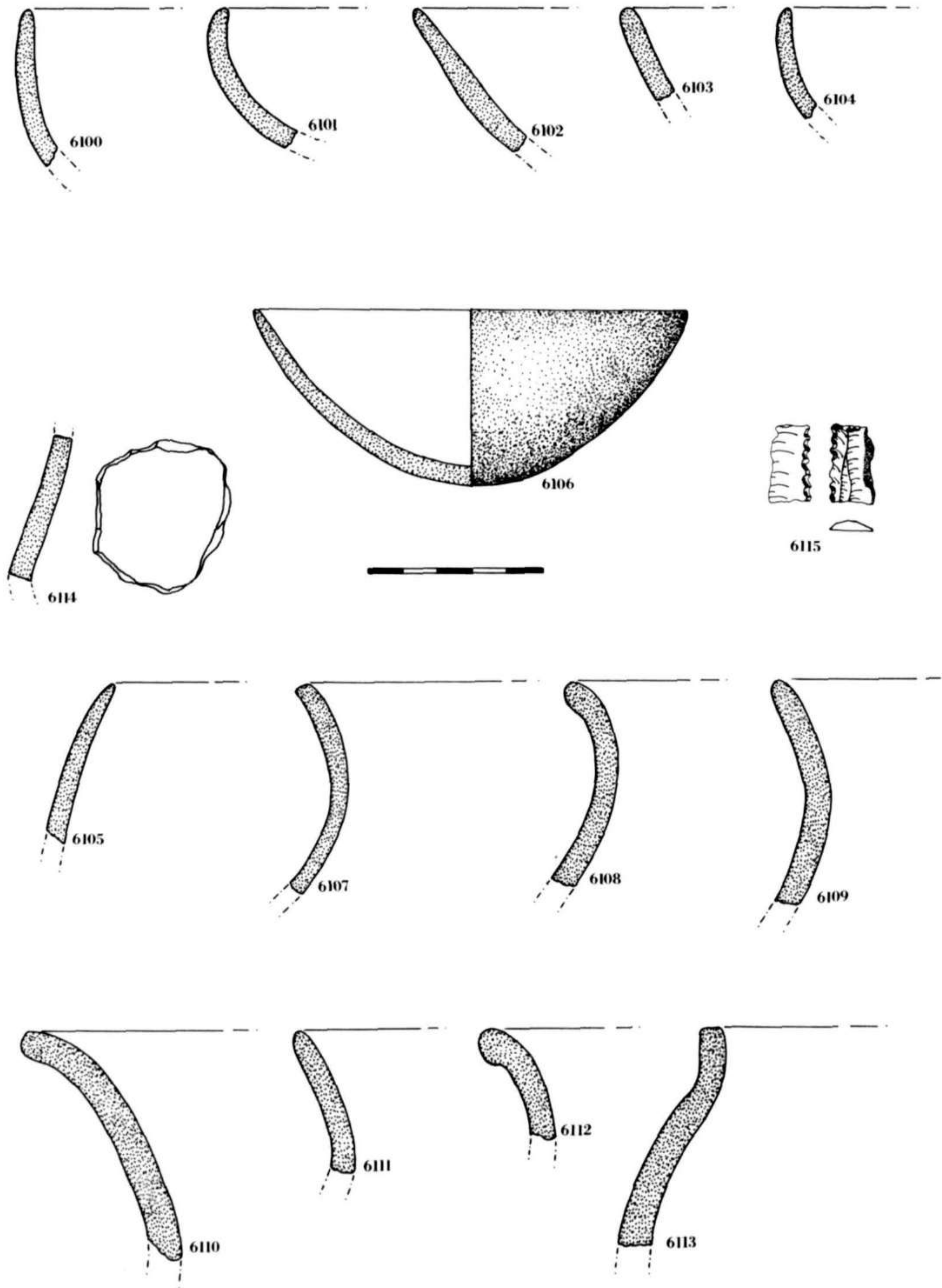


Fig. 16. - Materiales procedentes del Sondeo en el Sector XIII A.

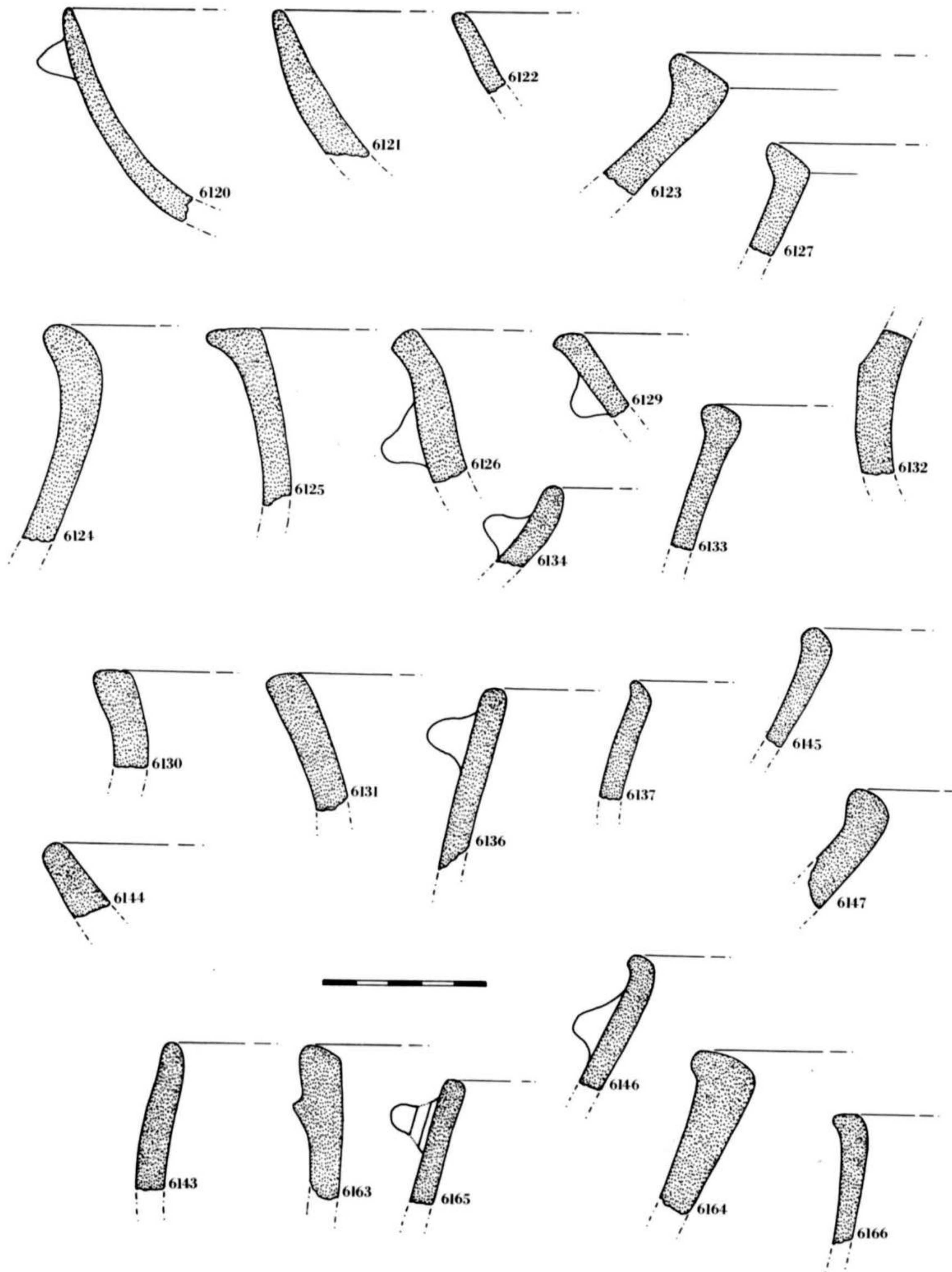


Fig. 17. – Materiales del estrato superficial. Cortes C1 y D1.

También carecemos, por el momento, de suficientes elementos de comparación con el horizonte precedente de la Edad del Cobre que comenzamos a conocer muy recientemente con el inicio de los trabajos en el poblado calcolítico de Les Moreres.

Disponemos de una primera aproximación interpretativa del poblamiento del Pic de Les Moreres realizada con escasos materiales de superficie (Román Lajarín, 1975) y en alguna ocasión acudiremos a ella a lo largo de este trabajo. De momento sólo nos interesa dejar constancia del hallazgo realizado por el citado autor de un pequeño fragmento de cerámica con decoración incisa de tipo campaniforme, extraviado antes de la publicación de los materiales, y que nosotros pudimos observar en los primeros años de la década de los setenta. Con todo –y pensamos que debido a un exceso celo metodológico– el autor no lo refiere en la publicación, privándose de un importante componente que le hubiera condicionado la datación propuesta a tenor de los insuficientes materiales recogidos. Sobre este pedazo de borde de cuenco campaniforme habremos de volver más adelante.

No creo que sea preciso posponer la adscripción al menos temporal del Horizonte, una vez vistas sus principales características. Es evidente que nos hallamos ante un poblado de la Edad del Bronce.

Su localización en un lugar escarpado, con defensas naturales, responde al patrón de asentamiento que rige para este período en la fachada mediterránea peninsular (Tarradell, 1962, 132 y 170; Blance, 1971, 137; Balil, 1972, 14).

Dada la situación topográfica del Sector XIII en las laderas superiores de la línea de cresta con cantiles que protegen el poblado por el norte, nos encontramos con un sistema de urbanismo alejado del que se ha señalado para determinados yacimientos, basado en una ordenación más regular (Tarradell, 1962, 136), como sería el caso del Mas de Menente de Alcoy. En el Pic de Les Moreres se ha seguido el sistema de habilitar terrazas y construir terraplenes con el fin de albergar las viviendas. Esta modalidad se desarrolla siempre en aquellos lugares en donde es inusual un espacio estable, generalmente horizontal (Tarradell, 1962, 133), lo que conlleva la construcción de escaleras que comunicarían los distintos grupos de casas dispuestos en alturas diferentes (Balil, 1972, 17). Semejante sistema, que veremos emplearse también en los restantes horizontes de la Sierra de Crevillente, se ha señalado en varios yacimientos como Serra Grossa, Pic dels Corbs, El Oficio, La Bastida de Totana, Laderas del Castillo de Callosa y Cabezo Redondo, entre otros, siendo quizá el modo de asentamiento más utilizado.

El tipo de casa rectangular o cuadrangular responde, asimismo, al esquema generalizado con la Edad del Bronce (Tarradell, 1962, 136; Balil, 1972, 14; Maluquer, 1972, 50). Se ha venido insistiendo sobre la significación y origen de la casa angular

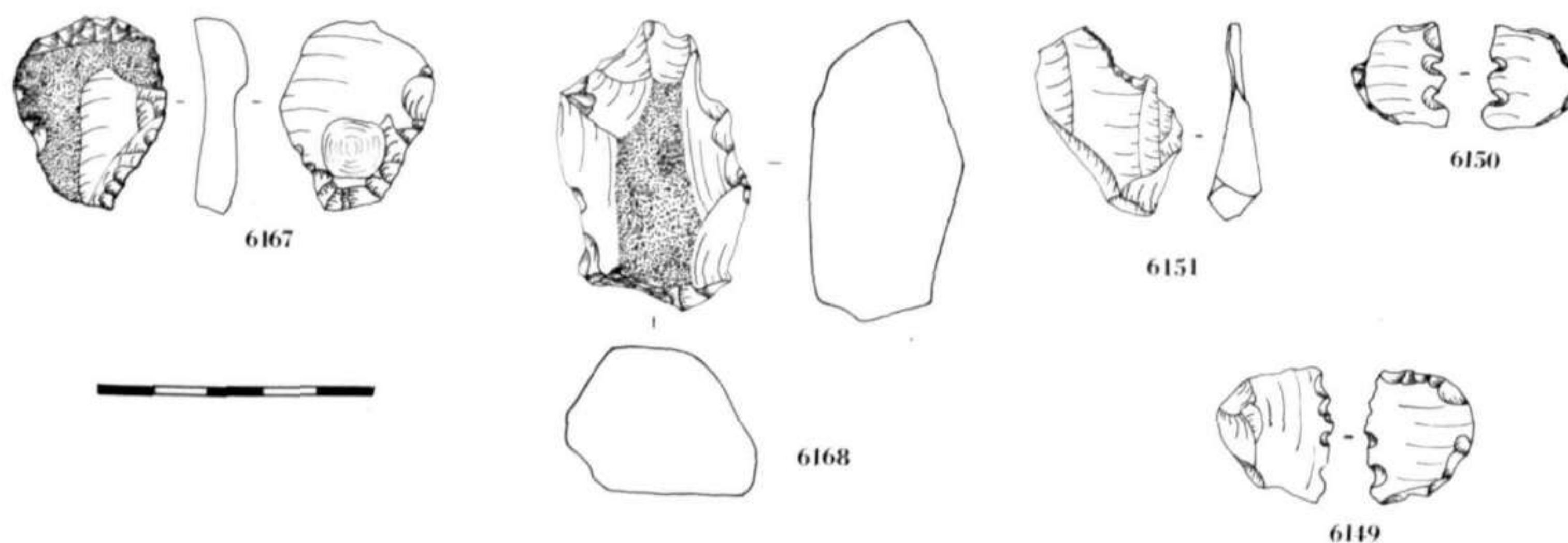


Fig. 18. - Utiles líticos del estrato superficial. Cortes C1 y D1.

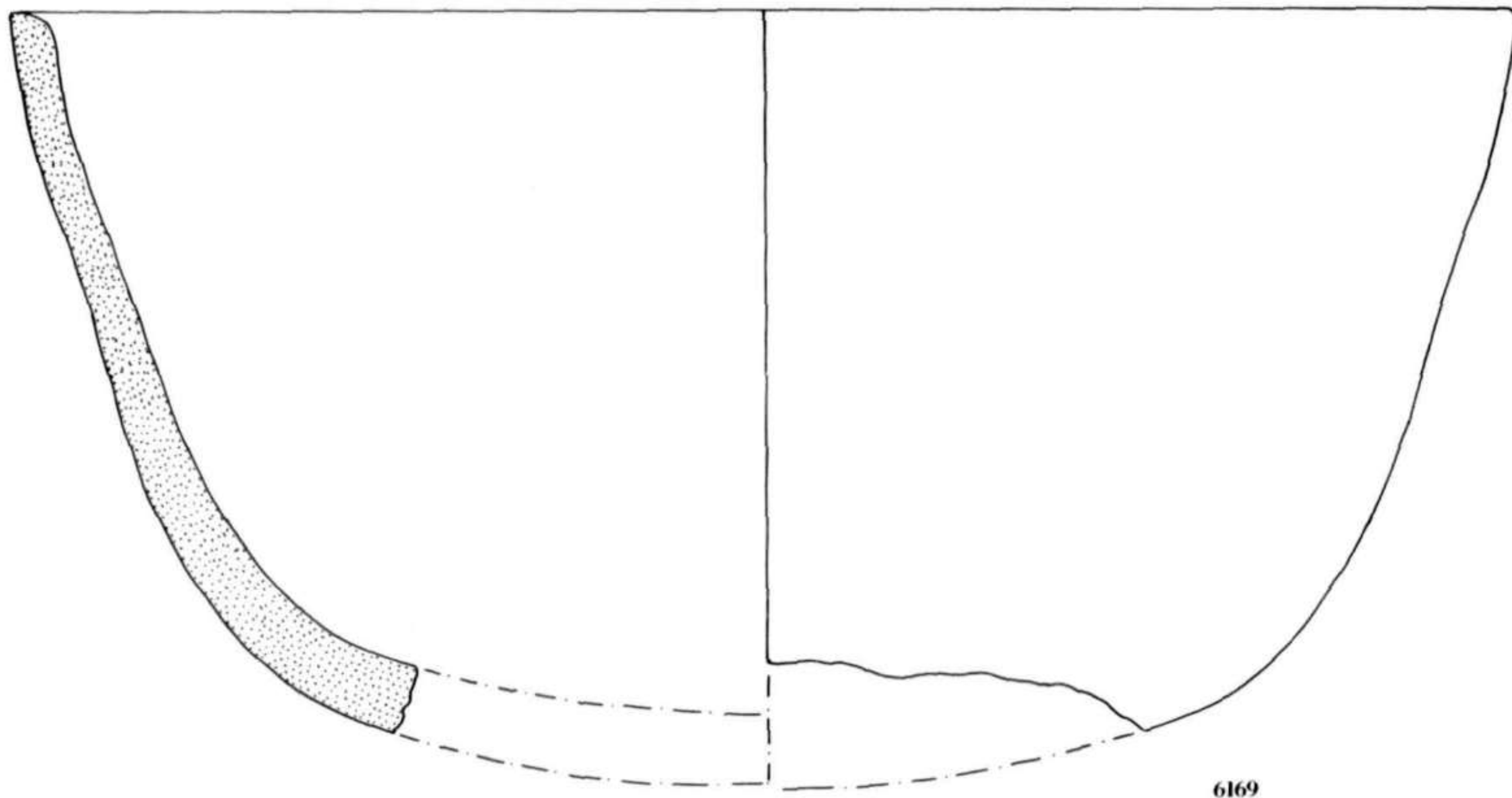
en contraposición a la clásica mediterránea de forma circular, pero como señala Arribas «la tradición neolítica de Anatolia, Egeo y Grecia continental patentiza una indiferenciación entre habitaciones de planta rectangular o cuadrada y las de planta circular u ovalada. Tal indiferenciación alcanza también a todo el Bronce primitivo» (Arribas, 1959, 125). Maluquer insiste en el predominio de las casas de planta rectangular y cuadrangular en el área del Egeo y en la península griega con la cultura heládica (Maluquer, 1954, 163).

Sea lo que fuere, lo cierto es que en la Edad del Cobre peninsular se conocen ambos tipos de plantas de casas. Sin ir más lejos, en el poblado calcolítico de Les Moreres parecen coexistir casas semicirculares y otras con muros rectos. El mismo fenómeno se documenta en Los Millares (Balil, 1972, 8). E incluso el tipo de vivienda cuadrangular aparece generalizado ya en el poblado calcolítico del Cabezo de Juan Clímaco de Totana (Murcia) (Martínez Santaolalla et Alli, 1947, 22) y surge en los estratos VIII-IX de Los Castillejos de Montefrío (Arribas-Molina, 1977) pertenecientes al Calcolítico tardío, cuando desaparece el campaniforme puntillado. De igual modo, no será extraño hallar en poblados de la Edad del Bronce casas circulares al lado de otras rectangulares, como es el caso del Puntal dels Moros, en Náquera (Pitarch, 1969, 80-2). En el Puntal de Cambra de Villar del Arzobispo, Blance considera habitaciones circulares (Blance, 1971, 137) lo que su excavador definió como torres dado su escaso diámetro (Alcacer Grau, 1954, 6). Según mi incompleta lista de paralelos, los yacimientos en donde se han reseñado casas de forma angular son, principalmente:

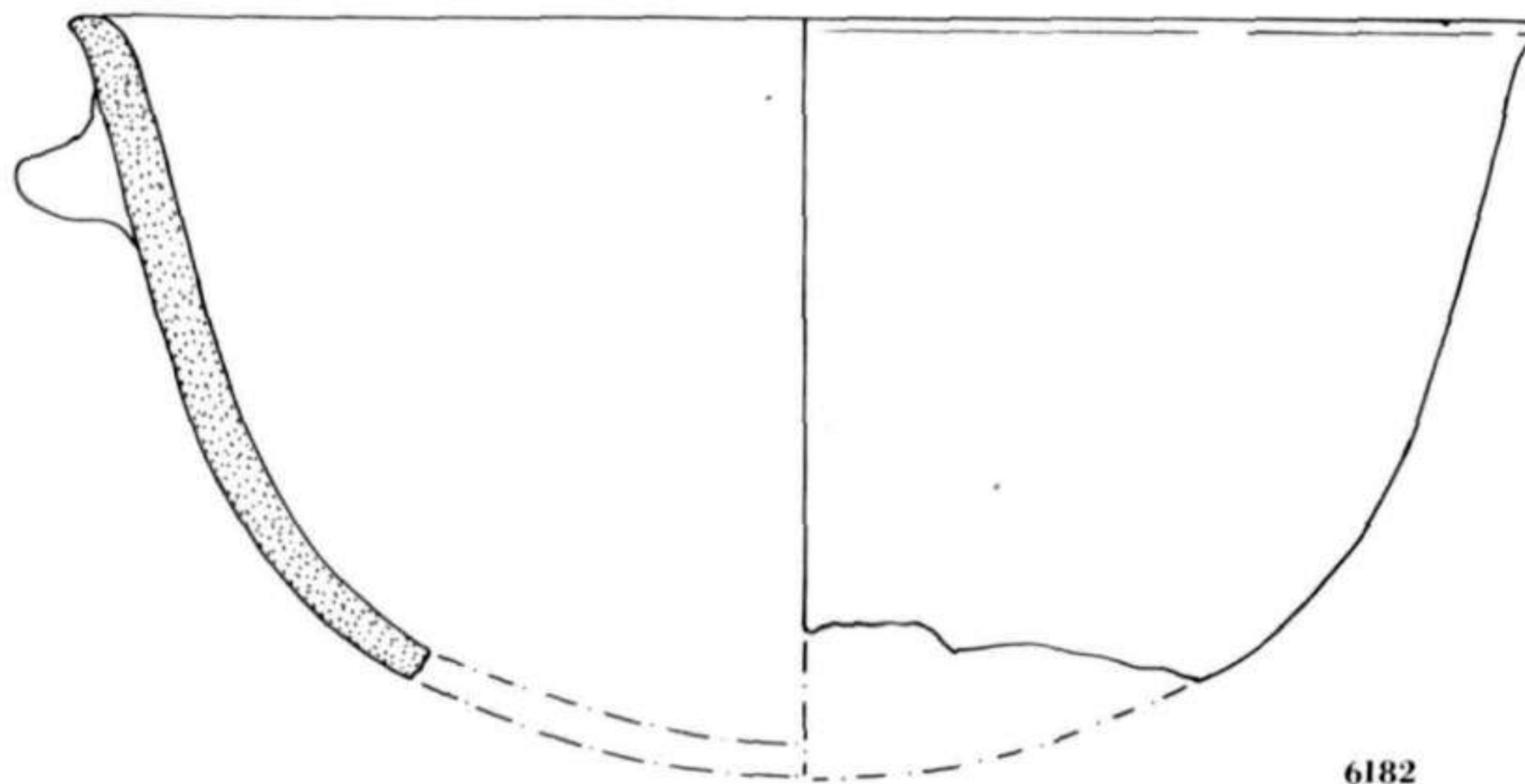
- El Oficio (Siret, 1980, lám. 61).
- Tres Cabezos (Balil, 1972, 9).
- Gatas (Siret, 1890, lám. 57).
- Lugarico Viejo (Siret, 1890, lám. 15).
- Fuente Vermeja (Balil, 1972, 9).
- Parazuelos (Siret, 1890, lám. 6).
- La Bastida de Totana (Martínez Santaolalla et Alii, 1947, 47).
- Cabezo de la Mesa, Fortuna (Crespo García, 1947, 49).
- Cabezo Redondo (Soler García, 1953).
- Las Peñicas (Soler García, 1953, 45).
- Terlinques (Soler García-Fernández Moscoso, 1970, fig. 2).
- Serra Grossa (Aparicio Pérez, 1976, 71).
- Mola Alta de Serelles (Blance, 1971, 136).
- Mas de Menente (Ponsell, 1926).
- Puntal dels Moros (Pitarch, 1969).
- Castillarejo de los Moros (Fletcher-Alcacer, 1958, 93), en donde se califican de fondos de cabaña y acompañan a otros ovalados.
- Tossal Redó (Aparicio Pérez, 1976, 53).
- Puntal de Cambra (Alcacer Grau, 1954).
- Montanyeta de Cabrera, Torrente (Fletcher-Pla, 1956).

El enlucido de arcilla o recubrimiento de los muros se ha señalado en aquellos casos en que la piqueta del excavador ha sabido detectarlo a tiempo, aunque es posible que en ciertos poblados no se enlucieran las casas. Siret menciona que algunos muros de El Oficio estaban revocados con arcilla violácea (Siret, 1890, 229), volviendo a insistir sobre ello en Fuente Vermeja (Siret, 1890, 91). Un recubrimiento de 3 a 5 cm. de espesor se observó igualmente en el Puntal de Cambra (Alcacer Grau, 1954).

Para el estudio comparativo de la producción vascular doméstica resulta obvia la existencia de formas cuya tipología poco ha cambiado en el transcurso de la prehistoria cerámica, como es el caso de los cuencos, y ello poco puede ayudarnos a la hora de establecer interrelaciones con los diversos núcleos de población. Forma con raíces



6169



6182

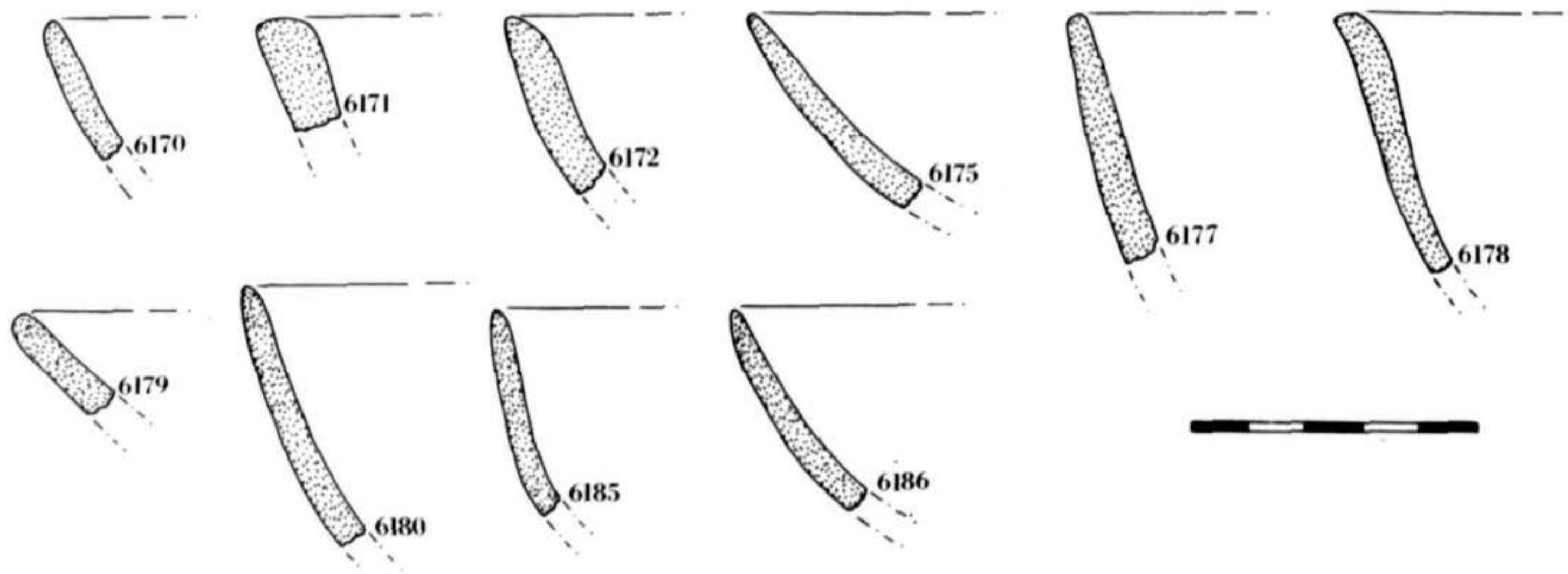


Fig. 19. - Cerámicas del estrato I. Corte B1.

en el Neolítico, estará presente en el menaje doméstico de nuestras poblaciones de las Edades del Cobre y del Bronce, perdiendo entidad en la última etapa del Bronce peninsular.

Las distintas formas que puede ofrecer quedan registradas en las variantes establecidas para el Tipo 1 del Pic de Les Moreres: cuencos de casquete esférico de paredes convexas (A1) o de paredes rectas (A2) (también denominados parabólicos), cuencos hemiesféricos con paredes convexas (B1) o rectas (B2), y cuencos de paredes reentrantes (C).

Evidentemente nos encontramos con recipientes destinados a beber y comer los alimentos, funcionalidad admitida por la mayor parte de los prehistoriadores (Aparicio Pérez, 1976, 159). La presencia de cuencos con fondos más o menos aplanados no parece conllevar significado alguno, pues se encuentran en áreas culturales y poblados de distinta cronología. Por todos estos motivos creemos fuera de lugar la elaboración de una amplísima lista de paralelos que abarcaría, sin duda alguna, todos los yacimientos calcolíticos y del Bronce al menos de la fachada mediterránea (que son los que deben de ser traídos a colación por razones de proximidad geográfica, y por tanto cultural). Al margen de esto último, habremos de intentar las interrelaciones, en sana metodología, no con un elemento aislado sino con la conjunción de todos los que componen el espectro cultural del horizonte que se intenta analizar. Es decir, comparando complejos ergológicos parecidos. En este sentido, hemos de congratularnos por el hecho de que la división funcional de los ajuares cerámicos expresada anteriormente venga a coincidir con las categorías admitidas por otros autores (Llobregat Conesa, 1969; Aparicio Pérez, 1976).

Otro problema con que nos enfrentamos viene condicionado por la situación geográfica misma del yacimiento de la Sierra de Crevillente, en la línea de contacto de dos de las grandes áreas culturales de la época como son la argárica y la valenciana, lo que viene a incidir en la problemática de la distinta connotación de los ajuares cerámicos de ambas áreas: de carácter eminentemente funerario en el Argar y básicamente utilitarias o domésticos en el Bronce Valenciano.

Volviendo a nuestra tipología, la Forma 2 contempla el tipo de olla generalizado y destinado principalmente para cocinar la comida, lo que viene corroborado por las huellas de tizne en la superficie externa del recipiente. De las dos variantes previstas en la tipología correspondiente, predominan abrumadoramente las ollas de paredes reentrantes, en tres casos con cuatro mamelones o lengüetas enfrentados por pares.

Siendo la forma por excelencia de la cerámica de cocina, a pesar de creer que está presente en la mayoría de los poblados argáricos y valencianos, no es posible identificarla más que en los excavados con cierta extensión y convenientemente publicados. En otros es preciso recurrir a fotografías poco claras. Quizá por ello mi lista de paralelos es bien exigua y no debe reflejar la realidad. Aún así, señalaré formas semejantes a modo indicativo en los siguientes yacimientos:

- Castillo de Frías de Albarracín (Atrian Jordán, 1974, 18, fig. 18 d, lám. VI).
- Ereta del Castellar, Villafranca del Cid (Arnal et Alii, 1968, lám. XVI, 3).
- Les Planetes, Benassal (González Prats, 1978, 210 y 231).
- Cova del Mas d'Abad, Coves de Vinromá (Gusi-Olaria, 1976, fig. 2, 2), con cuatro mamelones dobles.
- Puntal de Cambra (Alcacer Grau, 1954, lám. III d).
- Castillarejo de los Moros (Fletcher-Alcacer, 1958, lám. IX, 4), con cuatro mamelones.
- Tossal Redó de Bellús (Tarradell Mateu, 1958, lám. II).
- Montanyeta de Cabrera (Tarradell, 1962, 1559).
- Mas de Menente (Pericot-Ponsell, 1928, lám. IV, 1 superior centro).
- Serra Grossa (Llobregat, 1966), con cuatro mamelones.
- Terlinques (Soler-Fernández Moscoso, 1970, fig. 8).

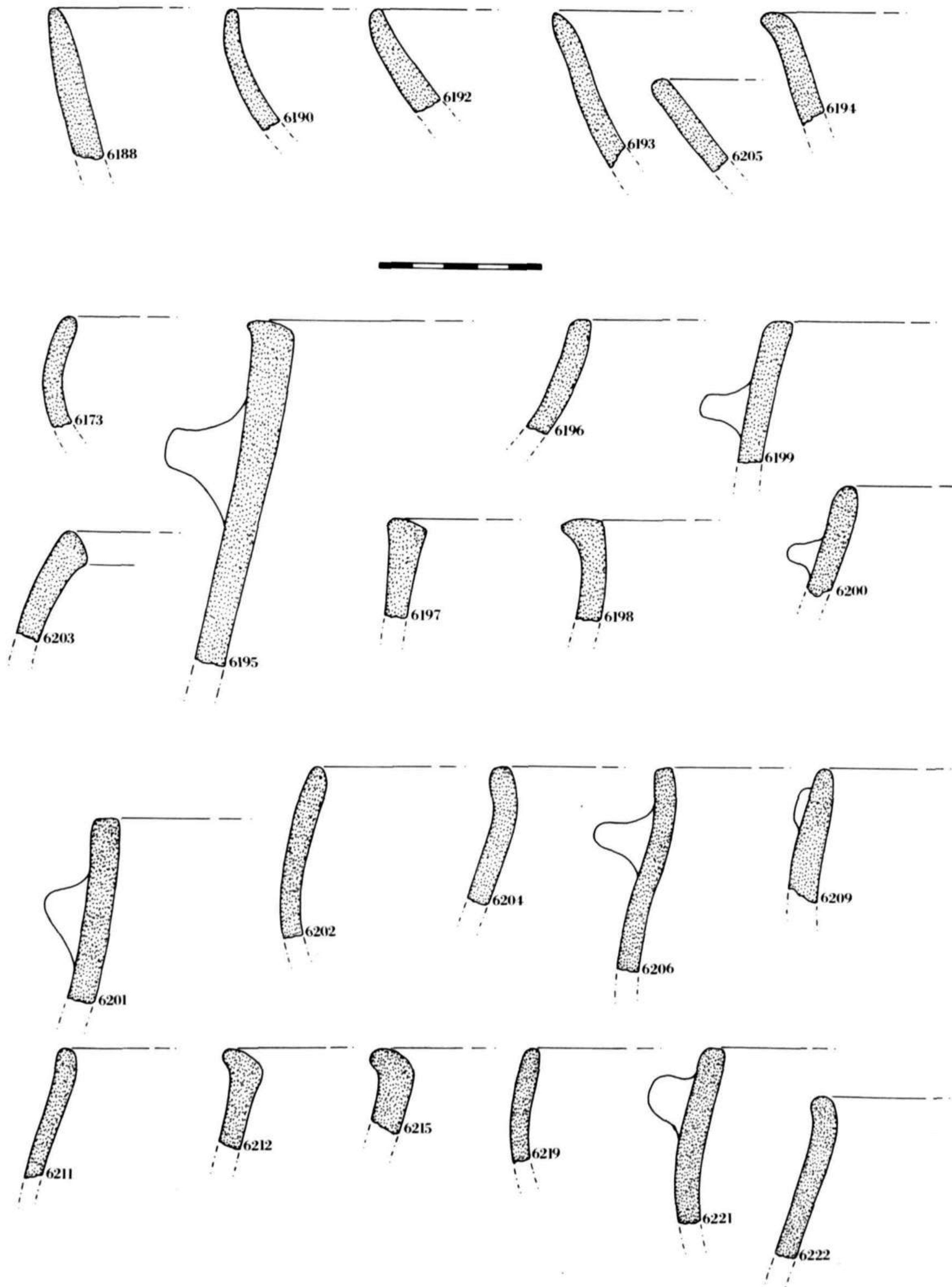


Fig. 20. - Cerámicas del estrato I. Corte B1.

- Montanya Assolá, Alçira (Marti Oliver, 1982).
- Peñón de la Zorra, Villena (Soler García, 1981, 93 y fig. 55).
- Tabaque (Pastor Alberola, 1972, fig. 2).
- Lloma Redona, Monforte (Navarro Mederos, 1982, fig. 4 b).
- El Portitxol (Ibidem, fig. 10 b).
- El Puntal de Bartolo, Novelda (Ibidem, fig. 15 b).
- San Antón. Orihuela (Furgus, 1937, lám. IV, 6).
- Laderas del Castillo, Callosa (Colominas, 1927-31, fig. 65).
- Cova del Montgó, Jávea (Vitrinas M.A.P.).
- La Barxella, Torremanzanas (Vitrinas M.A.P.).
- El Picacho (Hernández-Dug, 1977, figs. 23 y 25).

En Parazuelos hay formas menos profundas, con paredes verticales y más de cuatro mamelones (Siret, 1890, lám. 6). La misma tendencia a la menor altura presenta otra olla de paredes reentrantes y dos lengüetas procedente de Fuente Vermeja (Siret, 1890, lám. 14 f).

De forma general, los vasos del Tipo 2 del Pic de Les Moreres muestran una suave tendencia a ofrecer su tercio superior reentrante, pero casi siempre con paredes rectas o verticales, por lo que se traducen en bocas bastante anchas. Sin embargo, también existe la olla de paredes más entrantes y convexas. Uno de estos ejemplares posee dos mamelones situados a media altura y perforados verticalmente. Esta variante de ollas más cerradas aparecen tanto en las capas superiores de la Cova del Mas d'Abad (Gusi-Olaria, 1976, fig. 1) como en Lugarico Viejo (Siret, 1890, lám. 16 supra) o en la tumba 398 de El Argar (sepultura que proporcionó una de las diademas de plata con apéndice discoide) (Siret, 1890, lám. 43). Con todo, la característica de los yacimientos almerienses es la de presentar la forma de puchero con una decidida tendencia a la esfericidad, con bocas más estrechas en relación con su diámetro máximo, como en Ifre (Siret, 1890, lám. 18), El Oficio (Ibidem, lám. 62) y El Argar (Ibidem, láms. 47 y 55). Formas de bocas más abiertas figuran, a pesar de la tónica general, entre la cerámica funeraria del yacimiento epónimo del grupo (Siret, 1890, lám. 56).

Los grandes vasos sencillos (Tipo 3) o compuestos (Tipo 4) estarían destinados al almacenamiento tanto de líquidos como de sólidos, sin menoscabo del destino culinario de los primeros. Al tratarse de formas más voluminosas, rara vez se puede contemplar su perfil en las publicaciones cuando no han llegado completos a sus halladores, habida cuenta del elevado número de fragmentos que suele integrar su recomposición. Por este motivo, los paralelos que se podrían establecer no serían en manera alguna significativos.

Dentro del Tipo 3 contemplamos tres formas de galbos observadas: ovoides de boca ancha (A), hemiesféricos (B) y de tendencia esférica (C). De forma puramente ilustrativa señalaremos vasos similares a la variante 3A en Fuente Vermeja (Siret, 1890, lám. 14 i), Cova del Montgó e Isleta del Campello, piezas estas últimas que pueden apreciarse en las vitrinas del Museo Arqueológico de Alicante y presentan cuatro mamelones. En el poblado de Portitxol, en Monforte del Cid, hay un vaso de medianas dimensiones que podría ser asimilado a esta forma (Navarro Mederos, 1982, fig. 10 a).

La forma en sí es una versión decrecida de algunos pithoi funerarios argáricos (Siret, 1890, lám. 56). Esta forma, con paredes reentrantes, aparece en el nivel II de la Cova del Mas d'Abad (Gusi-Olaria, 1976, fig. 2, izqda.) pero se aparta al desarrollar una diferencia entre los diámetros de la boca y panza. En la tipología de Serra Grossa, correspondería a duras penas con el vaso núm. 31 ovoide (Llobregat, 1969, 52), pues éste presenta borde y paredes reentrantes, como tampoco en los pithoi ovoides de borde exvasado por la mencionada diferencia de diámetros boca/panza (Ibidem, 48).

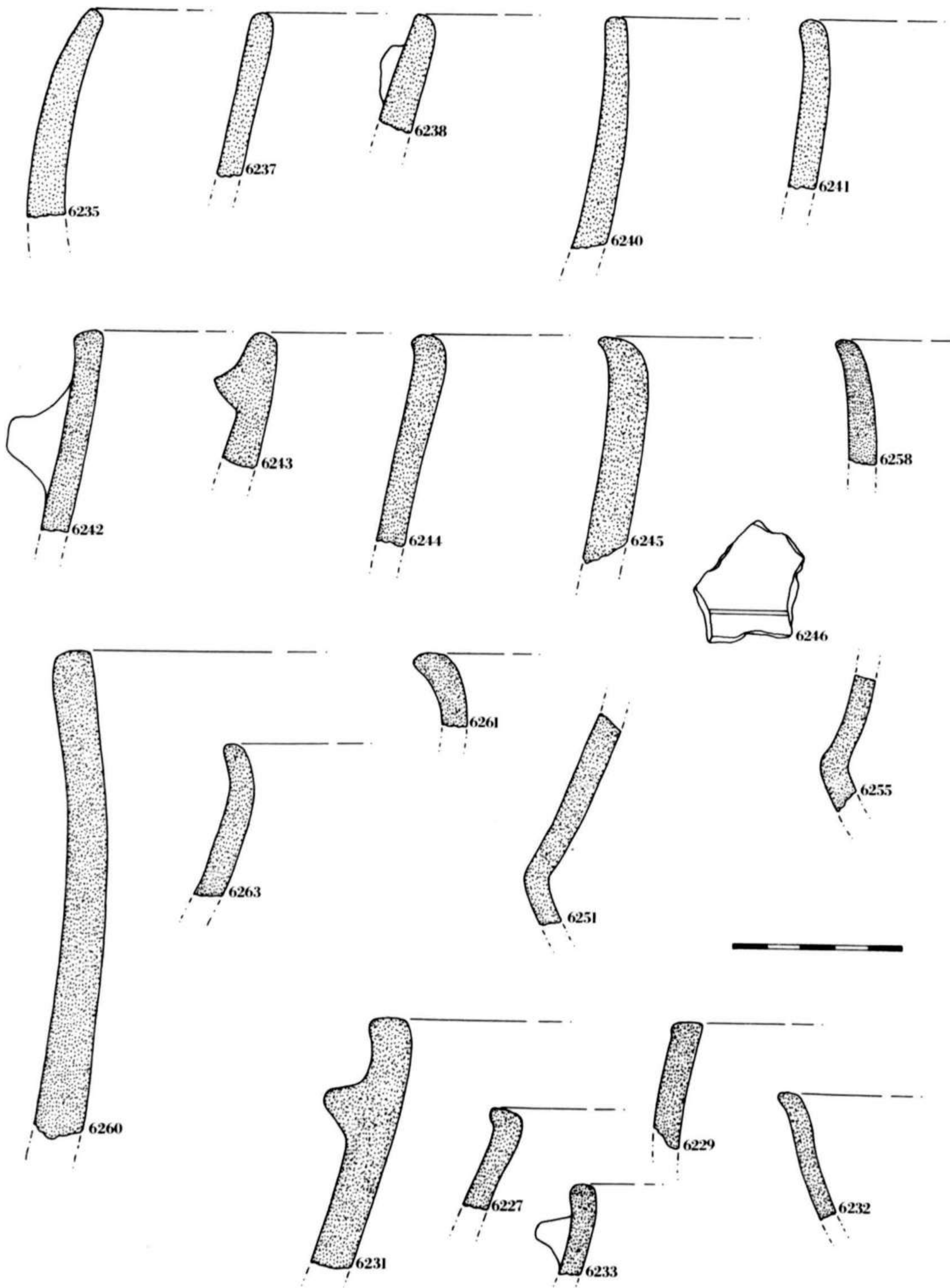


Fig. 21. - Cerámicas del estrato I. Corte B1.

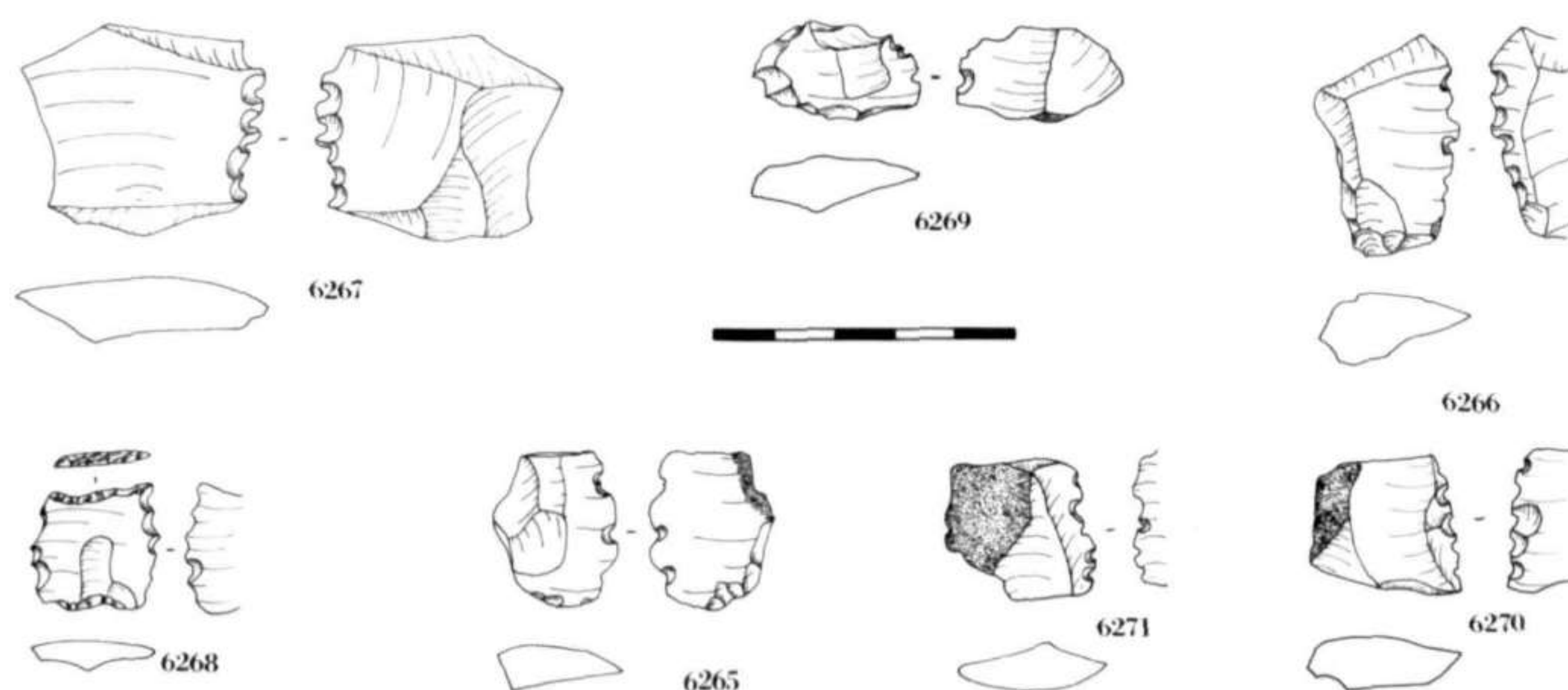


Fig. 22. - Utiles líticos del estrato I. Corte BI.

La forma 3B reproduce a gran escala el tipo de cuenco hemiesférico. Existe un próximo paralelo, de tamaño ligeramente menor, en el Murón de la Horna de Aspe (Navarro Mederos, 1982, fig. 7 d).

Por su parte, la forma 3C con cuatro mamelones picudos cercanos al borde y enfrentados, como es usual, por pares, no suele identificarse en las publicaciones de los principales yacimientos conocidos. Así, sólo figura en mis notas un vaso similar, aunque de pequeño tamaño, con asa de implantación vertical, hallado en el nivel III del Castillo de Frías de Albarracín (Atrian Jordán, 1974, 19 y fig. 20 a). El aire esencial de la forma, así como su tamaño, recuerda uno de los tipos más comunes utilizados en el poblado de El Argar como vasija funeraria (Siret, 1890, láms. 36 y 43), allí con un borde más recto y diferenciado.

El Tipo 4, con dos variantes constatadas en la campaña de 1982, es el representante de los grandes píthoi de almacenamiento. La unión de los dos cuerpos de que constan se realiza con una suave inflexión, detalle que, unido a su mayor tamaño, separa estos tipos de las formas carenadas también compuestas de que hablaremos a continuación. No conozco formas estrictamente idénticas en los yacimientos consultados para esta época, por lo que habremos de limitarnos a incluir estas tinajas dentro del grupo meridional del Bronce Valenciano señalado por el Prof. Tarradell, caracterizado por la ausencia de decoraciones plásticas, cuya presencia suele ser fenómeno común en los poblados situados al norte del Turia (Tarradell Mateu, 1969, 25).

De mayor utilidad para los objetivos que se persiguen en el presente apartado resultan las formas aglutinadas en el Tipo 5. Las variantes 5A y 5B corresponderían a la forma 5 de los Siret, mientras la variante biconvexa 5C recogería la forma 6 de los ingenieros belgas (Siret, 1890, fig. XVIII).

Las variantes 5A y 5B presentan siempre el diámetro de la boca inferior al diámetro máximo que se localiza en la línea de carena. Otro detalle característico es la presencia de ésta a media altura.

La forma carenada acusada de estas vasijas se ha tenido como un elemento peculiar de la Edad del Bronce peninsular, siendo las que, hasta un determinado momento en que el Prof. Tarradell delimitara estrechamente el concepto de «argárico» (Tarradell, 1959, 72) y junto con determinados útiles metálicos, sirvieron de base para calificar de argáricos hallazgos realizados en distintas áreas de la Península. Hoy sabemos que estos vasos carenados cuentan con precedentes en la Edad del Cobre y buena muestra de ello es su aparición en el poblado calcolítico precampaniforme de Les Moreres.

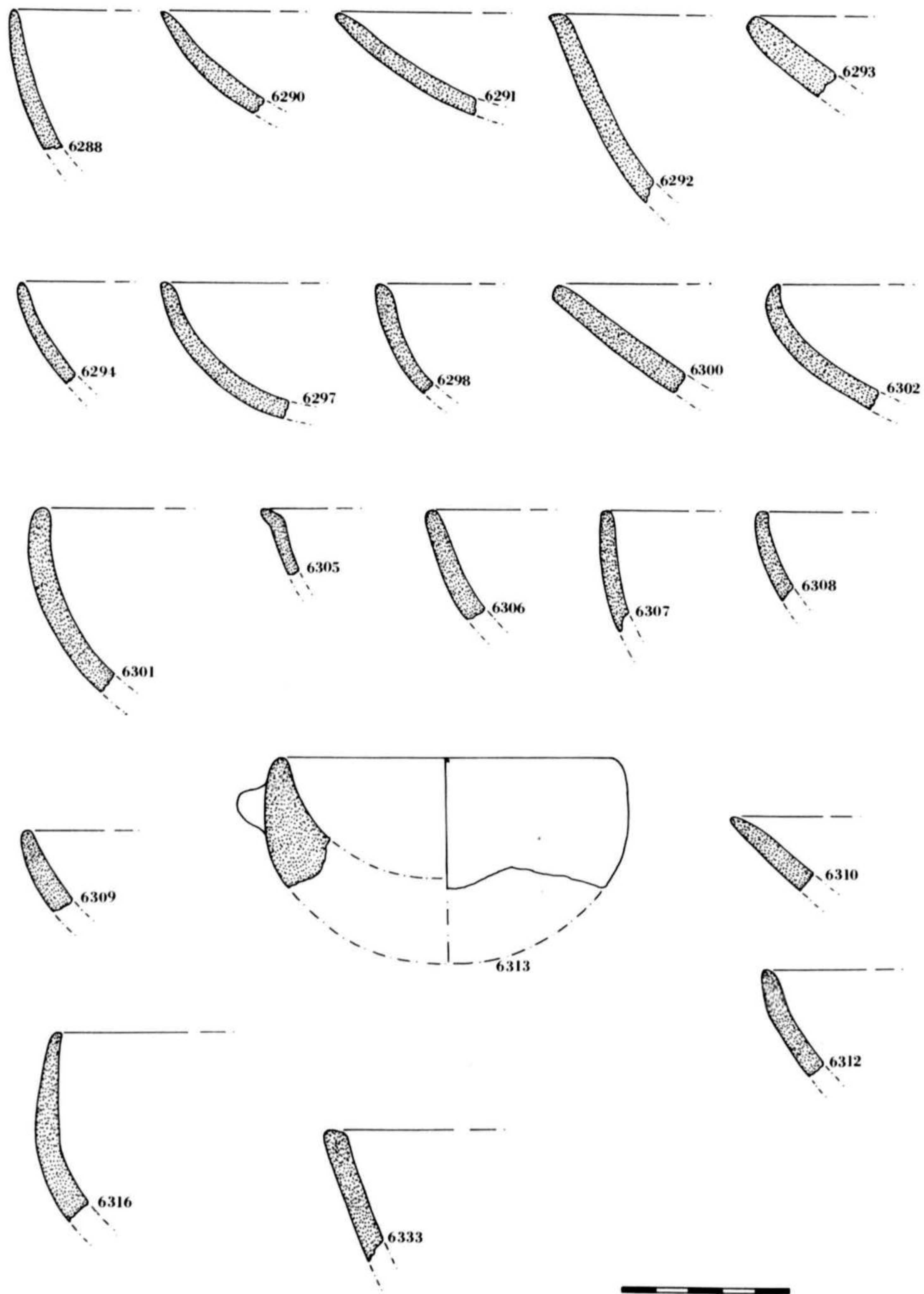


Fig. 23. - Cerámicas y crisol del estrato I. Corte B2.

Dado lo inédito y preliminar de los trabajos, mejor será acudir a un buen yacimiento conocido, aunque más tardío, cual es el de Los Castillejos de Montefrío. En la Fase IV establecida en la estación granadina, que agrupa los estratos IX y VIII de la publicación de 1977 y los estratos III a I de la de 1979, aparece el vaso con carena a media altura o en el tercio superior (Arribas-Molina, 1977, 399; Arribas-Molina, 1979, 137). Corresponde a un horizonte calcolítico tardío con campaniforme inciso, brazaletes de arquero y los primeros puñales de remaches. Estos elementos, así como la fecha radiocarbónica del estrato VIII que lo sitúa en 1865 ± 35 a. C. (Arribas-Molina, 1977, 399) o en 1890 ± 35 a. C. (Arribas-Molina, 1979, 136), muestra un horizonte cronológico paralelo a las primeras fases del Argar A de la zona costera, lo que habría conllevado una aculturación de elementos tales como las casas cuadrangulares y el puñal de remaches.

Otro yacimiento de notable interés para esta cuestión es el Cerro de la Virgen, en Orce (Granada). Existen fragmentos de carena muy acusada ya en el horizonte precampaniforme (Schule-Pellicer, 1966, fig. 13) y siguen apareciendo a lo largo de la secuencia campaniforme y argárica de la estación. En Los Millares, aunque de forma más aislada y acompañando a veces a vasos de carena muy baja de los que hablaremos al tratar del Tipo 6, se documentan algunas formas carenadas en la fase precampaniforme (Almagro-Arribas, 1963, láms. XVII, CIV y CXXIV).

Centrándonos en la Edad del Bronce, los paralelos que hemos reunido contemplan la situación de la carena aproximadamente a media altura y el mencionado contraste de diámetro, además de la pertinente profundidad de los recipientes. De este modo, hay que señalar la presencia de vasos de forma 5B en Fuente Vermeja (Siret, 1890, lám. 14), Lugarico Viejo (Ibidem, lám. 15), Ifre (Ibidem, lám. 18), Zapata (Ibidem, lám. 20), El Argar (Ibidem, lám. 55) y Fuente Alamo (Ibidem, lám. 65). Un vaso de características similares al hallado en el estrato IIB del Pic de Les Moreres y perteneciente al tipo 5B procede del estrato 6 del Peñón de la Reina, en Alboloduy (Martínez-Botella, 1980, 59 y fig. 21), mientras el estrato 9 de este yacimiento almeriense proporcionaba un vaso semejante a la forma 5A (Ibidem, fig. 49). En el poblado de La Bastida de Totana, las excavaciones del Seminario de Historia Primitiva de la Universidad Complutense proporcionaron diversos vasos aquillados con la carena a media altura, procediendo indistintamente de sepulturas en cista y en pithoi (Martínez Santa-Olalla et Alii, 1947, fig. 9, III a). De Los Corralicos, en Vélez Blanco, se conoce una forma paralelizable (Alcacer Grau, 1972, lám. XXXIII, 82). En la necrópolis de San Antón, en Orihuela, el Padre Furgús recuperó diversos vasos con quilla a media altura (Furgús, 1937, lám. IV y fig. 7).

Colominas hizo lo propio en las Laderas del Castillo de Callosa (Colomines Roca, 1927-31, fig. 64).

De los yacimientos asentados a lo largo de la Serra del Buho, en el área septentrional de Elche, en un paisaje morfológicamente afín al de las escarpadas crestas crevillentinas, se han hallado recientemente varios fragmentos pertenecientes a vasijas de carena media (Román Lajarín, 1980, 44), que vienen a unirse a los recuperados por el mismo autor anteriormente en el Puntal (Román Lajarín, 1978, 23). Una vasija asimilable a la forma 5A del Pic procede de una casa del poblado del Puntal de Bartolo, Novelda, diferenciándose únicamente en el carácter menos aristado de la carena y en el fondo aplanado (Navarro Mederos, 1982, fig. 13).

En el círculo de Villena, el poblado viejo del Peñón de la Zorra prodigó, entre otros materiales que mencionaremos más adelante, un vaso de carena media con diámetros panza/boca que están a la par (Soler García, 1981, 93, fig. 54, 1), y el de Las Peñicas parte de un vaso con disimetría de diámetros (Soler García, 1953). En el poblado de Terlinques, los departamentos I y II depararon a sus excavadores formas carenadas a media altura (Soler-Fernández Moscoso, 1970, figs. 6 y 9). Entre las formas del Mas de Menente, en Alcoy, aparecen vasos carenados incluíbles en el Tipo 5B.

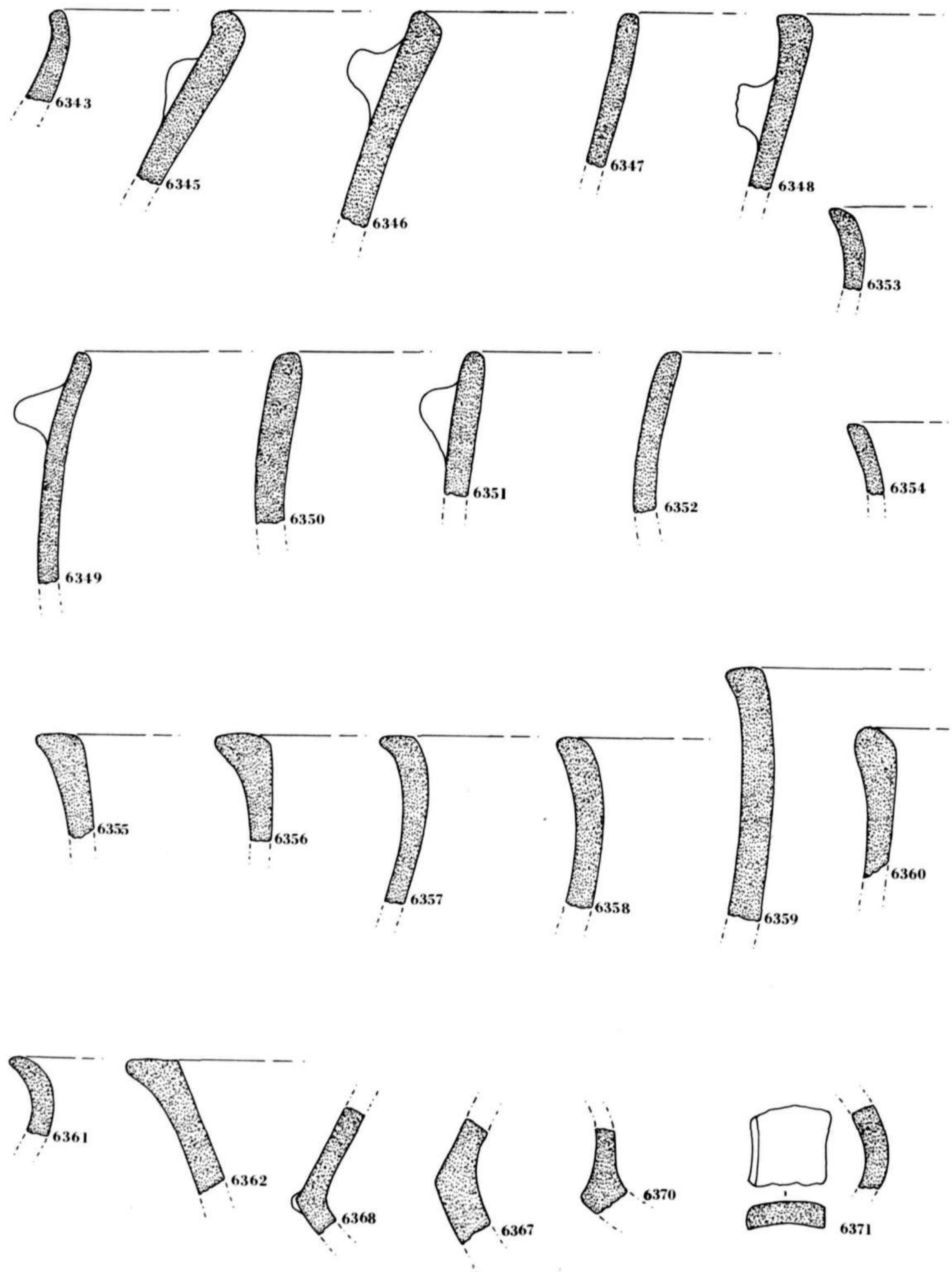


Fig. 24. - Cerámicas del estrato I. Corte B2.

No obstante, manifiestan ciertas particularidades comunes, por otro lado, al resto de los yacimientos situados al norte del Vinalopó, como son la presencia de un asa de implantación vertical y, a veces, la acusada concavidad del cuerpo superior (Tarradell Mateu, 1962, 152). Así, podemos observar estas formas carenadas con asa en la Montanyeta de Cabrera (Fletcher-Pla, 1956) o en el Puntal de Cambra, en Villar del Arzobispo (Alcacer Grau, 1954, fig. 12). No obstante, en el Altico de la Hoya de Navarrés siguen apareciendo vasos de quilla media sin asas (Alcacer Grau, 1961, núm. 3), como en la Peña de la Dueña de Teresa (Alcacer Grau, 1945, fig. 6), en los estratos superiores de la Cova del Mas d'Abad (Gusi-Olaria, 1976, fig. 1) e incluso en la Cueva M de Arbolí, en Tarragona (Vilaseca, 1941, 52 y fig. 5), cuya relación con el grupo septentrional del Bronce Valenciano señaló Tarradell con ciertas reservas (Tarradell Mateu, 1969, 26).

Los ejemplares de carena media de la Ereta del Castellar de Villafranca participan de la escasa profundidad, con relación al diámetro del borde, que podemos observar en muchos poblados del Bronce Valenciano. El Castillo de Frías, que muestra evidente relación con el grupo levantino dada su peculiar situación geográfica (Atrian Jordán, 1974, 8), demuestra semejante vinculación al poseer, entre otros elementos, numerosos vasos de carena medio-baja y medio-alta con asa, deparándonos escasos ejemplares sin asa a lo largo de su secuencia stratigráfica (Atrian Jordán, 1974, figs. 19 y 26). La tipología de Serra Grossa observa el tipo de perfil aquillado con disimetría de diámetros, y allí exhiben la característica «valenciana» de poseer un asa lateral en el cuerpo superior (Llobregat Conesa, 1969, 43).

Al parecer, el vaso presuntamente polípodo publicado con los restantes materiales de superficie en el Pic pertenecería al Tipo 5B (Román Lajarín, 1975, 52).

Por razones que creo resultan obvias, no hemos incluido en el precedente paseo tipológico la variante carenada C (Tipo 5C) por sus evidentes y unilaterales implicaciones argáricas. Los hermanos Siret otorgaron la Forma 6 para esta peculiar vasija biconvexa que aparece exclusivamente en los yacimientos situados al Sur de la Sierra de Crevillente. El ejemplar tipo del Pic nos muestra un desarrollo prácticamente similar de los dos cuerpos de que se compone, diferenciándose de algunos especímenes argáricos que ofrecen un cuerpo inferior más desarrollado y, por tanto, una carena muy acusada en el tercio superior de la vasija. Parece que los alfareros prehistóricos del Pic —como otros argáricos— gustaron de situar la carena a media altura, como en las variantes 5A y 5B. No obstante ello, en el ámbito cultural argárico existe una amplia gradación y variabilidad tipológica sobre la forma 5C (Siret 6), inherente, por lo demás, a cualquier producción artesana, que nos permite encontrar estrechos paralelos para nuestro vaso en el poblado de La Bastida de Totana (Martínez Santa-Olalla et Alii, 1947, fig. 9, II, 1), en Fuente Vermeja (Siret, 1890, lám. 14). El Oficio (Siret, 1890, 249) y Fuente Alamo, tanto fuera de las sepulturas como en los enterramientos 1 y 7 (Siret, 1890, 260 y lám. 65). Recientemente, las excavaciones llevadas a cabo en este yacimiento por el Instituto Arqueológico Alemán han proporcionado varios vasos carenados del Tipo 5C, siempre asociados a enterramientos en cistas (Arteaga-Schubart, 1981, 16).

Los ingenieros belgas indicaban en su célebre y casi centenario estudio que su Forma 6 (5C del Pic) no se había encontrado en ninguna sepultura femenina más que en una de Fuente Alamo (Siret, 1890, 172).

En el área meridional alicantina no tengo más constancia de su aparición que en la necrópolis de San Antón, en Orihuela (Furgus, 1937, lám. I, fig. 2).

La última forma que sometemos a consideración es el cuento troncocónico con carena muy baja que origina una base convexa, es decir, el Tipo 6.

Los Leisner consideraron esta forma característica de la fase calcolítica precampaniforme o VNSP I - Los Millares I (Leisner, 1965, 238), y resulta evidente su relación formal con los denominados «copos» por los prehistoriadores lusos, con decora-

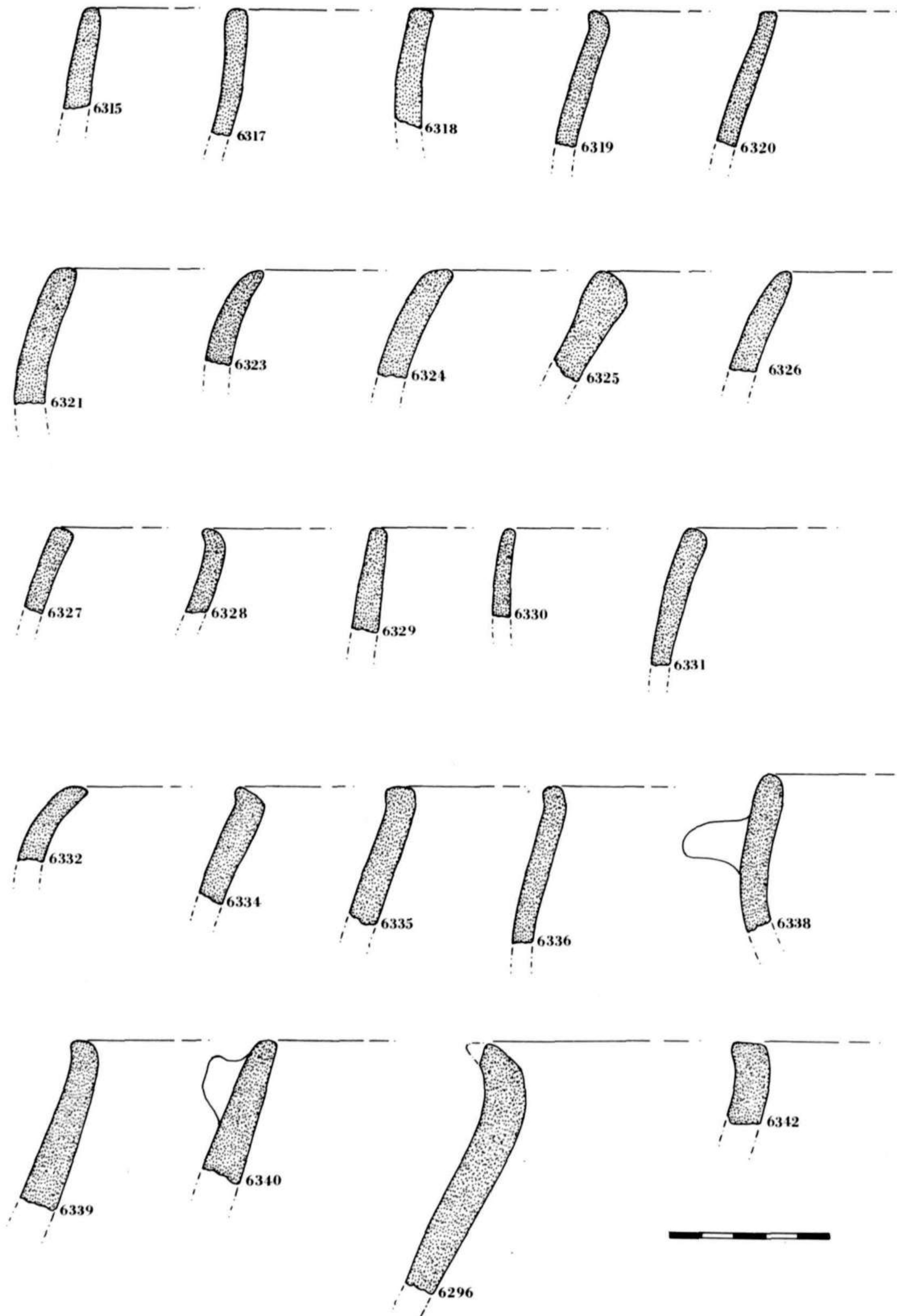


Fig. 25. - Cerámicas del estrato I. Corte B2.

ción incisa reticulada y posteriormente lisos con la irrupción del campaniforme (Do Paço, 1959, 256-9). Los paralelos en tierras portuguesas son abundantes. Do Paço cita en la obra anterior vasos semejantes en el estrato precampaniforme de La Pareda (Pareda I) en Cascais, y muchos otros se pueden aducir, reflejados en la obra de los Leisner sobre las tumbas megalíticas del Occidente peninsular, entre los que destaco los ejemplares de Folha das Barradas (Leisner, 1965, lám. 35, 33) y de la sepultura de cúpula de Monge (Ibídem, lám. 67, 28), ambos en Sintra.

En Los Millares se documenta con abundancia la forma entre los diversos ajuares cerámicos de las sepulturas, siendo la tumba IX una buena muestra (Almagro-Arribas, 1963, lám. LXVII). Otro yacimiento que contiene este tipo de vaso con fondo convexo y carena muy baja es el Cerro de la Virgen. Aquí, la fase precampaniforme muestra numerosos fragmentos (Schule-Pellicer, 1966, 7 y figs. 2 y 3) que van desapareciendo a lo largo de los estratos campaniformes para dar lugar a carenas cada vez más altas y desembocar en las formas argáricas (Schule-Pellicer, 1966, 8).

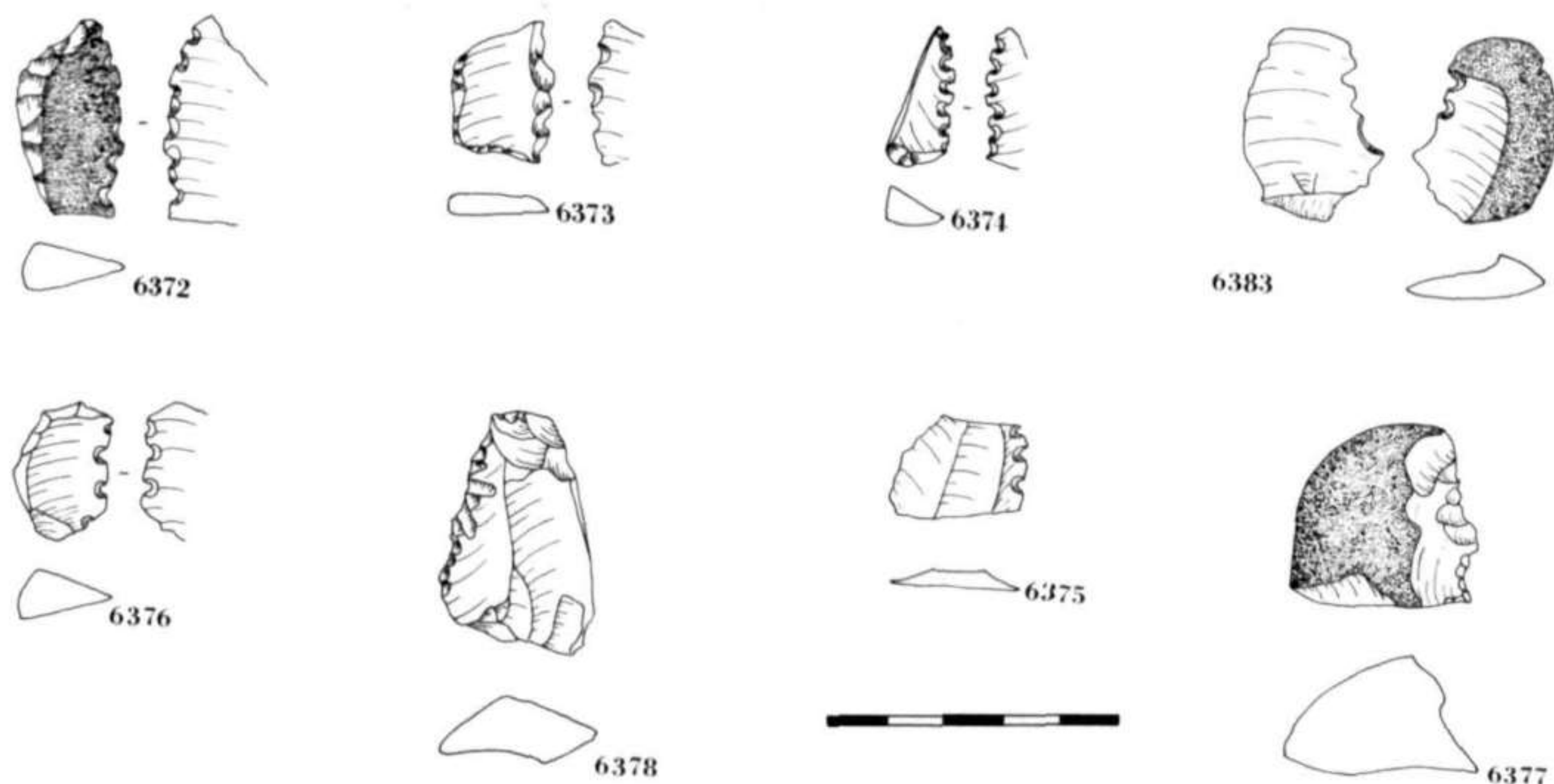


Fig. 26. - Utiles líticos del estrato I. Corte B2.

En la importante secuencia estratigráfica de Los Castillejos de Montefrío, la Fase III (que engloba estratos precampaniformes y otros con los primeros tipos puntillados) se sitúa en el Calcolítico antiguo y medio, ilustrándonos con varios ejemplares del Tipo 6 (Arribas-Molina, 1979, 133 y fig. 56). En la Fase IV, perteneciente al Calcolítico tardío y final, todavía hallamos otro ejemplar (Ibídem, fig. 98, núm. 768) junto a los primeros vasos carenados que preludian las formas de la Edad del Bronce. Los excavadores del yacimiento granadino sostienen que para los tipos del Sudeste no se puede admitir la correspondencia con el «horizonte de importación» (VNSP I), pues una forma estrechamente emparentada se encuentra en la Cultura de Almería (Arribas-Molina, 1979, 84). Y en este sentido señalan especímenes procedentes del poblado de Tres Cabezas. No obstante, habría quizá que observar el carácter troncocónico invertido y no cilíndrico —como los ejemplares «almerienses»— del vasito de forma 6 del Pic de Les Moreres.

Formas semejantes al ejemplar crevillentino aparecen también en Los Blanquiza-res de Lébor, en la provincia de Murcia (Arribas, 1956). En las recientes excavaciones de la Universidad Autónoma de Madrid en el Cerro de la Encantada, ha aparecido en el estrato V un vaso idéntico a nuestro ejemplar (es decir, con paredes troncocónicas

invertidas) en un ambiente cronológico del Bronce Final (Nieto-Sánchez, 1980, fig. 57). En varios poblados ubicados en las márgenes del río Nacimiento, se han localizado formas troncocónicas pero con base totalmente plana que se han calificado de crisoles, como en el Cerro del Fuerte, Rioja, que aporta materiales típicos del Bronce Final (Pérez-Paoletti, 1977, 239 y fig. 17, 3), y en el Cerro de Nieves de Canjáyar (Ibíd., 224 y fig. 7, 2).

Con anterioridad, Arribas publicó dos vasos troncocónicos de base plana procedentes del poblado del Cerro del Fuerte, en Pechina, en donde halló una sepultura con materiales típicos del Argar B. El autor los denominó crisoles (Arribas, 1953-54, 343 y fig. 2). Esta forma con base plana se documenta ya en los estratos precampaniformes de Orce (Kalb, 1969, fig. 3). De Zapata proviene otro vaso de paredes cilíndricas y base plana (Siret, 1890, lám. 20), mientras Fuente Alamo proporcionó en la sepultura de cista núm. 18, junto con un puñal de seis remaches y una alabarda de otros tantos pasadores de plata y un pendiente de oro, una «taza» de fondo plano de paredes troncocónicas invertidas (Siret, 1890, 263 y lám. 66).

Del yacimiento granadino de la Cuesta de Negro procede un vaso de baja carena, situado en el Argar B, que se aparta sensiblemente del Tipo 6 del Pic por presentar sus paredes totalmente cóncavas. Habría mejor que pensar en una variante especial de las clásicas «tulipas» (Arribas-Pareja, 1975, 43 y fig. 16). Algo similar acontece en el Cerro de la Encina, en donde, además de estas tulipas «bajas», vemos en los estratos VIII y V del Argar B avanzados vasos con paredes menos cóncavas casi cilíndricas (Arribas et Alii, 1974, figs. 25 y 44), que se hallarían cerca del vaso de carena baja de la necrópolis oriolana de San Antón (Nieto, 1959, fig. 6).

Es decir, que los paralelos más idóneos del Tipo 6 se encuentran en yacimientos pertenecientes al horizonte de la Edad del Cobre, exceptuando el caso del Cerro de la Encantada que parece poder datarse al final de la Edad del Bronce. Tanto las variantes con fondo plano y paredes cilíndricas, como las tulipas bajas de paredes cóncavas, deben de corresponder a distintas líneas tipológicas que parecen ser propias de la Edad del Bronce, y tener sus precedentes en la Cultura de Almería. Pero ambas líneas se apartan de aquella a la que pertenece nuestro Tipo 6.

Hasta aquí, hemos realizado algunas consideraciones comparativas sobre los principales grupos tipológicos cerámicos del Pic de Les Moreres cuya forma y perfil han podido ser adecuadamente delimitados. Quedan muchos fragmentos sobre los que se podría añadir algo más, pero el hecho de que puedan incluirse en los grupos de que hemos hablado subordina sus detalles morfológicos a los expresados para aquéllos.

UTILES DE PIEDRA Y HUESO

Los elementos dentados de sílex destinados a la confección de hoces curvas constituye un trascendente adelanto tecnológico frente a las placas tabulares dentadas del Calcolítico, permitiendo una notoria aceleración en el trabajo de siega de las mieses.

Este tipo de hoz con sus elementos líticos se conoce en el Próximo Oriente desde el Natufiense, pero en la Península Ibérica los «dientes de hoz» como tales son piezas consideradas como características o fósiles directores de la Edad del Bronce (Pla Ballster, 1958; Tarradell Mateu, 1962, 143 y Aparicio Pérez, 1976, 154). A pesar de haberse negado su existencia en la fase precedente, hemos de destacar el hallazgo en el poblado calcolítico de Les Moreres, junto a las habituales placas alargadas o láminas-hoces, de un pequeño elemento con filo dentado y talla bifacial, que no puede ser confundido con ningún tipo de punta foliácea. Sobre este particular, es preciso traer a colación las observaciones de Martí Oliver al comentar la existencia de piezas líticas con lustre de cereales en el Neolítico de la Cova de l'Or. Este investigador considera

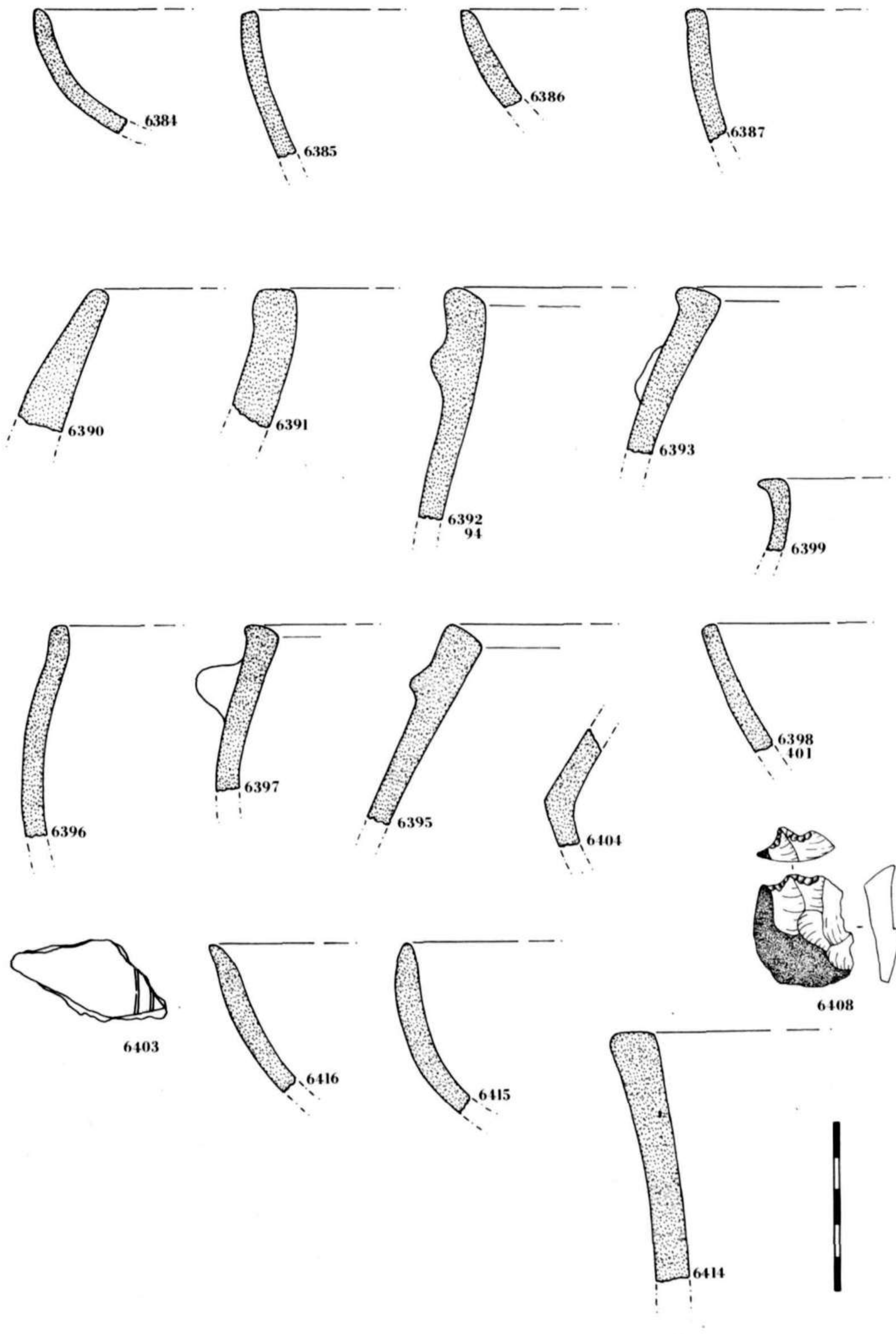


Fig. 27. - Materiales del estrato I. Cortes C1 y A 1.2.

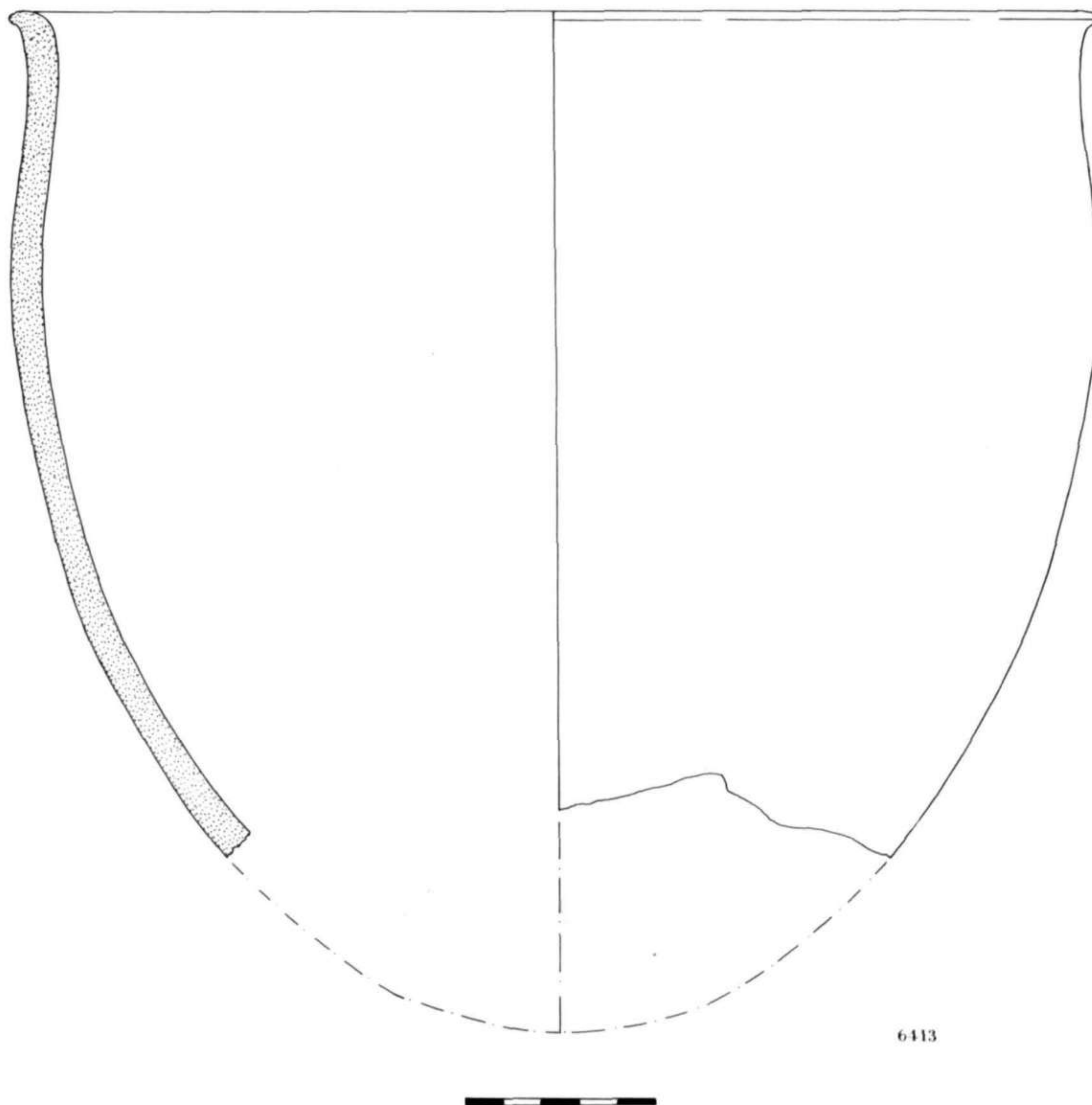


Fig. 28. – Vaso del estrato I del Corte A 1.2.

elementos de hoz estas piezas realizadas sobre hojas que en ocasiones presentan un dorso retocado, diferenciándolas de lo que morfológicamente se ha venido denominando «dientes de hoz», caracterizados por su filo denticulado (Marti Oliver, 1977, 89-90). La observancia de este útil en la lista tipológica de Fortea (D7) es muy significativa, situándose en un momento postrero del Epipaleolítico peninsular, en el neolítico y calcolítico (Fortea Pérez, 1973, 107). Los elementos que utiliza Fortea para la confección del tipo, procedentes del poblado en llanura de la Casa de Lara de Villena, no obstante, presentan un denticulado obtenido por sucesivas muescas (Fortea Pérez, 1973, 100) que no se corresponden con los «elementos de hoz» sobre hojitas de filos cortantes lineales de la Cova de L'Or. Cabrá admitir, pues, la existencia de hoces curvas ya en el neolítico cardial con unos «elementos de hoz» característicos y morfológicamente distintos de los «dientes de hoz» que aparecen en la Edad del Bronce o a fines del Calcolítico, como indicarían los ejemplares de Casa de Lara, Les Moreres o El Acebuchal (Bosch Gimpera, 1975, 398).

En este sentido, cabe señalar la similitud del ejemplar núm. 28 de la Tabla 15 de Fortea, con doble truncadura en los extremos distal y proximal, con el diente de hoz núm. 6.268 procedente del estrato I del Pic de Les Moreres que presenta ambas truncaduras.

Recientemente, Armando Ros ha dado a conocer varios dientes de hoz procedentes del cercano complejo del Calcolítico final con campaniforme inciso de Redován (Ros Dueñas, 1980, fig. 9).

Observados los precedentes de estos elementos líticos, conveniente será señalar su presencia en una serie de yacimientos con el propósito de que, como realizamos con cada elemento de la cultura material, al final del estudio comparativo se decanten como paralelos más fiables aquellos poblados que a lo largo del mismo hayan ido presentando mayor número de asociaciones. Mi lista de paralelos es seguro que estará incompleta, dado lo abundante que resulta este útil en todas las estaciones prehistóricas de esta fase y el hecho de haberme basado exclusivamente en las publicaciones, habiendo cometido incluso algún lapsus en su análisis. Constituye una preciada base para ello —que incluso podría hacernos desistir de semejante recitativo— la amplia enumeración que acompaña al artículo de Enguix (Enguix Alemany, 1975, 145-157), no obstante, los paralelos utilizados por la investigadora valenciana no contemplan las áreas circundantes a la del Bronce de la zona levantina. Tengo constancia de su aparición en los siguientes yacimientos: Lugarico Viejo (Siret, 1890, 98), Zapata (Ibíd., 129, lám. 20), Ifre (Ibíd., 114), siempre asociados a láminas y hojas. En Fuente Alamo, al lado de hojas dentadas hay verdaderos «dientes» de hoz (Ibíd., 257 y lám. 65), así como en El Oficio (Ibíd., 242). En El Argar existe gran cantidad de dientes en característica forma de D (Ibíd., 143, fig. XVI). Al oeste de Totana se localiza el poblado de Las Anchuras y de aquí proceden varios ejemplares (Ibíd., 124, fig. XIII). En el mismo término municipal, se hallan en La Bastida, al lado de láminas dentadas (Martínez Santaolalla et Alii, 1947, 64). En Fortuna, el Cabezo de la Mesa proporcionó varios útiles dentados (Crespo García, 1947, 50), así como el Cerro de la Campana de Yecla (vitrinas M.A.P. Murcia). En la Cueva de las Calaveras, en Montealegre del Castillo, en un ambiente quizá de transición a la Edad del Bronce, se citan dientes de sílex junto a molinos naviformes (Sánchez Jiménez, 1947, 74). En la motilla del Azuer, en Daimiel, se halló una hojita de sección trapezoidal con retoque denticulado análogo al ejemplar núm. 6115 del Sector XIII A del Pic (Nájera et Alii, 1979, fig. 7).

En San Antón, Orihuela, el P. Furgús encontró varias piezas dentadas de sílex (Furgus, 1937), mientras Colominas hacía lo propio en las Laderas del Castillo de Callosa (Colomines Roca, 1927-31, fig. 68).

En el Bajo Vinalopó aparecen en el Castellar de Morera (Ramos Folqués, 1953, 346), La Moleta (Enguix Alemany, 1975, 152) y en los yacimientos de la Sierra del Buho, encabezados por El Puntal (Román Lajarín, 1978, 12, fig. 9 y 1980, 42 y 51). Río arriba se localizan en el Tabaiá de Aspe (Enguix Alemany, 1975, 156) y en la serie de yacimientos dados a conocer muy recientemente por Navarro Mederos: Casa Paus, Castillo de Luna o de la Mola, El Montagut, el Puntal de Bartolo y El Sambo, en término de Novelda; La Loma Redona y El Portitxol, en Monforte, Murón de la Horna (Aspe), Pont de la Jaud (Elda-Monóvar) (Navarro Mederos, 1982). Yacimientos a los que hay que añadir el Monastil de Elda, dado a conocer por el Centro Excursionista de la localidad (C.E.E., 1977, lám. V, 7).

En el alto valle del Vinalopó, cerca de su tramo acodado, destaca con fuerte personalidad el círculo villenense. Ya se ha mencionado los hallazgos de Casa de Lara, que se ven correspondidos por el cercano Arenal de la Virgen (Enguix Alemany, 1975, 146) y por la Cueva Oriental de Salvatierra (Soler García, 1981, fig. 74). Son abundantes en los Cabezos de la Escoba (Enguix Alemany, 1975, 147) y Redondo (Soler García, 1949, fig. 1), Peñón del Rey (Soler García, 1952, fig. 5), Las Peñicas

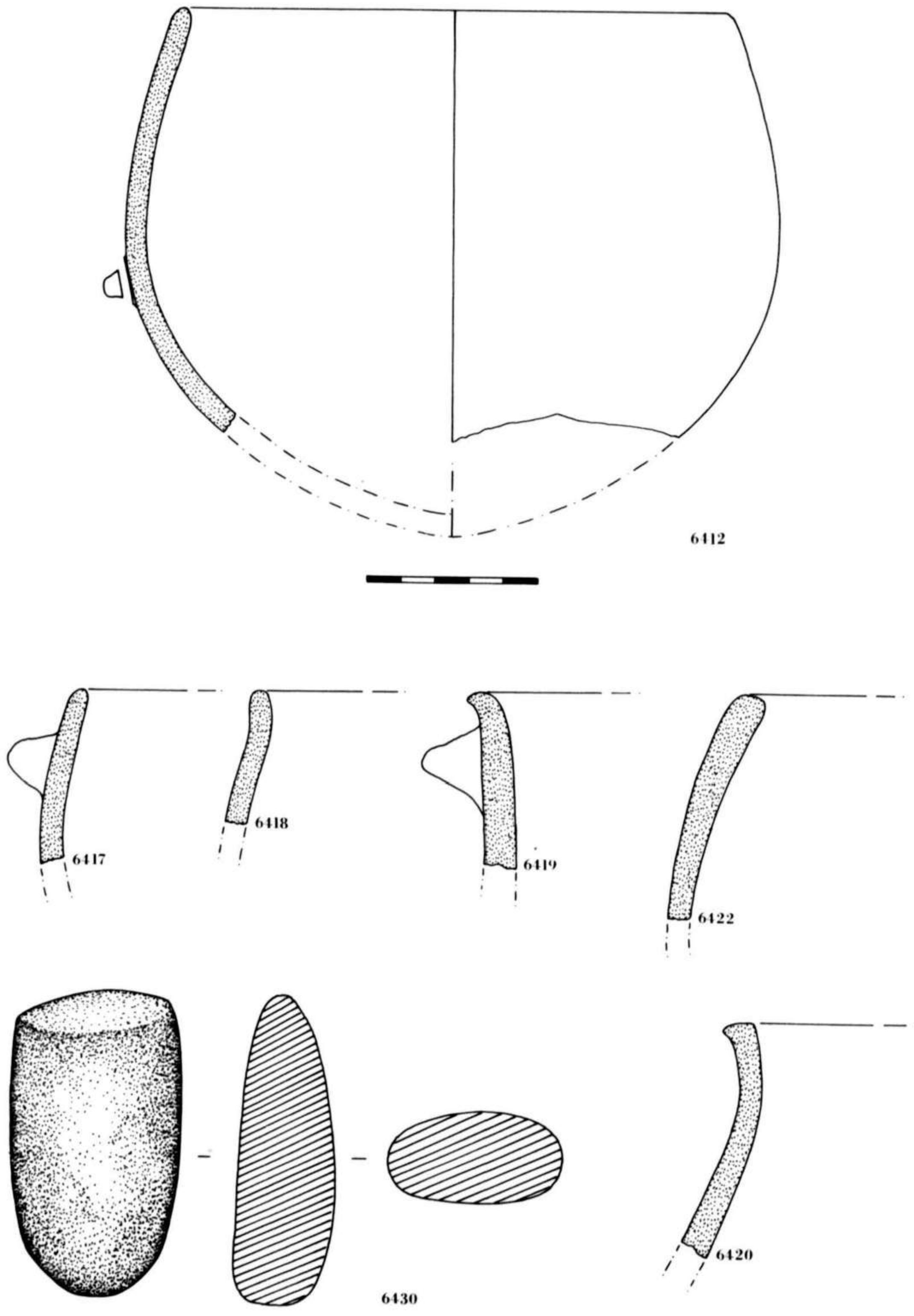


Fig. 29. - Materiales del estrato I. Corte A 1.2.

(Soler García, 1953, 46), Terlinques (Soler-Fernández Moscoso, 1970, figs. 19-21) y Peñón de la Zorra (Soler García, 1981, 85 y figs. 51).

En el Campo de Alicante, varios dientes de hoz proceden de la Serra Grossa (Llobregat Conesa, 1969, fig. 16, 4) y de la Isleta del Campello (Ibíd., 62). Camino del grupo alcoyano, el P. Belda halló ejemplares en el Peñón de Carochita (Belda Domínguez, 1929, 28) y otros se han señalado en Villa Edelmira (Enguix Alemany, 1975, 157), ambos en término de Torremanzanas.

Ya en Alcoy, numerosos útiles dentados proceden del Altet del Canalís (Enguix Alemany, 1975, 145), Barranc del Cinc (Llobregat Conesa, 1969, 62), El Castellaret (Ponsell, 1952, 66), Cova Foradá (Enguix Alemany, 1975, 150), Cova de la Boira (Ibíd., 149), Ull del Moro (Llobregat Conesa, 1969, 62), Mas del Corral (Enguix Alemany, 1975, 151), Mas de Menente (Pericot-Ponsell, 1928, 103), Mola Alta de Serelles (Botella, 1926) y El Puig (Pascual Pérez, 1952, 139).

De la comarca y zonas limítrofes, cara ya a la provincia de Valencia, los hallamos en El Flare de Agres (Enguix Alemany, 1975, 150), Bancal de la Corona (Ibíd., 146), Mas de Is (Ibíd., 151) y Els Dubots (Ibíd., 150), en Penáguila. Cabezo de Serelles en Alfàfara (Ibíd., 147), Tossal de la Roca en la Vall d'Alcalá (Ponsell, 1952, 67), Penya Foradá, en la Vall de Gallinera (Enguix Alemany, 1975, 153), Mastec en Cocentaina (Ibíd., 152), Cabezo del Navarro en Onteniente (Enguix Alemany, 1970, 69 y fig. 4), Altet dels Fontanals en Alcudia de Crespins (Ibíd., 1975, 145), Font de l'Almaguer en Alfarb (Pitarch, 1970, 83), Muntanya de Les Raboses, en Albalat dels Tarongers (Llobregat Conesa, 1977, fig. 3), Alt de Les Pepes, Puntal de Serruig y Morreta de Gori en Mogente (Aparicio Pérez, 1977, 13-14), Montanya Assolá de Alçira (Marti Oliver, 1982), Puntal dels Moros de Náquera (Pitarch, 1969, 82), Tossal Redó (Tarradell Mateu, 1958, 118). Enguix cita el Tossal del Caldero como proveedor de paralelos para los dientes de hoz del Cabezo del Navarro (Enguix Alemany, 1970, 69), negando su presencia posteriormente (Ibíd., 1975, 156), lo que obedece a la publicación de Tarradell (Tarradell Mateu, 1958, 111 ss.). Los restantes yacimientos valencianos son: el Altico de la Hoya de Navarrés (Enguix Alemany, 1975, 145), La Atalayuela en Losa del Obispo (Alcacer Grau, 1945, 161), Cerro de la Cañada Palomera, Villar del Arzobispo (Enguix Alemany, 1975, 148), El Casino de Anna (Ibíd.), Castellet de Montserrat (Aparicio Pérez, 1972), El Castillarejo de Cheste (San Valero, 1942, 329), Castillico de Jácara (Llobregat Conesa, 1969, 62), Castillarejo de los Moros de Andilla (Fletcher-Alcacer, 1958, 97), Ereta del Pedregal, en Navarrés (precedente del Altico de la Hoya) (Fletcher Valls, 1961), Pic dels Corbs (Tarradell Mateu, 1969, lám. VIII), Els Germanells (Enguix Alemany, 1975, 151), Llometa del Tío Figuetes (Ibíd.), Montanyeta de Cabrera (Fletcher-Pla, 1956), Puntal de Cambra (Alcacer Grau, 1954, 76), La Torreta de Liria (Enguix Alemany, 1975, 156) y Les Oliveretes de Cullera (Aparicio-His, 1977, 78 y fig. 33).

En la provincia de Castellón, se han señalado dientes de hoz en El Castellet (Esteve Gálvez, 1944, 141) y en el Molinás, de Borriol (Esteve Gálvez, 1943, 5), en el Castell de Corbó (González Prats, 1979 b, 57 y fig. 34) y en el abrigo con pintura esquemática de Forés de Dalt (González Prats, 1979 b, 19 y fig. 9), ambos en término de Benassal. En la Ereta del Castellar de Villafranca del Cid, se realizan sobre hojas (Arnal et Alii, 1968, láms. VI y VII).

Las excavaciones llevadas a cabo por el Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Diputación Provincial de Castellón han aportado nuevos yacimientos de la Edad del Bronce conteniendo dientes para hoces, como es el caso del de Oropesa la Vella (Gusi-Olaria, 1977, figs. 5 y 6).

En el poblado turolense del Castillo de Frías, en Albarracín, los elementos de hoz están fabricados denticulando hojas y láminas de sílex (Atrian Jordán, 1974, lám. XX).

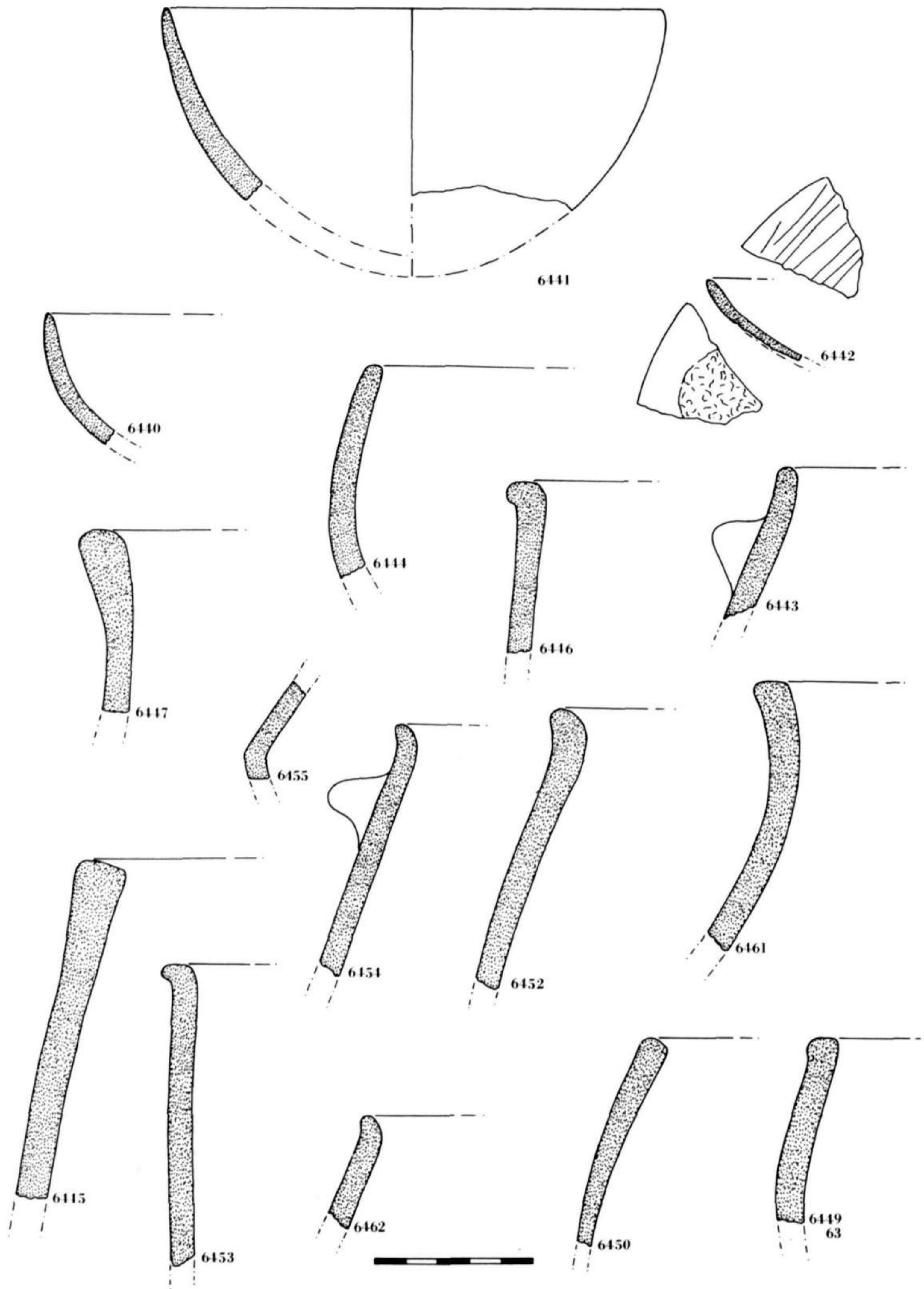


Fig. 30. - Cerámicas del estrato IIB. Cortes BC 1.2.

Los ejemplares más tardíos que conozco proceden de los yacimientos granadinos de Monachil (Arribas et Alii, 1974, fig. 78) y de Purullena (Molina-Pareja, 1975, fig. 103), en niveles del Bronce Final y Bronce Tardío respectivamente.

Los punzones de hueso proporcionados por El Pic provienen del estrato IIC y son las únicas manifestaciones de la industria ósea que conocemos. El punzón menor, fragmentado en dos partes, macizo y de sección oval, suele acompañar a los de sección convexo-cóncava en las estaciones peninsulares desde el Neolítico al menos, como ocurre en la Cova Fosca de Ares (González Prats, 1979 b, 29). No obstante, el tipo más generalizado es el que se logra sobre metápodo de ovicaprino principalmente, dejando la caña al descubierto y afilando después la parte distal. Ello genera esa característica sección en U o cóncavo-convexa. Estos ejemplares se documentan desde los estratos neolíticos de Piñar (Pellicer Catalán, 1964, fig. IX), Cova de L'Or (Marti Oliver, 1977, 91), Cova de la Sarsa (San Valero, 1950, fig. 10) y la misma Cova Fosca (Aparicio-San Valero, 1977, fig. 14), entre otros yacimientos, siendo abundantes en el poblado calcolítico de Campos (Siret, 1890, lám. 10) o en la cueva de Las Lechuzas de Villena (Soler García, 1981, 42 y fig. 21). De los yacimientos de la Edad del Bronce en que he podido documentar este tipo de punzón sobresalen los siguientes:

- Lugarico Viejo (Siret, 1890, lám. 16).
- Zapata (Ibídem, lám. 20).
- Ifre (Ibídem, lám. 18).
- El Argar (Ibídem, lám. 25).
- El Oficio (Ibídem, lám. 62).
- Fuente Alamo (Ibídem, lám. 65).
- Cerro de la Campana, Yecla (Vitrinas Museo Arqueológico de Murcia).
- Puntarrón Chico, Beniaján (Vitrinas M.A. de Murcia y García Sandoval, 1964).
- Monteagudo (Vitrinas M.A. de Murcia).
- Cueva de las Calaveras, Montealegre del Castillo (Sánchez Jiménez, 1947, 74).
- Motilla del Azuer (Najera et Alii, 1979, fig. 7).
- La Bastida de Totana (Martinez Santaolalla et Alii, 1947, 60 y fig. 2; Ruiz-Posac, 1956).
- Terlinques (Soler-Fernández Moscoso, 1970, fig. 24).
- Las Peñicas (Soler García, 1953).
- Cabezo Redondo (Soler García, 1949, figg. 1).
- Peñón de la Zorra (Soler García, 1981, fig. 52).
- Serra Grossa (Llobregat Conesa, 1969, fig. 16).
- Isleta del Campello (Ibídem, 63).
- Mola Alta de Serelles (Botella, 1926, lám. VIII).
- Cabezo del Navarro (Enguix Alemany, 1970, 69).
- Mas de Menente (Aparicio Pérez, 1976, fig. 10).
- Cova del Montgó (Vitrinas M.A.P. Alicante).
- La Atalayuela (Alcacer Grau, 1945).
- El Puntal de Cambra (Alcacer Grau, 1954, 76).
- Montanyeta de Cabrera (Fletcher-Plá, 1956).
- Castillarejo de los Moros (Fletcher-Alcacer, 1958).
- El Picacho de Oria (Hernández-Dug, 1977, 32, fig. 13).
- Altico de la Hoya (Alcacer Grau, 1951).
- Montanya Assolá (Marti Oliver, 1982).
- Castellet de Montserrat (Aparicio Pérez, 1972).
- Pic dels Corbs (Tarradell Mateu, 1969, lám. X).
- La Torreta (Llobregat Conesa, 1969, 63).
- Castillo de Frías (Atrian Jordán, 1974, 29).

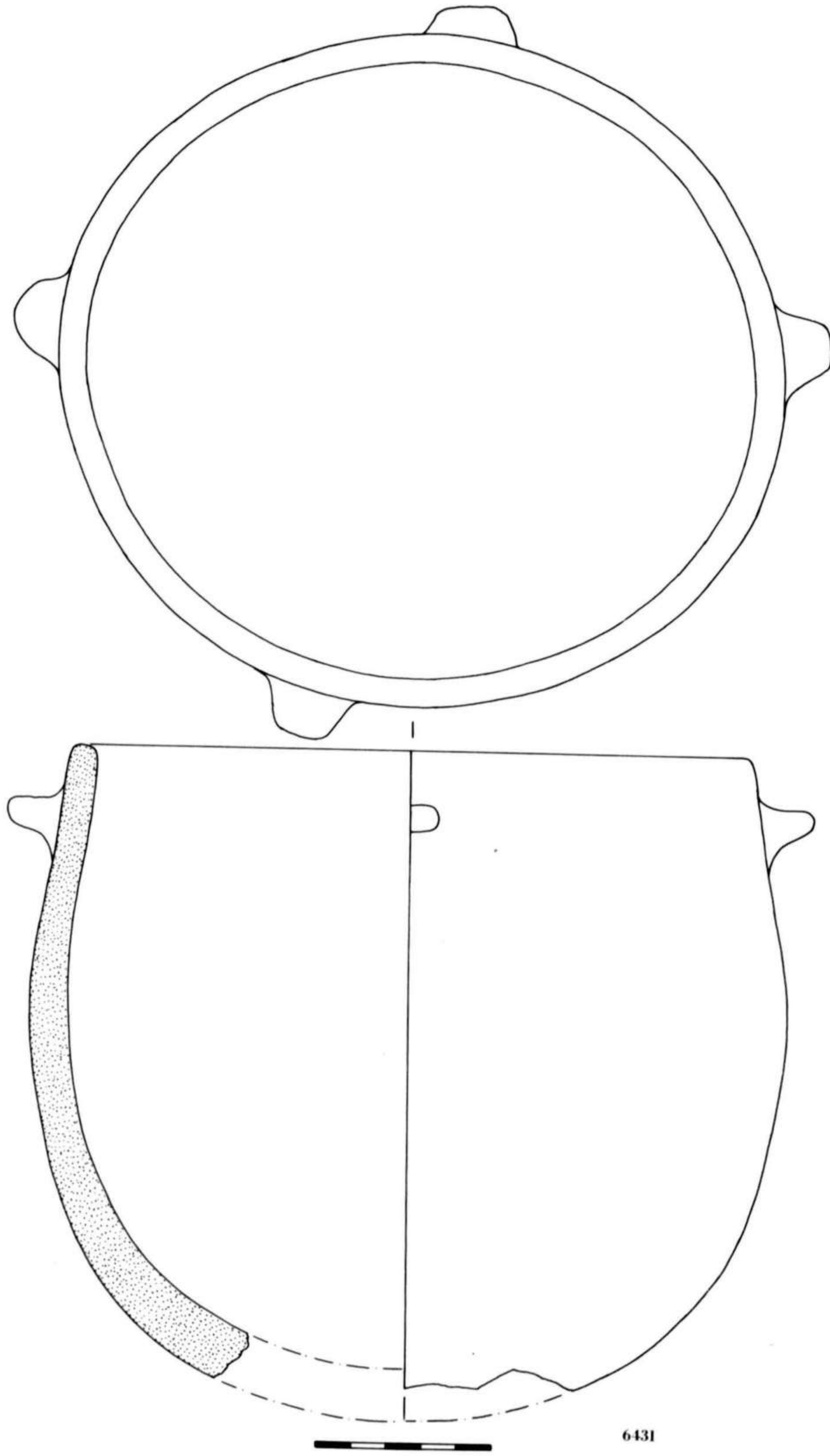


Fig. 31. - Olla del tipo 2 del estrato IIB. Corte C2.

En último lugar hemos dejado las consideraciones que es preciso realizar en torno a una pieza tan característica como es la afiladera o brazaletes de arquero de piedra arenisca con dos agujeros en los extremos.

Existe acuerdo unánime entre los investigadores que de una manera u otra se han referido a estas piezas perforadas, en asignarles una significatividad y origen ligados al horizonte del Vaso Campaniforme (Del Castillo, 1928), calificado por Sangmeister como «horizonte del reflujo» (Rückstrom) y recientemente como «Horizonte campaniforme de Transición» (Bernabeu Auban, 1979, 122). Semejante instrumento suele venir acompañado por el resto del ajuar característico como son las puntas de cobre de tipo Palmela, puñales de lengüeta, botones con perforación en V y algún objeto de oro, amén de la correspondiente vajilla funeraria decorada.

Su discutida funcionalidad, que generó la peculiar denominación de «brazal de arquero» o «Armschutzplatte», fue puesta ya en entredicho por diversos autores, entre los que destacan los propios hermanos Siret, Furgús, Serra-Ráfols, Cuadrado, Martínez Santa Olalla, Plá y Aparicio. Los argumentos son de dos tipos. Por un lado, el hecho de que todos se fabriquen sobre piedras de tipo arenisca, material destinado a afilar, y, por otro, su perduración en la Edad del Bronce, cuando se insiste en la ausencia del arco, tendiendo a invalidar esa denominación de origen. Son así, pues, consideradas estas piezas como «afiladeras». Con todo, el reciente hallazgo en una tumba argárica de Fuente Alamo de una placa de este tipo situada en el antebrazo izquierdo del cadáver vuelve a incidir sobre el viejo problema (Arteaga-Schubart, 1981, 17). Esta continua incertidumbre funcional es la que lleva a casi todos los autores a colocar entrecomillado el calificativo con que aluden a estos objetos.

Para ellos disponemos de dos excelentes estudios que vieron la luz el mismo año. Por un lado, el artículo de Plá Ballester (Plá Ballester, 1964) y por otro el de E. Sangmeister (Sangmeister, 1964). El prehistoriador valenciano mostraba su preocupación por la posición de los «brazaletes de arquero» en relación con el Eneolítico valenciano, decantándose, como lo había hecho anteriormente (Plá Ballester, 1958, 51), por asignarles mayor entidad en la Edad del Bronce. El análisis del prehistoriador germano tendía a un estudio tipológico de las diversas piezas halladas en Europa central y occidental, cartearando por separado las diferentes variantes de los tipos anchos y estrechos. De la observación de sus respectivos mapas de dispersión se deduce la abundancia de su Forma 1 (es decir, el tipo de placa rectangular estrecha con dos agujeros) en la Península y fuera de ella, apenas superada en Centroeuropa por las formas anchas y convexas (Sangmeister, 1964, fig. 2). Este tipo es el que aparece en el Pic de Les Moreres y se corresponde con el Tipo 1 de Cuadrado (Cuadrado Ruiz, 1950, 107), sirviéndonos de referencia para las relaciones con los restantes ejemplares peninsulares.

En la Meseta Norte hay un importante grupo de hallazgos, generalmente asociados al horizonte del campaniforme. G. Delibes lo ha estudiado recientemente sin cuestionarse la funcionalidad de estas placas, quizá debido a la aparición de puntas de flecha en algunos conjuntos. Su presencia se ha señalado en el dolmen de Peñacaída (Delibes de Castro, 1977, 39), Chamartín de la Sierra (Ibíd., 23), Curiel de los Ajos (Ibíd., 61-2), en el importante hallazgo de Fuente Olmedo (Martín-Delibes, 1974, 43 y fig. 10), Pago de la Peña (Maluquer de Montes, 1960, 126 y lám. VI), con ajuar completo que incluye una cinta de oro, muy semejante a la de Fuente Olmedo; Cerro del Castillo, en Cardeñosa, junto con dientes de hoz (Cabre Aguilo, 1931, 289), y Grajal de Campos (Blance, 1971, 145). En La Perrona, Gema (Zamora) apareció una pieza rota, reaprovechada como colgante, en un ambiente posterior de Cogotas I (Martín-Delibes, 1976, 421).

En el área centro portuguesa los hallazgos se asocian, como en el Valle del Duero, al horizonte campaniforme. Los principales ejemplares proceden de la Cueva de las Redondas (Blance, 1971, 142), Casal do Pardo (Leisner et Alii, 1961, 31 y fig. V,

51; Leisner, 1959, lám. 46), tholos de Barro en Torres Vedras (Leisner, 1965, lám. I), acompañado de «copos» decorados, San Pedro de Estoril (Smith, 1955, lám. VII), Mértola (Leisner, 1959, lám. 34), en el sepulcro de corredor de Lousal I, en Grândola, Setúbal (Veiga-Rodrigues, 1953-4, 202 y fig. 1), dolmen de Carrascal de Sintra (Leisner, 1965, lám. 57), sepulcro I de Pedra Branca de Setúbal (Veiga et Alii, 1975, lám. I) y en la necrópolis de Campina, en Faro (Leite de Vasconcelos, 1918, 110 y fig. 9).

En la sistematización de Schubart, los «Armschutzplatte» de la fase I del Horizonte de Ferradeira son de mayor tamaño que los de la fase II (Schubart, 1975, 96-98 y figs. 11-12), que preludian los propios del Bronce del Sudoeste I (Ibidem, fig. 26).

En Cáceres se conoce una pequeña placa procedente de Garrovillas de Alconétar (Leisner, 1959, lám. 54), y en el Dolmen del Portillo de las Cortes, en Aguilar de Anguita, se halló otra fragmentada fechada a principios del II milenio a. C. (Osuna Ruiz, 1975, 273 y fig. 20). En el Cerro de la Encantada, las excavaciones de la U.A. de Madrid han proporcionado también un fragmento de placa de arquero procedente del estrato I (Nieto-Sánchez, 1980, 112 y fig. 49).

En el área megalítica andaluza varios yacimientos contienen este elemento arqueológico: Hoya de los Madrigales (Leisner, 1943, lám. 50 C), Las Peñuelas (Ibidem, lám. 50 A), Los Eriales (Ibidem, láms. 48 y 49), Loma de Belmonte (Ibidem, lám. 27), Sepulcro 9 de Los Castellones (Ibidem, lám. 38), Cueva de la Pileta (Giménez Reyna, 1946, 14 y lám. VII), El Acebuchal de Carmona (Del Castillo, 1928, 40 y lám. V), Covacha de la Presa, en Loja (Carrasco et Alii, 1977, fig. 19) y Los Castillejos, en Montefrío (Margelina, 1945-46, 15; Tarradell Mateu, 1952, fig. 3 y lám. IV; Arribas-Molina, 1977).

Para el área pirenaica francesa disponemos del estudio de J. Guilaine sobre el campaniforme de aquella región.

El «brassard d'archer» es uno de los elementos esenciales del complejo campaniforme, hallándose presente en las Fases I, II y III (Guilaine, 1967, 117).

Los paralelos más cercanos tipológica y geográficamente a la plaqueta del Pic de Les Moreres se ciñen a las dos áreas que venimos manejando a lo largo de este análisis comparativo:

- Río de Gor, Granada (Blance, 1971, 135), junto con puñales de remaches.
- Cortijo de Tenorio, Almuñécar (García Sánchez, 1963, 91).
- Cerro de la Encina (Cabre Aguiló, 1922, 23).
- Los Arrayanes, Linares (Serra Rafols, 1924, 163 y fig. 67), junto con una alabarda.
- El Argar (Siret, 1890, 149 ss.).
- Lugarico Viejo (Ibidem, lám. 16).
- Ifre (Ibidem, 116 y lám. 18).
- Fuente Vermeja (Ibidem, 91 y lám. 14).
- Zapata (Ibidem, lám. 20).
- Fuente Alamo (Ibidem, lám. 65; Arteaga-Schubart, 1981, fig. 3).
- Vélez Blanco (Alcacer Grau, 1972, 35 y lám. XXVIII).
- Las Anchuras (Siret, 1890, 124).
- Peñón de la Reina, Alboloduy (Martínez-Botella, 1980, fig. 55).
- El Picacho de Oria (Hernández-Dug, 1977, 30, fig. 11,4).
- Gatas (Siret, 1890, 221).
- Puntarrón Chico (García Sandoval, 1964).
- La Bastida de Totana (Martínez Santaolalla et Alii, 1947, 65 y fig. 5).
- Arrastre, Murcia (Sangmeister, 1964, 110).
- La Alcanara, en La Escucha-Purias (Vitr. M.A. de Murcia).
- Casas Nuevas, Librilla (Vitr. M.A. de Murcia).
- San Antón, Orihuela (Furgus, 1937, láms. III y VIII; Albert, 1945, lám. I; Nieto, 1959, fig. 5).

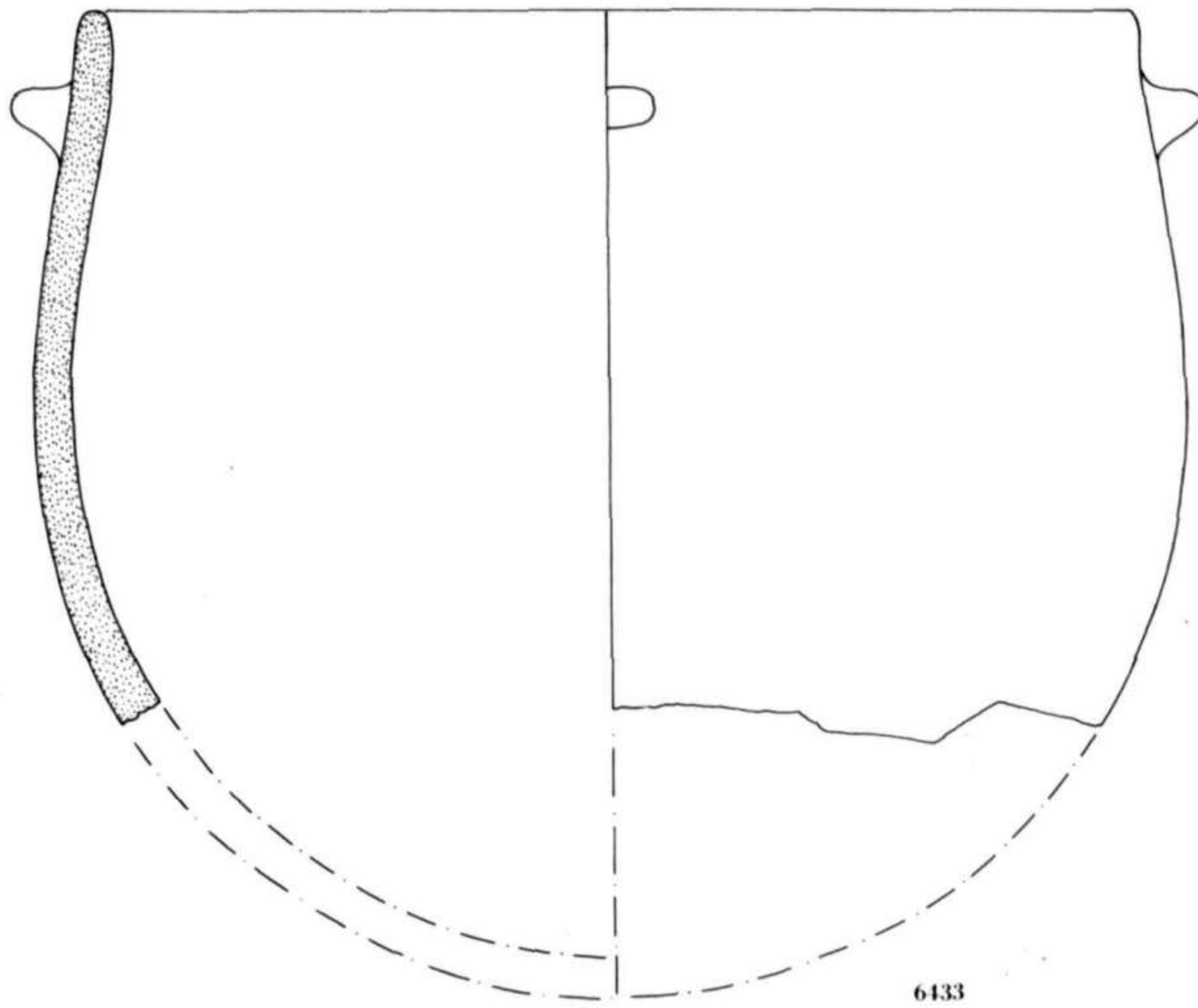
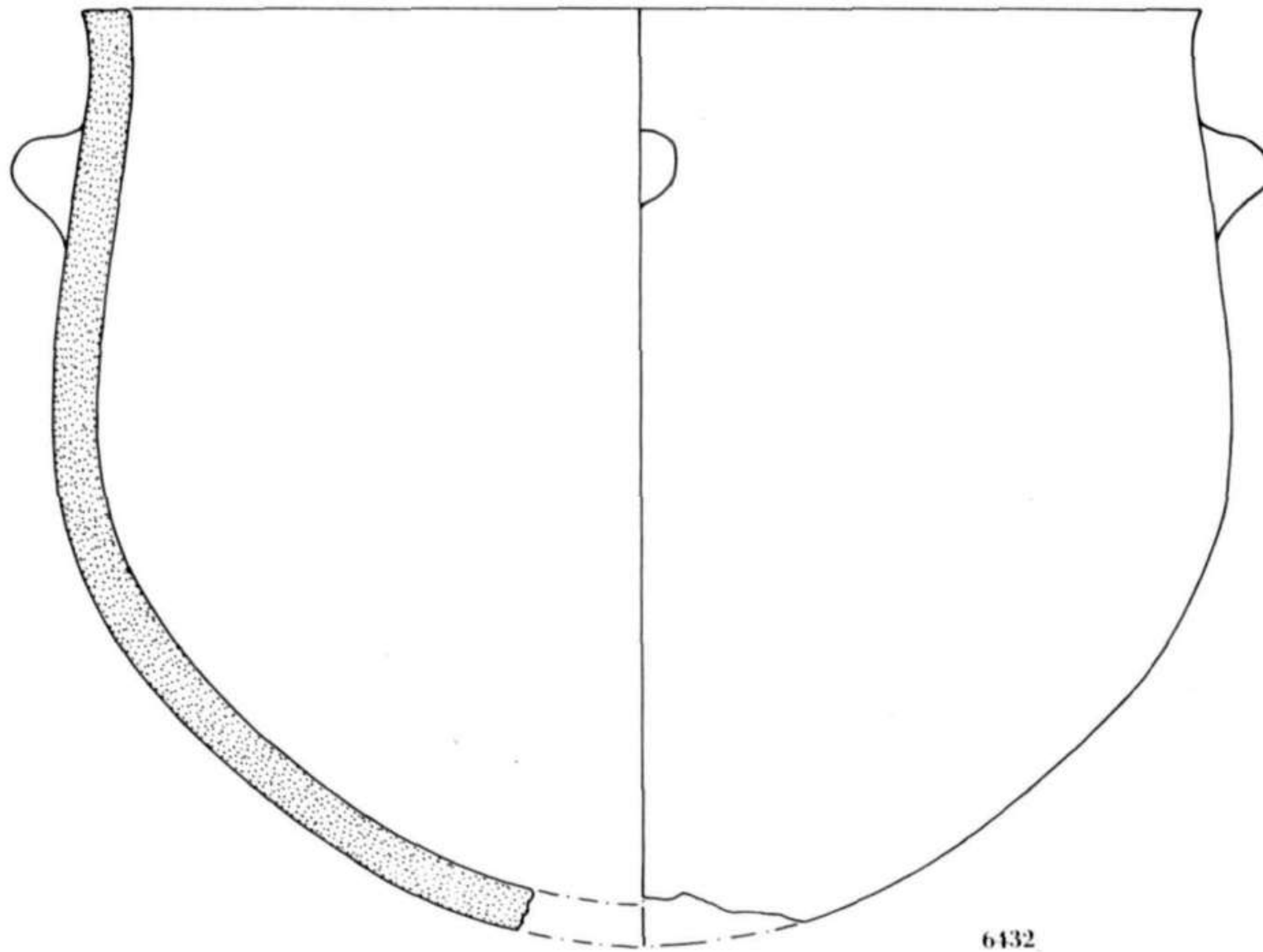


Fig. 32. - Ollas del tipo 2 del estrato IIB.

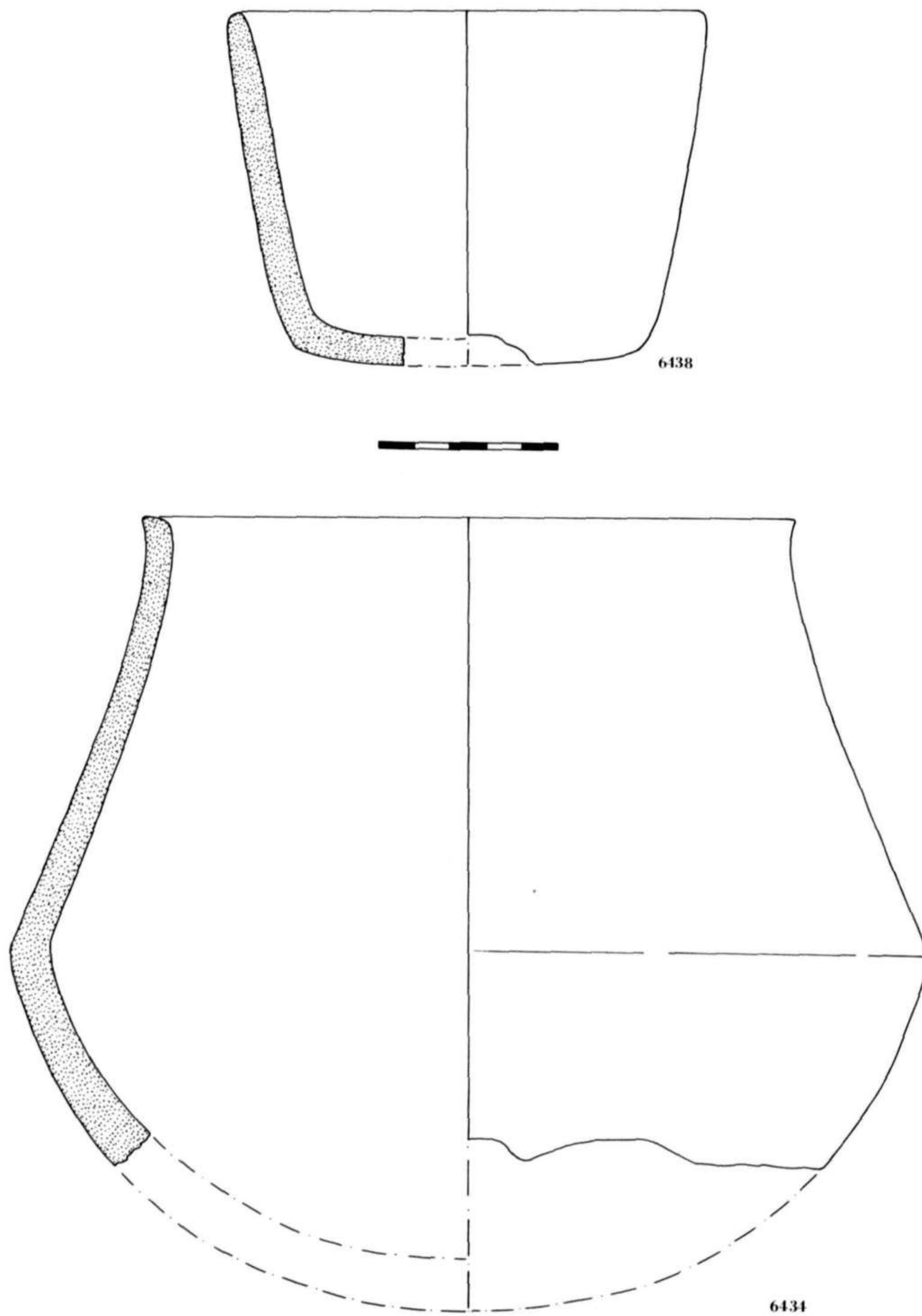


Fig. 33. – Vasos de los tipos 6 y 5 del estrato IIB.

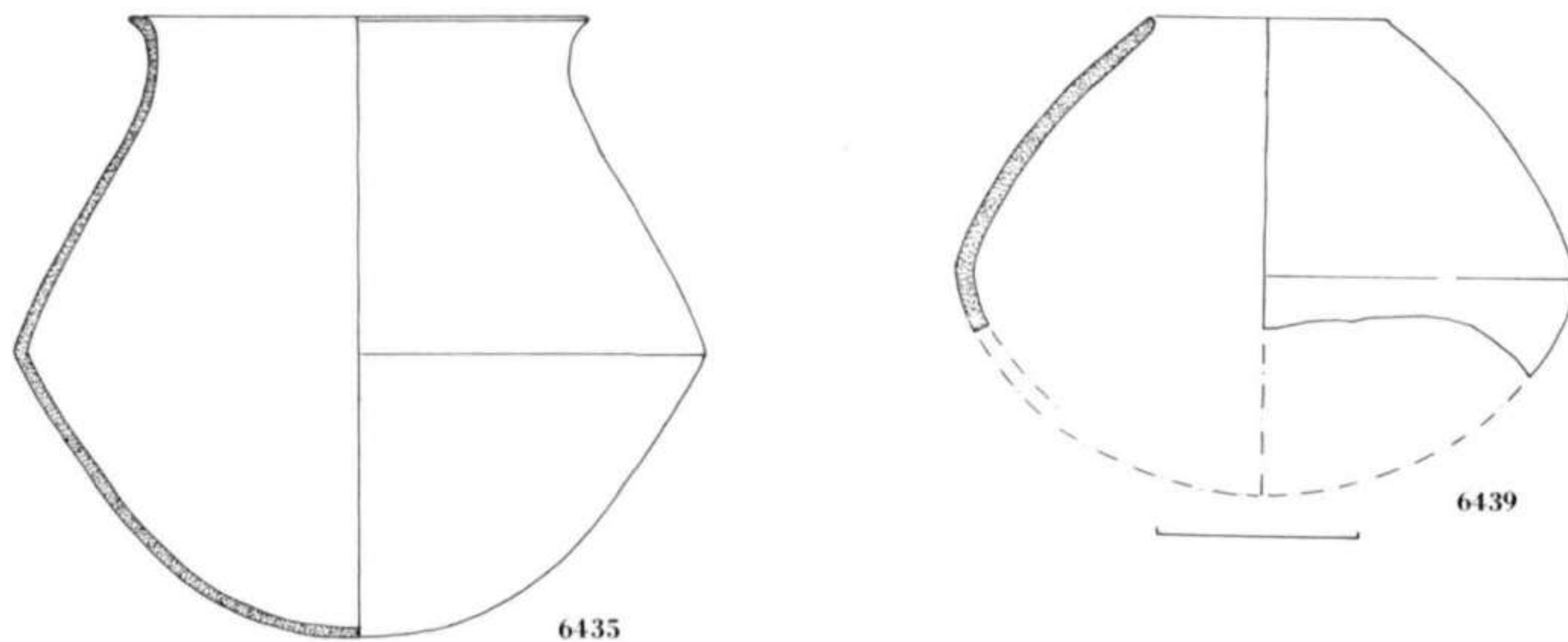


Fig. 34. - Vasos de los tipos 5C y 5B del estrato IIB (escala 10 cm.).

- Laderas del Castillo, Callosa (Colomines Roca, 1927-31, fig. 69; Furgus, 1937, lám. II).
- Peñón de la Zorra (Soler García, 1981, 85 y fig. 52).
- Terlinques (Soler-Fernández Moscoso, 1970, fig. 23).
- Las Peñicas (Soler García, 1953, lám. IX, 4).
- Cabezo Redondo (Soler García, 1949, fig. 1).
- Puntal de Bartolo (Navarro Mederos, 1982).
- Tabaiá (Ibídem, 1982).
- Casa Paus (Ibídem, 1982).
- El Monastil (C.E.E., 1977, lám. V, 14).
- Isleta del Campello (Llobregat Conesa, 1976, fig. 22). Magnífico ejemplar de lados cóncavos y cinco perforaciones en cada extremo que se aparta de la serie que analizamos.
- La Barsella, Torremanzanas (Belda Domínguez, 1929, lám. IV, A, 3), en la capa superior de enterramientos.
- Ull del Moro (Visedo Molto, 1944, lám. LV, 2).
- Mola Alta de Serelles (Botella, 1926, lám. IV, B). Este ejemplar presenta los lados inclinados, como la plaqueta de Crevillente.
- Mas de Menente (Pericot-Ponsell, 1929, 105).
- Mola d'Agres (Visedo Molto, 1925, lám. XVI, H).
- Puntal de Serruig (Aparicio Pérez, 1977, 13).
- Cabezo del Navarro (Enguix Alemany, 1970, fig. 5). Esta afiladera tampoco puede servir de paralelo adecuado por su distinta tipología, muy delgada y con agujero único.
- Puntal dels Moros (Pitarch, 1969, 83).
- Montanya de Les Raboses (Llobregat Conesa, 1973, 62 y fig. 3).
- Cova dels Gats (Marti-Gil, 1978, 56).
- Montanya Assolá (Marti Oliver, 1982).
- Tossal Redó (Tarradell Mateu, 1958, lám. IV).
- Altico de la Hoya (Alcacer Grau, 1960, lám. II).
- Montanyeta de Cabrera (Fletcher-Plá, 1956, 46 y lám. XIII).
- Castillarejo de los Moros (Fletcher-Alcacer, 1958, 108 y lám. III).
- Asilo de Bou, Cullera (Ballester Tormo, 1942, fig. 7).
- Játiva, Col. Gonzalo Viñes (Plá Ballester, 1964, 218).
- Els Germanells, Rafelbuñol (Aparicio Pérez, 1976, 70).
- Tossal del Castellet, Borriol (Esteve Gálvez, 1944).
- Castillo de Frías (Atrian Jordán, 1974, 17 y figs. 17 y 37).
- Coveta de L'Heura, Ulldemolins (Vilaseca Anguera, 1952, 125, lám. II, 2).

De la actividad metalúrgica, los datos obtenidos en el registro de campo de 1982 no permiten sino atestiguar su presencia. En el estrato II E/F se halló una minúscula chapita de cobre. No obstante, si nuestra interpretación sobre el fragmento de crisol núm. 6.313 es correcta, nos encontraríamos ante la prueba de elaboración de instrumentos en el propio poblado.

El fragmento en cuestión procede del estrato superior y corresponde, pues, a la última fase de habitación del Sector XIII B del Pic de Les Moreres. Su forma afecta un cuenco poco profundo y su diámetro aproximado se sitúa alrededor de los 10 cm. El grosor de sus paredes y su modo de elaboración distinto del resto de la producción cerámica-hasta el punto de ser confundido en un principio con piedra parece indicar claramente su distinta funcionalidad y destino. Pensamos que ello es así dados, además, los paralelos tan exactos que se pueden traer a colación. En El Argar aparecieron varios crisoles siempre en forma de cuenco pequeño poco profundo, con pico vertedor, junto a otros de mayor diámetro (Siret, 1890, láms. 23 y 27). Las excavaciones realizadas por la Universidad de Granada en La Mancha, nos proporcionan otro paralelo en la Motilla del Azuer, en Daimiel, en forma de otro crisol poco profundo de paredes gruesas, con un diámetro idéntico al del Pic (Najera et Alii, 1979, 34 y figs. 7 a). El yacimiento valenciano que presenta paralelos en este sentido es la Peña de la Dueña, en Teresa, Valencia, con un par de crisoles del tipo reseñado (Alcacer Grau, 1945).

La existencia de metalurgia local en el Pic no es de extrañar si consideramos la presencia de importantes filones de cobre y carbonatos de cobre en Santomera-Sierra de Orihuela. Aquí se encuentra además, aunque en menor proporción, oro nativo, lo que explicaría la presencia de objetos de este metal precioso en las necrópolis argáricas de San Antón y Callosa, detalle que confiere cierta personalidad –junto con las peculiares estructuras funerarias asociadas a cistas y píthoi– a este grupo argárico septentrional (Blance, 1971, 133).

Con este horizonte del Pic debe relacionarse el hacha plana del tipo III de Blance (Blance, 1971, 136), procedente de la muy próxima Fonteta del Sarso, en la misma sierra de Crevillente y a un tiro de piedra del poblado de la Edad del Bronce del Pic (Gonzalvez Pérez, 1975, 162).

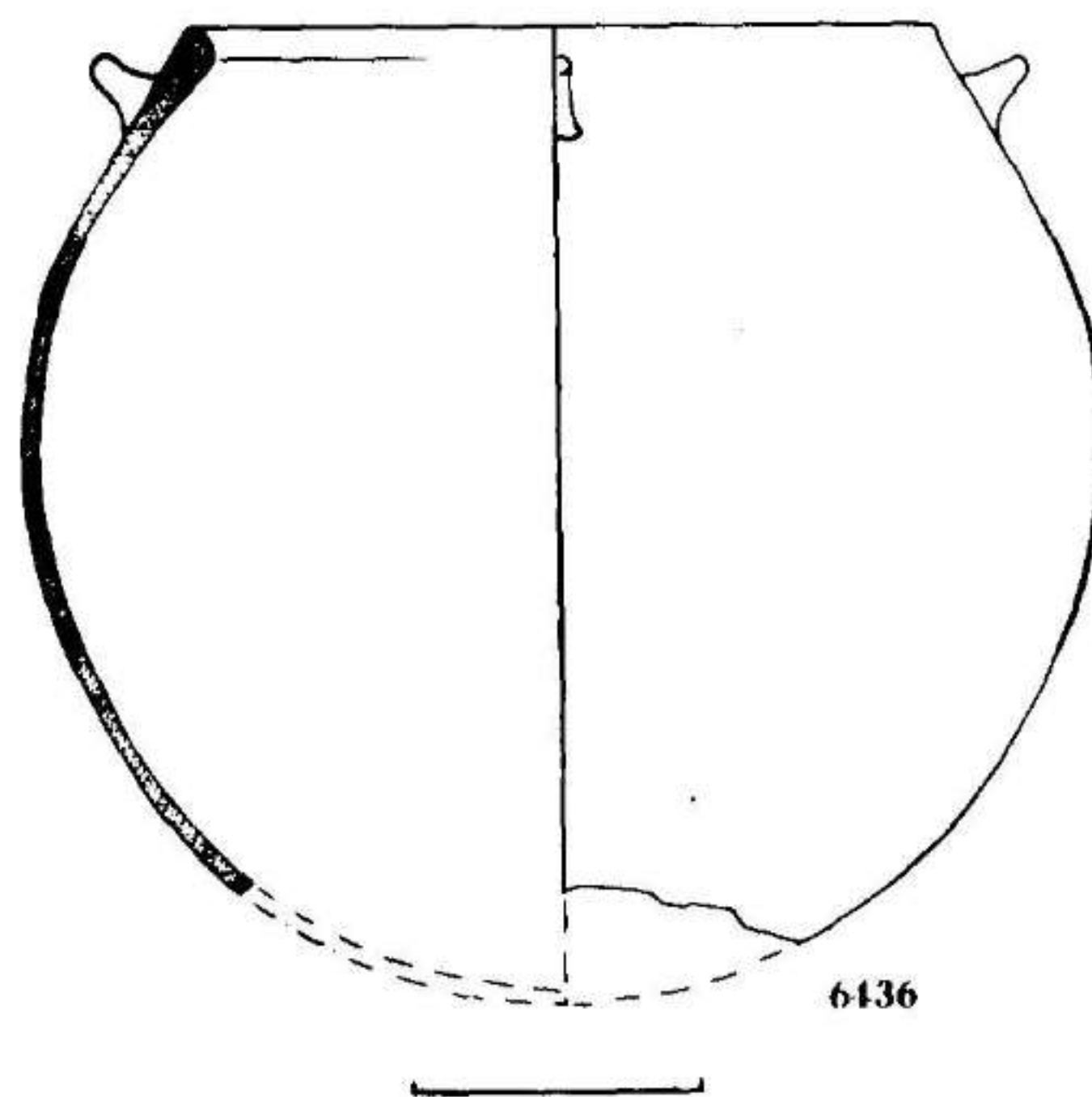


Fig. 35. – Vaso del tipo 3C del estrato IIB (escala 10 cms.).

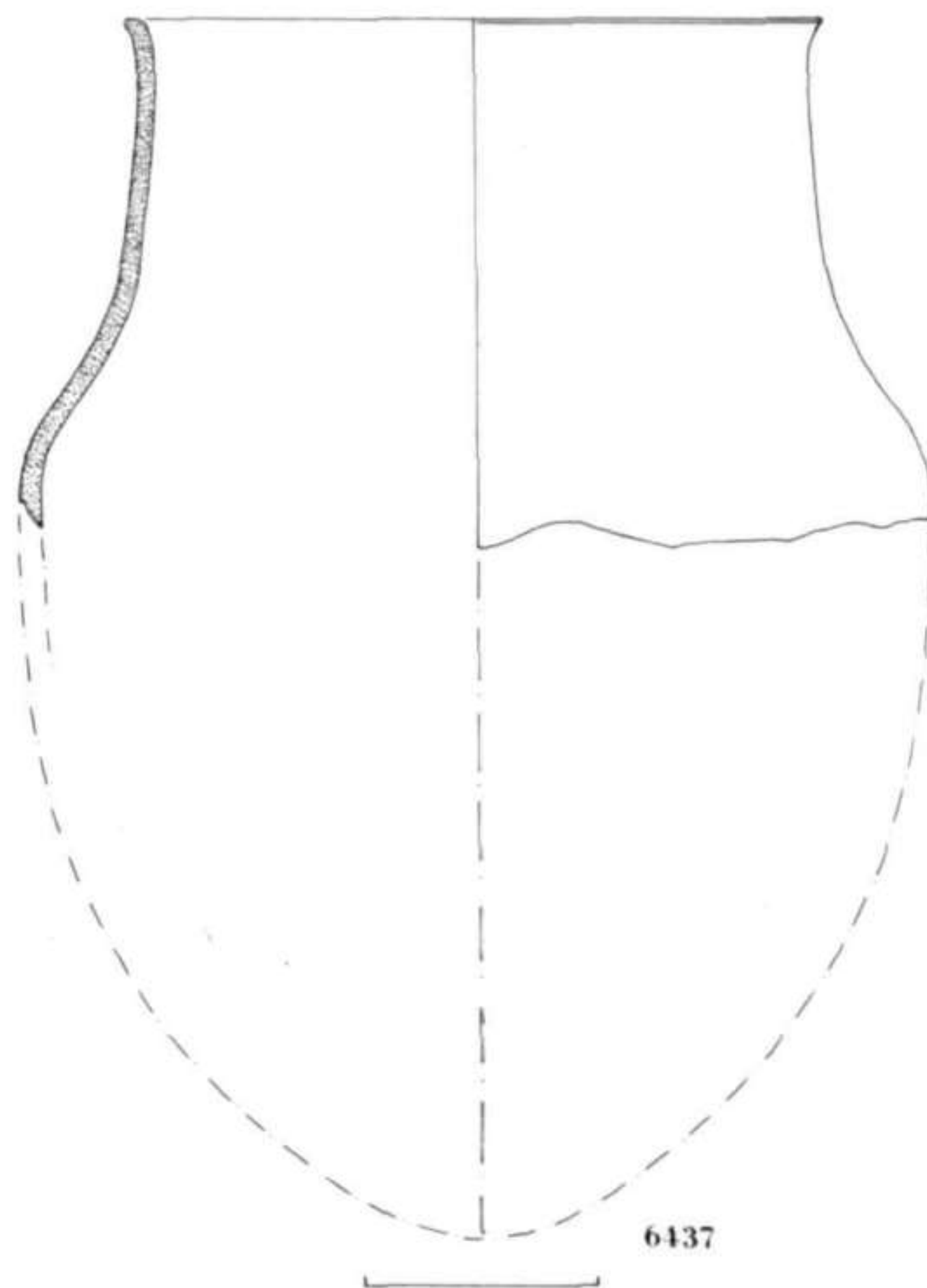


Fig. 36. - Reconstrucción posible del vaso del tipo 4. Estrato IIB.

ATRIBUCION CULTURAL

La exposición detallada, y posiblemente farragosa, de los elementos de cultura material que ha permitido la realización de las precedentes comparaciones, deja traslucir la existencia de una serie de concomitancias materiales con determinados yacimientos.

De esta forma, se desprende la relación que guarda el horizonte del Pic de Les Moreres en primer lugar con el foco argárico de la Edad del Bronce peninsular, concretado en yacimientos tales como Lugarico Viejo, El Argar, Ifre, Fuente Vermeja, Zapata, Fuente Alamo, La Bastida de Totana, San Antón y Laderas del Castillo de Callosa. En segundo lugar, con el núcleo de yacimientos villenenses: Peñón de la Zorra, Terlinques, Las Peñicas y Cabezo Redondo. Y, en tercer lugar, con algunos poblados del Bronce Valenciano como el Mas de Menente, Mola Alta de Serelles, Montanya Assolá, Montanyeta de Cabrera, Castellarejo de los Moros y Altico de la Hoya, así como con el Castillo de Frías de Albarracín.

Esta relación indiscriminada parece decantarse a favor del grupo meridional por diversos detalles en las formas cerámicas, ya que los objetos no cerámicos nos muestran una total similitud de modos de vida y de formas económicas (molinos de mano, dientes de hoz, punzones sobre caña, afiladeras, crisoles, etc.), y los elementos urbanísticos vienen a confirmar una semejante predilección en ambos grupos culturales por las casas de planta angular. Esos detalles vasculares afectan, por un lado, a la total ausencia de asas en los vasos carenados del Pic, y que es característica en los vasos de perfil aquillado del Bronce Valenciano, como puede comprobarse fácilmente. Por otra parte, a la presencia de determinadas formas ajenas totalmente a ese círculo como es buen ejemplo la forma 6 de los Siret, nuestro Tipo 5 C. Si introducimos estas nuevas variables en las precitadas relaciones, comprobaremos cómo la conexión meridional adquiere una mayor relevancia.

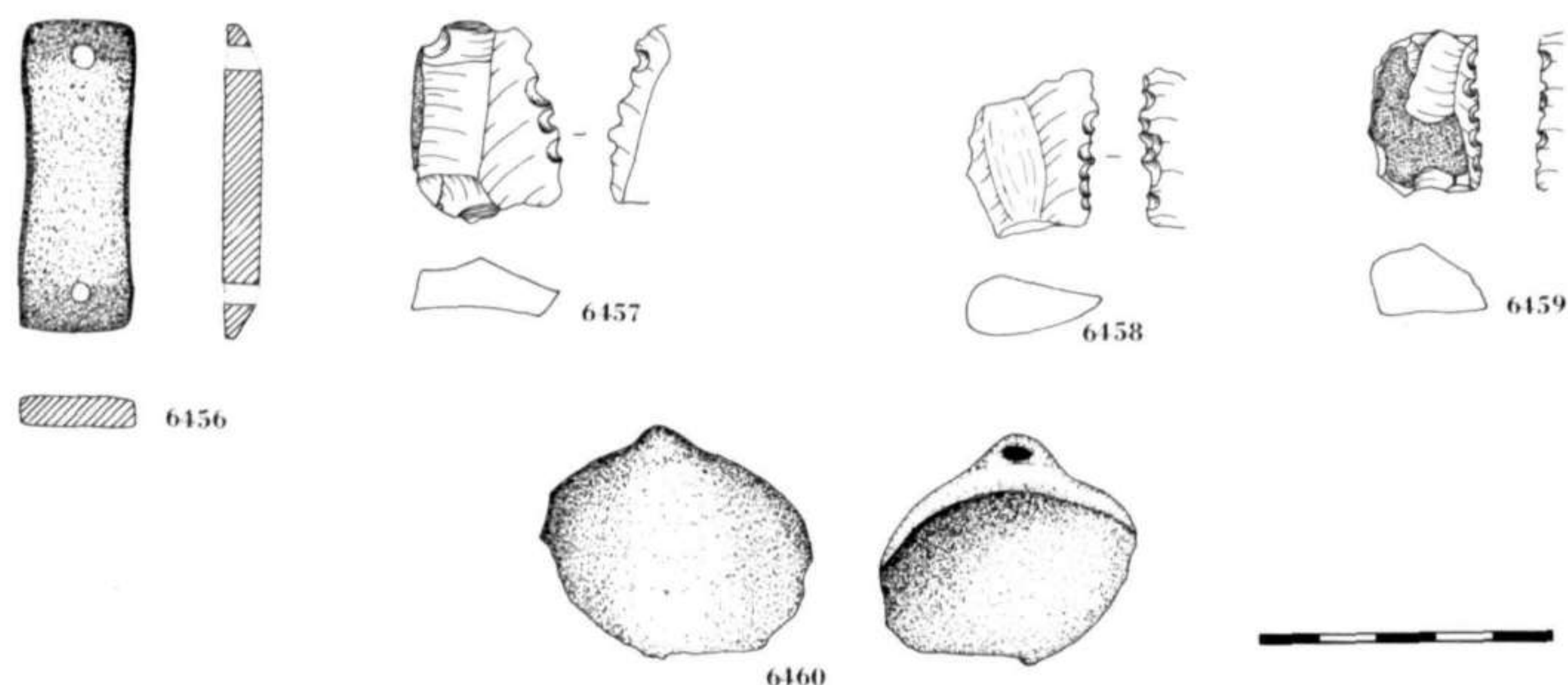


Fig. 37. - Utiles líticos y concha del estrato IIB.

Hay una ausencia grave que nos permitiría una inclusión netamente decidida en el Bronce Argárico, cual es la forma de enterramiento que emplearon las gentes del Pic de Les Moreres, criterio realmente diferenciador de las áreas culturales valencianas y argáricas, tal y como puntualizó el Prof. Tarradell (Tarradell Mateu, 1962, 146 y 1969, 17). Habrá que esperar, pues, a futuras campañas para aclarar este punto. Con todo, la zona excavada en 1982 era idónea para habernos proporcionado este criterio, pues se pudo establecer dos fases con estructuras seguras debajo de las cuales hubiera sido de esperar la existencia de enterramientos. En ninguna de las casas se observó la más mínima sospecha o vestigio de ello. Pensar que justamente la excavación fue a dar con aquellas habitaciones que precisamente no tenían inhumaciones es algo que resulta difícil de admitir.

Ahora bien, en espera de esa documentación futura, cabe recabar información del área cercana a la Sierra de Crevillente. De antiguo se conoce la procedencia del Puntal del Buho de un enterramiento en cista (Ramos Folques, 1975, 24), lo que llevó a quienes se han ocupado del yacimiento a calificarlo de argárico (Román Lajarín, 1978, 15). A esto debe unirse la reciente aparición, en un cerro próximo al Puntal y denominado Serra del Búho IV, de un pie de copa argárica (Román Lajarín, 1980, 50-51) que viene a reforzar la adscripción cultural de los yacimientos de la Edad del Bronce de la Sierra de Elche.

De modo que, dada la cultura material, las peculiaridades distintivas señaladas y los datos del área cercana ilicitana, así como la relación con el círculo del Bajo Segura y de Villena, habrá que decidirse por una conexión del Pic de Les Moreres con el Bronce Argárico.

Generalmente, se viene aceptando la frontera meridional del Bronce Valenciano en el cauce del río Segura (Tarradell Mateu, 1962, 169). Esta misma delimitación parece seguir la propuesta para el Calcolítico (Ibidem, 91) (Llobregat Conesa, 1972, 13 ss.) (Bernabeu Aubán, 1979, 120), en base a la conjunción de elementos suntuarios en los ajueres funerarios de las cuevas de enterramiento múltiple, situada entre el Júcar y el Segura, límites que serán los que conformarán la Contestania ibérica (Llobregat, Conesa, 1972), separando el Segura a tartesios de iberos (Fletcher Valls, 1968, 43).

Esta rigidez en la frontera meridional debe ser matizada, pues, como señala Bernabeu, el único paralelo del ídolo ancoriforme de la Barsella se encuentra precisamente en Los Blanquizáres de Lébor, en Totana, a la vez que los colgantes acanala-dos se hallan presentes en la Loma de los Peregrinos, en Alguazas (Bernabeu Aubán, 1979, 120). Contemplando la existencia del yacimiento de Callosa y las opiniones de Soler con respecto a la atribución cultural del Cabezo Redondo, Tarradell subió pos-

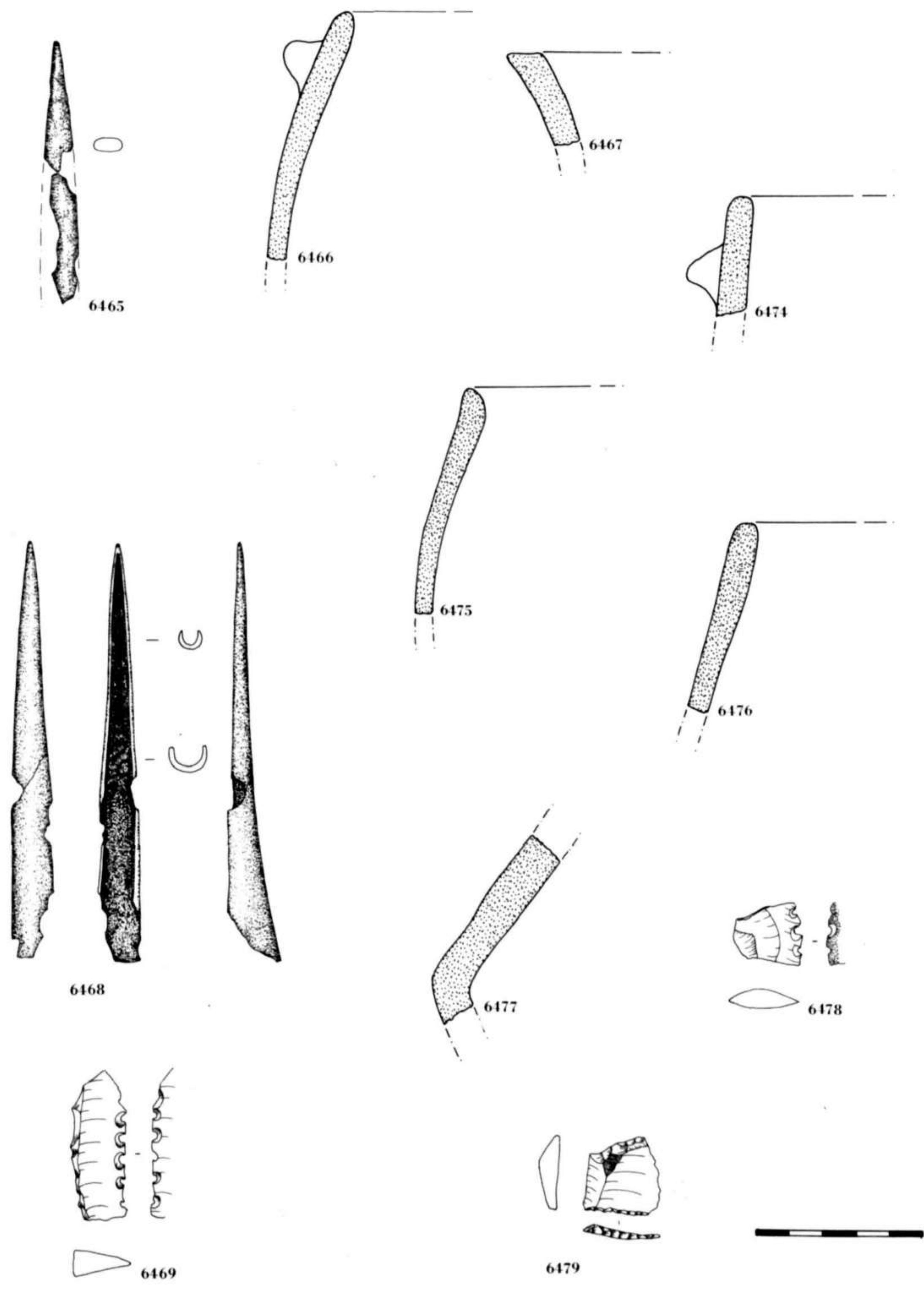


Fig. 38. – Materiales del estrato IIC.

teriormente la línea fronteriza al Vinalopó (Tarradell Mateu, 1965), en donde creemos cobra mayores visos de realidad. Sin embargo, J. Aparicio se vuelve a mostrar rígido devolviendo la frontera al Segura, desestimando los datos y evidencias de los yacimientos villenenses (Aparicio Pérez, 1976, 138). Más correcta opinamos que es la postura de R. Enguix al situar esa «zona de transición» en el amplio término de la Vega Baja del Segura (Enguix Alemany, 1980, 163).

Con la excepción de algún investigador ya citado, la totalidad de ellos se hallan en común acuerdo al calificar de argáricos los yacimientos villenenses, es especial el Cabezo Redondo (Tarradell Mateu, 1969, 19; Muñoz Amilibia, 1967, 13 y Lerma Alegría, 1981, 137), y no creemos deba desestimarse tan fácilmente los datos funerarios, cerámicos (la casi totalidad de los vasos carenados de Villena no tienen asas) y metalúrgicos, con una especial abundancia de objetos de oro y plata que se relacionan con el área del Bajo Segura (Soler García, 1953; Tarradell Mateu, 1970, 23 y Soler-Fernández Moscoso, 1970, 58).

Somos de la opinión de que en lugar de propugnar una frontera lineal, habría que hablar de una zona de transición situada en el Valle del Vinalopó, a partir de donde se podrán hallar transgresiones culturales de un ámbito a otro, máxime si se considera que el Bronce Valenciano debió de abastecerse por vía de intercambio y comercio del foco metalúrgico por excelencia de la Edad del Bronce. Que las corrientes o influencias culturales del grupo meridional generen enterramientos en el interior de poblados, como las cistas de la Isleta de Campello, los posibles enterramientos en pít-hoi del Sercat de Gayanes (Ponsell, 1952, 66) y los ejemplos del Altico de la Hoya y de Peña de la Dueña, no es de extrañar, del mismo modo que será factible el hallazgo en la necrópolis de San Antón de un elemento tan característico del Bronce Valenciano como es el vaso con cazoleta interna (Furgus, 1937), que también alcanzó a la provincia giennense (Atrian Jordán, 1974, 31), o de cierto «valencianismo» en Moratalla, Murcia (Aparicio Pérez, 1976, 135).

La conexión con el área meridional del Pic de Les Moreres no hace, por otro lado, más que seguir la, al parecer, tradicional pertenencia del núcleo humano prehistórico de la Sierra de Crevillente al complejo cultural de Andalucía oriental. Esta aseveración viene sustentada por los datos cada día más numerosos que se están extrayendo en el poblado calcolítico precampaniforme de Les Moreres, en donde tanto las numerosas puntas de flecha de sílex de base cóncava, como los cuencos de borde almendrado y biselado entre otras formas vasculares, y los datos urbanísticos y constructivos, responden a la tónica cultural del horizonte precampaniforme del sur de la Península, más que al complejo cultural que se desarrolla en el País Valenciano, en donde muchos de estos elementos se consideran extraños o foráneos (Plá Ballester, 1956, 459; Tarradell Mateu, 1962, 91; Martí, 1980, 143).

SITUACION CRONOLOGICA

En la parte expositiva de las excavaciones, periodización y materiales del Horizonte Pic de Les Moreres, hemos visto la seriación de las diversas fases de habitación en el área central de la terraza excavada, evidenciándonos el amplio espectro estratigráfico en que se desenvuelve la secuencia del Pic, que hemos estimado en unos 300 años.

Esta continuidad de vida en un mismo punto parece ser algo bastante inusual en los poblados del Bronce Valencino, para cuyo desarrollo se ha propuesto la duración de dos o tres generaciones a lo sumo (Tarradell Mateu, 1962, 175; Aparicio Pérez, 1976, 221). Sin embargo, un poblamiento asentado y duradero adjetiva a la mayor parte de los yacimientos argáricos tanto de la costa como del interior, como sería el caso de Monachil.

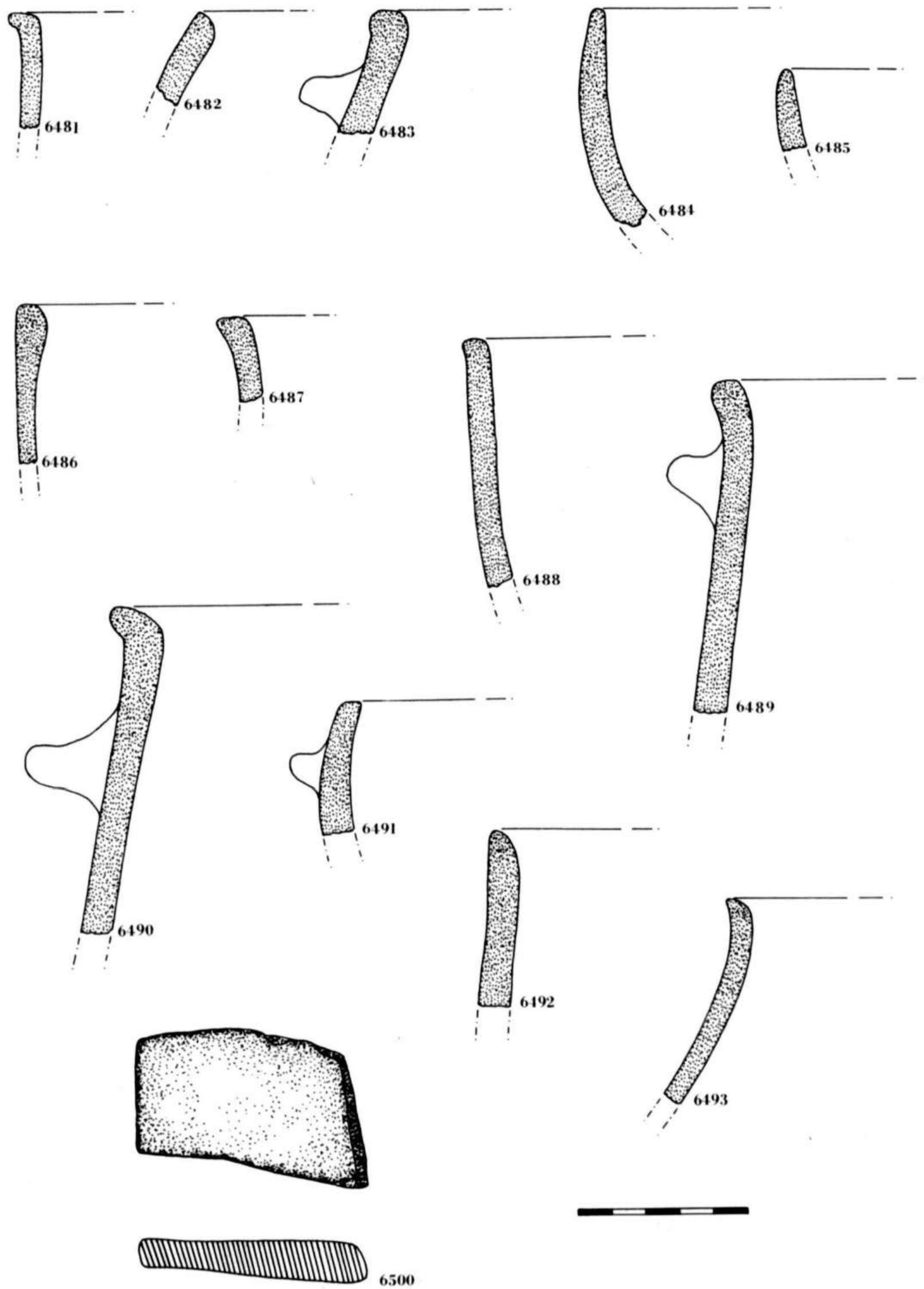


Fig. 39. - Materiales del estrato IID.

Semejante fenómeno, junto con la presencia de diversos elementos materiales y de cambios en el tipo de enterramiento, ha propiciado la investigación interna y la periodización cronológica de los yacimientos andaluces orientales, mientras que para los valencianos el análisis ha de basarse por el momento en una estratigrafía horizontal de los distintos poblados, siendo las dataciones absolutas de radiocarbono el principal pilar sobre el que se ha intentado edificar las primeras subdivisiones temporales (Gusi Jener, 1975). El panorama podría cambiar cuando comenzamos a disponer de varias estaciones en donde el mayor depósito estratigráfico podrá traducirse en el futuro en unas compartimentaciones no sólo cronológicas sino con unos caracteres materiales precisos y distintivos. Este procedimiento no ha sido todavía posible en el yacimiento de Crevillente a causa de lo limitado del registro. No obstante ello, la observación de las numerosas figuras de los materiales hallados en 1982 sugiere en lo esencial una línea cultural, o al menos tipológica, muy homogénea desde la base al estrato cenital.

El encuadre cronológico de la secuencia del Pic ha venido posibilitado por el análisis de los tipos cerámicos 5 y 6 —que proceden de la penúltima etapa de habitación de la terraza (estrato IIB)—, de la significatividad de la placa de arenisca perforada, asimismo procedente del estrato IIB, y, en último lugar, manejando la presencia del fragmento de cerámica campaniforme recogido por J. L. Román.

Para ello habremos de comenzar señalando las recientes investigaciones sobre la posibilidad de datación de las diversas variantes de los vasos carenados atendiendo a la situación de la carena y su relación con la profundidad total del recipiente. Dos líneas en sentido morfológico y cronológico opuesto se han venido desarrollando durante la última década. Por una parte, las excavaciones realizadas por el matrimonio Gusi en la provincia de Castellón, concretamente en el Torrelló (Onda) y en Coves de Vinromá (Cova del mas d'Abad), permitieron asociar un tipo de vasija con el diámetro máximo generalmente en la boca, carena en el tercio superior o medio-superior del vaso y poca profundidad en relación a ese diámetro máximo, a las fechaciones radiocarbonométricas obtenidas en ambos yacimientos. Se ponía de manifiesto, así, un tipo cerámico característico de un momento cronológico avanzado-paralelo al Argar C del Sudeste— situado por debajo de 1.315 ± 90 y que llega al cambio de milenio (1.010 ± 85) (Gusi Jener, 1974 y 1975; Gusi-Olaria, 1976). Esta misma línea de argumentación seguimos en su día para la datación de los materiales procedentes de la primera campaña de excavaciones en el poblado de Les Planetes de Benassal, aduciendo unas fechas contemporáneas de un momento final del Bronce Valenciano (González Prats, 1978, 218).

Eco de estas cronologías se hace el equipo de la Universidad de Granada con motivo del hallazgo en la motilla del Azuer, Daimiel, de vasos semejantes (Najera et Alii, 1979, 38). Recientemente, Gil Mascarell ha retomado el hilo sobre el particular en una escueta nota, señalando un ejemplar procedente de la Sima de la Higuera, algo más evolucionado que el tipo que reseñamos (Gil Mascarell, 1980, 96 y fig. 1, 1).

Pues bien, de la misma forma que parece existir un tipo ya definido para una fase avanzada del Bronce Valenciano, los estudios de Schubart y de Ruiz-Gálvez sobre la cerámica funeraria del Argar han puesto de manifiesto la asociación de diversas formas de cerámicas a las dos fases propuestas para esta cultura por Beatrice Blance (Blance, 1964). Entre otros elementos, el Prof. Schubart fijó su atención en la altura de la carena de los vasos que bajo la forma 5 de los Siret agrupaban las distintas vasijas aquilladas. Partiendo de la clasificación de las tumbas con alabardas (Argar A), pudo llegar a identificar en las sepulturas publicadas por los Siret y en las que restan inéditas en los diarios de P. Flores conservados en los Museos de Madrid y Barcelona, la correspondencia siempre entre estas cistas más antiguas y los vasos que presentan carena a media altura (Schubart, 1975, 85 ss.). De la misma forma que en el Argar B la carena de las formas 5 de Siret se situaban más bajas (Ibíd., 87 ss.). Ello le indujo

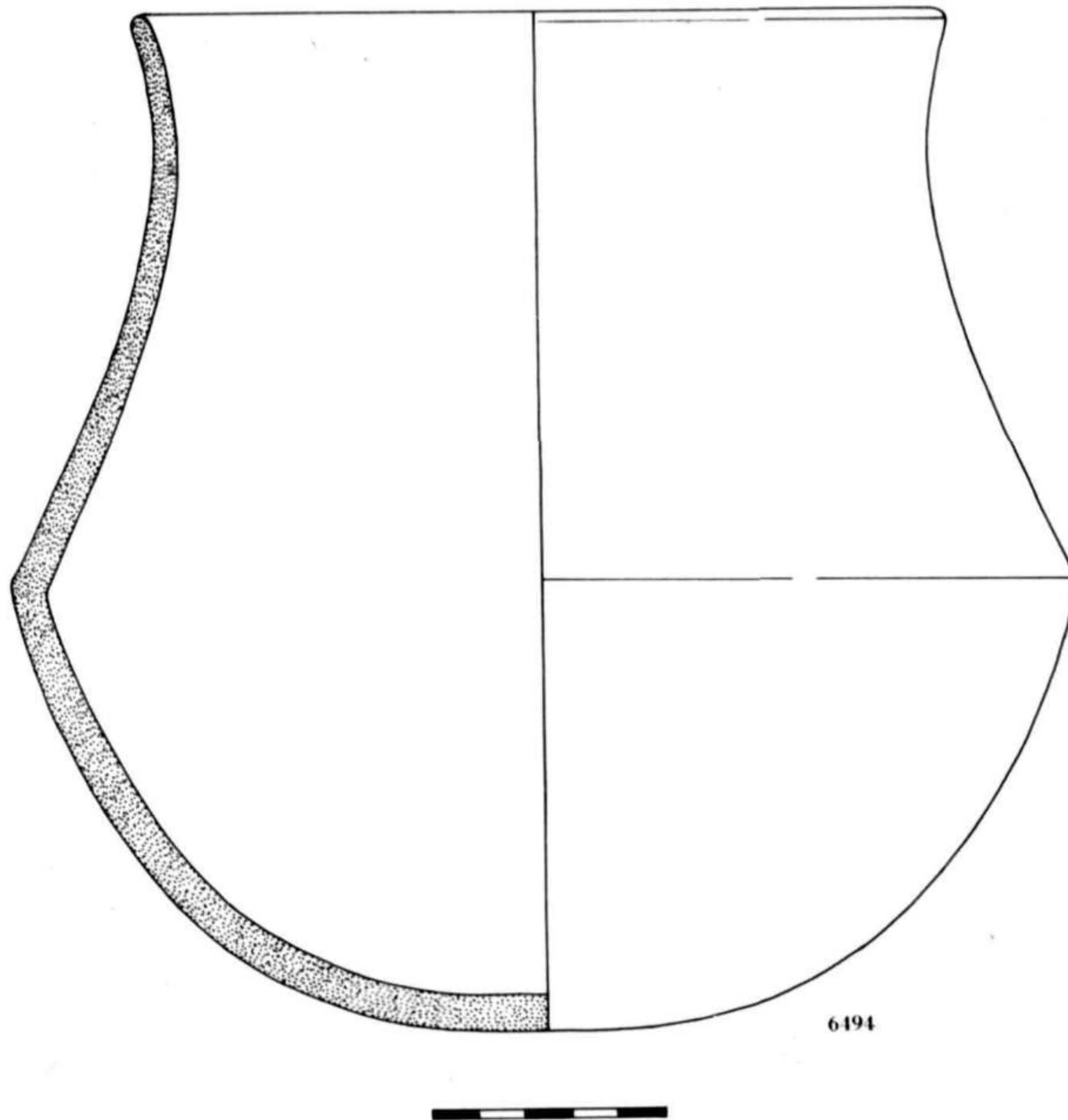
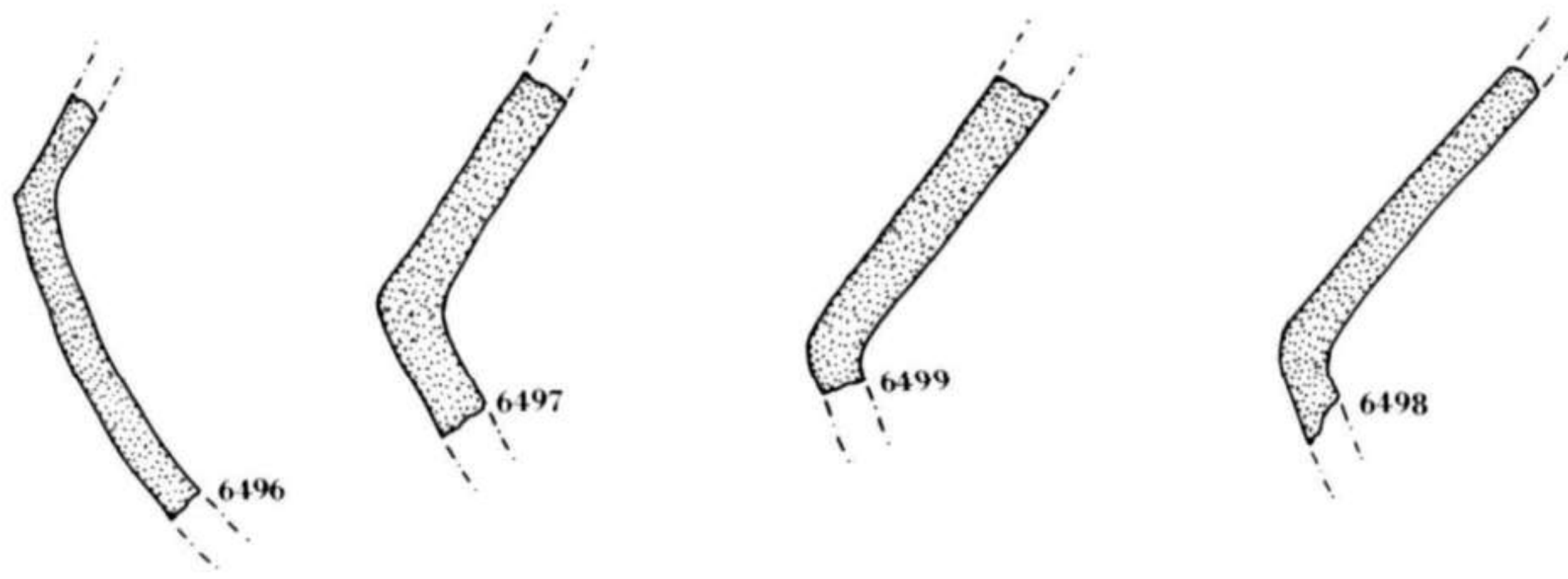


Fig. 40. - Materiales del estrato IID.

a plasmar esta forma entre el cuadro de materiales propuestos para la Fase A del Argar (Ibídem, fig. 6). Por su parte, M. Ruiz realizó en su memoria de licenciatura un análisis de las sepulturas excavadas con posterioridad a la publicación de la gran obra de los hermanos belgas (Siret, 1890), reseñadas en los diarios conservados en el Museo Arqueológico Nacional. Como resultado de su estudio, la forma 5 de Siret se coloca en un apartado común para ambas fases, señalando su mayor entidad en la Fase B (Ruiz Gálvez, 1977, 103 y fig. 9). Esta aparente contradicción podría deberse al hecho de que la autora contempla el tipo 5 de Siret indiscriminadamente, sin distinguir la variable «altura de la carena».

No obstante, este análisis no es definitivo, ya que sólo se ha realizado sistemáticamente en el yacimiento epónimo, por lo que habrá que recabar más información de otras estaciones si pretendemos hacer extensible a todo el área argárica este fenómeno.

La aparición en la campaña de 1979 en Fuente Alamo de sepulturas en covacha pertenecientes al Argar A que contenían vasos de carena media (tumbas 54 y 58) junto a alabardas (Arteaga-Schubart, 1981, 17), parece confirmar la tipificación de estas vasijas anchas con quilla a media altura en los momentos antiguos de la cultura del Argar, cuyos inicios han sido remontados a principios del II milenio a. C. por varios autores (Molina González, 1978, 202).

Asimismo, los vasos más similares a los del Pic hallados en los estratos 6 y 9 del Peñón de la Reina de Alboloduy, se sitúan en el Horizonte II, correspondiente al Bronce Antiguo (Martínez-Botella, 1980, 298).

En su obra sobre la cultura de El Argar, Lull señala igualmente el predominio de la Forma 5 de Siret con carena media en cistas, si bien algunos ejemplares proceden de urnas, mostrando su desconfianza en el factor «carena media» como indicador cronológico (Lull, 1983, 152-53).

Esta datación en el primer tercio del II milenio a. C. podría venir confirmada por el hallazgo de un vaso aquillado con carena media en el Peñón de la Zorra, en Villena, poblado considerado eneolítico por la aparición de cerámica campaniforme. Será conveniente recordar aquí que este vaso aparece en un contexto muy similar al del Pic de les Moreres, con otros del tipo 2, cuencos del tipo 1, dientes de hoz, brazal de arquero y punzones de hueso. La datación eneolítica de su excavador está determinada por el hallazgo en una covacha situada en la ladera del Peñón de una inhumación con puñal de lengüeta y dos puntas Palmela. El investigador villenense llega a pensar que este único cadáver podría ser el cabeza de serie de un enterramiento colectivo (Soler García, 1981, 106), cuando pensamos que debe de tratarse de un enterramiento típico del Horizonte de Transición (Aparicio Pérez, 1976, 227 y Bernabéu Aubán, 1979, 122). B. Martí sitúa este yacimiento entre finales del Eneolítico y el Bronce Pleno (Martí Oliver, 1980, 136).

Otra de las formas que nos indican una fecha antigua dentro de la Edad del Bronce es el vaso del Tipo 5 C del Pic (Siret 6), vasija típicamente argárica que hemos utilizado para afianzar la pertenencia cultural del horizonte representado por el yacimiento crevillentino.

En el estudio citado de Schubart sobre la cerámica sepulcral del Argar, este vaso biconvexo con estrecha boca es un candidato inequívoco para la Fase A del Argar (Schubart, 1975, fig. 6), llegando a las mismas conclusiones Ruiz Gálvez (Ruiz Gálvez, 1977, 92 y fig. 8).

Son de nuevo las excavaciones reanudadas en Fuente Alamo por el Instituto Arqueológico Alemán las que vuelven a confirmar esta antigüedad para semejantes vasos. Las cistas 63, 65 y 52 han proporcionado vasos carenados biconvexos que, en el caso de la primera tumba, se asocia a un vaso carenado a media altura (Arteaga-Schubart, 1981, 16 y Schubart-Arteaga, 1978, fig. 9).

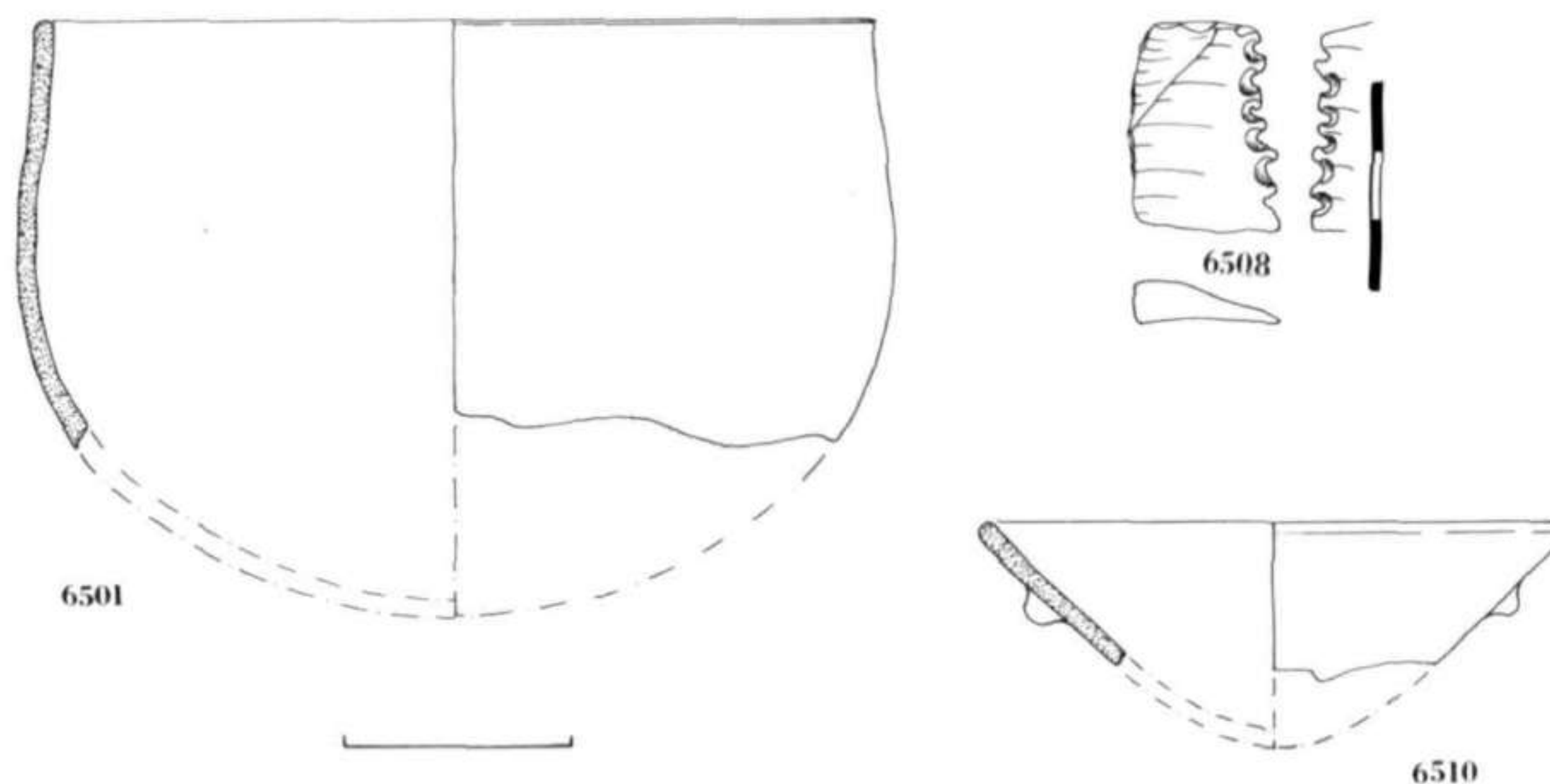


Fig. 41. - Materiales de los estratos IIE-F (escala 10 cm.).

El hecho de que los vasos asimilables a este tipo procedan de una sepultura en fosa de Purullena, asociados a una típica copa del Argar B (Molina-Pareja, 1975, fig. 24), no creemos deba alterar la validación cronológica de la forma 6 de Siret, pues evidentemente se trata de una variante muy degenerada en que la carena está muy poco marcada, tendiendo a un perfil redondeado, dando la impresión de una olla globular de paredes reentrantes. Además, es preciso retener la antigüedad de esta fase en Purullena, que el radiocarbono ha situado en el siglo XVII a. C. (Molina González, 1978, 202). Por su parte, V. Lull puntualiza la asociación de esta forma a enterramientos en cista pero cuestiona su validez como ítem propia del Argar A por su presencia en cistas tanto de este primer período de Blance como del Argar B (Lull, 1983, 152).

Ya hemos visto los paralelos que se han aducido para nuestro Tipo 6 y pensamos que descende de un tipo muy común en el Calcolítico precampaniforme de Portugal y de Andalucía oriental (VNSP I - Los Millares I). Su presencia en la Sierra de Crevillente, si no llega a documentarse en el poblado de Les Moreres, puede comprenderse por su existencia en diversos yacimientos andaluces, como sería el caso del Cerro de la Virgen, que no se halla muy alejado de la cabecera del río Segura, y del que poseemos para un momento anterior a los enterramientos argáricos unas fechas absolutas de 1970 y 1850 a. C.

Con respecto al «brazalete de arquero» o afiladera con doble perforación, perteneciente al Tipo 1 de Cuadrado y Sangmeister, las opiniones se encuentran divididas en cuanto a su posición cronológica. Algunos investigadores sostienen su pertenencia exclusiva a la Edad del Bronce (Tarradell Mateu, 1969, fig. 17), llegando incluso a ser considerado como «fósil director» del período (Llobregat Conesa, 1976, 59; Aparicio Pérez, 1976, 158; Enguix Alemany, 1980, 156). Ya Alberto Del Castillo lo situaba entre fines del Eneolítico pleno y el período argárico en su célebre trabajo sobre la cultura del vaso campaniforme de 1928. E. Plá señaló su perduración en el Bronce Valenciano (Plá Ballester, 1958, 51 y 1964, 225), considerado como su momento de esplendor. Otros autores se mostrarían en una línea semejante (Fletcher-Plá, 1956, 55; Tarradell Mateu, 1962, 151; Maluquer de Motes, 1964, 57; Marti-Gil, 1978; Marti Oliver, 1980, 142; Atrian Jordán, 1974, 32).

En la actualidad, con la creación del «Horizonte de Transición» (Aparicio Pérez, 1976, 227 y Bernabéu Aubán, 1979, 122), el afilador de arenisca es situado junto a elementos tales como el botón con perforación en V, el puñal de cobre con lengüeta, las puntas tipo Palmela, así como la cerámica campaniforme. Las fechas admitidas para esta etapa de transición oscilan entre 2000-1800 (Bernabéu Aubán, 1979, 123) y 1700-1600 a. C. (Aparicio Pérez, 1978, 91).

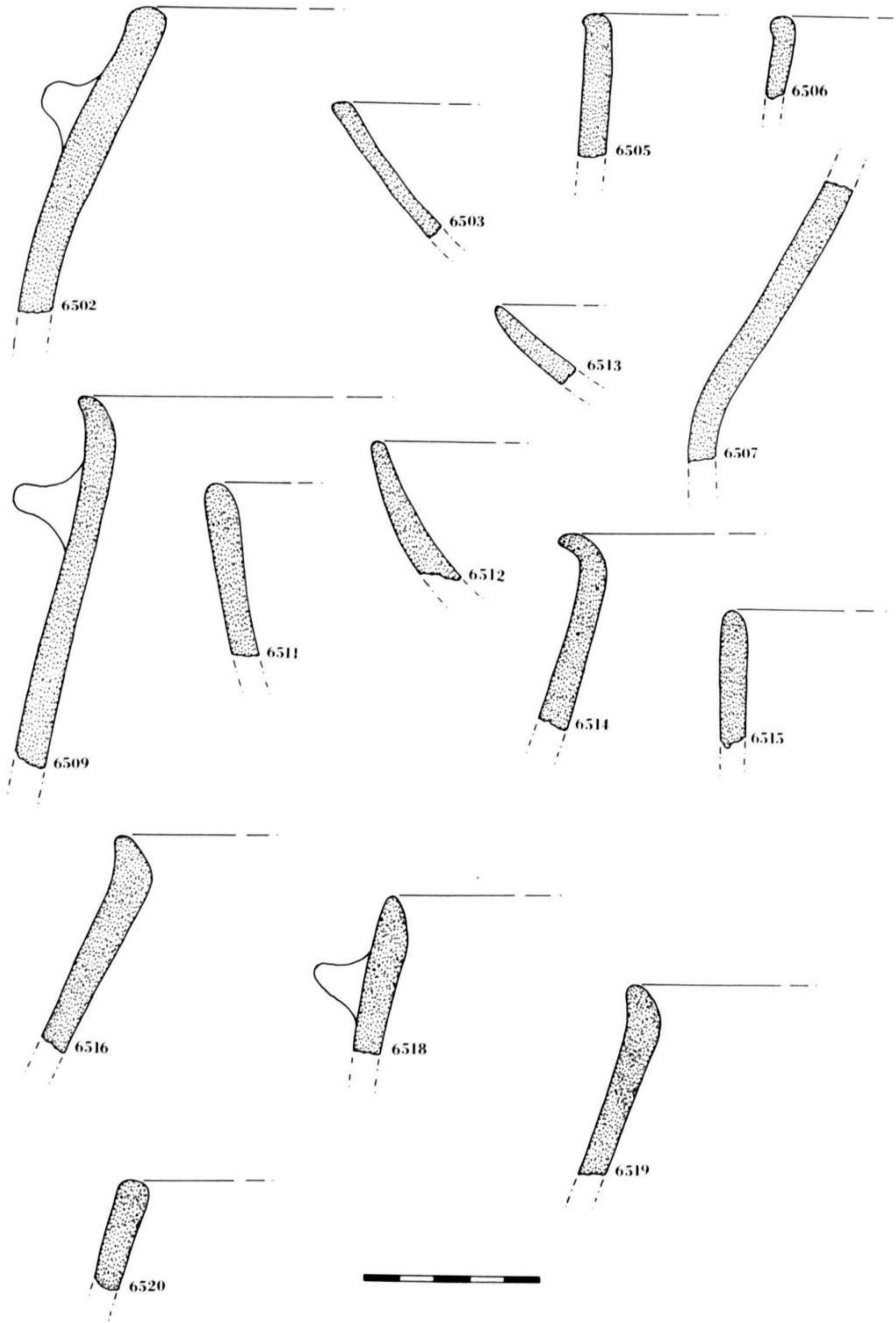


Fig. 42. - Cerámicas de los estratos IIE-F.

En los yacimientos argáricos, las afiladeras perforadas se han propuesto para la fase A del Argar (Schubart, 1975, fig. 6) y posteriormente Ruiz Gálvez las sitúa en la lista de útiles susceptibles de aparecer en una fase u otra (Ruiz Gálvez, 1977, fig. 9). B. Blance lo asociaba también al Argar A, junto con los botones con perforación en V, las alabardas y los puñales de remaches de tipo antiguos (Blance, 1971, 124 y 129).

En la citada tumba 54 en covacha artificial de Fuente Alamo, apareció una plaquita en el antebrazo del cadáver acompañado por un ajuar compuesto de un vaso de carena media y una alabarda, situándose en el Argar A (Arteaga-Schubart, 1981, fig. 3).

A todos estos elementos cronológicos cabe añadir el fragmento de cerámica campaniforme incisa hallado en superficie, que atestigua la presencia, aunque escasa al parecer, de este estilo cerámico situado entre fines del Calcolítico y principios de la Edad del Bronce, en lo que los investigadores denominan «Horizonte campaniforme de Transición» (Bernabéu Aubán, 1979, 122). Según Fletcher, el vaso campaniforme aparece en tierras del País del País Valenciano entre 2000 y 1.600, con una mayor vitalidad hacia 1800-1700 a. C. (Fletcher Valls, 1974, 68). En esta etapa de transición habría que situar el cercano complejo campaniforme de la Sierra de Callosa, dado a conocer por Armando Ros recientemente, en cuyo contexto se incluyen tanto dientes de hoz como perfiles de vasos carenados (Ros Dueñas, 1980).

El último elemento que podríamos traer a consideración es el vaso carenado presuntamente polípodo. Su hallador, basándose en la existencia de tres desconchados o rehundidos en la base del recipiente, dedujo que se trataba del arranque de «tres pies en forma de mamelones» (Román Lajarín, 1975, 51). Los vasos polípodos que hallamos en la Edad del Bronce descienden de los ejemplares calcolíticos como es el caso del famoso vaso inciso con ojos de lechuza de Los Millares (Aberg, 1921, fig. 168) o de aquellos que se presentan con decoración campaniforme (Del Castillo, 1975, figs. 537 y 546), como el ejemplar de Beniprí (Marti Oliver, 1980, 147), en Bélgica. El ejemplar liso del Castillarejo de los Moros, con cuatro pies, apareció acompañado de cerámica con motivos de soles incisos (Fletcher-Alcacer, 1958, lám. VI, 8). Recordemos que este yacimiento correspondería al Horizonte de Transición (Aparicio Pérez, 1976, 56). Del poblado de El Argar procede un profundo cuenco polípodo (Siret, 1890, fig. XVII).

Uno de los últimos estudios sobre estos vasos se debe al prehistoriador galo J. Guilaine, quien distingue el grupo «calcolítico» del «pirenaico-aquitano», presentándose este último casi siempre con formas carenadas (Guilaine, 1972, 200 ss. y fig. 49). Para este segundo tipo, en el que se incluiría el ejemplar del Pic de Les Moreres, su cronología muestra un dilatado margen a partir del Bronce Antiguo, pues algunos especímenes han aparecido en el Bronce Reciente o Tardío (Ibidem, 203).

Como en el caso de El Argar, en la fase antigua de Unetice aparecen vasos carenados tetrápodos, siendo considerados también en esta cultura centroeuropea herederos de los ejemplares polípodos campaniformes (Gimbutas, 1965, 251).

El tipo de vasija con varios pies atestiguaría, según J. Rovira, unas influencias septentrionales, semejantes a las observadas para los vasos de cazoleta interna (Rovira i Port, 1976, 130).

Finalmente, y antes de emitir unas fechas concretas para el Horizonte que estamos analizando, será conveniente contemplar los parámetros temporales de las periodizaciones que la investigación ha podido establecer en las dos culturas esenciales que se han manejado en ese apartado: el foco argárico y el foco valenciano.

Hasta hace unos veinte años, las divisiones cronológicas de la cultura argárica se basaban en el esquema propuesto por Bosch Gimpera en 1954. El preclaro maestro de la escuela catalana distinguió tres fases en el desarrollo cultural del mundo argárico: la Fase Ia (1800-1600) vendría representada por El Oficio, de la Fase Ib

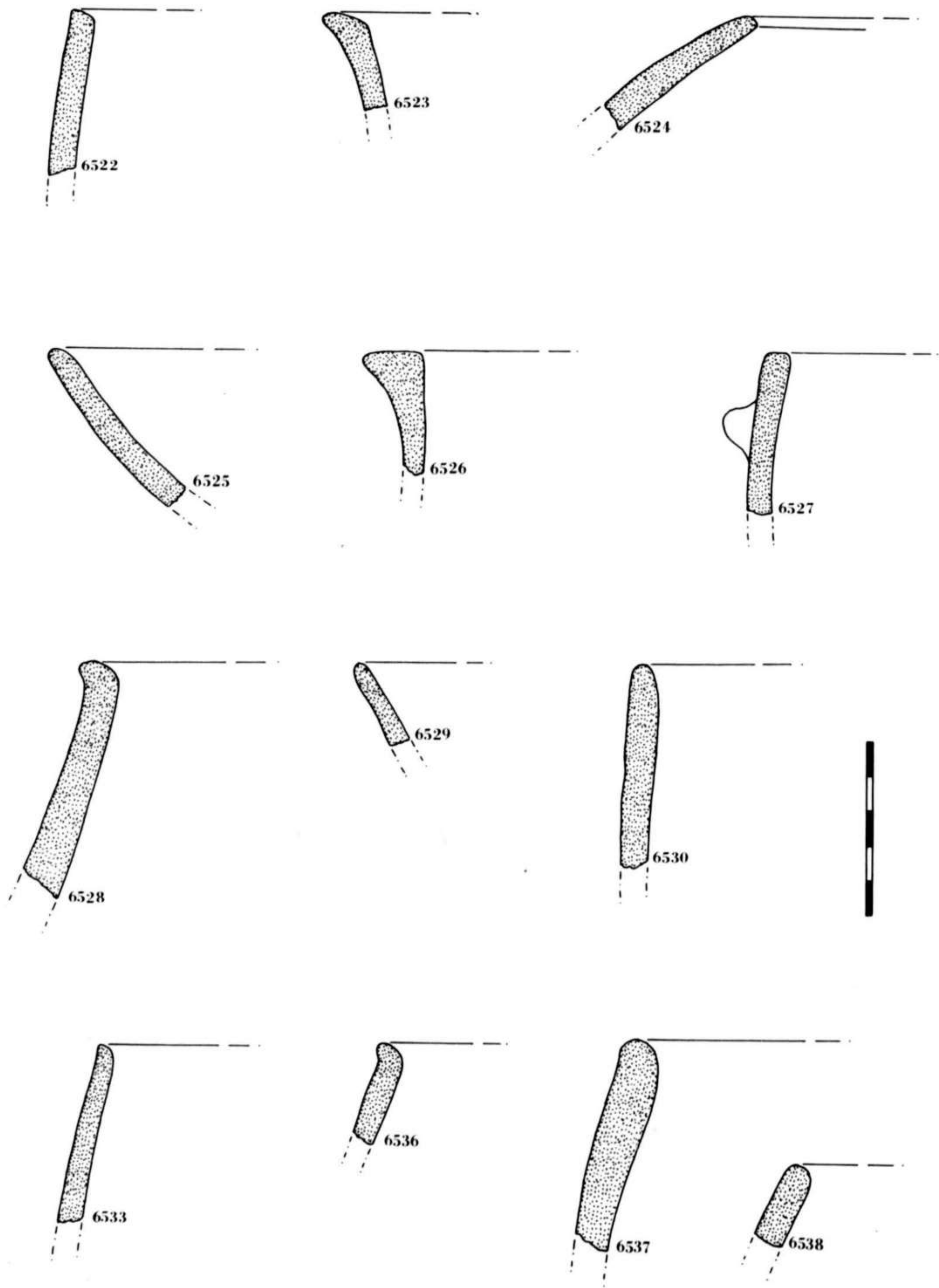


Fig. 43. - Cerámicas de los estratos IIE-F.

(1600-1400) sería exponente el yacimiento de El Argar, y la Fase II quedaría marcada por el yacimiento de Fuente Alamo (1400-1000) (Bosch Gimpera, 1954, 49). Si comparamos estos resultados del investigador catalán con los obtenidos por la investigación actual, casi treinta años después, nos percataremos de la gran intuición del Prof. Bosch Gimpera, que no tuvo necesidad de variar su esquema (Bosch Gimpera, 1975, 396). El único defecto de esta sistematización, señalado ya por H. Schubart (Schubart, 1975, 79), consistía en la búsqueda de un yacimiento tipificador en las tres fases, cuando hoy sabemos que los tres se habitaron a lo largo de toda la época argárica.

Los estudios de la investigadora escocesa Beatrice Blance sobre los orígenes de la metalurgia y sus útiles en la Península Ibérica, condujeron a la diferenciación de dos etapas en la cultura argárica, en cada una de las cuales se relacionaban series de ajuares observadas en repetidas asociaciones (Blance, 1964). De este modo, distinguió una Fase A cuya característica básica sería el enterramiento en cistas (sus «tumbas planas» y en donde aparecían alabardas del tipo El Argar, puñales de tipos antiguos (V, II y VI), un volumen mayoritario de vasos de la forma Siret 5 y adornos de oro, junto a elementos de reflujo tales como los brazaletes de arquero y los botones con perforación en V.

La Fase B del Argar vería el desarrollo de la inhumación en pithoi con ajuares de alabardas denominadas por Schubart tipo Montejícar (Schubart, 1973), puñales de la forma III –alguno de los cuales aparece en la Fase A–, hachas, cuentas de huesos segmentadas (imitación de las de fayenza), espadas, adornos de plata, siendo los vasos de la forma 3, 4 y 8 de Siret los de mayor entidad (Blance, 1971, 128-9).

A estos conjuntos se podrían añadir los resultados antes comentados de Schubart y Ruiz Gálvez, incorporándose a la Fase A a las vasijas de carena media y la forma 6 de Siret, y a la Fase B los vasos más esbeltos con quilla más baja y las copas, el tipo 7 de los Siret.

La Fase A se sitúa actualmente del 1900 al 1650, mientras que la Fase B estaría comprendida entre 1650-1400 a. C. A partir de este momento se ha propuesto una Fase C para el Argar Tardío, en donde al lado de evoluciones tipológicas argáricas aparecen intrusiones de elementos materiales y humanos de la cultura de la Meseta denominada Cogotas I. Este período del Bronce Tardío o Argar C está datado entre 1400 y 1100 a. C., momento en que se detecta una amplia serie de fenómenos que caracterizan la última etapa de la Edad del Bronce, muy recientemente sistematizada (Molina González, 1977 y 1978).

Ignoro las fuentes que ha debido consultar R. Enguix para interpretar de forma tan distinta a la expuesta los resultados de las investigaciones de los prehistoriadores granadinos y germanos, obligándose a fechar los inicios del Bronce Final hacia 1500 a. C. (?) (Enguix Alemany, 1980, 160).

En cuanto al Bronce Valenciano, hasta hace bien poco se admitía una duración de «más de un milenio» sin posibles cambios matizables por los elementos culturales (Tarradell Mateu, 1962, 25 y Aparicio Pérez, 1976, 139).

Hace escasamente seis años todavía se podía leer en la última síntesis sobre el Bronce Valenciano que «en general, parece que la Edad del Bronce llega a lo ibérico sin sufrir cambio alguno ni modificación...» (Aparicio Pérez, 1976, 141). Este autor, además, mantiene la datación tradicional (1600-500 a. C.) de Tarradell para todo el desarrollo de la vida del Bronce Valenciano, cuando la investigación había aceptado ya las fechas absolutas de C 14 de Serra Grossa y Terlinques –que sitúan estos poblados en el siglo XIX a. C.–, y se tenían datos fiables sobre un horizonte final fechable a partir del siglo IX en tierras valencianas que nada tenía que ver con el Bronce Valenciano, significando la transformación cuando no la desaparición de éste.

En 1975 F. Gusi presentaba la primera propuesta de periodización para esta cultura basándose en las dataciones radiocarbonométricas disponibles, buena parte de las cuales proceden de las excavaciones que lleva a cabo con C. Olaria en la provincia

de Castellón. Su Bronce Valenciano I (1900/1850-1600/1550) vendría representado por Serra Grossa, Terlinques, Cabezo Redondo, Pic dels Corbs y Catí Foradá. El B.V. II (1550/1500-1250/1200) comprendería el Cabezo Redondo, nivel II del Mas d'Abad y los niveles II y III del Torrelló. Por fin, el B.V. III (1200/1150-900/800) quedaría conformado por el horizonte representado por los niveles superiores del Torrelló y de Mas d'Abad. Algo más problemático resulta el B.V. IV por cuanto sitúa como su representante a Vinarragell, un yacimiento que no sirve para definir etapa evolucionada alguna del Bronce Valenciano al no existir, según las publicaciones y su propio excavador, elemento alguno atribuible a este mundo. El tramo cronológico que sirve de soporte a cada frase ha sido calculado a priori y cifrado en 300 años, duración en la cual se operarían, según el autor, cambios culturales susceptibles de ser identificados (Gusi Jener, 1975, 77). En definitiva, la seriación produce la impresión de ser ficticia al apoyarse básicamente en el C 14 y no aducir argumentación alguna de tipo material (con la excepción quizá de las líneas tipológicas de los vasos carenados y poco profundos ya señaladas anteriormente), que es en última instancia lo que sería capaz de validar determinadas adscripciones a una fase en particular.

Este primer intento de periodificación sistemática no hace sino indicarnos la inmadurez de los métodos actuales empleados para la determinación cultural y cronológica del Bronce Valenciano, lo que obliga desesperadamente a asirse a la aséptica y fría secuencia aportada por la datación radiocarbónica. Habremos de esperar, pues, a un buen estudio interno y comparativo de los yacimientos que disponen de una mínima base documental, por un lado, y a la intensificación de las excavaciones en aquellos poblados de amplio registro estratigráfico.

Esta ineficacia de los métodos actuales para-arqueológicos viene confirmada por el más reciente intento de sistematizar nuestro Bronce Valenciano, debido a Enguix. La autora adopta la usual denominación tripartita de las clasificaciones prehistóricas: Antiguo, Pleno y Final. Su B.V. Antiguo usurpa el lugar detentado por el Horizonte de Transición, mientras que el B.V. Pleno queda constreñido en una época excesivamente antigua al estar representado por Serra Grossa (y hemos de pensar que también por Terlinques) y Montanyeta de Cabrera (Enguix Alemany, 1980, 169). En su B.V. Final -cuyo lugar no se especifica en esta secuencia, dando la sensación de que la autora lo acerca peligrosamente a la Fase Plena- unifica yacimientos y elementos materiales que ya hay que separar en dos períodos bien definidos como son el Bronce Tardío y el Bronce Final.

En este marco, por tanto, en que hoy se desenvuelve la investigación prehistórica de la Edad del Bronce en las áreas contiguas a la Sierra de Crevillente el *Horizonte Pic de Les Moreres* encontraría su posición cronológica en los inicios del Argar A y en el Horizonte de Transición-Bronce Valenciano inicial, estimando el desarrollo de la vida en la terraza excavada entre los años 2000 y 1750 a. C.

La conjunción de elementos materiales que permiten su parangón cronológico con los propios de yacimientos datados en el siglo XIX a. C., como es el caso de Terlinques y Peñón de la Zorra, en Villena, proceden de la Fase VI de la secuencia estratigráfica (estrato II B). Si para esta fase se admite semejante cronología, será preciso, pues, reservar un razonable espacio de tiempo para las cinco fases que han precedido a este momento y de las que conocemos realmente muy poco.

La datación arqueológica que proponemos se ha visto confirmada, incluso rebasada, por la datación radiocarbónica GAK-9775 efectuada sobre restos óseos procedentes del estrato I, que ha proporcionado una antigüedad de 4070 ± 140 BP (2120 a. C.). No obstante y en nuestra opinión, la fecha resulta elevada por dos razones. En primer lugar, la muestra data la fase de habitación más moderna de la secuencia. De resultar válida habría de aceptarse una antigüedad excesiva para las primeras fases del depósito, en torno a 2350 a. C. Y la verdad es que no disponemos en las fases inferiores del Pic de elementos materiales que puedan apoyar tales fechas. No hallamos

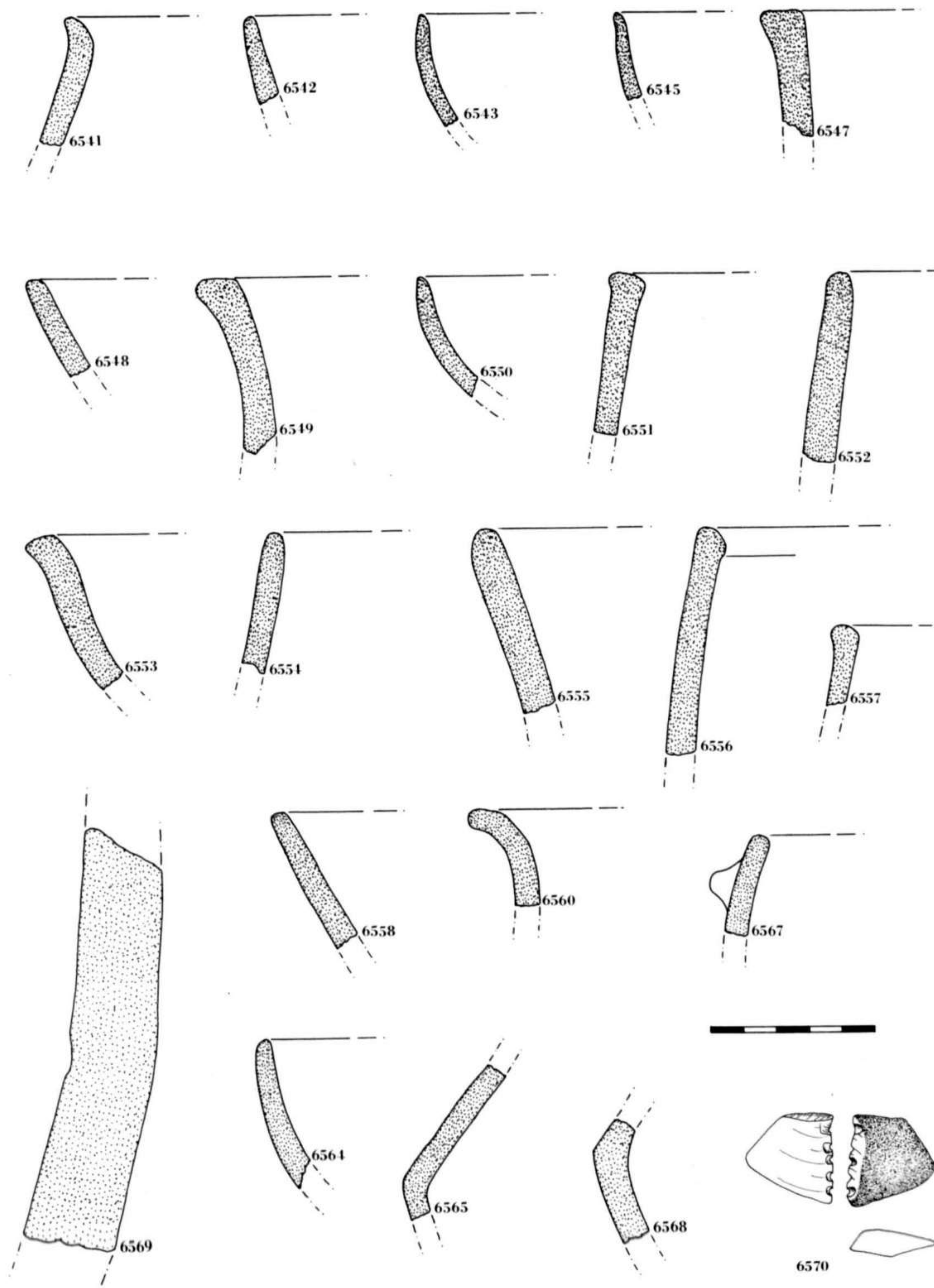


Fig. 44. - Materiales del estrato IIG.

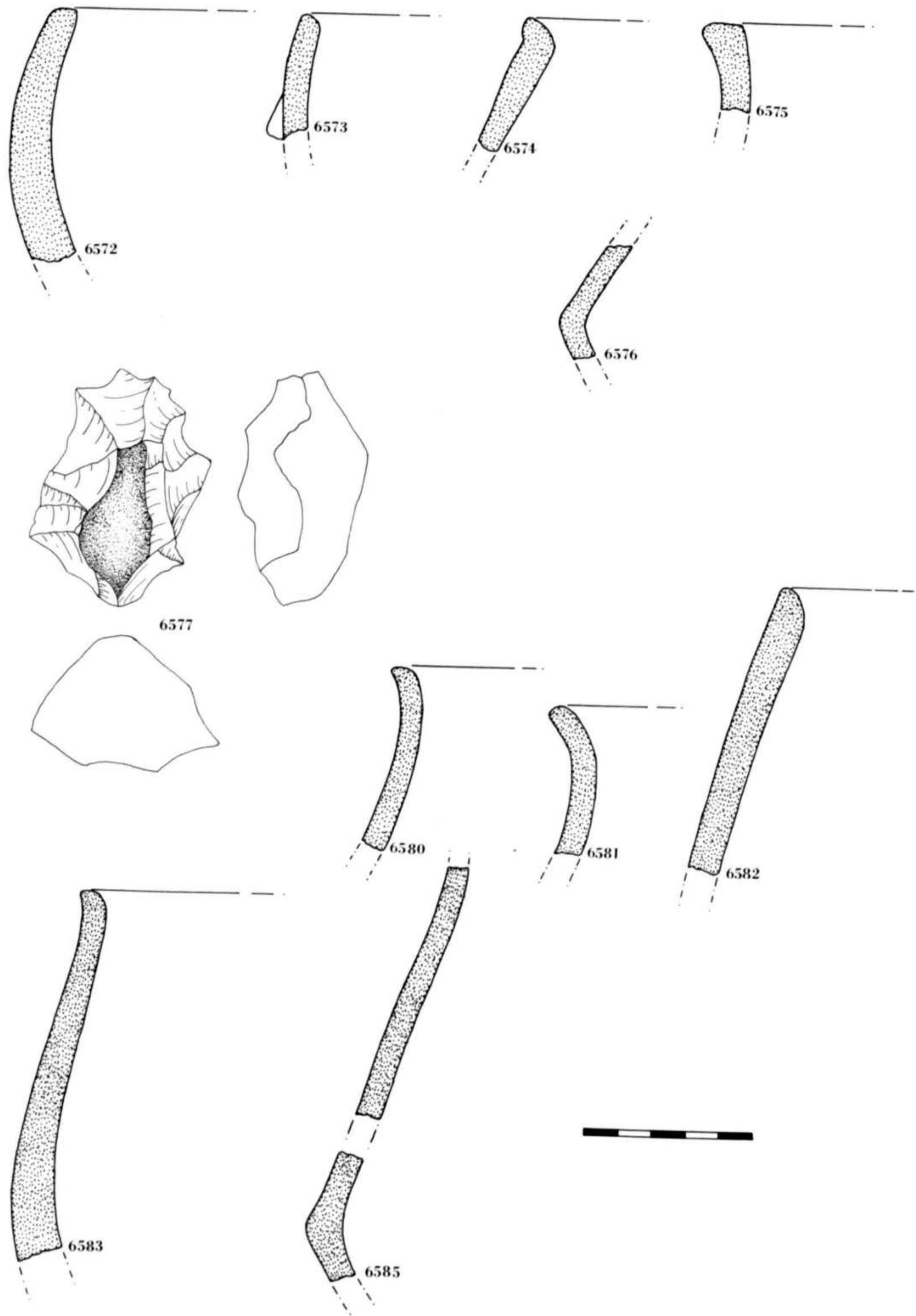


Fig. 45. - Materiales del estrato IIH (Corte D1) y del estrato de habitación del departamento de BC 7.

elementos comparables a los que está proporcionando el poblado calcolítico de Les Moreres, cuya vida debió transcurrir en la segunda mitad del III milenio a. C. En segundo lugar, comparando nuestra datación con las más elevadas para la Edad del Bronce procedentes del Forat de Cantallops (1880 a. C.), Terlinques (1850 a. C.) o Serra Grossa (1865 a. C.), vemos que las rebasa ampliamente, sobrepasando las de la Ereta del Pedregal (1980 a. C.) o la preargárica del Cerro de la Virgen (1970 a. C.) y llega a situarse en unos momentos semejantes a los representados por Zambujal, Almizaraque, Tabernas o El Tarajal.

De momento quede esta datación elevada a la espera de los resultados arqueológicos y radiocromométricos del horizonte de la Edad del Cobre de Les Moreres, con los que es posible dispongamos de criterios más firmes para rechazar o admitir semejante cronología, a todas luces excesivamente elevada hoy para la última fase del Pic de Les Moreres.

BIBLIOGRAFIA

- ABERG, N.
1921 La civilisation énéolithique dans la Peninsule Iberique.
- ALBERT, I.
1945 «Una interesante colección prehistórica en Orihuela». AEspA, XVIII, 86-87, Madrid.
- ALCACER GRAU, J.
1945 «Dos estaciones argáricas en la región levantina» APL, II, 151-163, Valencia.
1954 «El Puntal de Cambra (Villar del Arzobispo)». APL, V, 65-84, Valencia.
1961 «El Altico de la Hoya (Navarrés, Valencia)». APL, IX, 101-113, Valencia.
1972 Catálogo de la Colección Federico de Motos en el Museo de Prehistoria de Valencia. TVSIP, 43, Valencia.
- ALMAGRO BASCH, M. - ARRIBAS PALAU, A.
1963 El poblado y necrópolis megalíticos de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería). BHP, III, Madrid.
- APARICIO PEREZ, J.
1972 «El poblado de la Edad del Bronce del Castellet (Montserrat, Valencia)». APL, XIII, 23-50, Valencia.
1976 Estudio económico y social de la Edad del Bronce Valenciano. Valencia.
1977 Las Raíces de Mogente: Prehistoria y Protohistoria. Depto. H.^a Antigua, Serie Arqueológica, 2, Valencia.
- APARICIO, J. - HIS, A.
1977 Las Raíces de Cullera: Prehistoria y Protohistoria. Depto. H.^a Antigua, Serie Arqueológica, 3, Valencia.
- APARICIO, J. - SAN VALERO, J.
1977 Nuevas excavaciones y prospecciones arqueológicas en Valencia. Dep. H.^a Antigua. Serie Arq., 5, Valencia.
- ARNAL, J. et Alii
1968 La Ereta del Castellar (Villafranca del Cid, Castellón). TVSIP, 35, Valencia.
- ARRIBAS PALAU, A.
1953-54 «Nuevos hallazgos argáricos en la provincia de Almería». AMPURIAS, XV-XVI, 342-45, Barcelona.
1956 «El ajuar de las cuevas sepulcrales de los Blanquizares de Lébor (Murcia)». MMAP, XIII-XIV, 78-126, Madrid.
1959 «El urbanismo peninsular durante el Bronce Primitivo». ZEPHYRVS, X, 81-125, Salamanca.

- ARRIBAS, A. et Alii
1974 Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce. «Cerro de la Encina» (Monachil, Granada). EAE, 81. Madrid.
- ARRIBAS, A. - MOLINA, F.
1977 «El poblado de los Castillejos en las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada)». XIV CNA, 389-406. Zaragoza.
1979 El poblado de Los Castillejos en Las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada). Granada.
- ARTEAGA, O. - SCHUBART, H.
1981 «Fuente Alamo. Campaña de 1979». NAH, 11-9-32. Madrid.
- ATRIAN JORDAN, P.
1974 «Un yacimiento de la Edad del Bronce en Frías de Albarracín (Teruel)». TERUEL, 52-7-32. Teruel.
- BALIL ILLANA, A.
1972 Casa y urbanismo en la España Antigua, I. SA, 17. Santiago.
- BALLESTER TORMO, I.
1942 La labor del SIP y su Museo en los años 1935 a 1939. Valencia.
- BELDA DOMINGUEZ, J.
1929 Excavaciones en el Monte de la Barsella, término de Torremanzanas (Alicante). MJSEA, 100 Madrid.
- BERNABEU AUBAN, J.
1979 «Los elementos de adorno en el Eneolítico Valenciano». SAGUNTUM, 14, 109-126. Valencia.
- BLANCE, B.
1964 «The Argaric Bronze Age in Iberia». Rev. de Guimarães, LXXIV, 129-142. Guimarães.
1971 Die Anfänge der metallurgie auf der Iberischen Halbinsel. SAM, 4. Berlín.
- BOSCH GIMPERA, P.
1954 «La Edad del Bronce de la Península Ibérica». Aespa, XXVII, 45-92. Madrid.
1975 Prehistoria de Europa. Madrid.
- BOTELLA, E.
1926 Excavaciones en la Mola Alta de Serelles (Alcoy). MJSEA, 79. Madrid.
- CABRE AGUILO, J.
1922 «Una necrópolis de la Primera Edad de los metales en Monachil, Granada». AMSEAEP, I. Madrid.
1931 «Instrumentos tallados en cuarcita en el argárico de la provincia de Avila». AMSEAEP, X. Madrid.
- CARRASCO, J. et Alii
1977 «Enterramiento eneolítico colectivo en la Covacha de la Presa (Loja, Granada)». CPGGr, II, 105-171. Granada.
- CENTRO EXCURSIONISTA ELDENSE
1977 «Carta arqueológica del Valle de Elda (Alicante). APL, XIII, 199-208. Valencia.
- COLOMINES ROCA, J.
1927-31 «La necrópolis de Las Laderas del castillo (Callosa del Segura, provincia d'Alacant)». AIEC, VIII, 33-39. Barcelona.
- CRESPO GARCIA, J.
1947 «El Cabezo de la Mesa. Poblado de la Edad del Bronce en Caprés (Fortuna, Murcia)». III CASE, 48-51. Murcia.
- CUADRADO DIAZ, E.
1950 «Útiles y armas de El Argar. Ensayo de tipología». V CASE, 103-124. Cartagena.
- DEL CASTILLO, A.
1928 La cultura del Vaso Campaniforme. Su origen y extensión en Europa. Barcelona.
1975 «El Neo-Eneolítico» en Historia de España de R. Menéndez Pidal, I, 1. Madrid.
- DELIBES DE CASTRO, G.
1977 El Vaso Campaniforme en la Meseta Norte española. SA, 46. Valladolid.
- DO PAÇO, A.
1959 «Castro de Vila Nova de Sao Pedro, XI: nota sobre un tipo de cerámica del estrato Vila Nova I». AMPURIAS, XXI, 252-260. Barcelona.

- ENGUIX ALEMANY, R.
 1970 «Cabeço dels Alforins de Onteniente. Poblado de la cultura del Bronce Valenciano». PLAV, 10, 63-79. Valencia.
 1975 «Notas sobre economía del Bronce Valenciano». PLAV, 11, 141-157. Valencia.
 1980 «La Edad del Bronce». Nuestra Historia, I. Mas Ivars - Valencia.
- ESTEVE GALVEZ, F.
 1943 «El poblado argárico del Molinás». SAITABI, VI. Valencia.
 1944 «Un poblado de la Primera Edad del Hierro en la Plana de Castellón». AMPURIAS, VI, 141-154. Barcelona.
- FLETCHER VALLS, D.
 1960 «La Ereta del Pedregal». APL, IX, 79-96. Valencia.
 1968 «Esquema general sobre economía del pueblo ibero». PLAV, 5, 43-53. Valencia.
 1974 Museo de Prehistoria de la Diputación Provincial de Valencia. Valencia.
- FLETCHER, D. - ALCACER, J.
 1958 «El Castellarejo de los Moros». APL, VII, 93-110. Valencia.
- FLETCHER, D. - PLA, E.
 1956 El poblado de la Edad del Bronce de la Montanyeta de Cabrera (Vedat del Torrente, Valencia). TVSIP, 18. Valencia.
- FORTEA PEREZ, J.
 1973 Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español. Salamanca.
- FURGUS, J.
 1937 Col. lecció de treballs del P. J. Furgús sobre prehistòria valenciana. TVSIP, 5. Valencia.
- GARCIA SANCHEZ, M.
 1963 «El poblado argárico del Culantrillo en Gorafe (Granada)». APL, X. Valencia.
- GARCIA SANDOVAL, E. et Alii
 1964 «Informe de la 1.^a y 2.^a campanas de excavaciones en el yacimiento argárico de Puntarrón Chico, Beniaján, Murcia». NAH, VI (1-3), 103-114. Madrid.
- GIL MASCARELL, M.
 1980 «A propósito de una forma cerámica del Bronce Valenciano». SAGUNTUM, 15, 93-98. Valencia.
- GIMBUTAS, M.
 1965 Bronze Age Cultures in central and eastern Europe. Londres.
- GIMENEZ REYNA, S.
 1946 Memoria arqueológica de Málaga hasta 1946. IM, 12. Madrid.
- GONZALEZ PRATS, A.
 1978 «Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce de Les Planetes, Mas d'En Serrans, Benassal (Castellón)». CPAC, 5, 207-237. Castellón.
 1979 Carta Arqueológica del Alto Maestrazgo. TVSIP, 63. Valencia.
- GOZALVEZ PEREZ, V.
 1975 «Notas sobre el poblamiento antiguo en el término de Crevillente». APL, XIV, 161-67. Valencia.
- GUILAINE, J.
 1967 La civilisation du Vase Campaniforme dans les Pyrenées françaises. Carcassonne.
- GUSI JENER, F.
 1974 «Excavación del recinto fortificado del Torrelló de Onda (Castellón). CPAC, 1, 19-62. Castellón.
 1975 «Un recinto fortificado del Bronce Valenciano (Onda Castellón). XIII, CNA, 347-350. Zaragoza.
 1975 «Las dataciones de C14 de la Cueva del Mas d'Abad (Coves de Vinromá). Campaña 1975. Ensayo cronológico para la periodización del Bronce Valenciano», CPAC, 2, 75-79.
- GUSI, F. - OLARIA, C.
 1976 «La cerámica de la Edad del Bronce de la Cueva del Mas d'Abad (Coves de Vinromá, Castellón). Campaña arqueológica, 1975». CPAC, 3, 103-115. Castellón.
 1977 «El poblado de la Edad del Bronce de Oropesa la Vella (Oropesa del Mar, Castellón)». CPAC, 4, 79-100. Castellón.

- HERNANDEZ, F. - DUG, I.
1977 Excavaciones en el poblado de El Picacho (Oria, Almería). EAE, 95. Madrid.
- KALB, F.
1969 «El poblado del Cerro de la Virgen de Orce (Granada)». X CNA, 216-225. Zaragoza.
- LEISNER, G. y V.
1959 Die megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Westen. MF Berlin.
1965 Die megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Westen. Tafeln. MF Berlin.
- LEISNER, et Alii
1961 Les grottes artificielles de Casal do Pardo (Palmela) et la culture du Vase Campaniforme. Lisboa.
- LEITE DE VASCONCELOS, J.
1918 «Pelo Sul de Portugal (Baixo Alentejo e Algarve)» O Arqueólogo português. XXIII, 104-138. Lisboa.
- LERMA ALEGRIA, J. V.
1981 «Los orígenes de la metalurgia en el País Valenciano». APL, XVI, 129-140. Valencia.
- LLOBREGAT CONESA, E.
1966 «Avance a una clasificación tipológica de las cerámicas del Bronce Valenciano: la colección del M.A.P. de Alicante». IX, CNA, 129-134. Zaragoza.
1969 «El poblado de la cultura del Bronce Valenciano de la Serra Grossa, Alicante». PLAV, 6, 31-70. Valencia.
1976 Iniciación a la arqueología alicantina. Alicante.
- LLUL, V.
1983 La «cultura» de El Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas. Akal, Barcelona.
- MALUQUER, J.
1960 «Nuevos hallazgos de la cultura del Vaso Campaniforme en la Meseta». ZEPHYRVS, XI, 119-130. Salamanca.
1964 Notas sobre la cultura megalítica navarra. Pamplona.
1972 Proceso histórico económico de la primitiva población peninsular. PE, 20. Barcelona.
- MARTI OLIVER, B.
1977 Cova de L'Or (Beniarrés, Alicante), vol. I. TVSIP, 51. Valencia.
1980 «El Eneolítico». Nuestra Historia, 125-150. Valencia.
1983 «La Muntanya Assolada (Alzira, Valencia). Poblado de la cultura del Bronce Valenciano». XVI, CNA, 259-268. Zaragoza.
- MARTI, B. - GIL, J.
1978 «Perlas de aletas y glóbulos del Cau Raboser (Carcaixent, Valencia). Algunas consideraciones sobre el Eneolítico Valenciano». APL, XV, 47-68. Valencia.
- MARTIN, R. - DELIBES, G.
1974 La cultura del vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero. El enterramiento de Fuente-Olmedo (Valladolid). MMAV, 1. Valladolid.
1976 «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (III)». BSAA, XLI, 411 ss. Valladolid.
- MARTINEZ SANTAOLALLA, J. et Alii.
1947 Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II de la Bastida de Totana (Murcia). IM, 16. Madrid.
- MARTINEZ, C.-BOTELLA, M. C.
1980 El Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería). EAE, 112. Madrid.
- MERGELINA, C. de
1945-46 «La estación arqueológica de Montefrío (Granada), II. La acrópolis de Guinete (Los Castillejos)». BSEAA, XII. (XL-XLII). Valladolid.
- MOLINA GONZALEZ, F.
1971 «Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica» CPrGr, 3, 159-232. Granada.
- MOLINA, F. - PAREJA, E.
1975 Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada). EAE, 86. Madrid.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M.^a.
1967 «La cronología de radiocarbono en la Península Ibérica». PYRENAE, 3, 7-15. Barcelona.

- NAJERA, T. et Alii
1979 «La Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real). Campaña de 1976». NAH, 6, 21-50. Madrid.
- NAVARRO MEDEROS, J. F.
1982 «Materiales para el estudio de la Edad del Bronce en el Valle medio del Vinalopó (Alicante)». LVCENTVM, I, 19-70. Alicante.
- NIETO GALLO, G.
1959 «Objetos del Bronce II de la necrópolis de San Antón, Orihuela». RABM, LXVII, 1, 299-317. Madrid.
- NIETO, G. - SANCHEZ, J.
1980 El Cerro de la Encantada. Granátula de Calatrava, Ciudad Real. EAE, 113. Madrid.
- OSUNA RUIZ, M.
1975 «El dolmen del Portillo de las Cortes (Aguilar de Anguita, Guadalajara)». NAH, Prehistoria 3, 239-282. Madrid.
- PASCUAL PEREZ, V.
1952 «El poblado ibérico de El Puig (Alcoy). APL, III, 135-146. Valencia.
- PASTOR ALBEROLA, E.
1972 «Carta arqueológica del término de Castellón de Rugat (Valencia)». APL, XIII, 209-239. Valencia.
- PELLICER, M.
1964 El Neolítico y el Bronce de la cueva de la Carigüela de Piñar (Granada). TP, XV. Madrid.
- PEREZ, A. - PAOLETTI, C.
1977 «Enterramiento en cista hallado en Gádor y poblamiento argárico en el Valle del Andarax (Almería)». CPGGr, 2, 213-241. Granada.
- PERICOT, L. - PONSELL, F.
1928 «El poblado de Mas de Menente (Alcoy)». APL, I, 101-112. Valencia.
- PITARCH, J. L.
1969 «El Puntal dels Moros, Náquera (Valencia)». PLAV, 6, 77-84. Valencia.
1970 «Un botón prismático alargado de la Font de l'Almaguer». PLAV, 10, 81-90. Valencia.
- PLA BALLESTER, E.
1958 «La covacha de Ribera (Cullera-Valencia)». APL, VII, 23-32. Valencia.
1964 «Los llamados brazaletes de arquero y el Eneolítico Valenciano». VIII CNA, 216-225. Zaragoza.
- PONSELL CORTES, F.
1926 Excavaciones en la finca Mas de Menente, término de Alcoy. MJSEA, 78. Madrid.
1952 «Rutas de expansión cultural almeriense por el norte de la provincia de Alicante». APL, III, 63-68. Valencia.
- RAMOS FOLQUES, A.
1953 «Mapa arqueológico del término municipal de Elche (Alicante)». AESpA, XXVI, 88, 323-354. Madrid.
- ROMAN LAJARIN, J. L.
1975 «Un yacimiento de la Edad del Bronce en el Pic de Les Moreres (Crevillente, Alicante). APL, XIV, 47-63. Valencia.
1978 «Materiales arqueológicos del Puntal del Buho (Elche, Alicante)». IDEA, 24, 7-28. Alicante.
1980 «Los yacimientos de la Edad del Bronce de la Serra del Buho». Festa d'Elig, 39-56. Elche.
- ROS DUEÑAS, A.
1980 «El poblado prehistórico de El Bancalico de los Moros y El Rincón, Redován-Alicante». IDEA, 30, 7-43. Alicante.
- ROVIRA PORT, J.
1976 «Los vasos polípodos en Catalunya y el País Valenciano». CPAC, 3, 117-132. Castellón.
- RUIZ GALVEZ, M.
1977 «Nueva aportación al conocimiento de la cultura de El Argar», TP, 34, 85-110. Madrid.
- SAN VALERO, J.
1942 «Un poblado valenciano de la Edad del Bronce». AESpA, XV, 329-332. Madrid.
1950 La cueva de La Sarsa (Bocairente, Valencia). TVSIP, 12. Valencia.

- SANCHEZ JIMENEZ, J.
 1947 «La cultura del Argar en la provincia de Albacete». III. CASE, 73-79. Murcia.
 1947 Excavaciones y trabajos arqueológicos en la provincia de Albacete, de 1942 a 1946. IM, 15. Madrid.
- SANGMEISTER, E.
 1964 «Die schmalen Armschutzplatten». Studien aus Alteuropa, 1, Köln.
- SCHUBART, H.
 1973 «Tumbas megalíticas con enterramientos secundarios de la Edad del Bronce de Colada del Monte Nuevo de Olivenza». XII CNA, 175-190. Zaragoza.
 1975 «Cronología relativa de la cerámica sepulcral en la cultura de El Argar». TP, 32. 79-92. Madrid.
 1975 Die kultur der Bronzezeit im Sudwesten der Iberischen Halbinsel. MF, 9. Berlín.
- SCHUBART, H. - ARTEAGA, O.
 1978 «Fuente Alamo. Vorbericht über die grabung 1977 in der Bronzezeitlichen höhensiedlung». MM, 19, 23-51. Heidelberg.
- SCHULE, W. - PELLICER, M.
 1966 El Cerro de la Virgen (Orce, Granada, I). EAE, 46. Madrid.
- SERRA RAFOLS, J. a. de C.
 1924 «Els començos de la mineria i la metal.lurgia del coure a la Península Ibérica». BACAEP, II, 147-186. Barcelona.
- SIRET, E. y L.
 1890 Las primeras edades del metal en el Sudeste de España. Barcelona.
- SMITH, M. A.
 1955 «Campaniformes ibéricos». Rev. de Guimarães, LXV, 272-298.
- SOLER GARCIA, J. M.^a
 1949 «El poblado prehistórico del Cabezo Redondo». Programa de Fiestas. Villena.
 1953 «Poblado del Cabezo Redondo (Villena, Alicante)». NAH, I, 38-43. Madrid.
 1981 El eneolítico en Villena. Depto. H.^a Antigua, Serie Arqueológica. Valencia.
- SOLER, J. M.^a - FERNANDEZ, E.
 1970 «Terlinques. Poblado de la Edad del Bronce en Villena». PLAV, 10 - 27-62. Valencia.
- TARRADELL MATEU, M.
 1952: «La Edad del Bronce en Montefrío (Granada). Resultados de las excavaciones en los yacimientos de Las Peñas de los Gitanos». AMPURIAS, XIV, 49-80. Barcelona.
 1958 «El Tossal Redó y el Tossal del Caldero, dos poblados de la Edad del Bronce en término de Bellús (Valencia)». APL, VII, 111-120. Valencia.
 1959 «La Península Ibérica en la época del Argar». I CNA, Cartagena.
 1962 El País Valenciano del Neolítico de la Iberización. Ensayo de síntesis. Anales de la Universidad de Valencia, XXXVI, Valencia.
 1965 «El problema de las diversas áreas culturales en la Península Ibérica durante la Edad del Bronce». Miscelánea Henri Breuil, II, 423-430. Barcelona.
 1965 «La primera fecha de C14 para el Bronce Valenciano». PYRENAE, 1, 173-174. Barcelona.
 1969 «La cultura del Bronce Valenciano. Nuevo ensayo de aproximación». PLAV, 6, 7-30. Valencia.
- VEIGA FERREIRA, O. - RODRIGUES, A.
 1953-54 «Antiguidades do Lousal (Grândola)». Trabalhos de Antrop. e Etnologia, XIV, 1-4. Porto.
- VEIGA FERREIRA, O. et Alii
 1975 «A contribuição do agro setubalense para o conhecimento da cultura do vaso campaniforme em Portugal». Setúbal Arqueológica, I, 45-51. Setúbal.
- VILASECA, S.
 1941 «Más hallazgos prehistóricos en Arbolí (provincia de Tarragona)». AMPURIAS, III, 45-62. Barcelona.
 1952 «La coveta de l'Heura, de Ulldemolins (provincia de Tarragona)». AMPURIAS, XIV, Barcelona.
- VISEDO MOLTO, C.
 1944 «Colección Visedo Moltó (ALCOY, Alicante)». MMAP, IV, 179-188. Madrid.

CORRESPONDENCIA DE LOS MATERIALES ARQUEOLOGICOS

SECTOR XIII B

Sondeo en zona baja	6100-6114 6115-6117 6118-6119	(cerámica) (sílex) (malacología)
Estrato superficial		
Corte C1	6120-6148 6149-6162	(cerámica) (sílex)
Corte D1	6163-6166 6167-6168	(cerámica) (sílex)
Estrato I		
Corte B1.....	6169-6242 6265-6287	(cerámica) (sílex)
Corte B2.....	6288-6371 6372-6378	(cerámica) (sílex)
Corte C2	6379-6382 6384-6407 6408-6410 6411	(malacología) (cerámica) (sílex) (malacología)
Corte A1	6412-6422 6423-6424 6425-6427 6428	(cerámica) (sílex) (cuarcita) (malacología)
Estrato IIB		
Cortes B.C/1-2	6431-6447	(cerámica)
Corte D1	6448-6455 6456	(cerámica) (afiladera)
Corte C1	6457-6459 6460 y 6464 6461-6463	(sílex) (malacología) (cerámica)
Estrato IIC		
Corte B2.....	6465	(hueso)
Corte C2	6466-6467 6468 6469	(cerámica) (hueso) (sílex)
Corte C1	6470-6472 6473 6474-6477 6478-6479 6480	(malacología) (cuarcita) (cerámica) (sílex) (malacología)
Estrato IID		
.....	6481-6499 6500	(cerámica) (piedra)

Estratos IIE-F

Corte CI.....	6501-6507	(cerámica)
	6508	(sílex)
Corte DI	6509-6539	(cerámica)
	6540	(sílex)

Estrato IIG

Corte DI	6144-6569	(cerámica)
	6570-6571	(sílex)

Estrato IIH

Corte DI	6572-6576	(cerámica)
	6577-6579	(sílex)
Corte BC 7.....	6580-6585	(cerámica)

CERAMICA A MANO

NUMERO DE INVENTARIO	PARTE				CALIDAD			SUPERFICIE				COLOR					PASTA			DESENGRAS			DECORACION																
	completo	borde	gaibo	base	asa-mameion	grosera	intermedia	fina	rugosa	escobillada	lisa	tosco pulido	bruñida	amarilla	ocre/verd.	anaranj.-rojiza	gris clara	gris oscura	parda	negra	homogenea	con nucleo	varias capas	grosso	fino	muy fino	cordones-boce	trazos	tema	incisa	acaneladuras	pintura	engobe	excisa	boquite	impresa	botones		
6100																																							
6101																																							
6102																																							
6103																																							
6104																																							
6105																																							
6106																																							
6107																																							
6108																																							
6109																																							
6110																																							
6111																																							
6112																																							
6113																																							
6114																																							
-																																							
6120																																							
6121																																							
6122																																							
6123																																							
6124																																							
6125																																							
6126																																							
6127																																							
6128																																							
6129																																							
6130																																							
6131																																							
6132																																							
6133																																							
6134																																							
6135																																							
6136																																							
6137																																							
6138																																							
6139																																							
6140																																							
6141																																							
6142																																							
6143																																							
6144																																							
6145																																							
6146																																							
6147																																							
6148																																							
6163																																							
6164																																							
6165																																							
6166																																							
-																																							

AGP 1978

Fig. 46. - Trama de descripción de la cerámica.

CERAMICA A MANO

NUMERO DE INVENTARIO	PARTE					CALIDAD			SUPERFICIE					COLOR					PASTA			DESENGRAS			DECORACION														
	completo	borde	galbo	base	asa-mamelon	grosera	intermedia	fina	rugosa	escobillada	lisa	tosco pulido	brñida	amarilla	ocro/verd.	anaranj.-rojiza	gris clara	gris oscura	parda	negra	homogénea	con nucleo	varias capas	grueso	fino	muy fino	cordones local	trazos	tema	incisa	acaneladuras	pintura	engobe	excisa	boquite	impresa	botones		
6220	•																																						
6221	•																																						
6222	•																																						
6223	•																																						
6224	•																																						
6225	•																																						
6226	•																																						
6227	•																																						
6228	•																																						
6229	•																																						
6230	•																																						
6231	•																																						
6232	•																																						
6233	•																																						
6234	•																																						
6235	•																																						
6236	•																																						
6237	•																																						
6238	•																																						
6239	•																																						
6240	•																																						
6241	•																																						
6242	•																																						
6243	•																																						
6244	•																																						
6245	•																																						
6246	•																																						
6247	•																																						
6248	•																																						
6249	•																																						
6250	•																																						
6251	•																																						
6252	•																																						
6253	•																																						
6254	•																																						
6255	•																																						
6256	•																																						
6257	•																																						
6258	•																																						
6259	•																																						
6260	•																																						
6261	•																																						
6262	•																																						
6263	•																																						
6264	•																																						
-																																							
6288	•																																						
6289	•																																						
6290	•																																						
6291	•																																						
6292	•																																						

AGP 1978

Fig. 48. - Trama de descripción de la cerámica.

CERAMICA A MANO

NUMERO DE INVENTARIO	PARTE				CALIDAD		SUPERFICIE				COLOR				PASTA			DESENGRAS		DECORACION																				
	completo	borde	galbo	base	asa-mamelon	grosera	intermedia	fina	rugosa	escobillada	lisa	tosco pulido	bruñida	amarilla	ocre/verd.	anaranj.-rojiza	gris clara	gris oscura	parda	negra	homogenea	con nucleo	varias capas	grosso	fino	muy fino	cordones	trazos	tema	incisa	acanaladuras	pinlura	engobe	excisa	boquite	impresa	botones			
6293	●					●		●												●		●																		
6294	●						●					●				●					●					●														
6295	●						●					●			●						●					●														
6296	●					●		●											●		●				●															
6297	●						●			●					●						●					●														
6298	●						●					●				●					●					●														
6299	●						●				●					●					●				●															
6300	●						●					●							●		●				●															
6301	●					●				●									●		●				●															
6302	●						●					●				●					●					●														
6303	●						●					●				●					●				●															
6304	●					●						●			●						●				●															
6305	●						●					●				●					●				●															
6306	●						●					●				●					●				●															
6307	●						●					●				●					●				●															
6308	●						●					●				●					●				●															
6309	●						●					●				●					●				●															
6310	●						●			●					●						●				●															
6311	●						●					●			●						●				●															
6312	●						●					●			●						●				●															
6313	●						●			●					●						●				●															
6314	●					●			●						●						●				●															
6315	●					●			●						●						●				●															
6316	●					●			●						●						●				●															
6317	●					●			●						●						●				●															
6318	●					●			●						●						●				●															
6319	●					●			●						●						●				●															
6320	●					●			●						●						●				●															
6321	●					●			●						●						●				●															
6322	●					●			●						●						●				●															
6323	●					●			●						●						●				●															
6324	●					●			●						●						●				●															
6325	●					●			●						●						●				●															
6326	●					●			●						●						●				●															
6327	●					●			●						●						●				●															
6328	●						●					●			●						●				●															
6329	●						●					●			●						●				●															
6330	●						●					●			●						●				●															
6331	●					●			●						●						●				●															
6332	●					●			●						●						●				●															
6333	●						●					●			●						●				●															
6334	●					●			●						●						●				●															
6335	●					●			●						●						●				●															
6336	●					●			●						●						●				●															
6337	●					●			●						●						●				●															
6338	●					●			●						●						●				●															
6339	●					●			●						●						●				●															
6340	●					●			●						●						●				●															
6341	●					●			●						●						●				●															
6342	●					●			●						●						●				●															
6343	●					●			●						●						●				●															

AGP 1978

Fig. 49. - Trama de descripción de la cerámica.

NUMERO DE INVENTARIO	PARTE				CALIDAD				SUPERFICIE				COLOR				PASTA			DESENGRAS			DECORACION																		
	completo	borde	galbo	base	asa-mamelon	grosera	intermedia	fina	rugosa	escobillada	lisa	tosco pulido	bruñida	amarilla	ocre/verd.	anaranj.-rojiza	gris clara	gris oscura	parda	negra	homogenea	con nucleo	varias capas	grueso	fino	muy fino	cordones	trazos	tema	incisa	acanaladuras	pintura	engobe	excisa	boquique	impresa	botones				
6504	•																																								
6505	•																																								
6506	•																																								
6507	•																																								
6509	•																																								
6510	•																																								
6511	•																																								
6512	•																																								
6513	•																																								
6514	•																																								
6515	•																																								
6516	•																																								
6517	•																																								
6518	•																																								
6519	•																																								
6520	•																																								
6521	•																																								
6522	•																																								
6523	•																																								
6524	•																																								
6525	•																																								
6526	•																																								
6527	•																																								
6528	•																																								
6529	•																																								
6530	•																																								
6531	•																																								
6532	•																																								
6533	•																																								
6534	•																																								
6535	•																																								
6536	•																																								
6537	•																																								
6538	•																																								
6539	•																																								
-																																									
6541	•																																								
6542	•																																								
6543	•																																								
6544	•																																								
6545	•																																								
6546	•																																								
6547	•																																								
6548	•																																								
6549	•																																								
6550	•																																								
6551	•																																								
6552	•																																								
6553	•																																								
6554	•																																								
6555	•																																								

Fig. 52. - Trama de descripción de la cerámica.

CERAMICA A MANO

NUMERO DE INVENTARIO	PARTE				CALIDAD		SUPERFICIE				COLOR				PASTA			DESENGRAS			DECORACION																			
	completo	borde	gaibo	base	asa-mamelon	grosera	intermedia	fina	rugosa	escobillada	lisa	tosco pulido	bruñida	amarilla	ocre/verd.	anaranj.-rojiza	gris clara	gris oscura	parda	negra	homogenea	con nucleo	varias capas	grosso	fino	muy fino	cordones	trazos	tema	incisa	acanaladuras	pintura	engobe	excisa	boquite	impresa	botones			
6556	•					•		•							•			•					•																	
6557	•					•						•								•	•				•															
6558	•						•			•									•	•				•																
6559	•					•		•											•					•																
6560	•						•			•								•			•			•																
6561	•						•					•						•		•				•																
6562	•					•		•										•			•			•																
6563	•						•					•						•						•																
6564	•						•					•			•	•	•						•		•															
6565		•					•					•			•						•			•																
6566		•					•					•							•					•																
6567	•				•	•		•										•		•	•			•																
6568		•					•					•					•			•				•																
6569		•				•		•							•	•	•							•																
-																																								
6572	•					•		•							•								•		•															
6573	•					•		•							•								•		•															
6574	•					•		•											•					•																
6575	•						•					•							•	•				•																
6576		•					•					•			•				•					•																
-																																								
6580	•						•					•								•				•																
6581	•						•					•			•						•			•																
6582	•					•				•					•						•			•																
6583	•	•				•		•							•						•			•																
6584	•						•					•							•					•																
6585		•					•					•			•									•																
-																																								

AGP 1978

Fig. 53. - Trama de descripción de la cerámica.

PLANTEAMIENTO DE LOS TRABAJOS EN EL SECTOR V

Desde que se iniciaron las excavaciones de Peña Negra en 1976, y conforme íbamos adentrándonos en el estudio de la fase orientalizante, se iba poniendo de manifiesto la necesidad de conocer la etapa inmediata de transición al mundo ibérico de la zona, el cual era posible conocer a través del poblado del Forat y del recinto ibérico fortificado de El Castellar.

Este último lugar fue elegido para llevar a cabo tales objetivos, habida cuenta, además, de la ruptura aparente que se producía en Peña Negra II con respecto al período ibérico y de la solución de continuidad que acaecía en el yacimiento tras la etapa orientalizante. Sólo en El Castellar se manifestaba un período de habitación que podría heredar la tradición cultural de la fase precedente. Incluso la destrucción que sufrió la ciudad al final de su vida indicaba su posible relación con una potente fortificación que supusimos explicativa o consecuencia de lo que allí pasó hacia la mitad del siglo VI a. C.

La finalidad de los trabajos en este Sector V, que define la zona en donde se asienta la fortificación ibérica, era, pues, intentar detectar debajo del nivel ibérico algún depósito que indicara ese momento de transición o ibérico antiguo, según las nuevas terminologías al uso, imposible de localizar por inexistente en el resto de los sectores de la Peña Negra.

Como no queremos despertar en el lector falsas esperanzas, creo que resulta honrado advertirle que tales propósitos no se han logrado, si bien es posible que en algún lugar de este recinto pueda hallarse todavía la respuesta que buscamos. Con los trabajos realizados no se ha manifestado nada parecido a lo que buscábamos. Únicamente se ha logrado una caracterización material de la fase ibérica plena, que, no obstante, nos sirve para comparar la fase de Peña Negra II con lo que pasamos a denominar Horizonte del Castellar.

Al menos, se ha logrado situar un espectro de cultura material que enmarca el desarrollo evolutivo de la secuencia de Peña Negra, conociendo el resultado de aquel proceso de iberización operado en el seno de la fase orientalizante, cerrando el proceso iniciado en la Sierra de Crevillente a partir del Bronce Final.

LAS EXCAVACIONES

Los trabajos se localizaron en el interior del recinto fortificado, eligiendo a tales efectos un lugar de la terraza más baja de las tres que encierra el Castellar. Allí, a 10 metros al Oeste de la puerta y a 6 del precipicio de poniente, se abrió inicialmente un cuadro de 4 x 5 m. denominado Corte «Alpha».

La retirada de la primera capa, evidentemente revuelta, proporcionó varios fragmentos de cerámicas a torno y a mano. Ya a unos 5-10 cm. de la superficie comenzaron a aparecer por casi todo el corte una serie de gruesas piedras que en el ángulo NE conformaban el ángulo de una estructura. A la par, en muchos puntos ya aparecía un estrato intocado de color amarillento o grisáceo, según zonas.

Hacia el lado occidental se delimitó un empedrado de forma rectangular, ligeramente alterado, formado con piedras de pequeño tamaño, con unas medidas de 1,10 x 0,95 m. Tras su retirada y cantonado hacia la parte NO del Corte se llega a un pavimento de tierra batida de color amarillo sobre el que descansaban tenues bolsas grisáceas que proporcionaron el material arqueológico recuperado en esta área exterior del recinto detectado.

Mientras, en el interior del ángulo señalado se hallaba otro empedrado de forma circular, cuya situación estratigráfica lo situaba en un momento posterior a la ocupa-

ción del recinto inferior. El curso de la excavación en el estrato correspondiente a la casa ofreció abundante material arqueológico, básicamente cerámico.

Restaba por excavar, tras haber hallado la base en el interior del ángulo del recinto NE, la zona externa al mismo. Para ello se atravesó el pavimento amarillo, apareciendo inmediatamente numerosas piedras de diversos tamaños. La sección del pavimento mostró que éste no tenía un espesor homogéneo, siendo en realidad la capa de nivelación que se dispuso sobre la masa de bloques pétreos infrayacentes. En éstos, el suelo se hundía en varios sectores formando agujeros y dando la impresión de que las piedras y la tierra se colocaron de forma rápida, sin que diera tiempo a que se cimentara esa base. Al parecer, la impresión que ofrece es la de un talud realizado con cierta prisa sobre la roca de base, quizá con el fin de nivelar el espacio interno de la fortificación tras la erección de su flanco meridional, dada la diferencia de altitud existente entre éste y la cumbre de la tercera terraza.

Agotadas, pues, las posibilidades de mayor registro y dado que se había detectado un ángulo de vivienda, se procedió a ampliar el Corte hacia el norte con un cuadro de 3 x 3,5 m. La reducción del área venía condicionada por la presencia de una cubeta circular de piedra con orificio de desagüe encima del área de excavación. Como vimos que no impedía el seguimiento de la línea del muro septentrional, se optó por no retirarla y excavar el espacio restante, muy cerca ya del muro de contención de la terraza superior.

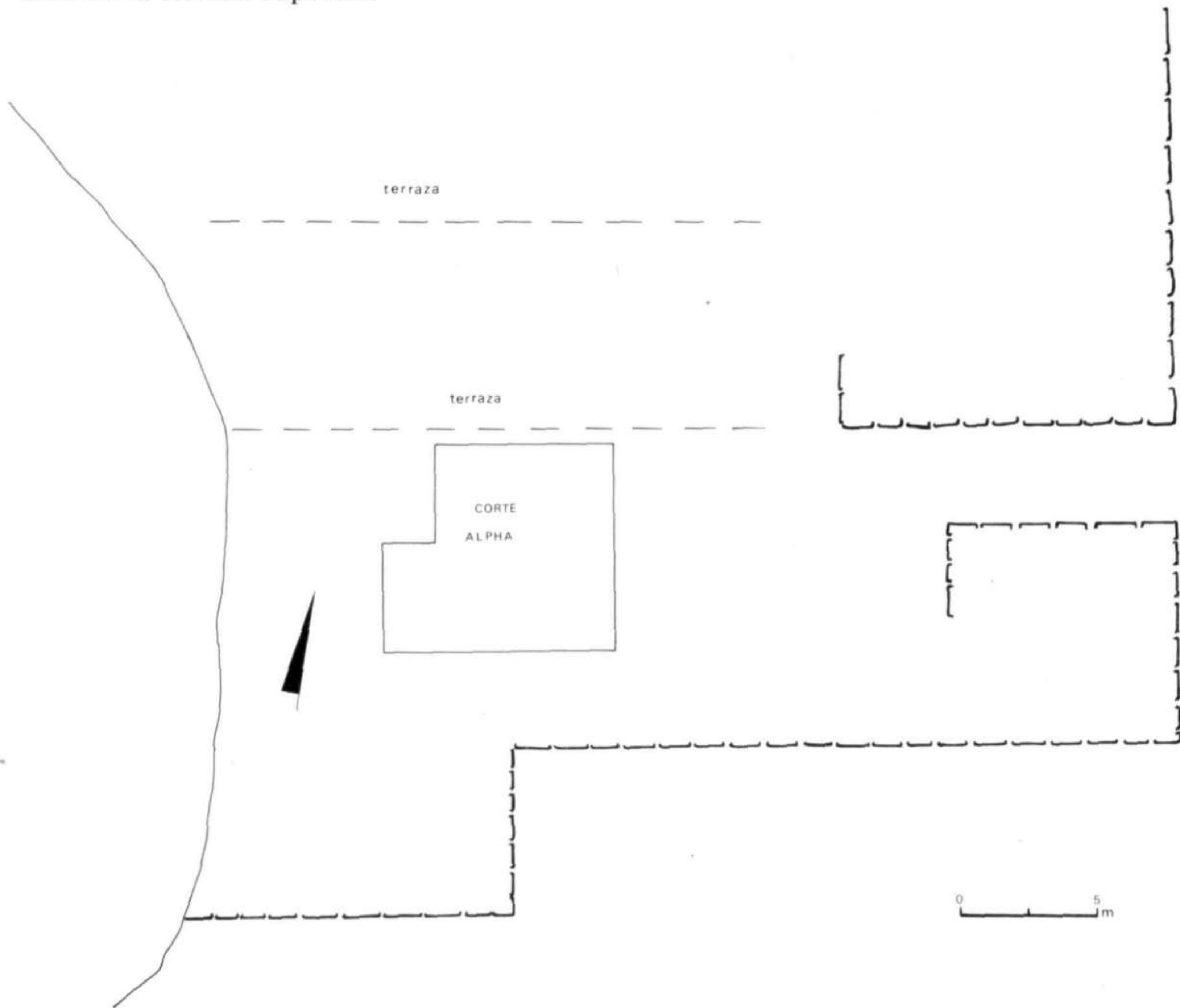


Fig. 54. - Croquis del recinto fortificado ciclópeo de El Castellar con el area excavada (Corte Alpha).

Se retira de nuevo la tierra más superficial y aparece enseguida la continuación del muro septentrional que forma ángulo con otro perpendicular en sentido W-E, que conserva mayor espesor (0,65 cm.).

Del interior del recinto que se va configurando proceden, entre otros materiales, dos fragmentos de cerámica ática de barniz negro. La roca de base aparece aquí a 0,10 m. de profundidad.

La parte externa de dicho recinto proporciona exclusivamente cerámicas hechas a mano del tipo usual de Peña Negra I, en capas granulosas de color amarillo y anaranjado (adobe descompuesto), incluidas en una amplia bolsada gris que yacía directamente sobre la roca.

Agotada la zona de excavación y delimitado el espacio definido por los dos ángulos de la habitación que se había ido manifestando desde el inicio de los trabajos, decidimos por fin realizar una última ampliación hacia oriente, abriendo un nuevo espacio de 3,5 x 7,5 m.

La retirada de la capa superficial dio paso a un estrato más intacto en donde aparecen abundantes fragmentos cerámicos. Este tramo del nivel de habitación correspondiente a la estructura rectangular que excavamos lo denominaremos Estrato Ia para diferenciarlo del Estrato Ib, la capa asimismo propia de la casa pero con mayores visos de inalterabilidad. Entre los materiales recuperados de ese estrato más superficial destaca una punta de flecha con fuerte nervio central y doble filo.

Por lo que a la estructura se refiere, en el área septentrional detectamos el seguimiento del muro correspondiente de la casa, con el mismo grosor antes señalado, pero ofreciendo una ligera inflexión de tal manera que se dirige oblicuamente hacia el perfil oriental del Corte. Y por lo que respecta al muro meridional, el lienzo correspondiente se encuentra muy alterado, pudiéndose seguir su trazado únicamente en poco más de un metro. El resto se halla totalmente trastocado, sin poderse perfilar claramente el careo del mismo. Tal vez ofrecería idéntica inflexión, en esta ocasión hacia el N, que el muro comentado anteriormente. En el interior de esta zona más alterada se halló casi al final ya de los trabajos una fíbula anular que, junto con los fragmentos de cerámica ática, nos puede arrojar una datación del conjunto arqueológico. De esta forma, se constituyen tres conjuntos diferenciados de materiales arqueológicos. Por un lado, los restos recuperados del exterior de la casa ibérica y depositados sobre el pavimento amarillo que regulariza la masa de bloques pétreos que yacen debajo. En segundo lugar, los materiales cerámicos exclusivamente a mano del ángulo NO del Corte –posiblemente restos de un fondo de cabaña de Peña Negra I– y, finalmente, el conjunto de restos exhumados del interior de la vivienda ibérica, divididos en pro de una mayor seguridad en dos estratos, siendo el inferior (Estrato Ib) aquél que más garantías nos ofrece de que sus materiales no presenten ninguna mezcla.

El Corte «Alpha» vino con ello a medir 8,5 x 7,5 en sus lados mayores, habiéndose excavado en total una superficie de 56,75 metros cuadrados.

COMENTARIO SOBRE LOS MATERIALES

De los tres conjuntos referidos, las anotaciones que podemos hacer se basan, para los primeros, en su comparación con los materiales ya conocidos por la secuencia que ofrece La Peña Negra, y para los estrictamente ibéricos, en su inserción entre los materiales más comunes de los poblados de esa época. En este último caso, señalaremos únicamente algunos paralelos significativos habida cuenta de la grave ausencia de sistematización de las cerámicas ibéricas que todavía sufrimos.

El primer conjunto, según veíamos, viene concretado por los escasos materiales hallados sobre el pavimento amarillo situado sobre el exterior de la casa. Los materiales cerámicos muestran una mezcla de formas propias de la cerámica a mano de tradición del Bronce Final (Peña Negra I) con otras más propias ya de lo ibérico.

En la cerámica a mano encontramos perfiles conocidos en la clase grosera, con sus características digitaciones o trazos incisos en los labios y las consabidas bases planas, mientras en la clase fina sobresalen las formas bruñidas de carena alta. En cuanto a la cerámica a torno, tenemos por un lado el plato o cuenco de cerámica gris con grueso desengrasante 3.104 que entraría en la tradición de algunos platos grises de la fase Peña Negra II, concretamente el Tipo B1a (González Prats, 1983, tabla tipológica) que procede del nivel orientalizante del Corte 2a del Sector IA (González Prats, 1979, fig. 35, 6), con una datación de la primera mitad del siglo VI a. C. Por otra parte, existen dos bordes de la característica cerámica de cocina ibérica perteneciente a orzas de la Forma I ó II (González Prats, 1981, 10). Esta clase cerámica tiene un amplio desarrollo cronológico, iniciándose en los últimos momentos de PN II (González Prats, 1979, 195, fig. 160) y llegando hasta la baja época ibérica, como lo muestran los ejemplares de Itálica (Luzón Nogue, 1973, 47, lám. XX).

El fragmento 3.105 pertenece a un vasito caliciforme, forma muy peculiar del mundo ibérico que hallamos representada tanto en cerámica gris (Gil Mascarell, 1975, fig. 9) como en pasta clara (Fletcher-Plá-Alcacer, 1965, 223, fig. 1; 1969, 204, fig. 3; Molina-Nordtrom, 1976, fig. 18; Bonet-Mata, 1981, 23 y 74, figs. 12 y 32). Este fragmento presenta una superficie encostrada que no hallamos en el resto de los materiales, indicando quizá su localización más superficial. De ser esto así nos hallaríamos ante un conjunto propio de la etapa final de Peña Negra II, sobre mediados o inicios de la segunda mitad del siglo VI a. C. Resulta evidente, por otra parte, que el piso amarillo sobre el que se halló el material no guarda relación con la vivienda ibérica más tardía, que se manifestó sin pavimentación alguna. Ello puede resultar de gran trascendencia para lograr averiguar el momento de construcción de la fortaleza. Puesto que el pavimento sellaba y nivelaba el talud de piedras que se colocó en este punto para conseguir una horizontalidad acorde con la elevación del paramento meridional del recinto, es de suponer que ambas obras fueran más o menos simultáneas, pudiéndose, por tanto, atribuir el inicio de su construcción a un momento ligeramente anterior al que nos están indicando los materiales arqueológicos depositados sobre dicho suelo de nivelación.

El segundo conjunto de materiales viene determinado por los hallazgos realizados ya en el espacio interno de la vivienda aflorada en el Corte Alpha. Como antes se dijo, se diferenciaron por motivos de seguridad dos tramos estratigráficos (estrato Ia y estrato Ib), existiendo la posibilidad de que en el primero se incluyeran materiales más modernos mezclados, dado el escaso espesor del depósito.

Efectivamente, en el estrato superior nos hallamos con algunas contaminaciones que vienen concretadas por el borde de ánfora 3060 de forma y pasta propias de las ánforas fenicias de importación del horizonte Peña Negra II y por otro fragmento (3014) perteneciente al borde y cuello de una ánfora greco-itálica de pasta rojizo-anaranjada con abundante desengrasante negro, similar a un ejemplar recogido en las dunas de los Arenales del Sol en la costa de Santa Pola, Alicante. Este ejemplar anfórico parece corresponder a los tipos más panzudos datados en los siglos III-II a. C.

Por lo que respecta al resto del material, en cerámica a mano volvemos a encontrarnos con algunas formas características de la tradición del Bronce Final (2.983, 2.984, 2.985 y 3.007). Sería de suma importancia llegar a saber si esta producción a mano perdura en los siglos V-VI a. C. o si su presencia aquí —como parece— se debe a una contaminación. Personalmente nos inclinamos a considerarlas una intrusión entre el resto del material, pues en el mundo ibérico contestano la cerámica manufacturada llega a desaparecer a fines del VI a. C., sustituida en bloque sus funciones por la cerámica de cocina fabricada masivamente a torno.

Propiamente ibéricos son los fragmentos de bordes de ánforas 3.092, 3.029, 3.037 y 3.069, pudiéndose atribuir a las formas genéricas conocidas de antiguo como Mañá A (Mañá de Angulo, 1951) que han sido reestudiadas recientemente (Ramón,

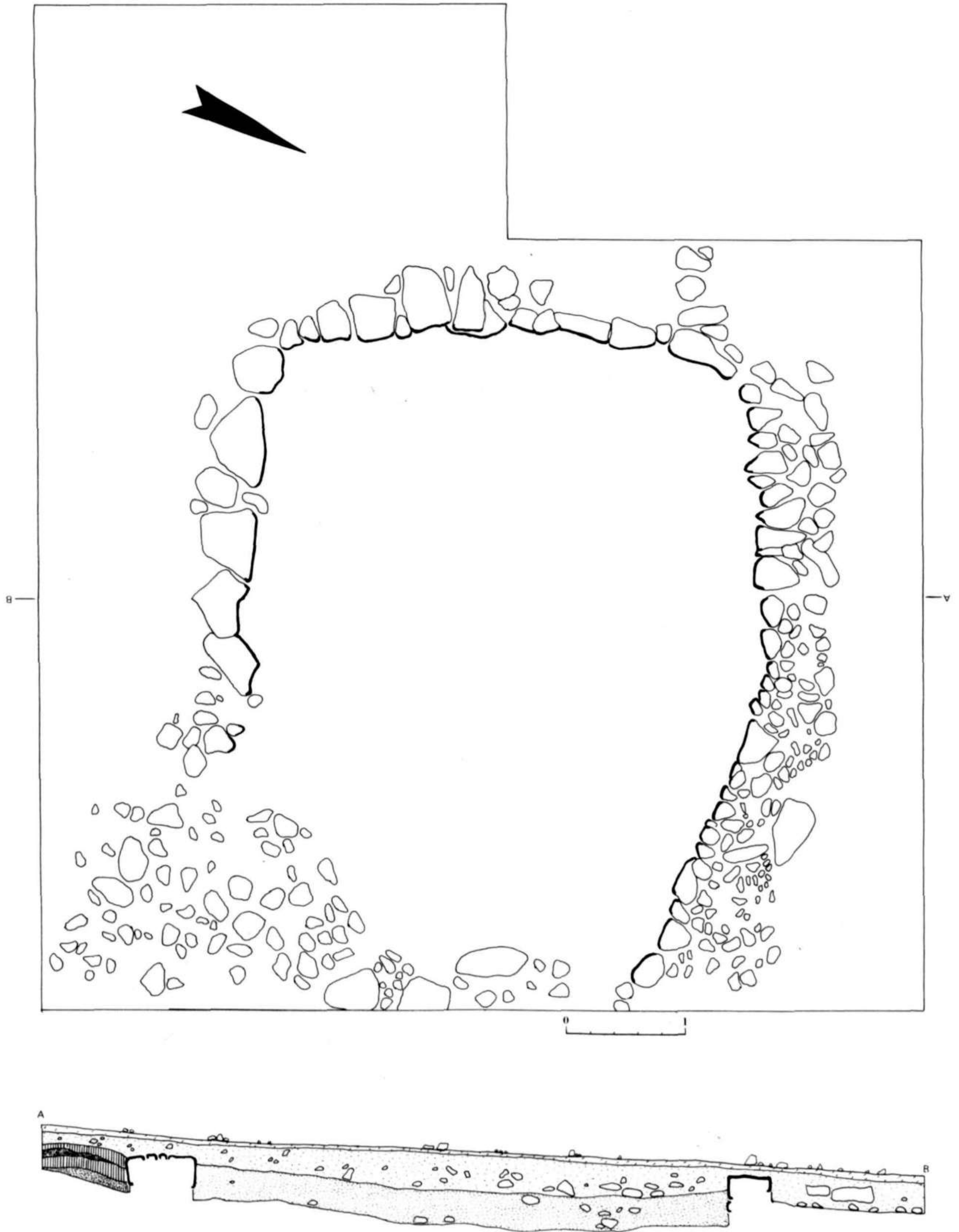


Fig. 55. – Planta de la vivienda ibérica aflorada y su estratigrafía.

1981). Para el País Valenciano contamos con un reciente estudio de conjunto de las ánforas ibéricas, por lo que incluiríamos nuestros ejemplares en los tipos I-1/I-4/I-6 de la nueva sistematización (Ribera Lacomba, 1982, fig. 35), sin poderse adscribir en particular debido a la ausencia del cuerpo de las ánforas. El ejemplar 3.058 muestra una forma cercana a las ánforas fenicias conservando esa característica inflexión en el hombro generando en este caso una carena redondeada. Resulta igualmente particular su decoración pintada a base de bandas rojizas.

La cerámica de cocina nos ofrece los característicos bordes y perfiles de las orzas destinadas a guisar de las Formas I ó II de nuestro ensayo de tipología antes citado.

Por su parte, en cerámica gris los platos vienen indicados por ejemplares muy similares en su aspecto general a los propios de Peña Negra II. Concretamente existen platos de borde engrosado y reentrante (forma B4) que podríamos situar –si no se trata en realidad de una intrusión– al lado de los de la fase orientalizante; junto a ellos, los platillos que muestran paredes más finas nos señalan ya una evolución de aquellos ejemplares precedentes más macizos. La Forma B5 con el borde vuelto, representada por los ejemplares 2990 y 3012, se halla asimismo bien documentada. En cambio, los fragmentos 2.991 y 3.091 se separan de la línea tipológica de Peña Negra II. De igual modo, en las bases se aprecia semejante evolución tendente a la formación de una base anular con pie diferenciado (3.018).

Comienzan a estar representados los característicos platos ibéricos de finas paredes y decoración de bandas y filetes monocromos, siempre con pies anulares muy definidos.

También entre la cerámica pintada aparecen los típicos vasos ovoides o bitroncónicos con el labio exvasado en forma de pico de ánade, que ya se iniciaban a fines de PN II y que caracterizan las etapas más viejas de los conjuntos ibéricos (3.078). A su lado, las no menos peculiares vasijas con molduras (3048) están igualmente representadas.

Entre los motivos decorativos conservados, el que ostenta el fragmento de pared 3.073 deriva claramente del motivo similar conocido en la fase orientalizante del yacimiento (MR3/4) (González Prats, 1983, fig. 37), conocido, no obstante, en el propio repertorio decorativo ibérico (Aranegui, 1974, fig. 1; Nordstrom, 1973, fig. 30, 2).

Los fragmentos 2.995, 2.996 y 3.063 nos sitúan ante una de las formas clásicas ibéricas de cerámica común: los toneletes, sobre los que ya se llamó la atención hace años (Fletcher, 1957) indicando sus claros precedentes ya en los toneles neolíticos cardiales.

No menos característicos son los vasos «cerveceros» que en nuestro caso vienen representados por el pico vertedor 3038. Con precedentes en la cerámica valenciana de la Edad del Bronce (Llobregat, 1969, fig. 8), el tipo pasará al repertorio tipológico ibérico, como podemos observar en los ejemplares de la Bastida de Les Alcuses (Fletcher-Plá-Alcacer, 1965, 54, fig. 3; 1969, 89, fig. 1), constituyendo el Tipo 2B de dicho yacimiento (Aranegui-Plá, 1981, 75).

Por último, cabe entresacar los fragmentos 3.001 y 3.081 que pertenecen a una imitación ibérica de una cratera de columnas, que por haber sido recuperado un ejemplar íntegro en el estrato Ib comentaremos más adelante.

De metal, lo único destacable es una punta de flecha con cañón que genera un nervio y doble filo, en la línea de los ejemplares de semejantes proporciones provistas de arpón procedentes del horizonte Peña Neña II (González Prats, 1983, 175, fig. 38).

En el estrato Ib nos encontramos ante un conjunto menos alterado y libre en mayor medida de contaminaciones. Así se explica, por ejemplo, que la cerámica a mano haya descendido bruscamente y además nos encontremos formas más evolucionadas, como es la base con notorio ónfalos 3.320, sin el menor vestigio de la tradicional cerámica manufacturada de las fases precedentes.

En el apartado de las ánforas, del grupo de ejemplares ibéricos se destaca un borde que creemos atribuible a un ejemplar púnico-ebusitano del tipo PE-14 (Ramón, 1981, 101-102, fig. 7) cuya cronología se sitúa alrededor de mediados del siglo IV a. C. Su labio se presenta algo más exvasado que en los ejemplares típicos, pero el conjunto del grosor de la pared y del borde difieren tanto de los tipos PE-12/13 y PE-15/16 que la atribución a PE-14 no resulta forzada. Por su parte, las ánforas ibéricas pertenecen todas ellas al tipo I-4/6 de Ribera (Ribera Lacomba, 1982), estrechamente emparentadas o derivadas de los tipos fenicios y púnicos (PE-11/12). El borde 3.413 con el labio caído internamente debe atribuirse, con toda probabilidad, al Tipo I3, encuadrable asimismo en el siglo IV a. C. (Ribera, 1982, 104-105). Algunas de las robustas asas de estas ánforas se ilustran en la figura correspondiente, presentando una sección triangular oblonga o subcircular con una acanaladura que recorre su dorso. El ejemplar 3.199 tanto por su perfil carenado como por su pasta debe ser un elemento intrusivo de la Fase PN II.

De nuevo, en cerámica común nos encontramos con bocas de toneles (3.347, 3.422, 3.431) y la cerámica usual de cocina afectando perfiles ovoides y globulares, propios de nuestras Formas I y II.

Por lo que respecta a las cerámicas grises, el plato 3.579 ilustra una forma conocida en cerámica pintada en La Bastida (Fletcher-Plá-Alcacer, 1965, 110, fig. 2) y en La Escuera en cerámica bicroma (Nordstrom, 1967, 40, lám. VII). La fuente 3.127 podría ponerse en relación con las formas carenadas B8 de Peña Negra II (González Prats, 1983, tabla tipológica) en las que parece inspirada, si bien en el ejemplar ibérico del Castellar el borde se inclina más al exterior. Además de estas piezas, nuevamente figuran los platos B4 con el borde engrosado al interior (3.490 y 3.548) y la forma B5 viene representada por el fragmento 3.482, mientras que el cuello y borde 3.136 nos recuerda a los jarros de la forma B11b de la fase orientalizante de Peña Negra.

Ya dentro del grupo de la cerámica pintada destacan los platos de casquete esférico con borde simple o ligeramente engrosado, alguno de ellos marcado internamente (3.521 y 3.546), con sus característicos pies anuales y con la decoración a base de finas bandas y filetes rojizos. Una de estas bases presenta en el fondo externo un grafito, posible marca de propiedad, identificable, si se quiere, con la letra ibérica TA, frecuente en los platos desde el período orientalizante (Almagro Gorbea, 1977, fig. 95; González Prats, 1982, fig. 14). Otra forma de plato viene cifrada en el ejemplar 3.451 y recoge el mismo tipo con ala convexa que veíamos en cerámica gris, aunque con ligera variación traducida en un mayor carenamiento del perfil. La decoración que complementa a los filetes, con segmentos concéntricos de circunferencias, lo acerca al ejemplar de Bastida antes mencionado.

Del resto de las formas con decoración pintada sobresale la botella o jarro 3.120 con estrello gollete de la que falta su mitad inferior. Entraría en la categoría de las formas 5c de La Bastida (Aranegui-Plá, 1981, 94) y en nuestro ejemplar la decoración está hecha a base de bandas y filetes de los que cuelgan segmentos y semicircunferencias concéntricas.

Los fragmentos que conforman la vasija 3.211 nos sitúan ante un vaso ovoide con cuello recto o vertical y seguramente borde exvasado. Y los fragmentos 3.126 y 3.401 ante un vaso o tinaja de grandes dimensiones y amplia boca con borde reentrante provisto de moldura externa.

Más conocidas son las formas ovoides y bitroncocónicas con el borde exvasado cuyo labio adopta la forma de cabeza de ánade, generalmente con decoración de bandas que en el caso de 3.079 se complican mínimamente con un baquetón en el perfil situándose un grupo de trazos colgantes. La forma ya fue analizada en diversas ocasiones (Jully-Nordstrom, 1972; Jully, 1975 y 1976-78) señalando su entidad en los siglos VI-V a. C. La forma se encuentra ya representada –Tipo E17– en Peña Negra II,

pero allí los ejemplares aún no han adoptado por lo general ese borde moldurado característico del mundo ibérico a partir del horizonte de La Solivella.

La pieza representada por el fragmento de borde 3.457 nos sitúa ante una forma característica del período antiguo del mundo ibérico. Al menos, su presencia aquí y en el yacimiento inédito aún de El Oral, excavado por el Prof. Abad Casal, que puede datarse en el paso del siglo VI al V a. C., así parece indicarlo. No hemos hallado ningún paralelo exacto para este vaso. No obstante, hay una forma que podría estar relacionada en La Escuera (Nordstrom, 1967, 24, fig. 16 a) y que hallamos también en Sagunto (Rouillard, 1979, 64, fig. 29) y en el Puntal dels Llops (Bonet-Mata, 1981, 90, fig. 42). Pero estos vasos difieren sensiblemente en el borde totalmente horizontal, que en nuestro ejemplar y en El Oral se encuentra ligeramente inclinado y con un baquetón poco prominente debajo del mismo.

La vasija caliciforme 3.125/3.335 se asemeja a los vasos del Tossal de Manises (Nordstrom, 1973, fig. 26, 2) y de La Bastida (Fletcher-Plá-Alcacer, 1969, 121, fig. 4), en ambos casos presentando asas del labio al hombro que no se encuentran en nuestro ejemplar. Más relación guarda con el vaso de Bastida, pues el ejemplar del Tossal muestra el diámetro máximo en el cuerpo, mientras en El Castellar y en Bastida aquél se sitúa en la misma boca.

El soporte anular de cinta 3.580 encuentra su parangón en muchos de nuestros poblados ibéricos, variando su forma entre la que ostenta el ejemplar del Castellar, como vemos en Coimbra (Molina-Nordstrom, 1976, 56, fig. 32, 139) y el de forma hiperbólica que es el más común, señalándose en Coimbra, La Alcudia (Ramos Folques-Ramos Fernández, 1976, 35 y 45 figs. 21 a y 59 c), Bastida, etc.

Aparte ya de las formas cerámicas recogemos en la misma lámina algunos ejemplares de los denominados «tejos» de cerámica, fabricados aprovechando toda clase de cerámica: ánforas, pintadas y de cocina.

Llegamos, con el ejemplar 2.992/3.360, a un vaso que merece especial atención por cuanto nos ilustra una realización indígena –sin que ello signifique local– de una de las formas más características de la cerámica griega del siglo V a. C.: la kratera de columnas. El ejemplar del Castellar, cuya arcilla posee un alto grado de depuración semejante a la de algunos platos ibéricos, presenta la superficie especialmente bruñida. La forma reproduce en todos sus detalles el prototipo ático que, por otro lado, no resulta un vaso demasiado común en el ámbito peninsular, sobre todo en comparación con la presencia de las krateras de campana, más tardías. Bástenos recordar que en la clásica obra de Trias sólo se recogen escasísimos ejemplares de Ampurias y Villaricos (Trias, 1967, 168-170 y 438).

Las imitaciones indígenas de estas krateras de columnas se ciñen, hoy por hoy, al Sudeste y Andalucía. Los ejemplares más similares proceden de Toya (Pereira Sieso, 1979, lám. VII, 4) y del Puntal de Salinas (Villena) (Nordstrom, 1969, 71). Igualmente, se encuentran imitaciones de esta forma en la necrópolis ibérica de Almedinilla (Monteagudo, 1953, fig. 34, 5) y en la de Baza (Presedo, 1973, 159). Para los ejemplares de Toya, Pereira aboga por una cronología dentro del último tercio del siglo V, situando el resto entre fines de este siglo y la primera mitad del siglo IV a. C. (Pereira Sieso, 1979, 333).

Para finalizar estas consideraciones sobre los hallazgos cerámicos es preciso señalar, en primer lugar, el fragmento 3.313 correspondiente a una tapadera con orejetas. Las urnas de orejetas nos arrojan una datación antigua –dentro del siglo V principalmente, arrancando de la segunda mitad del VI a. C.– en la secuencia tipológica ibérica. Vendría situada en lo que se podría llamar el horizonte El Molar-La Solivella-La Oriola, con semejante cronología. Se trata, pues, de una forma característica del horizonte ibérico antiguo, que ayuda a la hora de emitir una cronología para el conjunto que analizamos.

Y, en segundo lugar, queda por tratar de los dos fragmentos de cerámica ática de barniz negro. Ambos son bordes pertenecientes a dos copas distintas. Con toda seguridad se trata de kylikes que por la forma del borde y delgadez de los mismos se datan hacia la segunda mitad del siglo V a. C. (Sparkes-Talcott, 1970, 268-269).

Por último, la fibula anular hispánica asociada a estos materiales y hallada en un estado de conservación inmejorable, pertenece al tipo de pie plano rectangular con un resorte resultado de una ligera evolución del tipo de charnela, con el puente macizo. En nuestro ejemplar la charnela y la aguja libre ha dado paso a un tope en que la aguja se funde ya con uno de los lados de dicha charnela. Un ejemplar similar procede de la necrópolis de Aguilar de Anguita, datándose en el siglo IV a. C. (Argente Oliver, 1974, 195, fig. 11, 7). Estos ejemplares reciben una cronología que arranca del siglo V. a C. (Cuadrado, 1963; 1957; Almagro, 1966), situándose la fibula del Castellar a caballo de los siglos V-IV a. C.

El tercer conjunto de materiales consisten en abundantes fragmentos cerámicos a mano procedentes de posibles restos de un fondo de cabaña del Bronce Final. Se han recuperado las formas usuales de la cerámica grosera y algunos ejemplares de cazuelas y cuencos bruñidos de carena alta, cuyo dibujo no incluimos en esta memoria al no presentar novedad alguna con respecto a lo conocido de este horizonte.

Por tanto, resta emitir únicamente una cronología para el material propio de la vivienda ibérica. Ya hemos visto la presencia de contaminaciones en el estrato Ia, y por tanto habremos de centrarnos en el estrato inferior que descansaba directamente sobre la roca.

La tónica de la decoración pintada, con total ausencia de elementos florales propios del siglo III a. C., la presencia de la tapadera de orejetas y otras formas antiguas señaladas, así como la tipología de la fibula anular con charnela y aguja unidas, apuntan hacia un momento situado entre fines del siglo V y mediados del IV a. C.

Queda para futuros trabajos el establecimiento de la cronología del momento en que la fortificación ibérica fue levantada, lo cual no debió andar lejos de la primera mitad del siglo V, si no en un momento más o menos inmediato a la destrucción de Peña Negra II.

BIBLIOGRAFIA

- ALMAGRO BASCH, M.
1966 «Sobre el origen posible de las más antiguas fibulas anulares hispánicas». AMPURIAS, XXVIII, 215-236. Barcelona.
- ARANEGUI, C.
1974 «Las artes decorativas en la cerámica ibérica valenciana». SAITABI, XXIV, 31-53. Valencia.
- ARANEGUI, C. - PLA, E.
1981 «La cerámica ibérica». La Baja Epoca de la Cultura Ibérica, 73-114. Madrid.
- ARGENTE OLIVER, J. L.
1974 «Las fibulas de la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita». TP, 31, 143-216. Madrid.
- BONET, H. - MATA, C.
1981 El poblado ibérico del Puntal dels Llops (El Colmenar), Olocau-Valencia. TVSIP, 71. Valencia.
- CUADRADO, E.
1957 «La fibula anular hispánica y sus problemas». ZEPHYRVS, VIII, 1, 5-67. Salamanca.
1963 Precedentes y prototipos de la fibula anular hispánica. TP, VII. Madrid.
- FLETCHER, D.
1957 «Toneles cerámicos ibéricos». APL, VI, 32 ss. Valencia.
- FLETCHER, D. - PLA, E. - ALCACER, J.
1965 y
1969 La Bastida de Les Alcuses (Mogente, Valencia). TVSIP, 24 y 25. Valencia.

- GONZALEZ PRATS, A.
 1979 Excavaciones en el yacimiento protohistórico de La Peña Negra, Crevillente (Alicante). EAE, 99. Madrid.
 1981 «En torno a la cerámica de cocina del mundo ibérico. Materiales del Castillo del Río, Aspe (Alicante)». RIDEA, 33, 7-22. Alicante.
 1982 «La Peña Negra IV. Excavaciones en el Sector VII de la ciudad orientalizante (1980-1981)». NAH, 13, 309-418. Madrid.
 1983 Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente. Anejo I de LUCENTUM. Alicante.
- GIL MASCARELL, M.
 1975 «Sobre las cuevas ibéricas del País Valenciano. Materiales y problemas. PLAV, 11, 281-332. Valencia.
- JULLY, J. J.
 1975 «Koiné commerciale et culturelle phénico-punique et ibero-languedocienne en Méditerranée occidentale à l'Age du Fer. Documents de céramique». AEspA, 48 (131-132), 22-119. Madrid.
- JULLY, J. J. - NORDSTROM, S.
 1972 «Une forme de céramique ibéro-languedocienne: la jarre bitroncoconique». APL, XIII, 93-101. Valencia.
- JULLY, J. J.
 1976-78 «Céramiques ibéro-languedociennes et ibériques classiques dans les basses vallées de l'Herault et de l'Orb: typologie, chronologie». AMPURIAS, 38-40, 387-393. Barcelona.
- LUZON NOGUE, J. M.^a
 1973 Excavaciones en Itálica. Estratigrafía en el Pajar de Artillo (Campaña, 1970). EAE, 78. Madrid.
- LLOBREGAT, E. A.
 1969 «El poblado de la cultura del Bronce Valenciano de la Serra Grossa, Alicante». PLAV, 6, 31-70. Valencia.
- MAÑA DE ANGULO, J. M.
 1951 «Sobre tipología de ánforas púnica». CASE, VI, 203 ss. Cartagena.
- MOLINA-MOLINA-NORDSTROM
 1976 Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). TVSIP, 52. Valencia.
- MONTEAGUDO, L.
 1953 «Album gráfico de Carmona, por G. Bonsor». AEspA, XXVI (88), 356-369. Madrid.
- NORDSTROM, S.
 1967 Excavaciones en el poblado ibérico de La Escuera (San Fulgencio, Alicante). TVSIP, 34. Valencia.
 1969 y 1973 La cerámique peinte ibérique de la province d'Alicante. 2 vols. Stockholm.
- PEREIRA SIESO, J.
 1979 «La cerámica ibérica procedente de Toya (Peal de Becerro, Jaén) en el Museo Arqueológico Nacional». TP, 36, 289-347. Madrid.
- PRESEDO VELO, F.
 1973 La Dama de Baza. TP, 30, 151-216. Madrid.
- RAMON, J.
 1981 La producción anfórica púnico-ebusitana. Palma de Mallorca.
- RAMOS, A. - RAMOS, R.
 1976 Excavaciones en La Alcudia de Elche durante los años 1968 a 1973. EAE, 91. Madrid.
- RIBERA LACOMBA, A.
 1982 Las ánforas prerromanas valencianas (fenicias, ibéricas y púnicas). TVSIP, 73. Valencia.
- ROUILLARD, P.
 1979 Investigaciones sobre la muralla ibérica de Sagunto (Valencia). TVSIP, 62. Valencia.
- SPARKES, B. A. - TALCOTT, L.
 1970 Black and plain pottery of the 6th, 5th and 4th centuries BC. The Athenian Agora. Princeton.
- TRIAS, G.
 1967-68 Cerámicas griegas de la Península Ibérica. 2 vols. The W. L. Bryant Foundation. Valencia.

CORRESPONDENCIA DE LOS MATERIALES ARQUEOLOGICOS

Sector V. El Castellar. Corte «Alpha»

Estrato I (exterior casa).....	3094-3101 3102-3106 3107	(cer. a mano) cer. a torno) (fusaiola)
Estrato Ia (interior casa)	2983-2985 2986-3092 3007 3093	(cer. a mano) (cer. a torno) (cer. a mano) (punta de flecha).
Estrato Ib (interior casa)	3018-3580 3581 3582-3583	(cerámicas) (fíbula anular) (cer. áticas)

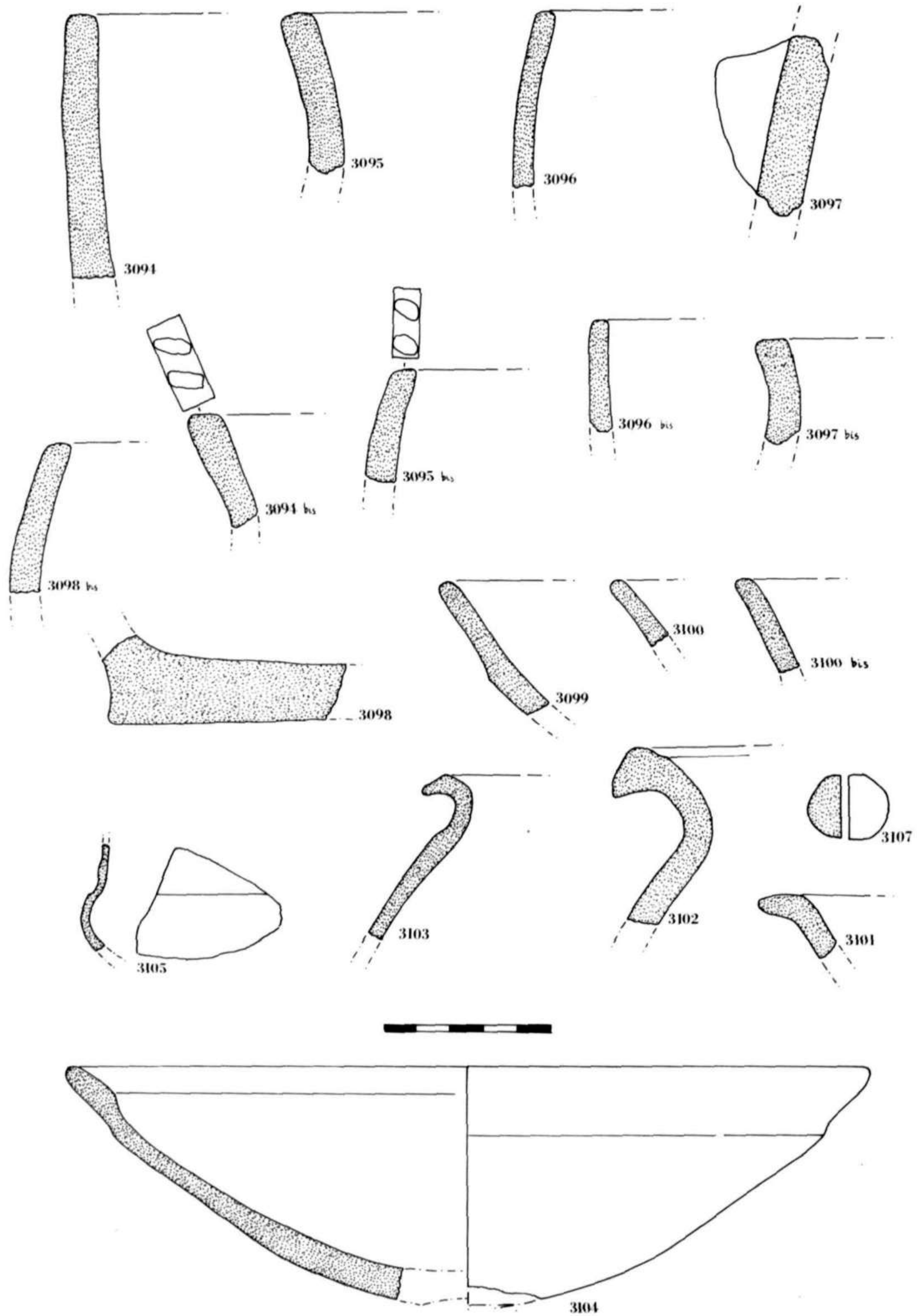


Fig. 56. - Materiales hallados sobre el pavimento amarillo en el exterior de la vivienda.

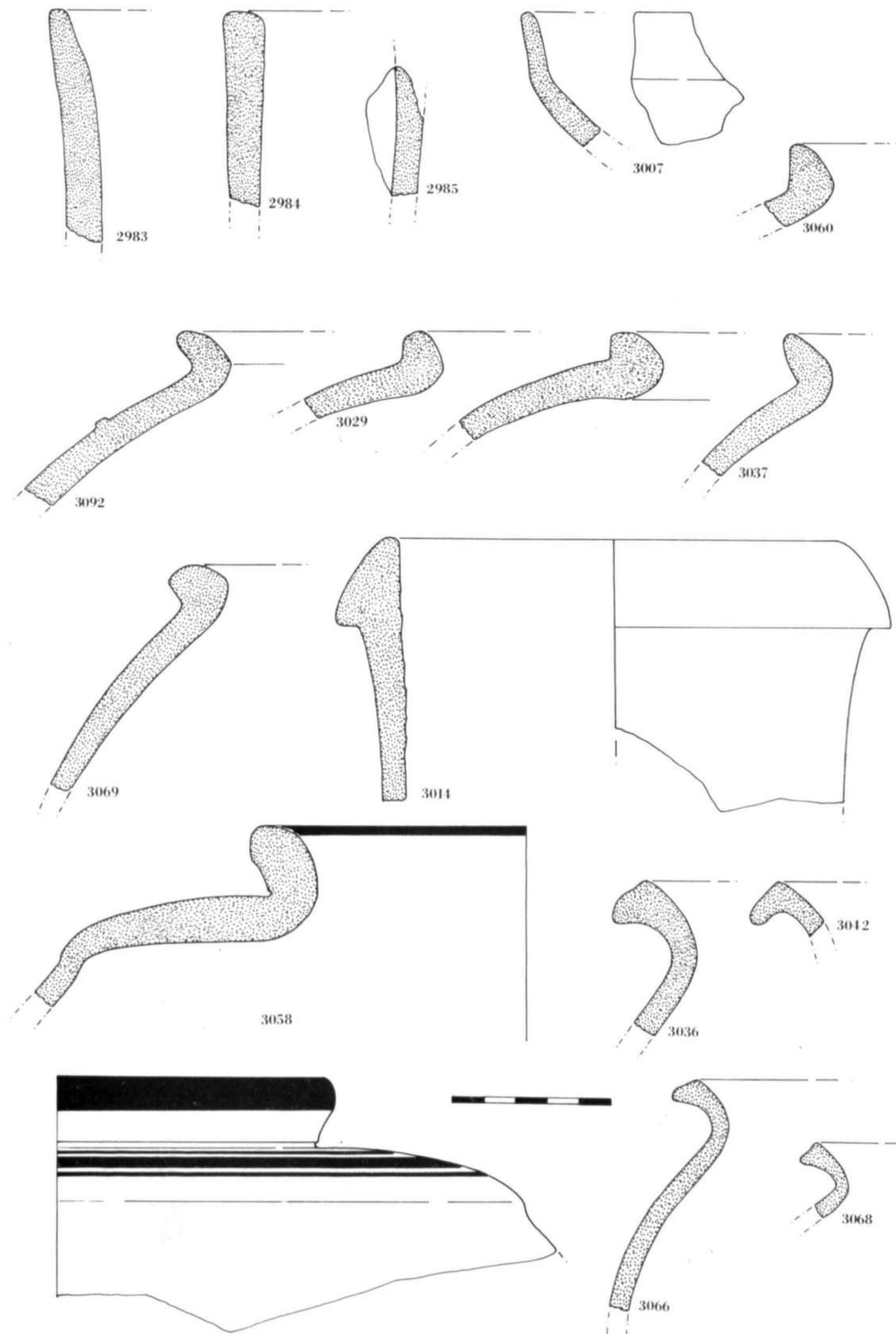


Fig. 57. – Materiales del estrato Ia de la vivienda ibérica.

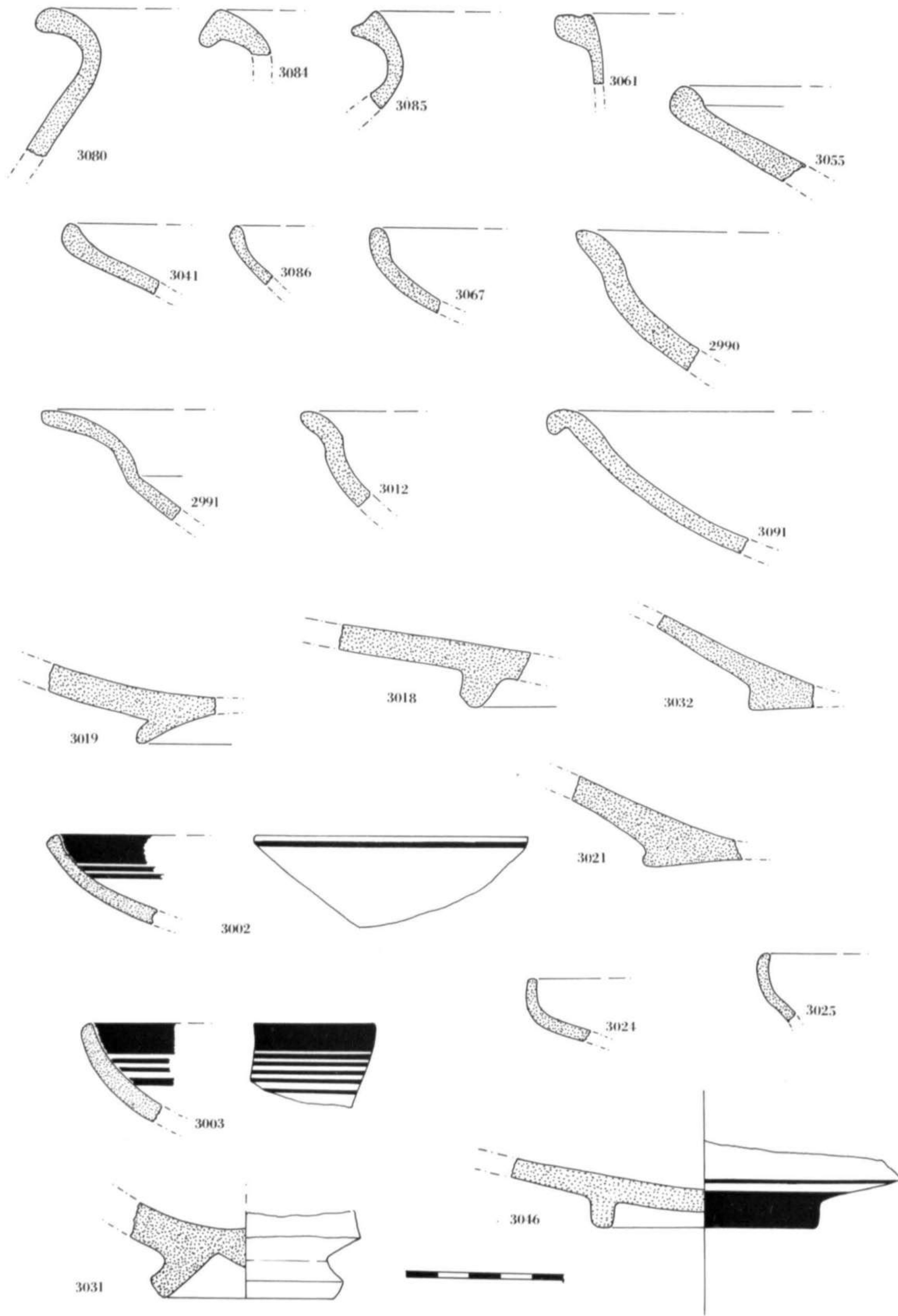


Fig. 58. – Materiales del estrato Ia de la vivienda ibérica.

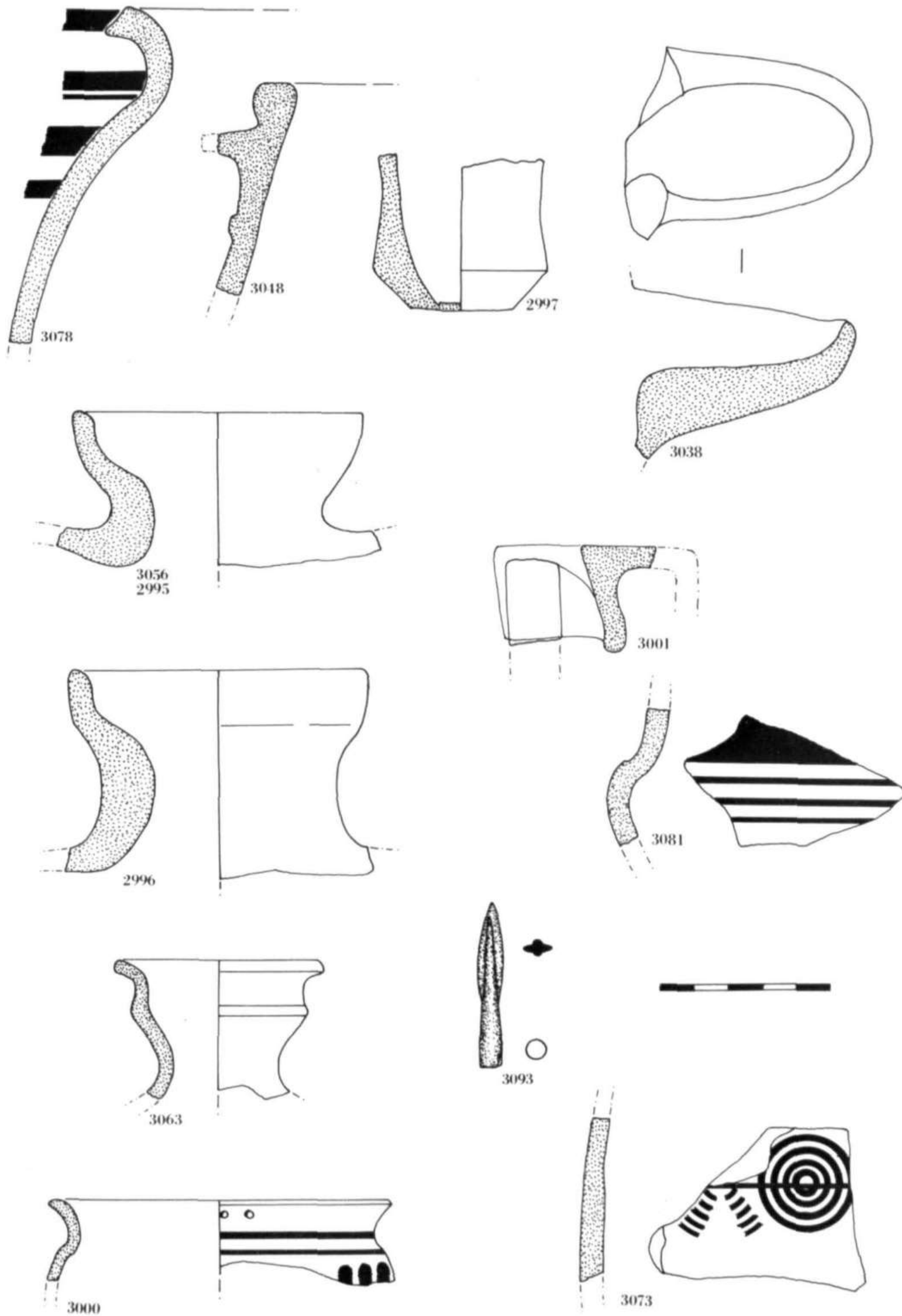


Fig. 59. – Materiales del estrato Ia de la vivienda ibérica.

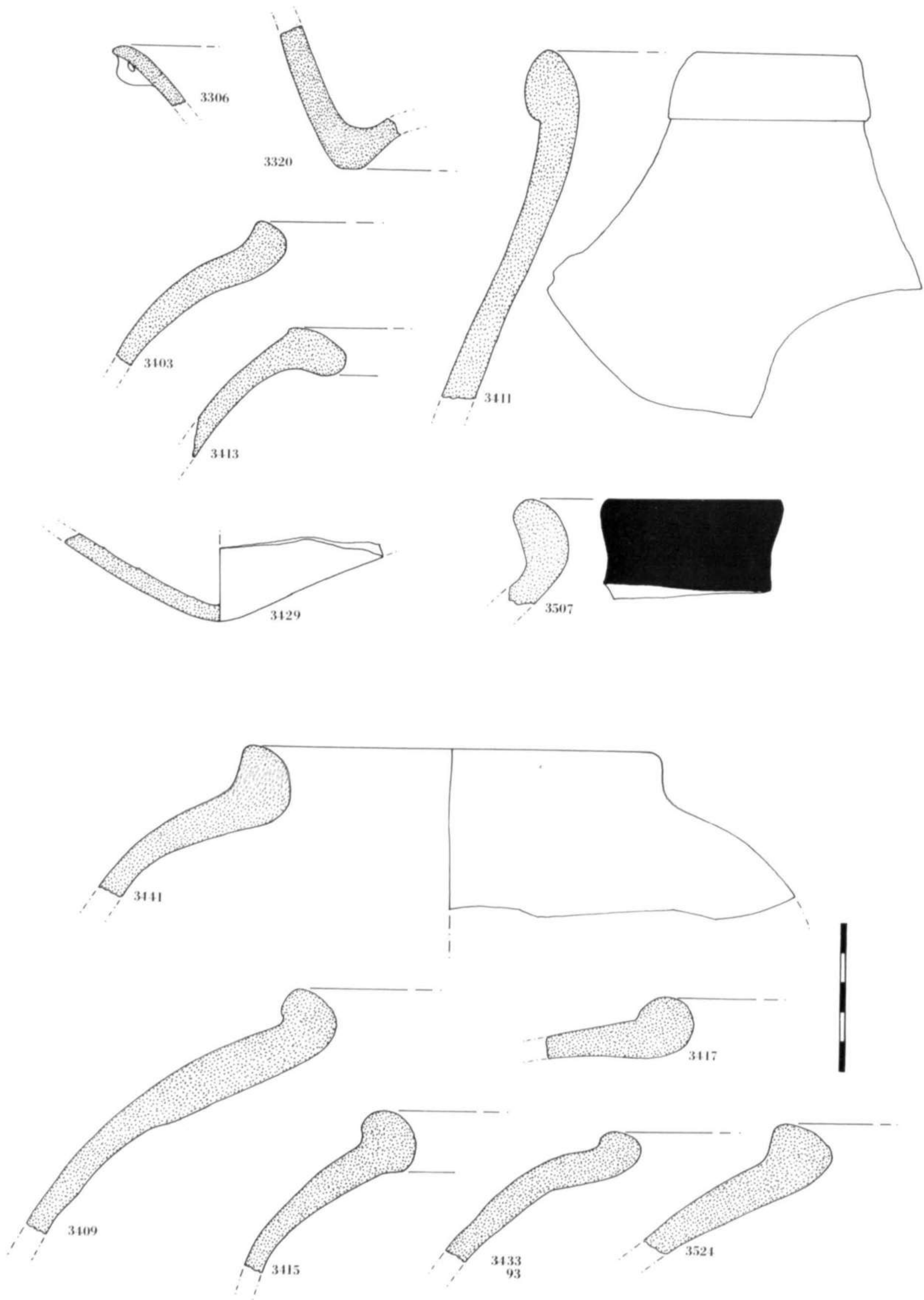


Fig. 60. – Materiales del estrato Ib de la vivienda ibérica.

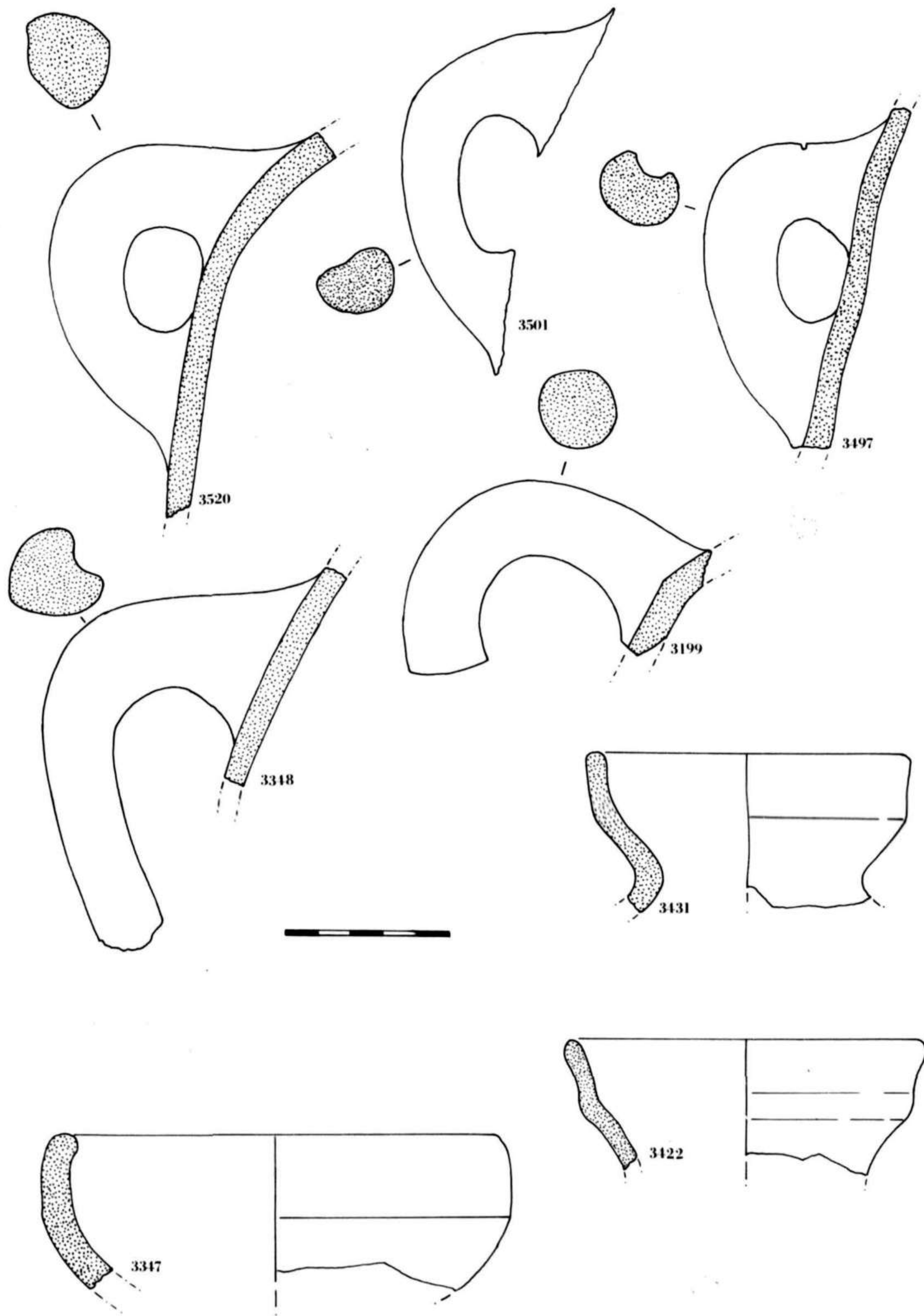


Fig. 61. - Materiales del estrato Ib de la vivienda ibérica.

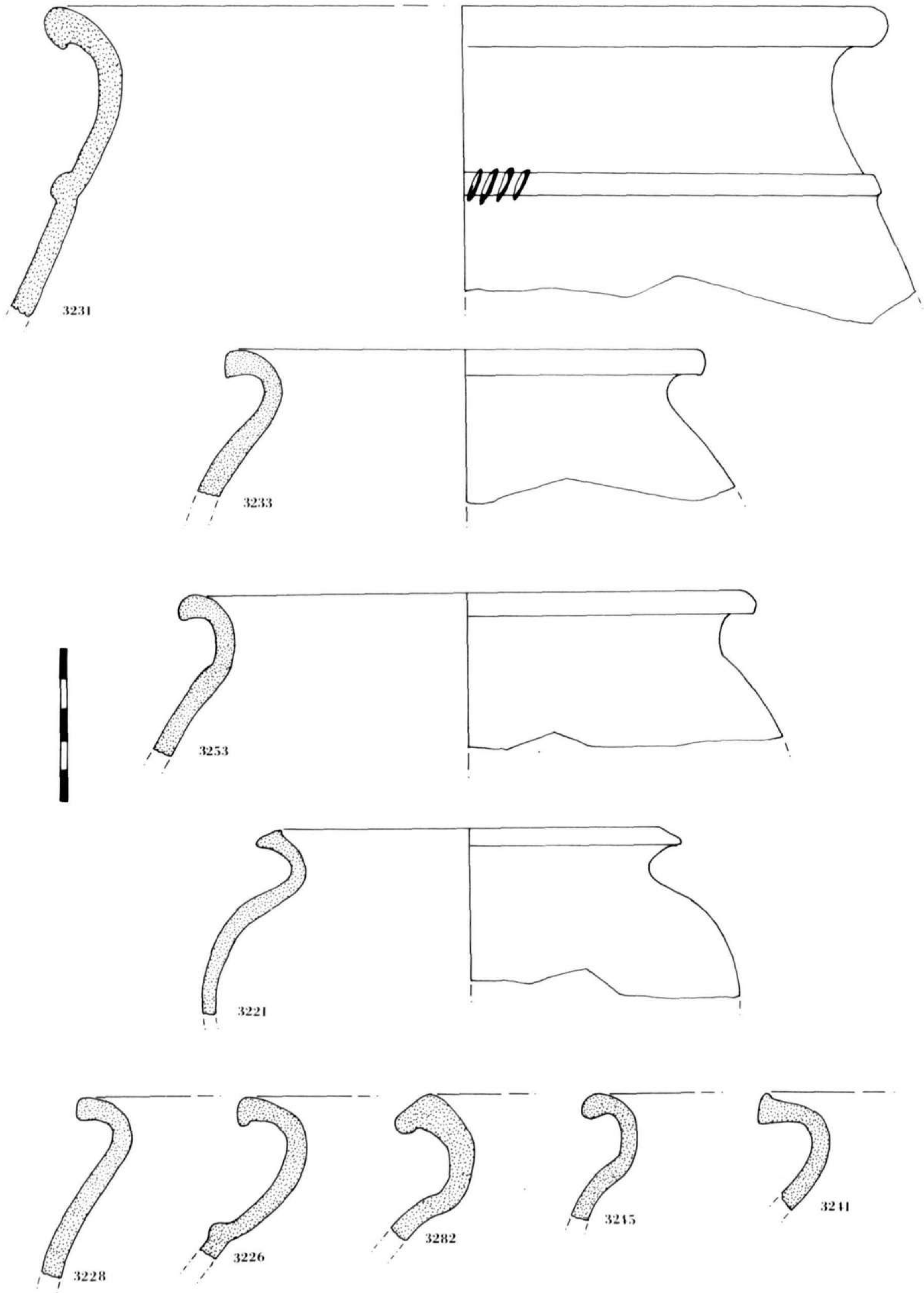


Fig. 62. - Cerámica de cocina del estrato Ib de la vivienda ibérica.

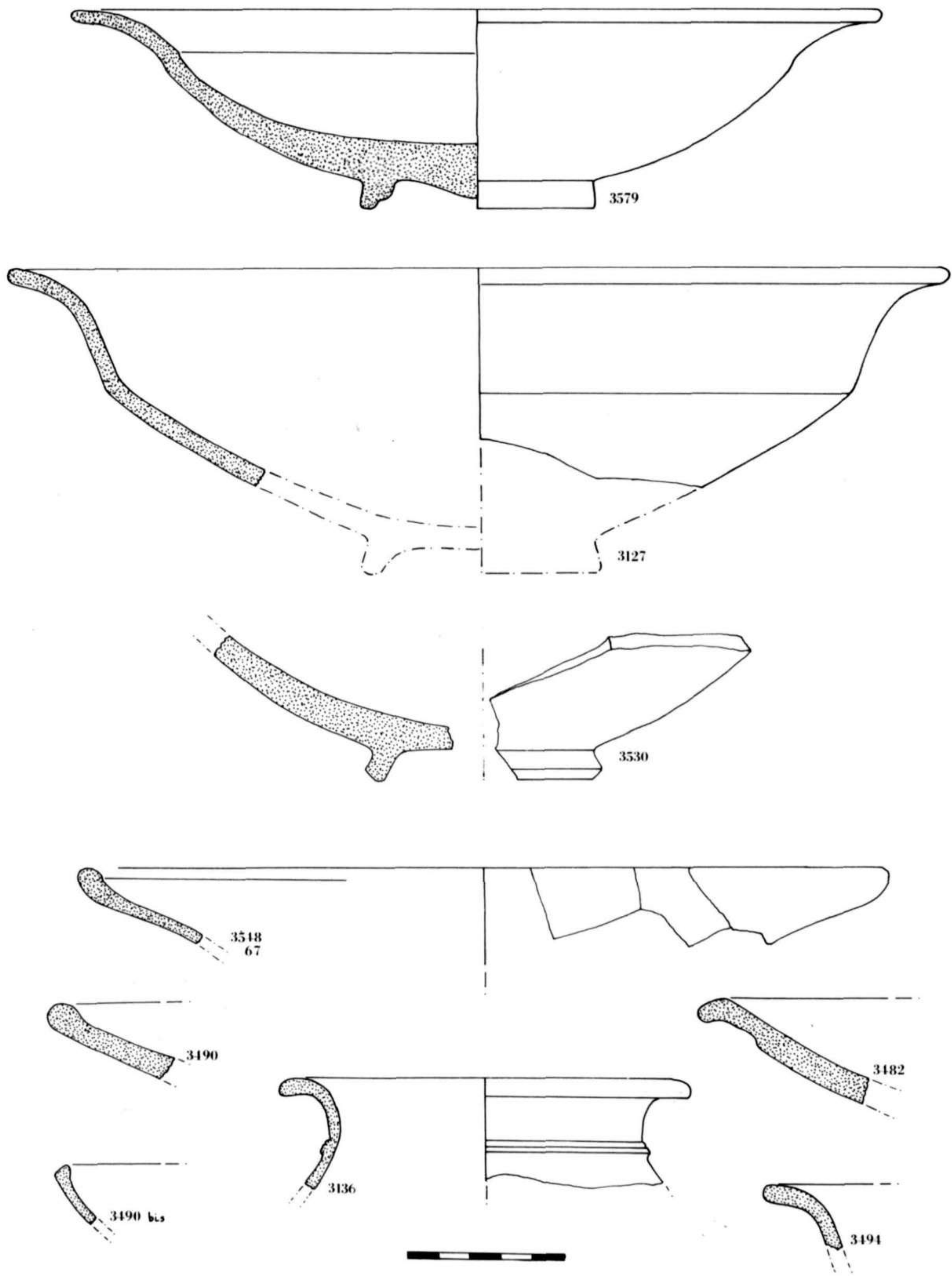


Fig. 63. – Cerámicas grises del estrato Ib de la vivienda ibérica.

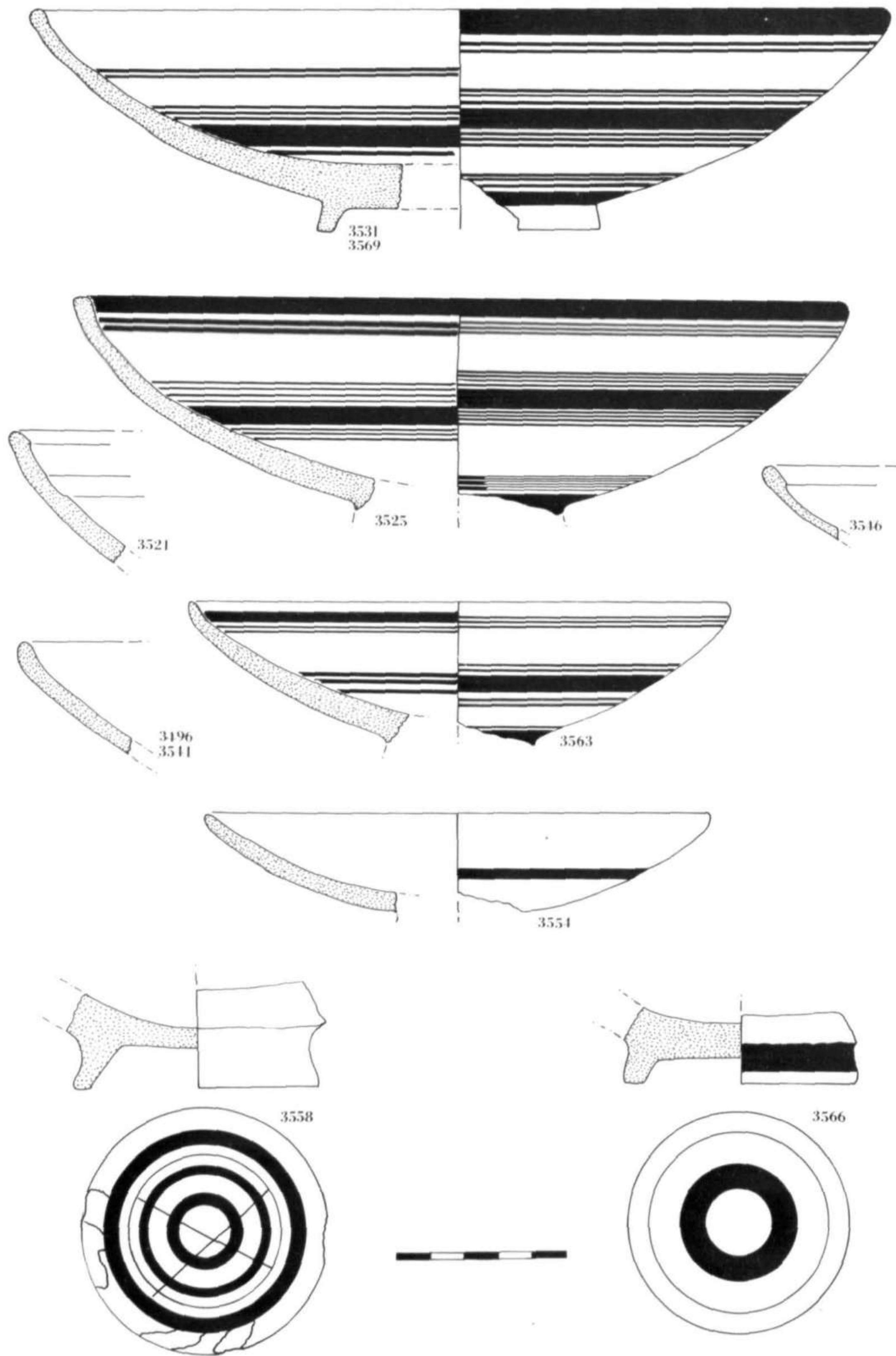


Fig. 64. - Platos pintados del estrato Ib de la vivienda ibérica.

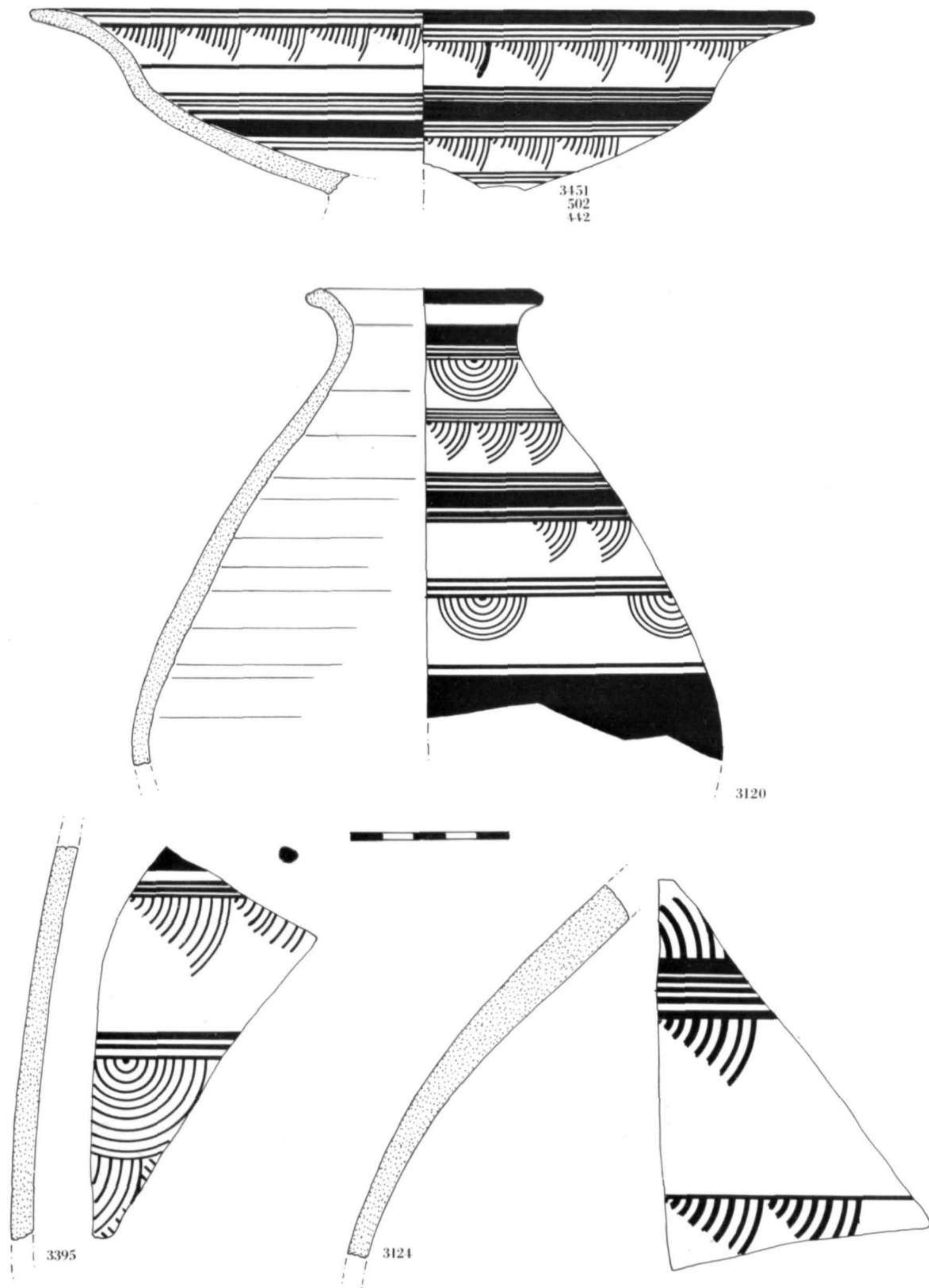


Fig. 65. - Cerámicas pintadas del estrato Ib de la vivienda ibérica.

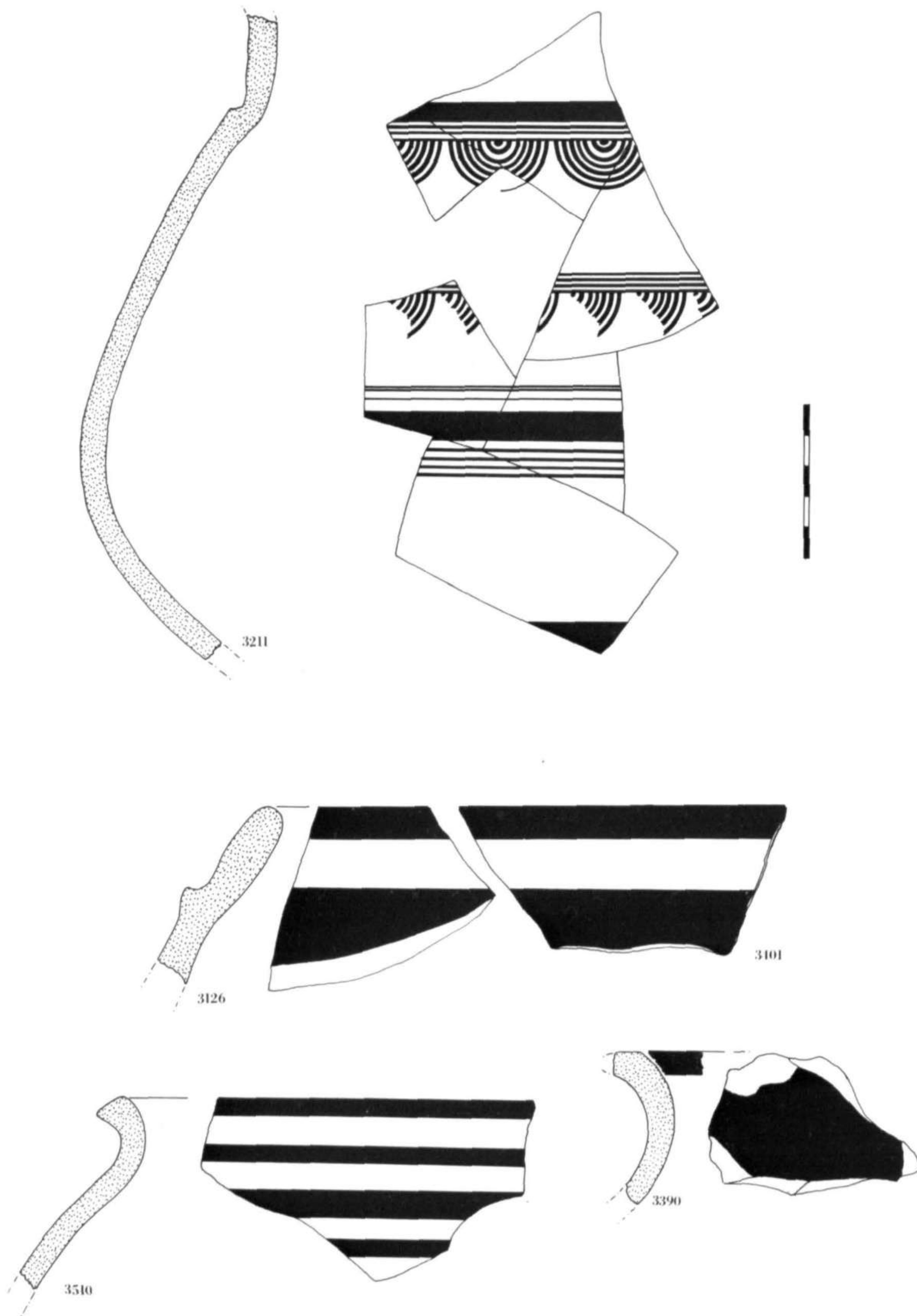


Fig. 66. – Cerámicas pintadas del estrato Ib de la vivienda ibérica.

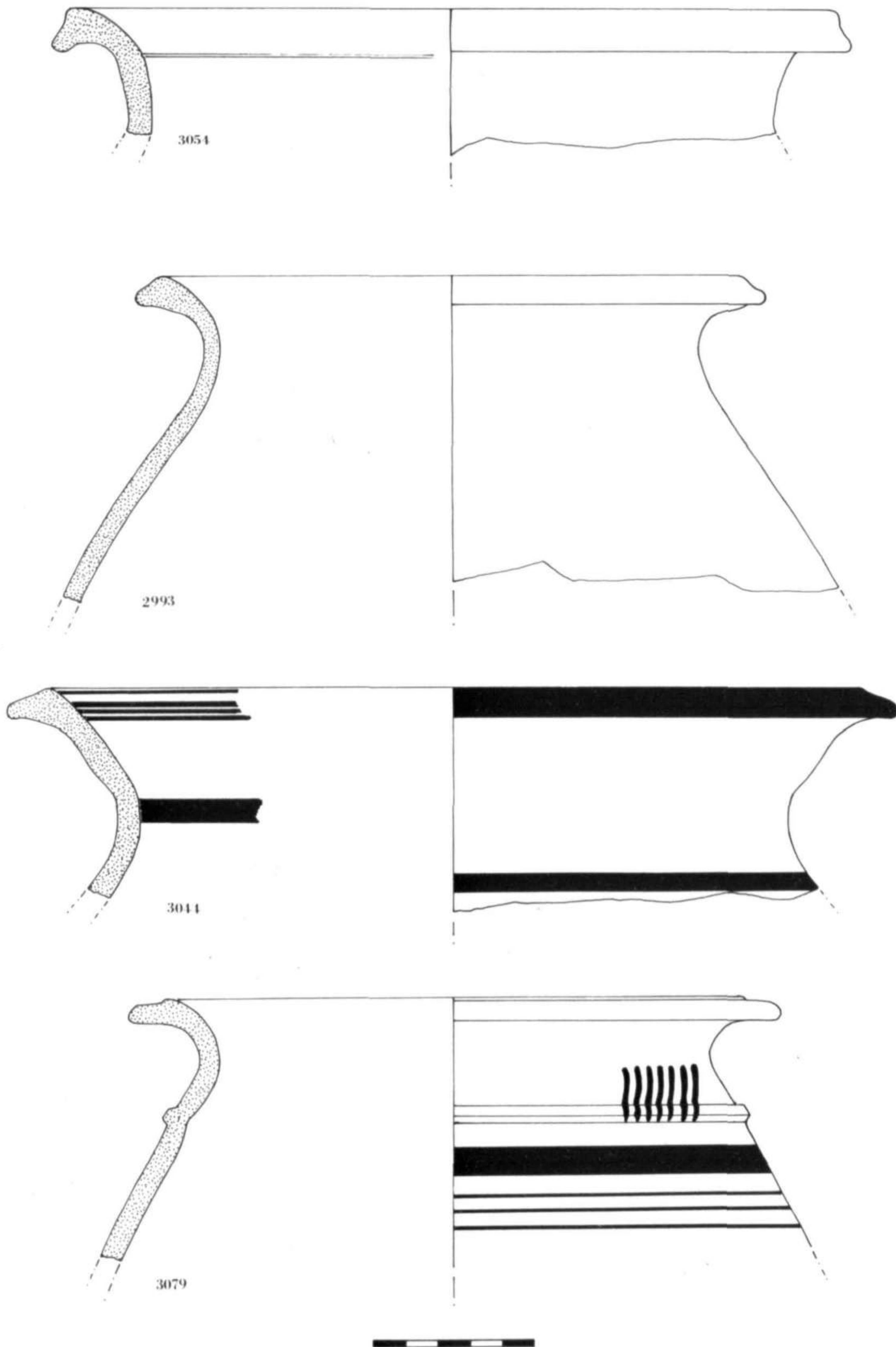


Fig. 67. - Cerámicas del estrato Ib de la vivienda ibérica.

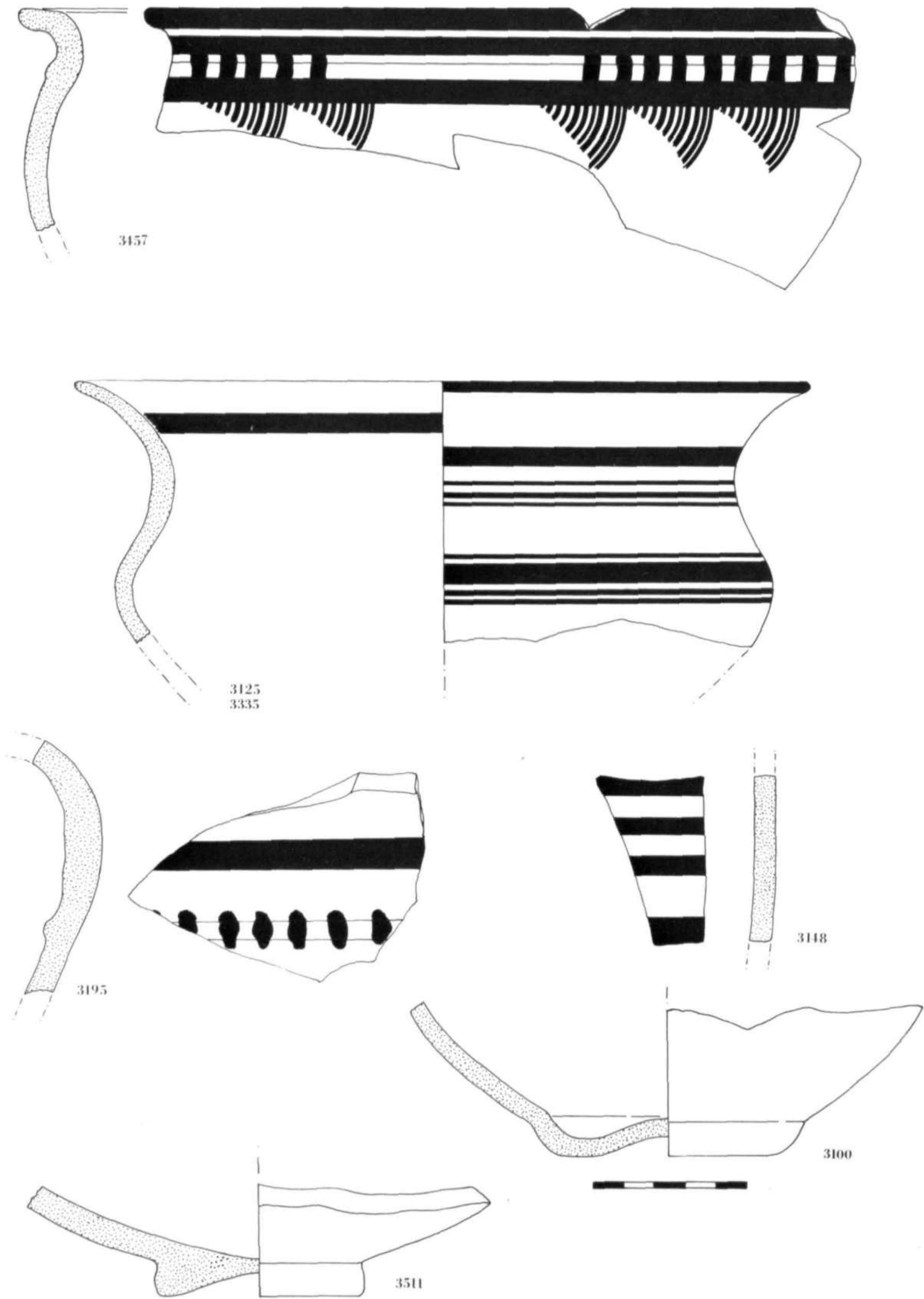


Fig. 68. - Cerámicas del estrato Ib de la vivienda ibérica.

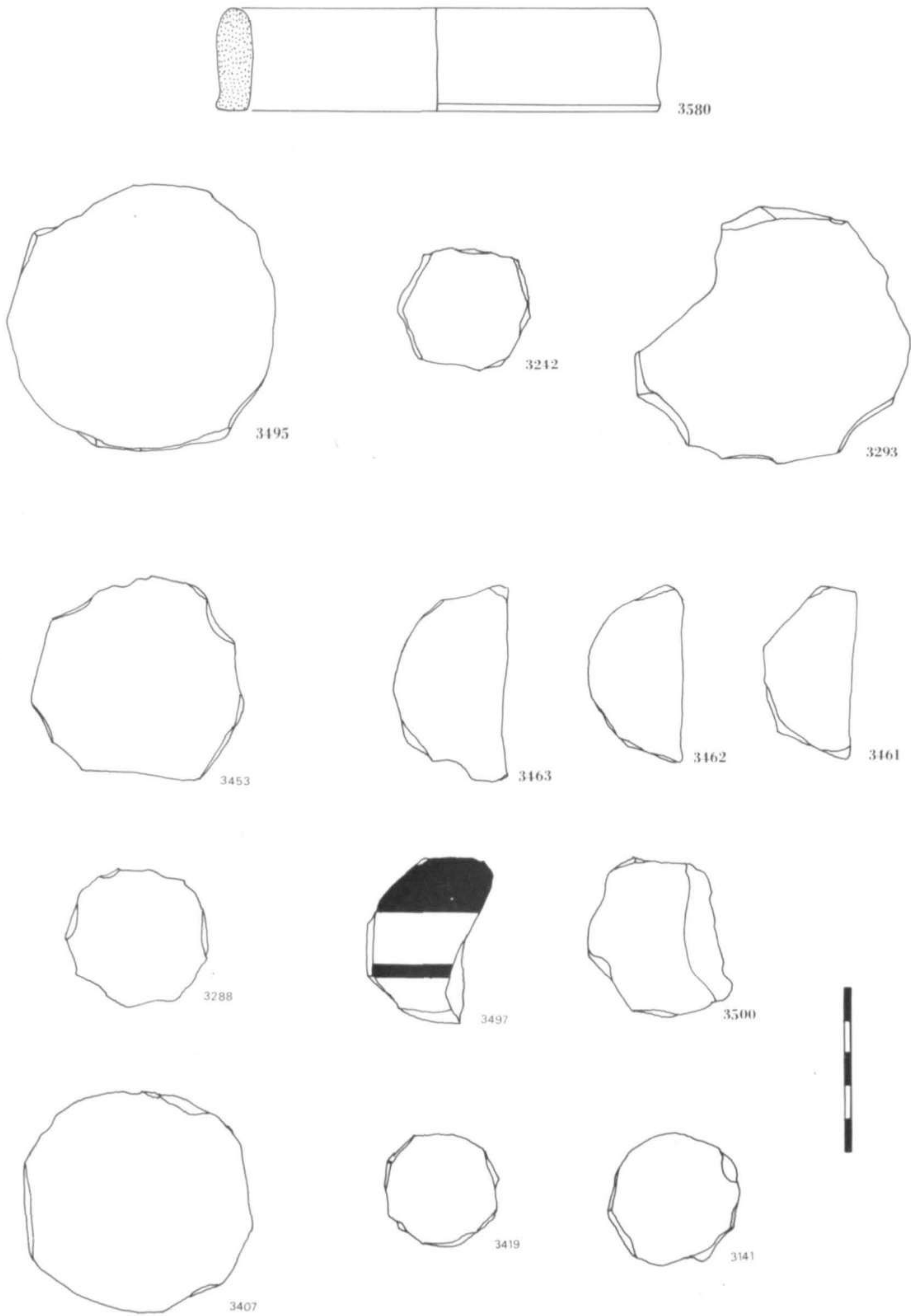


Fig. 69. – Soporte anular y tejos del estrato Ib de la vivienda ibérica.

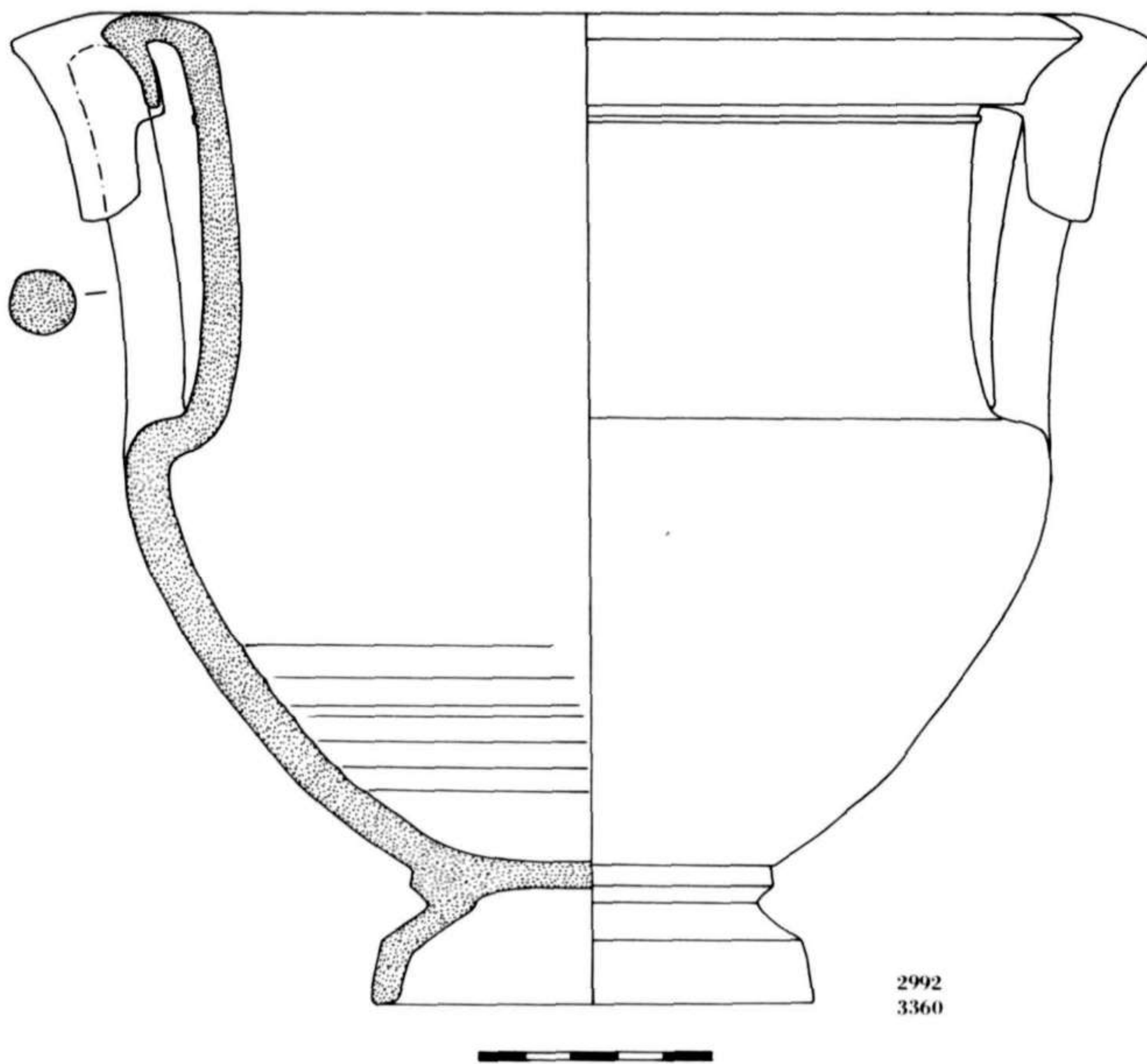
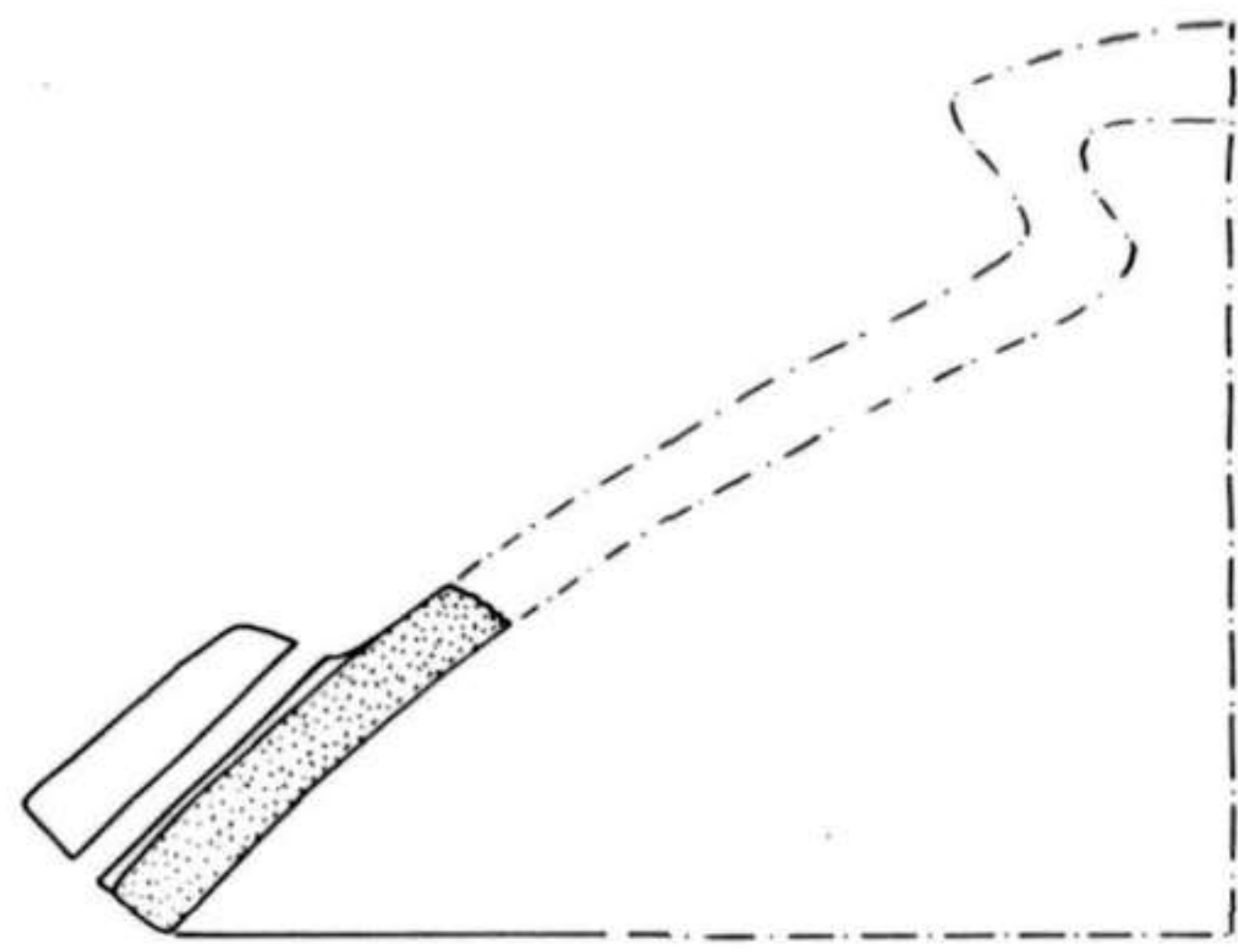
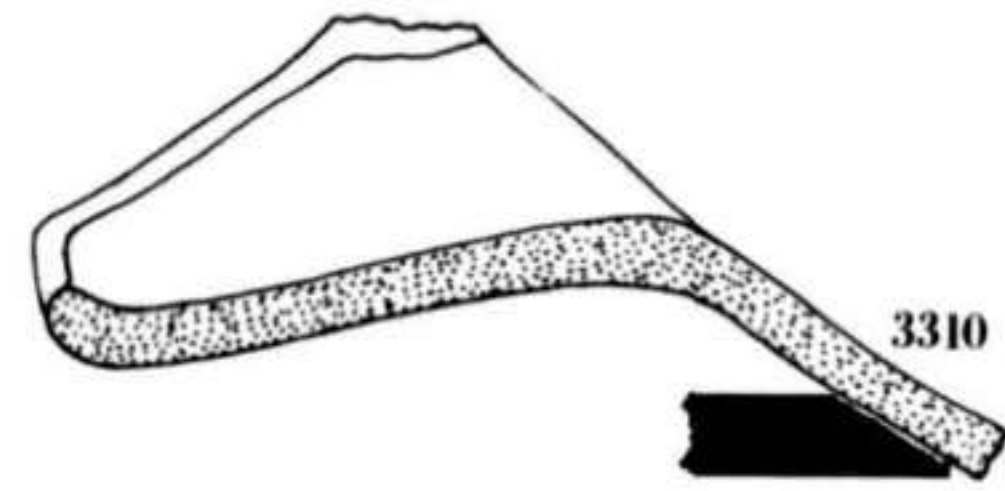


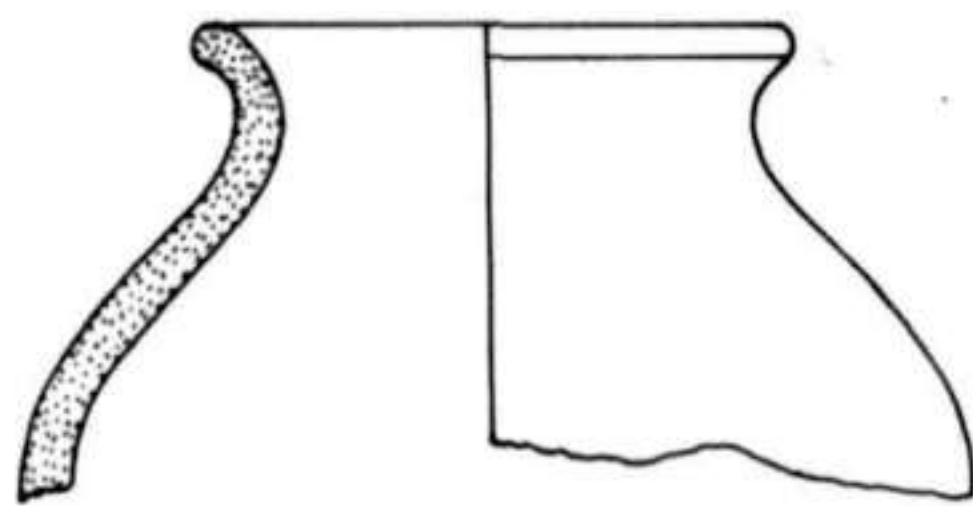
Fig. 70. – Kratera de columnas de imitación del estrato Ib de la vivienda ibérica.



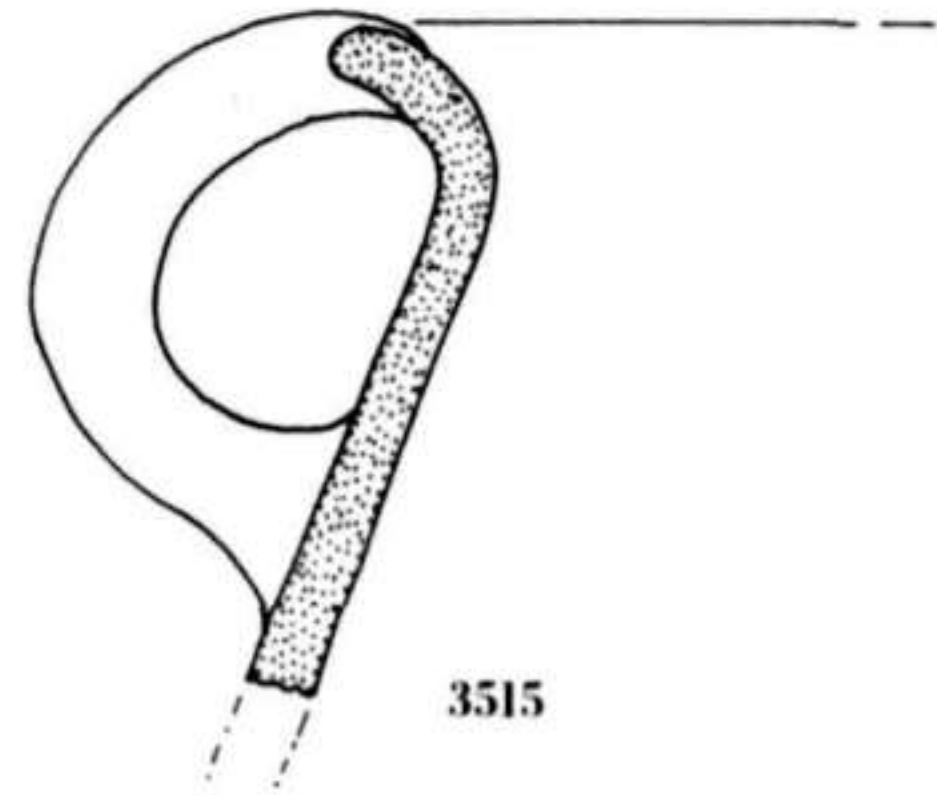
3313



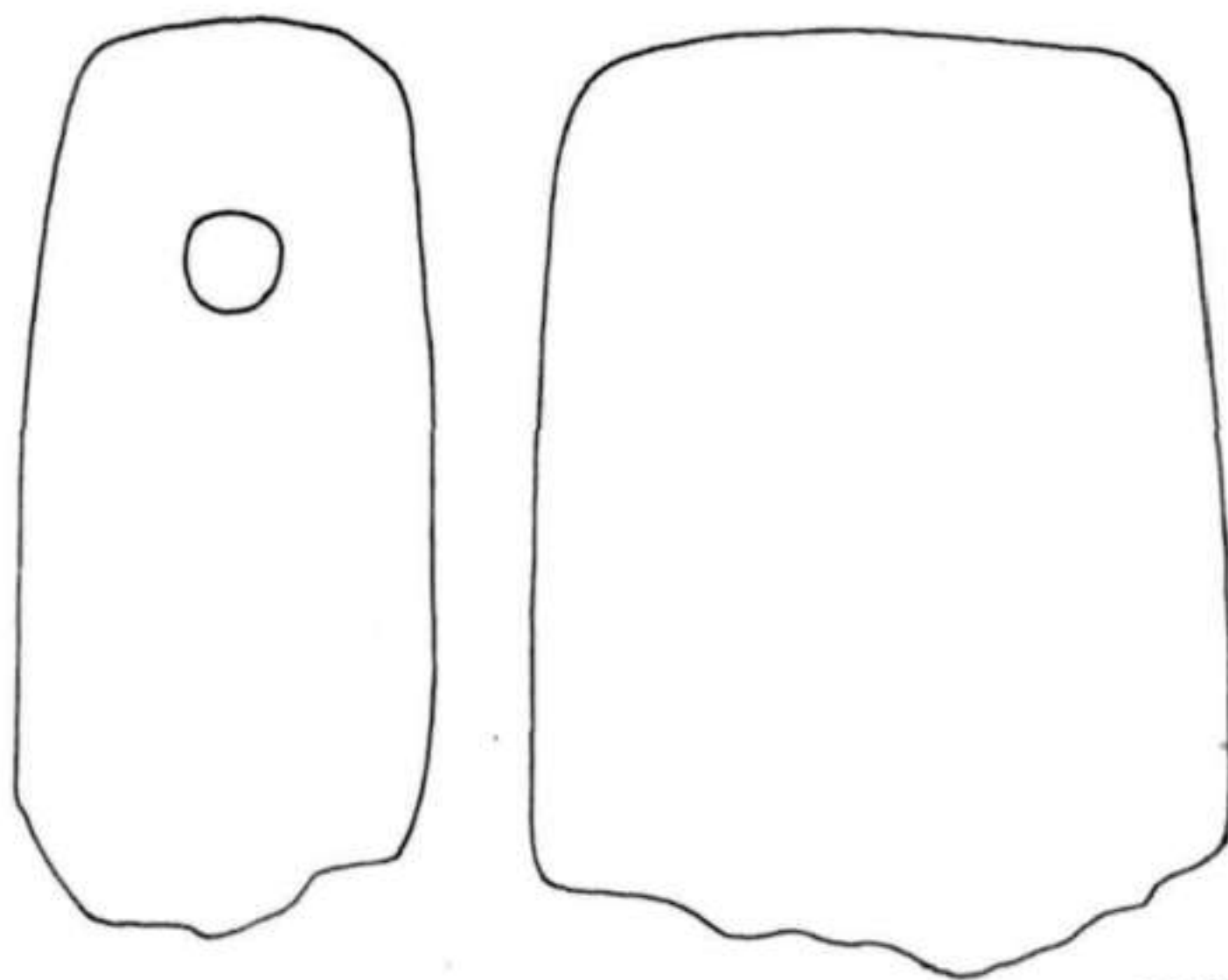
3310



3485



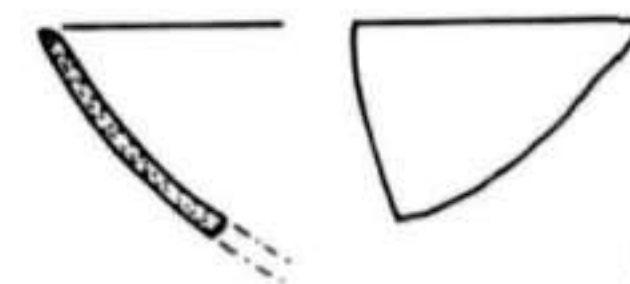
3515



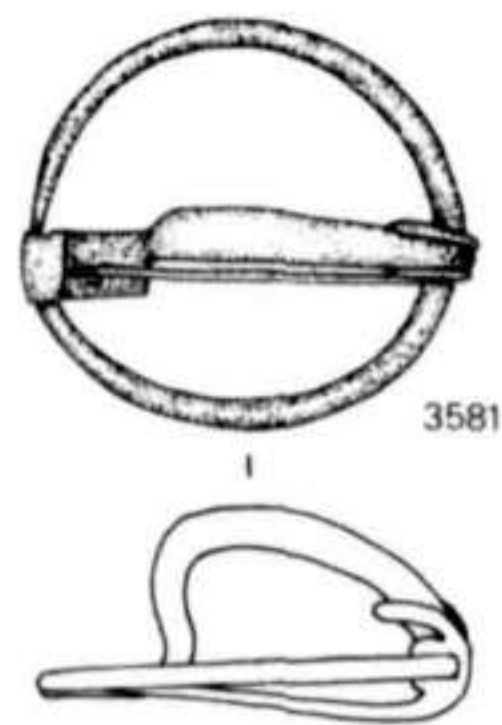
3435



3532



3538



3581



Fig. 71. - Materiales del estrato Ib de la vivienda ibérica.

CERAMICA A TORNO

NUMERO DE INVENTARIO	PARTE						CALIDAD			SUPERFICIE			C O L O R						PASTA			DESENGR.			DECORACION						marca								
	completo	tapadera	borde	gaibo	base	asa	orejuela	mala	normal	fina	muy fina	aspera	lisa	pulida	amarilla	ocre	anaranj. roja	gris clara	gris oscura	parda	negra	homogenea	con nucleo	varias capas	grueso	fino	muy fino	monocr.	anat/roj/mat.	gris/negro	bicroma	poliroma	estrias	estampillada	eng/barniz rojo	incisa	grabada		
2986			•					•				•				•						•				•													
2987			•	•				•				•				•						•				•													
2988				•				•				•		•								•				•													
2989				•				•				•		•								•				•													
2990			•	•			•					•		•					•			•			•														
2991			•					•				•										•				•													
2992			•	•				•				•		•								•				•													
2993			•	•				•				•										•				•													
2994				•				•				•		•								•				•			•										
2995			•					•				•										•				•													
2996			•	•				•				•										•				•													
2997					•			•				•				•						•				•													
2998					•			•				•				•						•				•													
2999			•					•				•		•								•				•													
3000			•					•		•			•									•				•													
3001			•			•		•					•			•						•				•													
3002			•					•				•				•						•				•													
3003			•					•				•				•						•				•													
3004			•					•				•				•						•				•													
3005				•				•				•				•						•				•													
3006																																							
3008				•				•				•				•						•				•													
3009				•		•		•				•				•						•				•													
3010			•					•				•				•						•				•													
3011					•			•				•				•						•				•													
3012			•					•				•				•						•				•													
3013			•					•				•				•						•				•													
3014			•					•			•					•						•				•													
3015					•			•				•				•						•				•													
3016			•					•				•				•						•				•													
3017					•			•				•				•						•				•													
3018					•			•				•		•								•				•													
3019					•		•					•				•						•				•													
3020				•				•				•		•								•				•													
3021					•			•				•				•						•				•													
3022				•				•				•				•						•				•													
3023				•				•				•		•								•				•													
3024			•	•				•				•				•						•				•													
3025			•					•				•				•						•				•													
3026			•					•				•				•						•				•													
3027						•		•				•				•						•				•													
3028			•					•				•				•						•				•													
3029			•					•				•				•						•				•													
3030			•					•				•				•						•				•													
3031					•			•				•				•						•				•													
3032					•			•				•				•						•				•													
3033				•				•				•				•						•				•													
3034			•					•				•				•						•				•													
3035			•					•				•				•						•				•													
3036			•					•			•					•						•				•													

AGP 1978

Fig. 72. - Trama de descripción de la cerámica.

CERAMICA A TORNO

NUMERO DE INVENTARIO	PARTE						CALIDAD				SUPERFICIE				C O L O R						PASTA			DESENGR.			DECORACION							marca							
	completo	lapadera	borde	galbo	base	asa	orejete	mal'a	normal	fina	muy fina	aspera	lisa	pulida	amarilla	ocre	anaranj.-roja	gris clara	gris oscura	parda	negra	homogénea	con nucleo	varias capas	grueso	fino	muy fino	monocr.	anar./roj./mar.	gris / negro	bicroma	poliroma	estrias	estampillada	eng./barniz rojo	incisa	grafitada				
3037			•					•				•			•						•					•															
3038				•				•				•		•							•					•															
3039				•				•				•		•							•					•															
3040				•				•				•			•						•					•															
3041			•						•				•								•					•															
3042			•				•				•										•			•		•															
3043				•				•				•			•						•					•															
3044			•					•				•			•						•					•															
3045			•					•				•			•						•					•															
3046					•			•				•			•						•					•															
3047				•		•		•				•			•						•					•															
3048			•					•				•			•						•					•															
3049			•					•				•			•						•					•															
3050			•					•				•			•						•					•															
3051				•				•				•			•						•					•															
3052				•				•				•			•						•					•															
3053			•	•				•				•			•						•					•															
3054			•					•				•			•						•					•															
3055			•					•				•			•						•					•															
3056			•	•				•				•			•						•					•															
3057			•					•				•			•						•					•															
3058			•	•				•				•			•						•					•															
3059				•				•				•			•						•					•															
3060			•					•				•			•						•					•															
3061			•					•				•			•						•					•															
3062				•				•				•			•						•					•															
3063			•					•				•			•						•					•															
3064			•					•				•			•						•					•															
3065				•		•		•				•			•						•					•															
3066			•					•				•			•						•					•															
3067			•					•				•			•						•					•															
3068			•					•				•			•						•					•															
3069			•					•				•			•						•					•															
3070				•				•				•			•						•					•															
3071			•				•					•			•						•					•															
3072						•		•				•			•						•					•															
3073				•				•				•			•						•					•															
3074			•					•				•			•						•					•															
3075			•					•				•			•						•					•															
3076					•			•				•			•						•					•															
3077				•				•				•			•						•					•															
3078			•	•				•				•			•						•					•															
3079			•	•				•				•			•						•					•															
3080			•					•				•			•						•					•															
3081				•				•				•			•						•					•															
3082						•		•				•			•						•					•															
3083			•					•				•			•						•					•															
3084			•					•				•			•						•					•															
3085			•					•				•			•						•					•															
3086			•					•				•			•						•					•															
3087			•					•				•			•						•					•															

AGP 1978

Fig. 73. - Trama de descripción de la cerámica.

CERAMICA A TORNO

NUMERO DE INVENTARIO	PARTE						CALIDAD				SUPERFICIE			C O L O R						PASTA			DESENGR.			DECORACION						marca							
	completo	tapadera	borde	galbo	base	asa	orejeta	mala	normal	fina	muy fina	aspera	lisa	pulida	amarilla	ocre	anaranj. roja	gris clara	gris oscura	parda	negra	homogenea	co. nucleo	varias capas	Grueso	fino	muy fino	anat/roj/mar.	gris/negro	bicolora	polictoma	estrias	estampillada	eng/barniz rojo	incisa	grafitada			
3088			•	•				•				•				•					•					•													
3089			•					•					•			•						•					•												
3090			•					•					•			•						•					•												
3091			•	•				•					•				•					•					•												
3092			•					•					•			•						•					•												
-																																							
3102			•	•				•					•									•				•													
3103			•	•				•					•									•				•													
3104			•	•				•					•									•				•													
3105				•				•					•			•						•					•												
3106				•				•					•			•						•				•			•										
-																																							
3411			•					•					•			•						•					•												
3409			•					•					•			•						•					•												
3415			•					•					•			•						•					•												
3417			•					•					•			•						•					•												
3493			•					•					•			•						•					•												
3441			•					•					•			•						•					•												
3524			•					•					•			•						•					•												
3403			•					•					•			•						•					•												
3413			•					•					•			•						•					•												
3507			•					•					•			•						•					•												
3429				•				•					•			•						•					•												
3520					•			•					•			•						•					•												
3501					•			•					•			•						•					•												
3497					•			•					•			•						•					•												
3348					•			•					•			•						•					•												
3199					•			•					•			•						•					•												
3431			•					•					•			•						•					•												
3422			•					•					•			•						•					•												
3347			•					•					•			•						•					•												
3580	•							•					•			•						•					•												
3495				•				•					•			•						•					•												
3293				•				•					•			•						•					•												
3407				•				•					•			•						•					•												
3453				•				•					•			•						•					•												
3463				•				•					•			•						•					•												
3462				•				•					•			•						•					•												
3461				•				•					•			•						•					•												
3497				•				•					•			•						•					•												
3500				•				•					•			•						•					•												
3419				•				•					•			•						•					•												
3242				•				•					•			•						•					•												
3288				•				•					•			•						•					•												
3579	•							•					•			•						•					•												
3548			•					•					•			•						•					•												
3530				•	•			•					•			•						•					•												
3559					•			•					•			•						•					•												
3490			•					•					•			•						•					•												
3490 b			•	•				•					•			•						•					•												
3494			•					•	•				•			•						•					•												

AGP 1978

Fig. 74. - Trama de descripción de la cerámica.

CERAMICA A TORNO

NUMERO DE INVENTARIO	PARTE						CALIDAD			SUPERFICIE			C O L O R						PASTA			DESENGR.			DECORACION						marca						
	completo	tapadera	borde	galbo	base	asa	orejete	mala	normal	fina	muy fina	aspera	lisa	pulida	amarilla	ocre	anaranj. roja	gris clara	gris oscura	parda	negra	homogenea	con nucleo	varias capas	grueso	fino	muy fino	anar/roj/mar.	gris/negro	bicroma	policroma	estrias	estampillada	eng/barniz rojo	incisa	grafitada	
3127			•	•					•				•								•				•												
3136			•						•				•					•				•				•											
3233			•					•				•										•			•												
3224			•					•				•										•			•												
3231			•					•				•										•			•												
3221			•					•				•										•			•												
3228			•					•				•										•			•												
3226			•					•				•										•			•												
3282			•					•				•										•			•												
3245			•					•				•										•			•												
3241			•					•				•										•			•												
2992	•									•			•			•						•					•										
3525		•	•					•				•				•		•				•					•										
3531		•	•	•				•				•				•						•					•										
3479		•	•					•				•				•						•					•										
3554		•	•					•				•				•						•					•										
3563		•	•					•				•				•						•					•										
3521		•	•					•				•				•						•					•										
3496		•	•					•				•				•						•					•										
3539		•	•					•				•				•						•					•										
3555		•						•				•				•						•					•										
3572		•						•				•				•						•					•										
3573		•						•				•				•						•					•										
3560		•	•					•				•				•						•					•										
3550		•						•				•				•						•					•										
3542		•	•					•				•				•						•					•										
3568		•						•				•				•						•					•										
3484		•						•				•				•						•					•										
3478		•						•				•				•						•					•										
3526		•						•				•				•						•					•										
3546		•	•					•				•				•						•					•										
3566					•			•				•				•						•					•										
3558					•			•				•				•						•					•										•
3488			•	•				•				•				•						•					•										
3442		•	•					•		•		•				•						•					•										
3120		•	•					•		•		•				•						•		•				•									
3395			•					•				•				•						•					•										
3124			•					•				•				•						•					•										
3211			•					•				•				•						•					•										
3126		•						•				•				•						•					•										
3510		•	•					•		•		•				•						•		•				•									
3457		•	•					•		•		•				•						•		•				•									
3316		•	•					•		•		•				•						•					•										
3195			•					•				•				•						•					•										
3168			•					•				•				•						•					•										
3148			•					•				•				•						•					•										
3390		•						•				•				•						•					•										•
3110					•			•				•				•						•					•										
3511			•	•				•				•				•						•					•										
3310			•					•				•				•						•					•										
3313		•						•				•				•						•					•										

AGP 1978

Fig. 75. - Trama de descripción de la cerámica.

CERAMICA A MANO

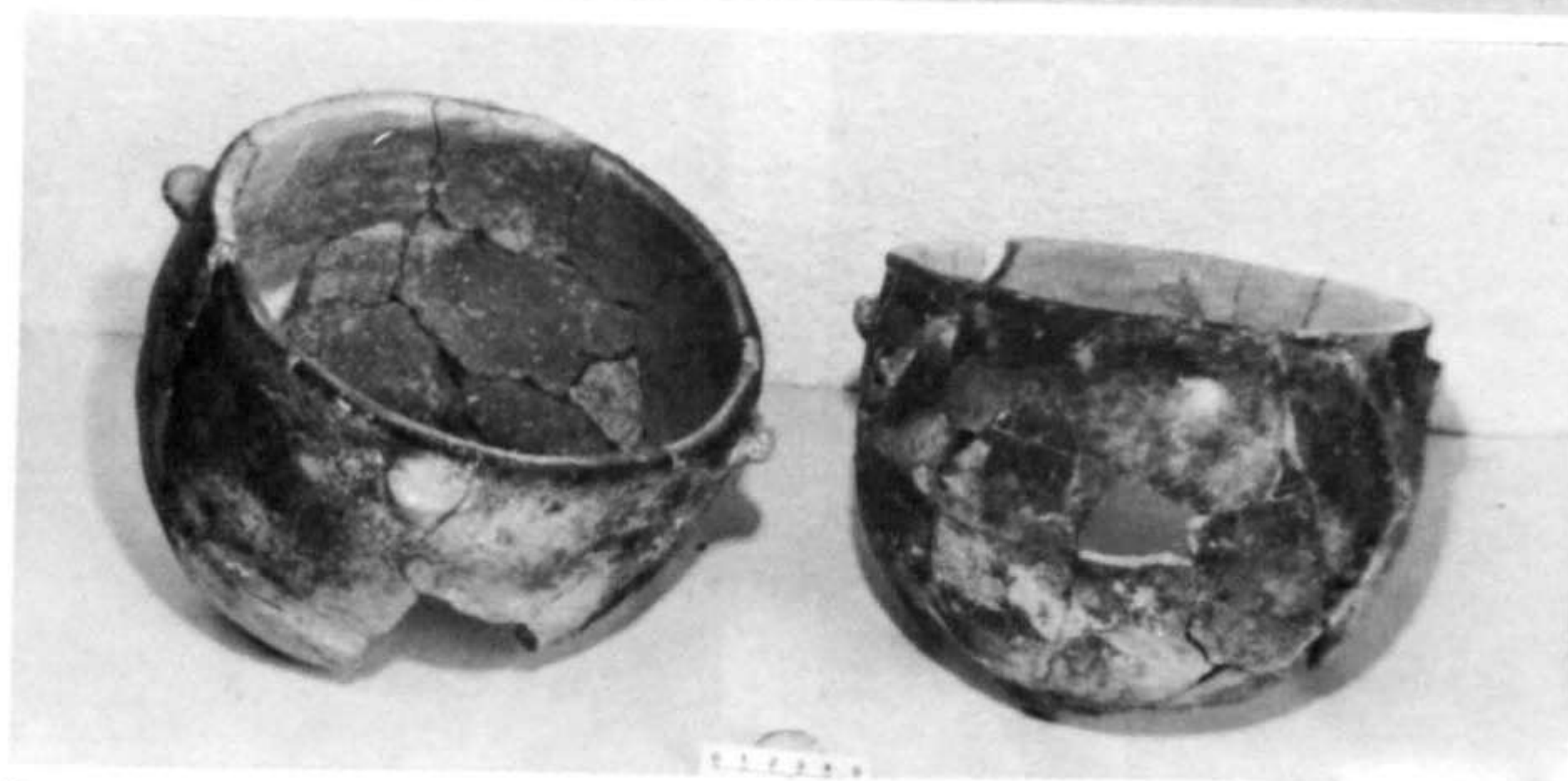
NUMERO DE INVENTARIO	PARTE				CALIDAD	SUPERFICIE				COLOR						PASTA			DESENGRAS			DECORACION																
	completo	borde	galbo	base		asa-mamelon	grosera	intermedia	fina	rugosa	escobillada	lisa	lisco pulido	bruñida	amarilla	ocre/verd.	anaranj.-rojiza	gris clara	gris oscura	parda	negra	homogenea	con nucleo	varias capas	grosso	fino	muy fino	cordones	trazos	tema	incisa	acanaladuras	pintura	engobe	excisa	boquique	impresa	botones
2983		•				•		•						•							•			•														
2984		•				•		•						•								•			•													
2985			•		•	•		•					•									•			•													
-																																						
3007		•					•					•					•				•				•													
-																																						
3094		•				•		•						•									•		•													
3095		•				•		•						•							•				•													
3096		•				•		•								•						•			•													
3097			•		•	•		•					•								•				•													
3098				•		•		•						•								•			•													
3099		•					•					•					•					•			•													
3100		•					•					•					•					•			•													
3101		•					•					•					•				•				•													
-																																						
3306		•			•		•					•									•				•													
3320				•		•		•					•		•							•			•													
-																																						
3141			•			•		•						•								•			•													
-																																						

AGP 1978

Fig. 76. - Trama de descripción de la cerámica.



Lám. I. – Localización del poblado en las crestas del Pic de Les Moreres y aspectos de las excavaciones.



Lám. II. – Aspecto de la gran casa excavada en el Sector XIII B y detalle de algunos materiales cerámicos hallados en su interior.



Lám. III. – Detalle de la casa excavada en el Sector V, en el interior del recinto fortificado de El Castellar.

EL CERRO DE LOS ENCAÑOS (VILLAR DEL HORNO. CUENCA)

Adriano Gómez Ruiz

Págs.

I.	Introducción	267
II.	Situación	267
III.	Excavación	269
IV.	Las habitaciones del poblado.....	275
V.	Sistema defensivo.....	280
VI.	Clasificación y estudio del material	281
VII.	Análisis porcentual de la cerámica.....	333
VIII.	Cronología y conclusiones	335
IX.	Estudio de la fauna	343

INTRODUCCION

Queremos dar a conocer en estas Memorias los trabajos realizados durante tres campañas de excavación y avanzar los resultados de una cuarta en el yacimiento arqueológico llamado Cerro de los Encaños, próximo a Villar del Horno (Cuenca).

Tuvimos noticias del yacimiento a través del Director del Museo Provincial de Cuenca, don Manuel Osuna Ruiz, quien nos animó a su excavación y estudio.

Su descubrimiento se debe, como otros muchos en la provincia, a la entusiasta e incansable labor de don Francisco Suay, a quien tanto debe la arqueología conquesa, por lo que no quisiéramos seguir sin hacerle constar nuestro agradecimiento sincero.

Visitado por nosotros el lugar, nos dimos cuenta de su importancia arqueológica, tanto por las impresiones visuales que su orografía nos revelaba como por la gran cantidad y calidad de la cerámica que nos ofrecía en superficie.

Solicitado el oportuno permiso de excavación y concedido éste a través de la Subdirección de Excavaciones Arqueológicas de la Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural (entonces Dirección General de Bellas Artes) iniciamos una corta campaña, toda vez que la asignación económica que solicitábamos no nos fue concedida, por lo que delimitamos una cuadrícula de 6 x 6 ms. en el borde de la ladera norte, siguiendo criterios económicos (mayor facilidad para desalojar tierras, menor profundidad de la tierra vegetal, etc.) más que orográficos y arqueológicos por la penuria económica ya citada y por incluir una cata antigua realizada por Francisco Suay, cuyos materiales quedaron depositados en el Museo Provincial de Cuenca (1).

Anteriormente habíamos mandado levantar el plano topográfico, del yacimiento, por lo que hicimos coincidir la cuadrícula con la perpendicular E-E₂ al eje central y longitudinal, con vista a situar perfectamente en este plano general la planta de ésta y la de futuras campañas (Plano 1).

SITUACION

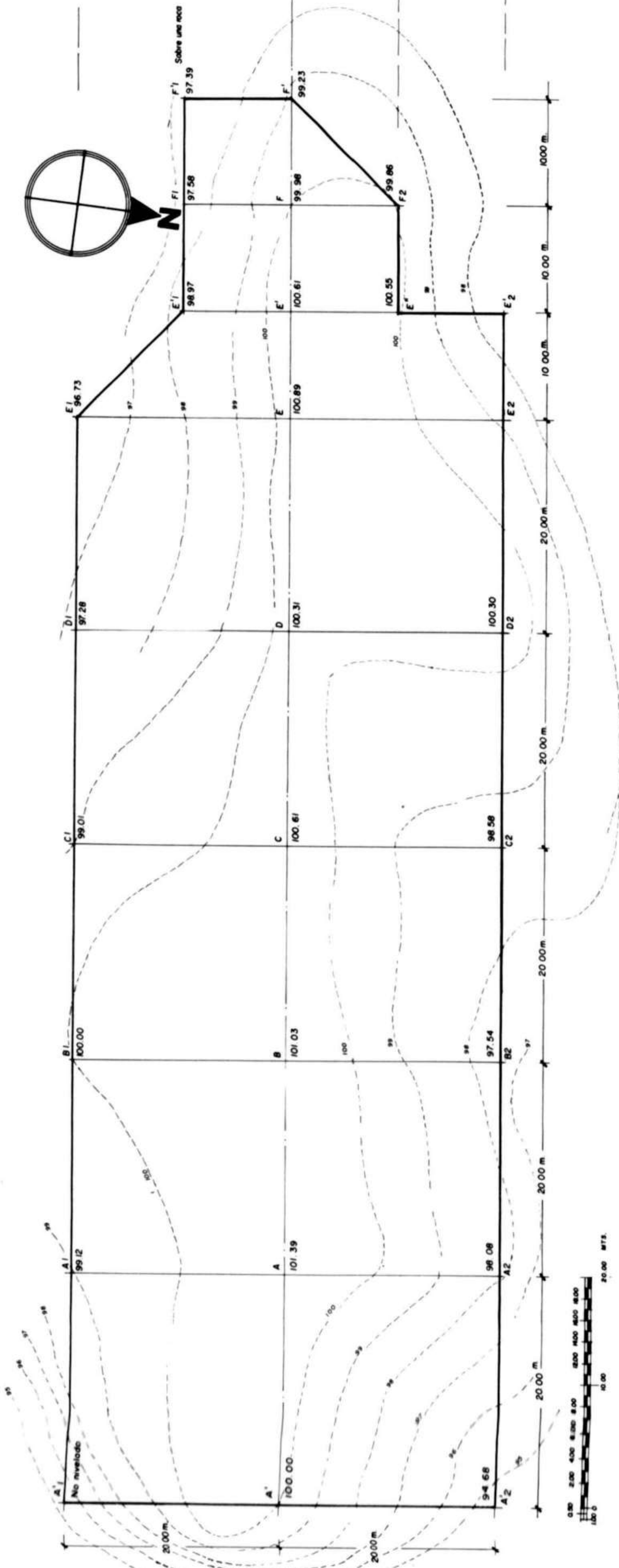
El yacimiento se halla situado en Villar del Horno, término de Torrejoncillo, provincia de Cuenca, entre las coordenadas geográficas 1° 14' 30" longitud este y 40° 3' 20" latitud Norte, según el meridiano de Madrid (Fig. 1,1).

Este punto se puede localizar en la hoja número 609 editada por el Instituto Geográfico y Catastral a escala 1:50.000, a la derecha y muy cerca del kilómetro 54 correspondiente a la carretera nacional que enlaza Tarancón con Cuenca (Fig. 1,2).

Se trata de una pequeña meseta muy alargada de 150 ms. de longitud por unos 50 ms. de anchura máxima, ubicada en el centro del valle por donde corre el río Cigüela (a 8 Kms. de su nacimiento) abierto aquél por el Este y por el Oeste, y cuya ladera Norte ha sido fácilmente aprovechada para el trazado de la carretera general Tarancón-Teruel (Lám. I, 1).

Por el valle y rozando la elevación donde se encuentra el yacimiento corren el Cigüela y un pequeño arroyo tributario de aquél que confluye con el río una vez rebasado el montículo.

(1) Materiales publicados por Almagro Gorbea en Ampurias, 1980.



Plano I.

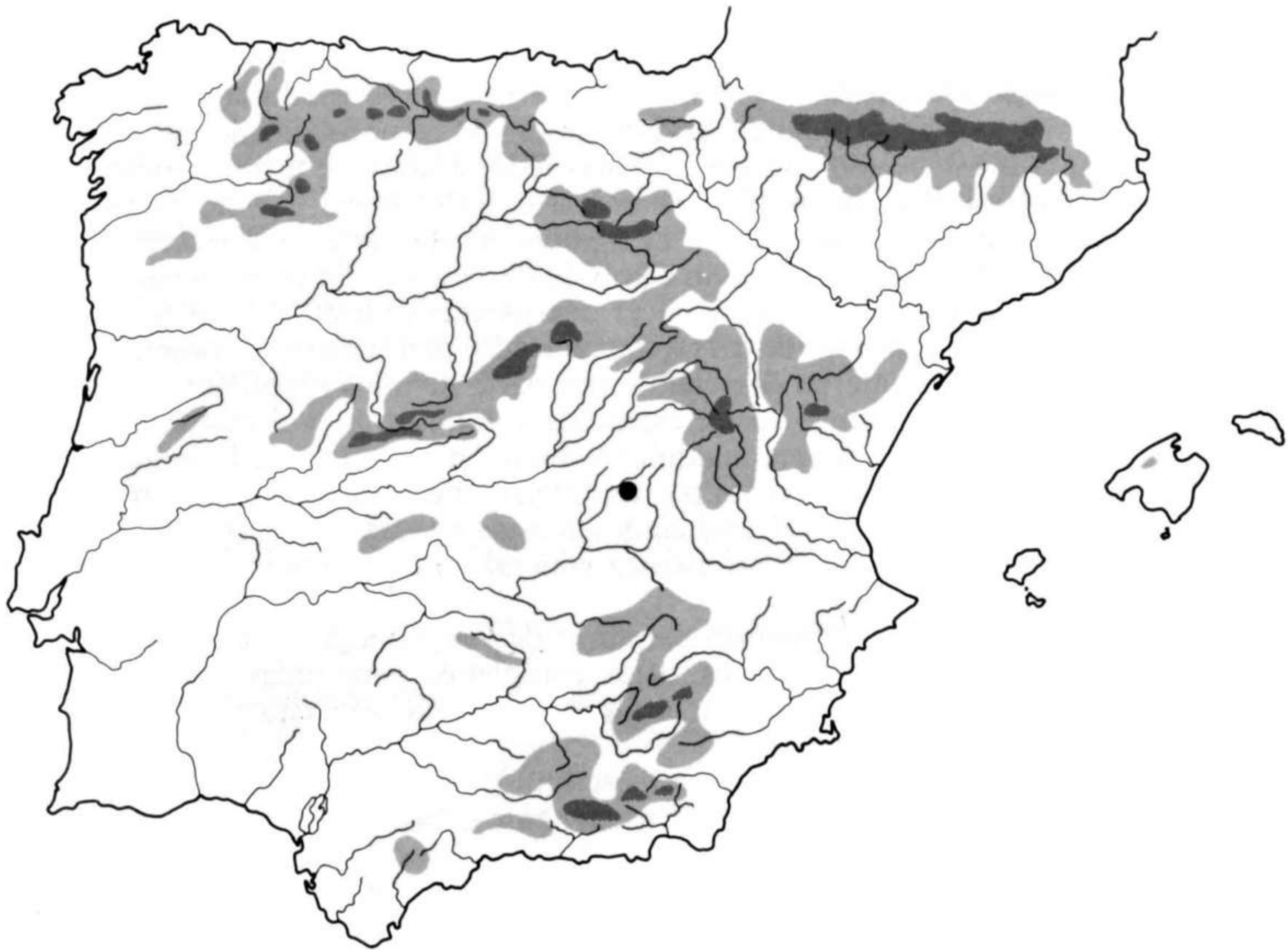


Fig. 1. - Situación del yacimiento.

El cerro llama la atención por estar totalmente aislado en el centro del valle y rodeado de parcelas de labor completamente llanas. Su visibilidad es clara en un radio de 2 Kms., especialmente desde la carretera general de la que lo separan unos 200 m.

Presenta una elevación de 988 m. de altitud sobre el nivel del mar y unos 20 m. sobre la amplia vega que domina; de pinas pendientes, por su ladera oeste aflora la roca madre. En su ladera sur aún es visible una cómoda rampa artificial que facilita el acceso a la cima.

Al circular por la carretera general desde Cuenca a Tarancón se divisa, ya desde el kilómetro 55, la colina donde está situado el yacimiento, y sobrepasado el kilómetro 53 en unos 200 metros, se desvían de la carretera dos pistas opuestas; la de la derecha termina en Villar del Horno; la pista de la izquierda, a lo largo de unos 200 m. y una vez atravesado un pequeño puente, toma la dirección del yacimiento al que se puede llegar en automóvil hasta una distancia de 30 m.

Durante todo el trayecto por la pista mencionada el yacimiento nunca se pierde de vista, por lo que es fácil tomarlo como punto de orientación.

EXCAVACION 1977

Los trabajos de campo se realizaron durante seis días en la segunda quincena de agosto.

La cuadrícula delimitada de 36 m² y orientada a los cuatro puntos cardinales comprendía parte de la inclinación de la ladera, por lo que en realidad sólo se excavaría un área trapezoidal que coincidía con la inmediata curva de nivel.

Rebajada una primera capa vegetal y despreciando la cerámica de superficie, pronto nos apareció una hilera de piedras en el perfil sur, correspondiente a un muro. En un estado más avanzado de la excavación pudimos comprobar que este muro correspondía a una construcción con sus esquinas redondeadas, de forma romboidal, siguiendo la curva primitiva de nivel y faltándole el muro norte por destrucción, primero, y desaparecidos sus cimientos por la erosión en esta parte de la ladera.

Una vez delimitada la construcción romboidal, para lo cual tuvimos que ampliar la cuadrícula un metro hacia el Este y hacer desaparecer el testigo del perfil Sur, nos hallamos con el material propio de un recinto cerrado, pero destruido violentamente.

La cerámica, como material desechable por parte de unos hipotéticos expoliadores, se hallaba «in situ» algunas veces, esparcida y rota, otras, y formando grupos o conjuntos como puede hallarse en cualquier habitación de la época. La madera y los utensilios combustibles, desaparecidos por un intenso incendio, dejando como huellas densas bolsas de cenizas. El metal, codiciado en estas épocas, como primeros objetos para su retirada o expolio; de ahí su escasez general en el yacimiento y su ausencia total en esta campaña.

En la esquina sureste apareció un conjunto de vasijas, algunas de ellas enormemente fragmentadas e irreconstruibles, otras completas, pero todas ellas asociadas, aunque sólo fuera por el espacio y la profundidad, oscilando ésta entre 90 cms. y 1 m. desde la superficie (Lám. II, 2).

El más espectacular de estos conjuntos se halló situado algo más al norte y a la misma profundidad, es decir, apoyado directamente sobre el pavimento de la habitación, consistente en siete pequeñas vasijas, cubiertas por un caparazón de cerámica. La presión de las tierras sobre éste reventó los objetos que estaban debajo.

Como no nos inclinamos por la intencionalidad de esta curiosa colocación, la atribuimos más bien a la caída accidental de una gran vasija fabricada a mano sobre el conjunto que quedó preservado momentáneamente hasta el posterior derrumbe de la techumbre y acumulación de tierras (2).

Tras la limpieza de toda la zona pudimos observar que se trataba de una habitación con muros de piedras trabajadas y barro, recubiertas sus caras interiores por hileras de adobes (ante la abundancia de éstos caídos por el suelo), con un pavimento de arcilla apisonada que el incendio se había encargado de endurecer posteriormente y darle un color rojizo. Anteriormente a la colocación del pavimento se había preparado una capa de cantos rodados para allanar el terreno y sobre ella, el barro apisonado y alisado.

La antigua pendiente de la ladera hizo que los constructores se adaptaran a la curva de nivel, de tal manera que presenta el recinto una planta romboidal por necesidades orográficas.

La ampliación que tuvimos que realizar para dejar exento el muro este nos proporcionó un interesante material cerámico que creemos corresponde a otra habitación de las mismas características que la anterior, con recubrimiento de adobes en sus paredes y un suelo arcilloso preparado.

Adosada al muro, se puso al descubierto la base circular de un horno en adobe (3) y con el inicio de las paredes, de 1 m. de diámetro. Fotografiado y dibujado, hubo que retirarse sin posibilidad de consolidarlo, para seguir profundizando (Plano 2). Inmediatamente apareció el pavimento de arcilla y roto éste para buscar el posible cimiento del muro, hallamos un segundo nivel de construcciones anteriores, con ceni-

(2) No obstante, en el interior de una habitación en el poblado de El Castañuelo (Huelva), apareció una vasija a torno con varios vasos en su interior.

(3) Hemos llamado horno a esta estructura por su forma, pero entendiéndolo como horno familiar para la cocción de pan o similar y no como horno de alfar. Tampoco se descarta la posibilidad de que sea la base de un hogar.

zas y cerámicas, algunas de ellas casi completas, destacando una vasija a mano de mediano tamaño con pared de gallones verticales en el borde y botones cerámicos en la panza (Fig. 13). A este segundo nivel le hemos llamado Villar-I.

Debido al reducido espacio de esta zona y a la premura del tiempo, preferimos orientar nuestras investigaciones hacia el edificio ya descubierto y dejar esta ampliación para una futura campaña. Rebajado el testigo sur para dejar exento también el muro de la construcción romboidal por esta parte, pudimos observar vestigios de otras construcciones más profundas.

Por falta de recursos económicos tuvimos que finalizar la campaña sin posibilidad de llegar a conclusiones sólidas.

Campaña 1979

Se llevó a cabo esta segunda campaña durante los diez primeros días de agosto. Nuestros objetivos fueron:

- Adentrarnos más hacia el interior del poblado abandonando momentáneamente la ladera.
- Dejar al descubierto nuevas estructuras.
- Comprobar los dos niveles aparecidos en la campaña anterior por medio de una estratigrafía si la situación de las estructuras lo permitía.

Para ello delimitamos una cuadrícula de 6 x 6 m. al sur de la campaña anterior, haciendo coincidir el perfil norte-sur de esta cuadrícula con el eje E-E₂ del plano topográfico del yacimiento.

Rebajada una primera capa de tierra vegetal de 25 cms. de profundidad aparecieron las esquinas de dos construcciones en la mitad sur de la cuadrícula con muros paralelos al muro sur del recinto 1 o construcción romboidal y a una distancia de éste de 2,80 m.

En días posteriores pudimos comprobar que se trataban de las esquinas de dos construcciones que llamaremos recinto-3 al situado hacia el oeste y recinto-4 al opuesto (Lám. IV, 2).

Entre estas construcciones y el recinto-1 quedaba todo un espacio sin edificar de 2,80 m. de anchura y a lo largo de toda la cuadrícula; posteriormente, pudimos comprobar que se trataba de una calle dentro del poblado.

El recinto-3 presentaba unos muros en esquina formados por piedras trabajadas y barro; uno de ellos se perdía por el perfil sur de la cuadrícula, mientras que el otro se interrumpía a 60 cms. antes de llegar al perfil Oeste, por lo que supusimos (y posteriormente pudimos comprobar) que se trataba de una entrada al recinto orientada hacia el Norte.

La cerámica que nos proporcionó esta esquina interior del recinto-3 fue abundante, especialmente la del tipo ibérico, aunque también estaban representadas en gran cantidad las fabricadas a mano.

Los muros de esta construcción están bien fabricados a base de piedras trabajadas de mediano tamaño unidas con barro y la esquina descubierta forma un perfecto ángulo recto. La aparición de adobes entre las tierras nos lleva a la conclusión que su cara interior estaba recubierta con hiladas de éstos, tal como pudimos comprobar en el recinto-1 de la campaña anterior.

Por el contrario, el recinto-4 presentaba paredes más toscamente construidas, donde el barro endurecido ocupaba la mayor cantidad del muro, pues la piedra no era tan abundante; ello hizo que no se conservaran tan bien y su excavación fue dificultosa por el estado de derrumbe que presentaban.

La excavación del recinto-4 proporcionó poca cerámica con relación a los recintos anteriores. Por el contrario, la abundancia de huesos de animales domésticos fue

grande, lo que nos hizo suponer desde un principio que dicho recinto estaba dedicado a establo y no a habitáculo humano; de ahí su más descuidada construcción y la menor cantidad de cerámica típicamente de uso humano.

Lo que sí nos desorientó enormemente fue la aparición de tejas curvadas bien cocidas y con huellas digitales, fechadas de una manera informal en el mundo altomedieval, pues no se detectaban vestigios de poblaciones posteriores a Villar-II.

Entre el muro este del recinto-3 y el recinto-4 existe una distancia de unos 50 cms., lo que nos llevó a la conclusión de que las construcciones del poblado son exentas o, por lo menos, puede haber una tendencia a separar las construcciones dedicadas a la ganadería y a las viviendas. Esto pudimos comprobarlo en la siguiente campaña, pero no a demostrarlo totalmente ante la reducida extensión de la zona excavada.

Entre el muro sur del recinto-1 y los recintos 3 y 4 existe un espacio abierto que hemos interpretado (y después confirmado) como una calle de separación entre las construcciones de la ladera (recinto-1, recinto-2 y una esquina sin excavar en esta campaña que hemos llamado recinto-7) y las construcciones aparecidas en esta campaña.

Tras rebajar toda la calle hasta la profundidad del piso del recinto-3 y recoger y etiquetar la abundante cerámica, iniciamos un corte en el perfil oeste de la cuadrícula-B y la entrada del recinto-3. No hallamos ningún tipo de piso, pero sí un conglomerado de piedras de derrumbe, gran cantidad de cenizas y un muro que profundizaba por debajo del recinto-1. Se trataba de un nivel de destrucción distinto al nivel anterior y que ya anteriormente mencionábamos como Villar-I.

Al profundizar en este Corte fue paulatinamente desapareciendo la cerámica hasta tocar con una capa de cantos rodados que ya nos había aparecido en la campaña anterior.

Interrumpida la campaña, nos dedicamos al estudio de los planos, de la cerámica y materiales metálicos.

Campaña 1983

Por causas ajenas a nosotros no pudimos realizar ninguna campaña en los años inmediatos anteriores; en este año pudimos reunir todos los requisitos necesarios (permiso, asignación económica, colaboración, etc.) para continuar los trabajos de excavación interrumpidos en 1979.

Nuestros objetivos en esta campaña fueron:

- Ampliar la zona de los recintos 3 y 4 hacia el Sur.
- Estudiar y comparar los materiales de esta campaña con los aparecidos en el interior de las construcciones de la campaña anterior.
- Comprobar las posibles diferencias de funcionalidad entre los recintos 3 y 4 que ya habíamos observado anteriormente.
- Profundizar en la zona hasta las primeras construcciones de Villar-I y analizar este nivel en comparación con el de Villar-II.

Para todo ello delimitamos una cuadrícula de 6 x 6 m. al Sur de la Cuadrícula-B, excavada en la campaña anterior, dejando un testigo de separación de 50 cms. Esta Cuadrícula-C quedó alineada con las dos anteriores y el eje E-E₂ del plano topográfico del yacimiento.

Rebajada una primera capa vegetal de 20 cms. en toda la zona y despreciada la cerámica de superficie, aparecieron la continuación de los muros de los recintos 3 y 4 y otros de nuevas construcciones.

El recinto-3 aparecía como una construcción rectangular o cuadrangular, perdiéndose sus muros Norte y Sur por el perfil Oeste de las Cuadrículas B y C y quedando al descubierto las esquinas Norte-Este y Sur-Este.

El muro del recinto-4 continuaba paralelo al del recinto-3 tal como apareció en la Cuadrícula-B, llegando hacia el sur a la misma altura que el recinto-3; su muro sur, alineado con el del anterior recinto, se perdía por el perfil Este de la Cuadrícula-C.

Estos muros presentaban las mismas características que ya observamos en la campaña anterior; es decir, mejores construidos los del recinto-3 que los del recinto-4.

Posteriormente y anexos a estos recintos, se pusieron al descubierto nuevas construcciones; las que hemos llamado recinto-5 (continuación hacia el sur del recinto-3) y el recinto-6, con muro Sur en común con el recinto-4.

El recinto-6 presenta las mismas características que el recinto-4; es decir, abundancia de huesos de animales domésticos y escasez de cerámica, por lo que creemos que ambos tenían la misma funcionalidad.

El recinto-5 presentaba, por el contrario, las características típicas de un habitáculo humano, con adobes caídos, abundante cerámica, diversidad tipológica de ésta e incluso un poyee elevado desde el suelo y adosado al muro Norte, como soporte de vasijas, construido en barro; éste fue endurecido por el incendio y sobre él pudimos hallar utensilios cerámicos fragmentados.

Al no conservarse el pavimento arcilloso apisonado en los recintos 3 y 5 que ya habíamos observado en las campañas anteriores, decidimos profundizar en estas construcciones hasta llegar al nivel de Villar-I.

Bajo los muros del recinto-3 nos apareció un muro de 25 cms. de altura que surcaba la construcción de Norte a Sur y perteneciente al primer poblamiento.

Bajo el recinto-5 y a 1,20 m. de profundidad aparecen dos muros paralelos y con dirección Este-Oeste pertenecientes al poblado de Villar-I (Lám. II, 1); Excavado minuciosamente este nivel, observamos que presentaba las mismas características que Villar-II; es decir, muros de piedras trabajadas y barro (aunque estos muros conservan una altura de 30 a 40 cms., solamente) y un piso arcilloso apisonado. Las diferencias entre los dos poblados sólo pueden hallarse en la tipología cerámica y otros materiales, pero no en las características constructivas.

Los fragmentos de tejas curvadas, cuya aparición ya notamos en la campaña anterior, no sólo fueron abundantes, especialmente en el recinto-6, sino que también se hallaban en el nivel correspondiente a Villar-I, de tal manera que, en el ángulo suroeste de la Cuadrícula-C, que corresponde casi a la parte central del recinto-5, observamos un gran agujero relleno de cenizas y fragmentos de tejas que profundizaba desde la superficie hasta justamente el pavimento de una habitación del nivel inferior (Lám. III, 2).

También observamos un agujero similar en la parte derecha de la cuadrícula sin cerámica y con tejas, que incluso había roto parcialmente el muro Oeste del recinto-6 (Lám. I, 2).

Consideramos que se tratan de dos «silos» medievales que explican la aparición de las tejas en niveles profundos. Estos son los únicos vestigios posteriores a la destrucción de Villar-II, dejados por un reducido grupo que no dañó seriamente el yacimiento. No obstante, nos resistimos a llegar a conclusiones hasta tanto no sean realizadas futuras campañas que aclaren definitivamente el problema. Lo que sí estamos seguros, por lo menos en el área excavada, es que esta reducida población medieval que en un momento ocupó el cerro no habitó el poblado del Hierro por estar éste totalmente cubierto, y que sus habitaciones fueron bastante frágiles, al no dejar huellas de cimientos ni haber roto los muros del poblado anterior cuyos muros casi afloran a la superficie.

Campana 1984

Adelantamos aquí algunos de los resultados de los trabajos porque creemos que los materiales descubiertos merecen ser dados a conocer.

Realizamos una corta campana de sólo una semana en el mes de septiembre con dos objetivos principales:

- Desalojar tierras en una mayor extensión para poder definir la estructura urbanística del poblado.
- Realizar una estratigrafía más completa hasta llegar a la roca madre y demostrarnos con ello la existencia de dos poblados solamente.

Para el primer objetivo delimitamos las Cuadrículas A', B' y C', continuas y hacia el Oeste de las ya excavadas A, B y C respectivamente.

Se ampliaron dos zonas; la ampliación C y la ampliación C' hasta llegar al eje longitudinal del cerro.

Con todo ello se ponía al descubierto un área de 230 m², suficiente para llegar a unas primeras conclusiones respecto al sistema urbanístico del poblado y el aprovechamiento de la plataforma en el cerro. Sólo se profundizó en la zona excavada hasta unos 60 cms., profundidad necesaria para delimitar los muros de las construcciones aparecidas y poder levantar la planta.

Este desalojo de tierras nos proporcionó el descubrimiento de un plan urbanístico en esta zona con la aparición de nuevas estructuras que completaban el plano de las ya delimitadas en campañas anteriores.

La Cuadrícula A', paralela hacia el Oeste a la Cuadrícula A, fue delimitada de una manera teórica, ya que como la anterior, su mayor parte se situaba en la ladera y sólo se excavó de ella una pequeña zona correspondiente a una construcción que llamamos recinto-7, ya que presenta bastante bien conservado su pavimento de arcilla apisonada.

En la Cuadrícula B' quedaron situados la mayor parte del recinto-8, una esquina del recinto-3 y la continuación de la calle hacia el Oeste aparecida en la Cuadrícula B.

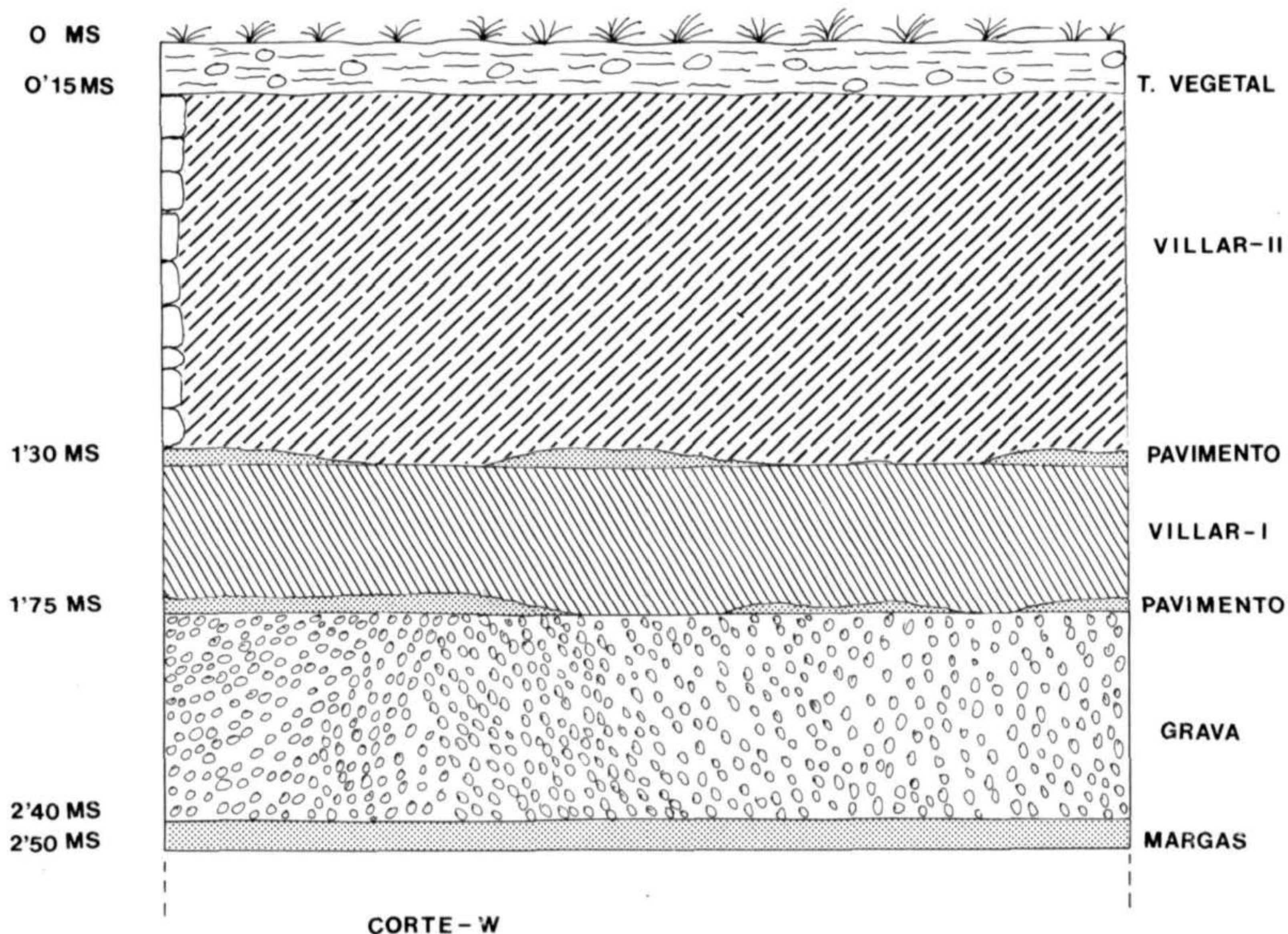
Por la Cuadrícula C', paralela hacia el Oeste a la Cuadrícula C, continúa la calle, se complementaron los recintos 3 y 5 y se descubrieron los recintos 9 y 10.

Creemos que el material proporcionado es una pequeña muestra de la zona, ya que, como hemos dicho anteriormente, no se profundizó, pero consideramos que es sumamente significativo.

Para el segundo objetivo que nos propusimos, es decir, realizar un corte que nos definiera la estructura geológica del yacimiento y su superposición humana, profundizamos en un área irregular en el perfil Oeste de la Cuadrícula C, delimitada por este perfil, el muro Sur del recinto-3, el muro dirección Norte-Sur que aparece por debajo de esta estructura y correspondiente a Villar-I y una pequeña parte del perfil Norte de esta cuadrícula.

La estratigrafía que nos proporcionó este corte fue la siguiente:

- Hasta 15 cms. de profundidad desde la superficie, tierra vegetal.
- Hasta 1,30 m., el nivel correspondiente a Villar-II, delimitado por el final del muro y una tierra rojiza con gran cantidad de bolsas de cenizas que se hacían más abundantes a más profundidad.
- Hasta 1,75 m., el nivel correspondiente a Villar-I; abundando la tierra oscura; los últimos 12 cms. están ocupados por una capa continua de cenizas y corresponden al pavimento de las construcciones del primer poblado.
- Por debajo aparece una gruesa capa de grava de río en los cuatro perfiles y, por lo tanto, creemos uniforme en toda la plataforma del cerro. Esta capa tiene un grosor de 65 cms.
- A una profundidad de 2,40 m. aparecieron unas margas amarillentas, totalmente estériles arqueológicamente.



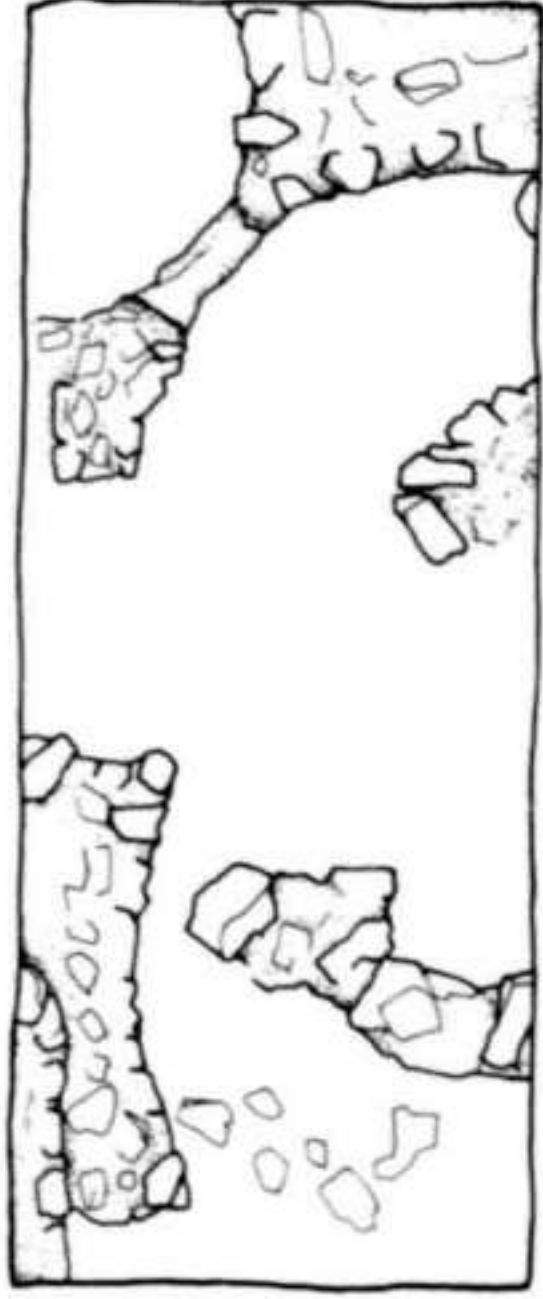
Consideramos, por ello, que ninguna población anterior a la de Villar-I se asentó en el yacimiento, ni posterior a la de Villar-II, ante la total carencia de hallazgos y construcciones posteriores a la destrucción del segundo poblado, si exceptuamos los vestigios medievales cuya presencia fue detectada en campañas anteriores, habitantes que no dejaron huellas de construcciones sólidas en el yacimiento.

LAS HABITACIONES DEL POBLADO

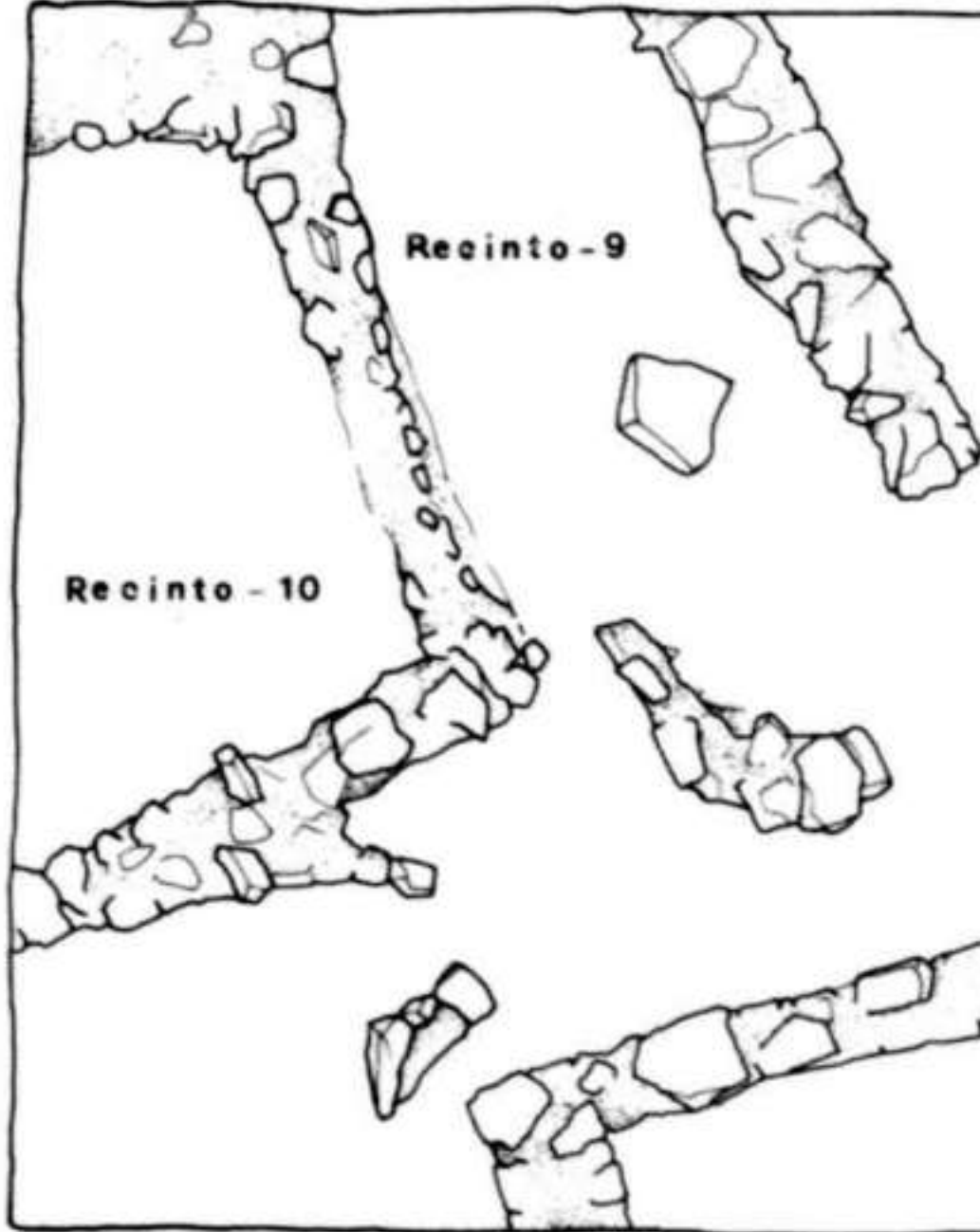
A lo largo de las cuatro campañas de excavación se han conseguido identificar diez recintos del poblado superior o Villar II y una calle longitudinal (Plano 2). Sólo un pequeño número de ellos se ha excavado lo suficiente para llegar a conocer el procedimiento constructivo. En la mayoría, solamente se ha estudiado una zona de su interior o simplemente se han delimitado sus muros. No obstante y a pesar de la reducida zona estudiada, se puede llegar a algunas conclusiones urbanísticas del poblado, pues todas las construcciones presentan parecidas características; ello no quiere decir que toda la plataforma estuviera ocupada por el mismo trazado que en esta planta vemos y nos reservamos llegar a definitivas conclusiones hasta tanto no se realicen futuras campañas, especialmente en zonas más centrales y elevadas, donde cabe la posibilidad de hallar edificaciones mayores o con una finalidad distinta ocupando un lugar estratégico y central en el poblado. Lo que sí podemos intuir a la vista de los numerosos vestigios de muros y restos de piedras por toda la plataforma, es que el cerro estuvo ocupado totalmente, sin espacios libres.

Son construcciones que tienden a ser cuadrangulares o rectangulares; generalmente, de una sola habitación y de pequeñas dimensiones.

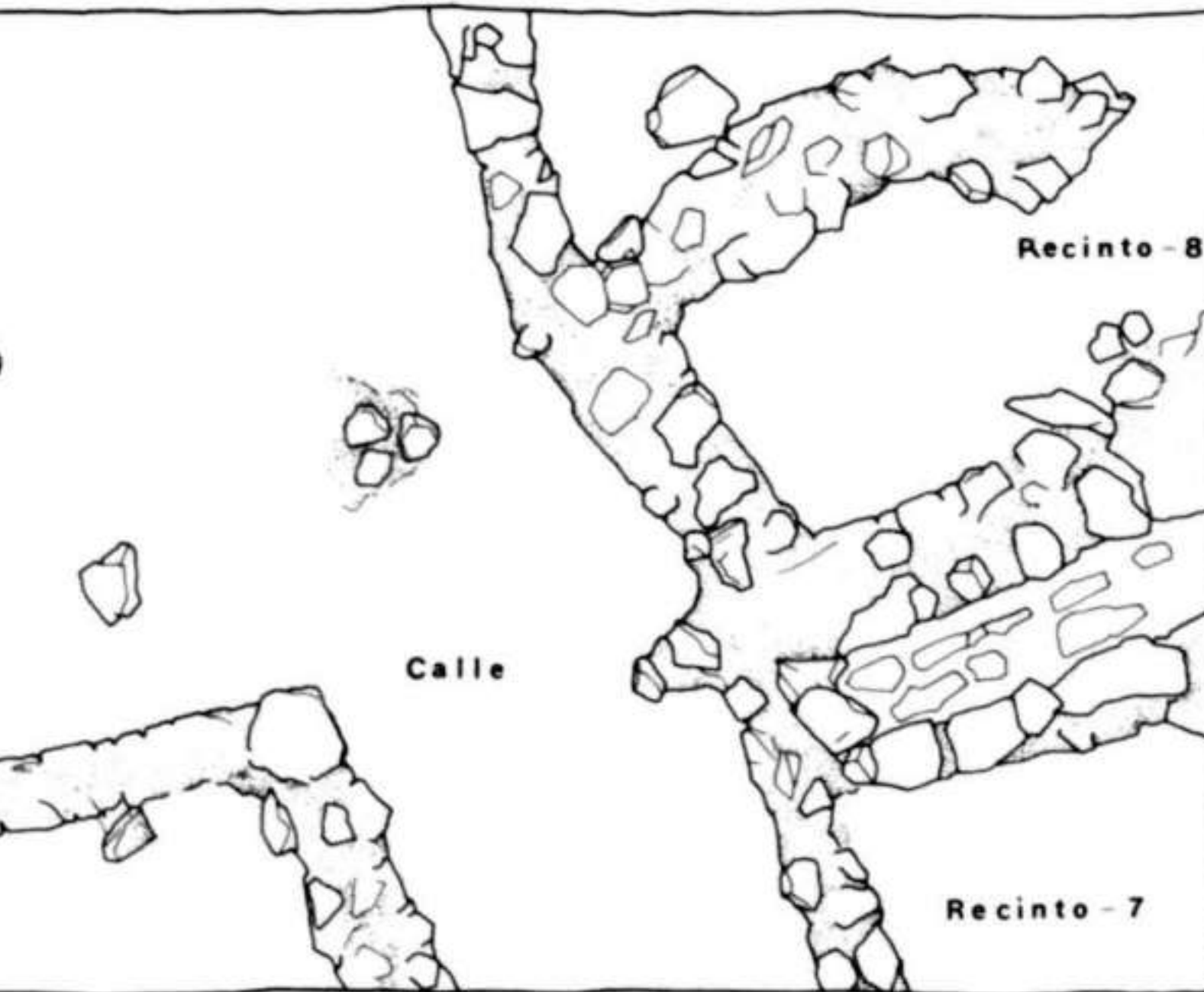
Ampliación - C'



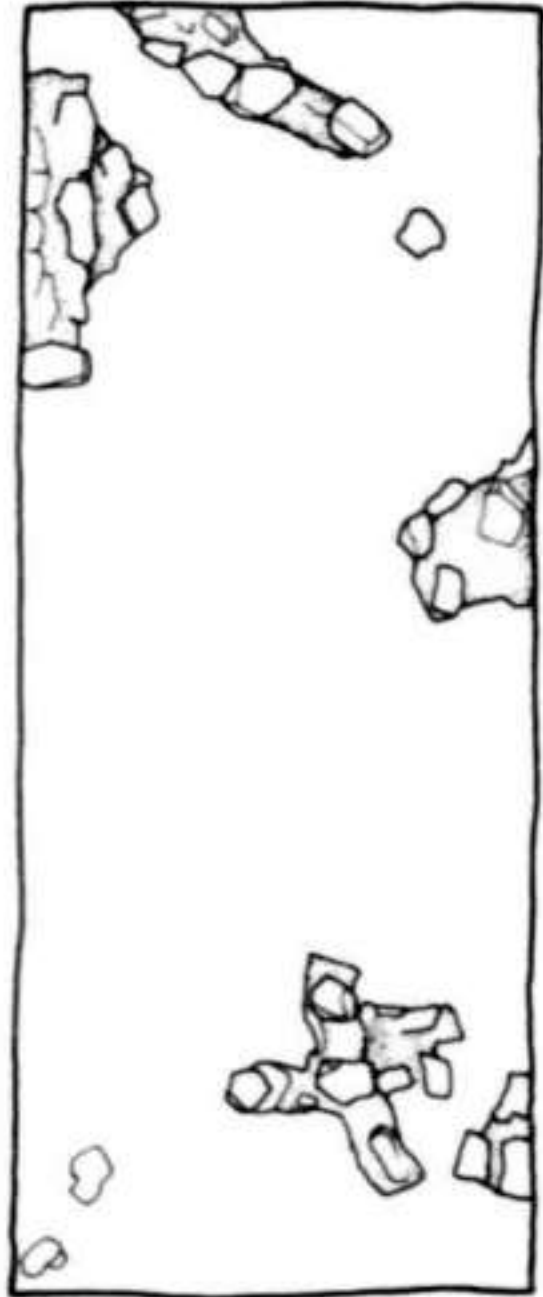
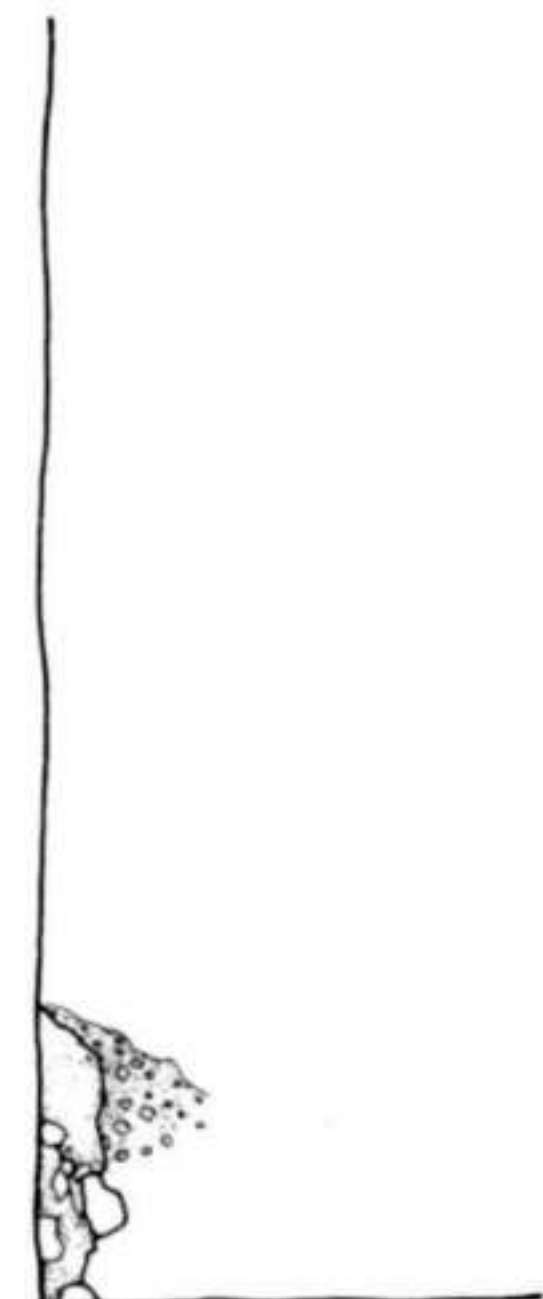
Cuadrícula - C'



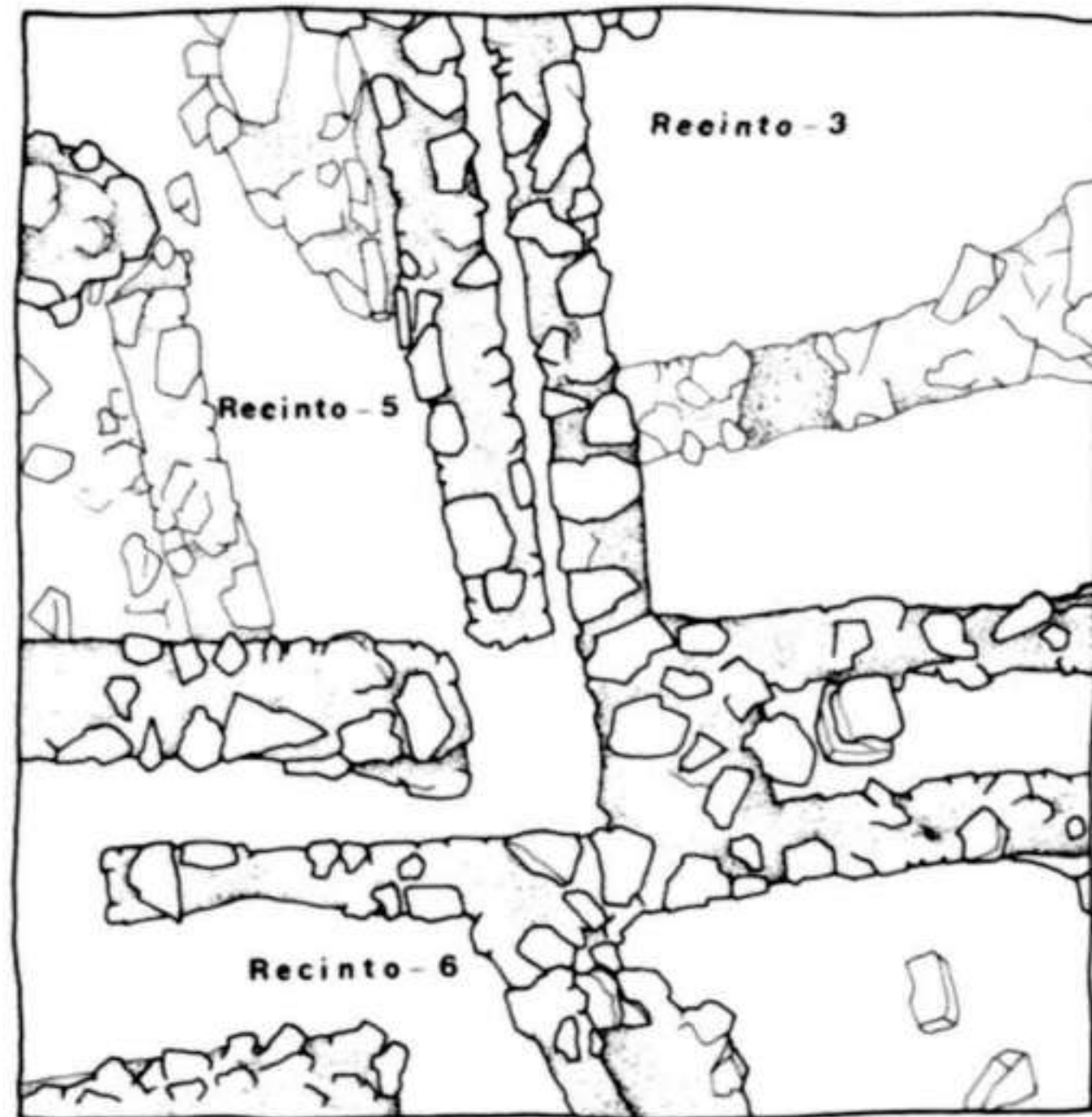
Cuadrícula - B'



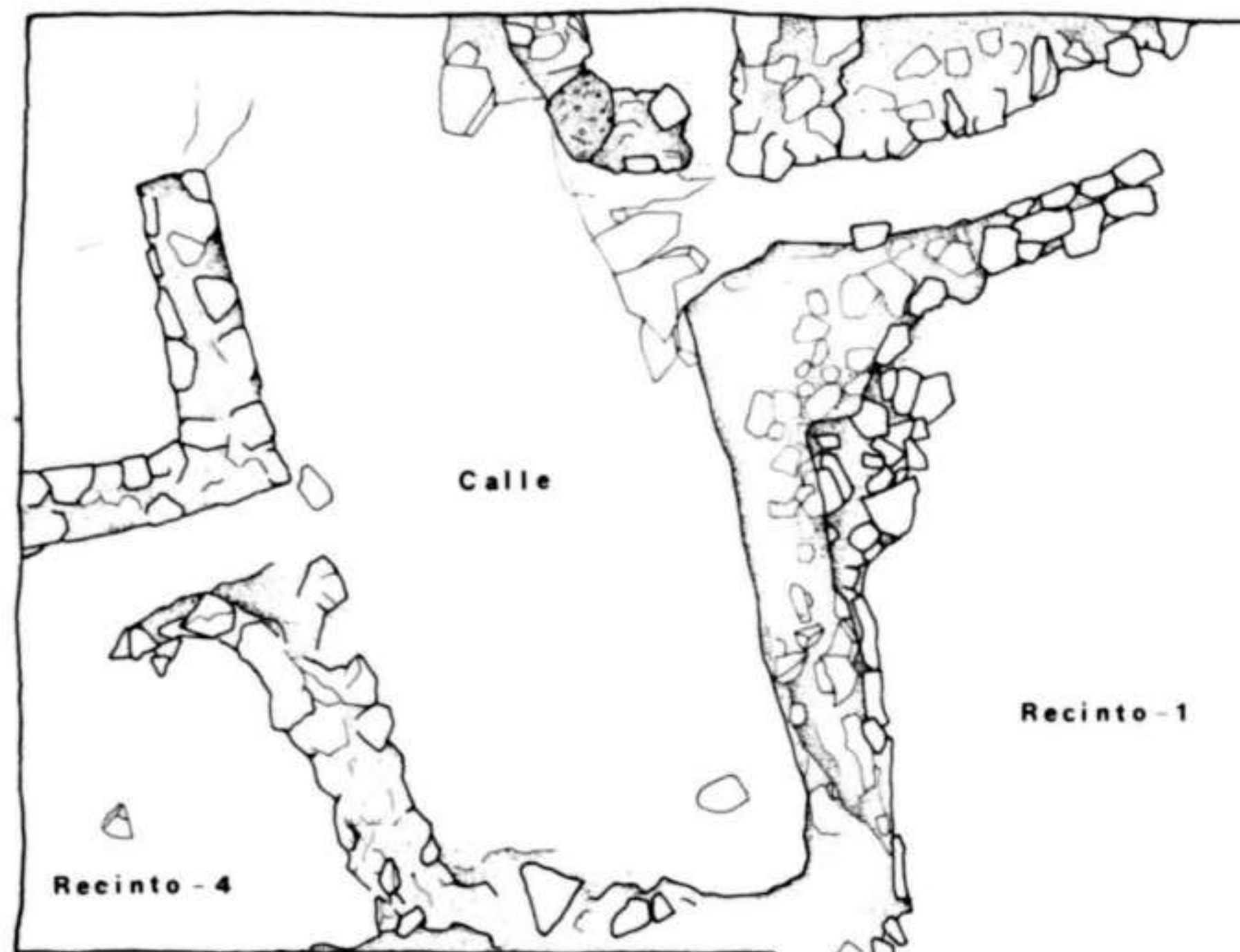
Cuadrícula - A'



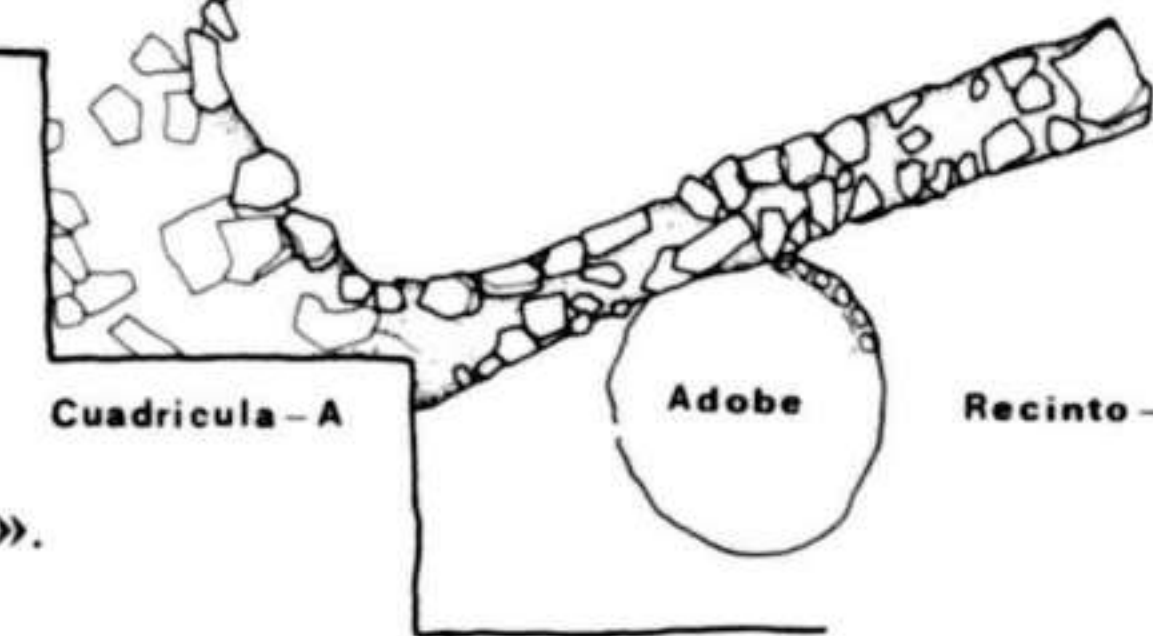
Ampliación - C



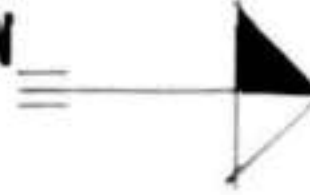
Cuadrícula - C



Cuadrícula - B



Cuadrícula - A



E: 100

Plano II Replanteo en cuadrícula del «Cerro de los Encaños».

Las edificaciones construidas al borde de la ladera se adaptan a la curva de nivel; de ahí que su planta tienda a romboidal. Algunos recintos quedan exentos; otros, quedan anexos a compartimientos cuya funcionalidad no es la de cobijo humano; por último, observamos una cierta intercomunicación entre otros recintos, como si el número de moradores abarcara un núcleo mayor que el estrictamente familiar, de lo cual hay pruebas en otros poblados afines (4).

Los muros, relativamente bien conservados en algunos recintos, alcanzan actualmente una altura máxima de 1,20 m., altura que va reduciéndose hacia la ladera por la mayor erosión del terreno en esta zona. Los adobes son muy abundantes, pero como todas las paredes descubiertas son de piedra y barro, consideramos que aquéllos se utilizaron para la cobertura en la cara interior de la habitación; se localizaron varios de éstos con esta posición en algunos rincones y partes inferiores; muchos, esparcidos por el pavimento como consecuencia del derrumbe.

El pavimento de estas construcciones consiste en una capa de arcilla apisonada y endurecida sobre una fina capa de grava que nivela el terreno al mismo tiempo que le da más consistencia al suelo.

No hemos hallado huellas de ventanas en estas construcciones, por lo que consideramos que la luz natural penetraría por la única entrada. En cuanto a la anchura de los muros oscila entre 50 y 70 cms.

Recinto-1. La construcción que excavamos en la primera campaña corresponde a una casa de una sola habitación, ya que no presenta oquedad por ninguno de los tres muros conservados y por el Norte no existe posibilidad de habitaciones debido a la pendiente de la ladera. La puerta de entrada sólo podía estar orientada hacia el norte, aunque por derrumbe de todo este muro no se puede testificar.

Los muros conservados se unen en esquinas redondeadas y los dos menores, paralelos entre sí y oblicuos al muro Sur, formando una planta romboidal.

Por su proximidad a la ladera, y por lo tanto más expuestos a la erosión, conservan sólo una altura de 60 cms. Levantados con piedras y barro quedaban recubiertos interiormente por hiladas de adobes de los que quedan vestigios, especialmente en su base y en las esquinas.

El pavimento está formado por un piso de arcilla rojiza apisonada y alisada, descansando sobre una capa de cantos rodados de pequeño tamaño.

Es una habitación pequeña, de aproximadamente 25 m², pues aunque su longitud viene dada por la del muro Sur, es decir, 5,50 m., los 3,70 m. de anchura es una media imprecisa, ya que el muro Norte ha desaparecido.

Por la cerámica hallada dentro del recinto podemos asegurar que dicha habitación estaba dedicada a habitáculo humano, pues los restos óseos de animales hallados en el interior los atribuimos a residuos alimenticios (Lám. II, 2).

Recinto-2. Llamamos así a la construcción anexa al recinto-1, al Este. No ha sido excavada sino que su descubrimiento se debe a la ampliación este que hicimos de la Cuadrícula A para dejar exento uno de los muros laterales del primer recinto, común a las dos construcciones y también cubierto por hiladas de adobes; presentaba un pavimento similar al anterior y sobre él y adosado a la pared, la base de un horno de adobe (Plano 2). Roto el pavimento en esta zona, llegamos a un segundo nivel de habitación que hemos llamado Villar-I.

Recinto-3. Es la construcción mejor conservada, pero debido a que ocupa el centro de la zona excavada, no se pudo delimitar hasta la última campaña, pues ocupa espacio en las cuatro cuadrículas. Se trata de una habitación casi cuadrangular, algo irregular pues sus paredes no llegan a ser totalmente iguales y paralelas; formadas por

(4) DEL AMO Y DE LA HERA, M.: «El Castañuelo». Un poblado céltico en la provincia de Huelva. Huelva Arqueológica IV, 1978.

hiladas de piedras trabajadas, mezcladas con otras de menor tamaño y unidas todas por una espesa capa de barro. Sólo tiene una abertura de entrada orientada hacia el Norte-Noroeste. Presenta un espacio habitable de unos 20 m² y sus muros tienen un grosor de 50 cms.

Ofreció gran cantidad de material cerámico y por debajo del pavimento, muy destruido, se descubrió un muro con dirección Norte-Sur perteneciente a una construcción anterior.

Recinto-4. Situado al Este del recinto-3, no presenta pared en común con él, sino que están separados por dos muros paralelos y a una distancia de 60 cms. Sólo se ha excavado una parte, pues sus paredes Norte y Sur se pierden por los perfiles de las cuadrículas delimitadas hasta ahora. Presenta una anchura un poco mayor que el recinto-3, pero sus muros están peor contruidos, abundando más la masa de barro que la piedra en su constitución; debido a ello, se conservan en peor estado, no pudiéndose afirmar si un espacio que queda en el pasillo entre las dos construcciones es una entrada o se debe a derrumbe.

Este recinto se caracteriza por la escasez de cerámica proporcionada y por la abundancia de restos óseos de animales, por lo que consideramos que su funcionalidad era la de establo y no de habitación humana.

Recinto-5. Muy destruido por sus caras Oeste y Sur, presentaba las mismas características que el recinto-3; es decir, muros muy bien contruidos, uno de ellos común a este recinto, y pavimento de arcilla alisada, casi desaparecido. Un pasillo hacia el Este de 50 cms. de anchura lo comunica con otro recinto. En la esquina Suroeste de la cuadrícula y en el interior del recinto, una gran bolsa de cenizas, carbón y fragmentos de tejas con piedras derrumbadas, que interpretamos como un «siló» o vertedero medieval. Adosado al muro Norte y por el interior del recinto se halló una plataforma o banco de barro de 50 cms. de anchura por 60 cms. de altura (5) sobre el cual se hallaron varias vasijas muy fragmentadas.

Profundizando en el interior de este recinto se pusieron al descubierto dos muros paralelos y con dirección Este-Oeste de 30 cms. de altura, y uno de ellos delimitaba un pavimento de arcilla; estos muros corresponden a construcciones de Villar-I.

El muro que delimita el pasillo presenta una anchura de 70 cms. y desaparece al sur, quizá por derrumbe.

Recinto-6. Al Este del recinto-5 y, posiblemente, comunicado con éste. Su pared Norte es común al recinto-4 y presenta las mismas características que éste; es decir, escasez de cerámica y abundancia de restos óseos (Lám. I, 2), por lo que nos inclinamos a pensar que es otro establo asociado al recinto-5. No ha sido excavado, pues la mayor parte de su espacio se sale de la Cuadrícula C. En el perfil Este de dicha cuadrícula y en el interior del recinto aparece un muro parcialmente derrumbado (6).

Recinto-7. Alineado con el recinto-1; se halla al borde de la ladera, por lo que se conserva sólo parte de él, ya que casi toda su mitad norte ha desaparecido por erosión de la pendiente. Es una construcción diminuta de, aproximadamente, 15 m²; sus paredes están muy destruidas, pero se ha descubierto una zona de su pavimento en buen estado. No se ha excavado totalmente.

Recinto-8. Situado también en la ladera y alineado con los recintos 1 y 7; no queda delimitado por salirse de la cuadrícula marcada en la última campaña. Presenta la característica de poseer un pequeño compartimiento de 5 m². No ha sido totalmente excavado.

(5) Ya Estrabón, refiriéndose a galaicos y astures, dice: «... comen sentados sobre bancos contruidos alrededor de las paredes, alineándose en ellos según sus edades y dignidades...».

(6) Su muro oeste quedó parcialmente destruido por un «siló» o vertedero medieval menos profundo que el anterior.

Recinto-9. Situado en la Cuadrícula C', sus muros se pierden por el perfil Oeste, y su entrada, muy destruida, orientada hacia el Este. Su pequeña dimensión, 7 m², aproximadamente, nos inclina a pensar en que es un anexo de la construcción-10, con la que tiene en común un lado, más que en un recinto aislado (Lám. IV, 1).

Recinto-10. Se halla situado entre la Cuadrícula C' y la ampliación Sur de ésta. Su entrada está orientada hacia el Sur. Aunque no queda totalmente, claro por derrumbe de los muros en esta zona, sí es una salida hacia el exterior o una comunicación con otras habitaciones. Por su reducida dimensión, de 16 m², nos inclinamos a pensar mejor en esto último. Aunque tiende a una planta cuadrangular, la inclinación de su muro Sur y el ángulo curvado que forma con los otros muros le proporciona una planta tendente a pentagonal. No se ha excavado en profundidad y sólo se ha delimitado en la última campaña (7).

Calle. Entre los recintos 1, 7 y 8 por el Norte y los recintos 3, 4 y 9 por el Sur existe un espacio exento con una anchura media de 2,60 m. que hemos interpretado como una calle dentro del poblado y hacia la que está orientada la salida del recinto-3; presenta una orientación Este-Noreste, Oeste-Suroeste; proporcionó abundantísimo material pero muy destruido y no ofrecía ningún tipo de pavimentación, ni arcilloso ni de losas, pues todas las piedras halladas proceden de derrumbe de las construcciones (Lám. IV, 2). Su trazado es bastante rectilíneo y regular. Profundizando en la Cuadrícula B, apareció un muro correspondiente a Villar-I, sobre el que descansaban las paredes de los recintos 1 y 7; este muro del nivel inferior es bastante regular, formado por losas de mayores proporciones.

Si como pensamos, los 6.000 m² de zona habitable en la cima del Cerro de los Encaños estuvo ocupada siguiendo el plan urbanístico descubierto en los 230 m² excavados hasta ahora y por construcciones de las mismas características dimensionales que las descritas, es decir, de unos 25 m², el reparto del espacio posibilitaría la construcción de unas 140 habitaciones separadas por tres calles longitudinales y un número indeterminado de callejones transversales. Esta hipótesis que pudiera demostrarse en futuras campañas, la adelantamos aquí con las necesarias reservas y sólo como un intento de aproximación al cálculo de su densidad demográfica.

Si como hemos comprobado, posiblemente la mitad de estos recintos estaban dedicados al cobijo del ganado, nos queda un poblado con unas 70 casas habitadas por sendos núcleos familiares que podríamos calcular de tres a cuatro individuos; ello nos daría una población de 200-250 habitantes, densidad que consideramos lógica por las peculiaridades orográficas que presenta el yacimiento.

En cuanto al primer poblamiento, sólo se han excavado 35 m² en total correspondientes a Villar-I y repartidos entre las Cuadrículas A, B y C; extensión que no nos ha proporcionado la planta completa de ningún recinto, sino muros que se pierden por los perfiles; por ello, nos es imposible sacar ninguna conclusión.

La situación estratégica del Cerro de los Encaños, su elevación (8) y su población fueron factores de pervivencia prolongada. Villar-I sucumbió ante un ataque de fuerzas superiores y fue totalmente destruido por incendio.

El yacimiento quedó abandonado un período indeterminado de años, suficientemente largo para que sus ruinas se cubrieran y no quedaran destruidos sus cimientos, pero también suficientemente corto para que perviviera la tradición de su antigua población.

(7) Creemos que la imprecisión para delimitar los recintos en esta zona se debe a la destrucción parcial por moradores posteriores del cerro; estamos seguros que esta delimitación será posible en futuras campañas de excavación.

(8) Hemos observado que el arrastre y la erosión en la zona circundante aún es intensa, por lo que suponemos que el valle presentaría un nivel de 2 ó 3 metros por debajo del actual, elevado ahora por los depósitos aluviales. Agradecemos la corroboración de esta hipótesis a Lóic Menanteau, perteneciente al C.N.R.S. francés.

Sobre los restos de muros de Villar-I, y no rompiéndolos, nos vamos a encontrar nuevas habitaciones correspondientes a una segunda fase de ocupación del cerro y que hemos llamado Villar-II. Este segundo poblado también fue tomado, abandonado por sus habitantes y destruido, aunque esta vez no tan enérgicamente como Villar-I; tenemos huellas de fuego y cerámica abandonada «in situ» en este segundo poblado, pero la destrucción no es tan brutal como en el primero; por otra parte, sus muros conservan una altura de hasta 1,20 m.; factor excepcional en estos yacimientos.

SISTEMA DEFENSIVO

El montículo, exento en el valle, es de difícil defensa por su escasa elevación, unos 20 m. sobre la llanura en la que se alza, y en la actualidad la inclinación de sus laderas no presenta un serio obstáculo para escalarlas.

Aunque no se ha excavado aún, existen vestigios de una muralla de circunvalación cuya base se halla a unos dos metros por debajo de la plataforma superior. Por algunas zonas, posiblemente, ha desaparecido por rodamiento y derrumbe, pero sus bloques de piedras han sido aprovechados en tiempos modernos para formar barreras a la erosión de la cima y plataformas en sus laderas, pues el yacimiento ha sido dedicado a labores agrícolas hasta tiempos recientes.

Por la ladera oeste aflora la roca madre, en la actualidad muy erosionada, pero que en la época del yacimiento, por su corte vertical, se presentaba como un bastión natural.

Aún es observable en su ladera sur una rampa artificial apta para el tránsito de ganados y carruajes que permite el acceso a la cima. No quedan vestigios de defensas en esta zona del poblado, pero hemos de pensar que sería el punto más fortificado de todo el yacimiento.

Con todo, y como decíamos al principio, no vemos el lugar apto para una defensa eficaz ante un ataque de consideración. Más bien vemos sus posibilidades defensivas en su gran visibilidad, pues desde su cima puede divisarse el terreno en un radio de 2 Kms., especialmente hacia el Este y el Oeste, lo que, por lo menos, le evitaría los ataques sorpresivos.

Por el valle, rozando y rodeando la elevación, corren el Cigüela y un pequeño arroyo tributario de aquél, que confluye con el río una vez rebasado el montículo; de tal manera que presentarían un primer obstáculo al acceso del poblado por todas sus laderas exceptuando la orientada al Este.

En la actualidad, tanto el río como el arroyo se hallan canalizados y con escaso caudal, pero es indudable que en otras épocas dichas corrientes fluviales esparcirían sus aguas por el valle, produciendo cenagales y barrizales dificultosos de atravesar. La toponimia del lugar, Cerro de los Encaños, nos habla de estas dificultades para llevar al poblado.

Las pocas defensas naturales del lugar fueron la causa de la destrucción violenta por dos veces del poblado y su definitivo abandono, sin que poblaciones posteriores se asentaran en el cerro (9).

A pesar de lo expuesto, nos resistimos a pensar en una defensa confiada a los simples recursos del poblado como un núcleo aislado, sino más bien a la colaboración de grupos afines situados en la misma zona y cuya vigilancia permanente desde óptimos puestos de observación permitiría a la mayor parte de la población dedicarse confiada al cotidiano quehacer agropecuario y, en caso de alerta, preparar la defensa o la huida evitando la sorpresa.

(9) No queremos aún adelantar conclusiones acerca de una posible ocupación medieval, mientras no se realicen futuras campañas por las que se puedan identificar a esta nueva población.

El momento de inestabilidad y peligro que se vive en este período parece quedar demostrado por la ubicación estratégica de estos yacimientos. En este caso concreto, el Cerro de los Encaños es un asentamiento elegido por sus moradores como lugar idóneo para explotar la vega, resguardado el lado Este por la importante sierra de Cebrejas, mientras que la defensa de todo el valle va a quedar garantizada por una serie de poblados afines al Cerro de los Encaños y estratégicamente ubicados a lo largo del curso alto del río Cigüela.

Hemos podido localizar una serie de yacimientos, inéditos aún, que, situados a izquierda y derecha del río, dominan desde su situación un amplio campo. Así, frente al Cerro de los Encaños, en la margen derecha del río y cerca de la actual población de Villar del Horno, hemos prospectado un yacimiento que, por su material lítico recogido, puede remontarse al Bronce Antiguo. A pocos kilómetros curso abajo, el poblado de El Castillejo, en Naharros, y más hacia el Oeste, el yacimiento de Horcajada, fuertemente defendido.

CLASIFICACION DEL MATERIAL

CERAMICA

Es el material más abundante en el yacimiento. Para su mejor estudio la hemos dividido en tres grupos: A) Cerámica a mano, B) Cerámica a torno de pasta gris y C) Cerámica a torno tipo ibérico, subdivididos éstos según sus formas, pastas, superficies, decoración, funcionalidad, tamaño, etc.

A) CERAMICA A MANO

A-1) VASOS

- Forma 1. Pseudocarenados.
- Forma 2. Cubiletes.
- Forma 3. Globulares.
- Forma 4. Semiesferoidales.
- Forma 5. Troncocónicos.
- Forma 6. Cupiformes.

A-2) PLATOS

- Platos.
- Cuencos.
- Tapaderas.

A-3) VASIJAS

- Forma 1. De boca saliente.
- Forma 2. De paredes casi verticales.
- Forma 3. Globulares.
- Forma 4. De boca entrante.
- Forma 5. Troncocónicas.
- Forma 6. Caliciformes.

A-4) FONDOS

A-5) ASIDEROS

A-6) DECORACION

A-1) VASOS

Hemos hallado diversidad de formas que, para sintetizar, agrupamos en seis.

Forma 1. Pseudocarenados (Fig. 2) (Lám. V, 3)

Llamamos así a una serie de vasos que presentan características comunes y, con toda seguridad, son una pervivencia del Bronce. Todos están bruñidos, aunque en algunos casos sólo presentan vestigios, desapareciendo dicho bruñido bien por uso, bien por rozamiento.

En un 75%, la superficie es negra o muy oscura y en un 25%, rojiza o clara con manchas oscuras por cocción irregular.

Los seis ejemplares completos o casi completos presentan carena, pseudocarena o curva suave en sustitución de ésta, pero todos están realizados con la intencionalidad de llegar a la misma forma acampanada.

Se han inventariado 57 fragmentos y vasos completos pertenecientes a la misma forma y ninguno presenta decoración en su superficie, si exceptuamos el perfecto bruñido que hallamos en algunos ejemplares.

Todas las piezas completas presentan un ónfalo o fondo cóncavo, aunque por algunos fragmentos podemos intuir también un fondo convexo (n.º 437, 595 y 601).

Si contabilizamos las piezas completas y los fragmentos con galbo, el 55% de estos vasos tienen un mamelón perforado horizontalmente en la pseudocarena. Una variante estaría representada por el fragmento n.º 108, con un mamelón perforado verticalmente por debajo del borde y que nos muestra un gran arcaísmo, pues estas perforaciones verticales son frecuentes en el material de los sepulcros megalíticos (10).

Otra variante de esta forma la representaría el vaso n.º 704, tendente más a cupiforme, de boca más acampanada y de altura mayor con relación a su anchura (Lám. VI, 1).

Hay diversidad de tamaños, oscilando la altura entre 6 y 11 cms. y el diámetro de su boca entre 19 y 22 cms.

Aparecen en los dos niveles, aunque proporcionalmente a las áreas excavadas de éstos, son más abundantes en Villar-I.

Recinto-1. Dos vasos completos (11) (n.º 96 y 97), dos casi completos (n.º 90 y 91) y dos fragmentos de otros (n.º 108 y 132); en total, seis vasos.

Recinto-2. (12). Un vaso completo (n.º 93) y dos fragmentos; en total, tres vasos distintos.

Recinto-3. Un vaso casi completo (n.º 968) y diez bordes de distintos vasos (n.ºs 416, 418, 419, 420, 512, 513, 514, 551, 714 y 783); en total, once ejemplares de esta forma.

Recinto-4. Cuatro bordes de sendos vasos (417, 443, 502 y 503).

Recinto-5. Un vaso completo (704) y dos bordes (729 y 922); en total, tres vasos.

Recinto-6. No se halló ningún ejemplar ni fragmento de esta forma.

Recinto-7. Un vaso casi completo (964) y dos bordes de sendos vasos (981 y 982); en total, tres ejemplares.

Recinto-8. Un vaso semicompleto (905).

Recinto-9. Ningún ejemplar.

Recinto-10. Ningún ejemplar.

(10) CERDAN, C. y LEISNER, G. y V.: «Sepulcros megalíticos en Huelva». Excavaciones y Memorias. Madrid, 1952.

(11) Todo el material procedente de este yacimiento quedó depositado en el Museo Provincial de Cuenca, con su respectivo número de inventario.

(12) Como hemos visto anteriormente, la total o parcial excavación de los recintos puede incidir en el número de vasos descubiertos.

Calle. Medio vaso reconstruible (969) y diez bordes de distintos vasos (404, 429, 431, 437, 444, 448, 497, 498, 500 y 515); en total, once vasos de esta forma.

Villar-I (13). Un vaso completo (81) y catorce bordes de otros tantos vasos (117, 118, 157, 162, 425, 595, 596, 599, 600, 601, 806, 844 y 837), correspondientes a quince ejemplares.

Entre los siete vasos completos o casi completos, cuatro semicompletos y reconstruibles y cuarenta y seis fragmentos, se han inventariado 57 vasos correspondientes a esta forma.

Los paralelos más inmediatos que encontramos a estos vasos los hallamos en la necrópolis de Las Madrigueras (14) a la que nos vamos a referir muy frecuentemente por varias razones, entre ellas, su proximidad (18 Kms. a vuelo de pájaro) y su afinidad con Villar del Horno, salvando las diferencias que caben entre una necrópolis y un poblado.

En Las Madrigueras aparecen tres vasos de esta forma solamente; uno en la tumba XXVII, otro en la tumba LV y el último en la tumba LVI; las tres incineraciones se sitúan en el nivel I de Carrascosa, por lo que siguiendo este criterio, serían vasos de la época más reciente. Pero en el Cerro de los Encaños aparecen en los dos niveles e incluso son proporcionalmente más abundantes en Villar-I.

Presentes, aunque poco representados, se hallan ejemplares de esta forma en el poblado de Bonilla (15), aunque en el estrato superficial, y en el Pico de la Muela (16).

Pero también vamos a hallarlos en yacimientos de épocas anteriores, en Getafe (17), relacionados con «fondos de cabañas» y fechados en el Bronce Final.

El 55% de estos vasos presentan un mamelón perforado. Este tipo de asidero es una pervivencia del Bronce Antiguo, pues ya se hallan en culturas megalíticas (18).

Consideramos, por su tratamiento, que esta cerámica de calidad dentro de las fabricadas a mano, compitieron airoosamente con vasos a torno foráneos de su aproximado tamaño, y de ahí su pervivencia hasta la fase final del poblado y su abundancia relativa.

Forma 2. Cubiletes (Fig. 3) (Lám. V, 2)

De paredes verticales, o casi, con superficie mal trabajada, sin alisar y fondo plano en los tres ejemplares que conservan éste (88, 102 y 103), todos presentan vestigios de uso continuo al fuego; posiblemente confeccionados por la técnica de rollos; pasta malas, oscuras o rojizas con desgrasantes medianos o de gran tamaño. El 63,5% de los ejemplares hallados no presentan decoración. Los motivos decorativos del 36,5% restante consisten en profundas hendiduras en la parte exterior del borde, en el mismo borde (841) o incisiones oblicuas en su superficie; varios ejemplares presentan gallones verticales por debajo del borde (423, 432, 809 y 821).

Aparecen en los dos niveles pero proporcionalmente a las zonas excavadas son más abundantes en Villar-I.

(13) No mencionamos el lugar de aparición del material correspondiente a este nivel para evitar prolijidad.

(14) ALMAGRO GORBEA, M.: «La necrópolis de Las Madrigueras». Carrascosa del Campo (Cuenca). Madrid, 1969.

(15) VALIENTE CANOVAS, S.: «Excavaciones en el poblado de Bonilla» (Cuenca). N.A.H., 14. Madrid, 1982.

(16) VALIENTE CANOVAS, S.: Pico de la Muela. Valera de Abajo (Cuenca). N.A.H., 12. Madrid, 1981.

(17) VALIENTE CANOVAS, S. y RUBIO DE MIGUEL, I.: «Aportaciones al conocimiento de la arqueología madrileña: Hallazgos arqueológicos de la zona de La Aldehuela-Salmedina (Getafe-Vaciamadrid)». Estudio de Prehistoria y Arqueología de Madrid, 1982.

(18) GOMEZ RUIZ, A.: Nuevas aportaciones al estudio de los dólmenes de El Pozuelo: El dolmen de Martín Gil. Huelva arqueológica, IV, 1978.

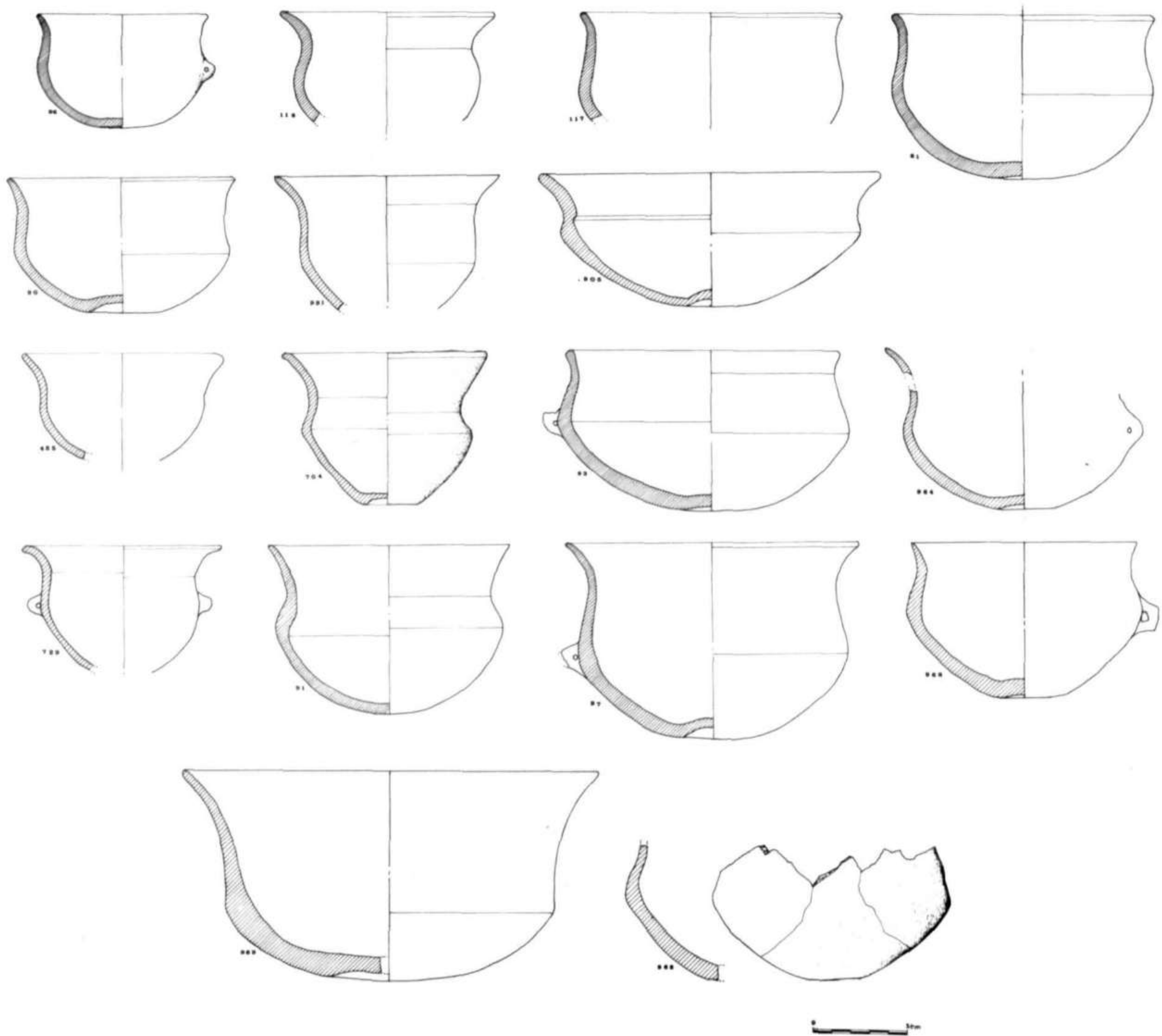


Fig. 2. - Vasos a mano pseudocarenados (Forma-1).

Recinto-1. Dos vasos completos (88 y 102), uno semicompleto (103) y dos bordes de sendos vasos (107 y 121), todos sin decoración.

Recinto-2. Dos bordes sin decoración (130 y 204).

Recinto-3. Tres fragmentos de vasos decorados con hendiduras verticales (510, 549 y 550).

Recinto-4. Dos bordes pertenecientes a vasos sin decoración (415 y 501).

Recinto-5. Un sólo fragmento de un vaso decorado con hendiduras en el borde (728).

Recinto-6. Ningún ejemplar representativo de esta forma.

Recinto-7. Un sólo borde de un vaso sin decoración (985).

Recinto-8. Ningún fragmento.

Recinto-9. Ningún fragmento.

Recinto-10. Ningún fragmento.

Calle. Tres bordes sin decoración (413, 414, 427) y tres bordes de vasos decorados (423, 432 y 509), los dos primeros con gallones verticales y el último con hendiduras en el borde.

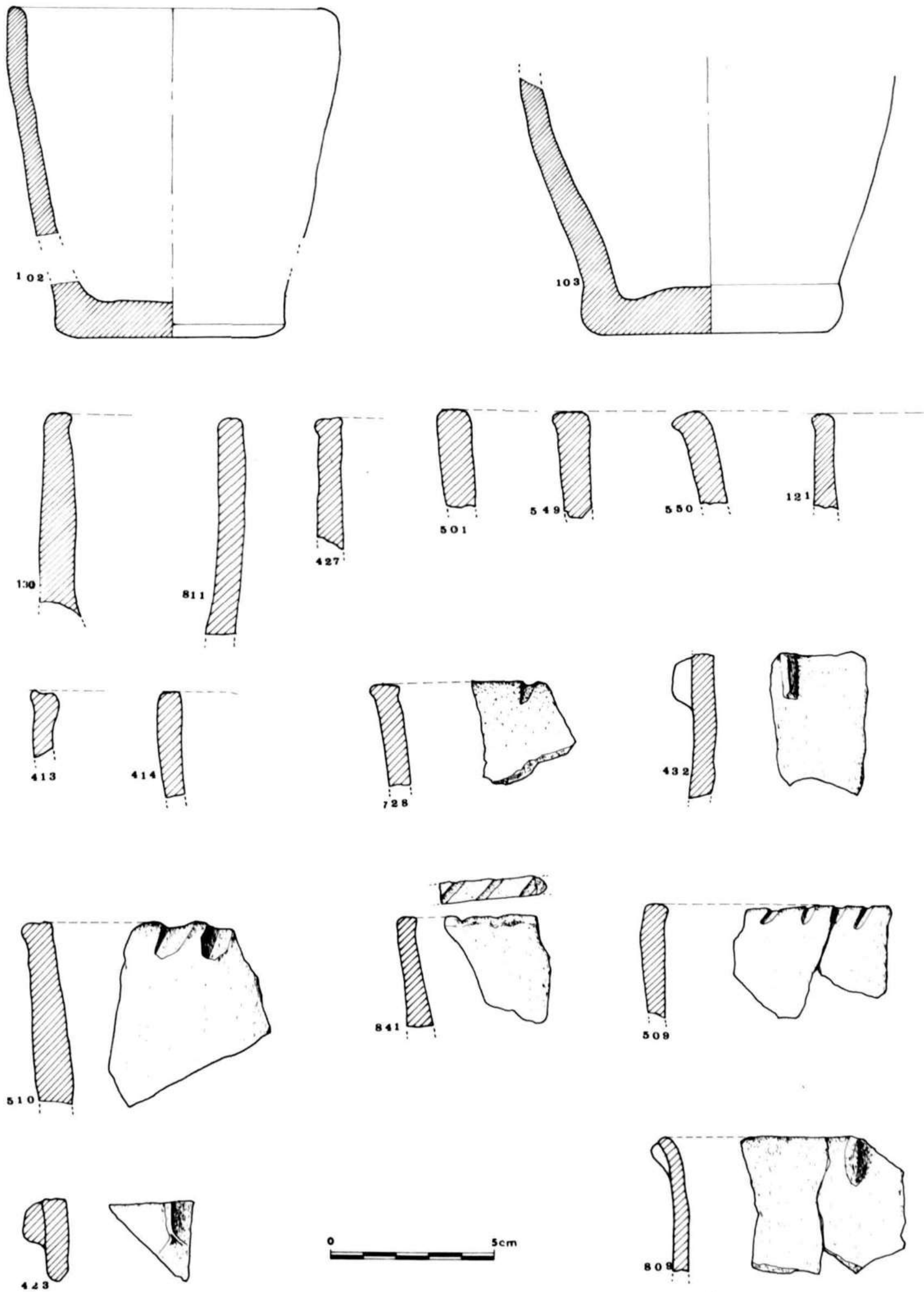


Fig. 3. – Vasos a mano de paredes verticales (Forma-2).

Villar-I. Siete fragmentos correspondientes a sendos vasos sin decoración (158, 161, 802, 812, 822, 823 y 839) y cinco fragmentos de vasos decorados (809, 811, 813, 821 y 841), el primero y el cuarto con gallones verticales; el resto, con hendiduras en el labio o incisiones oblicuas en la superficie.

En total se han inventariado treinta y dos vasos de esta forma, de los cuales, doce presentan decoración y veinte, sin decorar.

La simpleza de esta forma nos puede llevar a pensar en una cronología alta para estos vasos y de ahí su mayor abundancia en Villar-I. Los vestigios que presentan de uso cotidiano y su pasta basta pudiera ser la causa de no estar representados en una necrópolis como Las Madrigueras, y sí aparecer en poblados.

El paralelo más próximo que hallamos en la provincia de Cuenca es el vaso número 9 del poblado de Reillo (19), asociado con cerámica de boquique, pero también aparecen estos vasos en Pico de la Muela (20) en el Corte B de Bonilla (21). Por último, hallamos asociados estos vasos a material propio de «fondos de cabañas» tales como el yacimiento de El Negralejo (22).

Forma 3. Globulares (Fig. 4)

Incluimos en esta forma una serie de vasos y fragmentos de otros cuya boca entrante tiende a aproximarse en proporciones al diámetro del fondo y éste, en los ejemplares conservados es plano; de borde curvado o ligeramente biselado hacia el interior; con una cocción irregular, todos están formados por pastas bastas con gran cantidad de desgrasantes de mediano y gran tamaño, rojizas con manchas negras por cocción irregular. Todos presentan superficies sin alisar, exceptuando el número 540, con un tosco escobillado. Predominan las cerámicas lisas, pero también están representadas las decoradas, cuyos motivos consisten en pequeños mamelones sin perforar bajo el borde, gallones verticales e incisiones en aspa en sus superficies; ninguna hendidura en el borde pues éste no se presta a este tipo de decoración.

Una variante de esta forma la representaría el n.º 807 que posee los inicios de un asa, desaparecida de antiguo, entre el borde y la panza.

Sólo un vaso casi completo, muy fragmentado pero reconstruible, el n.º 105; dos mitades inferiores de sendos vasos (846 y 978) y la mitad superior de otro (114).

Diez y siete fragmentos de vasos en total de este tipo; aparecen también en los dos niveles, pero proporcionalmente a las zonas excavadas son más abundantes en el nivel más profundo.

Recinto-1. Un vaso muy fragmentado pero reconstruible (105) y la mitad de otro decorado con mamelones sin perforar en el borde (114).

Recinto-2. Dos bordes de sendos vasos; uno sin decoración (129) y el otro con pequeños mamelones sin perforar en el borde (135).

Recinto-3. Un borde sin decoración (540).

Recinto-4. Un borde sin decoración (495).

Recinto-5. Ningún ejemplar.

Recinto-6. Ningún ejemplar.

Recinto-7. La mitad inferior de un vaso sin decoración (978); Un borde de vaso sin decorar (947) y otro borde decorado con gallones verticales bajo el borde e incisiones en forma de aspa por debajo (974).

(19) MADERUELO ORTEGA, M. y PASTOR CEREZO, J.: «Excavaciones en Reillo», N.A.H., 12. Madrid, 1981.

(20) VALIENTE CANOVAS, S.: Ob. cit., nota. 16.

(21) VALIENTE CANOVAS, S.: Ob. cit., nota 15.

(22) BLASCO GOSQUED, M. C.: «El Negralejo» un nuevo yacimiento de la Edad del Bronce en Madrid. Estudio de Prehistoria y Arqueología de Madrid, 1982.

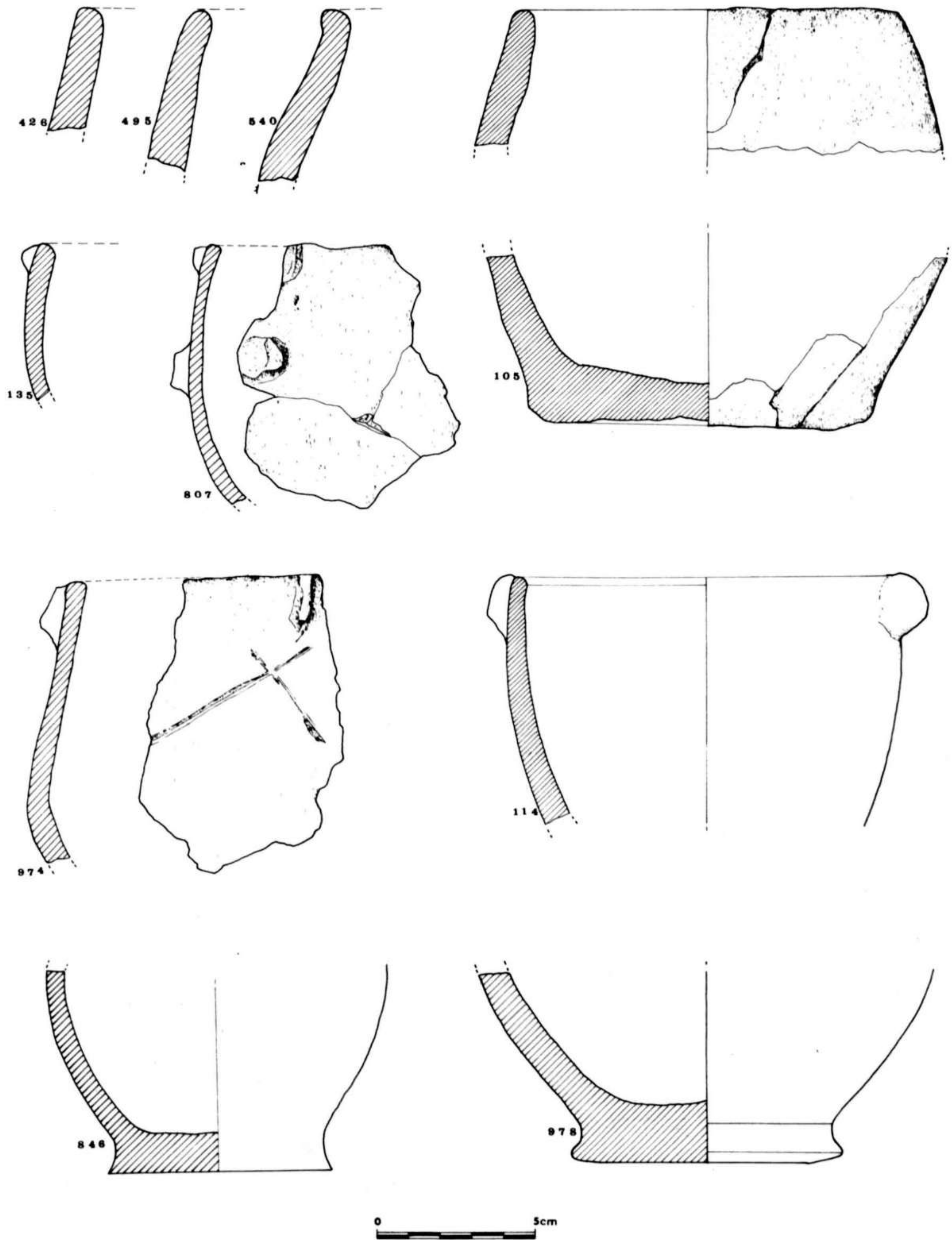


Fig. 4. – Vasos a mano globulares (Forma-3).

Recinto-8. Ningún ejemplar.

Recinto-9. Ningún ejemplar.

Recinto-10. Ningún ejemplar.

Calle. Tres bordes de sendos vasos sin decoración (426, 496 y 499).

Villar-I. La mitad inferior de un vaso sin decoración conservada (846); tres bordes sin decoración (160, 807 y 820) y un fragmento con un pequeño mamelón sin perforar (819).

Estos vasos, como cerámica vulgar y de uso cotidiano, son frecuentes en los poblados del Hierro; de ahí que aparezcan en yacimientos similares, tales como en Cabeza Moya (23), y no se halle en necrópolis.

Forma 4. Semiesferoidales (Fig. 5)

Pertenece a este grupo una serie de vasos y fragmentos en forma de casi media naranja, con el fondo ligeramente cóncavo en los dos conservados; las pastas son bastas sin excepción y, generalmente, la cara interior presenta un tosco escobillado, un espatulado o un bruñido parcial; la superficie es rojiza pero muy quemada, en la mayoría de los casos, por una continua aproximación al fuego; pastas con impurezas y desgrasantes de mediano y gran tamaño; los bordes son redondeados o parcialmente biselados hacia el interior y, algunos de ellos, formados simplemente por estrechamiento de la pared.

Abundan más los lisos, pero también están representados los decorados, especialmente con gallones verticales bajo el borde o hendiduras en éste. Una variedad en motivo decorativo aparece en el n.º 901, con una banda entre dos incisiones ocupada por un motivo inciso de ondas interrumpidas por gallones verticales bajo el borde.

Aunque están representados en los dos niveles, son más abundantes en Villar-I.

Se han inventariado un vaso completo, la mitad inferior de otro y trece fragmentos de sendos vasos de esta forma, de los cuales cinco presentan decoración.

Recinto-1. Ningún ejemplar.

Recinto-2. Ningún ejemplar.

Recinto-3. Un borde sin decoración (548) y otro decorado con un resalte en el borde (546).

Recinto-4. Ningún ejemplar.

Recinto-5. Un vaso completo sin decorar (700) y dos fragmentos (pero de un mismo vaso) con decoración de ondas incisas y gallones verticales (901).

Recinto-6. Ningún ejemplar.

Recinto-7. Ningún ejemplar.

Recinto-8. Ningún ejemplar.

Recinto-9. Ningún ejemplar.

Recinto-10. Ningún ejemplar.

Calle. Un borde sin decoración (952).

Villar-I. La mitad inferior de un vaso sin decoración (801), seis fragmentos sin decoración (131, 159, 176, 177, 179 y 538) y tres bordes de vasos decorados (804, 808 y 817), los dos primeros con hendiduras en el borde y el último con un gallón vertical.

Al contrario que las dos formas anteriores, estos vasos aparecen en Las Madrigueras, concretamente en las tumbas I, XXXV y XLII, correspondientes al Estrato II las dos primeras y al Estrato III la última. También se encuentra un vaso de esta forma en el Estrato IV, en la tumba XXVI.

(23) NAVARRO SIMARRO, J. y SANDOVAL RODENAS, C.: «Cabeza Moya (Enguidanos. Cuenca)». N.A.H., 19. Madrid, 1982.

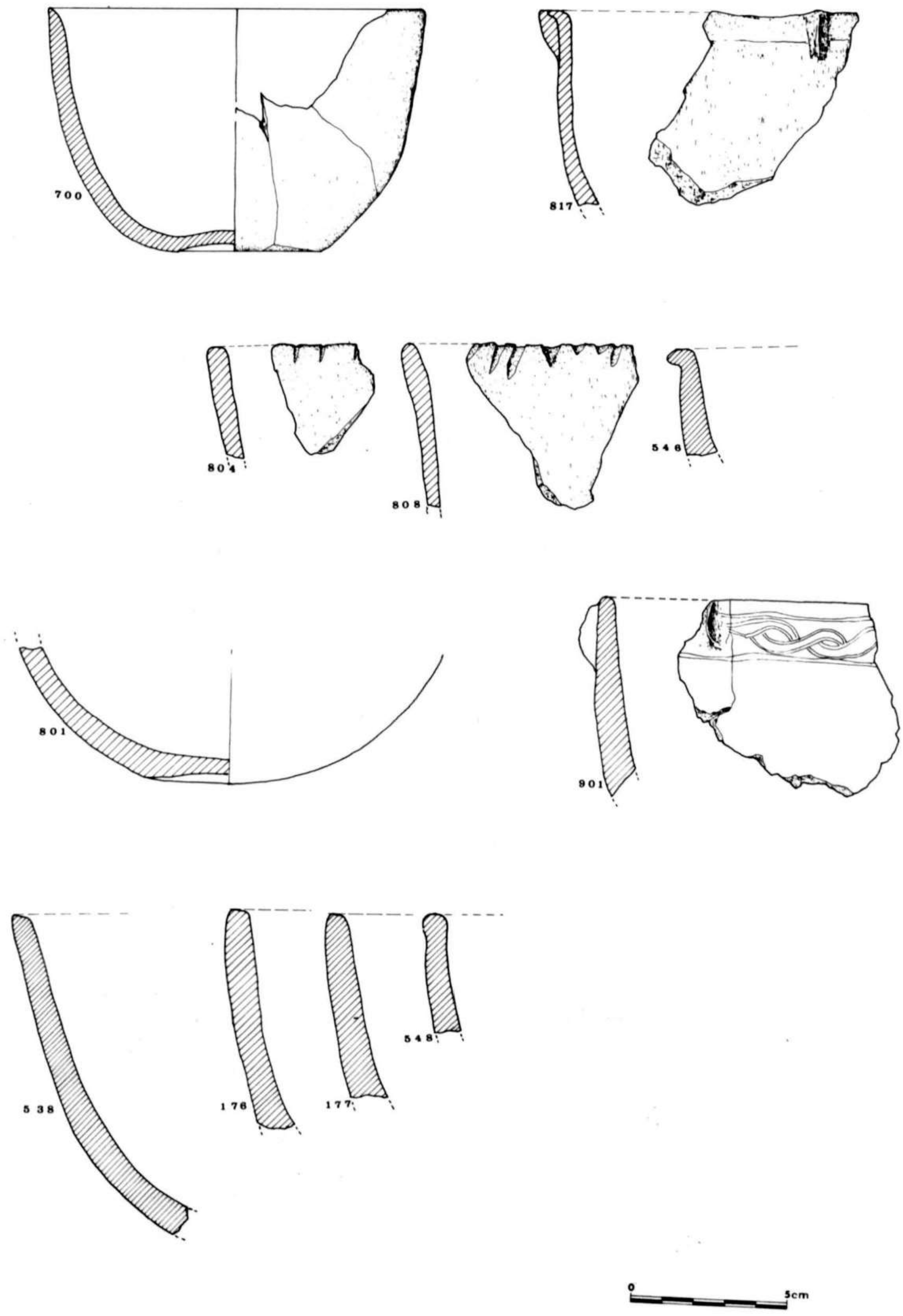


Fig. 5. – Vasos a mano semiesféricos (Forma-4).

Un vaso de este grupo apareció en el Estrato III correspondiente al Corte de la muralla en el poblado de Bonilla (24).

En Villar del Horno, como hemos visto, son abundantes en el nivel inferior y casi desaparecen en el nivel superior.

Forma 5. Troncocónicos (Fig. 6) (Lám. V, 1)

Están representados por un pequeño grupo de vasos de esta forma troncocónica con base menor en el fondo; se conservan dos ejemplares completos; uno, con fondo plano y el otro, con pie anular; los bordes son romos y todos están confeccionados con pastas bastas y oscuras con desgrasantes finos o medianos. Superficies tratadas: espátuladas, bruñidas o escobilladas; ningún presenta decoración de ningún tipo y sólo el n.º 701 ofrecía un pequeño asidero (perdido de antiguo) en la mitad de su altura, plano y perforado horizontalmente.

En total, dos vasos completos y bordes de otros cuatro vasos. A pesar de su escasez, son típicos del nivel superior, pues sólo un fragmento corresponde a Villar-I.

Los dos vasos completos y dos bordes de otros se hallaron en el recinto-3; un fragmento en el recinto-5 y otro en el nivel correspondiente a Villar-I, no apareciendo estos vasos en los otros recintos ni en la calle.

Los vasos de esta forma, representados en Villar del Horno sólo por seis ejemplares, son proporcionalmente más abundantes en Las Madrigueras, donde se hallan en los niveles II y IV; concretamente se encuentran en las tumbas XXV, XXXV, L, LII y LIV.

Un fragmento de esta forma aparece también en el interior del recinto rectangular, en el poblado del Pico de la Muela (25).

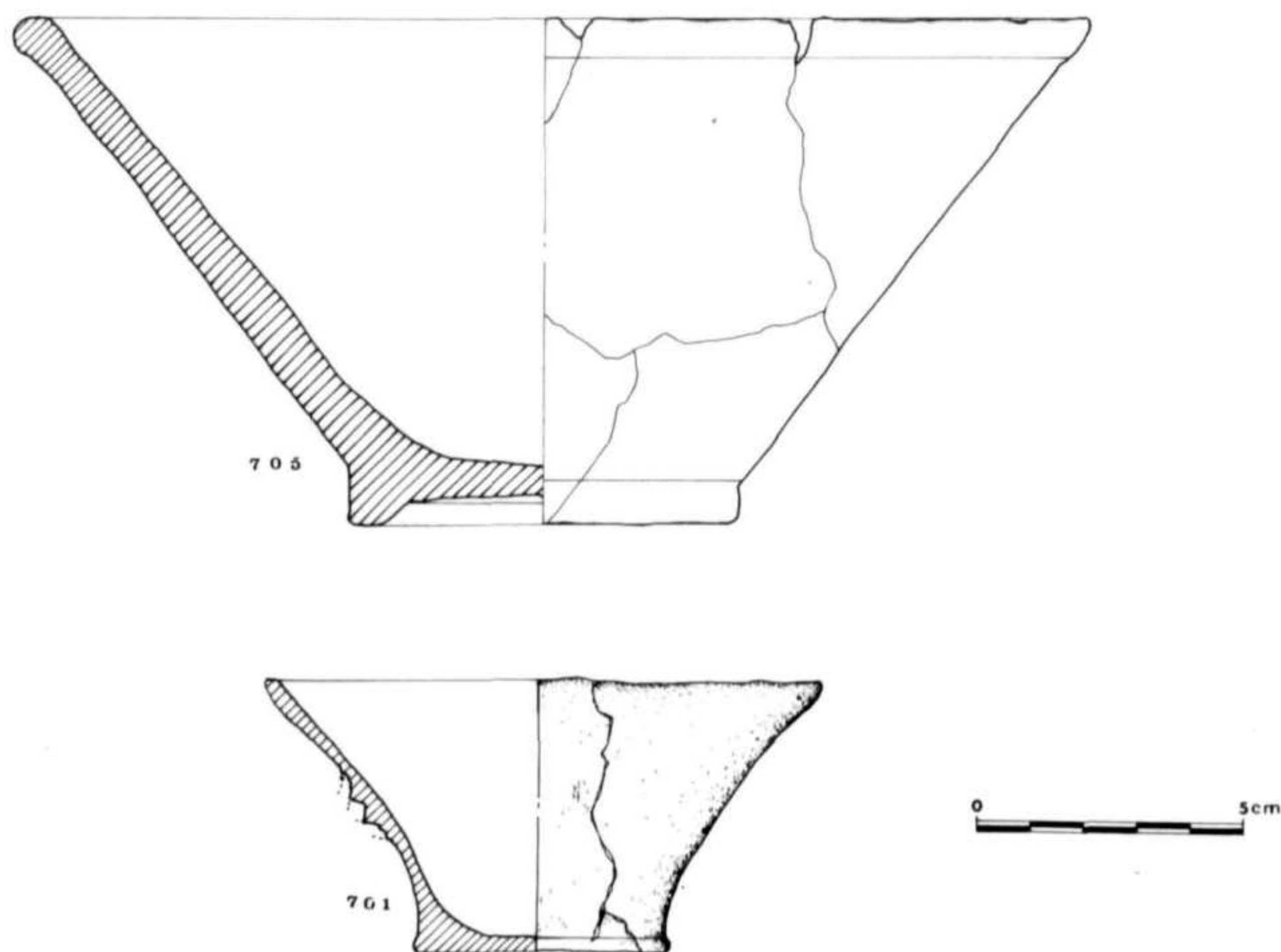


Fig. 6: - Vasos a mano de boca muy abierta (Forma-5).

(24) VALIENTE CANOVAS, S.: Ob. cit., nota 15.

(25) VALIENTE CANOVAS, S.: Ob. cit., nota 16.

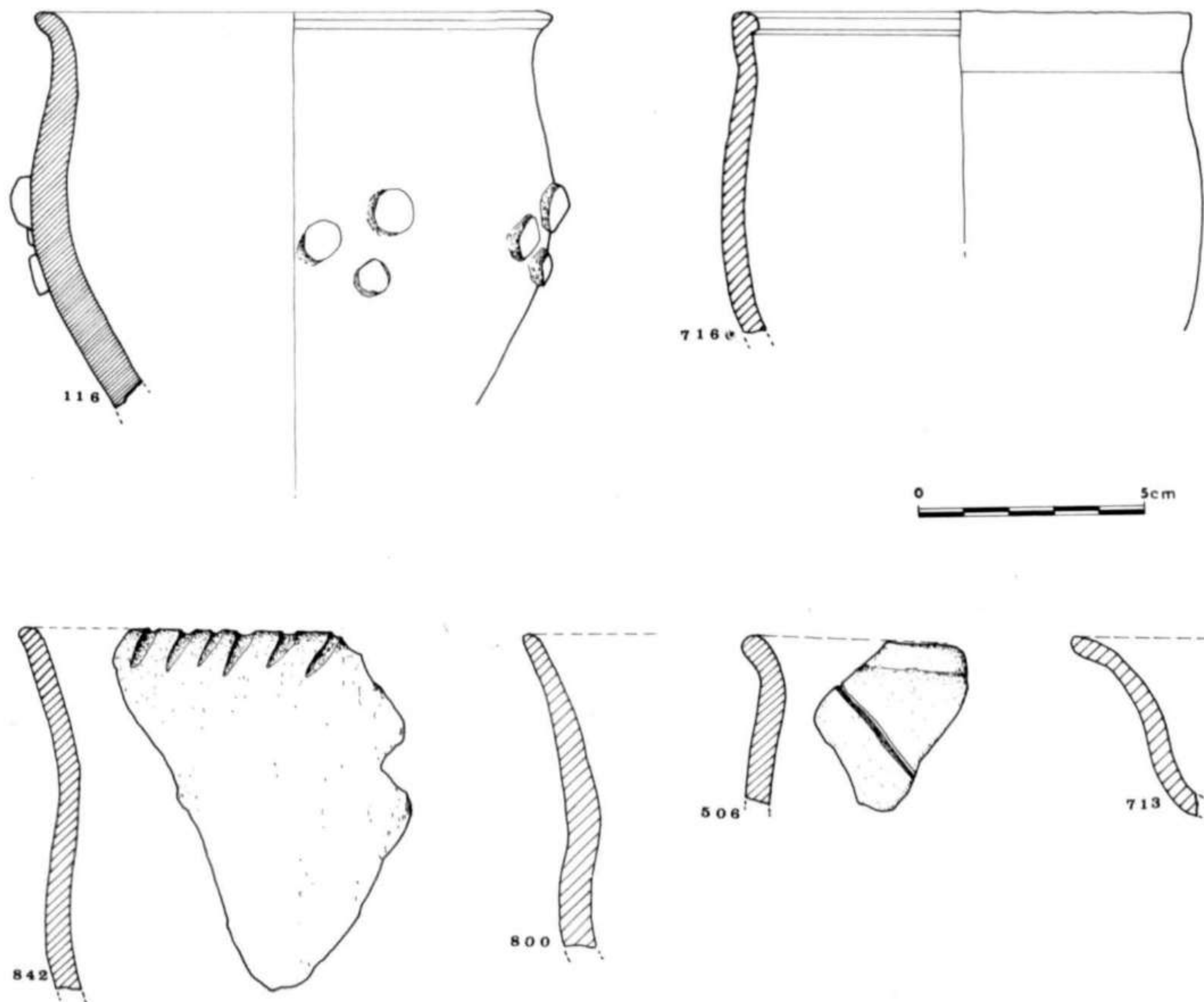


Fig. 7. - Vasos a mano cupiformes (Forma-6).

Forma 6. Cupiformes (Fig. 7) (Lám. V, 4)

Incluimos en este grupo una serie de fragmentos de vasos con diferencias entre sí, pero que tienen en común su forma (tendente la parte superior a una copa o tulipa) y su pasta, rojiza y basta con desgrasantes de mediano tamaño; también tienen en común sus superficies no alisadas y quemadas por aproximación continua al fuego, aunque, excepcionalmente, un vaso (800) que coincide en pasta, cocción y forma con los demás, presenta su superficie bruñida y con un sutil reticulado en el exterior del borde.

Estos vasos son raros y, salvo los números 716 y 783, presentan decoración, aunque los motivos decorativos no se repiten en ninguno.

A pesar de su escasez, son más abundantes proporcionalmente en el nivel más profundo, pues de los seis fragmentos aparecidos, tres corresponden a Villar-I.

Por su reducido número y por la originalidad de la decoración en algunos de ellos, pasamos a describirlos.

Inv. n.º 98, 98b y 116. Tres fragmentos correspondientes a medio vaso; de pasta mala con desgrasantes medianos; superficie sin alisar; cara interior roja y exterior quemada; presenta grupos de tres botones en la panza, posiblemente, cuatro grupos; perdido el fondo. Apareció bajo el nivel del recinto-2; es decir, en Villar-I.

Inv. n.º 506. Fragmento de borde de vaso con acanaladuras oblicuas por debajo del borde; pasta mala con desgrasantes medianos y superficie quemada y sin alisar. Apareció en la zona de la calle, en Villar-II.

Inv. n.º 716. Dos fragmentos de un vaso sin decoración; pasta basta con desgrasantes medianos y superficie muy quemada por uso continuo al fuego; apareció en el interior del recinto-5.

Inv. n.º 783. Fragmento de borde de un vaso parecido al anterior, aunque quizá con el borde menos inclinado; pasta mala con desgrasantes medianos y superficie sin alisar y quemada.

Inv. n.º 800. Fragmento de borde de vaso de «retícula bruñida», de pasta basta y cocción irregular, pero superficie rojiza oscura y bruñida. Apareció en el nivel de Villar-I, bajo el pavimento del recinto-3.

Inv. n.º 842. Fragmento de borde y parte de panza de un vaso de pasta basta y cocción irregular; superficie rojiza y sin alisar, decorado con hendiduras irregulares, paralelas y oblicuas sobre el borde y parte exterior de éste. Corresponde al nivel de Villar-I, bajo el recinto-3.

El paralelo más cercano a estos vasos se encuentra en la urnita a mano y sin decoración hallada en la tumba III de Las Madrigueras, correspondiente al Estrato II. Un fragmento de un vaso similar y decorado con incisiones aparece en Cabeza Moya (26), inventariado con el número 649.

A-2) PLATOS, CUENCOS Y TAPADERAS (Fig. 8)

– Platos

La característica principal es su escasez y carencia de formas completas en la zona excavada del yacimiento; dos fragmentos de sendos platos de «retícula bruñida», un fragmento de borde de otro plato con dos diminutos orificios en el labio y otro borde sin distinción entre la pared y el labio. Los dos primeros hallados en el nivel inferior; es decir, en Villar-I.

Inv. n.º 140. Dos fragmentos no ensamblables de labio de un plato de retícula bruñida; cerámica a mano o a torno lento; pasta oscura con desgrasantes finos; presenta un reticulado en zig zag sobre el labio. Diámetro, 39 cms.; grosor, 5 mm. Se hallaron bajo el «horno de adobe», por debajo del pavimento del recinto-2.

Inv. n.º 597. Pequeño fragmento de borde de un platito de pasta fina color marrón oscuro; superficie muy bruñida y un reticulado en forma de triángulos. Long. 2,4 cms.; gr. 3,5 mm. Se halló en el nivel correspondiente a Villar-I, en la cata W de la calle.

Inv. n.º 128. Fragmento de borde de platito bien trabajado con superficies muy alisadas, cara exterior clara e interior oscura; desgrasantes de mediano tamaño y reducción del grueso de la pared hasta llegar al borde. Grosor, 5 mm. En el nivel correspondiente al recinto-2.

Inv. n.º 598. Dos fragmentos de borde de un platito bien confeccionado; superficie alisada; cara interior marrón y exterior gris oscuro; presenta dos orificios pequeños para asidero. Grosor, 4,5 mm. En la cata W de la calle, en el nivel correspondiente al Villar-I.

Como vemos, de estos cuatro fragmentos de platos a mano, tres corresponden al nivel más profundo. La escasez de ellos en Villar del Horno no nos permite compararlos con los de otros yacimientos. Distintos a los cuatro cuencos de labio horizontal aparecidos en la tumba I de Las Madrigueras, sólo podemos deducir que intentan imitar formas de cerámica a torno y que casi desaparecen en Villar-II, ante la competencia de los platos de cerámica gris.

– Cuencos

Están representados por un reducido número de fragmentos, uno completo y otro casi completo; todos son de pasta basta, con superficie alisada o vestigio de haberlo estado, color rojizo o gris oscuro; el borde formado por estrechamiento de la

(26) NAVARRO, J. y SANDOVAL, C.: Ob. cit., nota 23.

pared. Sin decoración, exceptuando el n.º 966, que presenta incisiones en zig zag desde el borde hasta el fondo. El n.º 907 tiene un asidero perforado. Aparecen en los dos niveles.

Inv. n.º 127. Fragmento de borde de cuenco con desgrasantes medianos y superficie oscura y ligeramente alisada; el borde, color anaranjado. Corresponde al material del recinto-2.

Inv. n.º 201. Fragmento de borde de cuenco con vestigio de alisado en su superficie rojiza y quemada; pasta basta con muchos desgrasantes. Grosor, 8 mm. Corresponde al recinto-2.

Inv. n.º 203. Fragmento de borde de cuenco con superficie grisacea y bien espatulada. Grosor, 6,5 mm. Corresponde al recinto-2.

Inv. n.º 428. Fragmento de borde de cuenco con superficie color gris oscuro y someramente alisada. Grosor, 6 mm. Corresponde al material de la calle.

Inv. n.º 545. Fragmento de borde de cuenco con superficie oscura y un tosco escobillado; pasta con desgrasantes medianos. Grosor, 8 mm. Interior del recinto-3.

Inv. n.º 803. Cuatro fragmentos ensamblables de un pequeño cuenco con borde muy fino; superficie oscura y parcialmente alisada. Grosor, 4,5 mm. Corresponde al nivel de Villar-I.

Inv. n.º 838. Fragmento de borde de cuenco con superficie color gris oscuro; su cara interior, bruñida. Grosor, 4,5 mm. Corresponde al nivel de Villar-I.

Inv. n.º 907. Cuenco casi completo de fondo casi plano; presenta un tosco asidero perforado horizontalmente; superficie muy oscura y toscamente espatulada; pasta con desgrasantes medianos. Diámetro de la boca, 14 cms.; diámetro del fondo, 5 cms.; altura, 7 cms.; grosor medio, 1,2 cms. Material correspondiente al recinto-8.

Inv. n.º 966. Cuenco de boca muy abierta y paredes rectas inclinadas hasta el pie, formado éste por rehundimiento; superficie espatulada, rojiza y oscura por cocción irregular; presenta en su cara exterior unas incisiones en zig zag desde el borde hasta el fondo. Diámetro de la boca, 19 cms.; diámetro del fondo, 3,8 cms.; altura, 7,6 cms.; grosor medio, 8 mm. Apareció en el interior del recinto-5.

También están documentados en Las Madrigueras, en la tumba XLVI, pero por su simple forma son abundantes en cualquier yacimiento similar.

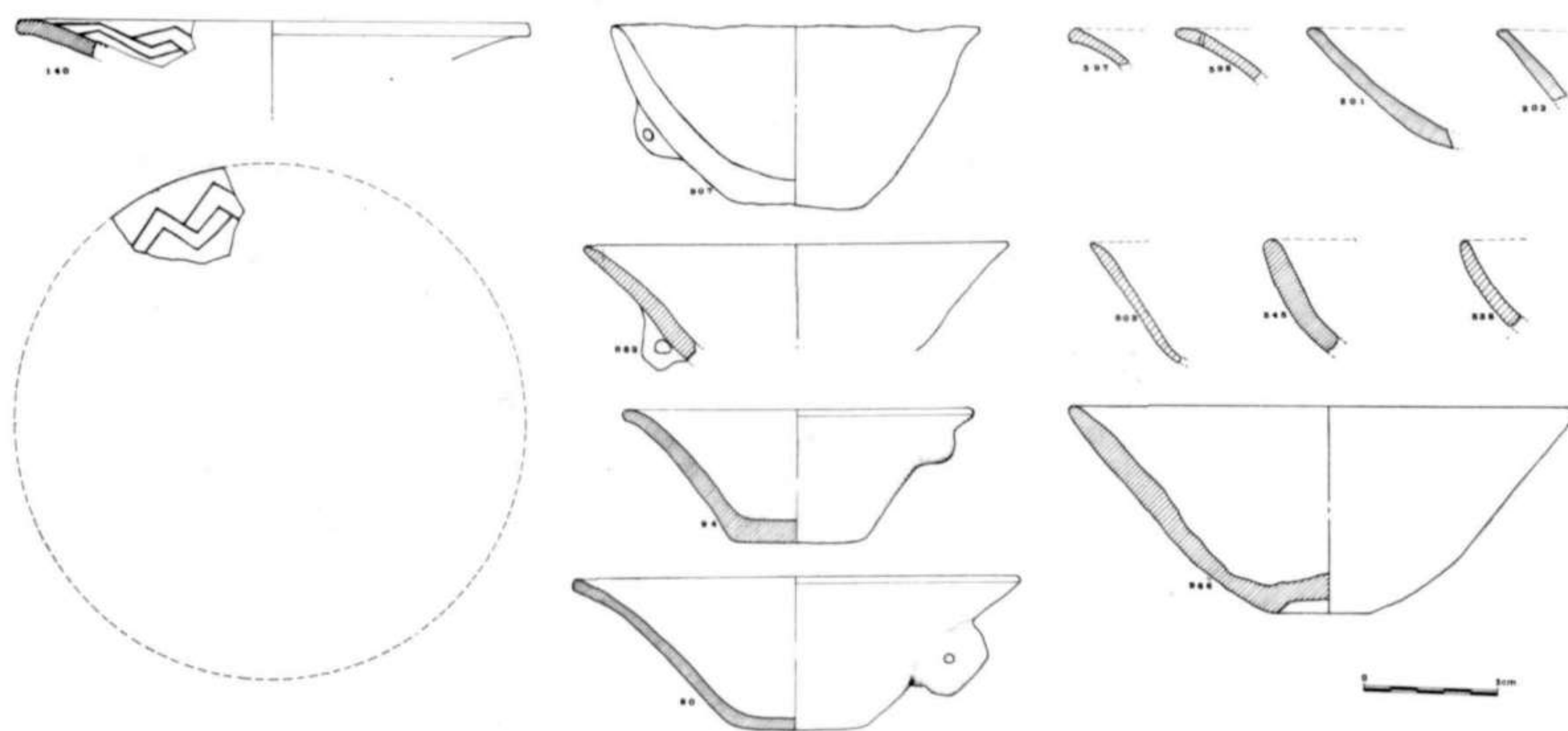


Fig. 8. - Platos, cuencos y tapaderas a mano.

- Tapaderas

Considerando que tienen esta funcionalidad por el asidero perforado horizontalmente que presentan, más cómodo de asir en posición invertida. Sólo dos ejemplares:

Inv. n.º 80. Tapadera de pasta blanca y deleznable con un asidero plano perforado horizontalmente. Diámetro de la boca, 16,5 cms.; diámetro del fondo, 5 cms.; altura, 5,5 cms. Hallada en el recinto-1.

Inv. n.º 983. Fragmento de borde de tapadera con superficie oscura y espatulada, con asidero plano y perforado horizontalmente. Diámetro de la boca, 16 cms.; grosor, 6 mm. Corresponde al recinto-7.

Esta forma está bien representada en los Estratos IV y II de Las Madrigueras, aunque algunas de ellas pueden incluirse más en vasos de la forma 5 por su mayor altura.

A-3) VASIJAS A MANO

Forma 1. De boca saliente (Fig. 9)

Las pastas son bastas, color rojizo, con desgrasantes de mediano y gran tamaño; las superficies del mismo color que la pasta, con muchas zonas negras por fuego, con un toско espatulado o escobillado y, a veces, sin tratar. No se conserva ningún ejemplar completo, pero posiblemente el fondo de ellas fuera plano; su altura puede alcanzar los 50 cms. Entre las decoradas (las más abundantes), el motivo más frecuente son huellas unguiladas profundas en el borde y en la superficie exterior; un fragmento (n.º 929) presenta una hilada de mamelones sin perforar en la panza y otro (n.º 933) un par de gallones verticales en el borde. Se hallan en los dos niveles, pero proporcionalmente son más abundantes en Villar-I. En muchos recintos no se halla representada esta forma de vasija.

Recinto-1. Un fragmento de borde con un corto cuello (n.º 120).

Recinto-2. Ningún ejemplar.

Recinto-3. Ningún ejemplar.

Recinto-4. Un borde sin decoración (n.º 430).

Recinto-5. Un borde sin decoración (747) y un galbo decorado con una serie de mamelones sin perforar (929).

Recinto-6. Ningún ejemplar.

Recinto-7. Un fragmento de borde y parte de panza sin decoración (973).

Recinto-8. Tres fragmentos de bordes de sendas vasijas sin decoración (958, 960 y 961).

Recinto-9. Ningún ejemplar.

Recinto-10. Ningún ejemplar.

Calle. Un fragmento de borde (505) con cuatro hendiduras en el borde y, por debajo de éste, y parte de la panza con dos gallones verticales (933).

Villar-I. Un borde con decoración digital y oblicua al borde (539); un fragmento de borde con decoración unguilada (604); un borde sin decoración (618); un borde con decoración unguilada (620); un borde y parte de panza con decoración incisa por debajo del borde (621); un gran fragmento de borde con decoración unguilada en éste (623); un borde con cuatro líneas paralelas en zig zag desde el borde al cuello (624) y boca casi completa de una vasija con todo el borde cubierto por hendiduras unguiladas.

En total, diez y ocho fragmentos correspondientes a distintas vasijas de las cuales, ocho corresponden al nivel de Villar-I; diez están decoradas y ocho no presentan decoración.

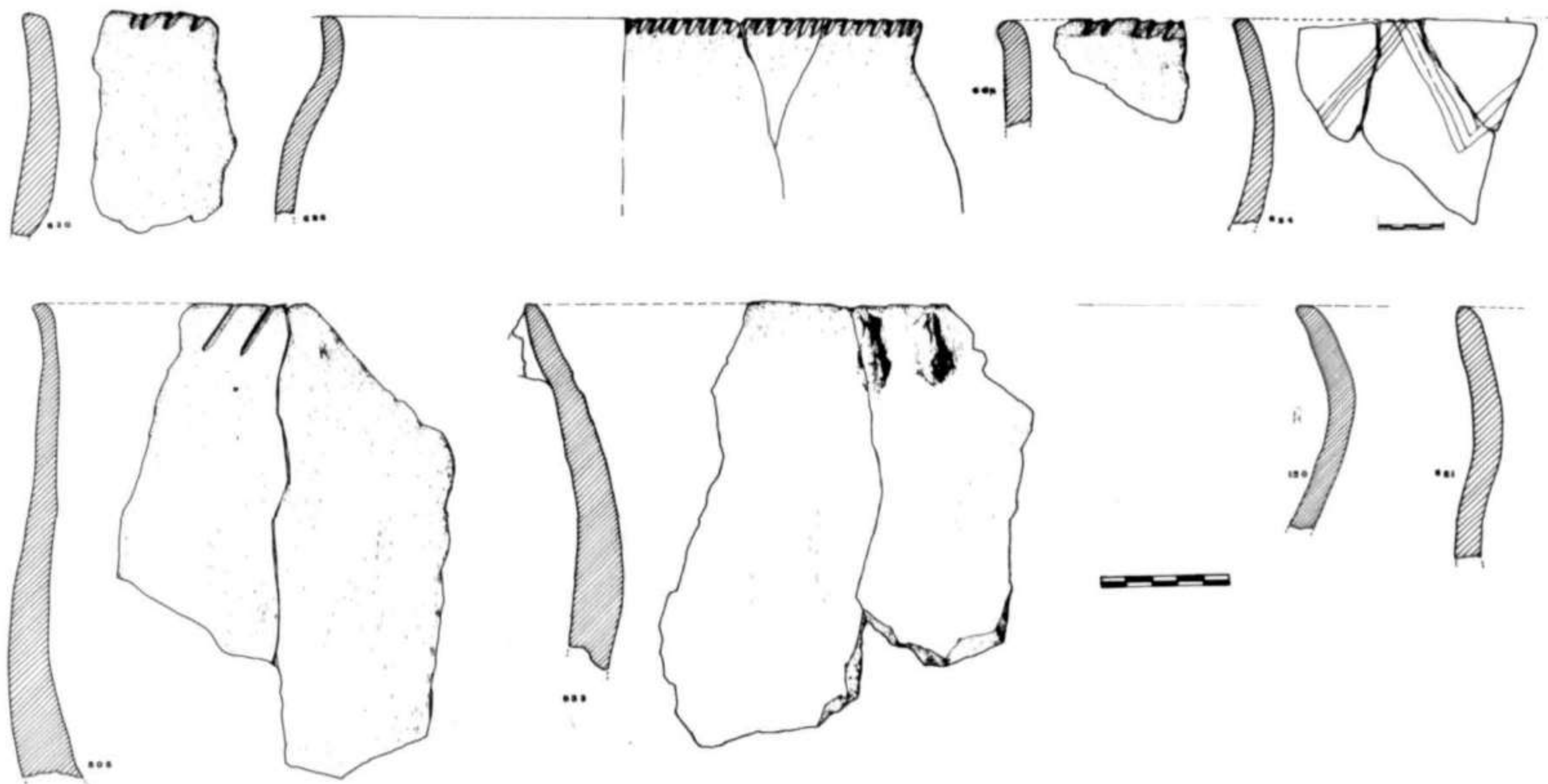


Fig. 9. - Vasijas a mano de boca saliente (Forma-1).

Debido a no conservarse ningún ejemplar completo, sólo podemos partir de la inclinación al exterior del borde. Por ello, pueden ser similares o parecidas a las formas en las tumbas XXI, XXV y XXVI del Estrato IV y XXXIII y XLII del Estrato III de Las Madrigueras.

Forma 2. De paredes casi verticales (Fig. 10)

Se caracterizan estas vasijas por presentar sus paredes rectas, casi verticales, ligeramente inclinadas hacia el exterior por lo que el diámetro de la boca es algo mayor que el del fondo; sólo se conserva uno de éstos, plano; las pastas son, en general muy bastas, a veces, resquebrajadizas con desgrasantes de mediano y gran tamaño. No se conserva ningún ejemplar completo, pero no alcanzan gran tamaño; el color de su pasta y su superficie es rojizo oscuro, aunque están muy quemadas, unas veces por cocción irregular, otras, por contacto con el fuego. Mayor cantidad de vasijas sin decoración; cuando éstas están decoradas, los motivos son: incisiones en el borde y superficie exterior, pares de gallones verticales y, un fragmento sólo (180) con decoración en serie de equis en relieve por debajo del borde.

La superficie, generalmente sin alisar o con un tosco escobillado. Aparecen en los dos niveles, pero son más abundantes en el nivel superior.

Recinto-1. Ningún ejemplar de esta forma.

Recinto-2. Dos fragmentos de bordes (178 y 202) y un fondo y parte de pared (210) de vasijas sin decoración y un borde (180) con decoración de equis en relieve por debajo del borde.

Recinto-3. Dos bordes (790 y 791) sin decoración.

Recinto-4. Un fragmento (433) que presenta un saliente horizontal a modo de asidero.

Recinto-5. Un fragmento de borde (920) sin decoración.

Recinto-6. Ningún ejemplar.

Recinto-7. Un fragmento de borde (976) sin decoración.

Recinto-8. Ningún ejemplar.

Recinto-9. Ningún ejemplar.

Recinto-10. Ningún ejemplar.

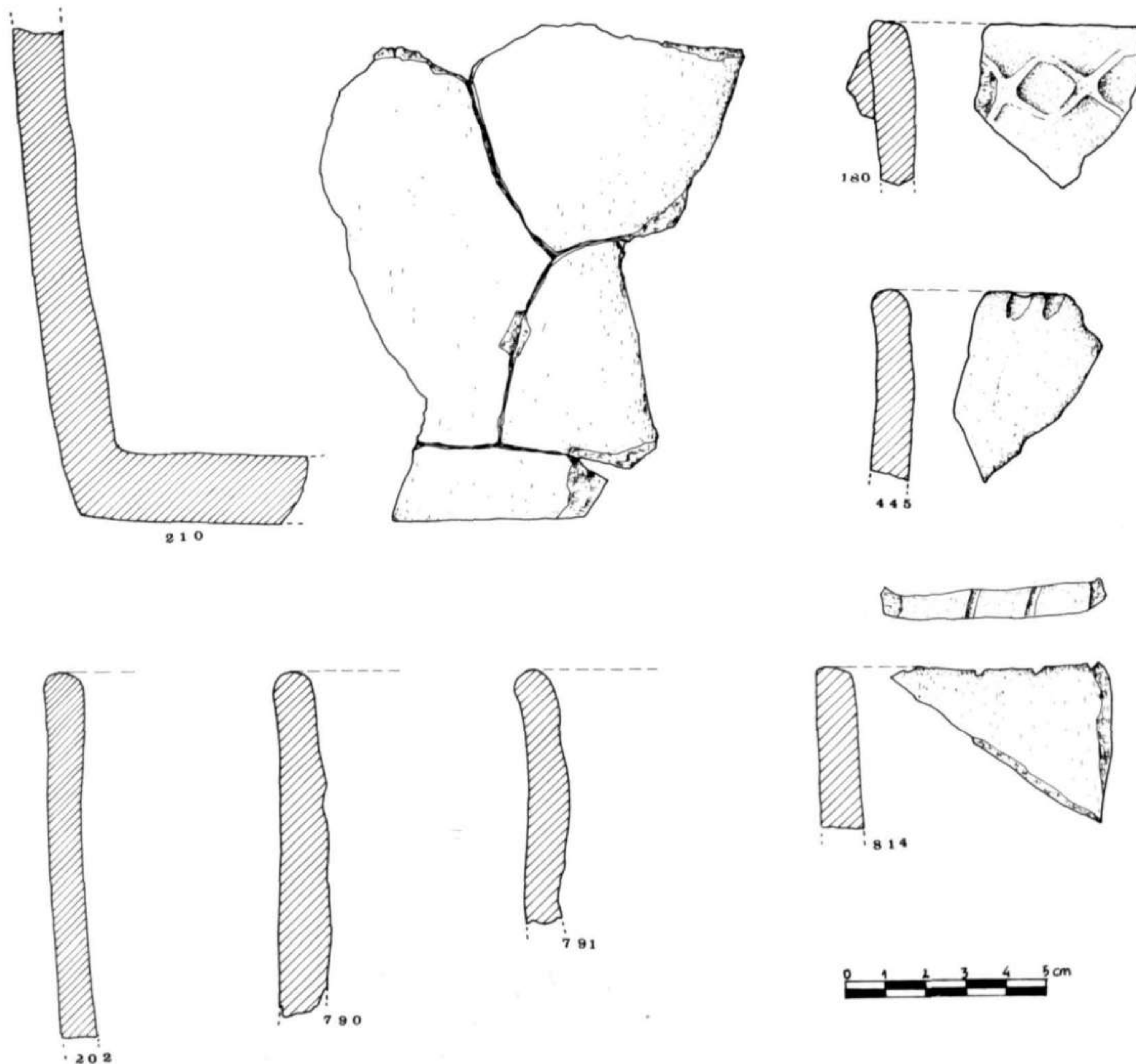


Fig. 10. - Vasijas a mano de paredes verticales (Forma-2).

Calle. Un fragmento de borde (445) con decoración ungulada.

Villar-I. Un fragmento (424) con hendiduras oblicuas irregulares en la parte exterior del borde; un fragmento (605) que presenta dos gallones verticales y un borde (814) con acanaladuras oblicuas y paralelas en la boca sin sobresalir.

Generalmente, los bordes de estas vasijas son redondeados, pero una variante la representarían los números 178, 180, 814 y 976 con el borde plano o ligeramente inclinados hacia el interior.

Se han hallado trece fragmentos de esta forma. No están representadas en la necrópolis de Carrascosa, por lo que pensamos que era una cerámica de uso práctico exclusivamente, de ahí su presencia entre la cerámica común de Villar del Horno y otros poblados próximos.

Forma 3. Globulares (Fig. 11)

De boca entrante; algunas, casi semiesféricas; la pasta es basta y la cocción es mala en todas; superficie rojiza, muchas muy quemadas; gran cantidad de desgrasantes de mediano y gran tamaño; no se conserva ninguna vasija completa ni ningún fondo, pero éstos, posiblemente, curvados por la forma de las paredes; exceptuando la

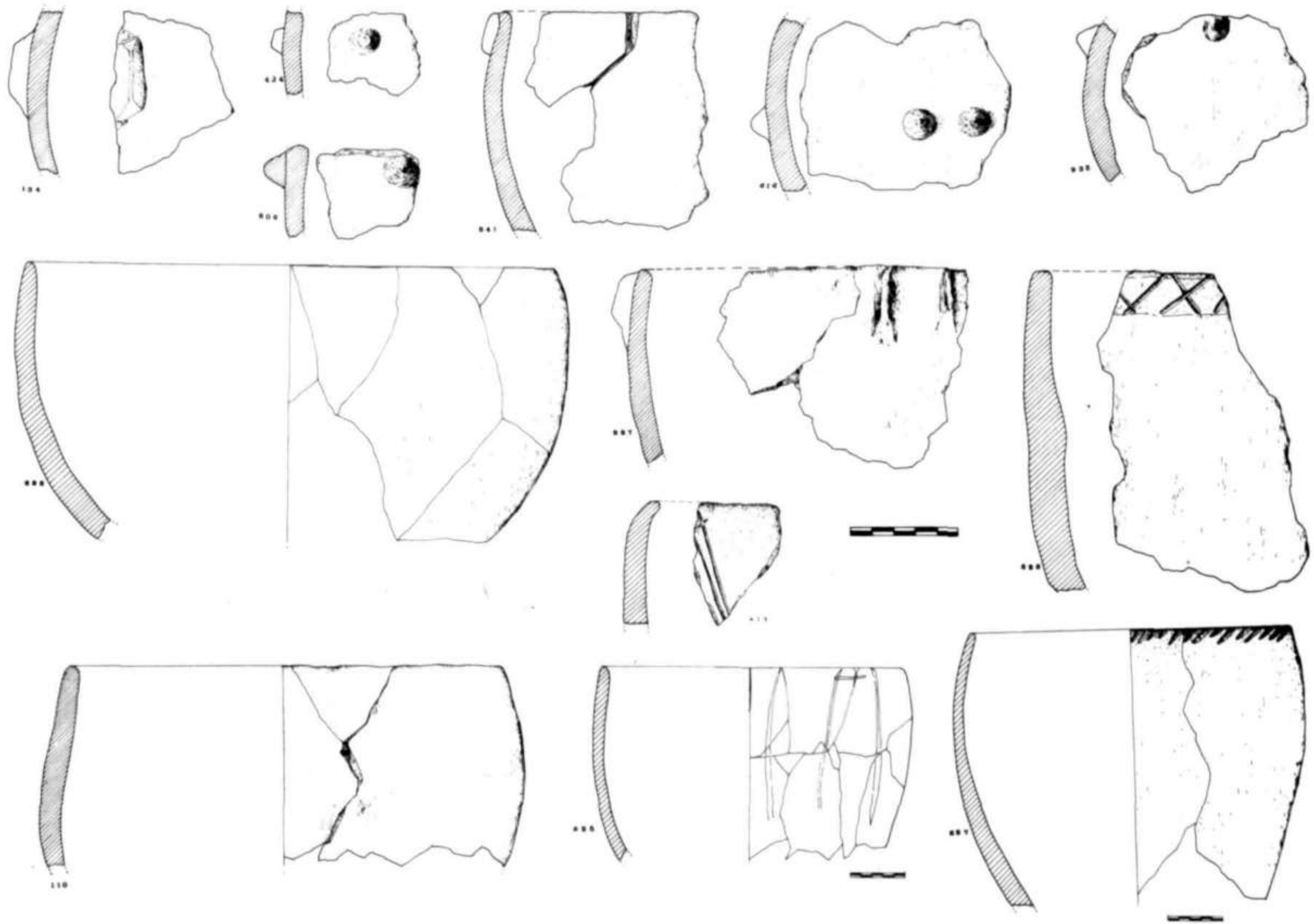


Fig. 11. - Vasijas globulares (Forma-3).

vasija n.º 627 que pudo alcanzar los 50 cms., las demás son de menor tamaño. Son más abundantes las vasijas decoradas en esta forma; el 79% del total; los motivos decorativos son variados, desde los mamelones sin perforar, gallones verticales, serie de aspas en bandas e incisiones en zig zag.

Se han hallado diez y nueve fragmentos correspondientes a sendas vasijas y proporcionalmente son más abundantes en Villar-I.

Recinto-1. La mitad superior de una vasija sin decoración (110).

Recinto-2. Dos galbos de vasijas decoradas (la n.º 134 con un saliente vertical y de sección trapezoidal y la n.º 137 con un gallón vertical).

Recinto-3. Un fragmento de borde (547) sin decoración.

Recinto-4. Un fragmento de galbo (454) que presenta un mamelón sin perforar en la panza.

Recinto-5. Borde de una vasija (919) sin decoración.

Recinto-6. Ningún ejemplar.

Recinto-7. Dos bordes de vasijas decoradas; la n.º 950 con profundas incisiones en ángulo por debajo del borde y la n.º 987, con dos gallones verticales bajo el borde.

Recinto-8. Ningún ejemplar.

Recinto-9. Ningún ejemplar.

Recinto-10. Ningún ejemplar.

Calle. Gran fragmento de borde y panza (625) de una vasija decorada con largas incisiones irregulares desde el borde a la panza y un galbo (932) con un mamelón sin perforar.

Villar-I. Galbo de vasija (421) decorada con mamelones rehundidos de los que conserva uno; borde decorado (508) con acanaladuras en zig zag por debajo del borde; borde y parte de panza (541) de una vasija decorada con un solo gallón vertical en el borde; galbo con mamelones sin perforar (606) en la panza de los que conserva uno; galbo de vasija (616) con dos mamelones sin perforar en la panza; gran fragmento con borde y panza (622) de vasija semiesferoidal sin decoración; gran fragmento de vasija de, aproximadamente, 50 cms. de altura (627) decorada con hendiduras unguiladas en el borde; varios fragmentos de vasijas (628) con decoración incisa de espas en la parte exterior del borde; borde de vasija decorada con incisiones paralelas en zig zag por debajo del borde (813).

En realidad son grandes cuencos que en Las Madrigueras están representados por la urna de la tumba XXIV, aunque este único ejemplar presenta menores proporciones que los de Villar del Horno. Tipos de esta forma los encontramos en el Estrato VI del Corte Sur, en Pico de la Muela y en Cabeza Moya (27).

Forma 4. De boca entrante (Fig. 12) (Lám. VI, 2)

Son vasijas de pasta basta con gran cantidad de desgrasantes de mediano y gran tamaño; los fondos conservados son planos; su altura oscila entre 25 cms. y 55 cms. y el diámetro de su boca entre 20 cms. y 40 cms.; la cocción es, generalmente, mala y el color de la pasta, rojizo; las superficies, rojas, aunque casi todas muy quemadas, sin alisar o toscamente escobilladas.

De las trece vasijas y fragmentos de vasijas hallados, ocho presentan algún tipo de decoración (61,5%) y los motivos decorativos, desde incisiones irregulares hasta gallones y mamelones. Los bordes rematan redondeados.

Aunque están representadas en los dos niveles, son más abundantes en Villar-II o superior.

Recinto-1. Vasija casi completa (104), faltándole parte de la panza y parte del fondo, sin decorar; otra vasija casi completa (212), faltándole el fondo, sin decoración; gran fragmento de vasija reconstruible (122) sin decoración; varios fragmentos de la misma vasija (115) que presenta gallones verticales en la panza.

Recinto-2. Gran fragmento con borde y panza (211) sin decoración.

Recinto-3. Fondo plano y parte de pared de una vasija sin decoración (531); fragmento de borde y panza (536) con acanaladuras irregulares y en zig zag por debajo del borde.

Recinto-4. Ningún ejemplar.

Recinto-5. Ningún ejemplar.

Recinto-6. Ningún ejemplar.

Recinto-7. Borde de vasija (975) que presenta una profunda hendidura oblicua en su superficie; borde de otra vasija (977) con una banda por debajo del borde ocupada por incisiones en aspa.

Recinto-8. Ningún ejemplar.

Recinto-9. Ningún ejemplar.

Recinto-10. Ningún ejemplar.

Calle. Borde y parte de panza con incisiones en aspa (537) irregulares por debajo del borde; cuatro fragmentos ensamblables (967) con incisiones en aspa muy irregulares por debajo del borde.

Villar-I. Vasija completa con seis pares de gallones verticales por debajo del borde y cuatro botones circulares en su panza (214), aunque sólo conserva tres; borde con decoración unguilada (507).

No están representadas en la necrópolis de Las Madrigueras, debido a su uso práctico, a pesar de su decoración.

(27) NAVARRO, J. y SANDOVAL, C.: Ob. cit., nota 23.

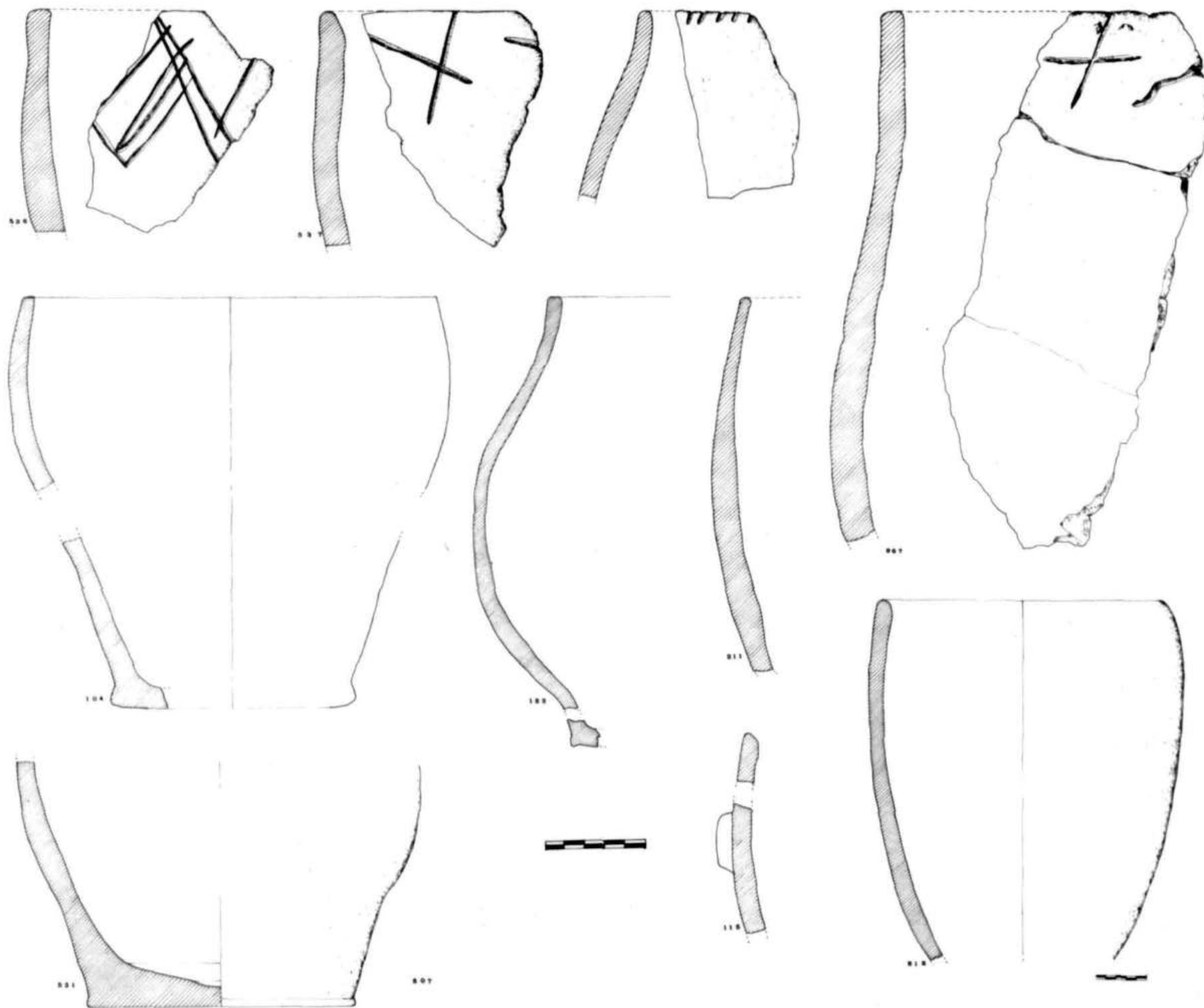


Fig. 12. – Vasijas de boca entrante (Forma-4).

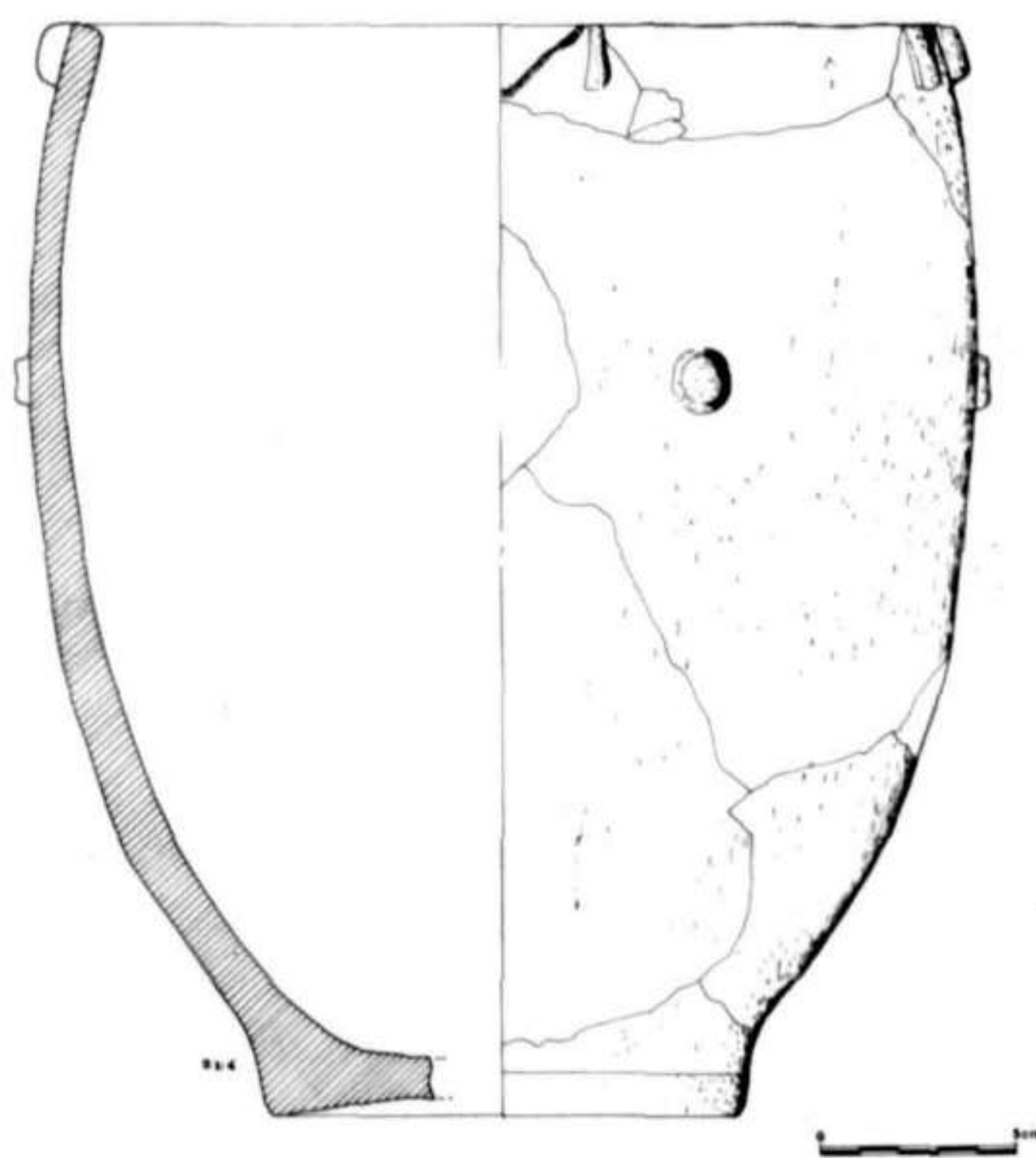


Fig. 13. – Vasija a mano con decoración.

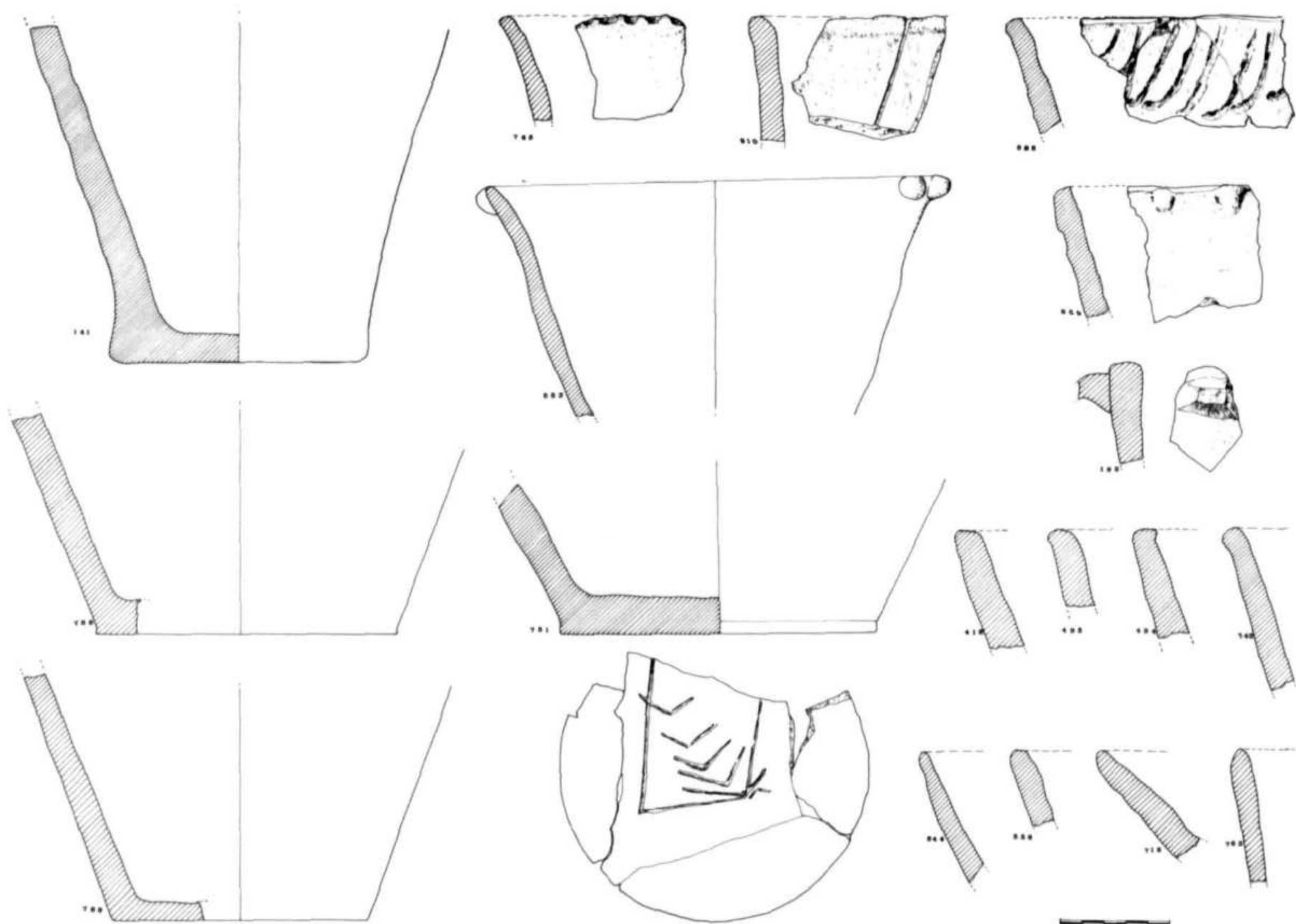


Fig. 14. - Vasijas troncocónicas (Forma-5).

Forma 5. Troncocónicas (Fig. 14)

Formadas por pastas bastas y mal cocidas con desgrasantes de mediano o gran tamaño; las superficies, rojas y con manchas oscuras por el fuego, sin alisar o toscamente escobilladas; excepcionalmente, la n.º 553 presenta buena pasta y superficie oscura y bruñida con pares de mamelones sin perforar en la parte exterior del borde. Se caracterizan las vasijas correspondientes a esta forma por sus paredes rectas y porque el diámetro de la boca es mucho mayor que el de la base; todos los fondos conservados son planos.

De los veinte y seis fragmentos de vasijas de esta forma, ocho corresponden al nivel de Villar-I; por lo que proporcionalmente están igualmente representadas en los dos niveles. Son más abundantes las que no presentan decoración; suponiendo las decoradas el 38,5% del total; los motivos decorativos son: huellas digitales en el borde, incisiones curvas o rectas oblicuas en su superficie; pellizcos en el borde y mamelones sin perforar.

Recinto-1. Ningún ejemplar.

Recinto-2. Tres fragmentos de vasijas sin decoración (141, 163 y 182), el último presenta un asidero en resalte horizontal y de sección trapezoidal.

Recinto-3. Un fragmento sin decoración (712).

Recinto-4. La mitad inferior de una vasija sin decoración y fondo plano (436).

Recinto-5. Dos bordes (763 y 765), el primero decorado con hendiduras digitales y el segundo sin decoración; y dos fragmentos de fondo plano y parte de pared (788 y 789).

Recinto-6. Ningún ejemplar.

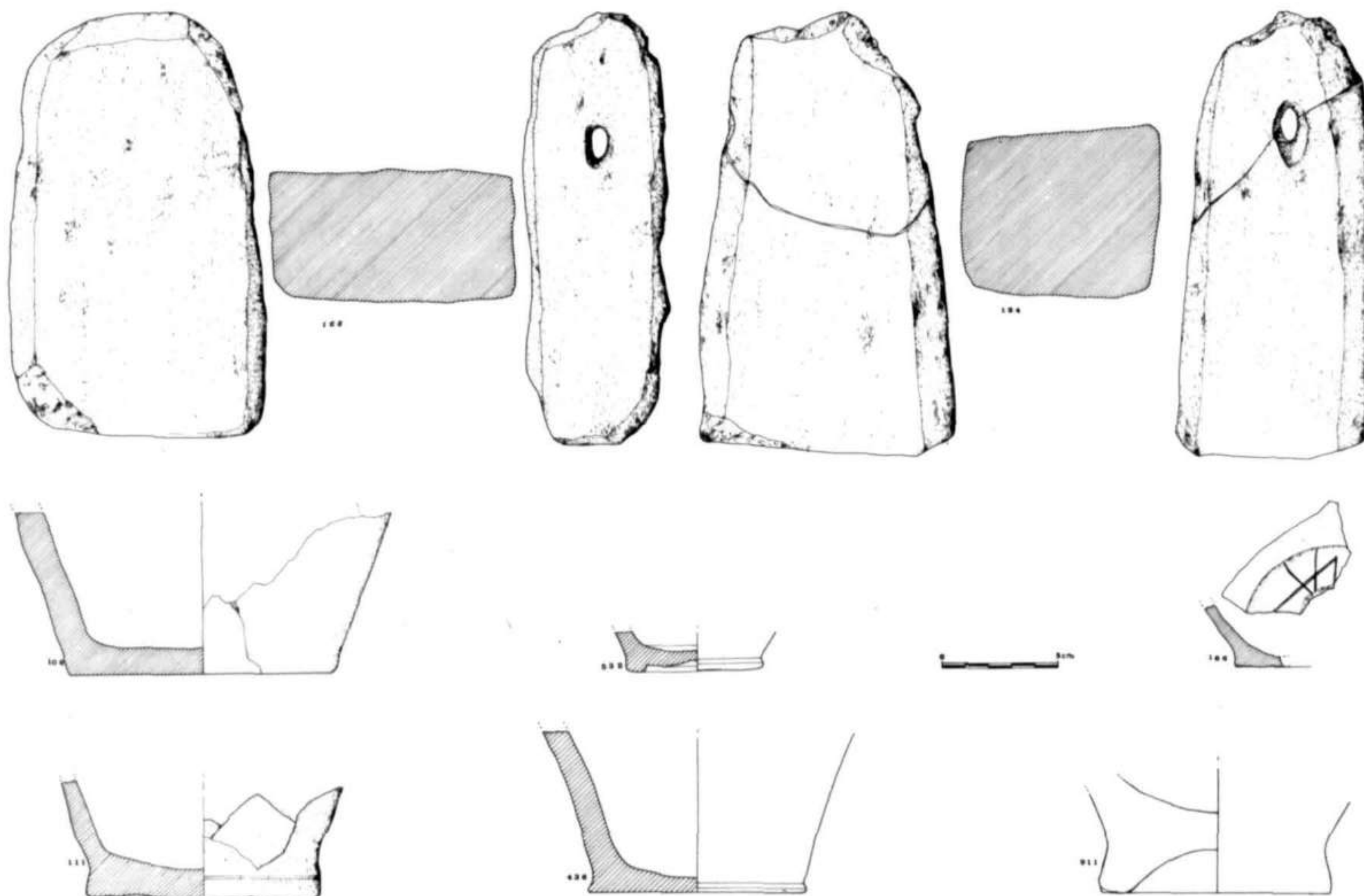


Fig. 15. - Fondos de vasijas a mano y pondus.

Recinto-7. Dos bordes con decoración de incisiones curvas e irregulares por debajo (786 y 788).

Recinto-8. Dos bordes decorados (949 y 959), el primero con huellas digitales y el segundo con incisiones oblicuas.

Recinto-9. Ningún ejemplar.

Recinto-10. Ningún ejemplar.

Calle. Cinco bordes de vasijas sin decoración (412, 493, 494, 556 y 619).

Villar-I. Mitad inferior de una vasija de fondo plano (847) sin decoración conservada; dos bordes (842 y 843) sin decoración; cinco bordes con decoración: n.º 544, pellizcos en el borde; n.º 553, par de mamelones sin perforar y superficie bruñida; n.º 617, vestigio de mamelón sin perforar, perdido de antiguo; n.º 810, con incisiones oblicuas desde la boca a la panza y n.º 827, con incisiones irregulares en ángulo debajo del borde.

Esta forma no se presenta a ser utilizada como urna cineraria por su boca ancha y la necesidad de una tapadera de gran dimensión; de ahí su ausencia en necrópolis y su abundancia en poblados, idóneas para almacenar líquidos y áridos.

Forma 6. Caliciformes (Fig. 16)

Dos solo ejemplares hasta ahora y, además, casi completos de esta forma; la inventariada con el n.º 990 es una vasija de boca ancha y cuya pared, al aproximarse al fondo plano, se encurva hasta reducir al mínimo la estabilidad de la vasija. Cerámica basta con desgrasantes de gran tamaño y cocción irregular; superficie oscura sin alisar y sin decoración. Se halló en el interior del recinto-10, muy fragmentada, pero se ha podido reconstruir. Altura, 40,7 cms.; diámetro de la boca, 31 cms.; diámetro del fondo, 11,5 cms.; grosor, 1 cm.

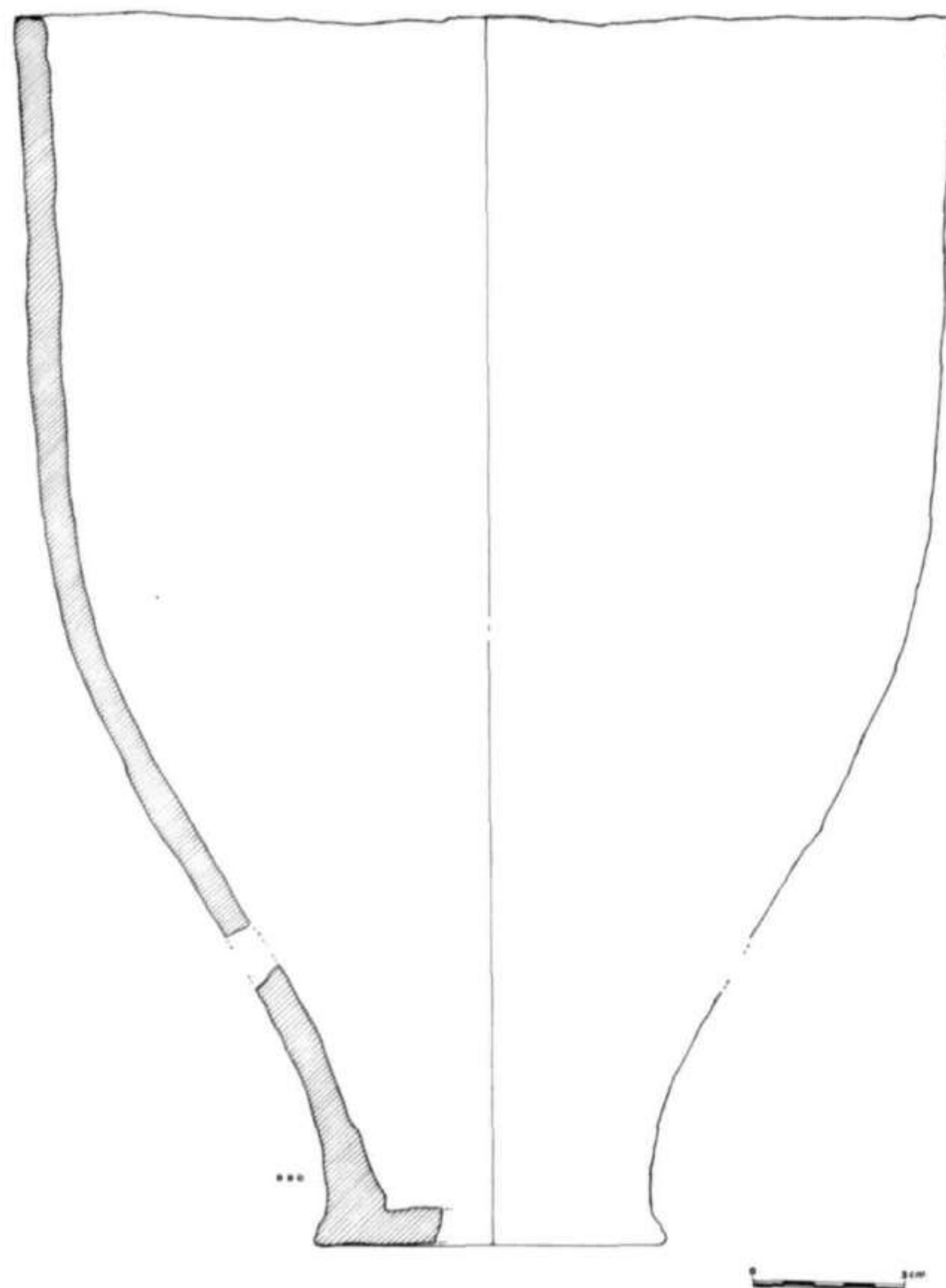


Fig. 16. – Vasija a mano cupiforme (Forma-6).

El segundo ejemplar, en restauración, presenta una boca enormemente abierta con relación al fondo; con superficie toscamente alisada, especialmente en la parte superior; su cara interior, muy quemada y con vestigios de materia orgánica (?); boca más rojiza por cocción; pasta con gran cantidad de desgrasantes de gran tamaño; presenta huellas de dos asideros simétricos que salían por debajo del borde. Está inventariada con el número 989; es mucho mayor que la anterior y tiene una forma algo más troncocónica.

La urna cineraria de la tumba LVIII de Las Madrigueras sería parecida a los dos ejemplares de Villar del Horno, aunque estos últimos de mayores proporciones. Por su tamaño, no es usual que se conserven completas en los poblados de destrucción violenta; por ello, es dificultoso hallar paralelos de estas vasijas en poblados afines, aunque tuvieron que ser abundantes por su uso práctico para el almacenamiento.

A-4) FONDOS DE VASIJAS A MANO (Fig. 15)

Además de los fondos de vasijas de las seis formas anteriormente descritas, se han recogido cuarenta fondos correspondientes a otras tantas vasijas de imposible identificación con las formas expuestas. Podemos clasificar estos fondos en tres grandes grupos:

- a) De base plana.
- b) De base cóncava.
- c) De pie anular.

Dividimos los primeros, de base plana, en tres subgrupos:

- a1) La parte inferior de la pared forma ángulo obtuso con el fondo.
- a2) La parte inferior de la pared se encurva para unirse al fondo.
- a3) El fondo sobresale de la parte inferior de la pared. Es el subgrupo más abundante y, dentro de él, dos fondos, inventariados con los números 166 (Fig. 15) y 751 (Fig. 14) se caracterizan por presentar dibujos con incisiones.

El grupo b) sólo está representado por dos fondos (447 y 911).

Los de pie anular o grupo c) también son escasos; dos fondos solamente (532 y 535).

A-5) ASIDEROS

Se caracteriza esta cerámica a mano del Cerro de los Encaños por la escasez de asas funcionales, indistintamente del tamaño de las vasijas.

Las más abundantes serían los mamelones perforados horizontalmente, exclusivos de los vasos de la forma-1. Creemos que esa perforación horizontal sirvió para atravesar por ella una cuerda o alambre con el que pudiera colgarse el vaso en momentos de no utilización.

Sólo un fragmento de vaso de esta forma presenta un mamelón perforado verticalmente y próximo al borde, mientras que los más abundantes se sitúan en la panza.

Típico de las tapaderas es el mamelón aplastado para asirlo bien con el pulgar y el índice, y perforado horizontalmente, aunque también lo hallamos en el vaso n.º 70 de la forma 5 y en el cuenco n.º 907.

Un asa desarrollada de 4,5 cms. de longitud poseería el vaso n.º 807 de la forma 3, pero no se conserva; sólo presenta su inicio por debajo del borde y su unión a la panza. De sección irregular, aunque tendente a circular, tiene menor grosor por la parte superior que por la inferior.

Sólo dos vasijas presentan asideros, aunque hemos de tener en cuenta que pocas de ellas se han hallado completas. La vasija n.º 182 de la forma 5 presenta un saliente horizontal y de sección rectangular justamente por debajo del borde, pero por estar fragmentado de antiguo no podemos saber su forma exacta o si continuaba como asa totalmente desarrollada para unirse con la panza.

La vasija n.º 989 (en restauración), de la forma 6, presenta el inicio y final de dos asas simétricas por debajo del borde.

El fragmento de plato n.º 598 presenta dos pequeñas perforaciones para asidero, imitación de los platos a torno, especialmente, los de cerámica gris.

A-6) DECORACION

El 22,87% de la cerámica a mano está decorada de diferente forma, pero no ha aparecido, hasta ahora, la decoración pintada tipo halstático, presente en Carrasco-1.

Se han utilizado dos técnicas distintas: 1) el añadido y 2) el rehundido.

1. Elementos añadidos a la superficie

a) *Mamelones sin perforar*; sin ninguna utilidad práctica por su dificultad para asirlos. Pueden hallarse situados en la panza (Fig. 11, n.º 932) o debajo del borde (Fig. 4, n.º 135) y aislados (aunque sean varios en la superficie), bien bajo el borde (Fig. 4, 135), bien en la panza (Fig. 11, 434); o formando series de pares, también bajo el borde (Fig. 14, 553) o en la panza (Fig. 11, 616).

Consideramos que este elemento decorativo es una pervivencia desde el Bronce, pues tenemos mamelones de este tipo en yacimientos como en Parra de las Vegas (28), en La Encantada (29), en «fondos de cabañas» (30) y en cistas (31). Los hallazgos más cercanos los encontramos en los poblados de Bonilla y Pico de la Muela; dentro de un Horizonte del Hierro son frecuentes en Cástulo (32). Extrañamente no se hallan representados estos mamelones decorativos en Las Madrigueras.

b) *Mamelones de pastilla*; consistentes en pequeños cilindros achatados añadidos a la superficie, especialmente en la panza, y colocados simétricamente. En Villar del Horno están representados en la vasija n.º 214 (Fig. 13) que combina también con serie de pares de gallones verticales bajo el borde. El paralelo más cercano se halla en la sepultura 1 de la necrópolis de La Encantada (33), pues el pithos de la tumba presenta también cuatro mamelones de pastilla en su panza.

c) *Mamelones rehundidos*; o circunferencias en relieve, consistentes en el efecto de una presión digital sobre el mamelón antes de la cocción hasta llegar a la superficie, quedando sólo el reborde en relieve; siempre ubicados en la panza.

Los encontramos en vasijas, como único elemento decorativo (n.º 421) o alternando con mamelones sin perforar (n.º 929), los paralelos más próximos también están relacionados con el Bronce, pues estos mamelones aparecen en cerámicas del Corte «3Y» en el Nivel III de Parra de las Vegas (34) y el Tejar del Sastre (35).

d) *Botones cerámicos*; consistente esta forma decorativa en añadir a la superficie aún blanda pequeños cilindros que después se redondean, consiguiéndose el efecto de gotas o botones. En Villar del Horno están representados sólo en un vaso (Fig. 7, 116) agrupados en número de tres, y no hemos hallado ningún fragmento similar en poblados y necrópolis cercanos; no obstante, esta técnica decorativa es muy abundante en Castulo (36).

e) *Gallones verticales*. Su posición en la superficie del vaso o vasija puede ser bajo el borde, bien aislados aunque simétricos (Fig. 11, 541), bien a pares (Fig. 11, 987); pero también los podemos hallar en la panza (Fig. 12, 115). Estos gallones, generalmente, presentan una sección trapezoidal, pero algunas veces (especialmente, en vasos de pequeño tamaño) su parte superior continúa la curva del borde, y va disminuyendo hasta su parte inferior, presentando, así, una sección semioval (Fig. 3, 809).

Esta decoración está documentada en Las Madrigueras; concretamente en un cuenco de la tumba XXIV, correspondiente al Estrato IV o Carrascosa-I; en el Corte «L» del Nivel IIIa en Parra de las Vegas y en un fragmento (n.º 1.240) del Nivel VIII G de Cástulo.

f) *Serie de aspas en relieve*. Consiste este elemento decorativo en añadir a la superficie y por debajo del borde un conjunto de figuras iguales en forma de aspas o equis, cuyos lados de una se unen con los de la siguiente, formando así una especie de banda en relieve que rodea el cuello de la vasija. Sólo está representado este motivo en el yacimiento por un fragmento de vasija de la forma 2, inventariado con el número 188 (Fig. 10).

Por último, puede darse la combinación de estos elementos decorativos en la misma vasija (Fig. 13, 214).

(28) MARTINEZ NAVARRETE, I. y VALIENTE CANOVAS, S.: «El cerro del Castillejo (La Parra de las Vegas, Cuenca)». N.A.H., 16. Madrid, 1983.

(29) NIETO GALLO, G. y SANCHEZ MESEGUER, J.: «El cerro de La Encantada. Granátula de Calatrava (Ciudad Real)». E.A.E. Madrid, 1980.

(30) QUERO CASTRO, S.: «El poblado del Bronce Medio de Tejar del Sastre». Madrid. Estudio de Prehistoria y Arqueología de Madrid, 1982.

(31) DEL AMO Y DE LA HERA, M.: «Enterramientos en cista de la provincia de Huelva». Huelva: Prehistoria y Antigüedad. Madrid, 1975.

(32) BLAZQUEZ MARTINEZ, J. M. y VALIENTE MALLA, J.: CASTULO III. E.A.E., 1981.

(33) NIETO, G. y SANCHEZ MESEGUER, J.: Ob. cit., nota 29.

(34) MARTINEZ NAVARRETE y VALIENTE CANOVAS, S.: Ob. cit., nota 28.

(35) QUERO CASTRO: Ob. cit., nota 30, pág. 214.

(36) BLAZQUEZ Y VALIENTE: Ob. cit., nota 32. Inventarios números 188, 248, 888 y 1.141.

2. Decoración rehundida

Este tipo de decoración se puede situar en el borde, en el cuello o en la panza, aunque es menos frecuente en esta última. También puede darse desde la boca hasta la base, pero raramente.

a) «*Retícula bruñida*». Consistente en una serie de líneas entrecruzadas, trazadas con un punzón romo y sobre la superficie bruñida (Fig. 8, 140). En Villar del Horno esta decoración está representada por tres fragmentos y no existen paralelos, hasta hoy, en la zona. Indudablemente es una cerámica proveniente de focos andaluces (37). En Cástulo no aparece, pero Blázquez cree que esta decoración está asociada a la cerámica pintada que se halla en este yacimiento y que las dos se hallan unidas en Sevilla y Huelva (38).

b) *Incisión fina*. Caracterizada por haberse utilizado un punzón de punta fina para la decoración del vaso (Fig. 8, 140).

c) *Acanaladuras*. Donde se ha utilizado una herramienta de mayor grosor en su punta (Fig. 12, 537). Este motivo decorativo es frecuente en la cerámica de la época y, concretamente, aparece en Bonilla (39).

d) *Incisiones en zig zag*. Esta forma decorativa está bien representada en Villar del Horno (Fig. 8, 966), pero también la hallamos en la tumba LIX de Las Madrigueras, en Bonilla y en Cástulo.

e) *Decoración en ondas*. Consistente en una cenefa ocupando el cuello del vaso con repetidas ondas trenzadas incisas y delimitadas por pares de incisiones por encima y por debajo del dibujo. Un solo ejemplar en toda la zona excavada de Villar del Horno (Fig. 5, 901) y ninguna decoración similar en los yacimientos próximos afines; no obstante, este motivo decorativo aparece con relativa frecuencia en Cástulo (40).

f) *Incisiones en aspas*. Típica decoración de vasijas más que de vasos, situadas en el cuello, y pueden ser irregulares y aisladas (Fig. 12, 967) o algo más regulares y en serie ocupando todo el cuello y delimitadas por el borde y una incisión horizontal (Fig. 11, 628).

g) *Incisiones paralelas y curvadas* en forma de bastoncillos que ocupan la superficie del cuello (Fig. 14, 988); este motivo lo hallamos en el poblado de Bonilla, entre el material del corte exterior de la muralla, en el estrato superficial.

h) *Rehundimiento ungulado*. Muecas profundas, paralelas y oblicuas en el borde y algo en la superficie (Fig. 7, 842). La decoración es muy simple y se halla en yacimientos de períodos anteriores, tales como en el Estrato IV de La Encantada.

i) *Rehundimientos digitales*. Siempre en el borde (Fig. 3, 510). A igual que el anterior, se puede hallar en yacimientos del Bronce, como Parra de las Vegas o en La Encantada de Granátula de Calatrava.

B) CERAMICA A TORNO DE PASTA GRIS

B₁) PLATOS

- Forma 1. De labio ancho.
- Forma 2. De labio mediano.
- Forma 3. De labio estrecho.
- Forma 3A: De labio estrecho y entrante.
- Forma 3B: De labio estrecho y saliente.

B₂) VASIJAS

Fondos

(37) BLAZQUEZ, J. M. y otros: Huelva Arqueológica I. Huelva, 1970. BLAZQUEZ, J. M. y RUIZ MATA, D.: «Excavaciones en el cabezo de San Pedro». Huelva, E.A.E., 102. Madrid, 1979.

(38) BLAZQUEZ, J. M.: Ob. cit., nota 32, pág. 228.

(39) VALIENTE, S.: Ob. cit., nota 15, pág. 215, inv. n.º 24 y 25.

(40) BLAZQUEZ, J. M.: Ob. cit. Inv. números 183, 931 y 932.

B1) PLATOS

Forma 1. De labio ancho

Son los platos de mayores proporciones y todos los fondos conservados son de pie anular (Fig. 17). La anchura del labio oscila entre 4,5 cms. y 5 cms., y el diámetro de la boca, entre 21 cms. y 28 cms.

Las pastas son buenas, abundando entre ellas las de gris claro sobre las de gris oscuro. Todos presentan superficies bien trabajadas: o alisadas en el mismo torno o cuidadosamente bruñidas.

Se han hallado tres formas completas, tres semicompletas y veintiún fragmentos correspondientes a sendos platos.

Recinto-1. Plato de pasta gris oscura, de 27,5 cms. de diámetro; 6,5 cms. de altura y 7 mm. de grosor en la pared. Número de inventario 82 (Lám. V, 7).

Recinto-2. Ningún ejemplar.

Recinto-3. Plato de pasta gris clara, de 26 cms. de diámetro; 8,7 cms. de altura y 6 mm. de grosor medio de la pared (483); además se hallaron seis fragmentos correspondientes a otros tantos platos (378, 382, 390, 394, 486 y 517), los dos primeros de pasta gris oscura y los cuatro últimos, gris clara.

Recinto-4. Algo más de la mitad de un plato de pasta gris clara conservando el fondo y el cuerpo, pero faltándole todo el labio (741). 5 cms. Ø fondo; 7,5 cms. de altura conservada y 8 mm. de grosor medio.

Recinto-5. Medio plato de cerámica gris, aunque por exceso de cocción presenta superficies claras; conserva parte del labio, cuerpo y fondo; tiene dos orificios en el labio (904). 24 cms. Ø de boca; 7 cms. de altura y 6 mm. de grosor. Además, un fragmento de labio con pasta gris oscura (755).

Recinto-6. Ningún ejemplar.

Recinto-7. Dos fragmentos de borde de sendos platos (963 y 984); el primero de pasta oscura y el segundo, clara.

Recinto-8. La mitad de un plato muy fragmentado de pasta gris oscura, con dos orificios medianos en el labio (906). 27 cms. Ø de boca, 9 cms. de altura y 5,5 mm. de grosor.

Recinto-9. Ningún ejemplar.

Recinto-10. Ningún ejemplar.

Calle. Plato completo, pero muy fragmentado, aunque reconstruible totalmente, de pasta gris clara (405). 21 cms. Ø de boca, 5,9 cms. de altura y 6 mm. de grosor. Además, cuatro fragmentos de distintos platos de pasta oscura (396, 934, 936 y 945) y cinco fragmentos de pasta gris clara (389, 395, 397, 409 y 587).

Villar-I. Tres fragmentos de distintos platos de esta forma; el n.º 586, de pasta oscura y los otros dos (582 y 589) de pasta clara.

Como hemos visto, aparecen en los dos niveles, pero esta forma es abundante en Villar-II y rara en Villar-I.

Son platos de buena calidad; de ahí que los hallemos bien representados en Las Madrigueras, con cuatro ejemplares y en los Estratos I y II (41), pero a pesar de la abundancia relativa en Villar del Horno, son raros en otros yacimientos próximos.

En total, 27 platos de esta forma.

Forma 2. De labio mediano (Fig. 18)

Se caracterizan estos platos por presentar una anchura en el labio que oscila entre 2 y 3 cms. Todos presentan su superficie trabajadas, bruñidas o alisadas en el torno, predominando este último tratamiento; las pastas son buenas, todas de color gris

(41) Tumbas XXXVIII, XLV, XLIX y LIX.

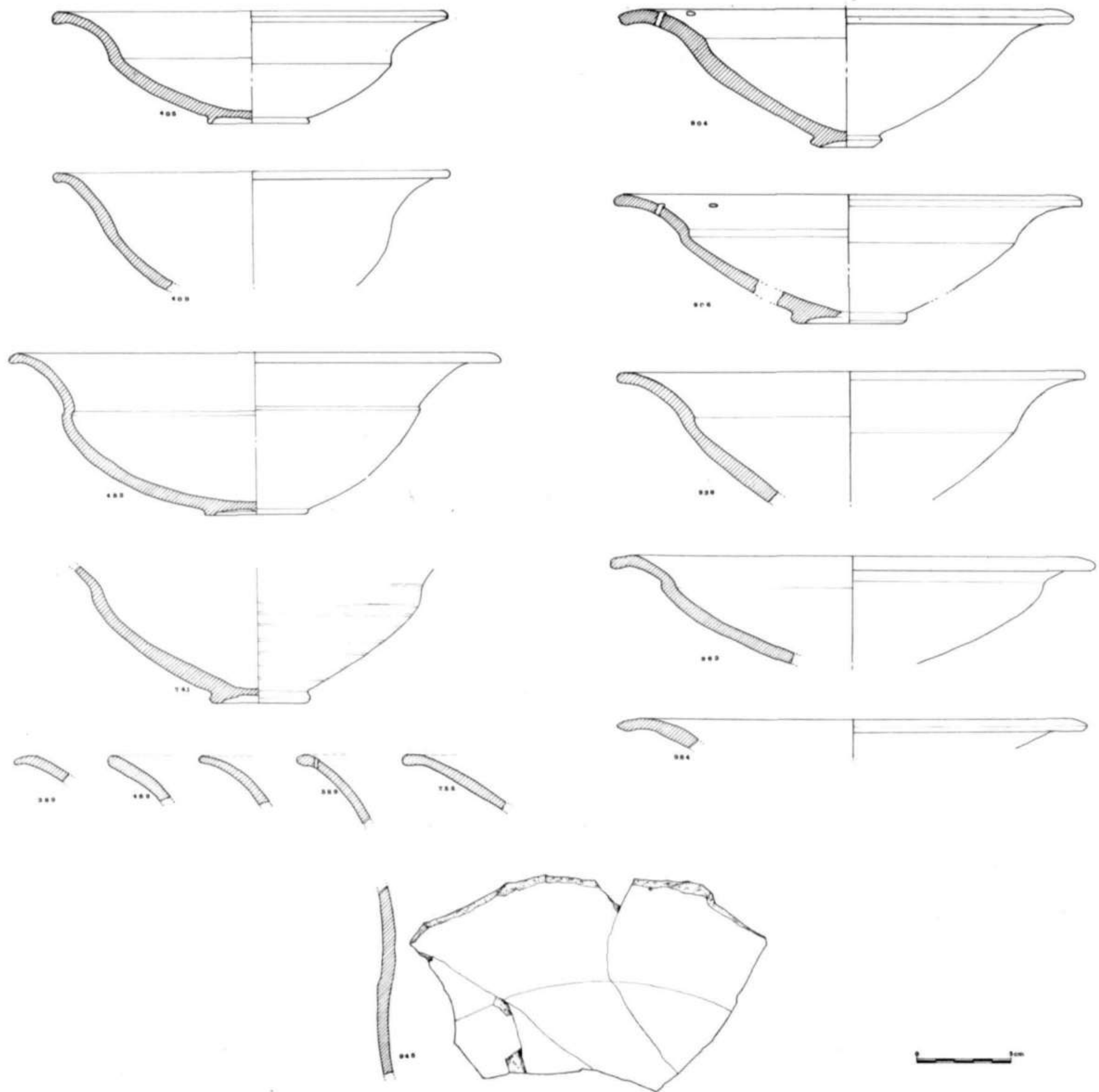


Fig. 17. - Cerámica gris. Platos de labio ancho.

oscuro exceptuando un solo fragmento. Son menos abundantes que los platos de borde ancho y no se ha hallado ningún ejemplar completo. Una variante de esta forma sería el fragmento inventariado con el n.º 833, de borde muy inclinado y curvado.

Aunque también están representados en Villar-I, son más abundantes en el nivel superior.

Recinto-1. Ningún ejemplar.

Recinto-2. Ningún ejemplar.

Recinto-3. Dos fragmentos de pasta oscura y superficie bruñida (393 y 780).

Recinto-4. Ningún ejemplar.

Recinto-5. Ningún ejemplar.

Recinto-6. Ningún ejemplar.

Recinto-7. Ningún ejemplar.

Recinto-8. Un fragmento de borde de pasta oscura y superficie bruñida (953).

Recinto-9. Ningún ejemplar.

Recinto-10. Ningún ejemplar.

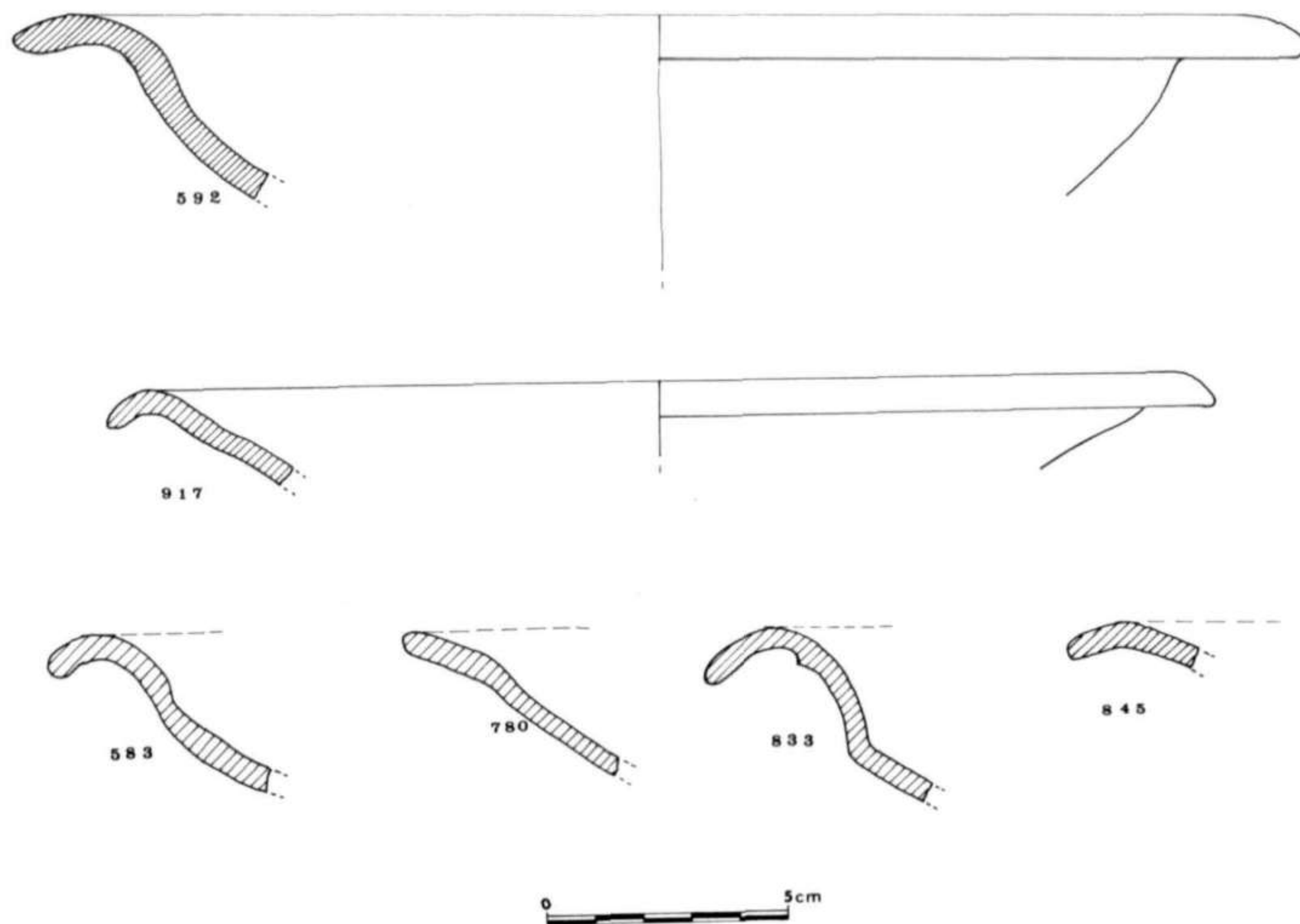


Fig. 18. - Platos de labio mediano. Cerámica gris.

Calle. Cuatro bordes de pasta oscura (440, 583, 592 y 917) y superficie alisada.

Villar-I. Dos bordes (833 y 845), el primero de pasta oscura y el segundo de pasta clara, ambos con superficies alisadas.

Cabe la duda de que el n.º 833, por su perfil, sea funcionalmente más una tapadera que un plato de esta forma.

En total, nueve ejemplares.

Representados en Carrascosa con dos platos en las tumbas I y XV (Estrato II) y un fragmento en Cabeza Moya (42), no se hallan en otros yacimientos de la provincia.

Forma 3A. De labio estrecho y entrante (Fig. 19) (Lám. V, 6)

Se caracterizan estos platos por presentar un borde redondeado y grueso que se inclina hacia el interior, oscilando entre los 7 mm. y 1 cm. de anchura. Son de pequeño diámetro (entre 12 cms. y 18 cms.) y de pequeña altura (entre 3,8 cms. y 4,8 cms.). Una variante de esta forma estaría representada por los inventariados con los números 489 y 918 que, compartiendo las mismas características, presentan un borde recto a bisel. Todas las formas completas presentan un pie anular y muchos poseen dos orificios por debajo del borde como asidero. Tres ejemplares completos, varios reconstruibles y muchos fragmentos de otros tantos platos hasta un total de 29 ejemplares nos muestran la abundancia de esta forma.

Las pastas son buenas, unas gris claras y otras gris oscuras, predominando estas últimas. También las superficies pueden estar alisadas en el torno o bruñidas, siendo más frecuente este último tratamiento.

(42) NAVARRO, J. y SANDOVAL, C.: Ob. cit., nota 23, pág. 240. Inv. n.º 289.

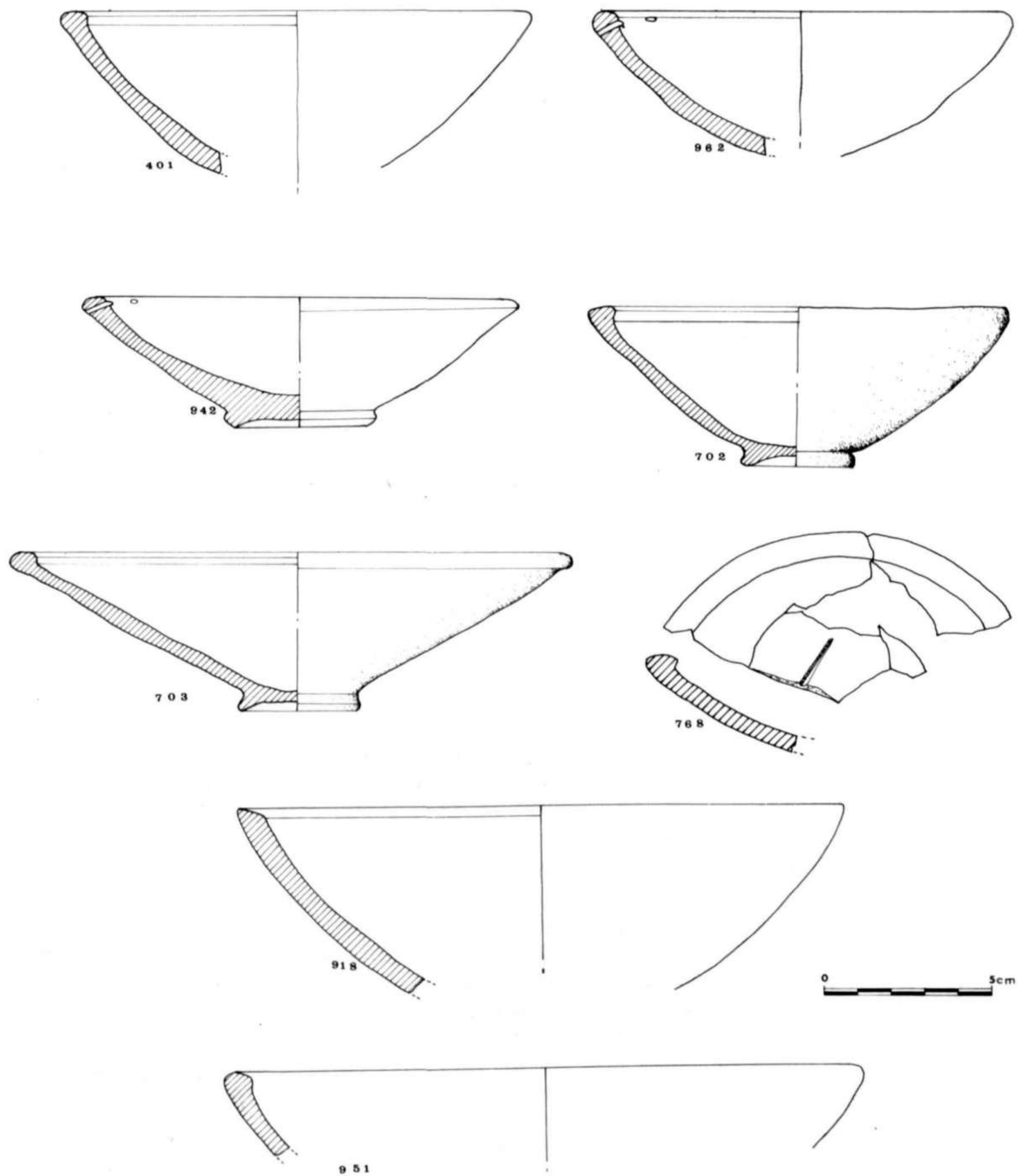


Fig. 19. - Platos de cerámica gris de labio estrecho.

Aunque están representados en los dos niveles, proporcionalmente son más abundantes en Villar-I. También son muy abundantes en el recinto-3, pero hemos de tener en cuenta que esta construcción se ha excavado casi en su totalidad.

Recinto-1. Ningún ejemplar de esta forma.

Recinto-2. Dos bordes de pasta oscura y superficie bruñida (126 y 207).

Recinto-3. Dos platitos completos (702 y 703) de pasta oscura y superficie bruñida; cuatro bordes de pasta clara y superficie bruñida (773, 775, 777 y 778); un borde de pasta oscura y superficie alisada (383) y dos bordes de pasta clara (380 y 521), el primero con superficie alisada y el segundo, bruñida.

Recinto-4. Ningún ejemplar.

Recinto-5. Un plato semicompleto de pasta oscura y superficie (768); un borde de pasta clara y superficie alisada (757) y un borde de pasta oscura y superficie bruñida (730).

Recinto-6. Ningún ejemplar.

Recinto-7. Un plato semicompleto de pasta oscura y superficie alisada (962) y un borde de pasta clara y superficie alisada (951).

Recinto-8. Un platito completo de pasta oscura y superficie alisada (942). 13 cms. de diámetro y 3,8 cms. de altura.

Recinto-9. Ningún ejemplar.

Recinto-10. Ningún ejemplar.

Calle. Tres bordes (385, 386 y 489), el primero de pasta oscura y superficie alisada, el segundo de pasta clara y superficie bruñida y el tercero de pasta clara y superficie alisada en el torno.

Villar-I. Tres bordes de pasta clara y superficie bruñida (152, 153 y 918); dos bordes de pasta oscura y superficie alisada (175 y 591) y cuatro bordes de pasta oscura y superficie bruñida (172, 173, 401 y 584).

En total, 29 platos.

En Carrascosa aparece esta forma en el Estrato II (dos ejemplares en la tumba III y uno en la tumba LIX); aparecen también en Cabeza Moya, aunque en menor cantidad que en Villar del Horno.

Forma 3B. De labio estrecho y saliente (Fig. 20)

Similares a los anteriores en características, sólo presentan la diferencia de que el pequeño y grueso borde tiende hacia afuera. Dos ejemplares completos tienen una altura de casi 5 cms. y un diámetro de boca que oscila entre 12 cms. y 15,5 cms. Un fragmento, al que se ha podido hallar el diámetro, tiene de éste 26 cms., pero lo creemos de excepcional dimensión dentro de esta forma. Por el contrario, el platito inventariado con el n.º 900, a pesar de pertenecer a este grupo y estar completo, en cambio, por su diminuto tamaño, no le vemos funcionalidad práctica; por esta característica de pequeñez no presenta pie anular como todos los del grupo.

Las pastas, buenas, son claras u oscuras, predominando estas últimas y su superficie se presenta alisada a torno o bruñida, indistintamente de la pasta. Muchos presentan dos pequeños orificios bajo el borde como asidero.

Tres ejemplares completos, incluyendo el último descrito, y 24 fragmentos correspondientes a otros tantos platos nos hablan de la abundancia de esta forma.

Toda la cerámica de pasta gris del yacimiento es lisa si exceptuamos el fragmento de plato de esta forma, inventariado con el n.º 392, que muestra una banda roja en el borde.

Una variante de esta forma lo representaría el fragmento inventariado con el n.º 594, que presenta un borde retorcido en espiral.

Proporcionalmente son más abundantes en Villar-I, aunque también están representados en el nivel superior.

Recinto-1. Un platito completo de pasta oscura y superficie ligeramente alisada (89): 12 cms. de Ø; 3,5 cms. de altura y 6 mm. de grosor.

Recinto-2. Un borde de pasta oscura y superficie bruñida (391); un borde de pasta clara y superficie bruñida (781); tres bordes de pasta oscura y superficie alisada (772, 774, 776) y tres bordes de pasta clara y superficie alisada (392, 771 y 786), el primero de ellos presenta una banda roja en el borde.

Recinto-3. Un fragmento de borde de pasta clara y superficie bruñida (199).

Recinto-4. Ningún ejemplar.

Recinto-5. Un borde de pasta oscura y superficie bruñida (756).

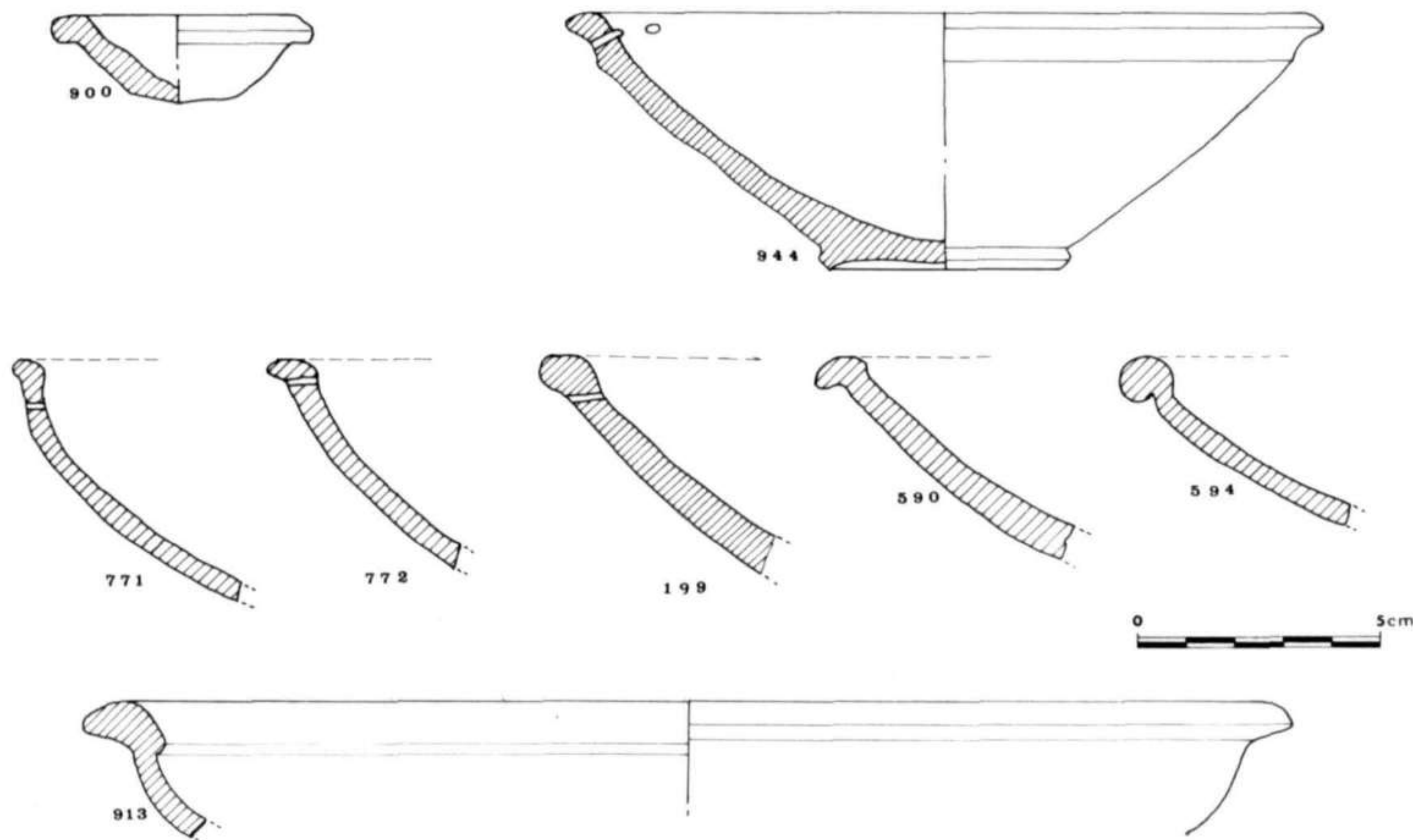


Fig. 20. - Platos de cerámica gris de labio estrecho y saliente.

Recinto-6. Ningún ejemplar.

Recinto-7. Ningún ejemplar.

Recinto-8. Un platito completo de pasta gris oscura y alisado (944): 15,7 cms. Ø; 5,2 cms. de altura y 5 mm. de grosor. Otro platito completo de pasta marrón oscura y superficie gris ligeramente alisada (900). 5,4 cms. Ø; 2,2 cms. de altura y 5 mm. de grosor.

Recinto-9. Un borde de pasta clara y superficie alisada (913).

Recinto-10. Ningún ejemplar.

Calle. Cinco bordes, todos de pasta oscura y superficie alisada (376, 379, 384, 398, 399), exceptuando el último que presenta su cara bruñida.

Villar-I. Cuatro bordes de pasta clara, de los cuales, el n.º 581 con superficie alisada y los números 174, 588 y 835, con superficie bruñida; y cuatro bordes de pasta oscura, de los cuales, el n.º 594 con superficie alisada y los números 156, 590 y 834, con superficie bruñida.

Los paralelos más próximos a estos platos los hallamos también en la necrópolis de Las Madrigueras donde han aparecido platos de esta forma; dos ejemplares en la tumba XI y XLVII correspondientes al Estrato I.

B2) VASIJAS (Fig. 21)

Todos los bordes pueden pertenecer al mismo tipo de las dos vasijas casi completas que se han hallado; éstas son de pequeño tamaño y carenadas, no apareciendo ninguna de proporciones mayores.

De las dos vasijas carenadas reconstruibles, una presenta un pie anular y la otra un fondo plano (Lám. IX, 3 y 4).

Recogimos fragmentos de diez y ocho ejemplares, incluidas las dos mencionadas. En todas predominan las pastas oscuras y superficies alisadas; sólo dos bordes, con superficie bruñida.

La altura de estas vasijas oscila entre 11 cms. y 13 cms. y el diámetro de su boca, entre 14 cms. y 20 cms.

Aunque están representadas en Villar-I, con dos bordes, son más abundantes en el nivel superior.

El fragmento inventariado con el n.º 387 presenta la particularidad de tener decorado el borde con una banda de pintura roja.

Recinto-1. Vasija casi completa de pasta oscura y superficie alisada (85). Presenta dos orificios por debajo del borde; pie anular; 19,5 cms. de Ø de boca; 15,5 cms. de altura y 4 cms. de grosor medio.

Recinto-2. Ningún ejemplar.

Recinto-3. Seis bordes correspondientes a vasijas de pequeño tamaño y, posiblemente, carenadas; todas de pasta oscura y superficie alisada (381, 518, 519, 520, 784 y 785), exceptuando el primero, con superficie bruñida.

Recinto-4. Ningún ejemplar.

Recinto-5. Una vasija casi completa y reconstruible de pasta oscura y superficie alisada; base recta, uniéndose la pared con el fondo directamente (850) 18 cms. Ø de boca y 11,5 cms. de altura.

Recinto-6. Ningún ejemplar.

Recinto-7. Ningún ejemplar.

Recinto-8. Un borde de pasta oscura y superficie alisada (956).

Recinto-9. Ningún ejemplar.

Recinto-10. Ningún ejemplar.

Calle. Seis bordes de pasta oscura y superficie alisada (377, 388, 400, 441, 442 y 488) excepto el tercero, con superficie bruñida; un borde de pasta clara y superficie alisada (387) que, además, presenta una banda roja en el labio.

Villar-I. Dos fragmentos de borde de pasta oscura y superficie alisada (580 y 593).

Tres vasijas de esta forma, aunque con variantes, aparecen en Las Madrigueras, en las tumbas III, XV y LVI, correspondientes a los estratos más modernos.

Es lógico que estas vasijas, muy frágiles por su forma y carena, no se hallen completas usualmente en poblados de destrucción violenta, y de ahí que numerosos fragmentos de bordes no puedan asociarse con seguridad a esta forma; no obstante, cuando el ejemplar es diminuto, tiene más oportunidad para conservarse completo y de ahí que podamos hallarlo en Barchín del Hoyo (43) e incluso en la necrópolis de Buenache de Alarcón (44), en la incineración n.º 12.

FONDOS DE PASTA GRIS (Fig. 21)

Aparte de toda la cerámica gris descrita se han inventariado veinte fondos pertenecientes a sendos platos o vasijas. Todos, exceptuando el n.º 825, que es plano o ligeramente convexo, presentan un pie anular más o menos pronunciado, con un diámetro que oscila entre 4 y 8,5 cms., siendo los más frecuentes los de 5 cms., tanto para vasijas como para platos, por lo que no podemos distinguir.

De estos veinte fondos, quince son de pasta oscura y el resto de pasta clara. Son abundantes en el recinto-3, en la calle y en el nivel de Villar-I, aparecen en menor proporción en los recintos 5, 6, 7 y 8 y no se ha hallado ninguno en los recintos 1, 2, 4, 9 y 10.

Estas cerámicas están indudablemente relacionadas con el mundo mediterráneo oriental, donde parece ser que tienen su origen, y aparecen en época muy temprana en yacimientos de fuerte influencia orientalizante; pero también está asociada pron-

(43) SIERRA DELAGE, M.: «Fuente de la Mota (Barchín del Hoyo. Cuenca)». N.A.H., 11. Madrid, 1981.

(44) LOSADA GOMEZ, H.: «La necrópolis de la Edad del Hierro en Buenache de Alarcón (Cuenca)». Trabajos de Prehistoria. Madrid, 1966.

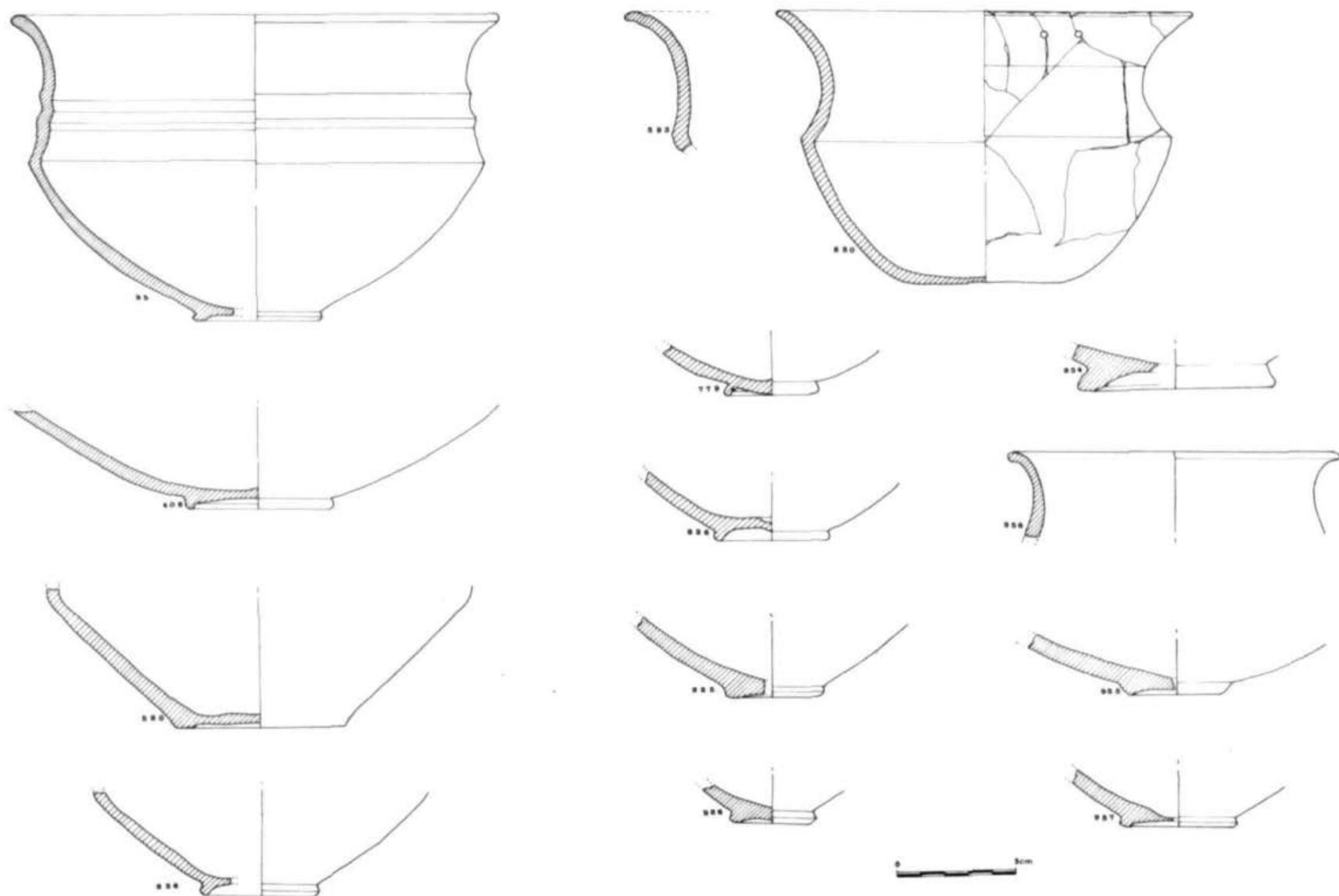


Fig. 21. - Cerámica gris. Vasijas y fondos.

tamente al mundo ibérico plenamente desarrollado, por lo que tiene una gran pervivencia. La que hallamos en Villar del Horno creemos que no corresponde a esta última fase.

Cerámica de pasta gris la encontramos ya en los yacimientos de influencia paleopúnica en toda Andalucía, como en Huelva (45), Guadalhorce (Granada) (46), etc., desde el siglo VII a. C., con otras cerámicas, como la de barniz rojo, introduciéndose en un campo dejado por una cerámica, posiblemente indígena, en franca decadencia como es la de retícula bruñida.

En Cástulo, la cerámica gris es incluso más abundante entre las cerámicas a torno (47); pero, desde luego, la vamos a encontrar en todos los yacimientos de la zona en una segunda oleada mercantil procedente del Levante, y fechables a partir del siglo V a. C. Esta cerámica parece ser que está relacionada muy directamente con la de barniz rojo. En Villar del Horno la hallamos en un alto porcentaje, pero ni un solo fragmento de cerámica de barniz rojo, mientras que esta última está representada en Las Madrigueras, aunque en pequeñas cantidades (tres ejemplares de barniz rojo frente a los treinta fragmentos de cerámica gris), en Cástulo y en otros yacimientos de la Submeseta (48). El éxito de penetración de esta cerámica, prontamente importada, lo tenemos que ver relacionado, como dice Blázquez (49), con el gusto indígena por las cerámicas de brillo metalizado, lo cual queda constancia en Villar del Horno por la abundancia y pervivencia de los vasos a mano bruñidos de la forma-1.

(45) ORTA, M. E. y GARRIDO, J. P.: La tumba orientalizante de La Joya, Huelva. Trabajos de Prehistoria. Madrid, 1963. GARRIDO ROIG, J. P.: «Excavaciones en Huelva. El Cabezo de La Esperanza». E.A.E. Madrid, 1968. BLANCO FREIJEIRO, A.: «Antigüedades de Riotinto». Zephyrus, 1962. BLÁZQUEZ, J. M.; LUZON, J. M.; GÓMEZ, F.; CLAUS, K.: Las cerámicas del cabezo de San Pedro. Huelva Arqueológica. 1970.

(46) ARRIBA, A.: «El yacimiento paleopúnico de la desembocadura del río Guadalhorce (Granada). X.C.N.A. Mahón, 1967.

(47) CASTULO III, pág. 211.

(48) GARCIA GUINEA, M. A. y SAN MIGUEL RUIZ, J. A.: «Poblado ibérico de El Malacón (Albacete)». E.A.E., 1964.

(49) CASTULO III, pág. 211.

C) CERAMICA A TORNO TIPO IBERICO

C-1) PLATOS

C-2) VASIJAS

- Forma 1. De perfil en ese:
- Forma 1A. De curvas suaves.
- Forma 1B. De perfil quebrado.
- Forma 1C. De labio horizontal.
- Forma 1D. De labio corto y grueso.
- Forma 2. De boca acampanada.
- Forma 3. De boca entrante.
- Forma 4. Urnas de orejetas.
- Forma 5. Botellas.
- Forma 6. Toneletes.
- Forma 7. De borde alzado (ollas).

C-3) FONDOS.

C-4) ASAS.

C-5) MOTIVOS DECORATIVOS.

C-1) PLATOS (Fig. 22) (Lám. V, 5)

Todos son similares a la forma-3, grupos A y B, descritos en la cerámica a torno de pasta gris, sin que aparezca ni un solo fragmento correspondiente a la forma-1, es decir, de borde ancho. Igual que los de pasta gris, presentan un pie anular, por lo menos, en el único ejemplar conservado completo (706). Las pastas son buenas y la cocción con atmósfera oxidante. Algunos son lisos, otros presentan una banda roja o negra en el labio o en el cuerpo.

Se han inventariado sólo doce ejemplares, cantidad insignificante en comparación a los aparecidos de pasta gris.

Una variante de estos platos la representaría el n.º 707, que presenta un reborde alto y vertical, más perteneciente a una fuente que a un plato propiamente dicho.

La mayoría tienen un engobe claro u oscuro en su superficie, distinto al color de la pasta, generalmente, rojiza.

Inv. n.º 171. Fragmento de borde de platito sin engobe ni pintura; pasta roja (Villar-I).

Inv. n.º 360. Fragmento de borde de platito de paredes alisadas a espátula, sin decorar; superficie color crema oscuro. Ø de la boca, 10,9 cms.; altura aproximada, 3,5 cms. (Calle).

Inv. n.º 361. Fragmento de borde y cuerpo de platito parecido al anterior, pero decorado con bandas rojas oscuras en el borde y en sus dos caras sobre engobe rojo brillante, 11,2 cms. Ø boca; 4,6 cms. altura aproximada; 3,5 mm. grosor medio (Calle).

Inv. n.º 362. Fragmento de borde de platito parecido al anterior, pero de mayor diámetro; superficie decorada.

Inv. n.º 363. Fragmento de cuerpo y parte de labio de un plato espatulado y con engobe crema amarillento en su superficie. 7 mm. de grosor (Recinto-4).

Inv. n.º 369. Fragmento de fondo y cuerpo de un plato con pie anular; superficie rojiza sin engobe. 6 mm. de grosor de la pared (Calle).

Inv. n.º 572. Fragmento de platito decorado con bandas rojas por sus dos caras y borde sobre engobe oscuro. 14,8 cms. Ø de boca; 4 cms. de altura aproximada; 4 mm. de grosor (Villar-I).

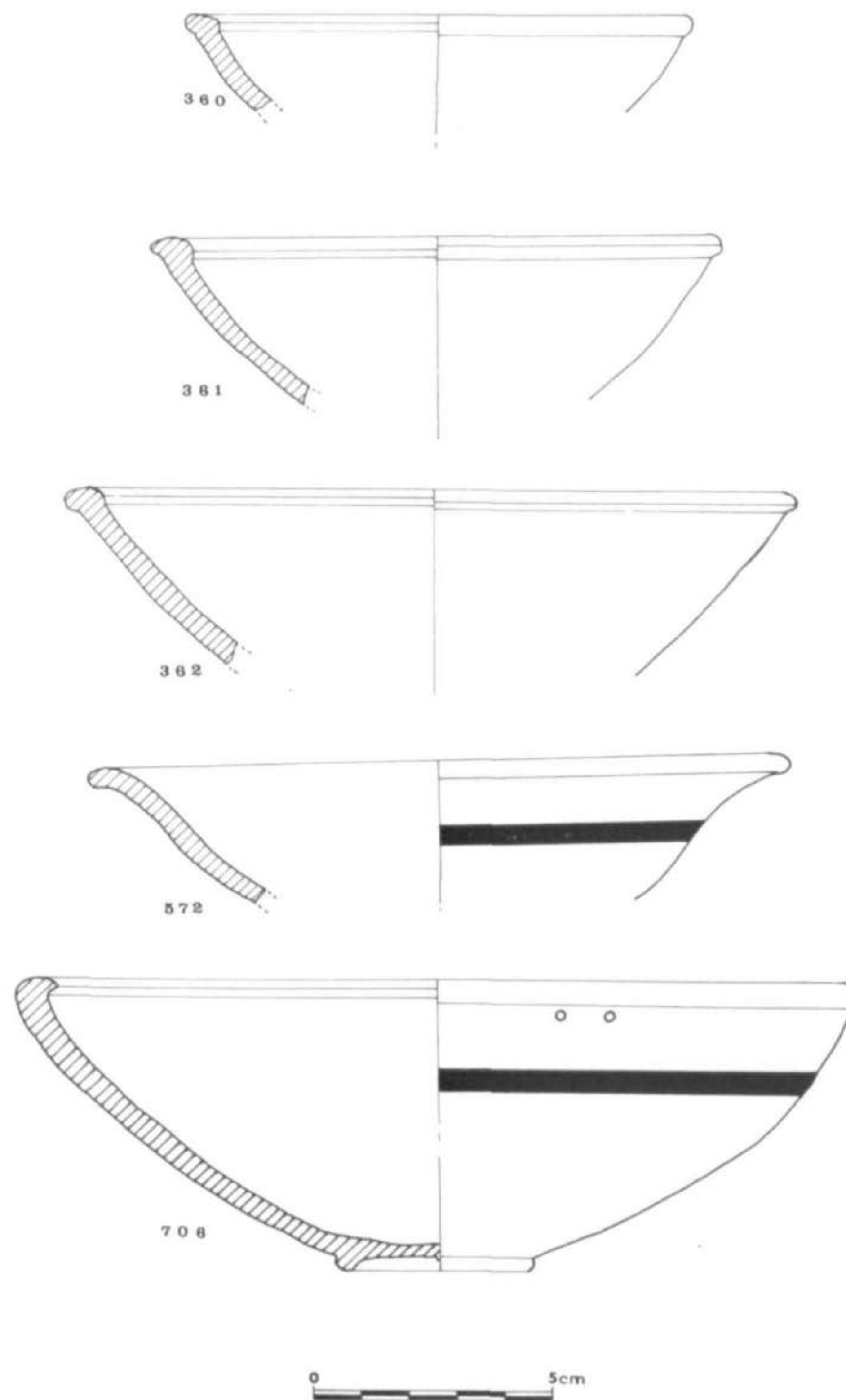


Fig. 22. - Platos a torno tipo ibérico.

Inv. n.º 608. Fragmento de fondo y parte de cuerpo de un plato con pie anular; pasta y superficie rojizas, pero muy quemadas. 9 mm. de grosor (Villar-I).

Inv. n.º 706. Platito completo con engobe rojo en su superficie y bandas negras; de pie anular; presenta dos orificios por debajo del borde. 17,5 cms. Ø; 6 cms. de altura; 5 mm. de grosor (Recinto-3).

Inv. n.º 707. Fragmento de plato o fuente con engobe rojizo anaranjado en su superficie y banda roja por debajo del borde, éste, vertical (Recinto-3).

Inv. n.º 927. Pequeño fragmento de borde de un platito con superficie clara y alisada en el torno. 4 mm. de grosor (Recinto-5).

Estos platos se hallan en los dos niveles a pesar de su escasez.

Son abundantes, como platos de ofrendas en Las Madrigueras, pero todos los ejemplares aparecen en tumbas pertenecientes a los Niveles I y II. Son frecuentes en poblados próximos, tales como Cabeza Moya, Bonilla, Barchín, etc.

C-2) VASIJAS

Se han contabilizado más de doscientos bordes, despreciando la numerosísima cerámica de superficie que siembra el yacimiento; cantidad que nos ha permitido confeccionar unas tablas en las que queda incluida prácticamente toda la cerámica a torno de tipo ibérico aparecida en estas cuatro campañas.

Una primera clasificación podría ser por el tamaño, de tal manera que podríamos dividir todo este material en tres grandes grupos; es decir, vasijas de pequeño tamaño que alcanzarían una altura inferior a los 20 cms.; de tamaño mediano, con una altura entre 20 y 40 cms. y un tercer grupo formado por vasijas con una altura superior a los 40 cms. que consideraríamos de gran tamaño. Pero dos motivos nos obligan a abandonar este intento de clasificación simple; el primero, la índole del yacimiento: un poblado y su destrucción violenta que hace excepcional el hallazgo de numerosas piezas completas; el segundo, y también importante, la observación de que las formas se repiten sin relación a sus dimensiones.

Un estudio más detenido nos ha llevado a confeccionar unas tablas de formas para todas estas vasijas a torno que aparecen en el yacimiento.

Forma 1. De perfil en ese

Son enormemente más abundantes y en su número hemos podido observar ciertas diferencias que nos ha permitido dividir esta forma en cuatro subgrupos atendiendo sólo a matices diferenciales dentro del perfil en ese e ignorando otras diferencias, que desconocemos, tales como funcionalidad, diversidad de talleres, etc.

Forma 1A. De curvas suaves (Figs. 23 y 24) (Lám. VI, 3)

Se caracteriza esta subforma por un perfil en ese estilizada, con poca diferenciación entre la panza y el cuello y éste formado por la curva superior de la ese; el labio ligeramente inclinado hacia abajo o con una inclinación más pronunciada. La inmensa mayoría de estas vasijas se presentan decoradas con bandas rojas en el cuello y labio y muchas de ellas presentan círculos concéntricos alternando con bandas en la superficie. Son las más abundantes y existen todos los tamaños, aunque son más espectaculares las de tamaño grande. En general, las pastas son buenas, con desgrasantes finos y la cocción, de atmósfera oxidante o alternante. Son más abundantes las vasijas sin asa, aunque también existen con asas (473). El grosor medio de estas vasijas oscila entre 5 y 7 mm.

Están representadas en los dos niveles, pero son mucho más abundantes en el nivel superior. La ausencia de este tipo de vasijas en el interior de los recintos 8, 9 y 10, tan abundantes en todo el yacimiento, se debe a no haber sido excavadas estas construcciones, sino sólo delimitado su contorno dentro del área excavada. El total de ejemplares asciende a 138.

Llama la atención la abundancia de esta forma de vasijas en el interior del recinto-3; y es completamente normal el número aparecido en la calle tras la destrucción del poblado.

Forma 1B. De perfil quebrado (Figs. 25 y 26)

No son tan abundantes, pero presentan las mismas características que las anteriores en cuanto a pasta, proporciones, superficie y decoración. La diferencia estriba en que el cuello, corto, forma ángulo brusco con la panza y el labio.

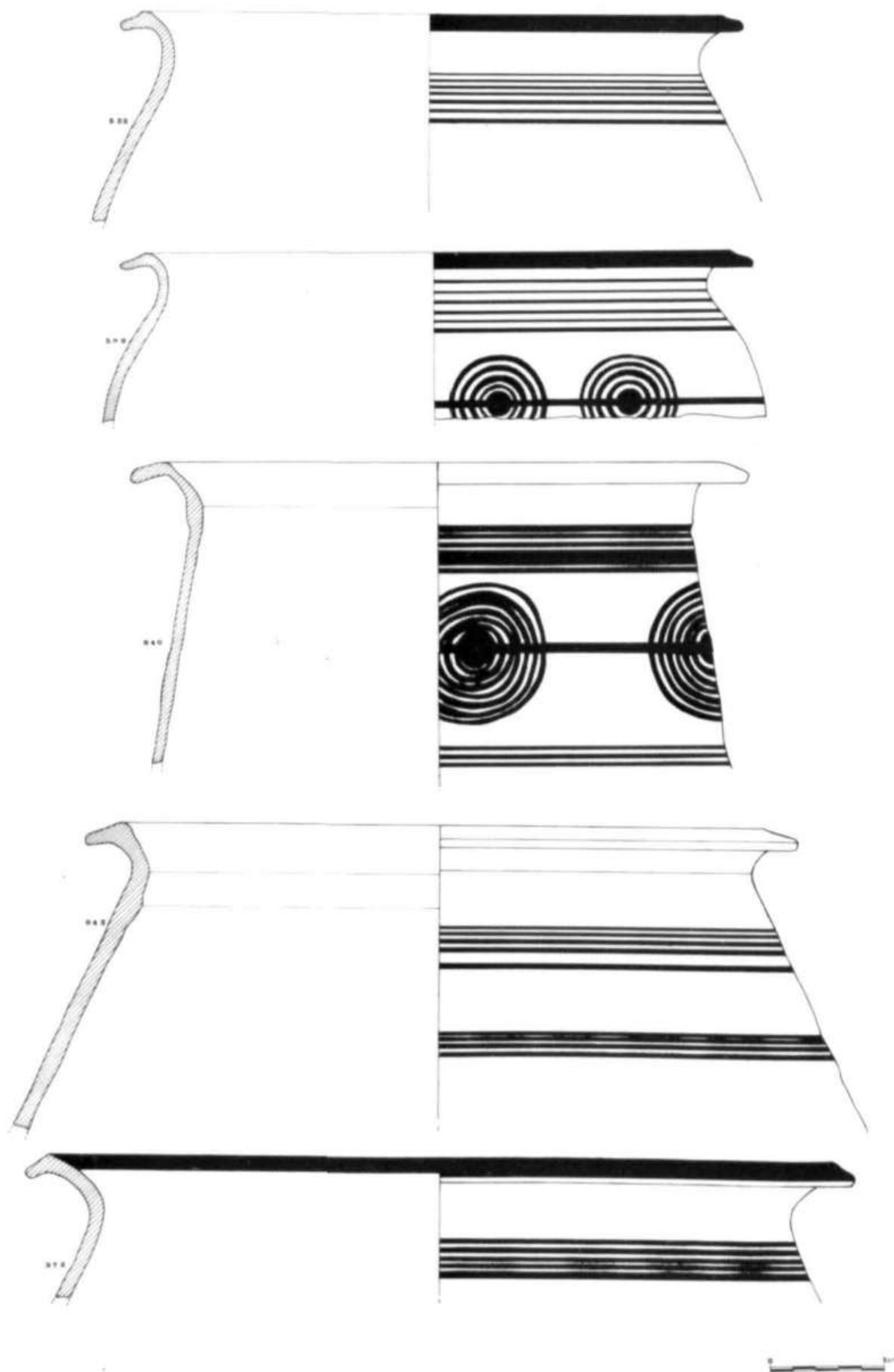


Fig. 23. - Vasijas a torno decoradas.

Excepcionalmente se recogieron dos vasijas de gran tamaño prácticamente completas (208 y 848); la primera muy fragmentada y sin restaurar; presenta una decoración más complicada a base de círculos concéntricos y tangentes, bandas rojas horizontales, líneas paralelas, serie de líneas onduladas y conjunto de bandas en triángulo. La segunda, restaurada, con decoración en bandas y círculos concéntricos alternantes (Lám. VI, 4).

Recinto-1. No apareció ningún ejemplar.

Recinto-2. Una vasija completa (208), aunque enormemente fragmentada y sin restaurar, ya descrita anteriormente, de grandes proporciones. Un fragmento de vasija grande (borde) con labio y cuello pintados en rojo (198).

Recinto-3. Una vasija completa, muy fragmentada, pero restaurada (848); presenta dos asideros bífidos simétricos; panza muy ancha; buena cocción; pintura color vino burdeos sobre engobe oscuro. 20 cms. Ø de boca; 72,5 cms. de altura; 6 mm. de grosor. Tres fragmentos de borde de sendas vasijas (320, 326 y 451).

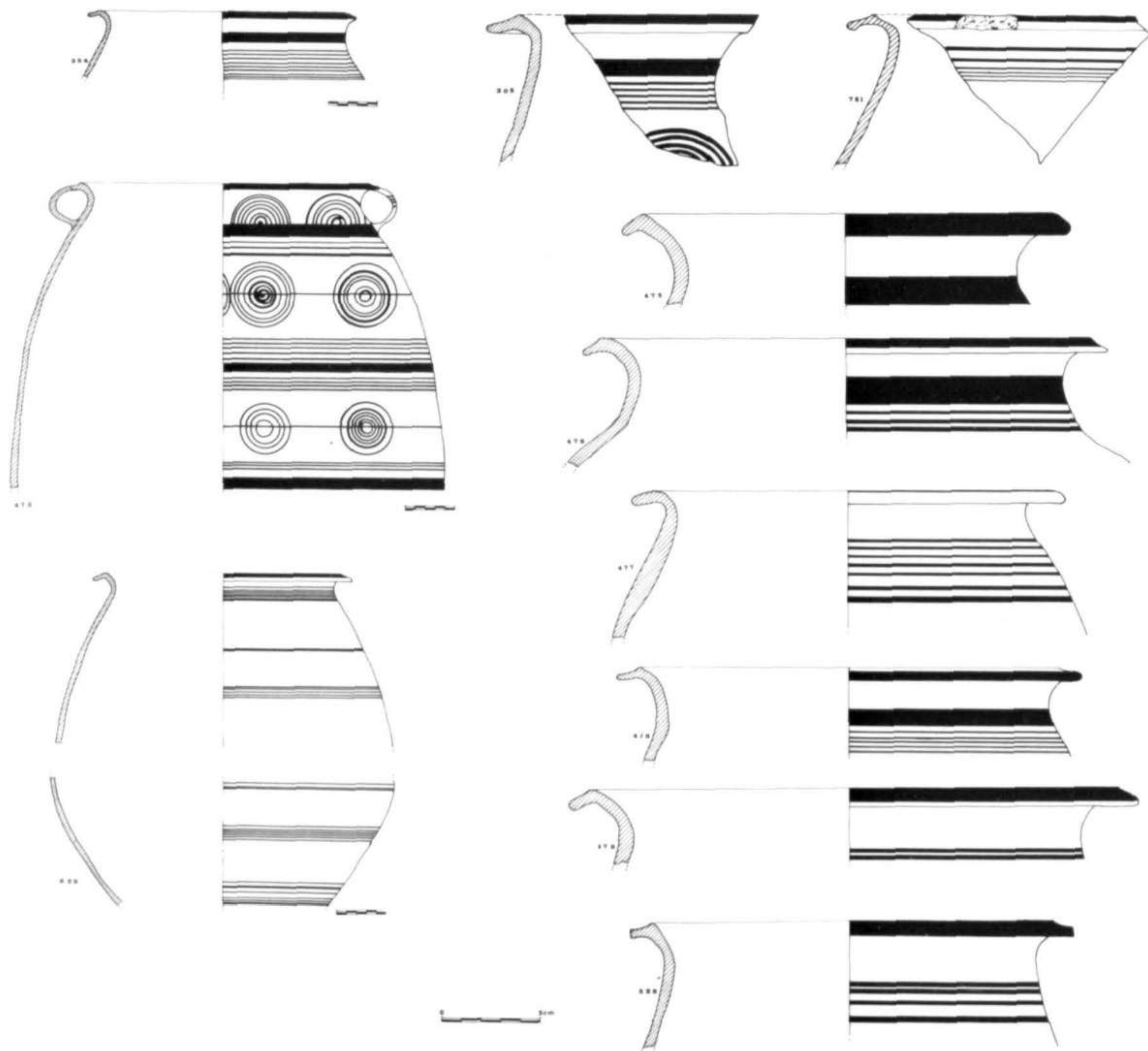


Fig. 24. - Vasijas a torno decoradas (Forma 1A).

Recinto-4. Ningún ejemplar.

Recinto-5. Dos bordes (744 y 766), el último perteneciente a una vasija de tamaño grande, decorada con bandas rojo burdeos en el labio y pintura roja carmín por debajo del cuello.

Recintos 6, 7, 8, 9 y 10. Ningún ejemplar.

Calle. Tres bordes (330, 335 y 345) pertenecientes a vasijas de mediano tamaño.

Villar-I. Un fragmento de borde decorado con pintura roja (567).

En total, doce ejemplares. Poco representada en el nivel inferior y ausencia de ella en muchos recintos.

Forma 1C. De borde horizontal (Fig. 27)

Como su nombre indica, presentan la característica de no inclinar el labio como las anteriores, sino que éste es paralelo al suelo. Se han hallado escasos ejemplares consistentes en fragmentos de bordes, aunque todos ellos pueden pertenecer a vasijas de perfil en ese; similares en pasta, grosor, pintura y superficie a las anteriores. En total se han hallado siete bordes de este grupo: uno (151) en el recinto-1; otro (193) en

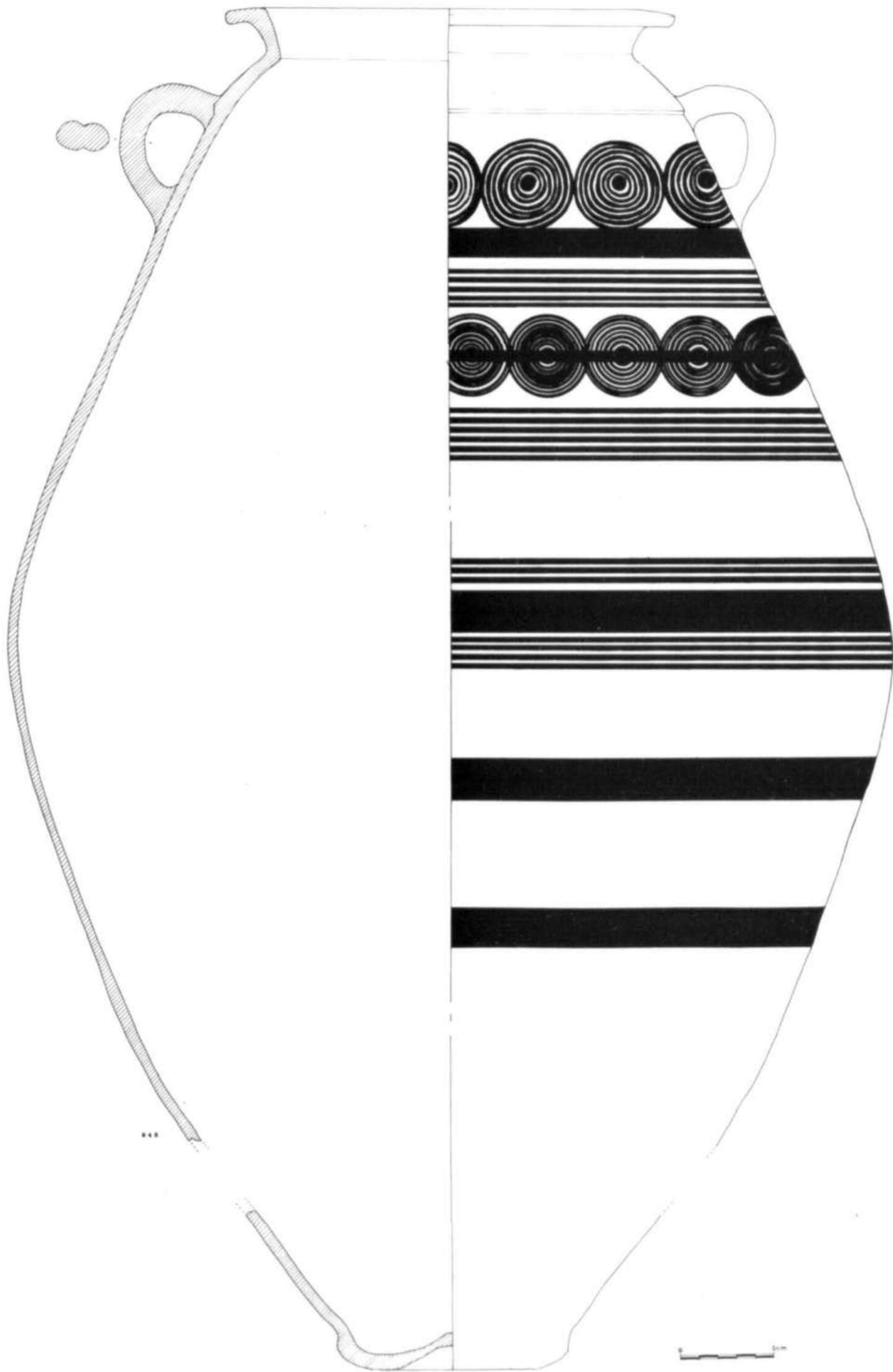


Fig. 25. - Gran vasija a torno decorada.

el recinto-2; dos (449 y 767) en el recinto-3; otros dos (300 y 453) en la calle y un solo borde (831) en el nivel inferior. No se han hallado estas formas en los demás recintos, por lo que son escasas en el yacimiento. Pertenecen a vasijas de pequeño o mediano tamaño.

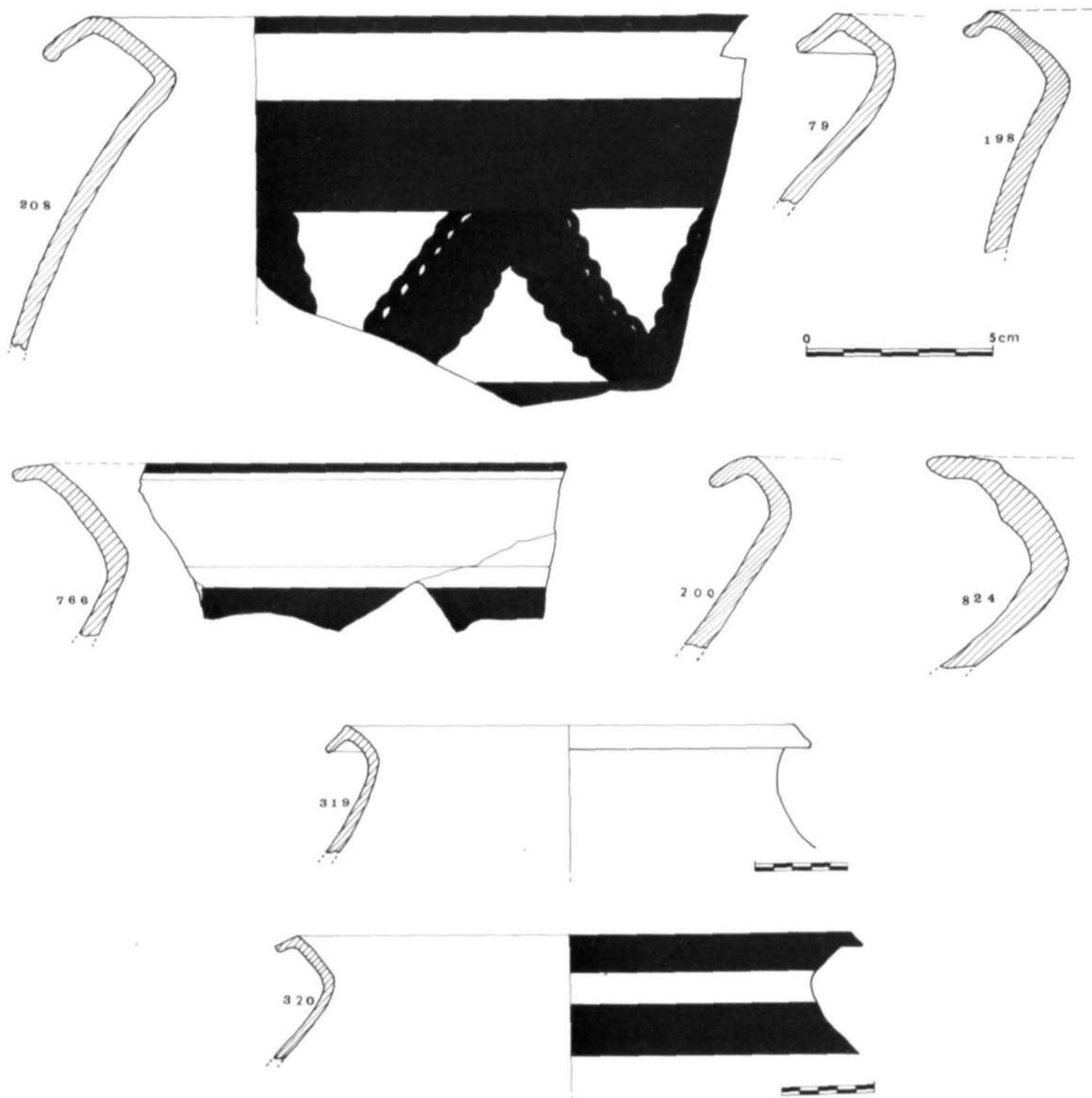


Fig. 26. – Vasijas a torno decoradas de perfil quebrado.

Forma 1D. De labio corto y grueso (Fig. 27)

Otra variante que observamos dentro de las vasijas de perfil en ese, son unas vasijas que presentan un labio muy corto en comparación con los dos grupos primeros y mucho más grueso que la pared. También presentan las mismas características de pasta, decoración, etc., que todas las anteriores, pero el escaso número de bordes hallados y la pequeñez de éstos no nos permite decir más al respecto. Ocho fragmentos en total; uno (189) en el recinto-2; dos (325 y 350) en el recinto-3; uno (456) en el recinto-4; otro (722) en el recinto-5 y tres (312, 424 y 937) en la calle. Ningún borde de este grupo en el nivel inferior.

Se dan todos los grupos de esta forma en Las Madrigueras, exceptuando la forma 1C. Las más abundantes, de mediano tamaño; menos, las de pequeño tamaño y raras las de tamaño grande.

Consideramos que es una cerámica, especialmente las de grandes proporciones, propia de uso cotidiano y por ello, muy frecuente en poblados, mientras que son más utilitarias para el fin destinado en las necrópolis de la época las de un tamaño mediano.

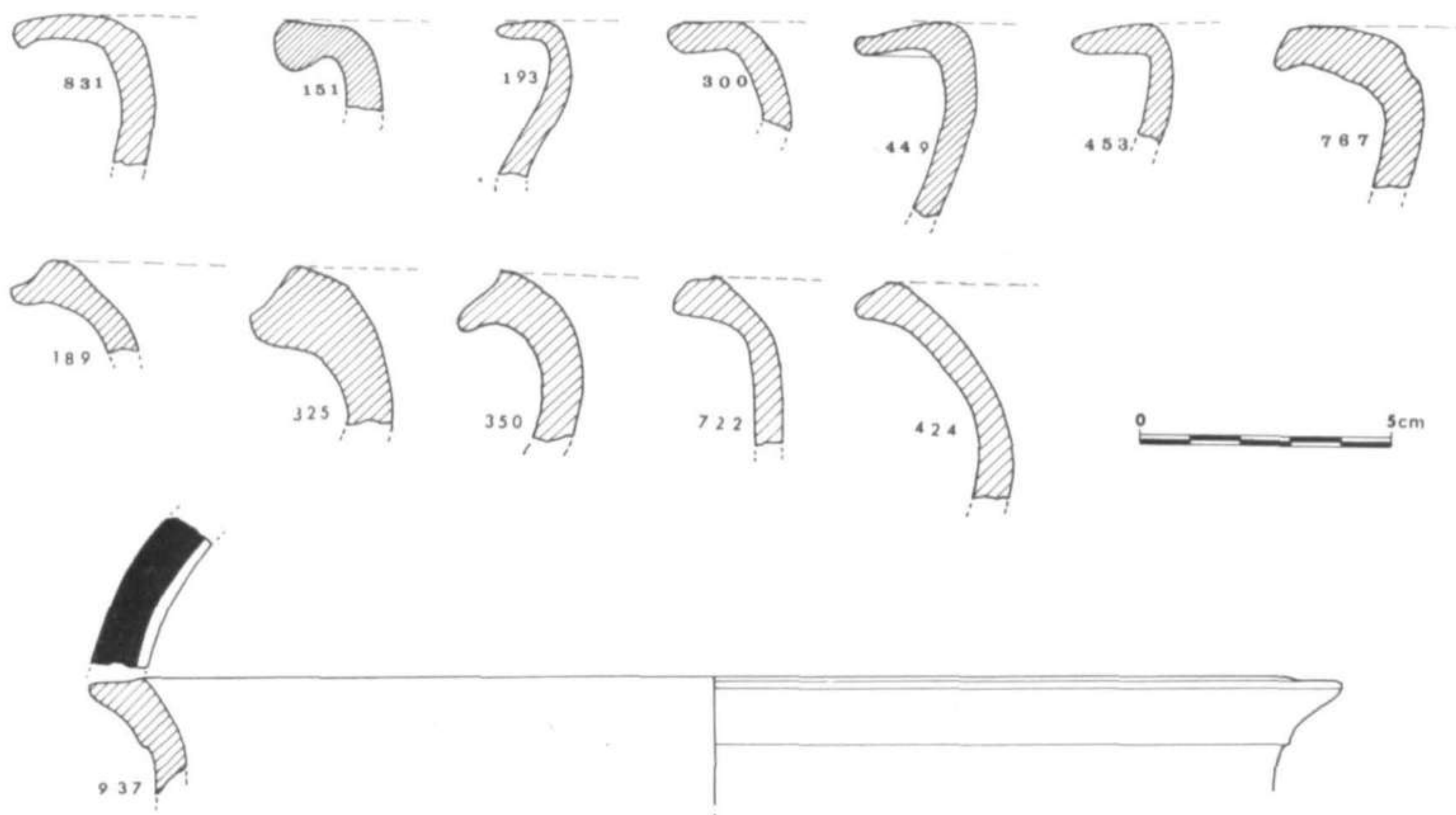


Fig. 27. - Bordes de vasijas a torno (Formas 1C y 1D).

Forma 2. Vasijas de boca acampanada (Fig. 28)

Denominamos así a un conjunto de vasijas de pequeño tamaño que, con grandes diferencias de perfiles, todas presentan la característica de boca abierta, mayor que la panza, y ésta redondeada; un ejemplar conservado casi completo cuya pared y fondo se unen en curva sin diferenciación pero éste, plano.

Casi todas presentan decoración en bandas; otras, han perdido la pintura o no la han tenido. No se ha hallado ningún ejemplar completo. El grosor oscila entre 4 y 6 mm.

Con ánimo de simplificar los hemos incluido todos en el mismo grupo, pero cada uno de los doce fragmentos de ejemplares podría ser una variante; ello nos obliga a describirlos.

Recinto-1

Inv. n.º 154. Fragmento de borde sobresaliente con engobe gris. Grosor, 6 mm.

Recinto-2

Inv. n.º 194. Fragmento de borde con pintura roja sobre engobe crema rojizo. Grosor, 4 mm.

Inv. n.º 197. Fragmento de borde de vasija con bandas rojas vinosas sobre engobe claro, cocción regular, pero exceso de temperatura. Altura aproximada, 10 cms.; grosor, 4 mm.

Recinto-3

Inv. n.º 333. Fragmento de borde de vasija decorada con bandas rojas en el labio y cara exterior sobre superficie grisácea oscura. Grosor, 4 mm.

Inv. n.º 342. Fragmento de borde con vestigio de pintura oscura sobre superficie roja brillante. Grosor, 4,5 mm.

Inv. n.º 352. Fragmento de borde de pequeña vasija decorada con banda roja en el labio. Cara interior grisácea y exterior, crema. Grosor, 4 mm.

Inv. n.º 754. La mitad de una vasija con banda roja en la panza sobre engobe crema anaranjado; desaparecida toda la boca. Altura aproximada, 9 cms.; grosor, 5 mm.

Recinto-5

Inv. n.º 726. Fragmento de borde con vestigio de pintura roja en el labio sobre superficie crema clara. Grosor, 5 mm.

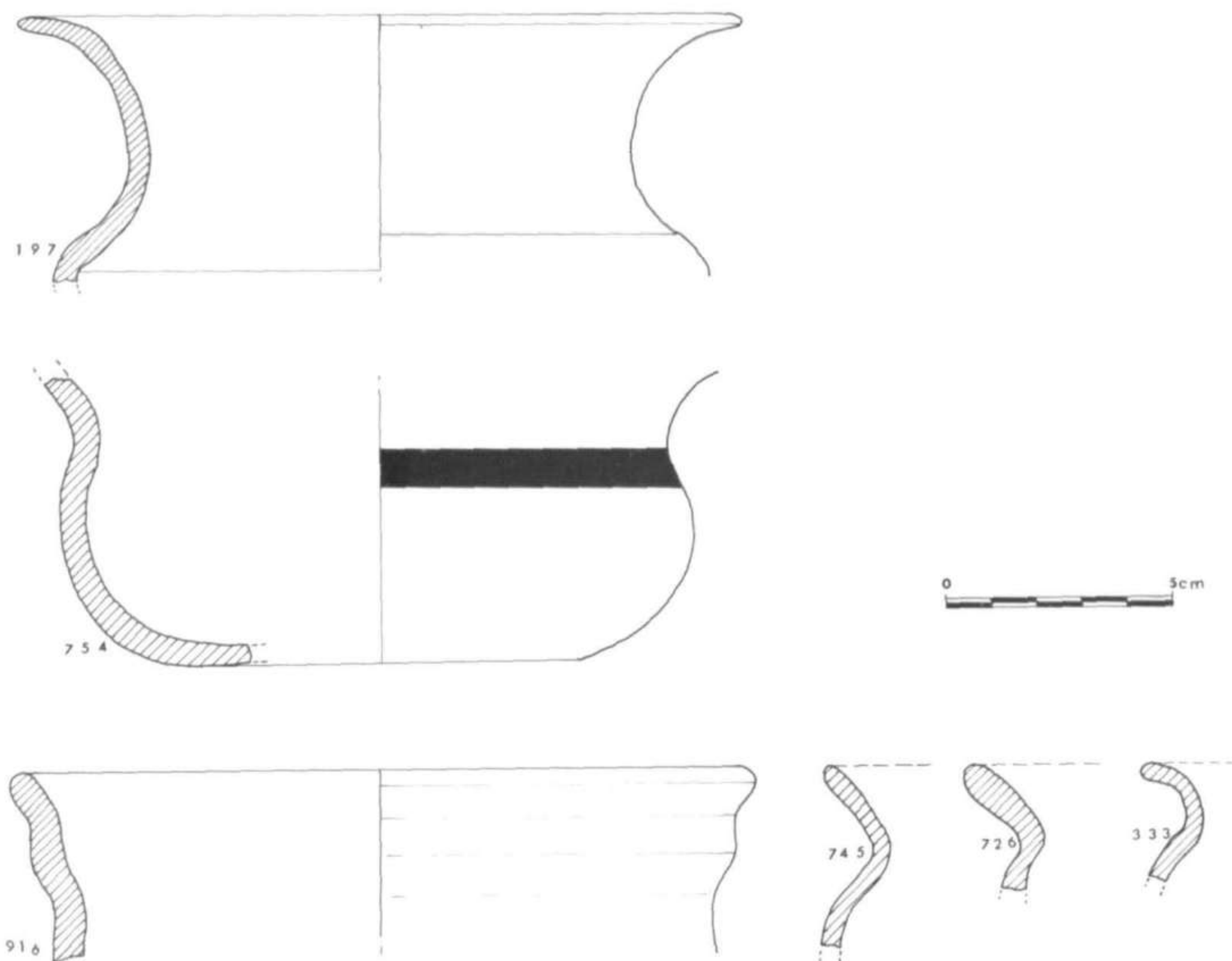


Fig. 28. - Vasijas a torno de boca acampanada.

Inv. n.º 745. Fragmento de borde con banda roja en el labio sobre superficie crema clara. Grosor, 4 mm.

Inv. n.º 760. Parte de panza de una pequeña vasija sin decorar, con huella de un asidero, desaparecido; superficie crema clara. Grosor, 4 mm.

Calle

Inv. n.º 916. Fragmento de borde de una vasija o jarra sin decorar con superficie y pasta rojas. Grosor en la boca, 6,5 mm.

Villar-I

Inv. n.º 167. Fragmento de vasija con parte de panza e inicio de cuello decorada con bandas finas rojas paralelas sobre engobe rojo brillante. Grosor, 6 mm.

El último fragmento indica su representación en el nivel inferior pero, dentro de su escasez, son mucho más abundantes en Villar-II.

Sin paralelos ciertos por no aparecer formas completas y existir muchas variantes.

Forma 3. De boca entrante (Fig. 29)

Podríamos caracterizar las vasijas de esta forma por la tendencia que tienen a asemejar el diámetro de su boca al de su fondo, mientras que la panza se ensancha. Sólo han aparecido cuatro ejemplares y, curiosamente, los cuatro en el recinto-I. Todos están decorados con bandas y líneas rojas y paralelas sobre engobe crema claro y superficie grisácea.

Inv. n.º 100. Galbo de vasija de mediano tamaño decorada con líneas finas paralelas. Altura aproximada, 21 cms.; grosor, 4 mm.

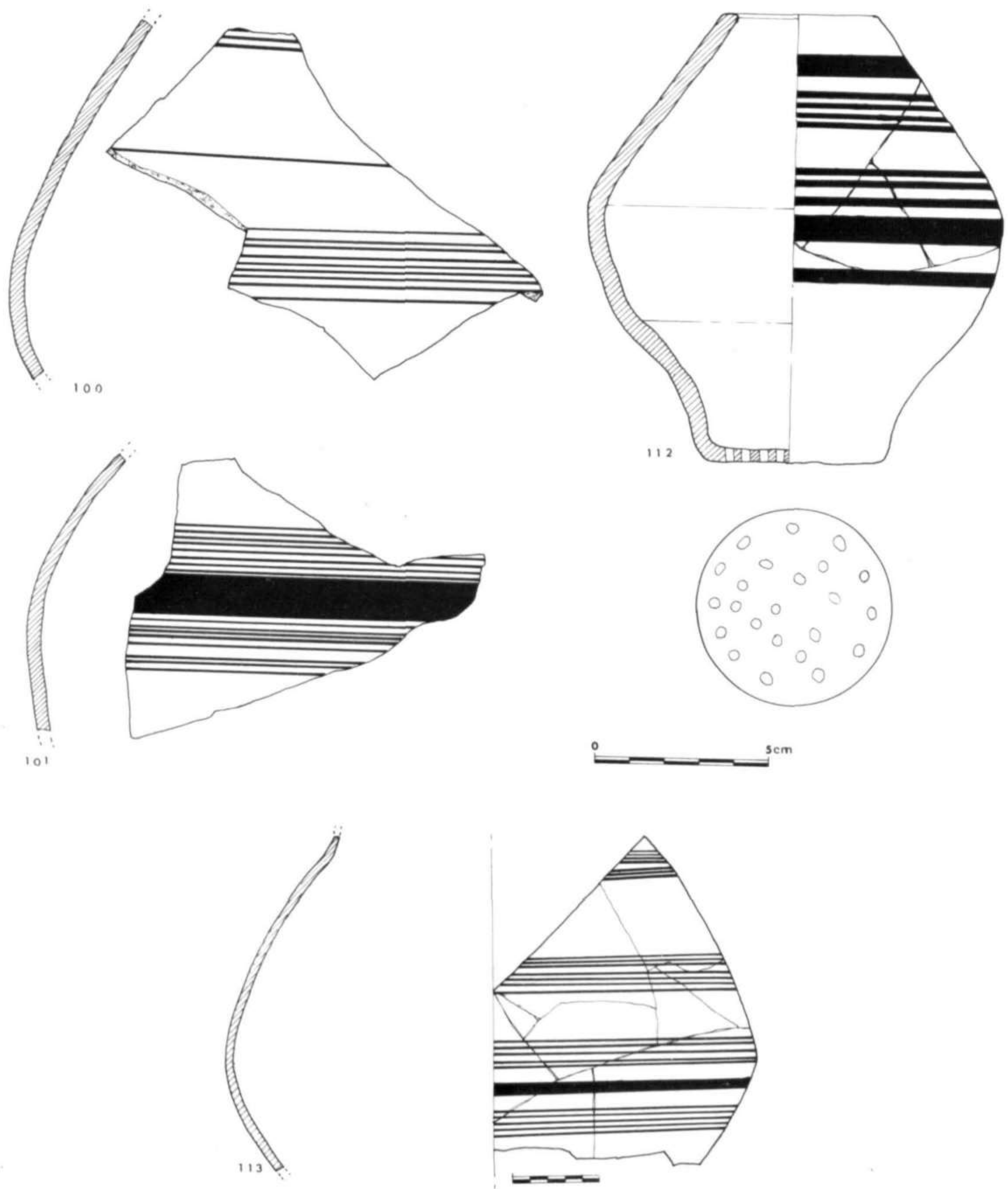


Fig. 29. – Vasijas a torno de boca entrante.

Inv. n.º 101. Galbo de vasija con banda roja en la panza y líneas finas por encima y por debajo; se diferencia de la anterior en que la cara interior es de un gris más claro. Altura aproximada, 20-21 cms.; grosor, 3,5 mm.

Inv. n.º 112. Vasija casi completa de pequeño tamaño con una serie de bandas rojas y paralelas ocupando toda la mitad superior y parte de la inferior; presenta la característica de tener el fondo agujereado intencionadamente antes de la cocción. Altura, 13 cms.; Ø de la boca, 4,5 cms.; Ø de la panza, 12 cms.; Ø del fondo, 5,5 cms.; grosor, 5 mm.

Inv. n.º 113. Galbo de vasija de mediano tamaño con serie de líneas rojas paralelas devorando la superficie. Altura aproximada, 26 cms.; Ø panza, 31 cms.; grosor, 5 mm.

El paralelo más próximo es una vasija de pequeño tamaño hallada en la misma zona por la prospección realizada por Francisco Suay, en 1975, y publicada por Almagro Gorbea (50), similar a la n.º 112. La utilidad de esta vasija se nos escapa; su fondo perforado repetidas veces nos inclina a pensar en un pebetero o algo similar. En cuanto a la forma en general, su paralelo más inmediato lo hallamos en la urna incompleta correspondiente a la tumba LXII de Las Madrigueras.

Forma 4. Urnas de orejetas (Fig. 30)

Caracterizadas por presentar dos pequeños asideros de sección cuadrangular y perforados cuyo borde, trazado a bisal, coincide con el de la tapadera que también presenta dos asideros similares y simétricos. Estas vasijas están siempre asociadas a necrópolis de la época y por ello, seguiremos utilizando el término de urna para describirlas.

No ha aparecido ningún ejemplar completo aunque sí fragmentos de cuerpo y tapadera de dos vasijas correspondientes a esta forma; una (715) en el interior del recinto-5 y otra (931) en el recinto-7, cuya tapadera presenta un orificio intencionado antes de la cocción. La decoración consiste en motivos de bandas, líneas paralelas, punteados, arcos paralelos, con pintura roja sobre una pasta buena y bien cocida.

Son raras en poblados; no obstante, aparecen también urnas de orejetas en el inédito poblado de Pedro Muñoz (51). En Tortosa, en la necrópolis de Mianes (52), estas urnas se fechan en la segunda mitad del siglo VI a. C.

Los paralelos más próximos geográficamente los tenemos en la urna de la tumba III de Las Madrigueras y en las incineraciones números 16 y 17 de Buenache de Alarcón (53), aunque aquí se presentan sin decoración pintada, quizá perdida por humedad.

Forma 5. Botellas (Fig. 31)

Se trata de dos bordes únicamente, sin que podamos añadir más sobre su altura ni posible decoración; aunque uno de ellos (183) puede ser mejor parte de la boca de un oinokoe, relativamente abundantes en la cerámica de superficie.

El n.º 573 es el borde de una botellita de boca ancha, en forma de embudo, que se va estrechando hacia el cuello. Los dos bordes son de pasta buena y superficie rojiza sin que presenten decoración.

Esta forma, que no hallamos en Carrascosa, es escasa, como hemos visto, en Villar del Horno y sólo hemos encontrado paralelos en Cabeza Moya (Inv. n.º 567) y en Bonilla (Inv. n.º 18).

Forma 6. Toneles (Fig. 31)

Son escasos en los yacimientos de esta época y sólo están representados en Villar del Horno por un fragmento de borde; la pasta es buena y la cocción también, pero la superficie no está decorada, justificadamente por su finalidad, es decir, transporte o almacenamiento de agua. Presenta una serie de huellas digitales antes de la cocción paralelas desde la boca hasta el cuerpo. Ø de la boca, 11,5 cms.; desconociéndose la longitud y la anchura. Apareció en el interior del recinto-4 y lleva el n.º de inventario 359.

(50) ALMAGRO GORBEA, M.: «La iberización de las zonas orientales de la Meseta». Ampurias, 1980, pág. 144.

(51) ALMAGRO GORBEA, M.: Ob. cit., nota 50.

(52) ARQUEOLOGIA EN CATALUNYA: Datos para una síntesis. Departamento de Cultura de la Generalitat de Catalunya. Barcelona, 1983.

(53) LOSADA GOMEZ, H.: Ob. cit., nota 44.

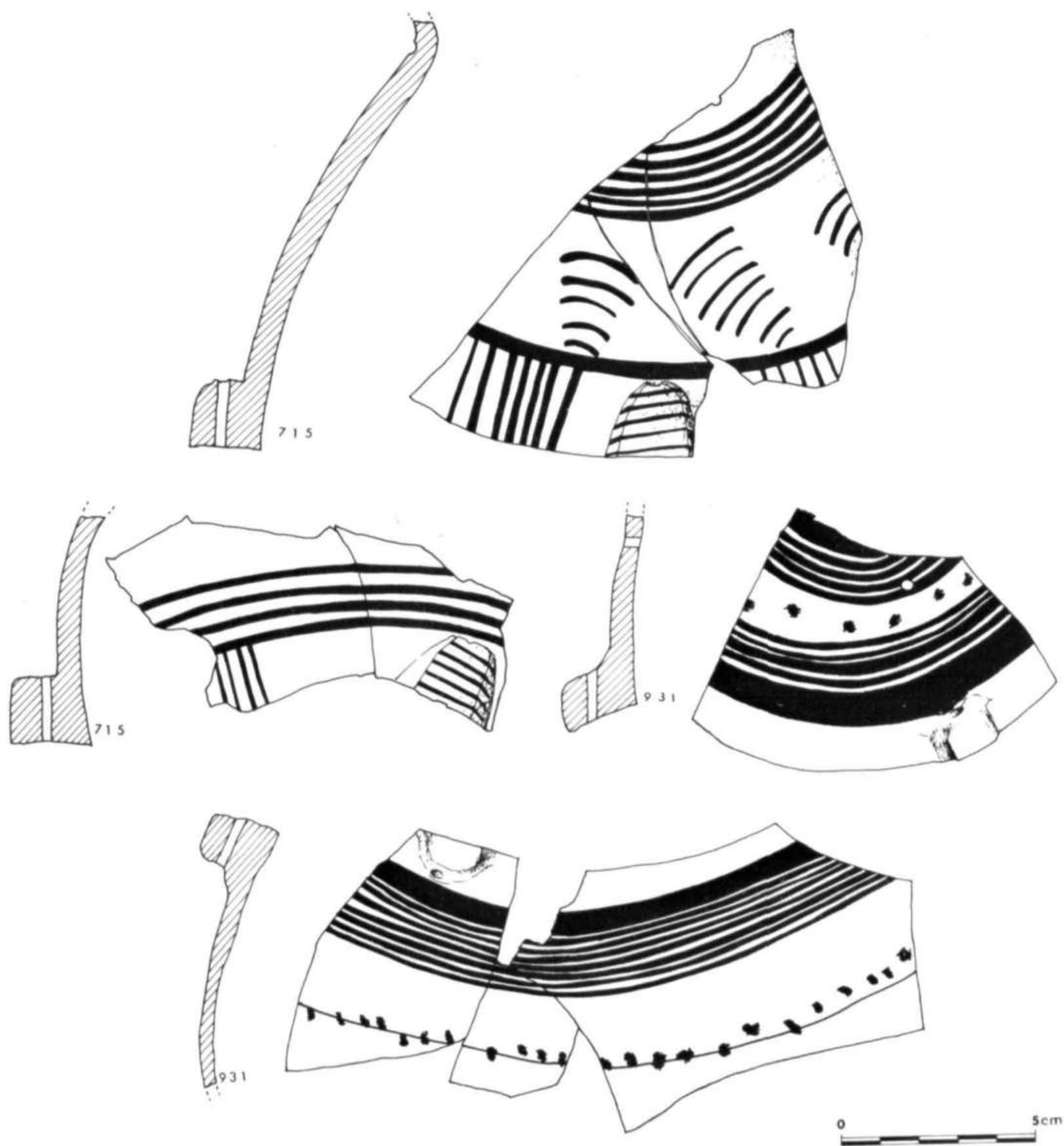


Fig. 30. - Fragmentos de urnas de orejetas.

La vasija más próxima geográficamente de esta forma ha aparecido en Barchín del Hoyo (54); este tipo de tonel cerámico fue ya estudiado por Fletcher en el Levante donde describió nueve ejemplares aparecidos en las provincias de Murcia, Alicante y Valencia; pero su origen, basándose en Siret, lo sitúa en los toneles neolíticos de El Garcel.

Estos toneles alcanzan también la región extremeña con un ejemplar en Don Benito (Badajoz) y Villasviejas (Cáceres) (55).

(54) Aún inédito, por lo que agradecemos a la Directora de la excavación, Marta Sierra, la noticia y su amabilidad al mostrárnoslo.

(55) HERNANDEZ, P.: «Tonel ibérico procedente del castro de Villasviejas (Cáceres)». Trabajos de Prehistoria, vol. 36. Madrid, 1979.

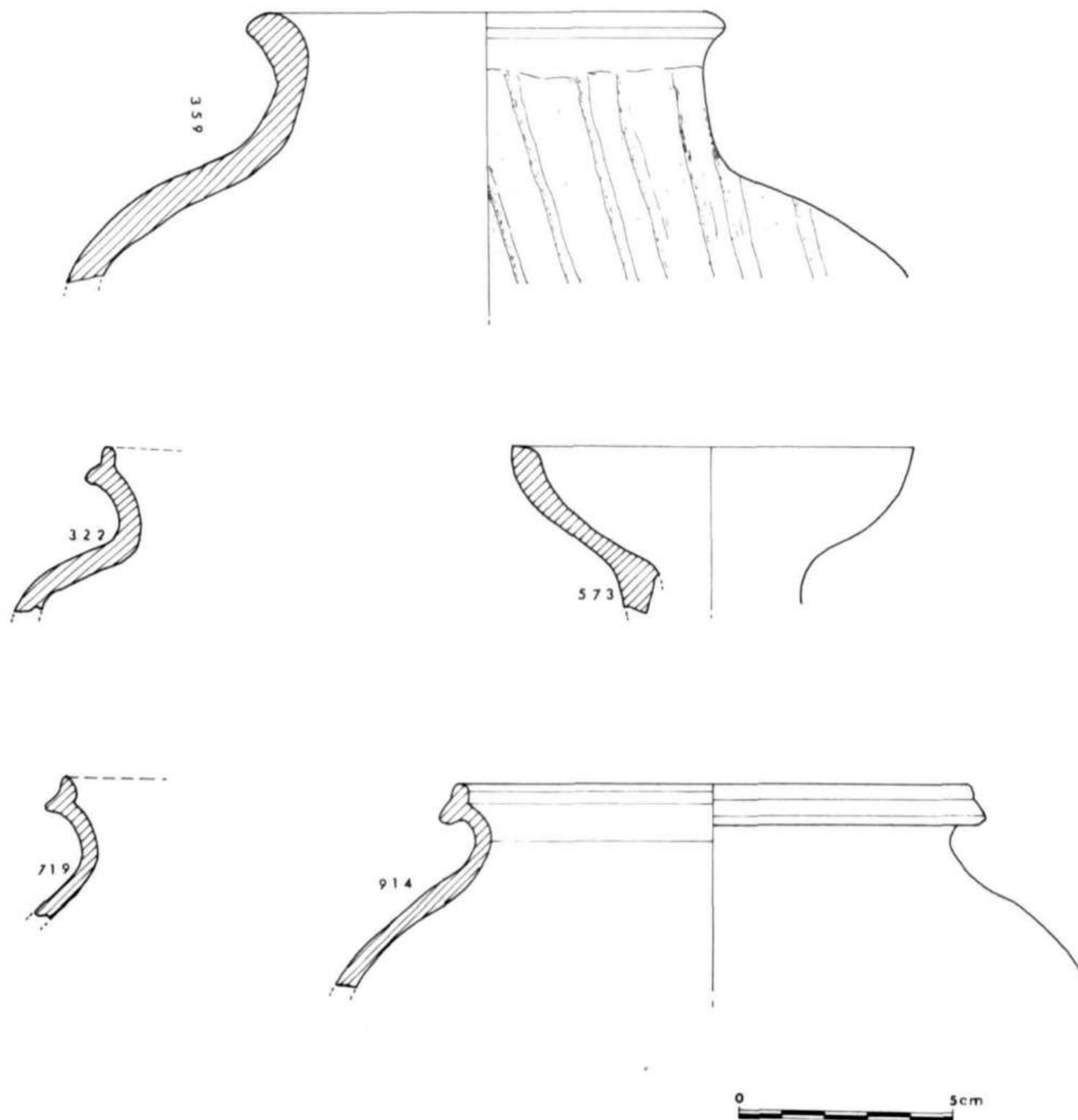


Fig. 31. - Cerámica a torno (Formas 5, 6 y 7).

Forma 7. De borde alzado (Fig. 31)

Aunque esta forma no podríamos clasificarla como de tipo ibérico, la incluimos aquí por ser cerámica a torno. Son vasijas de cocina, patente en su superficie con muestra evidente de uso prolongado al fuego; la pasta es mala, con gran cantidad de desgrasantes finos y la superficie, ligeramente alisada, propia para la finalidad a que se destina; la característica principal es su perfil de borde vertical y redondeado y panza ancha, mucho mayor que la boca, sólo tres bordes típicos hemos recogido de esta forma. Inventariados con los números 322, 719 y 914, el primero y el último en el recinto-10 y el segundo en el interior del recinto-5; pero es indudable, por la cantidad de fragmentos atípicos aparecidos con las mismas características de pasta y superficie, que fueron abundantes. En realidad se trata de cerámica vulgar, sin decoración, pero que tuvieron una finalidad a la cual se ajustaban estos característicos perfiles.

No hallamos esta forma en yacimientos próximos. Los paralelos más cercanos los encontramos en Oreto (56), donde parece ser que existen ollas de este tipo.

(56) NIETO GALLO, G. y SANCHEZ MESEGUER, M. C.: «ORETO I». E.A.E. Madrid, 1980.

C-3) FONDOS

La escasez de los fondos aparecidos nos impide confeccionar una tabla de estos en las cerámicas tipo ibérico anteriormente descrita; pero por lo observado, podemos deducir, muy generalmente, que las grandes vasijas presentan un fondo cóncavo con umbo; los fondos planos corresponden a vasijas de mediano y pequeño tamaño; siendo raros los fondos convexos en este tipo de cerámica.

C-4) ASAS (Fig. 32)

Las asas estudiadas en el yacimiento presentan variedad de formas que, consideramos son afines a la funcionalidad de la vasija y, posiblemente, buscando también una finalidad estética en las formas complicadas.

a) Pequeña orejeta de sección semicirculoide perforada horizontalmente (480). Corresponde a vasijas de cerámica común o de cocina.

b) Pequeñas asas semicirculares y de sección circular, sin decoración; algo más evolucionadas que las anteriores, pueden corresponder a vasijas de mediano tamaño sin finalidad estética o cerámica vulgar (504).

c) Asas formadas por un solo rollo, de sección que tiende a circular; sin suficiente grosor para soportar gran peso (373, 374 y 375); generalmente aparecen decoradas con líneas paralelas.

d) Asas bífidas, formadas por dos rollos unidos; se presentan decoradas (205, 527, 558 y 708). Una variante de estos asideros estaría representado por el n.º 371, cuya cabeza está perforada verticalmente para unir con otro orificio a una tapadera y evitar el vertido de su contenido; estas vasijas aparecen en la necrópolis de Mianes (57).

e) Asas trífidas, formadas por tres rollos y para dar más consistencia; decoradas (470).

f) Asas tetráfidas (372 y 571). Hemos de pensar que, además de su finalidad estética (decoradas), el acúmulo de rollos le darían capacidad para soportar mayores pesos; no obstante, las vasijas 473 y 848, de casi un metro de altura, presentan asas bífidas y no tetráfidas.

g) Asa de cinta; no es usual en el yacimiento y el único ejemplar está representado por el n.º 181, aparecido en Villar-I y de sección muy irregular.

h) Asas de urnas de orejetas, ya descritas anteriormente.

C-5) DECORACION (Fig. 33)

La decoración más frecuente en esta cerámica de tipo ibérico en el yacimiento consiste en bandas y líneas horizontales rojas y paralelas, aunque también se utiliza el color negro y el morado; le siguen en proporción los motivos formados por círculos concéntricos, tangentes o no, exclusivos de las vasijas de tamaño grande; son escasas las series de semicírculos concéntricos y series de arcos radiales partiendo de círculos centrales; también estos motivos son característicos de vasijas grandes; pero lo más frecuente es que todos estos motivos se presenten combinados.

Un caso típico es la vasija de gran tamaño n.º 208 (Fig. 26) por la variedad de su decoración.

Son menos abundantes las líneas punteadas o gotas irregulares de pintura sobre la superficie, características de vasijas de mediano tamaño y, especialmente, de las urnas de orejetas.

(57) Ob. cit., nota 52.

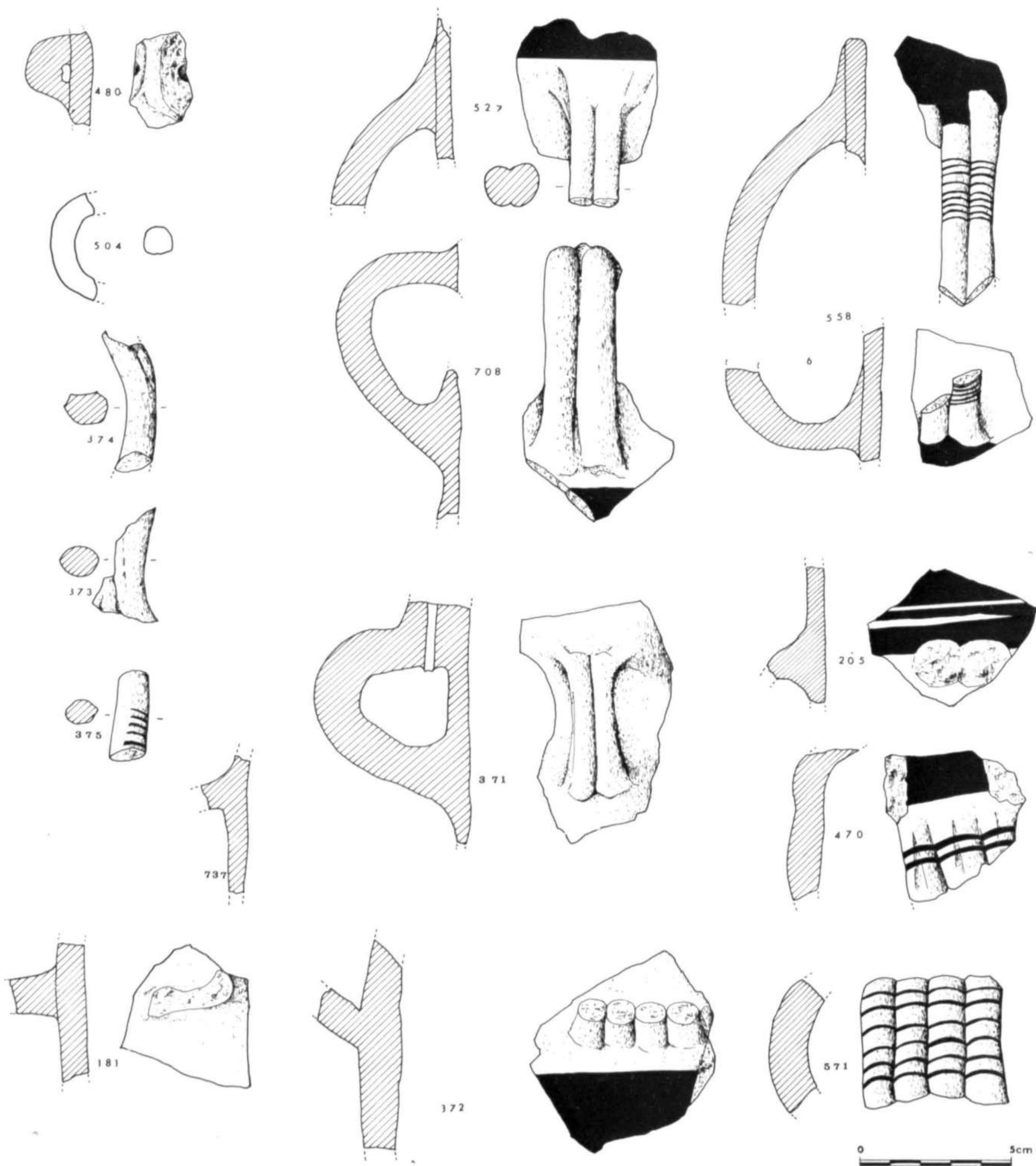


Fig. 32. - Cerámica a torno. Diversos tipos de asas.

Como caso único en el yacimiento mencionaremos la decoración de «ruedecilla» (727).

La mayoría de esta cerámica presenta un engobe en su superficie de diversos colores que van desde el crema claro, pasando por el rojo brillante hasta el gris oscuro. Este engobe diferencia, la mayoría de los casos, la cara exterior de la interior y la pasta.

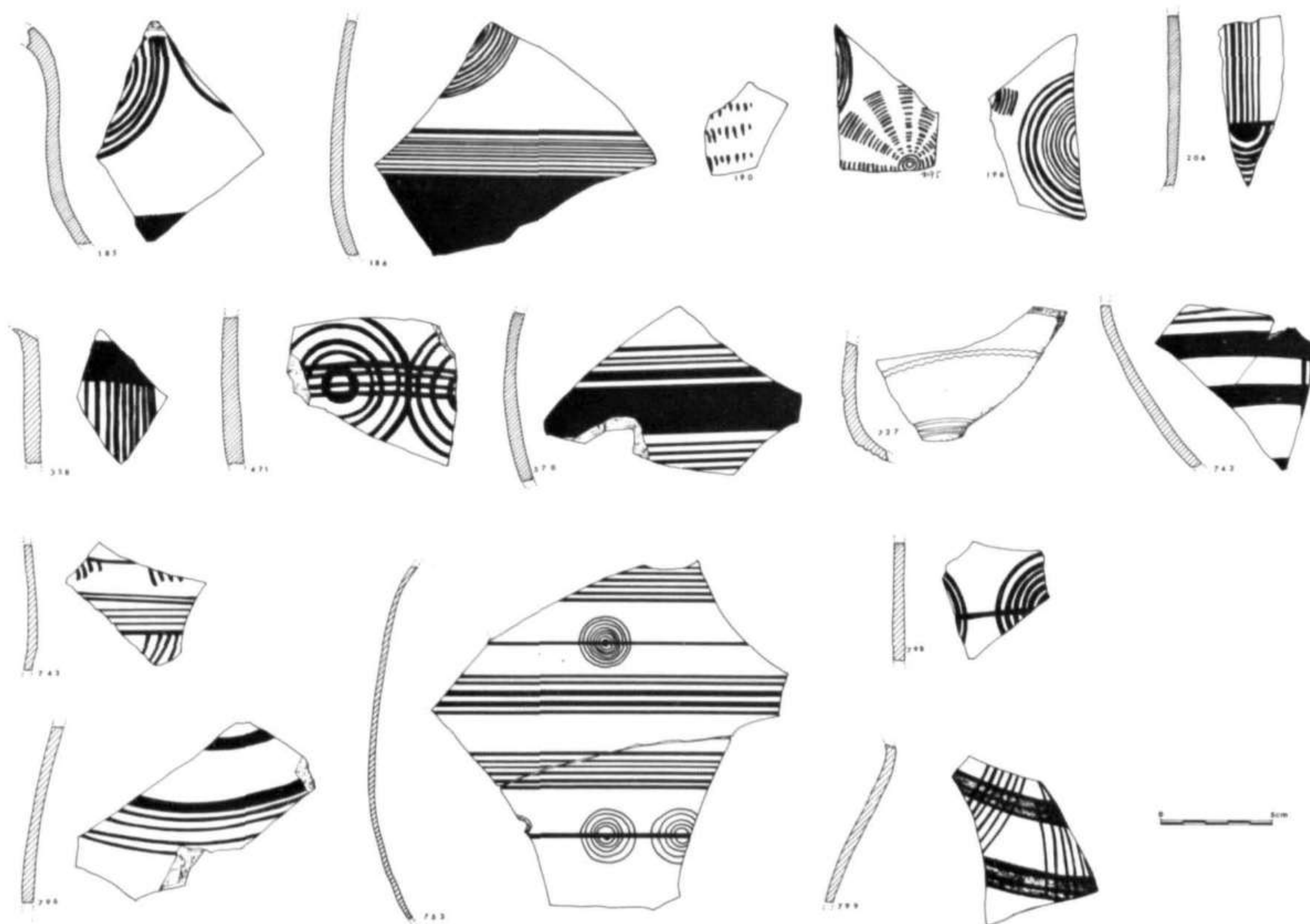


Fig. 33. - Motivos decorativos más frecuentes en la cerámica a torno.

D) FUSAYOLAS (Fig. 34)

Han aparecido catorce ejemplares en toda la zona excavada, cantidad que consideramos representativa de la actividad doméstica del poblado. Debido a su diversidad de formas, no podemos hacer una clasificación de ellas, ya que no aparece ninguna idéntica a otra. No obstante, son más abundantes las de forma troncocónicas seguidas de las discoidales; entre las primeras, algunas presentan una base mayor cóncava; otras son planas; también las pastas son diversas y, sobre todo, la cocción. Todas son de barro exceptuando la n.º 631 que está fabricada en piedra arenisca.

Sólo dos del total presentan decoración: la n.º 908, con incisiones rectas e irregulares en una de sus bases sin conseguir un dibujo simétricos, y la n.º 910 con sus dos bases decoradas con incisiones formando una estrella y un sol radiante en sendas caras, además de una acanaladura transversal en su canto.

Su situación fue la siguiente: una en el recinto-1 (99); otra en el recinto-3 (849); dos en el recinto-5 (769 y 902); otra en el recinto-7 (965); cinco en el recinto-8 (908, 909, 910, 912 y 941) de las cuales, dos decoradas; una en el recinto-10 (903); una en la calle (635), de piedra y dos en el nivel correspondiente a Villar-I.

La ausencia de fusayolas en los recintos 2 y 9 puede basarse a la pequeña zona excavada, tanto en extensión como en profundidad; no así la ausencia en los recintos 4 y 6, por creer que estas construcciones no tenían por finalidad el cobijo humano.

E) PONDUS (Fig. 15)

Han aparecido tres pondus completos y todos ellos están fabricados en adobe. Su confección es muy imperfecta e irregular y en cuanto al barro, presenta mucha mezcla de paja. Los tres ejemplares aparecieron diseminados sobre el pavimento del recinto-1.

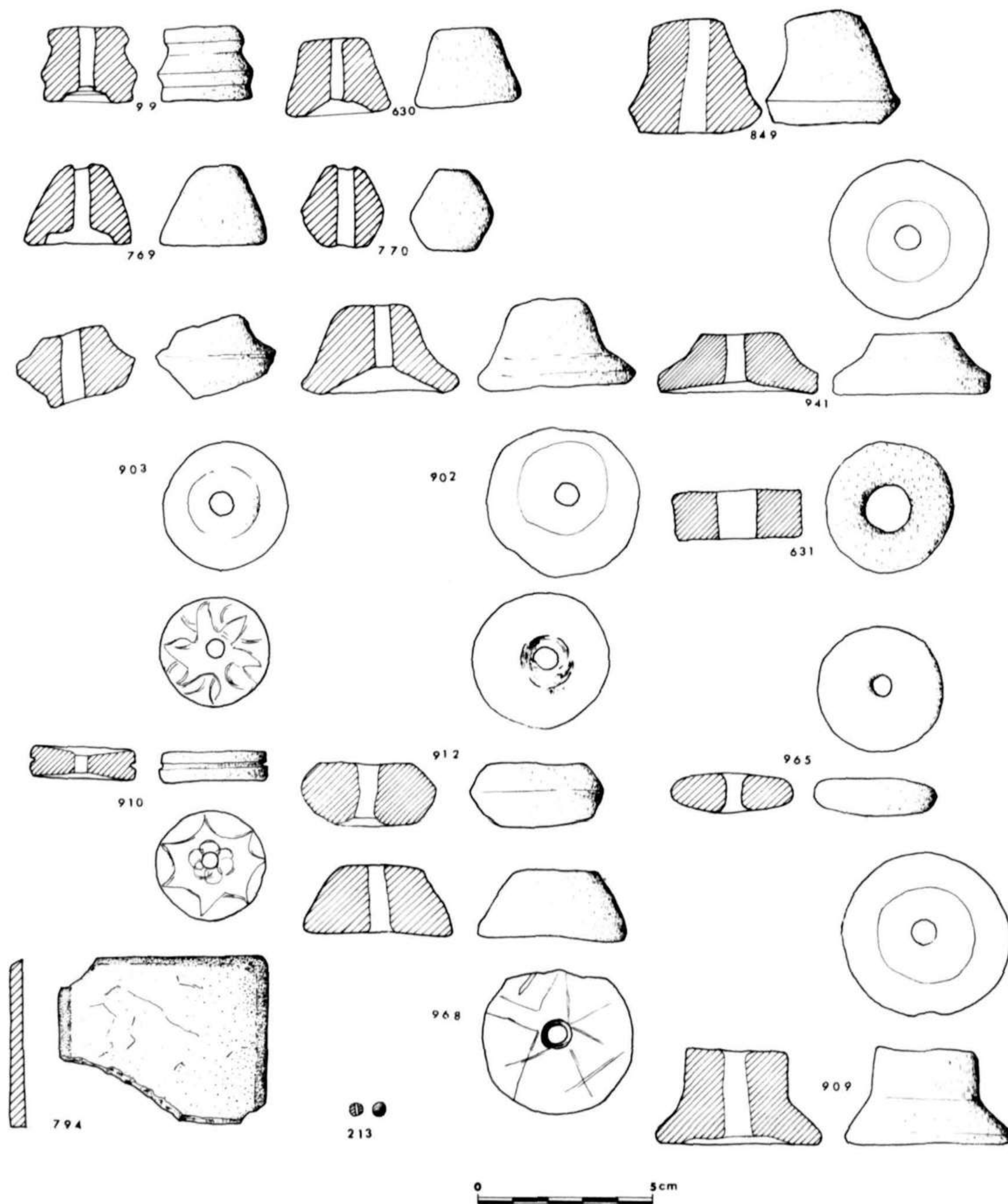


Fig. 34. – Fusayolas, placa de pizarra y cuenta de collar.

Inv. n.º 87. Pondus de adobe, troncopiramidal, con la base menor redondeada; perforado transversalmente.

Inv. n.º 123. Pondus de adobe y forma troncopiramidal. Altura, 18,1 cms.; anchura media, 10,4 cms.; grosor, 5,8 cms.

Inv. n.º-124. Parecido al anterior pero de sección más cuadrangular. Altura, 18,9 cms.; anchura media, 8,5 cms.; grosor, 6,9 cms.

F) METALES (Fig. 35)

Una de las características del yacimiento, similar a otros del mismo período, es la escasez de metales. En la primera campaña no se halló ni un solo fragmento y muy espaciadamente fueron hallados algunos útiles en posteriores campañas de excavación. Predomina el bronce, aunque también han aparecido dos clavos de hierro y un alambre (?) de plata.

F-1) BRONCE

Inv. n.º 1. Fragmento de aguja, posiblemente de una fíbula. Long., 2,7 cms. (Calle).

Inv. n.º 2. Aguja, posiblemente de una fíbula, de sección más reducida que la anterior. Long., 3,5 cms. (Calle).

Inv. n.º 3. La mitad de un arete de sección irregular (Calle).

Inv. n.º 4. Fragmento de un arete de sección circuloide (Calle).

Inv. n.º 5. Conglomerado de bronce, con carbón adherido, de imposible identificación (Calle).

Inv. n.º 6. Puente completo de fíbula, faltándole la aguja. Longitud, 5 cms.; altura del puente, 2,2 cms. (Villar-I).

Inv. n.º 7. Aguja de sección circular perteneciente a una fíbula de gran tamaño. Long., 11,5 cms.; Ø sección, 5 mm. (Villar-I).

Inv. n.º 8. Fragmento de plaquita perteneciente, posiblemente, a un vaso. Long., 4,3 cms.; anch., 2,2 cms.; grosor, 0,8 mm. (Recinto-3, pero entre la tierra vegetal).

Inv. n.º 9. Fragmento de boca de una vasija con acanaladuras y borde reforzado. Long., 3 cms.; anch., 2,1 cms.; grosor, 0,9 mm. (Recinto-3).

Inv. n.º 10. Plaquita de imposible identificación; presenta una rotura como si se hubiese desprendido un remache de ella. Long., 6,5 cms.; anch., 4 cms.; grosor, 0,6 mm. (Recinto-4).

Inv. n.º 11. Fragmento de borde de una posible vasija con un remache que une parte de otra placa, posiblemente, el inicio de un asa. Long., 6,8 cms.; anch., 1,6 cms.; grosor, 0,9 mm. (Recinto-5).

Inv. n.º 12. Plaquita recta totalmente inidentificable. Long., 3,1 cms.; anch., 2,1 cms.; grosor, 0,6 mm. (Villar-I).

Inv. n.º 13. Fragmento de un posible vasito carenado. Long., 3,3 cms.; anch., 2,5 cms.; grosor, 0,6 mm. (Villar-I).

Inv. n.º 14. Puente de una fíbula, posiblemente, de doble resorte transversal y de sección cuadrangular. Long., 7 cms.; altura, 4 cms.; grosor, 6 mms. (Recinto-8).

Inv. n.º 15. Fragmento de una plaquita inidentificable. Long., 3,5 cms.; altura, 2,7 cms.; grosor, 2 mm. (Recinto-7).

Inv. n.º 16. Fragmento de otra plaquita inidentificable que presenta doblez y rotura por su centro. Long., 3,8 cms.; anch., 2,5 cms.; grosor, 1,6 mm. (Recinto-8).

Inv. n.º 17. Pequeño fragmento de plaquita inidentificable y curvada. Long., 1,5 cms.; grosor, 1,5 mm. (Recinto-10).

F-2) HIERRO

Inv. n.º 18. Clavo de sección rectangular (o tendente a ello) y perdida la cabeza de antiguo. Long., 5,6 cms. (Recinto-4).

Inv. n.º 19. Clavo de sección rectangular conservando la cabeza, también rectangular. Long., 9,4 cms. (Recinto-6).

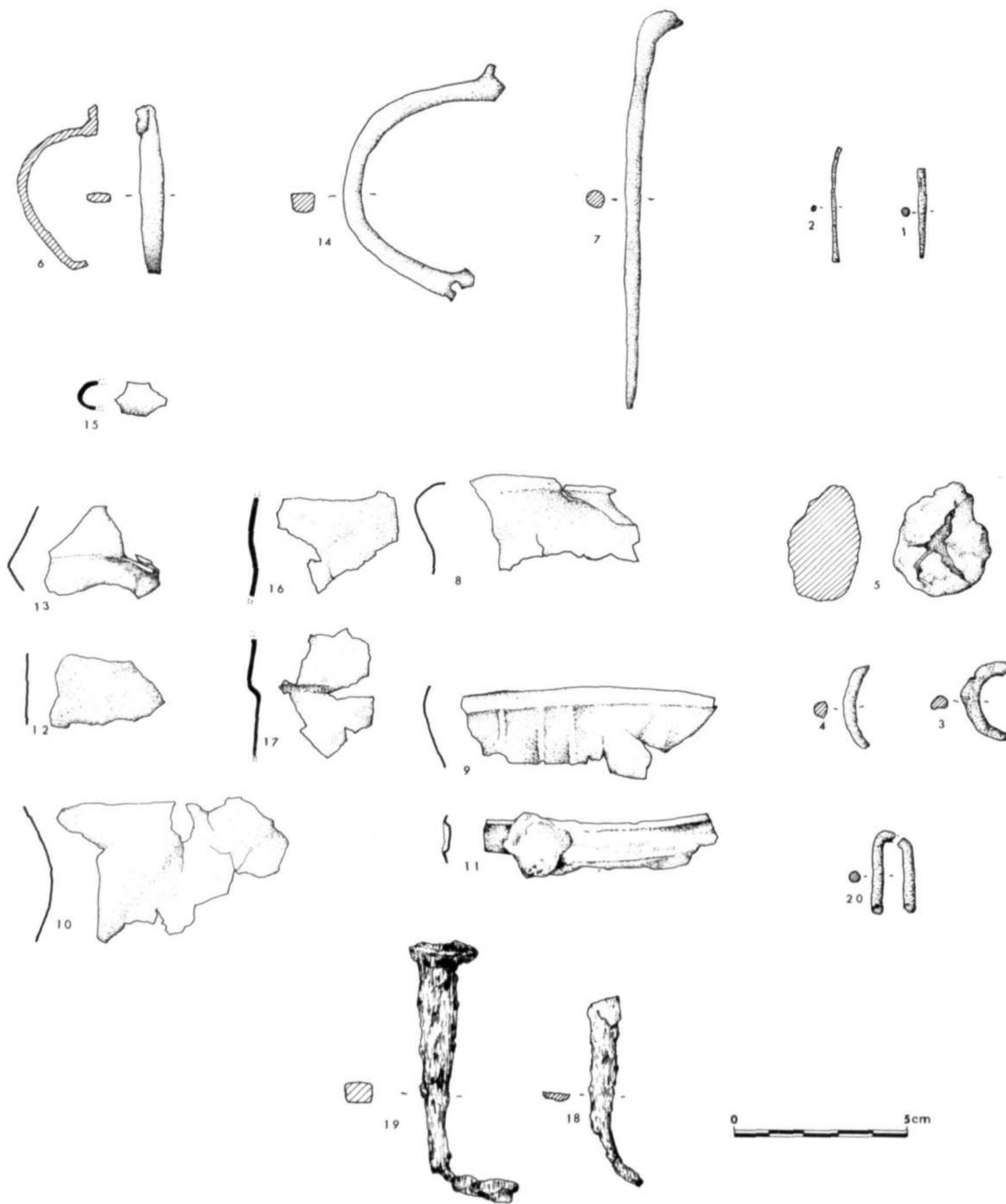


Fig. 35. - Material metálico.

F-3) PLATA

Inv. n.º 20. Pequeño alambre de plata doblado en forma de grapa; muy mala aleación; sección circular y rematadas sus puntas por golpes. Long., 4,7 cms.; sección, 3 mm. (Villar-I).

G) OTROS MATERIALES

Incluimos en este apartado una serie de materiales no descritos anteriormente y que, generalmente, no llevan número de inventario.

En primer lugar, cierto número de adobes que ya hemos mencionado y que consideramos, fueron fabricados para revestimiento interior de los muros (de lo cual tenemos pruebas, ya que éstos están levantados todos con piedras y barro).

Una serie de molinos de mano, no inventariados, barquiformes, se hallaron en distintas áreas de la excavación, tanto en el nivel inferior como en el superior e, incluso, en Villar-II, como material reaprovechado formando parte de los muros.

Se halló, en toda la zona excavada, una cuenta de collar, de pasta vítrea, de diminuto tamaño, esferoidal y correspondiente al material del recinto-1. Lleva el número de inventario 213 (Fig. 34).

En el nivel de Villar-I, por debajo del pavimento del recinto-5, se halló un fragmento de pizarra trabajada a bisel por sus tres lados conservados, esfoliada; posiblemente, como paleta de afeites. Lleva el número de inventario 794. Long. conservada, 4,8 cms.; anchura, 6 cms.; grosor conservado (aprox. la mitad), 4 mm. (Fig. 34).

ANÁLISIS PORCENTUAL DE LA CERÁMICA

Para este estudio sólo contaremos con la cerámica más representativa que es la inventariada y dibujada, pues hemos pensado que los fragmentos más pequeños y atípicos, además de ser parte seguramente de la cerámica inventariada, podrían llevarnos a un error en las conclusiones porcentuales, aunque queremos dejar constancia que por ellos y por todos, los inventariados, la cerámica fue muy abundante en los dos asentamientos.

Se han inventariado 685 piezas y fragmentos en total; de los cuales, 286 son fabricados a mano, 138 son de pasta gris y 261, de cerámica a torno tipo ibérico.

La cerámica a mano representa en el yacimiento el 41,75% del total, la cerámica gris el 20,14% y la de tipo ibérico, el 38,10%; pero estos números no nos aclaran la frecuencia con que aparecen, ya que de ellos podríamos decir que la cerámica a torno (58,24%) es más abundante que la cerámica a mano (41,76%) en los dos niveles, si no tenemos en cuenta que el área excavada correspondiente a Villar-II es de 230 m², mientras que sólo se han excavado 35 m² correspondientes a Villar-I.

Considerando ahora estos últimos números y separando el material de los dos poblados, podemos observar que la cerámica a mano en Villar-I representa el 58,68% del total (de ella, el 62,25% sin decoración y el 37,75% decorada); frente al 41,31% de la cerámica a torno (el 19,16% del total es cerámica de pasta gris y el 22,15%, de tipo ibérico).

Notamos, pues, en este nivel inferior un predominio de la cerámica a mano frente a la cerámica a torno; y, ante la abundancia de ella y sus formas arcaizantes, no podemos dejar de pensar que están hechas por los mismos habitantes del poblado; mas como el contraste con la cerámica a torno es grande, tanto en pasta como en temperatura de cocción y en formas más evolucionadas, nos inclinamos a creer que los indígenas no conocen el torno de alfar aún y que toda esta última cerámica procede de otros centros más o menos alejados.

Los porcentajes que se dan en Villar-II se invierten, y así, en este nivel superior la cerámica a mano representa el 36,29% (77,12% de ella sin decoración y el 22,87% decorada), mientras que la cerámica a torno sube al 63,70% (20,46% de cerámica gris y 43,24% de cerámica tipo ibérico).

Como siguen apareciendo las mismas formas a mano en este nivel superior, no creemos que se haya introducido el torno en Villar-II, sino que ha habido un progresivo aumento comercial en deterioro de los alfares locales o circundantes; de otra manera hubiera ido desapareciendo o quedar reducida a una mínima expresión, cosa que no ocurre, como hemos visto, en Villar-II hasta su total destrucción y abandono.

La cerámica a torno de pasta gris no disminuye ni aumenta, sino que se mantiene porcentualmente, a grandes rasgos, en los dos niveles (19,16% en Villar-I y

	Vasos												Vasijas											
	Forma 1		Forma 2		Forma 3		Forma 4		Forma 5		Forma 6		Forma 1		Forma 2		Forma 3		Forma 4		Forma 5		Forma 6	
	Dec	S. Dec	Dec	S. Dec	Dec	S. Dec	Dec	S. Dec	Dec	S. Dec	Dec	S. Dec	Dec	S. Dec	Dec	S. Dec	Dec	S. Dec	Dec	S. Dec	Dec	S. Dec	Dec	S. Dec
Recinto 1	6	5	1	1																				
Recinto 2	3	2	1	1									1	3	2									
Recinto 3	11	3							4															
Recinto 4	4	2										1	1	1										
Recinto 5	3	1							1			1	1	1										
Recinto 6												1												
Recinto 7	3	1	1	2								3	1	2										
Recinto 8	1																							
Recinto 9																								
Recinto 10																								
Calle	11	3	3	3					1			2	1	2										
Villar I	15	5	7	1	4	3	7		1	3		7	1	3										

Tabla I. Vasos y vasijas de cerámica a mano

	Platos												Vasijas											
	Forma 1		Forma 2		Forma 3		Forma 3		Forma 3		Forma 3		Forma 3		Forma 3		Forma 3		Forma 3		Forma 3		Forma 3	
	Pasta	Superf	Pasta	Superf	Pasta	Superf	Pasta	Superf	Pasta	Superf	Pasta	Superf	Pasta	Superf	Pasta	Superf	Pasta	Superf	Pasta	Superf	Pasta	Superf	Pasta	Superf
Recinto 1	1	1																						
Recinto 2																								
Recinto 3	2	5	2	2	2	7	2	7	4	4	6	2	6	5	1									
Recinto 4	1	1																						
Recinto 5	1	1	2																					
Recinto 6																								
Recinto 7	1	1	2																					
Recinto 8	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Recinto 9																								
Recinto 10																								
Calle	6	4	3	7	4	4	2	1	2	1	5	4	1	6	7									
Villar I	2	1	2	1	1	2	3	6	2	7	4	4	2	6	2	2								

Tabla III - Cerámica a torno de pasta gris

	Platos												Vasijas											
	Forma 1		Forma 2		Forma 3		Forma 4		Forma 5		Forma 6		Forma 7		Forma 8		Forma 9		Forma 10		Forma 11		Forma 12	
	Forma 1	Forma 2	Forma 3	Forma 4	Forma 5	Forma 6	Forma 7	Forma 8	Forma 9	Forma 10	Forma 11	Forma 12	Forma 1	Forma 2	Forma 3	Forma 4	Forma 5	Forma 6	Forma 7	Forma 8	Forma 9	Forma 10	Forma 11	Forma 12
Recinto 1																								
Recinto 2																								
Recinto 3																								
Recinto 4																								
Recinto 5																								
Recinto 6																								
Recinto 7																								
Recinto 8																								
Recinto 9																								
Recinto 10																								
Calle																								
Villar I																								

Tabla IV - Cerámica a torno tipo ibérico

	Formas											
	Recinto-1		Recinto-2		Recinto-3		Recinto-4		Recinto-5		Recinto-6	
	a	b	a	b	a	b	a	b	a	b	a	b
Recinto-1	2	1										
Recinto-2	1	3										
Recinto-3			3	1								
Recinto-4					4	4						
Recinto-5	2	4										
Recinto-6												
Recinto-7	1	1										
Recinto-8												
Recinto-9												
Recinto-10												
Calle												
Villar I	1	7										

Tabla II. Fondos de vasijas a ma

20,46% en Villar-II); consideramos que ello es atribuible a que marca una función determinada en la vajilla de acuerdo con el gusto de los pobladores; platos, principalmente, y vasijas de pequeño tamaño.

CRONOLOGIA

En la campaña de excavación correspondiente al año 1983 recogimos varias muestras de carbón, huesos, madera y cenizas de diferentes zonas del área excavada y, sobretodo, de los dos niveles.

Estas muestras fueron enviadas al Laboratorio de Datación por Carbono-14 de la Universidad de Granada en mayo de 1984. Poco antes de entregar estas Memorias para su publicación nos llegaron los resultados del análisis de una de las muestras enviadas (UGRA 197) recogida sobre el pavimento de una de las construcciones correspondientes a Villar-I y consistente en carbón procedente del fuego que destruyó el primer poblado; es decir, el momento de abandono de Villar-I. La datación que nos ha dado el análisis es de 640 ± 100 a. C.

A nuestro juicio, nos parece excesivamente alta esta cronología para el primer poblado de Villar del Horno, pero creemos, dentro del amplio margen de error dado por la prueba, que es posible el inicio del primer asentamiento en el siglo VII y su destrucción en la segunda mitad del siglo VI. Tras la desaparición del poblado, la colina quedó abandonada por algún tiempo, ya que si se hubiese construido Villar-II o segundo poblado inmediatamente después, los nuevos constructores hubiesen aprovechado los mismos muros o parte de ellos, por lo menos en algunas zonas; pero no ocurrió así, sino que una capa de unos 30 cms. separa los pavimentos de los dos asentamientos y el segundo no siguió las plantas primitivas, pero tampoco las destruyó, sino que las dejó selladas con nuevos pavimentos.

Una datación absoluta en la segunda mitad del siglo VI a. C. para Villar-I coincide perfectamente con los materiales más antiguos del poblado contando con las pervivencias de ciertas formas cerámicas, cuyo origen se remonta al Bronce.

Los fragmentos de retícula bruñida aparecidos en Villar del Horno proceden indudablemente de Andalucía (donde esta cerámica es muy abundante), siguiendo el camino de penetración de La Mancha y remontando el curso del río Cigüela. Esta cerámica, que puede tener una pervivencia de tres siglos (58), inicia su decadencia en el siglo VI a. C., sustituida ahora por las cerámicas a torno grises de importación; por lo que consideramos idónea esta fecha para las aparecidas en Villar-I.

Los fragmentos metálicos aparecidos en Villar del Horno son tan pequeños y amorfos casi en su totalidad que, en general, podemos llegar a pocas conclusiones cronológicas firmes.

El puente de fibula n.º 6 (Fig. 35) de sección rectangular nos induce a pensar en una variante de fibula tipo Tène, pero de tosca fabricación local o regional.

El puente de fibula n.º 14 se nos parece perteneciente a una fibula de doble resorte transversal tipo ballesta, similar a una aparecida en la necrópolis de Mianes (59), inventariada con el número 157 y fechada en la segunda mitad del siglo VI; pero esta fibula aparece en el recinto-8, correspondiente a Villar-II.

La aguja n.º 7 pudiera pertenecer con muchas probabilidades a una fibula de codo de gran tamaño, similar a la aparecida en la tumba LIX de Las Madrigueras, pues presenta el inicio de la primera vuelta del resorte. A pesar de ello, Almagro Gorbea admite para este tipo de fibula unos orígenes antiguos (hacia el 900) en el Mediterráneo, aunque reconoce la larga pervivencia de este tipo y propone un siglo V

(58) BLAZQUEZ y otros: Ob. cit., nota 45, pág. 13.

(59) Ob. cit., nota 52, pág. 98.

para la fíbula aparecida en el Estrato II de Carrascosa (60). De todas formas, contamos con pocos elementos de juicio para poder asegurar que dicha aguja pueda pertenecer a una fíbula de este tipo.

Aparte de estos bronce, hemos de citar el broche de cinturón de un solo garfio aparecido en la prospección realizada por Suay en Villar del Horno, en 1975. Almagro Gorbea lo fecha entre los siglos VII y VI a. C. (61) por el grifo grabado a golpe de buril y que habla de unos tempranos influjos orientalizantes.

Broches de cinturón de un solo garfio parecidos a éste de Villar del Horno forman parte del espectacular depósito de la ría de Huelva (62), fechado en el siglo VIII a. C. y cuya datación es generalmente aceptada.

Un broche de un solo garfio prácticamente igual a este de Villar del Horno, también grabado a golpe de buril, ha aparecido recientemente en la tumba de la Cuadrícula 5 en la necrópolis ibérica de Los Villares (Albacete) (63). Su excavador fecha la fase I donde se encuentra esta incineración, es decir, la más antigua, entre la segunda mitad del siglo VI y la segunda mitad del siglo V a. C.

Todos estos materiales, por desgracia muy escasos e incompletos, confirman una fecha temprana para Villar-I que, creemos, coincide con la datación dada por el carbono-14.

Para Villar-II aún no tenemos datación absoluta. Deducimos que la fecha de su inicio hemos de llevarla al siglo V, unas décadas después de la destrucción de Villar-I, y que su existencia no llegó ciertamente al siglo IV, por la ausencia total de cerámica griega. Su destrucción y abandono definitivo debió realizarse en la segunda mitad del siglo V a. C., pues en Villar-II siguen dándose las mismas características en la cerámica que en Villar-I; la diferencia, como hemos visto, es porcentual, aumentando ahora el número de cerámicas a torno y disminuyendo la cerámica a mano. Pero dentro de la cerámica a torno, tanto en Villar-I como en Villar-II, se hace exclusiva la cerámica perteneciente a un horizonte «ibérico antiguo» que, creemos, no remonta el siglo IV a. C.

CONCLUSIONES

La importancia del Cerro de Los Encaños estriba en que llena una laguna en la provincia conquense referente a los siglos VI y V a. C. y complementa información referente a períodos cronológicos anteriores y posteriores a la existencia de este yacimiento.

Por otra parte, lo relativamente bien conservado, por lo menos en la zona al descubierto hasta ahora, coloca a Villar del Horno en inmejorables condiciones para el estudio de este período, tanto en su sistema urbanístico como en relaciones comerciales con otros puntos de la Península, culturalmente más avanzados.

No obstante, sólo se ha iniciado el estudio de este poblado, pues una serie de incógnitas quedan aún por resolver y la principal de ellas consiste en las causas que provocan su destrucción violenta por dos veces y el posterior y definitivo abandono, mientras que otros yacimientos próximos y afines perviven incluso hasta el siglo III y aún el II a. C.

Incógnitas, algunas de las cuales, que quedarán desveladas en futuras y necesarias campañas; otras quedarán sin resolver, por lo menos, hasta que nuevos hallazgos en yacimientos similares no aporten más luz para el conocimiento del sistema social y político en estos siglos.

(60) ALMAGRO GORBEA, M.: Ob. cit., nota 14, pág. 98.

(61) ALMAGRO GORBEA, M.: Ob. cit., nota 50.

(62) ALMAGRO BACH, M.: «El hallazgo de la ría de Huelva...». *Ampurias*, II, 1940.

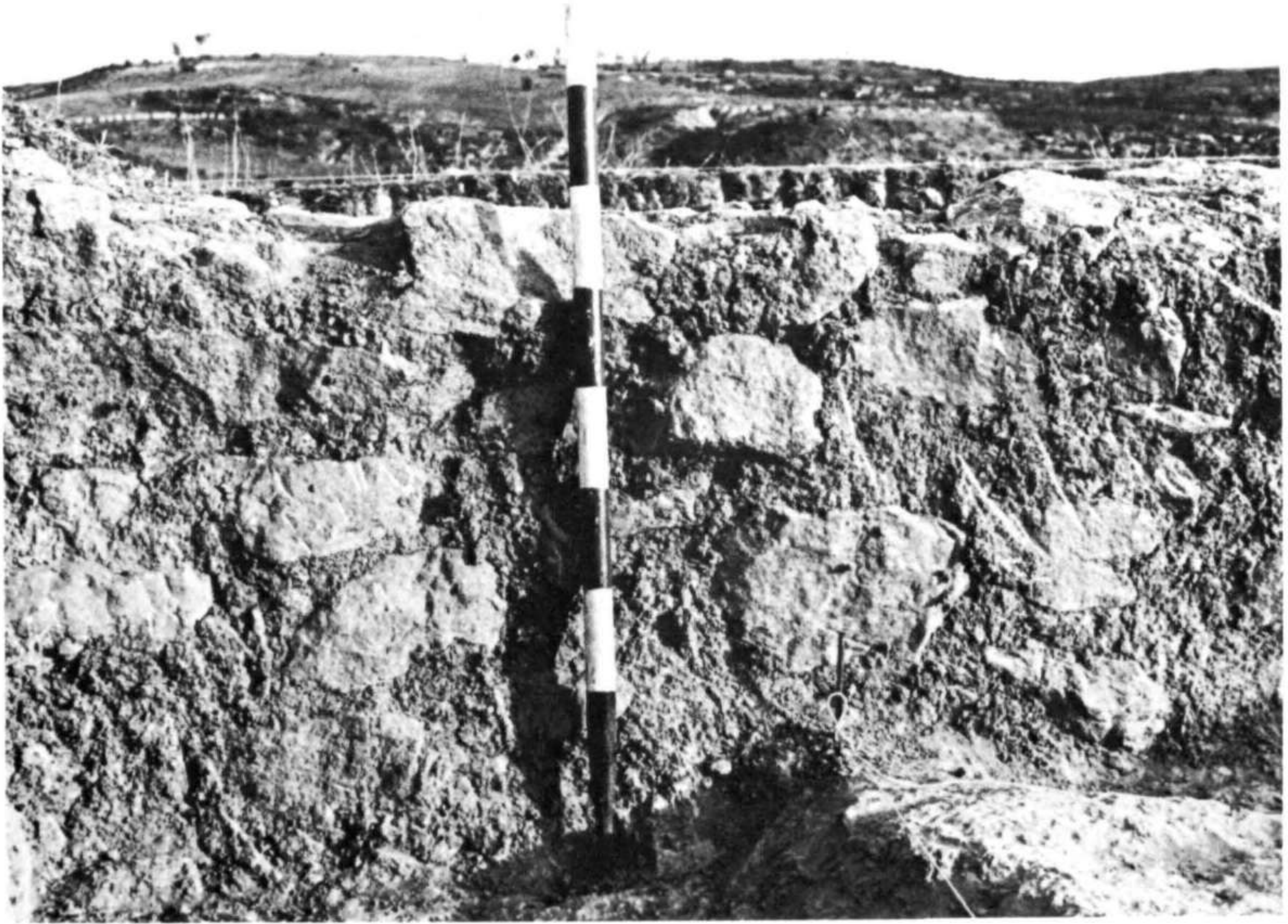
(63) BLAZQUEZ PEREZ, J. J.: «Túmulos ibéricos, la necrópolis de Los Villares». *Revista de Arqueología*, n.º 36, pág. 40, foto n.º 5.

Por último, consideramos que nuevos estudios y análisis, aún no realizados, pueden proporcionarnos una visión política-económica de lo que representó Villar del Horno en el valle del río Cigüela con relación a toda la región. La doble vía de penetración, tanto remontando el río Júcar como penetrando por los valles de los ríos Záncara y Cigüela, nos invita a pensar en una zona agropecuaria suficientemente rica para provocar el interés comercial de pueblos periféricos.

Lám. I



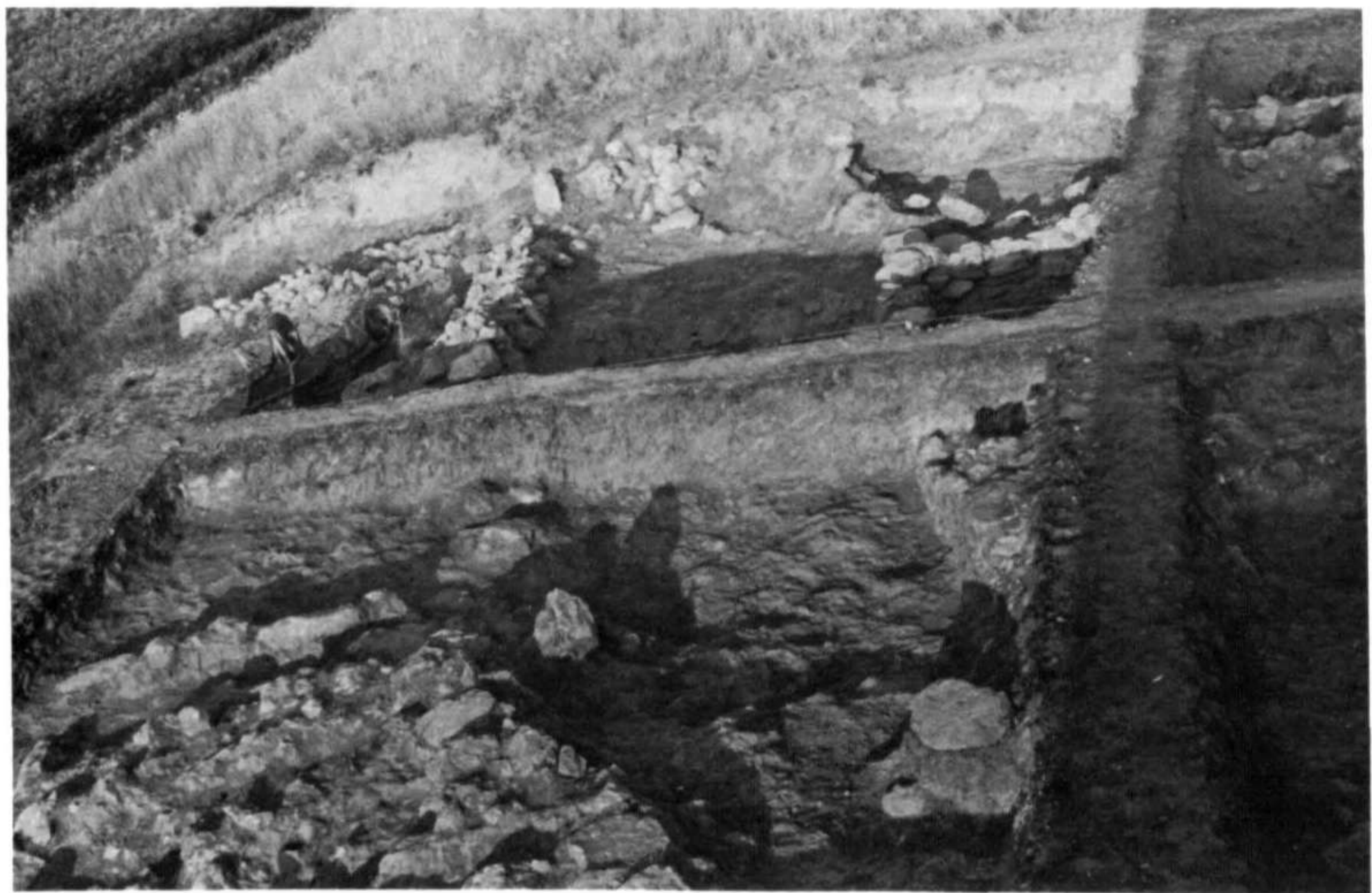
Lám. I. – 1) El Cerro de los Encaños desde el Sureste. 2) Zona excavada.



Lám. II. – 1) Zona excavada. 2) Material cerámico y restos óseos de vacuno en un momento de la excavación.



Lám. III. – 1) Material cerámico destrozado. 2) Pasillo del recinto 5 con cerámica. 3) Pavimento de una construcción de Villar I.



Lám. IV. - Fases de la excavación.



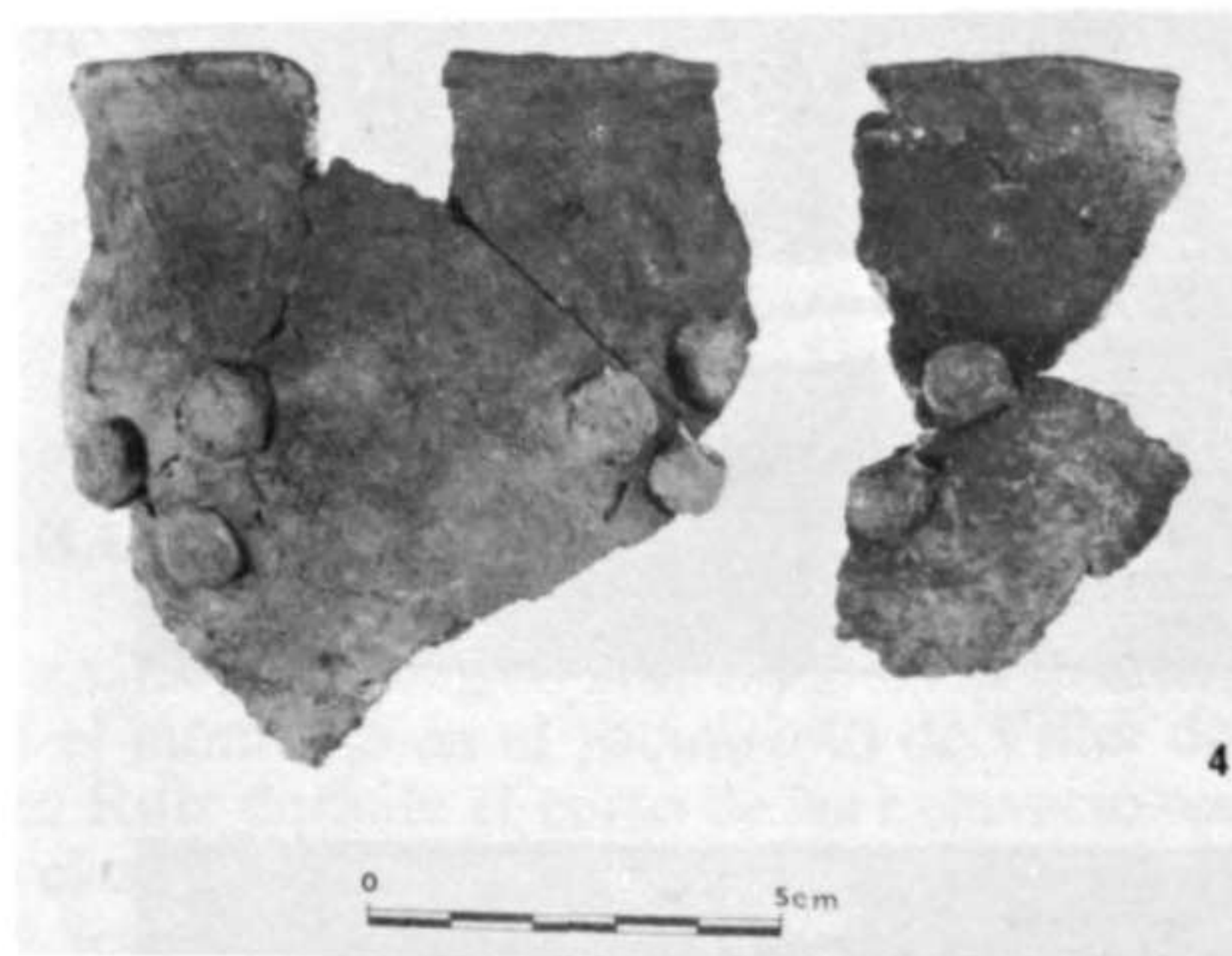
1



2



3



4



5



6



7

Lám. V. – 1 y 2) Vasos correspondientes a los dos niveles. 3) Vaso a mano de la forma 1. 4) Vaso a mano decorado. 5) Plato a torno pintado. 6 y 7) Platos de cerámica gris.



1



2



3



4

Lám. VI. – 1 y 2) Cerámica a mano. 3 y 4) Cerámica a torno.

ANEXO I

LOS RESTOS ANIMALES DE VILLAR DEL HORNO. PRIMER INFORME

Arturo Morales Muñiz

Departamento de Zoología y Fisiología Animal, Facultad de Ciencias.
Universidad Autónoma de Madrid.

I. INTRODUCCION Y METODOLOGIA

En el presente informe se realiza un análisis osteológico-faunístico de la muestra de osamentas animales recuperadas hasta el momento en el yacimiento de Villar del Horno (prov. Cuenca) por Adriano Gómez Ruiz durante el curso de las excavaciones. El desglose estratigráfico reconoce dos niveles de acuerdo con sus investigaciones:

ESTRATO I. Corresponden a éste el Sector S-W, la construcción A y la D (profundidad de 35 a 90-10 cms.).

ESTRATO II. Corresponden a éste las subconstrucciones 1 y 2 de las construcciones A y B (profundidad de 1-1,50 m).

Ambos estratos pertenecen al Hierro I (algo del II?) (siglos VI-V a. C. en opinión de los arqueólogos) aunque no han sido radiodatados. Serían, por tanto, ligeramente anteriores a los del poblado próximo de Barchín del Hoyo.

La metodología seguida es la general en estos casos y viene resumida en diversos trabajos como, por ejemplo, el de Miguel & Morales (1983). De este trabajo tomamos también las siglas que aquí utilizamos.

II. RESULTADOS

IIa. GENERALES

En la tabla I quedan expuestas las relaciones generales de restos óseos identificados a nivel específico. Llama la atención la total ausencia, dentro de los vertebrados, de animales silvestres. También es notable la baja frecuencia de fragmentos SI en los niveles fuera del IIB.1 donde suponen casi el 50%. Este hecho unido al tamaño relativamente grande de los fragmentos recuperados indica un sesgo de tipo cultural en la recuperación de restos que trataremos brevemente en el capítulo final de discusión. Cabe, por último, destacar en esta sección la dominancia de la muestra por parte de la cabaña de bovinos y ovicaprinos, algo que viene resultando casi constante en este tipo de yacimientos ibéricos con poca fauna.

ESTRATO CONSTRUCCION	I		II		TOTAL
	A	D	A	B	
SUBCONSTRUCCION	+	+	1 & 2	1	
Caballo.....	-	3	4	-	7
Asno.....	-	1	-	-	1
Vaca.....	3	11	3	3	20
Cabra.....	-	-	1	1	2
O/C.....	4	-	5	30	39
Cerdo.....	-	-	-	3	3
Perro.....	-	-	-	1	1
Pulmonata.....	-	-	-	1	1
SI.....	-	2	5	33	40
TOTAL*.....	7	17 (2)	18 (5)	72 (33)	114 (40)

TABLA 1. Relación general de restos animales aparecidos en Villar del Horno.

IIb. ESPECIFICOS

IIb.1. Caballo

Material:

2 radios y 1 tibia, procedentes de la construcción D. Dos incisivos y dos cóndilos femorales en el sector SW (todo perteneciente al Estrato I).

Descripción:

Los radios son dos fragmentos D de diáfisis inferiores con las epífisis distales (-). Si las epífisis proximales estuviesen igualmente (-) los individuos serían infantiles (inferiores a los 18 meses). Si las epífisis estuviesen (+) los individuos serían juveniles o subadultos pero, en cualquier caso, de edad inferior a los 42 meses. Como no poseemos estos fragmentos nos vemos incapaces de zanjar esta cuestión si bien podemos decir que el NMI = 2 y que los animales parecen formas esbeltas por lo que se deduce de su morfología. El fragmento de tibia es una porción de epífisis proximal (D?) de la que desconocemos si estaba o no fusionada a su diáfisis. El tamaño parece indicar que estaría (-) y la edad, por tanto, concordaría con la de los radios mencionados. Los dos cóndilos femorales se encontraban calcinados y al igual que los incisivos (superiores), no nos permiten llegar a ningún tipo de precisión sobre la edad de los ejemplares. La única pieza mensurable fue un radio con una $A_{md} = 29$. El NMI sería de 2.

Discusión:

El material disponible sobre esta especie en el yacimiento no nos permite extraer ningún tipo de conclusión biológica o arqueológica. Los caballos peninsulares de estas épocas, conocidos en numerosos yacimientos por toda la zona (Verdelpino, Barchín del Hoyo), eran formas gráciles de mediana alzada. Sin que esto suponga ningún tipo de relación con los mismos, los restos óseos de Villar del Horno no parecen diferir a primera vista de aquéllos.

(*) Los restos SI, incluidos también en los totales, aparecen asimismo reflejados a continuación de ésta entre paréntesis.

IIb.2. Asno

Material:

Un radio (Estrato I).

Descripción:

El fragmento en concreto era una mitad superior de radio S con la epífisis proximal (+) (edad 42 meses) y cuyos valores ($A_p = (59)$, $A_{md} = 27,5$) indican claramente que se trata de esta especie. Lógicamente el $NMI = 1$. Presentaba la pieza la articulación ligeramente erosionada lo que no permite afinar demasiado el valor de su A_p .

Discusión:

Aparecido con anterioridad en Barchín del Hoyo (Morales, 1981; de Miguel & Morales, en prensa) parece ser que el asno, aunque posiblemente sin ser demasiado frecuente, era el elemento regular en las cabañas domésticas de la zona por estos tiempos. Como en casos anteriores la pieza parece pertenecer a un asno esbelto de pequeña alzada.

IIb.3. Vaca

Material:

Quedaría repartido del siguiente modo:

ESTRATO CONSTRUCCION	I		II		TOTAL
	A	D	A	B	
cuerno	-	3	-	-	3
mandíbula	1	3	1	-	5
dientes inf.	1	-	2	-	3
húmero.	-	-	-	2	2
radio	-	3	-	-	3
metacarpo	-	1	-	-	1
costilla	1	-	-	-	1
tibia.	-	-	-	1	1
metatarso	-	1	-	-	1
TOTAL	3	11	3	3	20

Descripción:

Las clavijas óseas (1D, 1S, 1?) parecen pertenecer, tanto por su estructura como por tamaño y porosidad, a hembras. Una de éstas se encontraba seccionada medialmente. En cualquier caso, se trata de un $NMI = 2$ y ambos serían individuos adultos o subadultos. La mandíbula de la construcción A estaba prácticamente completa con excepción de la porción sinfisaria. Presentaba la serie P2-M3 con un desgaste (++) y un M3 atípico con sólo dos lóbulos desarrollados. Por el tamaño esta mandíbula S parece pertenecer a una hembra. En la construcción D aparecieron tres mandíbulas: dos D (una entera y la otra compuesta por un mínimo de 20 fragmentos) y una S (diastema y porción anterior parcialmente). El desgaste de las piezas dentarias de las mandíbulas D era de (++) y los valores parecen corresponderse con los de hembras adultas. Una última mandíbula representada por la rama horizontal ventral en las

subconstrucciones 1 y 2 era D pero no permitía tomar medidas. La tibia se reducía, como los húmeros y radios, a la mera diáfisis, pero se encontraba, además, calcinada. Por lo que respecta a los dientes aparecieron, además del incisivo de la construcción A, dos piezas molares (M1/M2?) S en la subconstrucción 1 & 2 una de las cuales aún no tenía formada la raíz mientras que la otra presentaba un desgaste (++) o quizás (+++). Queda claro, por tanto, que el NMI = 4 si atendemos al desarrollo y tamaño de los M3 y desgaste de las restantes piezas molares de los cuales al menos 3 son hembras (mayores de 36 meses) y el individuo subadulto podría ser tanto macho como hembra. Los valores de las piezas mensurables han sido los siguientes:

I. Mandíbula

LM	324	-	-
SDI	98,5	-	127,5
AM3	13	13	15
LM3	27,5	33,5	36
desgaste	(++)	(++)	(++)
D/S	S	D	D
Estrato	I	I	I

III. Metacarpo

Ap.....	(50,5)
D/S.....	D
Estrato	I

II. Radio

LM	240
Ap.....	70
Amd	35
Ad.....	60
D/S.....	D
Estrato	I

IV. Metatarso

Ap.....	(42)
D/S.....	S
Estrato	I

Descripción:

Aún con una muestra como la presente, parece bastante evidente que en la cabaña vacuna de este poblado se favorece a las hembras adultas. Tal estrategia se interpreta tradicionalmente como indicativa de un aprovechamiento secundario de la población, que en el caso del vacuno puede ser tanto leche como trabajo. Las sociedades posteriores desarrollaron la práctica de la castración de machos para obtener animales más dóciles, robustos y aptos para el trabajo pero en Villar del Horno no existe evidencia alguna de tal práctica y, además, el momento geográfico-cultural concuerda con un uso múltiple de las vacas como el que aquí parece esbozarse. La ausencia de machos puede por tanto indicar que éstos eran raros en la población adulta ya que la mayoría se sacrificaban antes de alcanzar la madurez sexual. Quizás sea decir demasiado pero, en cualquier caso, la evidencia de que disponemos no apunta en ninguna otra dirección.

La alzada que pudo estimarse para el radio del Estrato I (1.393 mm) supera a las encontradas en otros yacimientos de época similar lo cual no quiere decir que se trate de razas diferentes aún en el caso de que pudiésemos hablar de tales.

IIb.4. Cabra

Material:

- Estrato I: una escápula.
- Estrato II: una clavija ósea.

Descripción y discusión:

Ambas piezas son D estando cortada la clavija ósea y quemada la escápula por lo que no resultaron mensurables. Si ambos estratos son, efectivamente, unidades diferentes, entonces el NMI = 2.

IIIb.5. O/C

Material:

Se encuentra distribuido de la siguiente forma:

ESTRATO CONSTRUCCION	I		II		TOTAL
	A		A	B	
Neurocráneo	-	1	1	1	2
Diente superior.....	-	-	-	7	7
Mandíbula.....	2	1	1	5	8
Diente inferior	-	-	-	6	6
Vértebra.....	-	-	-	1	1
Húmero	-	-	-	2	2
Radio	-	-	1	2	3
Costilla.....	2	-	-	-	2
Tibia.....	-	2	2	6	8
TOTAL	4	5	5	30	39

Descripción:

Los neurocráneos del Estrato II son porciones del occipital, concretamente un cóndilo D en las subconstrucciones 1 & 2 (A) y un hueso completo en la subconstrucción 1(B) (NMI = 2). Los dientes superiores incluyen 3 P2 (2D, 1S) (NMI = 2), 1 M1/M2 y 1 M3 (ambos S) así como dos fragmentos de molariformes. Entre los dientes inferiores tenemos un incisivo (I2?), un P (sin especificar) y cuatro molariformes sin especificar. Todos ellos parecen pertenecer a individuos adultos (desgaste (++) y la edad del M3 al menos, sería a los 21 meses. El NMI conjunto seguiría siendo de 2. Las dos mandíbulas del Estrato I (D y S) podrían pertenecer perfectamente a diferentes individuos pero preferimos mantener un NMI = 1. Se trata de individuos adultos en ambos casos (+21 meses). La mandíbula del Estrato II (A) se reduce a un proceso coronoides D, mientras que en las del Estrato II (B) tenemos 3 individuos claramente diferenciados: un subadulto representado por una mandíbula S con las raíces del P4 (inferior a los 21 meses) y otras dos S una con la SDI completa y la otra con P2-M1. En ambos casos el desgaste era (++) . Este desgaste en la más completa de las hemimandíbulas era, además, anormal mostrando unas tablas de desgaste netamente cóncavas para cada pieza, lo que indica una debilidad congénita del esmalte, marfil y, principalmente, cemento dentario. También podría ser causado por un régimen alimentario excesivamente abrasivo pero esto no lo confirman las restantes piezas aparecidas en este nivel, además aparecieron aquí también un proceso articular S (quemado) y un proceso coronoides también S. La vértebra parece ser parte del cuerpo de una lumbar o costal pero queda por demostrar al encontrarse muy fragmentada. Las epífisis corporales parecen haber estado aún sin fusionar al centro (72 meses). De los huesos apendiculares poco podemos decir salvo que una de las diáfisis radiales del Estrato II-B pertenecía claramente a un individuo juvenil y que las 6 diáfisis tibiales representan, cuando menos, a 4 individuos adultos (4D, 2S). Una de éstas, estaba quemada. Uno de los húmeros era una diáfisis y el otro era una epífisis distal cortada medialmente. En conjunto, el NMI sería de 1 en I(A) (+21 meses), de 2 en II(A) (un juvenil (radio) y un adulto) y de 4 en II(B) (tibias D, min. 3 adultos y 1 subadulto?) ya que la mandíbula con P4 puede corresponderse con alguna de las tibias.

Los valores de las piezas mensurables han sido sólo los de las mandíbulas, a saber:

I. Mandíbula

SDI	68	(64)
LM3	19,5	(21,5)
AM3	7,5	(8,5)
desgaste	(++)	(++)
D/S	S	S
estrato.	I	II

II. M2

A	7,5
L	14,5
desgaste	(++)
D/S	D
estrato.	I

Discusión:

Ninguno de los siete individuos está representado por restos lo suficientemente diagnósticos como para afinar la determinación por debajo del nivel genérico. Lo lógico es suponer que se trataría de una cabaña mixta de ovicaprinos con ovejas y cabras y el hecho de que los dos únicos restos determinados a nivel específico pertenezcan a cabras puede deberse a un mero azar producido por una muestra faunística muy reducida y no debe en absoluto inducirnos a pensar que no existieron ovejas en el poblado de Villar de! Horno. No debemos tampoco olvidar en estos momentos que muy posiblemente las dos cabras de la sección IIb.4 muy bien pueden estar incluidas dentro del NMI de 7 de la siguiente muestra y un NMI de 9 para el total de esta cabaña puede ser, con toda seguridad, una distorsión de la realidad.

Interesante también resultaría especular sobre la aparente dominancia de individuos subadultos y adultos dentro de la muestra. Recordemos, no obstante lo peligroso que podría ser debido a dos factores:

1. Lo reducido de la muestra faunística manejada dentro de este contexto.
2. La mayor fragilidad de los porosos huesos de los juveniles. Este carácter los hace más fácilmente irrecuperables y puede producir una falsa imagen de infrarepresentación.

Por todo esto debemos ser cautelosos y conformarnos con apuntar que los valores de las escasísimas piezas mensurables son concordantes con lo que sabemos sobre tamaño y robustez de los ovicaprinos de la mitad meridional de la Península Ibérica durante las etapas protohistóricas.

IIb.6. Cerdo

Material:

Mandíbula, calcáneo y F1.

Descripción:

Los tres fragmentos proceden del Estrato II (ver tabla 1). La mandíbula, muy fragmentada, está representada por una porción de la rama horizontal y parece ser de un individuo juvenil o subadulto. El calcáneo, seccionado proximalmente, pertenece a un individuo adulto de pequeña talla y la F1, medial, pertenece a un juvenil muy pequeño. El NMI sería, por tanto de 3 aunque es remotamente posible que la mandíbula y la F1 perteneciesen a un mismo individuo.

Discusión:

Resulta llamativo que de tres fragmentos recuperados cada uno pertenezca a un individuo diferente. Esto habla claramente no ya de una notable infrarepresentación osteológica de la muestra sino también de factores culturales asociados. En todo caso, parece claro que con tal conjunto de animales apenas podemos decir nada sobre esta aparentemente poco importante cabaña del poblado (menos del 50% del total de NR de vertebrados recuperados).

IIb.7. Perro

El único resto de esta especie es un P4 S, roto medialmente. Parece pertenecer a una hemimandíbula de un animal pequeño pero adulto. Sin embargo, la fragmentación impide extraer cualquier tipo de información segura de esta pieza.

IIb.8. Otros restos

El caracol del Estrato II es prácticamente imposible de clasificar en el estado de deterioro en que se encuentra la concha, pero parece claramente una especie dulceacuícola, no terrestre. Este dato es importante, ya que la capacidad de dispersión de estos animales es muy reducida. Por tanto, debemos suponer que cerca de la zona existieron aguas dulces remansadas de algún tipo (charcas, lagunas, meandros fluviales, etc...).

En cuanto a los fragmentos SI debemos decir que, en todos los casos, se trataba de restos de mamíferos muy fraccionados y posiblemente de las mismas especies que las que aparecen en la tabla 1. Los dos restos del Estrato I(D) son esquirlas de diáfisis tibiales de macromamíferos (más posiblemente vacuno). Comoquiera que en el Estrato aparecieron caballos y asnos además del vacuno y que los restos son apenas discernibles es mejor no aventurarse con juicios temerarios. De los 5 restos del Estrato II(A), dos estaban quemados y todos ellos parecían de mesomamíferos. En el Estrato I los restos SI son pocos en comparación con la fracción identificada (11%), pero en el Estrato II representan casi el 50% de lo recuperado. Es notable el hecho de que en el Estrato II(B), donde aumentan proporcionalmente los restos de ovicaprinos, el número de restos SI se dispara, superando incluso al total de O/C. Es muy posible que la mayoría de estos diminutos fragmentos pertenezcan mayoritariamente a esta fracción de la muestra identificada pero no podemos probarlo.

III. DISCUSION

Merece la pena en este momento para poder mejor interpretar el significado de esta fauna recapacitar sobre la representatividad de la muestra. Conociendo el NMI y el NR/individuo podemos inferir de forma aproximada hasta que punto está empobrecida la fauna que estudiamos (los dos individuos de cabra han sido incluidos dentro de los 7 de O/C a efectos de minimizar en la medida de lo posible los errores en el cálculo de la representatividad). Tendríamos entonces:

ESPECIE	NR/I	NMI	NR _e	NR _o	Representatividad
Vaca	188	4	752	20	2,6 %
Ovicaprino.....	184	7	1.288	41	3,1 %
Cerdo	223	3	669	3	0,44 %
Caballo.....	189	2	378	7	1,85 %
Asno	189	1	189	1	0,52 %

NR_e es el NR esperado y NR_o el observado. I se refiere a un individuo. Como podemos comprobar por los valores de representatividad obtenidos, los restos recuperados son una insignificante porción de lo que cabría esperar incluso si parte de los esqueletos descuartizados no hubiesen sido depositados en la zona en donde se llevó a cabo la excavación.

Por otra parte el NMI es ridículo por sí solo. Cualquier agricultor podría haber sido dueño en un determinado momento de los 16 animales que hemos estimado es-

taban representados por los 73 fragmentos identificados específicamente. En una situación así cabe preguntarse hasta que punto seríamos capaces de llevar a cabo una reconstrucción fiable de la composición de las cabañas domésticas y de las actividades pecuarias imprescindibles para intentar cualquier tipo de análisis paleoeconómico.

Esta pérdida tan acusada de fragmentos, corriente por otra parte cuando no se criban los sedimentos, tiene otro tipo de implicaciones. Así por ejemplo, sólo las especies de gran tamaño y presentes en altas frecuencias tienden a permanecer dentro de la muestra proporcionando un cuadro enormemente distorsionado de la realidad. Ello se debe, entre otros, a las propiedades y comportamientos matemáticos de la muestra. No debe extrañarnos por tanto, el que no haya aparecido ni un solo vertebrado silvestre (la aparición del pulmonado es mero azar) y el que el NR de macromamíferos (28) sea muy parecido al de mesomamíferos (45), a pesar de que los NMI de aquéllos (7) sean casi la mitad del de estos últimos (13) (ver tabla 1). De hecho, a efectos de representatividad general, los macromamíferos están suprarrepresentados, a grosso modo, en relación con los mesomamíferos.

Por todo ello pensamos que un análisis biotafonómico en profundidad de esta fauna, más que aclarar algo, nos conduciría a conclusiones erróneas en las que no deseamos incurrir. Sí queremos, en cambio, concluir con una llamada de atención sobre este punto pues es de enorme importancia: a menos que en las excavaciones arqueológicas se excave de forma sistemática hasta los restos de menor tamaño y se analicen los sedimentos, no podremos jamás llegar a reconstruir todo aquello que más nos interesa y deberemos contentarnos, como en este análisis faunístico, con una descripción simple (en este caso anatómico-biológica) de lo identificado.

IV. RESUMEN

Se describe en este trabajo la fauna recuperada en el yacimiento Ibérico de Villar del Horno (Cuenca). 113 restos de mamíferos (73 identificados a especie) y un caracol dulceacuícola son descritos en su correspondiente sección. El análisis concluye que la fauna es una muestra enormemente empobrecida de lo originalmente acumulado (porcentaje de representatividad del 2%) debido posiblemente tanto a recuperación parcial como a sesgos de la muestra. Estos factores se encuentran en la base misma de la no aparición de animales silvestres o de pequeño tamaño e impiden una correcta interpretación de los datos proporcionados por la fracción recuperada.

BIBLIOGRAFIA

- DE MIGUEL, F. J. & A. MORALES (1983): *Informe sobre los restos faunísticos recuperados en el yacimiento del Cerro de Santa Ana (Entrena, Logroño) - Berceo (Ciencias)*. 1: 49-163.
- DE MIGUEL, F. J. & A. MORALES (en prensa): *Segundo informe sobre los restos faunísticos de vertebrados recuperados en el yacimiento de Fuente de la Mota (Barchin del Hoyo, Cuenca)* - Noticiario Arqueológico Hispánico.
- MORALES, A. (1981): *Primer informe sobre la fauna de Barchin* - Noticiario Arqueológico Hispánico, vol. 11: 227-236.

**EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS VISIGODA DE
«EL HUERTO DE LA PESCA»
(GERENA. SEVILLA)**

Fernando Fernández Gómez

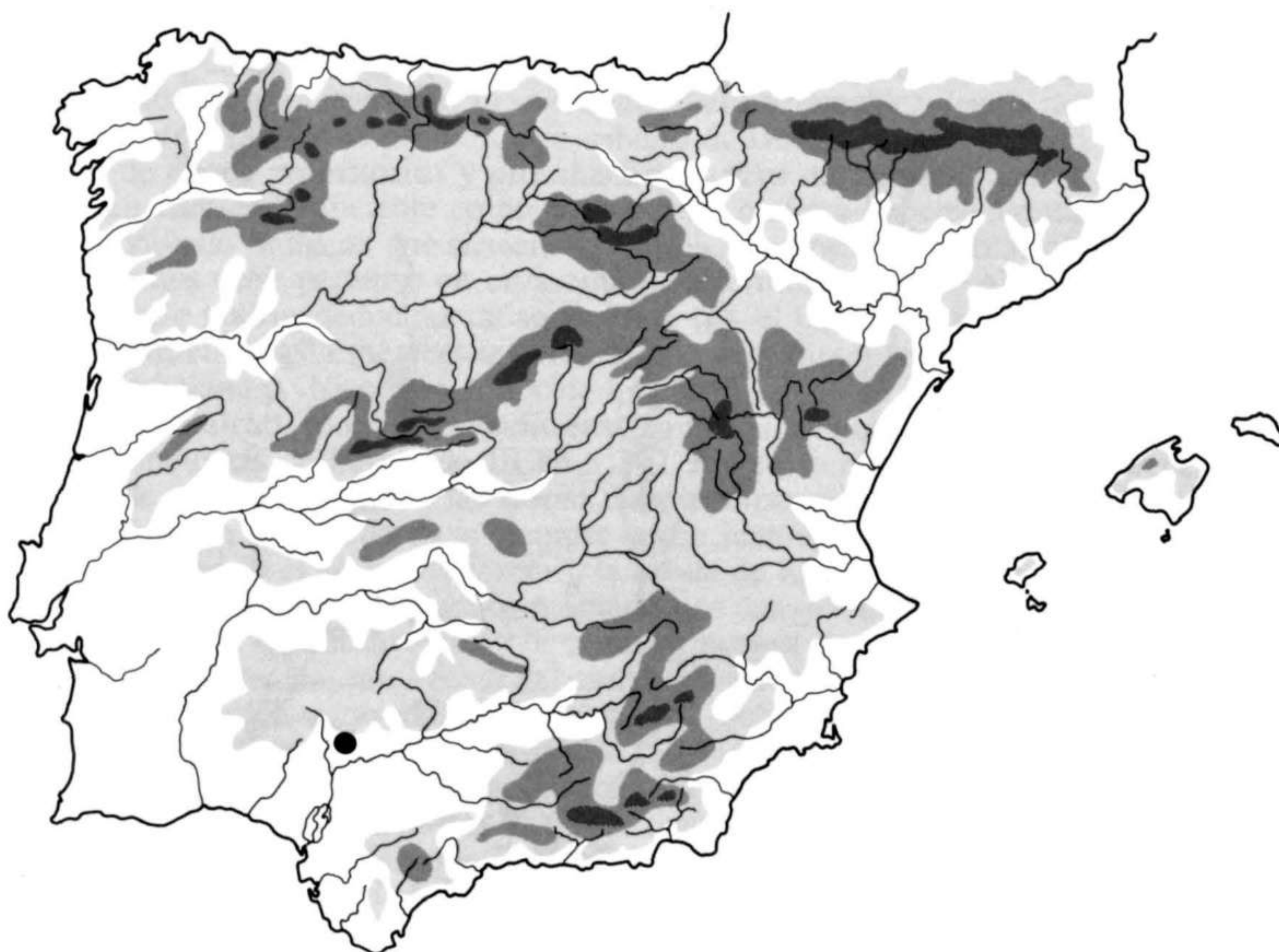


Fig. 1. - Situación del yacimiento

La villa de Gerena se halla situada a 26 Kms. de Sevilla, hacia el NW, muy cerca de la carretera que desde esta ciudad lleva a Madrid por Mérida. Una vez pasada Santiponce y las anejas ruinas de Itálica, la primera desviación a mano izquierda nos llevará hasta Gerena, por la misma carretera que va hacia el rico complejo minero de Aznalcóllar. Se halla asentada sobre uno de los últimos cabezos de la sierra, dominando la extensa llanura por la que discurre el Guadalquivir (1). Su suelo está constituido por diversos afloramientos graníticos, que la han hecho famosa como cantera de materiales de construcción, tanto para edificios, columnas, sillares, etc., como para industrias, principalmente piedras de molino, e incluso para las obras públicas, sobre todo adoquines para carreteras. La sustitución, sin embargo, de estos materiales por otros de más fácil extracción o de manipulación más rápida, ha visto desaparecer casi por completo en nuestros días una industria cuyo origen se remontaba quizá a época romana. De la intensidad de estas explotaciones hablan las grandes canteras que se extienden principalmente por el área NE del pueblo, en las inmediaciones de su casco urbano, y que en gran parte han transformado su paisaje. Hoy, Gerena vive del cultivo de la tierra, de la explotación del ganado y, cada día en mayor medida, de la necesidad de servicios de Sevilla.

(1) Su situación exacta es 295QB520575, U.T.M., y puede encontrarse en la hoja 962, Alcalá del Río, del mapa 1: 50.000.

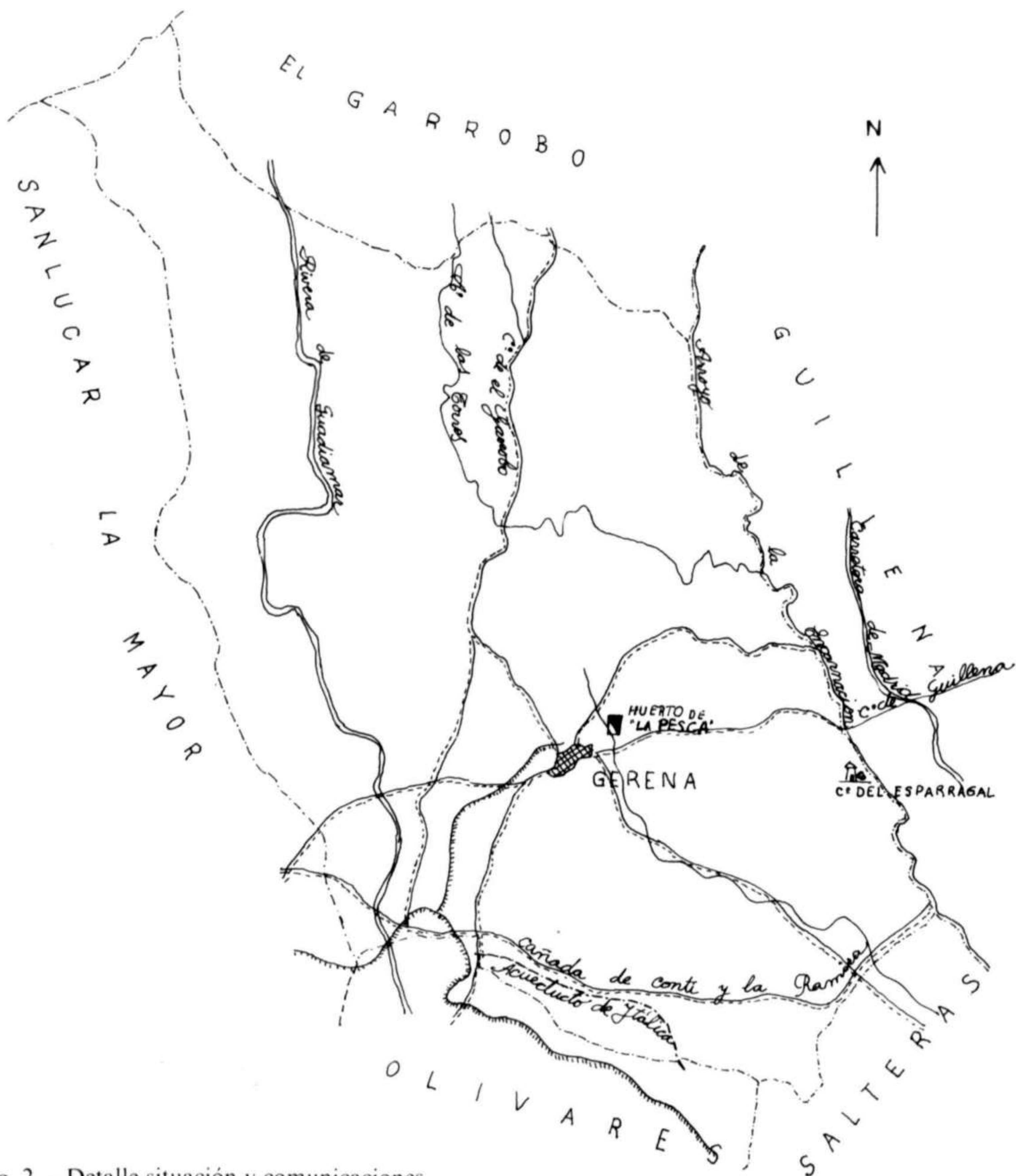


Fig. 2. - Detalle situación y comunicaciones.

A pesar de su estratégica situación geográfica, en el punto de contacto de la Sierra con el Aljarafe, dominando el valle y controlando el acceso hacia las minas de Aznalcóllar, no es tierra que haya producido hasta ahora hallazgos arqueológicos de gran interés, lo que creemos se debe más a falta de investigación que a ausencia real de restos, los cuales saldrían a la luz tan pronto como aquélla se intensificase. Entre los más conocidos se hallan los del acueducto que llevaba el agua a Itálica, algunas villas, unas probables termas y varios más, todos romanos, recogidos en el Catálogo de la Provincia (2). Como consecuencia del deplorable expolio que los conocidos de-

(2) HERNANDEZ DIAZ, J.; SANCHO CORBACHO, A. y COLLANTES DE TERAN, F.: «Catálogo arqueológico y artístico de la provincia de Sevilla», IV, Sevilla, 1955, pp. 163 y ss. Los de carácter romano recogidos más detalladamente en PONSICH, M.: «Implantation rurale antique sur le Bas-Guadalquivir», T. I, Paris, 1974.

tectores de metales están cometiendo con todo el patrimonio arqueológico nacional, creemos poder asegurar que en terrenos del cercano Cortijo El Esparragal se halla el solar de una ciudad indígena no documentada que acuñó moneda con el nombre de IL-SE, dada la gran cantidad de ejemplares allí aparecidos según noticias llegadas hasta nosotros (3). En el propio casco urbano de Gerena se han hallado también materiales de época prehistórica y protohistórica, pero de manera muy circunstancial y nunca en cantidad suficiente como para pensar pudiera haberse asentado allí un auténtico poblado indígena que sirviera de núcleo a la posterior población romana. Más bien creemos debe pensarse en un asentamiento inicial romano al amparo de alguna villa, lo que podría deducirse de su nombre (4), el cual se habría ido desarrollando progresivamente hasta merecer ser amurallado, seguramente en época tardía. De época paleocristiana y visigoda es conocida una basílica con su necrópolis (5). En la Edad Media había alcanzado entidad suficiente como para figurar expresamente citada entre las conquistas de Fernando III en 1.247. Ya en tiempos modernos parece haber servido de cuartel general de las tropas napoleónicas que operaban por esta zona (6). Su importancia le ha sido dada siempre como hemos dicho por su estratégica situación, controlando el paso a la Sierra y la salida de los minerales de Aznalcollar y región minera limítrofe, a la que acompañan unos campos de gran fertilidad.

A primeros de octubre de 1978 tuvimos noticia de que en el lugar denominado «Huerto de la Pescá», muy cerca del casco urbano, habían aparecido algunas tumbas que estaban siendo excavadas por aficionados locales, en las cuales habían encontrado unos pendientes de oro. Detenidas las excavaciones clandestinas y recuperados los pendientes, que resultaron ser de bronce, del conocido tipo amorcillado, realizamos una excavación de urgencia con el fin de concluir las excavaciones iniciadas por los clandestinos y conocer las características del yacimiento (7).

Las tumbas constituían una pequeña necrópolis que se extendía a la vera del camino que se dirige actualmente hacia la «casilla» del canal que abastece de agua potable a Sevilla, en una zona inculta que ha servido de cantera de granito hasta época muy moderna, como lo evidencia el cono de molino de aceite sin terminar que yace abandonado en la zona inferior de la ladera en que se extiende la necrópolis. Para llegar hasta ella es preciso coger el camino de tierra batida que arranca frente al Cuartel de la Guardia Civil, al entrar en el pueblo desde Sevilla, y se dirige hacia el Cortijo El Esparragal. Recorrido poco más de un Km. se coge a la izquierda el carril que nos lleva a la necrópolis.

(3) Aprovechamos esta oportunidad para dar a conocer, antes que pueda perderse la referencia, el nombre de otras ciudades indígenas localizadas e identificadas con cierta seguridad por ser grande el número de monedas aparecidas en ellas. Así Callet, que se quería colocar en los alrededores de El Coronil, o en el Cerro del Casar, cerca de Utrera, debe situarse realmente en las inmediaciones de El Coronil, a unos 3-4 Kms. de la carretera que une este municipio con Montellano, en el lugar denominado Molino Pintado. Ostur se halla en el término de Villalba del Alcor (Huelva). Sisipo, cerca de Gizonza (Cádiz). Searo es con toda seguridad la Torre del Aguila, junto al pantano de este nombre, en el término de Utrera, y no Torres Alocaz como se ha dicho a veces. Aquí pudo estar más bien Vgía. Y en las inmediaciones, entre Los Palacios y Las Cabezas, Cvnbaria, Turirecina en Reina (Badajoz). Y Ceret entre Jerez de la Frontera y el Cerro de Gibalbín. Sobre otras identificaciones recientes, ver CHAVES TRISTAN, F.: «Numismática antigua de la Ulterior». IV C.N. Numismática, Alicante, 1980, Madrid, 1980, pp. 99 y ss. CORZO SANCHEZ, R.: «Sobre la localización de algunas cecas de la Bética», V C.N. Numismática, Sevilla, 1982, Madrid, 1982, pp. 75 y ss. 75 y ss.

(4) PABON, J. M.: «Sobre los nombres de la «villa» romana en Andalucía». En «Estudios dedicados a Menéndez Pidal», Madrid, 1953, p. 19.

(5) FERNANDEZ GOMEZ, F. y ALONSO DE LA SIERRA FERNANDEZ, J.: «La basílica y necrópolis paleocristiana de Gerena (Sevilla)». En prensa.

(6) MADDOZ, P.: «Diccionario Geográfico - Estadístico - Histórico de España y sus posesiones de Ultramar», VIII, Madrid, 1847, p. 348.

(7) Tomaron parte con nosotros en esta excavación los licenciados de la Universidad de Sevilla, D. Juan José Ventura Martínez, D. Luis Guerrero Misa, D. José Miguel Serrano y D.ª M.ª Gracia Lasso de la Vega, colaboradores todos del Museo Arqueológico de Sevilla. Nuestro agradecimiento a D. Manuel Sánchez Muñoz y D. José Pérez Jara, que nos indicaron la existencia del yacimiento y participaron en esta excavación de urgencia. Los dibujos son de Juan José Ventura Martínez y José Luis Herrera Morillo.

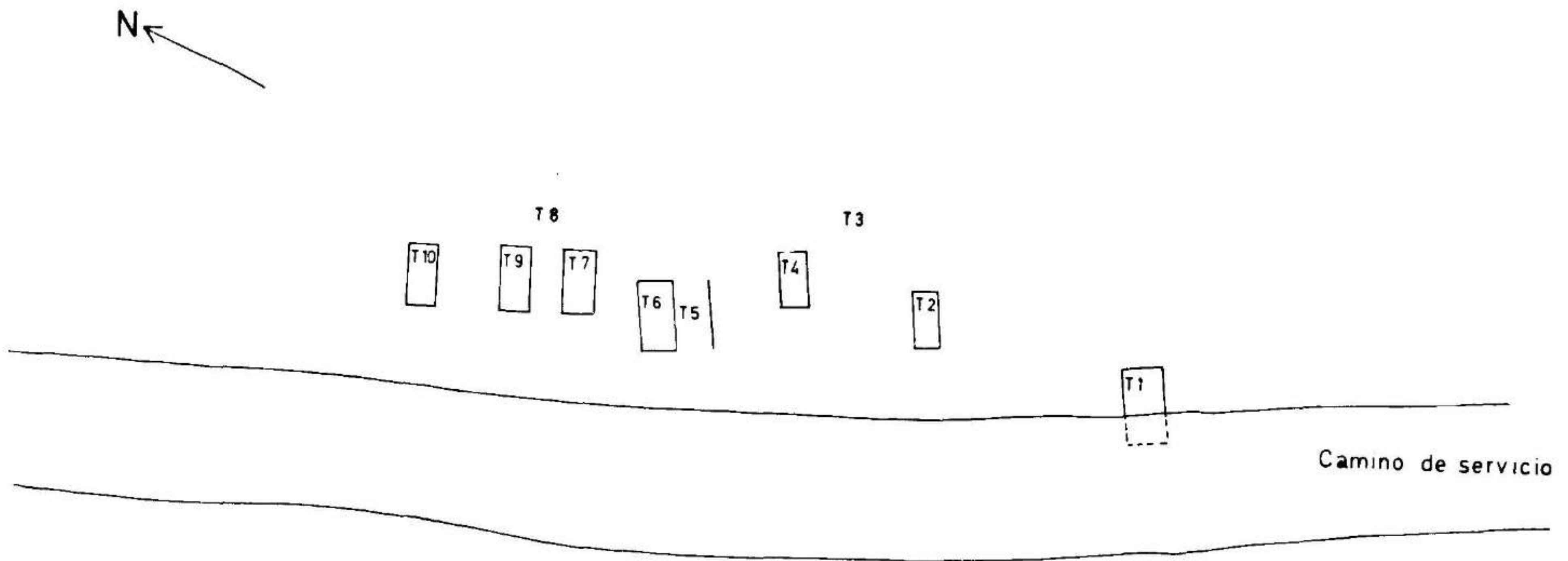


Fig. 3. - Situación de las tumbas excavadas.

Todas las tumbas, orientadas EW, quedan alineadas junto al camino, el cual no parece cortar la necrópolis sino más bien rodearla por el lado W, ya que se dirige hacia el Norte y las tumbas están situadas todas al lado E. En la excavación nos hemos limitado a limpiar y documentar las tumbas expoliadas y a excavar las que aparecían con claridad en la superficie del terreno y corrían peligro de ser abiertas por los excavadores clandestinos en cualquier momento.

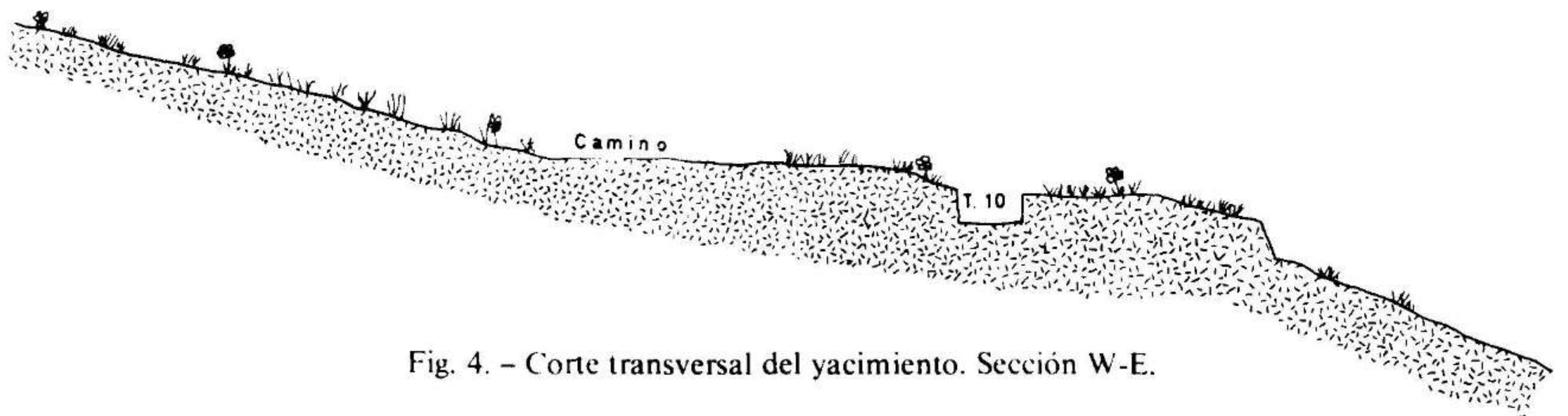


Fig. 4. - Corte transversal del yacimiento. Sección W-E.

Tumba 1

Lados largos constituidos cada uno por dos grandes piedras de granito y caliza colocadas verticales. A los pies otra de menor tamaño encajada entre ellas. La cabecera queda oculta bajo las piedras que delimitan el borde del camino.

Expoliada por los excavadores clandestinos recogemos de su interior algunos fragmentos de cerámica basta a mano, que parecen de la Edad del Bronce, sin ningún interés (Fig. 5).

Tumba 2

Expoliada por los excavadores clandestinos. Sólo quedan de ella algunas de las lajas de los muros laterales. El meridional lo constituye una única piedra de tamaño muy grande, colocada vertical, partida por el centro. El septentrional tres lajas colocadas también verticales. Del lado W no queda nada, y del E una pequeña piedra y el hoyo dejado por otra que falta (Fig. 6).

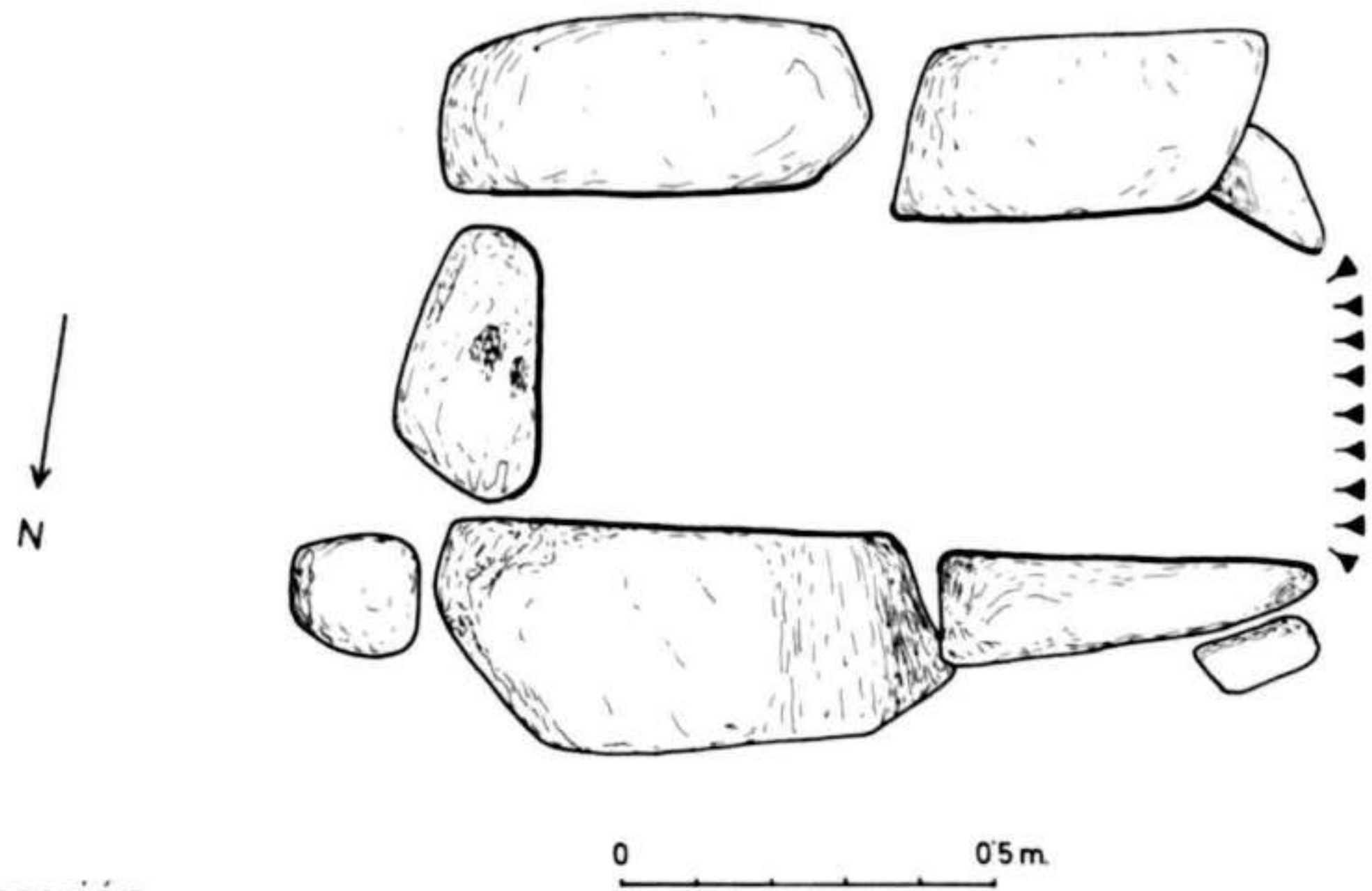


Fig. 5. – Tumba 1. Planta y sección.

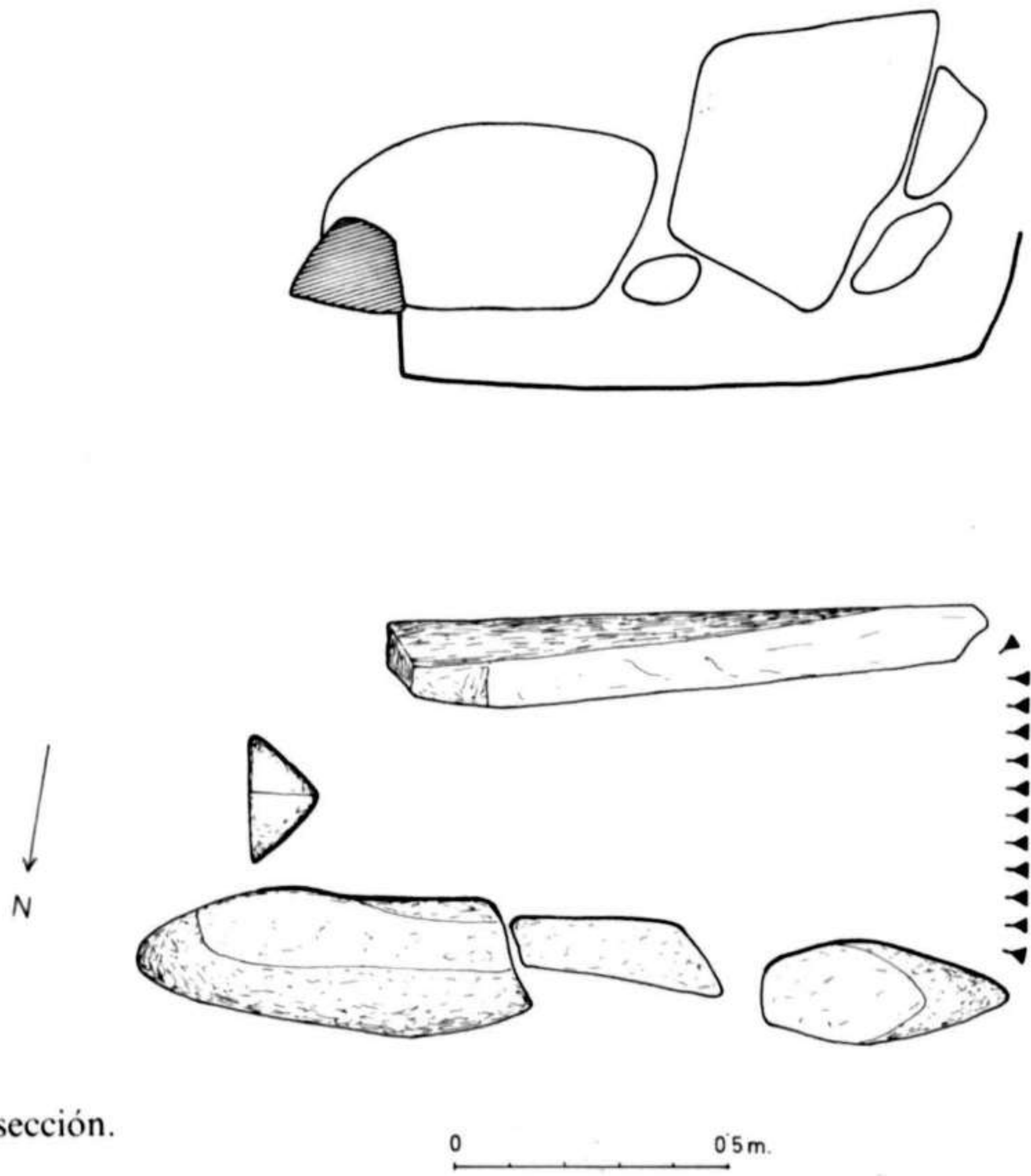


Fig. 6. – Tumba 2. Planta y sección.

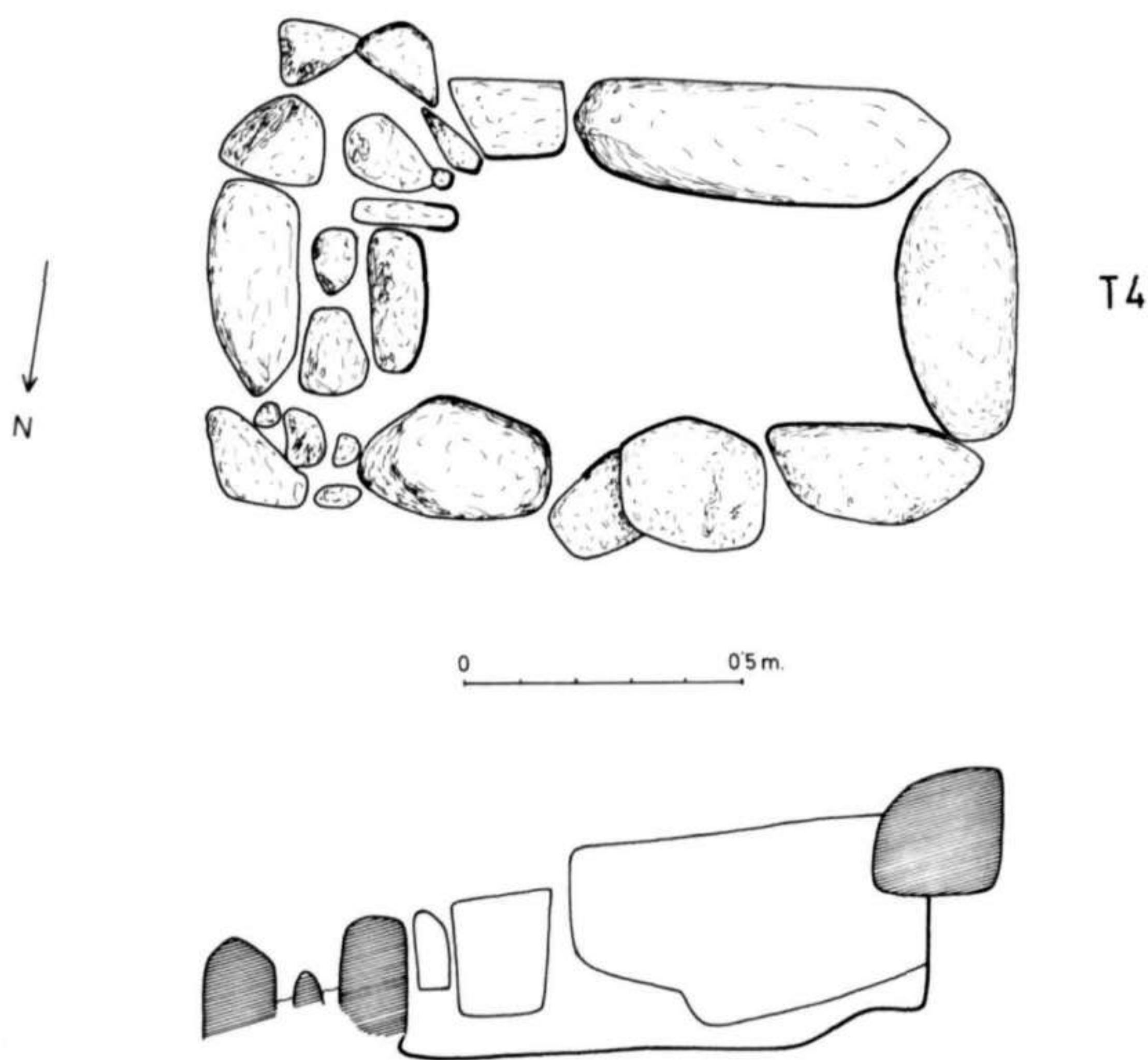


Fig. 7. - Tumba 4. Planta y sección.

Tumba 3

También expoliada, sólo quedan de ella algunas piedras removidas. Entre la tierra del relleno de la fosa recogemos algunos restos humanos desmenuzados, un fragmento de cerámica tipo Carambolo, dos a torno con bandas rojas y otro minúsculo de terra sigillata.

Tumba 4

Expoliada, igual que las anteriores. Es una tumba pequeña cuyos muros están constituidos por piedras de tamaño desigual colocadas en vertical. A la cabecera una sola transversal de granito. A los pies doble o triple hilera de piedras de tamaño mediano, colocadas en su mayor parte verticales.

Entre la tierra que cubre la fosa hallamos diversos fragmentos de cerámica a mano, de tamaño muy pequeño, alguno con el típico bruñido de los productos de la Edad del Bronce Final (Fig. 7).

Tumbas 5-6

Entre la tumba 4 y la 6 observamos la presencia de un muro paralelo a los de las tumbas, constituido por cinco piedras de caliza de tamaño grande que no se corresponde con ningún otro. Pensamos por ello en la posibilidad de que formara con el enterramiento anejo, el 6, una tumba doble, aunque la zona alrededor de este muro esté excavada y la tumba 6 aparece intacta, cubierta con una serie de grandes piedras transversales complementadas con otras de tamaño mediano y pequeño, de forma irregular, unas de granito y otras de caliza.

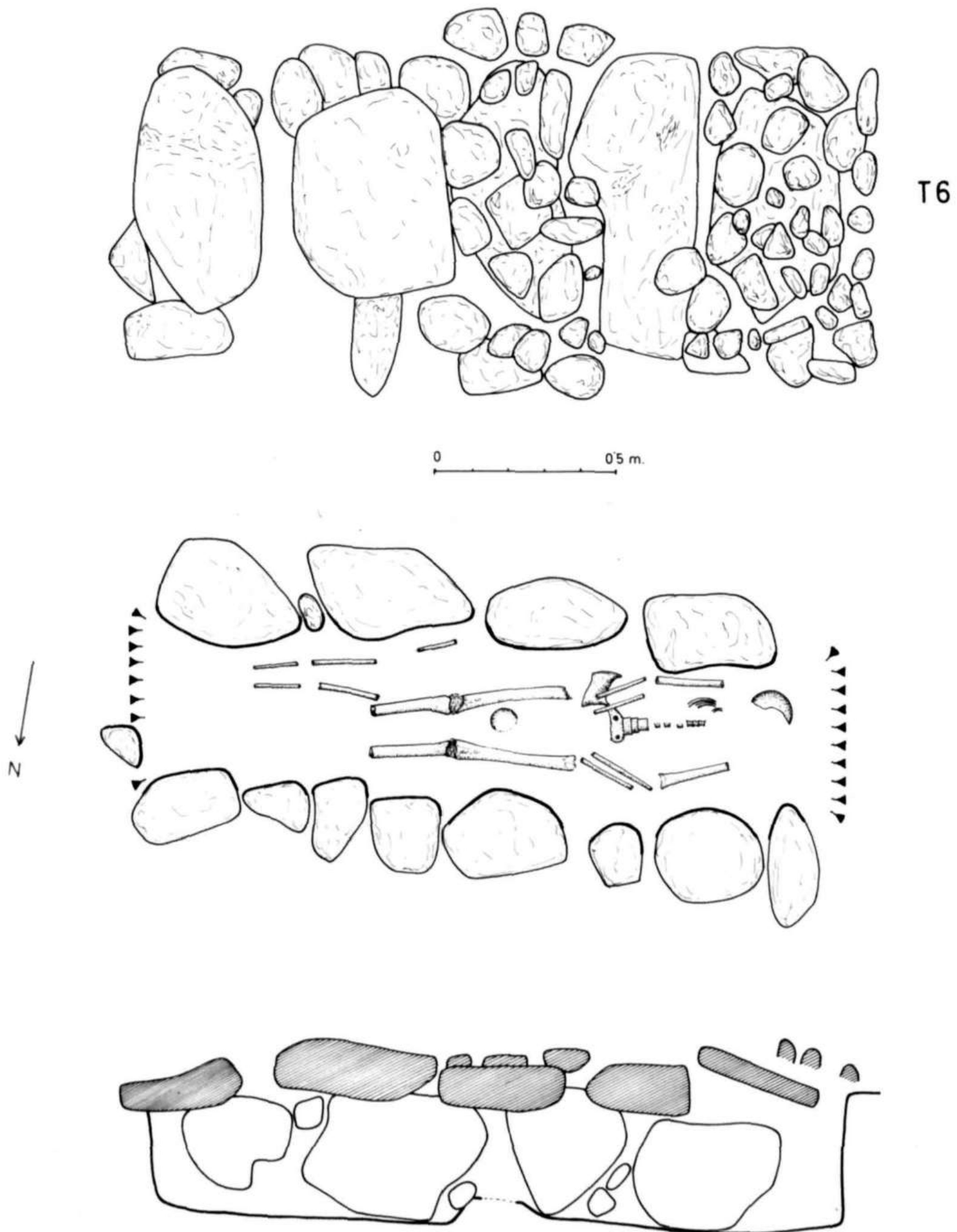


Fig. 8. - Tumba 6. Plantas 1 y 2 y sección longitudinal.

La tumba, sin pies ni cabecera, contenía un doble enterramiento, un adulto y un niño de pocos años, la cabeza de éste entre los fémures de aquél. Los dos parecían recostados sobre la espalda. El niño debajo, con sus brazos a lo largo del cuerpo; el adulto encima con las manos juntas sobre el vientre, sin llegar a tocar la cabeza del niño.

Carecía de ajuar. Los restos humanos están muy mal conservados. Algunos huesos incluso desplazados de su posición original. Entre la tierra que cubre la tumba recogemos diversos fragmentos de cerámica a mano de forma indeterminada, pero con su superficie cubierta a veces con el bruñido típico de las cerámicas del Bronce Final, y uno de ellos incluso decorado con líneas espatuladas (Fig. 8).

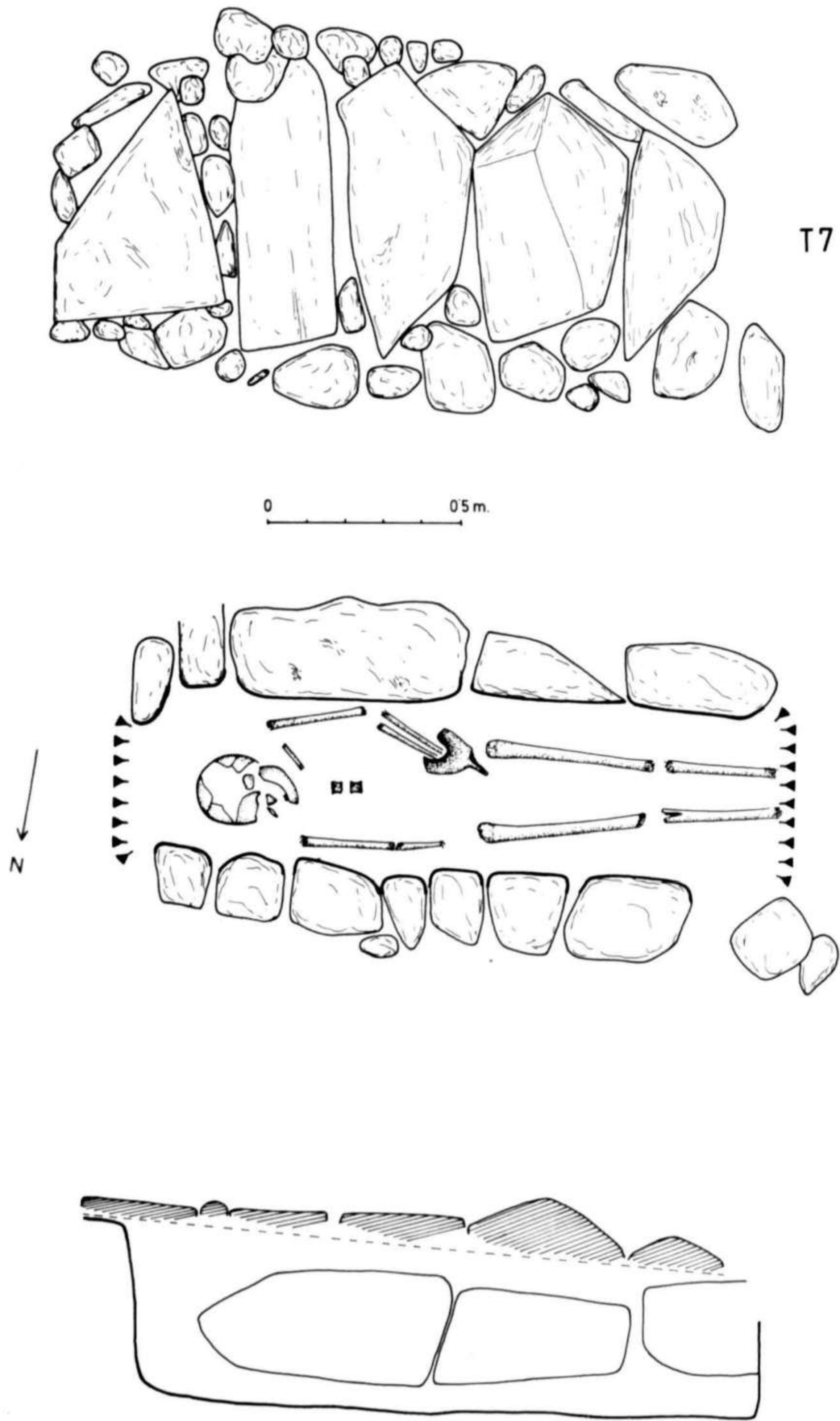


Fig. 9.

Tumba 7

Se trata de una tumba intacta cuya cubierta está constituida por cinco grandes lajas de granito colocadas en sentido transversal, y con los intersticios rellenos de piedras menores que apoyan sobre otras de tamaño relativamente grande, adosadas a las paredes de la fosa en los lados largos, mientras la cabecera y los pies, como sucedía en la tumba anterior, carecen de ellas, apareciendo la fosa desnuda.

En su interior se hallaban los restos de una persona adulta en posición decúbito supino, con la cabeza al Este, las piernas estiradas, el brazo derecho a lo largo del cuerpo y el izquierdo con la mano sobre el vientre.

Carecía de ajuar. Entre la tierra que cubría la tumba encontramos fragmentos de cerámica a mano y a torno sin especial significación (Fig. 9).

Tumba 8

Expoliada y destruida. Las lajas de la estructura, grandes, de granito, aparecen removidas.

Tumba 9

Está constituida por grandes lajas verticales de granito y caliza, que faltan a la cabecera y a los pies. Aquí, en el extremo oriental de la tumba, amontonados, aparecen los huesos de un niño, con el cráneo colocado sobre un parietal. No se encuentran restos de ningún otro enterramiento. Carece de ajuar (Fig. 10).

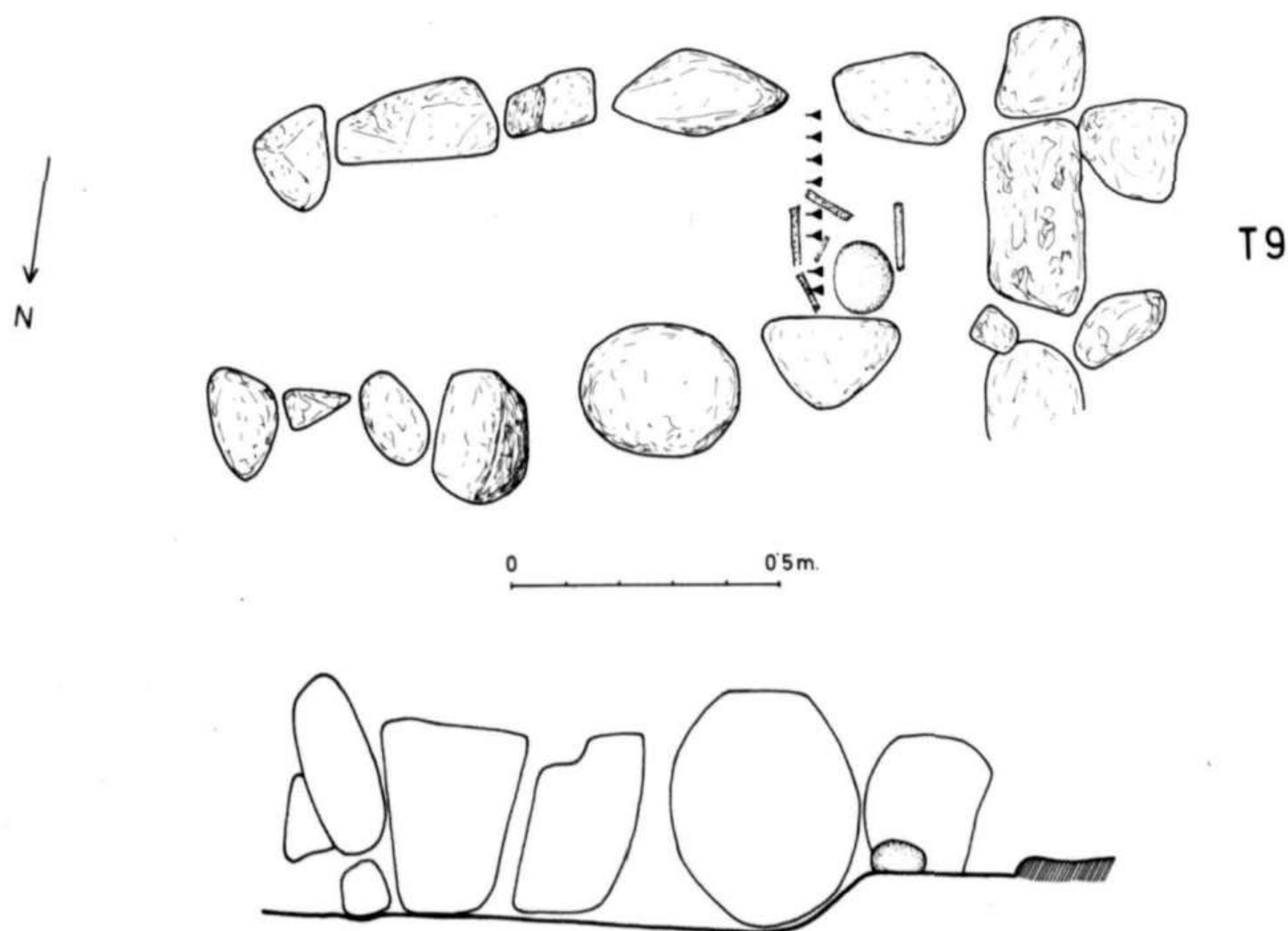
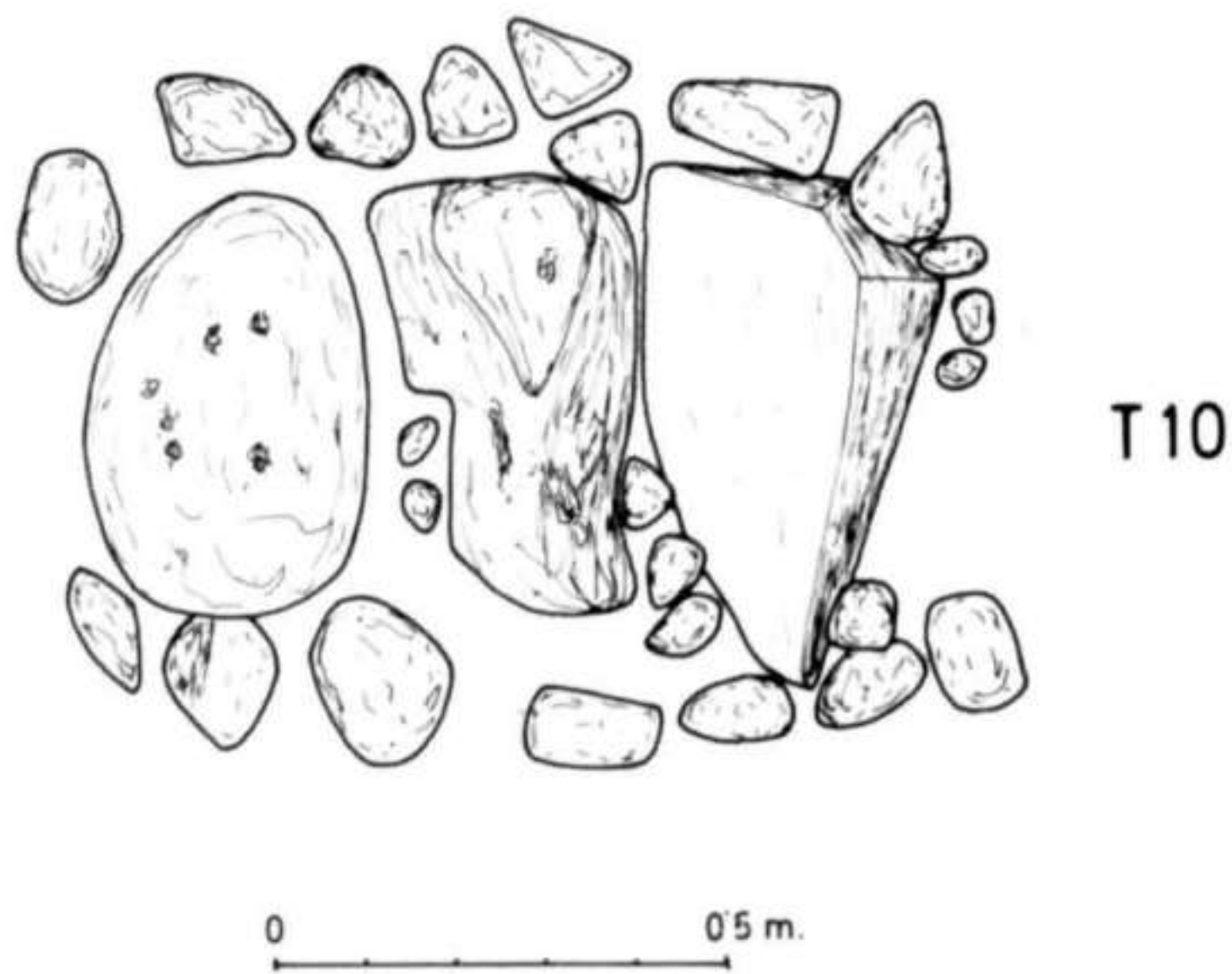


Fig. 10.

Tumba 10

Es una tumba de pequeño tamaño, intacta. Aparece cubierta con grandes lajas de piedra colocadas en sentido transversal, con los intersticios rellenos de piedras pequeñas. Corresponde a un niño de muy corta edad, el cual aparece recostado sobre la espalda, con la cabeza al Oeste, mirando al Norte, y los brazos a lo largo del cuerpo. Carece por completo de ajuar (Fig. 11).



T10

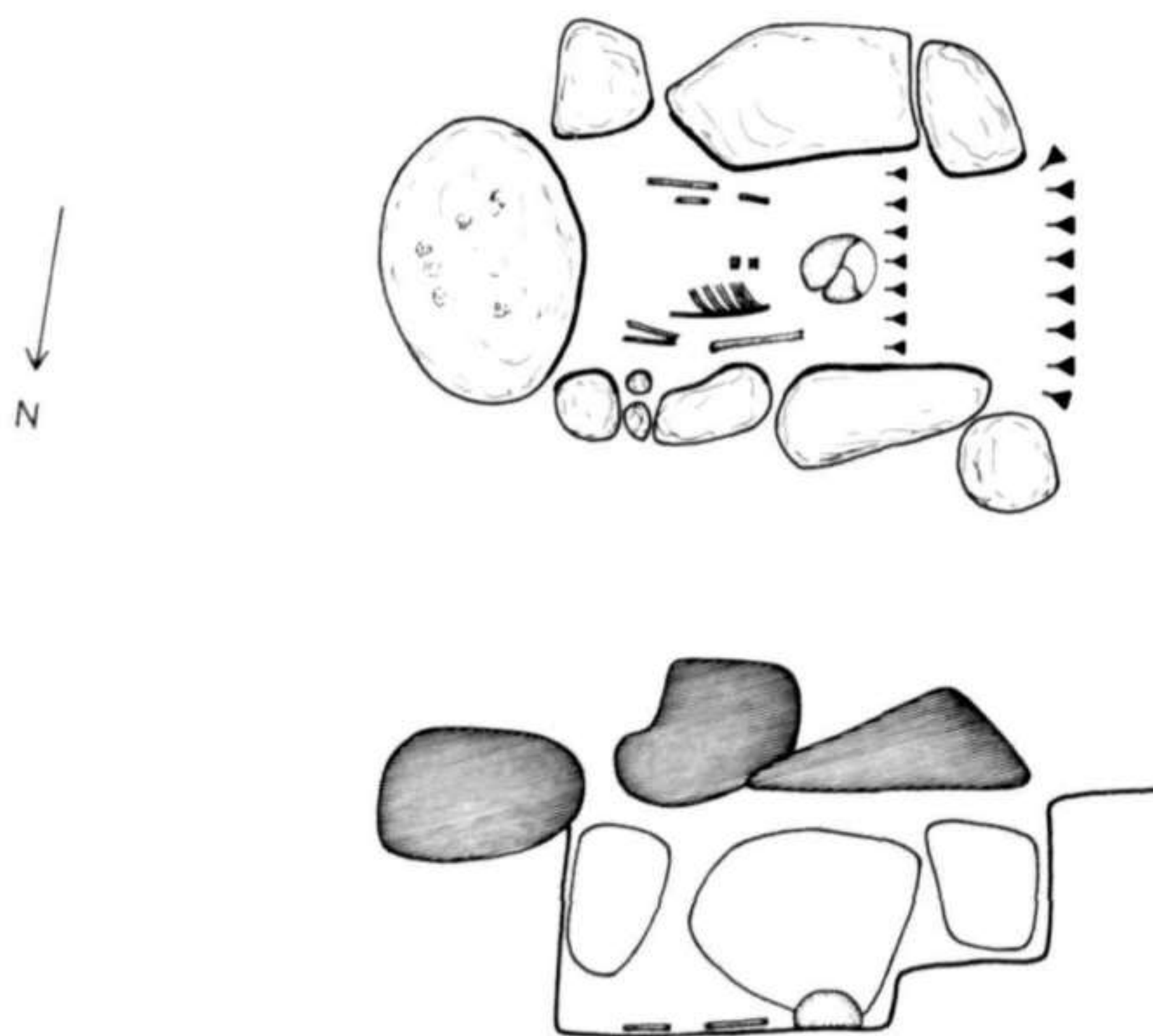


Fig. 11.

Se trata, como vemos, de una necrópolis muy pobre, constituida por tumbas construidas a base de piedras de forma irregular, sin labrar, para fechar la cual no tenemos más elementos que el par de pendientes encontrados por los excavadores clandestinos en una de las tumbas expoliadas, y que son elementos comunes en muchas tumbas de época visigoda, por lo que resulta difícil dar una cronología ajustada. Tenemos por tanto que contentarnos con situar la necrópolis entre los siglos VI-VII, a grandes rasgos, sin poder precisar más.

El yacimiento tiene, no obstante, el interés de descubrimos la existencia en Gereña de un pequeño núcleo de población visigoda cuya condición social, a juzgar por el pobre aspecto de las tumbas y la casi absoluta carencia de ajuar en ellas, tuvo que ser muy baja. Allí mismo debió existir, sin duda, en época del Bronce Final otro pequeño núcleo de población, de cuya estructura no hemos encontrado ningún resto, pero sí diversos fragmentos de cerámica, pequeños por lo general y poco significativos, pero suficientes para situarlos por su aspecto, superficies barridas o muy bien bruñidas, decoración pintada o espatulada, en dicha época. Más escasas son las realizadas a torno decoradas con bandas de época turdetana. Por los alrededores hemos recogido además otros fragmentos de cerámica que, aunque carentes de especial valor, sirven para constatar la existencia de población en época romana por esta zona del término municipal.

De los hallazgos más significativos damos cuenta a continuación. Entre ellos incluimos los pendientes de bronce procedentes del ajuar de una de las tumbas, sin que podamos precisar de cuál.

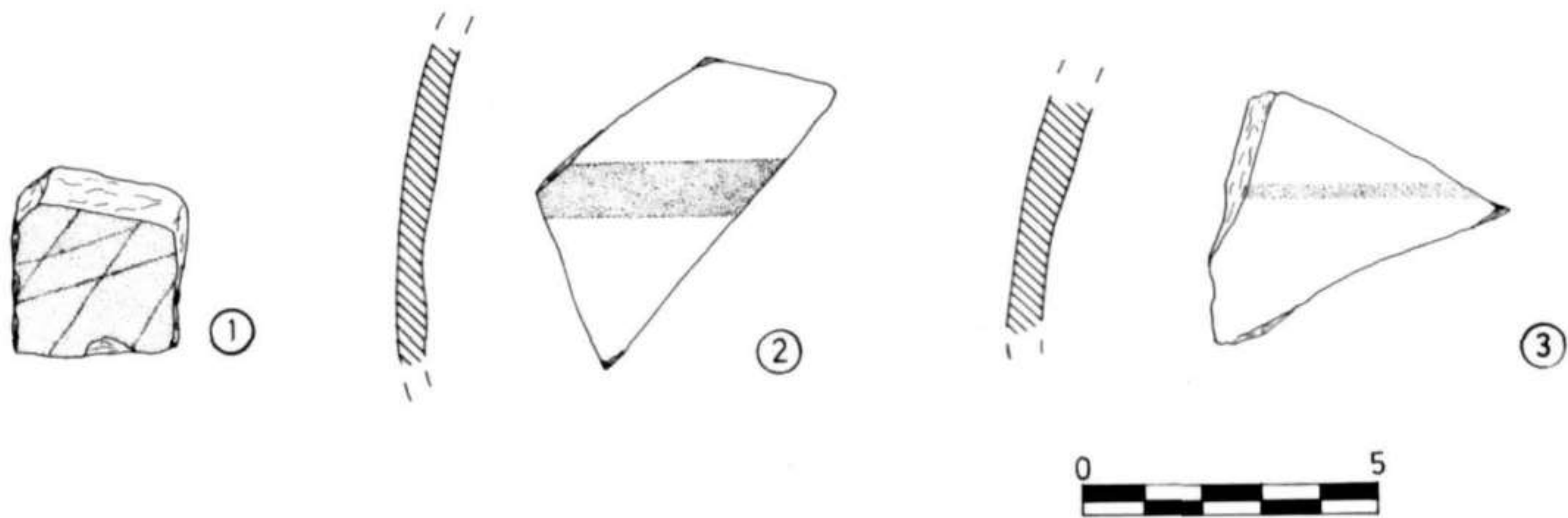


Fig. 12. - Cerámica de retícula bruñida y de bandas hallada en la zona del yacimiento.

1. Fragmento plato cerámica a mano. Pasta bien decantada. Color rojizo oscuro. Superficie muy bien bruñida. Por el interior líneas de espatulado muy tenues (Fig. 12).
2. Fragmento urna cerámica a torno. Pasta bien decantada, aunque con alguna inclusión de grueso tamaño. Color anaranjado. Superficie cubierta de engobe blanquecino y por encima una estrecha banda de color ocre rojizo.
3. Fragmento de cerámica similar al anterior, decorado con una banda de color vinoso casi perdida.
4. Fragmento pátera terra sigillata clara, forma 50 de Hayes. Pasta muy fina. Color ocre (8) (Fig. 13).
5. Fragmento fuente terra sigillata clara, forma 93 de Hayes. Pasta fina. Color anaranjado brillante (9).
- 6-7. Fragmentos fuentes terra sigillata clara, forma 109 de Hayes. Pasta fina. Color anaranjado mate. Ennegrecidos por el exterior (10).
8. Fragmento borde fuente o tapadera terra sigillata clara, forma 196 de Hayes. Pasta fina. Color anaranjado mate. Ennegrecido al exterior (11).
- 9-10. Fragmentos borde y base «cacerola» terra sigillata clara, forma 197 de Hayes. Pasta fina. Color anaranjado mate. Pared ennegrecida al exterior (12).

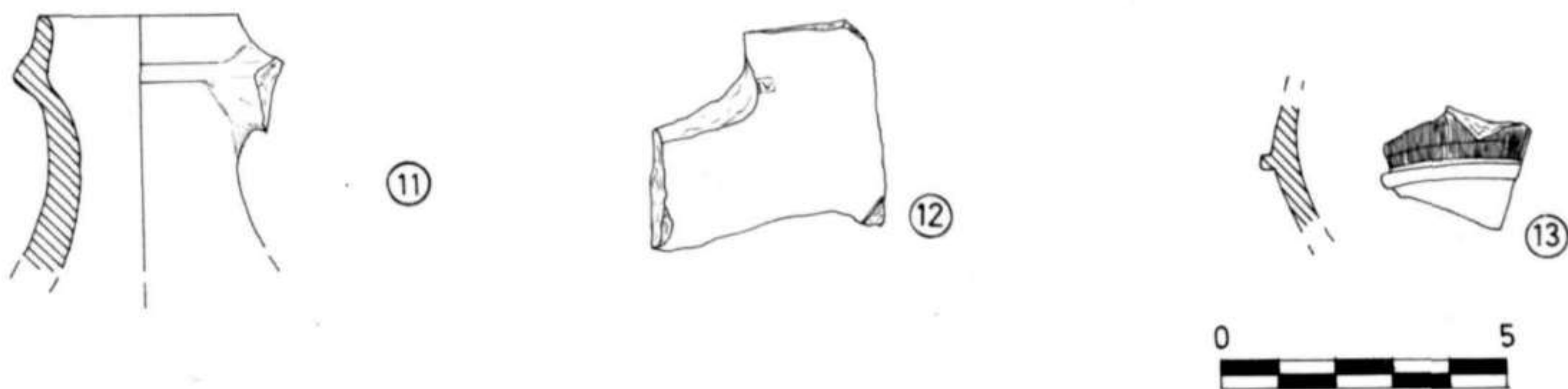


Fig. 13. - Terra sigillata y cerámica vulgar romana hallada en la zona del yacimiento.

11. Boca de jarro de cerámica a torno. Pasta bien decantada. Color amarillento. Superficie alisada (Fig. 14).
12. Fragmento base pátera terra sigillata hispánica con restos de la marca «... IV».
13. Fragmento vaso terra sigillata gálica de la forma Dr. 24/25.

(8) Fechado desde mediados del s. II a finales del IV (HAYES, J. W.: «Late roman pottery», Londres, 1972, pp. 68-73).

(9) Fechado en s. V-VI (HAYES, J. W.: O. c., pp. 145-148).

(10) Fechado a fines s. VI (HAYES, J. W.: O. c., p. 172).

(11) Fechado desde mediados s. II a mediados s. III (HAYES, J. W.: O. c., p. 209).

(12) Fechado desde fines s. II y a lo largo del III (HAYES, J. W., o. c., p. 209).

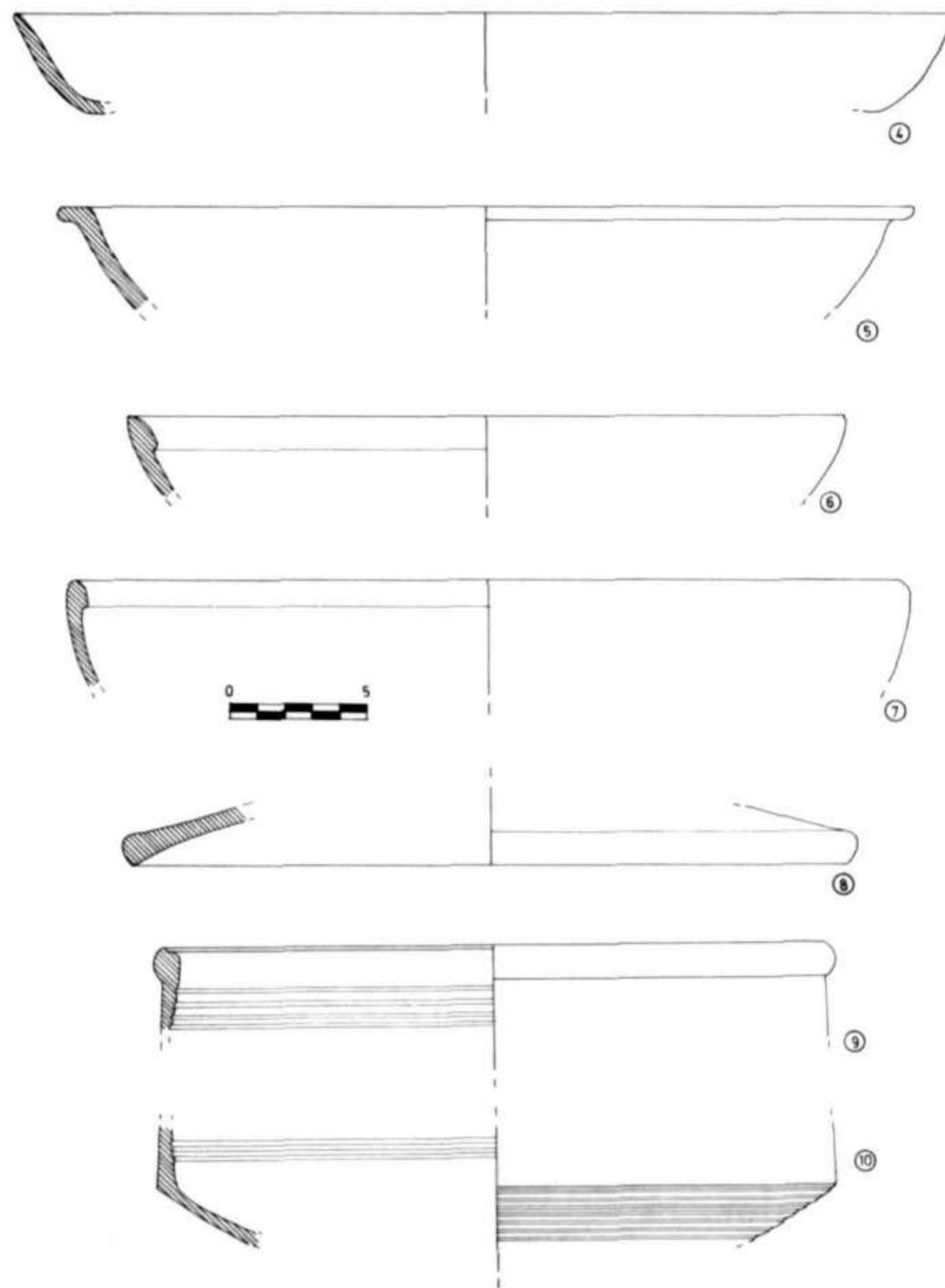


Fig. 14. - Terra sigillata clara hallada en la zona del yacimiento.

14. Pendientes de bronce de perfil ligeramente amorcillado. Cabeza moldurada. D.: 29 y 32 mm. (Fig. 15).
15. Fragmento vaso cerámica a mano. Forma indeterminada Pasta color grisáceo. Mediana decantación. Superficie bruñida y cubierta una de sus caras con pintura tipo Carambolo.

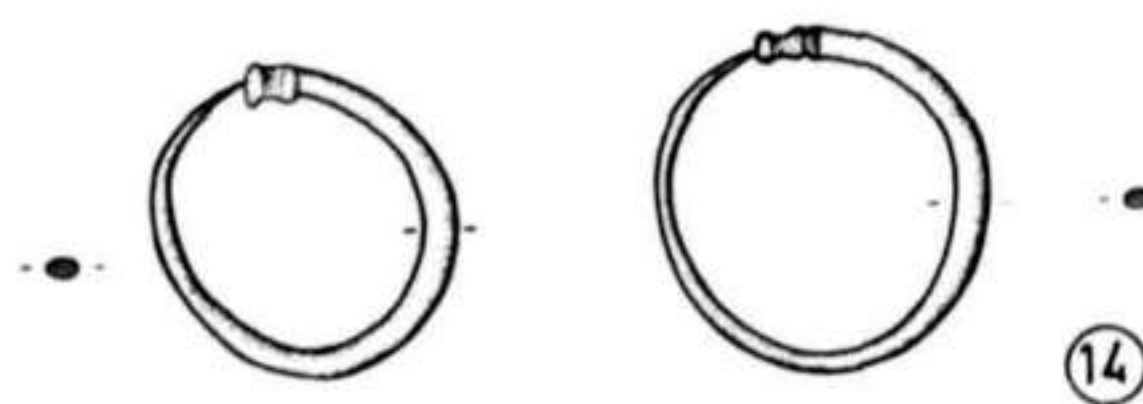
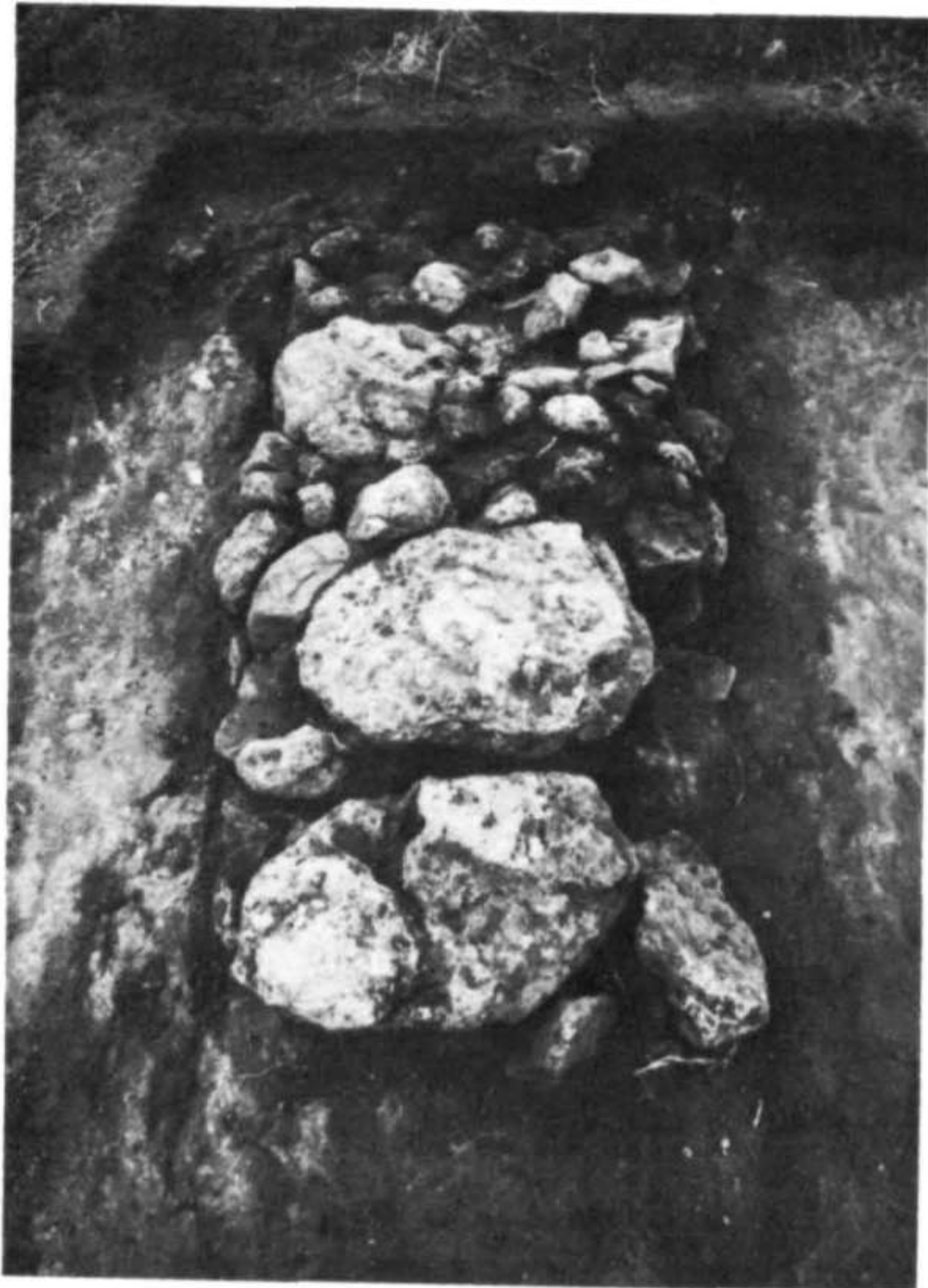


Fig. 15. - Pendientes de bronce de un ajuar funerario.



Lám. I. - 1. Gerena. Necrópolis medieval del «Huerto de la Pesca». Aspecto del yacimiento. Antes de comenzar las excavaciones. 2. Estructura tumba, 1.



1



2



3

Lám. II. - 1 y 2. Tumba 6 y 7 antes de su apertura. 3. Estructura tumba 4.

**LA NECROPOLIS MEDIEVAL DE «LOS CENTENALES»,
BENEGILES (ZAMORA)**

Jesús M.^a del Val Recio

INTRODUCCION

La necrópolis de «Los Centenales» en Benegiles, Zamora, fue descubierta a comienzos del verano de 1980 a raíz de unas obras realizadas en el lugar con objeto de extraer grava.

A finales de agosto de ese mismo año verificamos la primera visita al yacimiento. Pudimos comprobar, entonces, cómo los trabajos habían afectado, si bien no decisivamente, a la necrópolis. Sobre todo en la zona meridional del pago, se observan huesos humanos sueltos, así como lajas de caliza, dispersas, que evidentemente formaban parte de algunas de las tumbas destruidas.

Pero lo más interesante de esta prospección fue el hallazgo, en una zona situada unos 20 m. al norte de donde se descubrieron los primeros enterramientos, de las lajas de cubierta de por lo menos 4 tumbas más. Lajas que quedaron al descubierto cuando se efectuó un enrasamiento del terreno para facilitar el acceso a la maquinaria pesada.

Este hallazgo nos determinó en la idea de llevar a cabo una excavación en el lugar, único modo, quizás, de paliar la amenaza de destrucción que pesaba sobre la necrópolis. Sin embargo, a pesar de que la excavación comenzó en septiembre, no pudimos impedir que, en ese intervalo de poco más de tres semanas, grupos de desconocidos arrasaran todos los restos arqueológicos que se encontraban en superficie.

Queremos llamar la atención sobre este aspecto, ya que, cada vez con más impunidad, se constatan actividades clandestinas en yacimientos arqueológicos, con resultados, a menudo, irreparables, como es el caso de este yacimiento de «Los Centenales», donde supusieron la destrucción parcial de la necrópolis medieval.

Valladolid, 1984

UBICACION Y ENTORNO GEOGRAFICO

El término de Benegiles, localidad situada en la ribera del Valderaduey y a unos 15 Kms. al Noreste de Zamora, se inserta en la comarca natural de «La Tierra del Pan». Comarca, básicamente, de terrenos terciarios que presenta el típico paisaje de Campiña: terreno ondulado, de moderada orografía, en el que aparecen colinas de pendientes suaves separadas por vaguadas relativamente amplias de perfil muy tendido.

La altitud media es del orden de los 700 m. en las vaguadas y 750 m. en las colinas, si bien hacia el Este algunos altozanos alcanzan los 780 m.

En esta campiña los ríos se encajan, dando lugar a valles anchos, de fondo plano y de vertientes por lo general de perfil suavemente inclinado, caso, por ejemplo, del Valderaduey, río principal de la comarca que discurre por ella entre los 630 y 640 m. de altitud.

Las condiciones climatológicas son las propias de las llanuras de la cuenca sedimentaria de la Meseta Norte, es decir, inviernos crudos y prolongados y veranos cortos y suaves, junto a un escaso índice de precipitaciones; aridez particularmente significativa durante el período estival.

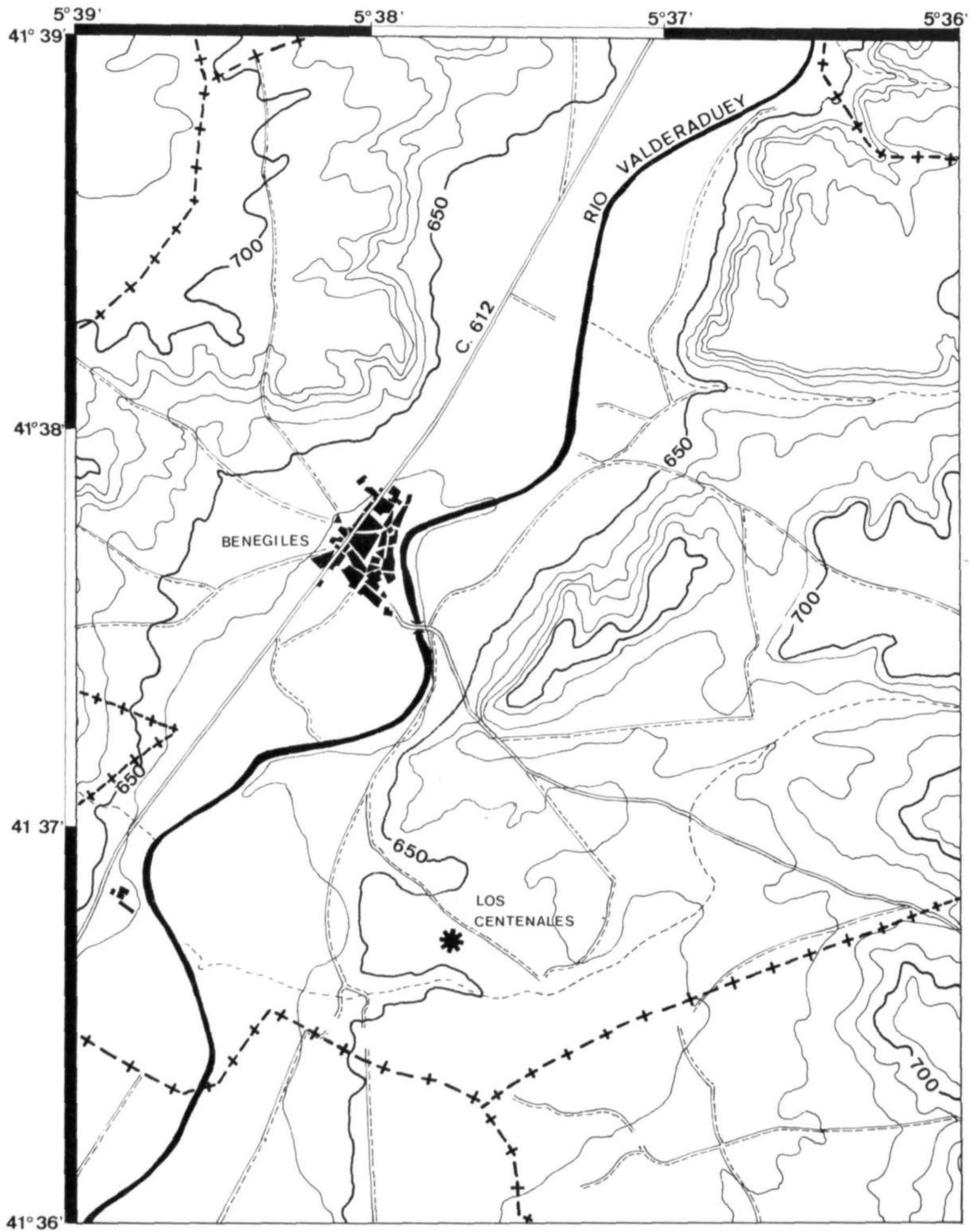


Fig. 1. - Situación del yacimiento «Los Centenales». Calco de la Hoja 369 II, del Mapa Topográfico Nacional de España.

Este clima extremo, unido a las condiciones edafológicas, lleva a un aprovechamiento agrario basado –como muy bien indica el propio topónimo de la comarca– en el cultivo de cereales, principalmente de trigo.

La necrópolis se localiza al Sudeste de Benegiles, a aproximadamente 1,5 Kms. de la población. Se accede al yacimiento siguiendo, en buena parte., el camino de la Romería que discurre, casi en la totalidad de su trazado, paralelo al Valderaduey. Su situación coincide con las coordenadas 5° 37' 40" de Longitud Oeste respecto al Meridiano de Greenwich, y 41° 36' 35" de Latitud Norte. Conforme a la hoja 369 II, Coreses II (Torres de Carrizal), del Mapa Topográfico Nacional de España, escala 1: 25.000 (Fig. 1).

El pago, denominado «Los Centenales», se halla en una loma, parece que antiguamente dedicada al viñedo, que se alza sobre el valle recorrido por el río Valderaduey.

PROCESO DE EXCAVACION Y DESCRIPCION DE LAS TUMBAS

Como hemos indicado anteriormente, las tumbas que aparecían en superficie fueron violadas en su totalidad. Ello nos obligó a elegir como lugar de excavación una zona del pago en la que no se constataba ningún resto, pero, no obstante, próxima al sector en donde se situaban las excavaciones incontroladas.

Con un planteamiento general de excavación en área, se trazó en principio una unidad de 4 x 2 m. orientada, en sus lados de mayor longitud, según la dirección E-W. Posteriormente, en sus lados de mayor longitud, serán la dirección E-W. Posteriormente, con el objeto de proceder a la excavación total de la tumba IV, aparecida en el extremo Nororiental de la cata y que se hallaba en más de la mitad de su extensión fuera de la misma, se procedió a ampliar la unidad de excavación 40 cm. hacia el N sólo en su mitad oriental.

La excavación en sí se realizó a base de pequeños piques, de menos de 6 cm. cada uno, alcanzando alrededor de las tumbas –hasta la total localización de las mismas– una profundidad de 20 cm.; mientras que en el interior de los enterramientos la profundidad, desde el suelo hasta la cubierta, oscila entre los 29 cm. de la tumba I y los 50 cm. de la tumba II.

En lo que se refiere a la composición del terreno, si bien se distingue un solo lecho formado por una arcilla rojiza compacta, se pueden apreciar dos subcapas, ya que, en los 10 cm. más cercanos a la superficie la tierra aparece un poco más oxigenada y suelta.

En total se reconocieron y excavaron 4 tumbas a las que denominaremos I, II, III y IV, orden correlativo que no responde más que a la sucesión de los hallazgos.

Tumba I

La que denominamos tumba I se localizó a unos 4 cm. de profundidad, y se sitúa en el extremo Suroccidental de la cata. Tiene 1,20 m. de longitud por 0,55 m. de anchura y esta orientada en dirección Este-Oeste (Figs. 2 y 3).

Posee 3 losas de cubierta, de forma plana y dimensiones variables, aunque es probable, teniendo en cuenta el espacio que resta por cubrir a los pies de la tumba, que en este sector hubiera por lo menos una laja más.

En conjunto, se observa cómo el sistema de cubierta se encuentra desplazado e incluso dos de las lajas están fragmentadas. Ello quizás tenga su explicación en que la tumba pudiera haber sido afectada, al encontrarse a tan escasa profundidad, por el paso de la maquinaria pesada que constantemente se desplazaba por encima de la necrópolis.

Debajo de las losas de cubierta hay una estructura rectangular formada a base de lajas de caliza. Se aprecian un total de nueve bloques, por lo general bastante regulares. Tres forman la pared norte, cinco la sur y el restante ocupa la cabecera, junto a una laja de escaso tamaño que se encaja entre aquélla y la laja que se sitúa en el extremo de la pared norte (Fig. 4).

A los pies de la tumba no se halló laja alguna, sin embargo, en esta zona se advierte una tierra muy suelta, casi con toda seguridad removida, por lo que nos inclinamos a pensar que, al igual que sucedía en la cubierta, una o varias lajas ocuparían este espacio, al menos cuando se construyó el enterramiento.

Dentro de la tumba hallamos el esqueleto completo, en perfecto estado de conservación, de un niño, en posición decúbito supino, con la cabeza hacia el Oeste y las manos sobre el cuerpo. Alrededor de la inhumación hay diversos huesos humanos sueltos e incluso a los pies aparece parte de una calota craneana, elementos, todos ellos, que nos hablan de un posible reaprovechamiento de la tumba.

Tumba II

La tumba II se sitúa a escasamente 50 cm. al Norte de la anterior. Está orientada, también, según el eje Este-Oeste y mide, 1,80 m. de longitud por, aproximadamente, 0,80 m. de ancho en su zona más amplia, el extremo oriental (Figs. 2 y 3).

Tres lajas planas de diferentes dimensiones componen la cubierta de la tumba, la más grande tiene casi 1 m. de largo por 0,80 m. de ancho, mientras que la menor no alcanza los 50 cm. de largo por parecida anchura. Hay que señalar aquí que, alrededor de las losas de cubierta, aparecen huesos humanos, aparentemente, sin ninguna conexión entre ellos.

Bajo las lajas de cubierta aparecen otras que configuran la estructura del enterramiento, cuatro componen la pared norte, cinco la pared sur y hay una más para los pies y la cabecera respectivamente (Fig. 4).

En lo que concierne a la estructura en sí presenta una forma ligeramente trapezoidal, algo más ancha en la cabecera que en los pies, ofreciendo además, en conjunto, un aspecto muy perfeccionado.

En el interior de la tumba, a unos 10 cm. de profundidad, se halló el esqueleto completo de un adulto depositado, al igual que el aparecido en la tumba I, decúbito supino y con la cabeza hacia occidente. No son estos los únicos restos humanos encontrados en esta tumba pues, junto al cráneo al que corresponde la inhumación, apareció otro que no se acompaña de ninguna otra parte de su esqueleto y por debajo de estos dos cráneos, es decir, a unos 35 cm. de profundidad y siempre en el extremo occidental de la cata, hay otros dos cráneos más a los que tampoco se les puede adjuntar otros restos óseos.

Tumba III

La tumba III tiene 0,90 m. de largo por 0,40 m. de ancho, y se localiza a unos 9 cm. de profundidad, en la esquina noroccidental de la unidad excavada (Figs. 2 y 3).

Presenta dos losas de cubierta, una de las cuales, en concreto la de menores dimensiones, aparece hincada sobre el interior de la tumba. Anormal posición que, una vez más pensamos, es fruto de los trabajos llevados a cabo recientemente sobre la necrópolis.

Por debajo de las losas de cubierta se constata una estructura rectangular, si bien ligeramente más ancha, al igual que sucedía en la tumba II, en la cabecera que en los pies. Las paredes están formadas por lajas planas, muy regulares, y de una altura media de unos 25 cm. Se hallaron tres en cada uno de los lados largos, dos en la cabecera y una más en los pies de la tumba (Fig. 4).

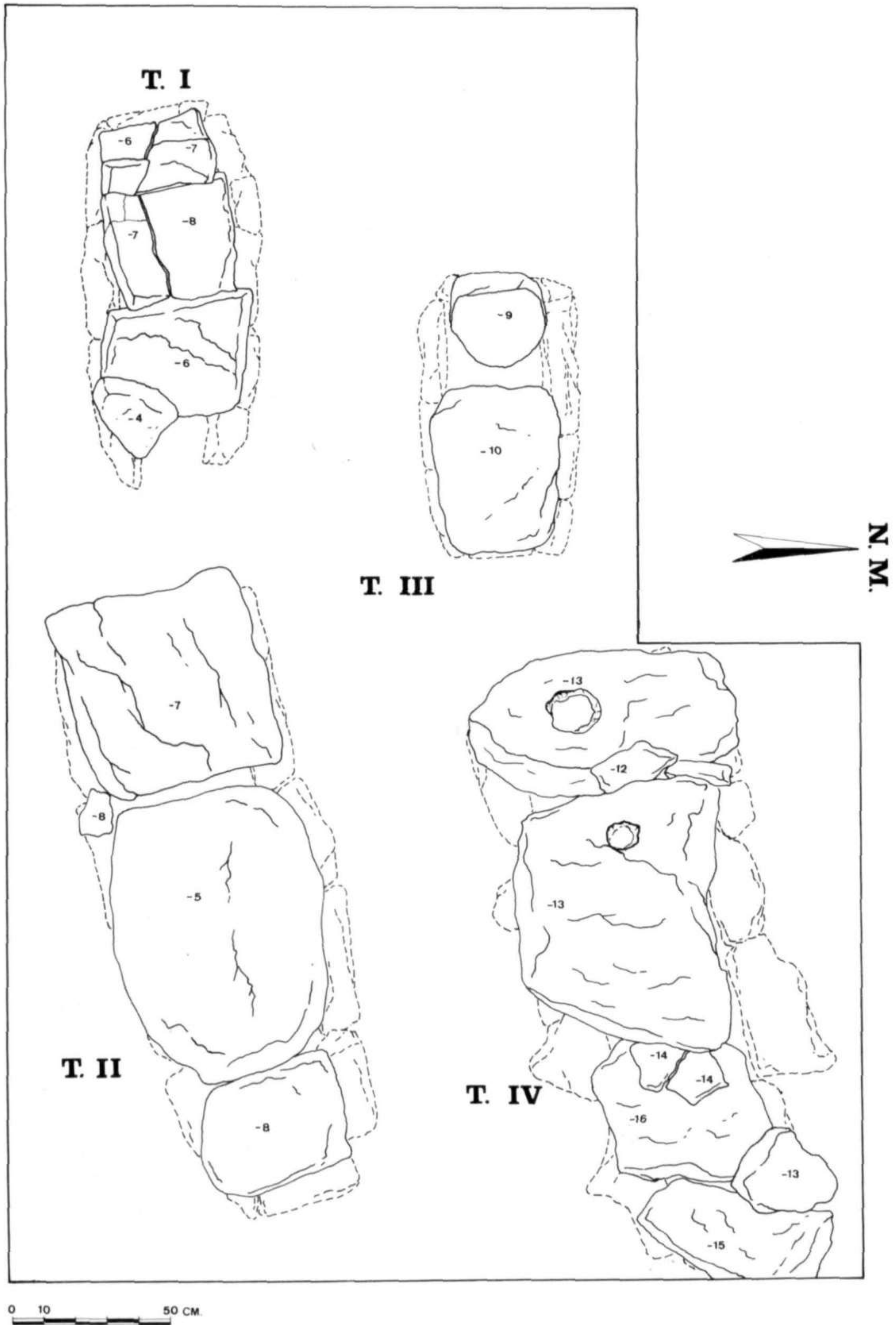


Fig. 2. - Plano general de la excavación de «Los Centenales», Benegiles (Zamora). Cubierta de las tumbas halladas.

En el interior localizamos los restos, en pésimo estado de conservación, de un niño de muy corta edad en posición decúbito supino y con la cabeza orientada hacia el Oeste.

Tumba IV

La tumba IV se sitúa en la esquina noroccidental de la mitad excavada, unos 60 cm. al Norte de la tumba III. Alcanza algo más de 2 m. de longitud y unos 70 cm. de ancho, con una profundidad máxima, desde las losas de cubierta hasta el suelo de la tumba, de 45 cm. (Figs. 2 y 3).

Presenta 4 lajas planas de cubierta que, al igual que en las tumbas anteriormente descritas, tienen dimensiones variables. La singularidad de esta tumba es que estas losas se acompañan de una serie de piezas, también de caliza, de reducido tamaño encajadas entre aquéllas.

Por debajo del sistema de cubierta, hay una estructura ligeramente trapezoidal formada, así mismo, a base de lajas de caliza, 6 componen la pared norte, 5 la pared sur, 1 los pies de la tumba y 2 más la cabecera, si bien una de estas últimas es problemático, por su reducido tamaño, considerarla propiamente como una laja de las que acostumbramos a ver formando parte de las tumbas.

Estas lajas de las paredes del enterramiento son, además, bastante irregulares en su forma, aunque presentan siempre plana la cara que da al interior de la tumba (Fig. 4).

Por otro lado, del mismo modo se sucede en la cubierta, esta tumba presenta en sus paredes una serie de calizas de pequeño tamaño cuyo fin es el de encajarse entre las lajas, dando lugar a una estructura más sólida.

En la tumba se halló el esqueleto completo, en perfecto estado de conservación, de un adulto, de considerable altura, colocado boca arriba, las manos sobre el cuerpo y la cabeza hacia el Oeste.

CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA NECROPOLIS

Los datos que nos proporcionan las tumbas aparecidas en el área excavada, nos permiten apuntar una serie de características de la Necrópolis de «Los Centenales». En primer lugar, se trata de una necrópolis compuesta, parece que en su totalidad, por tumbas de lajas. Hasta el momento todas las tumbas halladas, tanto las que aparecen en la unidad excavada como aquéllas objeto de las excavaciones clandestinas, responden a esta clase de enterramientos.

Las tumbas presentan una o varias lajas planas de caliza, por lo general de forma irregular y dimensiones variables, que sirven de cubierta, mientras que las paredes se organizan a base de bloques, todos ellos de caliza, normalmente paralelepípedos, bastante regulares y que presentan siempre muy plana la cara visible desde el interior de la tumba.

En las paredes, y en menor medida en la cubierta, se encuentran, además, calizas de reducidas dimensiones, que se encajan entre las lajas, con objeto de dar mayor consistencia a la estructura del enterramiento.

El suelo de las tumbas está compuesto, en todas ellas, por la propia tierra, advirtiéndose cierta regularización en el mismo, hasta el punto de que se puede decir que, en algunas de las tumbas, aparece un auténtico suelo plano.

En lo que se refiere a su forma, se trata de enterramientos, en conjunto, ligeramente trapezoidales; son un poco más anchos en la cabecera que en los pies.

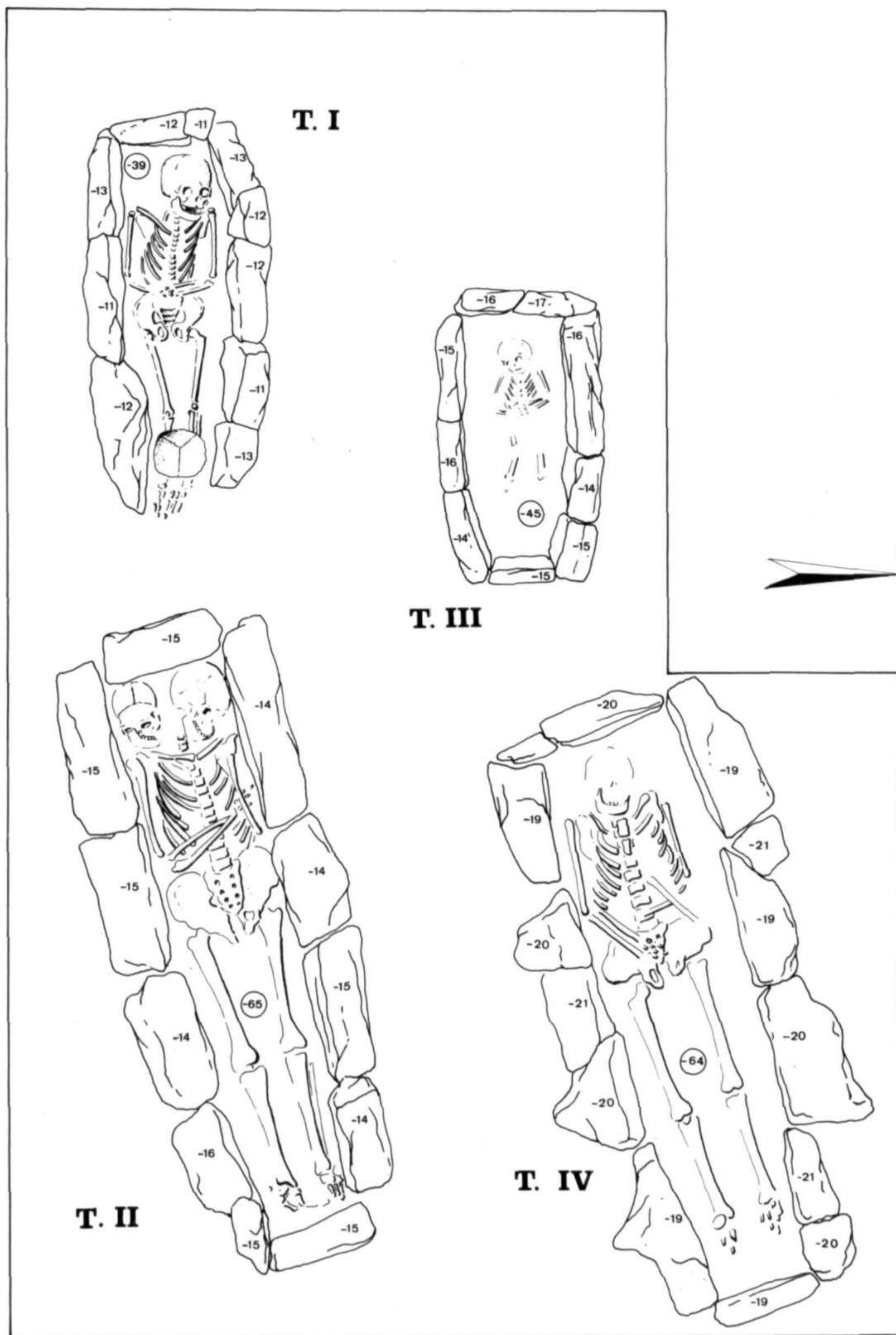


Fig. 3. - Plano general de la excavación de «Los Centenales», Benegiles (Zamora). Enterramientos.

Las inhumaciones que aparecen en el interior de las tumbas también cuentan con una serie de caracteres comunes. Así, por ejemplo, todos los individuos se encuentran decúbito supino, con las manos cruzadas sobre el cuerpo y orientadas con la cabeza hacia occidente. Posición, esta última, común a los enterramientos cristianos de época medieval (1).

En al menos dos de las tumbas se advierte cómo han sido reaprovechadas. El caso más evidente lo ofrece la tumba II, en donde la inhumación completa de un individuo se acompaña de tres cráneos, todos ellos situados en el extremo occidental del enterramiento. Ello cabría interpretarlo como un deseo de mantener en la tumba, a la hora de reutilizar la misma, una especie de símbolo de los individuos anteriormente depositados allí (2).

La falta de datos nos impiden valorar otra serie de cuestiones indudablemente de gran interés. No nos es factible, entre otras cosas, realizar un estudio cuantitativo sobre el número de tumbas que comprendería la necrópolis, ya que, por el momento, desconocemos los límites de la misma, con el agravante, además de que el sector meridional fue destruido por las obras. De todos modos, si que podemos manifestar, por lo que se aprecia en el área excavada, que la necrópolis goza de una notable organización, además de una importante densidad de enterramientos, aunque sin llegar, en este punto, a lo observado en otras necrópolis con tumbas de lajas (3).

Si bien es verdad que la falta de hallazgos de cultura material es corriente en la necrópolis medievales cristianas, resulta significativo que no localizáramos resto alguno de un posible ajuar que acompañara a las inhumaciones, ni tampoco clavos, remaches, etc..., que nos señalen la presencia de ataúdes.

ENCUADRAMIENTO CULTURAL Y CRONOLOGICO

Hasta la fecha, no hemos hallado en el área excavada, ni en las diversas prospecciones realizadas en el yacimiento, fragmentos cerámicos u otro tipo de materiales significativos que pudieran proporcionarnos alguna indicación cronológica.

Tampoco podemos apoyar nuestro estudio en la conexión de la Necrópolis —como es habitual en las Necrópolis medievales cristianas— con una posible construcción situada en las inmediaciones, ello independientemente de que existiera en su día o de que esté aún por localizar.

A falta de estos datos es precisamente la interpretación de las estructuras halladas, es decir, el estudio tipológico de los enterramientos, el mejor elemento de juicio a la hora de intentar aproximarnos a la cronología de «Los Centenales».

Las Necrópolis de tumbas de lajas tienen una larga tradición de estudios y se extienden, en lo que se refiere a la cuenca del Duero, por un amplio territorio.

Las excavaciones se remontan a la década de los 50; a esta época pertenecen los trabajos de García Guinea sobre la Necrópolis de Villabrágima, Valladolid, cementerio que abarca, principalmente, todo el siglo XII, sin alcanzar en ningún caso el siglo XIII (4).

(1) La casi total ausencia, en este capítulo, de referencias a las características de los individuos hallados se debe a que toda esa serie de datos se recogen en un estudio anatómico que esperamos finalizar en breve.

(2) El reaprovechamiento de los enterramientos es frecuente en las necrópolis medievales cristianas. Centrándonos en los yacimientos con tumbas de lajas, conocemos tumbas reaprovechadas, entre otros, en Tiermes (Argente Oliver, J. L. y otros, *Tiermes I*, E.A.E., 111, Madrid, 1980, p. 272), Velilla del Río Carrión (Martín Valls, R., *La Necrópolis de época de repoblación de Velilla del Río Carrión (Provincia de Palencia)*, NAHisp., VI, Madrid, 1962, p. 213), o en Valeria (Fernández, J. J. *Avance de las excavaciones en el conjunto medieval de Valeria (Cuenca)*, XV CNArq., Lugo, 1977, Zaragoza, 1979, p. 1.176).

(3) Por ejemplo, en la necrópolis de Tiermes las tumbas se encuentran tan próximas que casi contactan unas con otras (Argente - Oliver, J. L. y otros, *Tiermes I*, ob. cit., p. 266).

(4) GARCÍA GUINEA, M. A.: *Excavación de una Necrópolis Medieval en Villabrágima (Valladolid)*, BSAA, XXI-XXII, 1954-1956, p. 51.

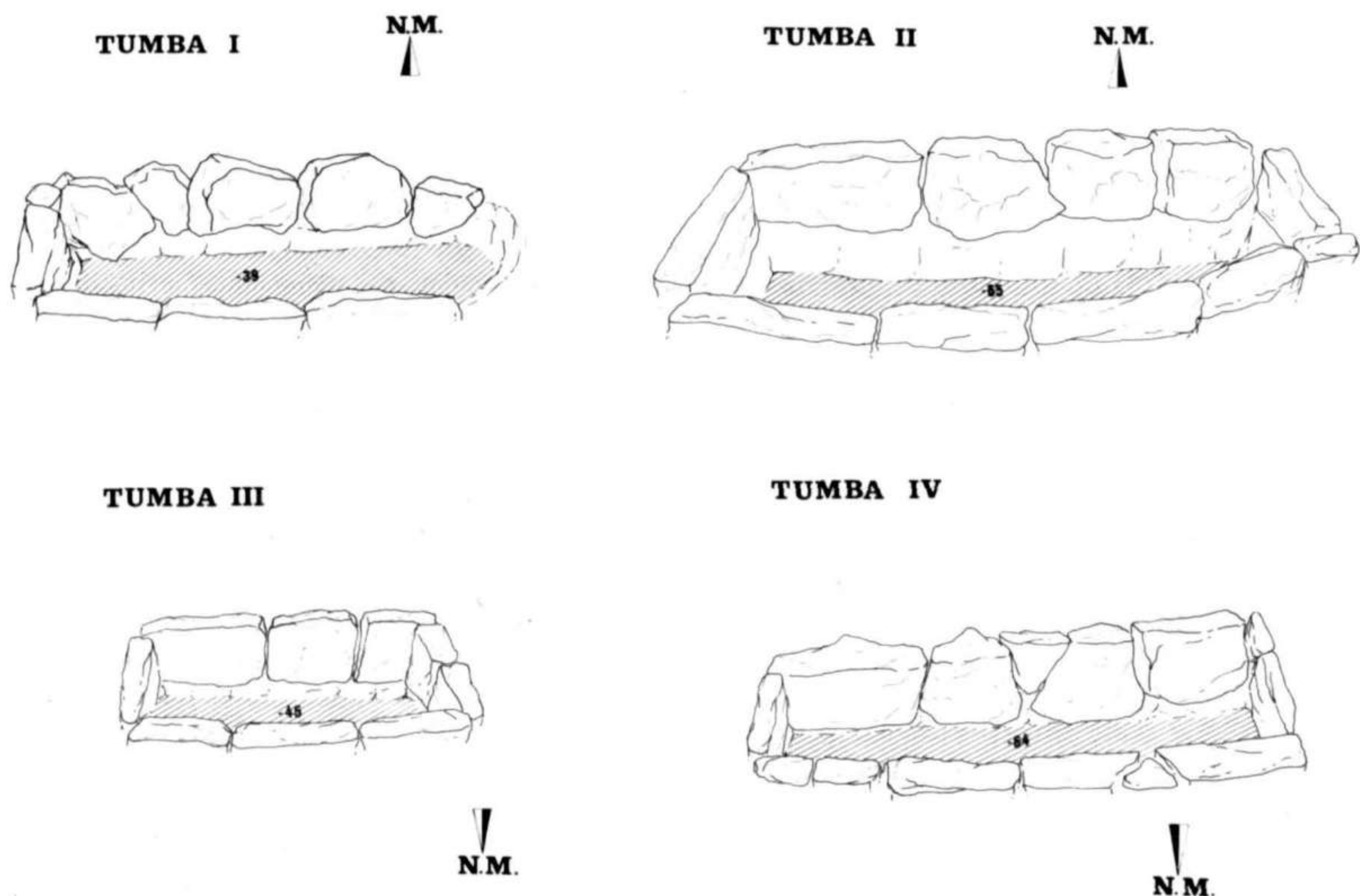


Fig. 4. - Estructura de las tumbas halladas.

En los años 60 se generalizan las investigaciones sobre Necrópolis en las que aparecen tumbas de lajas; entre otros, podemos mencionar los estudios de R. Martín Valls, P. de Palol, Alberto del Castillo o nuevas investigaciones debidas a García Guinea.

Pero Martín Valls las tumbas de lajas de Velilla del Río Carrión o aquellas otras descubiertas en varios yacimientos vallisoletanos, se remontarían en su mayor parte a la época de la Repoblación, sin más precisión cronológica que su pertenencia al Alto Medievo (5).

Parecido encuadramiento histórico adopta P. de Palol en las conclusiones que lleva a cabo sobre las tumbas excavadas de San Juan de Baños, Palencia (6).

Por su parte, La Necrópolis con tumbas de lajas de El Castellar en Villagimena, Palencia, manifiesta un desarrollo cronológico similar, sólo en parte, a los últimos cementerios mencionados, ya que, si bien según García Guinea alcanza el siglo X, su principio, siempre según este investigador, habría que buscarlo en el momento visigodo. Constatándose así una continuidad de poblamiento en el lugar desde el siglo VII hasta el siglo X (7).

Estos trabajos citados, sin duda alguna, aportan mucha luz sobre los enterramientos de lajas, pero será Alberto del Castillo quien realice la primera síntesis sobre este tipo de tumbas.

(5) MARTIN VALLS, R.: *La Necrópolis de...*, Ob. cit., p. 213. Martín Valls, R., *Nuevas Necrópolis altomedievales en la provincia de Valladolid*, BSAA, XXIX, 1963, p. 256.

(6) PALOL, P. de: *Excavaciones en la Necrópolis de S. Juan de Baños (Palencia)*, E.A.E., 32, Madrid, 1964, p. 23.

(7) GARCIA GUINEA, M. A., GONZALEZ ECHEGARAY, J. y MADARIAGA DE LA CAMPA, B.: *El Castellar, Villagimena (Palencia)*, E.A.E., 22, Madrid, 1963, p. 19.

Para Alberto del Castillo existirían tres tipos principales de enterramientos medievales cristianos: Las tumbas excavadas en la roca —comúnmente denominadas «Olerdolanas», por su hallazgo en esta población terraconense—, las tumbas de lajas y los enterramientos realizados en sarcófagos exentos.

Las más antiguas serían las tumbas excavadas en la roca, ya sean del tipo «Antropomorfo» o del denominado de «Bañera», que ocuparían principalmente el último tercio del siglo IX y todo el siglo X (8).

A este tipo de tumbas sucedería el de lajas, que cronológicamente se sitúan en el siglo XI, si bien manifiestan cierta pervivencia durante el siglo XII (9). Por último los sarcófagos exentos pertenecerían al siglo XII, aunque también se constatan en el XIII (10).

Esta teoría desde su exposición viene siendo mantenida con más o menos integridad por los sucesivos investigadores del tema. De ella participan, entre otros, E. Loyola Perea para algunas Necrópolis halladas en la provincia de Burgos (11), M. A. Golvano Herrero para las excavaciones de Duruelo de la Sierra, Soria (12), San Frutos del Duratón (13) y Fuentidueña (14) ambas en Segovia, o más recientemente García Lomas en su estudio de las tumbas aparecidas junto a Tordesillas, Valladolid (15).

Estas cronologías mantenidas por Alberto del Castillo son además admitidas para yacimientos situados más allá, pero en zonas cercanas, del ámbito territorial que nos interesa. Así cabe interpretar los trabajos de Armando Llanos sobre la Rioja Alavesa (16), de Izquierdo Benito en la Necrópolis de Trillo, Guadalajara (17) o de Esther Perea sobre San Vicente de Sonsierra, Rioja (18).

También Manuel Riu acepta, aunque matizando ciertos aspectos, el esquema de Alberto del Castillo. Así para Manuel Riu las tumbas de «bañera» serán características del siglo IX y comienzos del X. Las Tumbas «Antropomorfas», asimismo excavadas en la roca, aparecerían a finales del siglo IX, pero principalmente se desarrollarían en el siglo X. Las tumbas de lajas abundarían durante el siglo XI y parte del XII, manifestando, además, este investigador que en Aragón este tipo de tumbas ocuparían el mismo espacio cronológico que el observado para el centro de la Meseta (19). Por último, los sarcófagos exentos serán corrientes en los siglos XII y XIII, apreciándose en este último siglo una progresiva reducción del tamaño del sarcófago (20).

De todos modos, estos argumentos cronológicos, aunque válidos en la actualidad para una interpretación general de las Necrópolis medievales cristianas, han de ser asumidas con cierta cautela, ya que, cualquiera de los tres tipos de tumbas, a los que

(8) CASTILLO, A. DEL: *Cronología de las tumbas llamadas «Olerdolanas»*, XI CNArq., Mérida, 1968, Zaragoza, 1970, pp. 839-840. Castillo, A. del *Las insculturas rupestres en la Necrópolis altomedieval de Revenga (Burgos)*, XII CNArp., Jaén, 1971, Zaragoza, 1973, p. 798.

(9) CASTILLO, A. DEL: *Excavaciones altomedievales en las Provincias de Soria, Logroño y Burgos*, E.A.E., 74, Madrid, 1972, pp. 6 y 45.

(10) CASTILLO, A. DEL: *Cronología...*, ob. cit., p. 845.

(11) LOYOLA PEREA, E.: *Nuevas aportaciones al estudio de la Arqueología Altomedieval en las provincias de Logroño y Burgos*, XIV - CNArp., Vitoria, 1975, Zaragoza, 1977, p. 1.228.

(12) GOLVALO HERRERO, M. A.: *Avance sobre la Necrópolis de Duruelo de La Sierra (Soria)*, XII CNArq., Jaén, 1971, Zaragoza, 1973, p. 811.

(13) GOLVANO HERRERO, M. A.: *Tumbas excavadas en la roca en San Frutos del Duratón (Segovia)*, XIV CNArq., Vitoria, 1975, Zaragoza, 1977, p. 1.256.

(14) GOLVANO HERRERO, M. A.: *La Necrópolis Altomedieval de Fuentidueña (Segovia)*, julio 1972, julio 1973, NAHip., Arqueología 5, Madrid, 1977, P. 362.

(15) GIMENO GARCIA LOMAS, R. y otros: *La Necrópolis Medieval de Tordesillas (Valladolid)*, NAHis., XV, Madrid, 1983, p. 291.

(16) LLANOS, A.: *Necrópolis Altomedievales en la zona Occidental de la Rioja Alavesa*, NAHis., 4, Madrid, 1976, p. 655.

(17) IZQUIERDO BENITO, R., e IZQUIERDO BERTIZ, J. M.: *Excavaciones en la Necrópolis Altomedieval de Trillo (Guadalajara)*, 1972, NAHis., Arqueología 5, Madrid, 1977, p. 406.

(18) LOYOLA PEREA, E.: *Avance sobre las excavaciones en Santa María de La Piscina (San Vicente de la Sonsierra, Logroño)*, XV CNArq., Lugo, 1977, Zaragoza, 1979, pp. 1.121-1.125.

(19) RIU, M.: *Arqueología Medieval en España*, Editorial Teide, Barcelona, 1977, p. 453.

(20) *Ibidem*, pp. 455 y 456.

constantemente venidos aludiendo, gozan de límites cronológicos mucho más amplios que los mencionados.

Los enterramientos excavados en la roca se remontan, por ejemplo, a la época Tardorromana y Visigótica (21) y continúan empleándose en la repoblación del siglo XII, fecha en que se datan los hallazgos de Alcañiz Viejo (22), o las tumbas que responden a este tipo de enterramientos encontradas en Hipiana, Zaragoza (23).

Otro tanto sucede con los enterramientos en sarcófagos, muy abundantes en los siglos XII y XIII, pero presentes ya en Necrópolis cristianas del siglo X (24).

En lo que se refiere a las tumbas de lajas, para Manuel Riu sucederían a unos enterramientos pertenecientes a los siglos VIII y IX en los que se depositaba el cadáver de lado y con una hilera de losas a lo largo del cuerpo (25).

Sin embargo, no hemos de olvidar que las inhumaciones en el interior de una estructura formada a base de lajas de caliza son ya abundantes en la etapa visigoda. A modo de ejemplo, y sin querer ser exhaustivos, podemos mencionar los hallazgos de Simancas (26), Duratón (27) o Piña de Esgueva (28).

Observamos su presencia, también, en Necrópolis pertenecientes a los siglos inmediatamente posteriores a la dominación visigoda. En los siglos VIII al X se fecharían, entre otras, algunas de las tumbas aparecidas en Villagimena (29), La Vega de Pedraza (30) o Cogeces de Iscar (31), yacimientos de Palencia, Segovia, y Valladolid, respectivamente.

Si como queda expuesto los enterramientos a base de lajas son relativamente frecuentes antes del siglo XI –momento al que generalmente se les viene asignando–, otro tanto sucede al analizar los hallazgos de estas tumbas datables en siglos posteriores. Necrópolis pertenecientes a los siglos XII y XIII, en muchos de los casos ligadas a construcciones románicas. Tal es el caso del cementerio de Villabrágima, Valladolid, fechado en el siglo XII (32), La Necrópolis de la Ermita de Nuestra Señora de Tiermes, Soria, que comprendería de los siglos XII al XIV (33), o las tumbas aparecidas en Valeria, Cuenca, próximas a una Iglesia –perteneciente al Románico Tardío– construida a principios del siglo XIII (34). Si bien, en esta última Necrópolis mencionada, se observan ciertas diferencias con las más típicas Necrópolis de lajas. A veces aparece argamasa de arena y cal como refuerzo de las paredes y también caja para la cabeza que no se advierte desde el exterior de la tumba, todo lo cual supone un perfeccionamiento en el sistema constructivo (35). Además, al contrario de lo que sucede en la mayoría de los cementerios con enterramientos de lajas, algunas de las tumbas presentan ajuar en el interior de las mismas (36).

Por último, no queremos dejar de mencionar, entre las tumbas de lajas posteriores al siglo XII, las aparecidas en Dehesa de Baños, Hipiana (Zaragoza). Esta zona fue

(21) CASTILLO, A. DEL: *Cronología de...*, ob. cit., p. 838.

(22) *Ibidem*, p. 845.

(23) MARTIN BUENO, M. A.: *La Necrópolis Medieval de Dehesa de Baños, Hipiana (Zaragoza)*, Homenaje a José M.^a Lacarra, T. I., Zaragoza, 1972, p. 341.

(24) CASTILLO, A. DEL: *Cronología de...*, ob. cit., p. 845.

(25) RIU, M.: *Arqueología...*, ob. cit., p. 456.

(26) PALOL, P. DE y WATTEMBERG, F.: *Carta Arqueológica de España. Valladolid*, Valladolid, 1974, p. 152.

(27) MOLINERO PÉREZ, A.: *La Necrópolis Visigoda de Duratón (Segovia)*, AAHip., IV, Madrid, 1948, Lám. X, XI y XII.

(28) PALOL, P. DE y WATTEMBERG, F.: *Carta...*, ob. cit., p. 117.

(29) GARCIA GUINEA, M. A.; GONZALEZ ECHEGARAY, J., y MADARIAGA DE LA CAMPA, B.: *El Castellar...*, ob., cit., p. 31.

(30) Izquierdo Bertiz, J. M.: *La Necrópolis Medieval de Las Vegas de Pedraza (Segovia)*, XIV CN. Arq., Vitoria, 1975, Zaragoza, 1977, p. 1.247.

(31) MARTIN VALLS, R.: *Nuevas...*, ob. cit., p. 254.

(32) GARCIA GUINEA, M. A.: *Excavación...*, ob. cit., p. 51.

(33) CASA-MARTINEZ, C. F. de, e IZQUIERDO BERTIZ, J. M. *Excavaciones en la Necrópolis Medieval de Tiermes, Campaña, 1978*, Celtiberia, 57, 1979, p. 121.

(34) FERNANDEZ, J. J.: *Avance...*, ob. cit., p. 1.176.

(35) *Ibidem*, p. 1.177.

(36) *Ibidem*, p. 1.178.

tomada a los musulmanes a mediados del siglo XII (37), por lo que, según Martín Bueno, la Necrópolis cristiana con tumbas excavadas en la roca, descubierta allí, se situaría en el último tercio del siglo XII, mientras que la hallada a menos de 2 Kms. de la anterior, pero en la que sólo se localizan tumbas de lajas, habría que llevarlas, siempre según este investigador, a principios del siglo XIII (38).

Estas notas acerca de las tumbas de lajas nos conducen a una serie de conclusiones sobre la cronología que abarca este tipo de enterramientos. Pero evidentemente es necesario acudir a otra serie de argumentos, sobre todo a aquéllos de índole histórica, a la hora de intentar determinar con algo más de precisión a qué momento cronológico pertenece la Necrópolis de «Los Centenales».

No tenemos noticias de Benegiles que se remonten al Medievo, sin embargo, creemos que este handicap puede subsanarse, en cierto modo, si basamos nuestras observaciones en el análisis del hábitat medieval de la comarca.

Desconocemos, por el momento, el poblamiento medieval de las tierras zamoranas al Norte del Duero y próximas al mismo anterior al siglo X, fecha en la que generalmente se admite sucede la repoblación de estos territorios. Para M.^a Luisa Bueno Domínguez la fundación de Zamora, su consolidación como fortaleza y la creación de su episcopado tiene lugar en el siglo X (39).

También, en este siglo, se constatan dos monasterios a los que cabe ligar, en buena parte, el desarrollo de esta comarca. El monasterio de Moreruela, fundado por Alfonso III (40), y el Monasterio de Sahagún de Campos, situado en la provincia de León y que ya en el siglo X extiende sus dominios a poblaciones, en gran parte cercanas al cenobio, localizadas, al igual que Benegiles, en la cuenca del Valderaduey (41).

Resultan significativas las diferencias que se aprecian, a través de las posesiones del Monasterio de Sahagún, en el poblamiento de Valderaduey; mientras que el curso alto y medio del río, sobre todo en las cercanías del monasterio, se encuentra relativamente poblado ya en el siglo X, parece que no sucede otro tanto en la comarca de Benegiles; puesto que si bien conocemos dominios del monasterio, durante el siglo X, en bastantes localidades zamoranas, una de ellas Coreses, al sur de Benegiles y próxima a Zamora (42), habrá que esperar a finales del siglo XI para documentar posesiones del Monasterio en el bajo Valderaduey, concretamente en la localidad de Pobladura de Valderaduey (43).

Aunque todo hace pensar que el proceso repoblador en las cercanías de Zamora se intensifica en el siglo XI (44), tampoco son muy abundantes las noticias referidas a la zona de Benegiles que datan de este siglo; aparte de la mencionada posesión del Monasterio de Sahagún de Campos en Pobladura de Valderaduey, sólo poseemos un dato más que nos confirma la existencia, a mediados de siglo, de Malva, localidad situada al Noroeste de Benegiles (45).

Será a partir del siglo XII cuando dispongamos de más amplia documentación sobre estas tierras. Con Alfonso VII tenemos constancia de que se repueblan varias localidades (46), e igual sucede, aunque en menor medida, durante el reinado de sus

(37) MARTÍN BUENO, M. A.: *La Necrópolis...*, ob. cit., p. 347.

(38) *Ibidem*, p. 346.

(39) BUENO DOMÍNGUEZ, M.^a L.: *Historia de Zamora. Zamora en el siglo X*, Zamora, 1983, p. 26.

(40) FERNÁNDEZ DURO, C.: *Memorias históricas de la ciudad de Zamora, su provincia y obispado*, T. I., Madrid, 1882, p. 220.

(41) GONZÁLEZ GARCÍA, M.: *El Monasterio de Sahagún hasta el año 1.100*, Archivos Leoneses, XXI, León, 1967, Mapa General de las propiedades del Monasterio hasta el año 1.100.

(42) *Ibidem*, p. 343.

(43) *Ibidem*, Mapa General de las posesiones del Monasterio hasta el año 1.100.

(44) FERNÁNDEZ DURO, C.: *Memorias...*, ob. cit., p. 231.

(45) GONZÁLEZ GARCÍA, M.: *El Monasterio...*, ob. cit., p. 302.

(46) MARTÍN, J. L.: *Documentos Zamoranos (I)*, *Documentos del archivo Catedralicio de Zamora, Primera Parte (1.128-1.261)*, Salamanca, 1982, p. 11. FERNÁNDEZ DURO C.: *Memorias...*, ob. cit., p. 335.

sucesores (47). Según Julio González, tanto en el reinado de Fernando II (48), como en el de Alfonso IX (49) –si bien este monarca concede gran atención a la Sanabria (50)– se documenta repoblación en las cercanías de la capital zamorana. Por ejemplo, Gómez Moreno señala que a finales del siglo XII surge Castronuevo, población situada a orillas del Valderaduey y a escasamente 16 Kms. al Norte de Benegiles (51).

Otros datos nos confirman el auge de esta zona en la 2.^a mitad del siglo XII. Así, para M.^a Luisa Bueno Domínguez, el monasterio de Moreruela, tiene su máximo esplendor precisamente en esa época (52). Por último y en lo que se refiere a la propia población de Benegiles, según Guadalupe Ramos, a finales del siglo se construye la Iglesia perteneciente al Románico Tardío (53).

Resumiendo, nos inclinamos a pensar que, salvo casos aislados que pudieran corresponder al siglo X, la repoblación de la comarca en que se inserta Benegiles transcurre, principalmente durante los siglos XI y XII. El hecho evidente es que esta área geográfica alcanza un amplio desarrollo en la segunda mitad del siglo XII. Momento en el que, por primera vez, documentamos la existencia de Benegiles y al que, por otro lado, cabe atribuir ciertos vestigios arqueológicos de época medieval hallados en el término municipal (54). Sin ir más lejos el yacimiento de Carralcueva, situado a menos de 1 Km. de «Los Centenales» en la orilla izquierda del Valderaduey, depara entre sus materiales algunas cerámicas pertenecientes a finales del siglo XII.

CONCLUSION

De todo lo expuesto se deduce que las necrópolis cristianas en las que aparecen tumbas de lajas abarcan un espacio cronológico muy amplio. Se constatan entre los siglos VIII y X, pero son sin duda más frecuentes durante los siglos XI, XII y principios del XIII, si bien en este último siglo ciertas necrópolis ya denotan algunas diferencias con los más típicos enterramientos en lajas.

No nos parece por tanto muy aventurado afirmar, sin descartar otras hipótesis, que la Necrópolis de «Los Centenales» podría situarse, cronológicamente, considerando para ello la evolución histórica de la zona, en los siglos XI y XII. Inclinandonos más en favor de su atribución al siglo XII, ya que la comarca zamorana, en donde se ubica Benegiles, manifiesta un amplio desarrollo iniciado en el siglo XI pero que tiene su auge, sobre todo, en la segunda mitad del siglo XII. De esta fecha, en el término de Benegiles se documenta un despoblado cercano a la necrópolis de «Los Centenales» y en la propia población asistimos a la construcción de la Iglesia Románica *.

(47) GONZALEZ, J.: *Reconquista y Repoblación de Castilla, León, Extremadura y Andalucía (siglos XI a XIII)*, La reconquista española y la repoblación del país, Zaragoza, 1951, p. 192.

(48) GONZALEZ, J.: *Regesta de Fernando II*, Madrid, 1943, p. 472. Fernández Duro, C., *Memorias...*, ob. cit., p. 345.

(49) GONZALEZ, J.: *Alfonso IX*, Madrid, 1944, pp. 262-265.

(50) *Ibidem*, p. 263.

(51) GOMEZ MORENO, M.: *Catálogo Monumental de la provincia de Zamora*, León, 1980, p. 252.

(52) BUENO DOMINGUEZ, M.^a L.: *El Monasterio de Santa M.^a de Moreruela (1143-1300)*, Zamora, 1975, pp. 37 y ss.

(53) RAMOS DE CASTRO, G.: *El Arte Románico en la Provincia de Zamora*, Valladolid, 1972, p. 257.

(54) Tenemos noticias de varios yacimientos, en el término municipal de Benegiles, correspondientes a la época medieval. Gómez Moreno señala que en Benegiles se desenterraron muchas sepulturas que, por varios aspectos, entre ellos su orientación, quizás pudieran pertenecer a aquel momento (Gómez Moreno, M., *Catálogo...*, ob. cit., p. 53). Guadalupe Ramos menciona el despoblado de Carralcueva (RAMOS DE CASTRO, G., *El Arte...*, ob. cit., p. 254) y recientemente, fruto de diversas prospecciones por el término de Benegiles, hemos localizado otras estaciones arqueológicas, algunas de cronología incierta, pero en todo caso asignables al bajo medievo.

(*) Queremos expresar nuestra gratitud a D. José Antonio Rodríguez Marcos, que colaboró con nosotros en la excavación de «Los Centenales», al Dr. Germán Delibes de Castro y al Dr. Pascual Martínez Sopena por sus valiosas indicaciones.

Con posterioridad a la aparición del N.A.H. 21 se ha recibido en este Departamento el siguiente escrito, con la petición expresa de su publicación:

En el Volumen 21 (1985) de este Noticiario, pp. 181-220, y firmada por T. Mañanes y C. García Merino, ha aparecido publicada la Memoria de dos campañas de excavaciones en las murallas de Astorga.

Deseo aclarar que mi mención como coautora se debe a algún error, ajeno por completo a mi voluntad. Tal mención es inexacta, dado que en ningún momento he colaborado en la redacción de la Memoria, el estudio de los materiales y las interpretaciones contenidas en ella, que son responsabilidad exclusiva de T. Mañanes.

Mi participación se limitó —como correctamente figura en la nota 1 de dicha publicación— únicamente al desarrollo práctico de la primera campaña (1971).

Carmen García Merino

MINISTERIO DE CULTURA

DIRECCION GENERAL DE BELLAS ARTES Y ARCHIVOS

SUBDIRECCION GENERAL DE ARQUEOLOGIA Y ETNOGRAFIA

Todo publicado por el Ministerio de Cultura y el Subcomité de Arqueología y Etnografía, Caracas, 1917.

1. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XVIII EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

2. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XIX EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

3. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XX EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

4. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XXI EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

5. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XXII EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

6. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XXIII EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

7. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XXIV EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

8. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XXV EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

9. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XXVI EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

10. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XXVII EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

11. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XXVIII EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

12. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XXIX EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

13. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XXX EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

14. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XXXI EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

15. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XXXII EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

16. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XXXIII EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

17. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XXXIV EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

18. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XXXV EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

19. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XXXVI EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

20. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XXXVII EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

CATALOGO DE PUBLICACIONES

20. **LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XXXVII EN LA CIUDAD DE CARACAS**, por el Sr. Juan José de la Cruz, 1916.

MINISTERIO DE CULTURA
DIRECCION GENERAL DE BELAS ARTES Y ARCHIVOS
SUBDIRECCION GENERAL DE ARQUEOLOGIA Y ETNOGRAFIA

CATALOGO
DE
PUBLICACIONES

Con posterioridad a la aparición del N.º A. H. 21 se ha recibido en este Departamento el siguiente escrito, con la petición expresa de su publicación:

En el Volumen 21 (1985) de este Noticiero, pp. 181-220, y firmada por T. Mañanes y C. García Merino, ha aparecido publicada la Memoria de dos campañas de excavaciones en las murallas de Astorga.

Deseo aclarar que mi mención como coautora se debe a alguna mención ajena por completo a mí. Tal mención es inexacta, dado que en ningún momento he colaborado en la redacción de la Memoria, el estudio de los materiales y las interpretaciones contenidas en ella, que son responsabilidad exclusiva de T. Mañanes.

Mi participación se limita — como correctamente figura en la nota 1 de dicha publicación — únicamente al desarrollo práctico de la primera campaña (1971).

Carmen García Merino

MEMORIAS DE LA JUNTA SUPERIOR DE EXCAVACIONES Y ANTIGÜEDADES

Serie publicada por la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades desde 1916 a 1935.

1. EXCAVACIONES DE NUMANCIA, por José Ramón Mélida. Madrid, 1916. Precio, 300 ptas.
2. EXCAVACIONES EN MERIDA, por José Ramón Mélida. Agotado. Madrid, 1916.
3. EXCAVACIONES EN CLUNIA, por Ignacio Calvo. Agotado. Madrid, 1916.
4. EXCAVACIONES EN EL ANFITEATRO DE ITALICA, por Rodrigo Amador de los Rios. Madrid, 1916. Precio, 350 ptas.
5. EXCAVACIONES EN PUNTA DE LA VACA (CADIZ), por Pelayo Quintero. Madrid, 1916. Precio, 200 ptas.
6. EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS DEL VALLE DEL DUERO, por Antonio Blázquez. Agotado. Madrid, 1916.
7. MEMORIA DE SECRETARIA. Agotado. Madrid, 1916.
8. EXCAVACIONES EN LA CUEVA Y COLLADO DE LOS JARDINES (SANTA ELENA, JAEN), por Ignacio Calvo y Juan Cabré. Agotado. Madrid, 1917.
9. EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS DEL VALLE DEL DUERO Y CASTILLA LA NUEVA, por Antonio Blázquez y Claudio Sánchez Albornoz. Agotado. Madrid, 1917.
10. EXPLORACIONES EN TOLEDO, por Rodrigo Amador de los Rios. Madrid, 1917. Precio, 400 ptas.
11. EXCAVACIONES EN MERIDA: UNA CASA-BASILICA ROMANO-CRISTIANA, por José Ramón Mélida. Agotado. Madrid, 1917.
12. EXCAVACIONES EN PUNTA DE LA VACA Y EN PUERTA DE TIERRA (CADIZ), por Pelayo Quintero. Agotado. Madrid, 1917.
13. EXCAVACIONES EN EL DOLMEN DE LLANERA (SOLSONA), por Juan Serra. Madrid, 1917. Precio, 200 ptas.
14. MEMORIA DE SECRETARIA. Madrid, 1917. Precio, 300 ptas.
15. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS: BRIVIESCA A PAMPLONA Y BRIVIESCA A ZARAGOZA, por Antonio Blázquez y Claudio Sánchez Albornoz. Agotado. Madrid, 1918.
16. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN LA CUEVA Y COLLADO DE LOS JARDINES (SANTA ELENA, JAEN), por Ignacio Calvo y Juan Cabré. Agotado. Madrid, 1918.
17. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN BILBILIS, CERRO DE BAMBOLA (CALATAYUD), por Narciso Sentenach. Agotado. Madrid, 1918.
18. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN EXTRAMUROS DE LA CIUDAD DE CADIZ, por Pelayo Quintero. Madrid, 1918. Precio, 200 ptas.
19. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN NUMANCIA, por José Ramón Mélida. Agotado. Madrid, 1918. Precio, 300 ptas.
20. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN CALA D'HORT (IBIZA), por Carlos Román. Madrid, 1918. Precio, 300 ptas.
21. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN LA CUEVA DEL SEGRE, por Juan Serra. Madrid, 1918. Precio, 300 ptas.

22. EXCAVACIONES EN LA CUEVA DE COLLADO DE LOS JARDINES (SANTA ELENA, JAEN), por Ignacio Calvo y Juan Cabré Aguiló. Agotado. Madrid, 1919.
23. EXCAVACIONES EN EL ANFITEATRO DE MERIDA, por José Ramón Mélida. Agotado. Madrid, 1919.
24. EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS: DE BOTOA A MERIDA; MERIDA A SALAMANCA; ARRIACA A SIGÜENZA; ARRIACA A TITULCIA; SEGOVIA A TITULCIA Y ZARAGOZA A SEARNE, por Antonio Blázquez y Claudio Sánchez Albornoz. Agotado. Madrid, 1919.
25. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS IBERICA DE LA GALERA (GRANADA), por Juan Cabré y Federico Motes. Precio, 500 ptas.
26. EXCAVACIONES EN EXTRAMUROS DE CADIZ, por Pelayo Quintero. Precio, 200 ptas.
27. EXCAVACIONES EN CASTELLVALL (SOLSONA), por J. Serra. Precio, 200 ptas.
28. EXCAVACIONES EN IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1920. Precio, 200 ptas.
29. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS: DE CARRION A ASTORGA Y DE MERIDA A TOLEDO. EXCAVACIONES EN LANCIA, por Antonio Blázquez y Angel Blázquez. Agotado. Madrid, 1920.
30. EXCAVACIONES EN EXTRAMUROS DE CADIZ, por Pelayo Quintero. Madrid, 1920. Precio, 200 ptas.
31. EXCAVACIONES EN NUMANCIA, por José Ramón Mélida y Blas Taracena. Madrid, 1920. Precio, 300 ptas.
32. EXCAVACIONES EN NERTOBRIGA, por Narciso Sentenach. Madrid, 1920. Precio, 200 ptas.
33. EXCAVACIONES EN YACIMIENTOS PALEOLITICOS DEL VALLE DEL MANZANARES, por Paul Werner y José Pérez de Barradas. Agotado. Madrid, 1921.
34. EXCAVACIONES EN SEGOBRIGA, por Narciso Sentenach. Madrid, 1921. Precio, 200 ptas.
35. EXCAVACIONES EN EL POBLADO IBERICO DE ANSERESA (OLIUS), por Juan Serra. Madrid, 1921. Precio, 300 ptas.
36. EXCAVACIONES EN NUMANCIA, por José Ramón Mélida y Blas Taracena. Madrid, 1921. Precio, 400 ptas.
37. EXCAVACIONES EN EL ANFITEATRO DE ITALICA, por el Conde de Aguilar. Madrid, 1921. Precio, 200 ptas.
38. EXCAVACIONES EN MONTE-CILLAS, por Ricardo del Arco. Madrid, 1921. Precio, 300 ptas.
39. EXCAVACIONES EN MERIDA, por José Ramón Mélida. Madrid, 1921. Precio, 300 ptas.
40. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS, por Antonio Blázquez y Angel Blázquez. Madrid, 1921. Precio, 300 ptas.
41. EXCAVACIONES EN LA SERRETA (ALCOY), por Camilo Visedo Moltó. Madrid, 1922. Precio, 300 ptas.
42. EXCAVACIONES EN YACIMIENTOS PALEOLITICOS DEL VALLE DEL MANZANARES, por José Pérez de Barradas. Madrid, 1922. Precio, 400 ptas.
43. EXCAVACIONES EN DIVERSOS LUGARES DE LA ISLA DE IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1922. Precio, 300 ptas.
44. EXCAVACIONES EN EL POBLADO IBERICO DE SAN MIGUEL DE SORBA, por Juan Serra y Vilaró. Madrid, 1922. Precio, 500 ptas.

45. EXCAVACIONES EN LA SERRETA (ALCOY), por Camilo Visedo. Madrid, 1922. Precio, 400 ptas.
46. EXCAVACIONES EN DIVERSOS LUGARES DE LA ISLA DE IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1922. Precio, 400 ptas.
47. EXCAVACIONES EN SENA, por Vicente Bordaviú. Madrid, 1922. Precio, 300 ptas.
48. EXCAVACIONES EN SAGUNTO, por Manuel González Simancas. Madrid, 1923. Precio, 500 ptas.
49. EXCAVACIONES EN NUMANCIA, por Ramon Melida y Blas Taracena Aguirre. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
50. EXCAVACIONES EN YACIMIENTOS PALEOLITICOS DE LOS VALLES DEL MANZANARES Y DEL JARAMA, por José Pérez de Barradas. Madrid, 1923. Precio, 400 ptas.
51. EXCAVACIONES EN EL ANFITEATRO DE ITALICA, por el Conde de Aguilar. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
52. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS, por Antonio Blázquez y Angel Blázquez. Madrid, 1923. Precio 300 ptas.
53. EXCAVACIONES EN LA CUEVA DEL REY, EN VILLANUEVA (SANTANDER), por Jesús Carballo. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
54. EXCAVACIONES EN MEDINA AZAHARA, por Ricardo Velázquez Bosco. Madrid, 1923. Precio, 600 ptas.
55. EXCAVACIONES EN UN MONUMENTO CRISTIANO BIZANTINO DE GABIA LA GRANDE (GRANADA), por Juan Cabré. Madrid, 1923. Precio, 400 ptas.
56. EXCAVACIONES EN EL MONTE "LA SERRETA", CERCA DE ALCOY, por Casimiro Visedo. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
57. EXCAVACIONES EN EXTRAMUROS DE CADIZ, por Francisco Cervera. Madrid, 1923. Precio, 400 ptas.
58. EXCAVACIONES EN IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
59. EXCAVACIONES EN VIAS ROMANAS: DE SEVILLA A CORDOBA, POR ANTEQUERA; DE CORDOBA A CASTULO, POR EPORA; DE CORDOBA A CASTULO, POR EL CARPPIO; DE PUENTE LA HIGUERA A CARTAGENA, Y DE CARTAGENA A CASTULO, por Antonio Blázquez y Delgado Aguilera y Antonio Blázquez Jiménez. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
60. EXCAVACIONES EN YACIMIENTOS PALEOLITICOS DEL VALLE DEL MANZANARES, por José Pérez de Barradas. Madrid, 1924. Precio, 300 ptas.
61. EXCAVACIONES EN NUMANCIA, por José Ramón Melida, Manuel Anibal Alvarez, Santiago Gómez Santa Cruz y Blas Taracena. Madrid, 1924. Precio, 400 ptas.
62. EXCAVACIONES EN EL MONTE "SANTA TECLA", EN GALICIA, por Ignacio Calvo y Sánchez. Madrid, 1924. Precio, 300 ptas.
63. EXCAVACIONES EN UNA ESTACION IBERICA, TERMAS ROMANAS Y TALLER DE "TERRA SIGILLATA", EN SOLSONA (LERIDA), por Juan Serra Vilaró. Madrid, 1924. Precio, 400 ptas.
64. EXCAVACIONES EN YACIMIENTOS PALEOLITICOS DEL VALLE DEL MANZANARES (MADRID), por José Pérez de Barradas. Madrid, 1924. Precio, 400 ptas.
65. EXCAVACIONES EN EL CERRO DEL BERRUECO, por P. César Morán. Madrid, 1924. Precio, 300 ptas.
66. EXCAVACIONES EN EL CABEZO DEL CUERVO, TERMINO DE ALCAÑIZ (TERUEL), por Pedro Paris y Vicente Bordaviú. Madrid, 1924. Precio, 300 ptas.

67. EXCAVACIONES EN MEDINA AZAHARA, por Rafael Jiménez, Rafael Castejón, Félix Hernández Jiménez, Ezequiel Ruiz Martínez y Joaquín María de Navascués. Madrid, 1924. Precio, 300 ptas.
68. EXCAVACIONES EN LA ISLA DE IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1924. Precio, 400 ptas.
69. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS, por Antonio Blázquez y Ángel Blázquez. Madrid, 1925. Precio, 300 ptas.
70. EXCAVACIONES EN EL ANFITEATRO DE ITALICA, por el Conde de Aguilar. Madrid, 1925. Precio, 300 ptas.
71. EXCAVACIONES EN DIVERSOS SITIOS DE LAS PROVINCIAS DE SEGOVIA Y DE CORDOBA, por Manuel Aulló Costilla. Madrid, 1925. Precio, 400 ptas.
72. EXCAVACIONES EN EL CIRCO ROMANO DE MERIDA, por José Ramón Mélida. Madrid, 1925. Precio, 300 ptas.
73. EXCAVACIONES EN ABELLA (SOLSONA), por Juan Serra Vilaró. Madrid, 1925-1926. Precio, 400 ptas.
74. EXCAVACIONES EN LAS FORTIFICACIONES DE NUMANCIA, por González Simancas. Madrid, 1926. Precio, 400 ptas.
75. EXCAVACIONES EN LA PROVINCIA DE SORIA, por Blas Taracena. Madrid, 1926. Precio, 500 ptas.
76. EXCAVACIONES EN LOS EXTRAMUROS DE CADIZ, por Pelayo Quintero. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
77. EXCAVACIONES EN EL SANTUARIO IBERICO DE NTRA. SRA. DE LA LUZ, EN MURCIA, por Cayetano de Mergelina. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
78. EXCAVACIONES EN "MAS DE MENENTA" (ALCOY), por Fernando Ponsell. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
79. EXCAVACIONES EN MOLA ALTA DE SERELLES (ALCOY), por Ernesto Gatella. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
80. EXCAVACIONES EN IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
81. EXCAVACIONES EN ITALICA, por el Conde de Aguilar. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
82. EXCAVACIONES EN OCILIS (MEDINACELI), por José Ramón Mélida. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
83. EXCAVACIONES EN SOLSONA, por Juan Serra Vilaró. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
84. EXCAVACIONES EN EXTRAMUROS DE CADIZ, por Pelayo Quintero. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
85. EXCAVACIONES EN MEDINA AZAHARA, por Rafael Jiménez Amigo, Ezequiel Ruiz Martínez, Rafael Castejón y Félix Hernández Jiménez. Madrid, 1926. Precio, 500 ptas.
86. EXCAVACIONES EN LAS PROVINCIAS DE SORIA Y LOGROÑO, por Blas Taracena Aguirre. Madrid, 1927. Precio, 500 ptas.
87. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN EL CERRO DEL CASTILLO DE SORIA, por Manuel González Simancas. Madrid, 1927. Precio, 300 ptas.
88. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS ROMANO-CRISTIANA DE TARRAGONA, por Juan Serra Vilaró. Agotado. Madrid, 1927.
89. EXCAVACIONES EN LAS MESAS DE VILLARREAL, EL CHORRO (MALAGA), por C. de Mergelina. Madrid, 1927. Precio, 500 ptas.
90. EXCAVACIONES EN MONTEALEBRE (DOMAYO), por Antonio Losada. Madrid, 1927. Precio, 300 ptas.

91. EXCAVACIONES EN IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1927. Precio, 300 ptas.
92. EXCAVACIONES EN SAGUNTO, por Manuel González Simancas. Madrid, 1927. Precio, 500 ptas.
93. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS ROMANO-CRISTIANA DE TARRAGONA, por Juan Serra Vilaró. Agotado. Madrid, 1928.
94. EXCAVACIONES EN MOLA ALTA DE SERELLES (ALCOY), por Ernesto Botella. Precio, 300 ptas.
95. EXCAVACIONES EN EXTRAMUROS DE CADIZ, por Pelayo Quintero. Madrid, 1928. Precio, 300 ptas.
96. EXCAVACIONES EN EL CIRCO ROMANO DE TOLEDO, por Manuel Castaños Montijano, Ismael del Pan Fernández, Pedro Román Martínez y Alfonso Rey Pastor. Madrid, 1928. Precio, 300 ptas.
97. EXCAVACIONES EN EL CERRO DEL TRIGO, TERMINO DE AYAMONTE (HUELVA), por Jorge Bonsor. Madrid, 1928. Precio, 300 ptas.
98. EXCAVACIONES DE MERIDA, por José Ramón Melida y Maximiliano Macías. Madrid, 1929. Precio, 400 ptas.
99. EXCAVACIONES EN CADIZ, por Pelayo Quintero. Madrid, 1929. Precio 300 ptas.
100. EXCAVACIONES EN TORREMANZANAS (ALICANTE), por José Belda Dominguez. Madrid, 1929. Precio, 350 ptas.
101. EXCAVACIONES EN EL ROQUIZAL DEL RULLO, TERMINO DE FABARRA (ZARAGOZA), por Lorenzo Perez Temprano. Madrid, 1929. Precio, 400 ptas.
102. EXCAVACIONES EN CARTAGENA, por Manuel González Simancas. Madrid, 1929. Precio, 300 ptas.
103. EXCAVACIONES EN LAS PROVINCIAS DE SORIA Y LOGROÑO, por Blas Taracena Aguirre. Madrid, 1929. Precio, 400 ptas.
104. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS ROMANO-CRISTIANA DE TARRAGONA, por Juan Serra Vilaró. Agotado. Madrid, 1929.
105. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS CELTIBERICA DEL ALTILLO DE CERROPOZO (ATIENZA, GUADALAJARA), por Juan Cabré, con la cooperación de Justo Juberias. Madrid, 1930. Precio, 500 ptas.
106. EXCAVACIONES EN LA COLONIA DE SAN PEDRO DE ALCANTARA (MALAGA), por José Pérez de Barradas. Madrid, 1930. Precio, 400 ptas.
107. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DEL MOLAR, por J. J. Sennet Ibañez. Madrid, 1930. Precio, 400 ptas.
108. EXCAVACIONES EN EL CAMINO DEL MESTE, PROXIMO AL PUENTE DEL ARROYO DE PEDROCHES (EXTRAMUROS DE CORDOBA), por Enrique Romero de Torres. Madrid, 1930. Precio, 350 ptas.
109. EXCAVACIONES EN EL CIRCO ROMANO DE TOLEDO, por Francisco de B. San Román, Ismael del Pan Fernández, Pedro Roman Martínez y Alfonso Rey Pastor. Madrid, 1930. Precio, 300 ptas.
110. EXCAVACIONES EN LA COGOTAS (CARDEÑOSA, AVILA), por Juan Cabré Aguiló. Agotado. Madrid, 1930.
111. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS ROMANO-CRISTIANA DE TARRAGONA, por Juan Serra Vilaró. Madrid, 1930. Precio, 400 ptas.
112. EXCAVACIONES EN TORREMANZANAS (ALICANTE), por José Belda Dominguez. Madrid, 1931. Precio, 500 ptas.
113. EXCAVACIONES EN LOS DOLMENES DE SALAMANCA, por César Morán. Madrid, 1931. Precio, 600 ptas.

114. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS VISIGODA DE DAGANZO DE ARRIBA (MADRID), por Saturio Fernández Godin y José Pérez de Barradas. Madrid, 1931. Precio, 400 ptas.
115. EXCAVACIONES EN LA CITANIA DE TRONA (PUENTEAREAS, PONTEVEDRA), por Luis Pericot Garcia y Florentino López Cuevillas. Madrid, 1931. Precio, 400 ptas.
116. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS ROMANO-CRISTIANA DE TARRAGONA, por Juan Serra Vilaró. Madrid, 1932. Precio, 1.000 ptas.
117. EXCAVACIONES EN CADIZ, por Pelayo Quintero Atauri. Madrid, 1932. Precio, 500 ptas.
118. EXCAVACIONES EN EL TEATRO ROMANO DE MERIDA, por José Ramón Melida y Maximiliano Macías. Madrid, 1932. Precio, 400 ptas.
119. EXCAVACIONES EN LA PROVINCIA DE SORIA, por Blas Taracena Aguirre, Madrid, 1932. Precio, 600 ptas.
120. EXCAVACIONES EN LAS COGOTAS (CARDEÑOSA, AVILA), por Juan Cabré Aguilo. Madrid, 1932. Precio, 1.500 ptas.
121. EXCAVACIONES EN EL CABEZO DE CASCARUJO, TERMINO DE ALCAÑIZ (TERUEL), por Adrián Bruhl. Madrid, 1932. Precio, 400 ptas.
122. EXCAVACIONES EN CADIZ, por Pelayo Quintero Atauri. Madrid, 1933. Precio, 400 ptas.
123. EXCAVACIONES EN EL PENDO (SANTANDER), por Carballo y Larin. Madrid, 1933. Precio, 600 ptas.
124. EXCAVACIONES EN SAGUNTO, Manuel Gonzalez Simancas. Madrid, 1933.
125. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS VISIGODA DE HERRERA DE PISUERGA, por Julio Martinez Santaolalla. Madrid, 1933.
126. EXCAVACIONES EN LA ALBUFERA DE ALICANTE (ANTIGUA LUCENTUM), por José Lafuente Vidal. Madrid, 1934. Precio, 1.200 ptas.
127. EXCAVACIONES EN ITALICA, por Andrés Parladé. Madrid, 1934. Precio, 600 ptas.
128. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DE VEGA DEL MAR (SAN PEDRO DE ALCANTARA, MALAGA), por José Pérez de Barradas. Madrid, 1934. Precio, 400 ptas.
129. EXCAVACIONES EN CADIZ, por Pelayo Quintero Atauri. Madrid, 1934. Precio, 400 ptas.
130. EXCAVACIONES EN OCAÑA, por Manuel González Simancas. Madrid, 1934. Precio, 400 ptas.
131. EXCAVACIONES EN POLLENTIA, por Juan Llabrés Sernal y Rafael Isasi Ransome. Madrid, 1934. Precio, 500 ptas.
132. EXCAVACIONES EN LA ISLA DEL CAMPELLO, por Francisco Figueras Pacheco. Madrid, 1934. Precio, 400 ptas.
133. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS ROMANO-CRISTIANA DE TARRAGONA, por Juan Serra Vilaró. Madrid, 1935. Precio, 1.000 ptas.
134. EXCAVACIONES EN CADIZ, por Pelayo Quintero Atauri. Madrid, 1935. Precio, 300 ptas.
135. EXCAVACIONES EN LOS DOLMENES DE SALAMANCA, por César Morán. Madrid, 1935. Precio, 300 ptas.
136. EXCAVACIONES EN LA CUEVA REMIGIA (CASTELLON), por Juan B. Pocar, Hugo Obermaier y Henri Breuil. Madrid, 1935. Precio, 1.500 ptas.

INFORMES Y MEMORIAS DE LA COMISARIA GENERAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS

Serie publicada de 1942 a 1956.

1. MEMORIA SOBRE LA SITUACION ARQUEOLOGICA DE LA PROVINCIA DE CADIZ EN 1940, por César Pemán. 1942. 2.^a edición. Precio, 300 ptas.
2. EL TESORO PREHISTORICO DE CALDAS DE REYES (PONTEVEDRA), por Fermin Bouza Brey. 1942. Precio, 300 ptas. Agotado.
3. MEMORIA DE LOS TRABAJOS REALIZADOS POR LA COMISARIA PROVINCIAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS DE ALBACETE EN 1941, por Joaquín Sánchez Jiménez. 1943. Precio, 300 ptas.
4. LAS EXCAVACIONES DEL PLAN NACIONAL EN LOS BAÑALES DE SADABA (ZARAGOZA), por José Galia Sarañana. 1944. Precio, 300 ptas.
5. EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN MONTE BERNORIO (PALENCIA), PRIMERA CAMPAÑA 1943, por Julián San Valero Aparisi. 1944. Precio, 250 ptas.
6. LA CAVERNA PREHISTORICA DE "EL CUETU", LLEDIAS (ASTURIAS), Y SUS PINTURAS RUPESTRES, por Juan Uria Riu. 1944. Precio, 250 ptas.
7. EL CASTRO DE YECLA, EN SANTO DOMINGO DE SILOS (BURGOS), por Saturio González Salas. 1945. Precio, 250 ptas.
8. EXCAVACIONES DEL PLAN NACIONAL EN MEDINA AZAHARA (CORDOBA), CAMPAÑA DE 1943, por Rafael Castellón y Martínez de Arizala. 1945. Precio, 300 ptas. Agotado.
9. EL TESORO PREIMPERIAL DE PLATA DE DRIVES (GUADALAJARA), por Julián San Valero Aparisi. 1945. Precio, 500 ptas.
10. EL TESORILLO VISIGODO DE TRIENTES DE LAS EXCAVACIONES DEL PLAN NACIONAL DE 1944-1945, EN ZORITA DE LOS CANES (GUADALAJARA), por Juan Cabré Aguiló. 1946. Precio, 500 ptas.
11. EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN GRAN CANARIA DEL PLAN NACIONAL DE 1942, 1943 y 1944, por Sebastián Jiménez, Sánchez. 1946. Precio, 500 ptas.
12. MEMORIA ARQUEOLOGICA DE LA PROVINCIA DE MALAGA HASTA 1946, por Simeón Jiménez Reina. 1946. Precio, 1.000 ptas.
13. PRIMERA CAMPAÑA DE EXCAVACIONES EN EL CABEZO DEL TIO PIO (ARCHENA), por Julián San Valero Aparisi y Domingo Fletcher Valls. 1947. Precio, 500 ptas.
14. EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN TENERIFE (CANARIAS), por Juan Alvarez Delgado y Luis Diego Cuscoy. 1947. Precio, 1.000 ptas.
15. EXCAVACIONES Y TRABAJOS ARQUEOLOGICOS EN LA PROVINCIA DE ALBACETE, DE 1942 a 1946, por Joaquín Sánchez Jiménez. 1947. Agotado.
16. EXCAVACIONES EN LA CIUDAD DEL BRONCE, II MEDITERRANEO DE LA BASTIDA, DE TOTANA (MURCIA), por Julio Martínez Santaolalla, Bernardo Saez Martín, Carlos F. Ponsac, José A. Soprano Salto y Eduardo del Val Caturia. 1947. Precio, 1.000 ptas.

17. LAS PINTURAS RUPESTRES DE LA CUEVA DEL POLVORIN (PUEBLO DE BENIFAZA, PROVINCIA DE CASTELLON), por Salvador Vilaseca. 1948. Precio, 500 ptas.
18. EXCAVACIONES EN SANTA MARIA DE EGARA (TARRASA), por José de C. Serra-Rafols y Epifanio de Fortuny, Barón de Esponellá. 1949. Precio, 500 ptas.
19. SEGUNDA CAMPAÑA DEL PLAN NACIONAL EN LOS BAÑALES (ZARAGOZA), por José Galiay Sarañana. 1949. Precio, 250 ptas.
20. EXCAVACIONES DEL PLAN NACIONAL EN EL CASTELLET DE BANYOLAS, DE TIVISA (TARRAGONA), por Salvador Vilaseca Anguera, José de C. Serra-Rafols y Luis Brull Cedo. 1949. Precio, 500 ptas.
21. EXCAVACIONES EN EL SANTUARIO IBERICO DEL CIGARRELEJO MULA, MURCIA), por Emeterio Cuadrado Diaz. 1950. Precio, 1.000 ptas.
22. EXCAVACIONES DE ASTA REGIA (MESAS DE ASTA, JEREZ), CAMPAÑA DE 1945-1946, por Manuel Esteve Guerrero. 1950. Agotado.
23. EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN EL CASTRO Y SU NECROPOLIS DE MEIRAS (LA CORUÑA), por José Maria Luengo y Martínez. 1950. Precio, 600 ptas.
24. ACTAS DE LA I ASAMBLEA NACIONAL DE COMISARIOS DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS, 1950-1951. Precio, 500 ptas.
25. LA NECROPOLIS DE VILLARICOS, por Mirian Astruc. 1951. Precio, 1.000 ptas. Agotado.
26. LOS SEPULCROS MEGALITICOS DE HUELVA. EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS DEL PLAN NACIONAL, 1946, por Carlos Cerdán Marquez, Georg Leisner y Vera Leisner. 1952. Precio, 1.200 ptas.
27. LA LABOR DE LA COMISARIA PROVINCIAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS DE GERONA DURANTE LOS AÑOS 1942 A 1948, por Luis Pericot y Garcia, con la colaboración de J. M. Corominas Planelles, M. Oliva Prat, etc. 1952. Precio, 1.200 ptas.
28. NUEVAS EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN LAS CANARIAS OCCIDENTALES. YACIMIENTOS EN TENERIFE Y LA GOMERA (1947-1951), por Luis Diego Cuscoy. 1953. Precio, 1.200 ptas.
29. ACTAS DE LA II ASAMBLEA NACIONAL DE COMISARIOS DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS, 1951-1954. Agotado.
30. LA LABOR DE LA COMISARIA PROVINCIAL DE ESCAVACIONES ARQUEOLOGICAS DE GERONA DURANTE LOS AÑOS 1952-1953, por Miguel Oliva Prat. Precio, 500 ptas.
31. MEMORIA DE LAS EXCAVACIONES DEL PLAN NACIONAL REALIZADAS EN CORDOBA (1948-1950), por Samuel de los Santos Gener. 1955. Agotado.
32. VIII REUNION DE LA COMISARIA PROVINCIAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS DE BARCELONA, CELEBRADA EN BADALONA EL 23 DE OCTUBRE DE 1955-1956. Agotado.

Pedidos: Biblioteca del Museo Arqueológico Nacional.
Serrano, 13.
Madrid-1.

ACTA ARQUEOLOGICA HISPANICA

- I.—EL POBLADO Y LA NECROPOLIS PREHISTORICOS DE LA MOLA (TARRAGONA), por Salvador Vilaseca. Precio, 1.000 ptas.
- II.—EL SAHARA ESPAÑOL ANTERISLAMICO (Algunos resultados de la primera expedición paleontológica al Sáhara. Julio-septiembre 1943), por Julio Martínez Santaolalla. Precio, 2.000 ptas.
- III.—EXCAVACIONES EN ASTA REGIA (MESAS DE ASTA, JEREZ), por Manuel Esteve Guerrero. Campaña de 1942-1943. Precio, 2.000 ptas.
- IV.—LA NECROPOLIS VISIGODA DE DURATON (SEGOVIA). EXCAVACIONES DEL PLAN NACIONAL DE 1942 y 1943, por Antonio Molinero Pérez. Precio, 2.500 ptas.
- V.—EL CASTRO Y LAS NECROPOLIS DEL HIERRO CELTICO DE CHAMARTIN DE LA SIERRA (AVILA), por Juan Cabré Aguiló, Encarnación Cabré de Morán y Antonio Molinero Pérez. Precio, 3.500 ptas.
- VI.—EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DE «EL BARRANQUETE» (ALMERIA), por María Josefa Almagro Gorbea. Precio, 2.000 ptas.
- VII.—EXCAVACIONES EN LA VILLA ROMANA DE LA OLMEDA, por Pedro de Palol y Javier Cortés. Precio, 2.000 ptas.
- VIII.—CASTULO I, por José María Blázquez, p. 344. Lám. LXXXIII. Madrid, 1975. Precio, 2.000 ptas.

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN ESPAÑA

1. LANCIA, por F. Jordá Cerdá. Precio, 200 ptas.
2. HERRERA DE PISUERGA, por A. García Bellido, A. Fernández de Avilés, A. Bail, M. Vigil. Precio, 350 ptas.
3. MEGALITOS DE EXTREMADURA I, por M. Almagro Basch. Precio, 200 ptas.
4. MEGALITOS DE EXTREMADURA II, por M. Almagro Basch. Precio, 200 ptas.
5. TOSSAL DEL MORO, por J. Maluquer de Motes. Precio, 200 ptas.
6. AITZBITARTE, por J. M. de Barandiarán. Precio, 200 ptas.
7. SANTIMAMIÑE, por J. M. de Barandiarán. Precio, 100 ptas.
8. LA ALCUDIA, por A. Ramos Folques. Precio, 150 ptas.
9. AMPURIAS, por M. Almagro Basch. Agotado.
10. NOTICIA PRELIMINAR SOBRE EL EMPLAZAMIENTO ACHELENSE DE TORRALBA (SORIA), por F. C. Howel, W. Butzer y E. Aguirre. Precio, 100 ptas.
11. MERIDA: LA GRAN NECROPOLIS ROMANA DE LA SALIDA DEL PUENTE, por A. García y Bellido. Precio, 150 ptas.
12. EL CERRO DEL REAL GALERA (GRANADA), por M. Pellicer y W. Schüle. Precio, 200 ptas.
13. EXCAVACIONES EN LAS FORTIFICACIONES DEL MONTGO, CERCA DE DENIA (ALICANTE), por H. Schubart, D. Fletcher Valls y J. Oliver y de Cárdenas. Precio, 200 ptas.
14. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DE CUEVAS ARTIFICIALES DE S'ON SUNYER (PALMA DE MALLORCA), por G. Roselló Bordoy. Precio, 200 ptas.
15. EXCAVACIONES EN «ES VINCLE VELL» (PALMA DE MALLORCA), por G. Roselló Bordoy. Precio, 200 ptas.
16. ESTRATIGRAFIA PREHISTORICA DE LA CUEVA DE NERJA, por M. Pellicer Catalán. Precio, 300 ptas.
17. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS PUNICA «LAURITA» DEL CERRO DE SAN CRISTOBAL (ALMUÑECAR, GRANADA), por M. Pellicer Catalán. Precio, 400 ptas.
18. INFORME PRELIMINAR SOBRE LOS TRABAJOS REALIZADOS EN CENTCELLES, por H. Schulumk T. Hauschild. Precio, 500 ptas.
19. LA VILLA Y EL MAUSOLEO ROMANOS DE SADABA, por A. García y Bellido. Precio, 150 ptas.
20. EXCAVACIONES EN SEPULCROS MEGALITICOS DE VALLDOSERA (QUEROL, TARRAGONA), por J. Maluquer de Motes, P. Giro y J. M. Masachs. Precio, 150 ptas.
21. CUEVA DE LAS CHIMENEAS, por J. González Echegaray. Precio, 400 ptas.
22. EL CASTELLAR (VILLAJIMENA, PALENCIA), por M. A. Guinea, P. J. González Echegaray y B. Madariaga de la Campa. Precio, 300 ptas.
23. UNA CUEVA SEPULCRAL DEL BARRANCO DEL AGUA DE DIOS, EN TEGUESTE (TENERIFE), por L. Diego Cuscoy. Precio, 200 ptas.
24. LA NECROPOLIS DE «SON REAL» Y LA «ILLA DELS PORROS» (MALLORCA), por M. Tarradell. Precio, 200 ptas.

25. POBLADO IBERICO DE EL MACALON (ALBACETE), por M. A. García Guinea y J. A. San Miguel Ruiz. Precio, 250 ptas.
26. CUEVA DE LA CHORA (SANTANDER), por P. J. González Echegaray, Dtor. M. A. García Guinea, A. Begines Ramírez (Estudio Arqueológico) y B. A. Mada-riaga de la Campa (Estudio Paleontológico). Precio, 300 ptas.
27. EXCAVACIONES EN LA PALAIOPOLIS DE AMPURIAS, por M. Almagro. Precio, 800 ptas.
28. POBLADO PRERROMANO DE SAN MIGUEL (VALLROMANES-MONTOR-NES, BARCELONA), por E. Ripoll Perelló, J. Barberá Farrás y L. Monreal Agus-tí. Precio, 200 ptas.
29. FUENTES TAMARICAS (VELILLA DEL RIO CARRION, PALENCIA), por A. García Bellido y A. Fernández de Avilés. Precio, 250 ptas.
30. EL POBLADO IBERICO DE ILDURO, por M. Ribas Beltrán. Precio, 200 ptas.
31. LAS GANDARAS DE BUDIÑO PORRIÑO (PONTEVEDRA), por E. Aguirre. Precio, 300 ptas.
32. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DE SAN JUAN DE BAÑOS (PA-LENCIA), por P. Palol. Precio, 350 ptas.
33. EXCAVACIONES EN LA VILLA ROMANA DEL «CERRADO DE S. ISI-DRO, PARCELA «VILLA POSSIDICA» DUEÑAS (PALENCIA), por Rvdo. R. Revilla, Ilmo. Sr. P. Palol Salellas y A. Cuadros Salas. Precio, 350 ptas.
34. CAPARRA (CACERES), por J. M. Blázquez. Precio, 350 ptas.
35. EXCAVACIONES EN EL CONJUNTO TALAYOTICO DE SON OMS (PAL-MA DE MALLORCA, ISLA DE MALLORCA), por G. Roselló Bordoy. Precio, 300 ptas.
36. EL TESORO DE VILLENA, por J. M. Soler García. Precio, 600 ptas.
37. TRES CUEVAS SEPULCRALES GUANCHES (TENERIFE), por L. Diego Cus-coy. Precio, 350 ptas.
38. LA CANTERA DE LOS ESQUELETOS (TORTUERO, GUADALAJARA), por E. Cuadrado, M. Fusté y R. Justé, S. J. Precio, 200 ptas.
39. EL COMPLEJO ARQUEOLOGICO DE TAURO ALTO (EN MOGON, ISLA DE GRAN CANARIA), por S. Jiménez Sánchez. Precio, 200 ptas.
40. POBLADO DE PUIG CASTELLAR (S. VICENTE DELS HORTS, BARCE-LONA), por E. Ripoll Perelló, J. Barberá Farrás y M. Llongueras. Precio, 200 ptas.
41. LA NECROPOLIS CELTIBERICA DE «LAS MADRIGUERAS» (CARRAS-COSA DEL CAMPO, CUENCA), por M. Almadro Gorbea. Precio, 350 ptas.
42. LA ERETA DEL PEDREGAL (NAVARRES, VALENCIA), por D. Fletcher Valls, E. Pla Ballester y E. Llobregat Conesa. Precio, 200 ptas.
43. EXCAVACIONES EN SEGOBRIGA, por E. Losada Gómez y R. Donoso Gue-rrero. Precio, 350 ptas.
44. MONTE BERNORIO (AGUILAR DE CAMPOO, PALENCIA), por J. San Va-lero Aparisi. Precio, 250 ptas.
45. MERIDA: LA GRAN NECROPOLIS ROMANA DE LA SALIDA DEL PUEN-TE (Memoria segunda y última), por A. García Bellido. Precio, 150 ptas.
46. EL CERRO DE LA VIRGEN, por W. Schüle y M. Pellicer. Precio, 350 ptas.
47. LA VILLA ROMANA DE LA TORRE LLAUDER DE MATARO, por M. Ribas Beltrán. Precio, 300 ptas.
48. LEVANTAMIENTO PLANIMETRICO DE «S'ILLOT» (S. LORENZO, MA-LLORCA), por G. Roselló Bordoy y O. Herman Frey. Precio, 300 ptas.
49. INFORME SOBRE LAS CASAS ROMANAS DE MERIDA Y EXCAVACIO-NES EN LA «CASA DEL ANFITEATRO», por E. García Sandoval. Precio, 600 ptas.

50. MEMORIA DE LA EXCAVACION DE LA MEZQUITA DE MEDINA AL-ZAHRA, por B. Pavón Maldonado. Precio, 750 ptas.
51. EXCAVACIONES EN EL CIRCULO FUNERARIO DE «SON BAULO DE DALT» (SANTA MARGARITA, ISLA DE MALLORCA), por G. Roselló Bordoy. Precio, 200 ptas.
52. EXCAVACIONES EN EL CERRO DEL REAL (GALERA, GRANADA), por Manuel Pellicer y Wilhelm Schüle. Precio, 200 ptas.
53. CUEVA DEL OTERO, por P. J. González Echeagaray, Dtor. M. A. García Guinea y A. Begines Ramírez. Precio, 350 ptas.
54. CAPARRA II (CACERES), por J. M. Blázquez. Precio, 350 ptas.
55. CERRO DE LOS SANTOS (MONTEALEGRE DEL CASTILLO, ALBACETE), por A. Fernández de Avilés. Precio, 400 ptas.
56. EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN IBIZA, por M. J. Almagro Gorbea. Precio, 300 ptas.
57. EXCAVACIONES EN NIEBLA (HUELVA)=EL «THOLOS» DE «EL MORO», por J. P. Garrido Roiz y E. M. Orta García. Precio, 300 ptas.
58. CARTEIA, por D. E. Woods, F. Collantes de Terán y C. Fernández Chicarro. Precio, 600 ptas.
59. LA NECROPOLIS DE «ROQUES DE SAN FORMATGE» EN SEROS (LERIDA), por R. Pita Mercé y L. Díez-Coronel y Montull. Precio, 350 ptas.
60. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS CELTIBERICA DE RIBA DE SAILICES (GUADALAJARA), por E. Cuadrado. Precio, 350 ptas.
61. EXCAVACIONES EN MONTE CILDA OLLEROS DE PISUERGA (PALENCIA), por M. A. García Guinea, J. González Echeagaray y J. A. San Miguel Ruiz. Precio, 600 ptas.
62. OTRA CUEVA ARTIFICIAL EN LA NECROPOLIS «MARROQUIES ALTOS», DE JAEN (CUEVA IV), por M. Rosario Lucas Pellicer. Precio, 250 ptas.
63. EXCAVACIONES EN HUELVA, EL CABEZO DE LA ESPERANZA, por J. P. Garrido Roiz. Precio, 250 ptas.
64. AVANCE AL ESTUDIO DE LAS CUEVAS PALEOLITICAS DE LA HOZ Y LOS CASARES (GUADALAJARA), por A. Beltrán Martínez e I. Barandiarán Maestu. Precio, 300 ptas.
65. EXCAVACIONES EN LA «TORRE DE PILATOS» (TARRAGONA), por A. Balil. Precio, 400 ptas.
66. TOSCANOS, por H. Schubert, H. G. Niemeyer y M. Pellicer Catalán. Precio, 900 ptas.
67. CAPARRA III, por J. M. Blázquez. Precio, 400 ptas.
68. EL TESORO Y LAS PRIMERAS EXCAVACIONES EN «EL CARAMBOLO» (CAMAS, SEVILLA), por J. de M. Carriazo. Precio, 500 ptas.
69. EL TESORO Y LAS PRIMERAS EXCAVACIONES DE EBORA, por J. de M. Carriazo. Precio, 350 ptas.
70. ALCONETAR, EN LA VIA ROMANA DE LA PLATA GARROVILLAS (CACERES), por L. Caballero Zoreda. Precio, 700 ptas.
71. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DE «LA JOYA» (HUELVA), por J. P. Garrido Roiz. Precio, 600 ptas.
72. APORTACIONES DE LAS EXCAVACIONES Y HALLAZGOS CASUALES (1941-1959) AL MUSEO ARQUEOLOGICO DE SEGOVIA, por A. Molinero Pérez. Precio, 1.000 ptas.
73. EL POBLADO DE ALMALLUTX (ESCORGA, BALEARES), por M. Fernández-Miranda, B. Enseñat y C. Enseñat. Precio, 500 ptas.

74. EXCAVACIONES ALTOMEDIEVALES EN LAS PROVINCIAS DE SORIA, LOGROÑO Y BURGOS, por A. del Castillo. Precio, 500 ptas.
75. POLLENTIA I. EXCAVACIONES EN SA PORTELLA, ALCUDIA (MALLORCA), por A. Arribas, M. Tarradell y D. E. Woods. Precio, 750 ptas.
76. LA CUEVA DE LOS CASARES (EN RIBA DE SAELICES, GUADALAJARA), por I. Barandiarán. Precio, 750 ptas.
77. SEGUNDA CAMPAÑA DE EXCAVACIONES EN «LA CUEVA DE LOS MURCIELAGOS» (ZUHEROS, CORDOBA) 1969, por A. M. Vicent Zaragoza y A. M. Muñoz Amilibia. Precio, 750 ptas.
78. EXCAVACIONES EN ITALICA, ESTRATIGRAFIA EN EL PAJAR DE ARTILLO (Campaña 1970), por J. M. Luzón Nogué. Precio, 750 ptas.
79. EXCAVACIONES EN LA CASA DE VELAZQUEZ EN BELO (BOLONIA, CADIZ), Campañas 1966 a 1971, por C. Domerge, G. Nicolini, D. Nony, A. Bourgeois, F. Mayet, J. C. Richard. Precio, 750 ptas.
80. LA NECROPOLIS TARDORROMANA DE FUENTESPREADAS (ZAMORA), UN ASENTAMIENTO EN EL VALLE DEL DUERO, por L. Caballero Zoreda, con un apéndice redactado por Tito Varela. Precio, 750 ptas.
81. EXCAVACIONES EN EL POBLADO DE LA EDAD DEL BRONCE «CERRO DE LA ENCINA» MONACHIL (GRANADA), por A. Arribas Paláu. Precio, 750 ptas.
82. EXCAVACIONES EN MONTE CILDA (OLLEROS DE PISUERGA, PALENCIA), por M. A. García Guinea, J. M. Iglesias Gil y P. Caloca. Agotado.
83. LOS CAMPOS DE TUMULOS DE PAJARONCILLO (CUENCA), aportación al estudio de los Túmulos de la Península Ibérica, por M. Almagro Gorbea. Precio, 750 ptas.
84. LA NECROPOLIS HISPANO-VISIGODA DE SEGOBRIGA. SAELICES (CUENCA), por M. Almagro Basch. Precio, 750 ptas.
85. ABDERA. EXCAVACIONES EN EL CERRO DE MONTECRISTO (ADRA, ALMERIA), por M. Fernández-Miranda Fernández y L. Caballero Zoreda. Precio, 750 ptas.
86. EXCAVACIONES EN EL POBLADO DE LA CUESTA DEL NEGRO (PURULLENA, GRANADA), Campaña 1971, por F. Molina González y E. Pareja López. Precio, 750 ptas.
87. LA NECROPOLIS VISIGODA DEL LUGAR LA VARELLA-CASTELLAR (CODO, ZARAGOZA), por J. L. Argente Oliver. Precio, 400 ptas.
88. EXCAVACIONES EN EL POBLADO MEDIEVAL DE CAULERS. Mun. Caldes de Malavella, provincia de Gerona, por M. Riu. Precio, 400 ptas.
89. LA BASILICA PALEOCRISTIANA DE CASA HERRERA, EN LAS CERCANIAS DE MERIDA (BADAJOZ), por L. Caballero Zoreda y T. Ulbert. Precio, 750 ptas.
90. TRAYAMAR. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo, por H. Schubart y H. Georg Niemeyer. Precio, 1.200 ptas.
91. EXCAVACIONES EN LA ALCUDIA DE ELCHE. Durante los años 1968 al 1973, por A. Ramos Folques y R. Ramos Fernández. Precio, 750 ptas.
92. EL YACIMIENTO IBERICO DEL «ALTO CHACON» (TIERMES). Campañas realizadas en 1969, 1970, 1971 y 1972, por P. Atrián Jordán. Precio, 750 ptas.
93. MINAS DE ORO ROMANAS DE LA PROVINCIA DE LEON (Tomo I), por C. Domerge, P. Silliere. Precio, 750 ptas.
94. MINAS DE ORO ROMANAS DE LA PROVINCIA DE LEON (Tomo II), por C. Domerge, P. Silliere. Precio, 750 ptas.

95. EXCAVACIONES EN EL POBLADO DE «EL PICACHO», por F. Hernández Hernández, I. Dug Godoy. Precio, 750 ptas.
96. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DE «LA JOYA» HUELVA II (3.^a, 4.^a y 5.^a Campañas), por J. P. Garrido Roiz, E. M. Orta García. Precio, 750 ptas.
97. HALLAZGOS ISLAMICOS EN BALAGUER Y LA ALJAFERIA DE ZARAGOZA, por Ch. Ewert. Precio, 1.750 ptas.
98. POLLENTIA II, por A. Arribas, M. Tarradell y D. Woods. Precio, 1.750 ptas.
99. EXCAVACIONES EN EL YACIMIENTO PROTOHISTORICO DE LA PEÑA NEGRA, CREVILLENTE (ALICANTE) (1.^a y 2.^a Campañas), por A. González Prats. Precio, 1.500 ptas.
100. LA VILLA TARDORROMANA DE BAÑOS DE VALDEARADOS (BURGOS), por J. L. Argente Oliver. Precio, 1.500 ptas.
101. EL FONDEADERO DE CALES COVES (ALAYOR, MENORCA), por M. Fernández-Miranda, M. Belén. Precio, 1.500 ptas.
102. EXCAVACIONES EN EL CABEZO DE SAN PEDRO (HUELVA), Campaña 1977, por J. M. Blázquez Martínez, D. Ruiz Mata, J. Remesal Rodríguez, J. L. Ramírez Sadaba y K. Claus. Precio, 1.500 ptas.
103. EL POBLADO IBERICO DE CASTILLEJO DE LA ROMANA (LA PUEBLA DE HIJAR, TERUEL), por M. Beltrán Lloris. Precio, 1.500 ptas.
104. LA NECROPOLIS SURESTE DE BAELO, por J. Remesal Rodríguez. Precio, 1.500 ptas.
105. CASTULO II, por J. M. Blázquez. Precio, 3.000 ptas.
106. EL YACIMIENTO ACHELENSE DE PINEDO (TOLEDO), por M. A. Queral, M. Santonja. Precio, 1.500 ptas.
107. LA CUEVA DEL ASNO. LOS RABANOS (SORIA), Campañas 1976-1977, por J. J. Eiroa. Precio, 1.000 ptas.
108. CAESARAUGUSTA I (Campaña 1975-1976), por M. Beltrán Lloris. Precio, 1.500 pesetas.
109. LA IGLESIA Y EL MONASTERIO VISIGODO DE SANTA MARIA DE MELQUE (TOLEDO). Arqueología y Arquitectura S. Pedro de la Mata (Toledo) y Santa Comba de Bande (Orense), por L. Caballero. Precio, 5.000 ptas.
110. EL CAUREL, por J. M. Luzón, F. J. Sánchez-Palencia y otros. Precio, 1.000 ptas.
111. TIERNES I, por J. L. Argente y otros. Precio, 2.000 ptas.
112. EL PEÑON DE LA REINA (ALBOLODUY, ALMERIA), por C. Martínez y M. C. Botella. Precio, 2.000 ptas.
113. EL CERRO DE LA ENCANTADA (GRANATULA DE CALATRAVA, CIUDAD REAL), por G. Nieto y J. Sánchez Meseguer. Precio, 1.000 ptas.
114. ORETO I, por G. Nieto, J. Sánchez Meseguer y C. Poyato. Precio, 1.500 ptas.
115. CUEVA DE LAS CALDAS, S. JUAN DE PRIORIO (OVIEDO), por M. Hoyos, E. Soto, G. Meléndez y S. Corchón. Precio, 1.500 ptas.
116. LA CUEVA DE LA PALOMA, SOTO DE LAS REGUERAS (ASTURIAS), por M. Hoyos, M.^a I. Martínez, T. Chapa, F. B. Sánchiz y P. Castaños. Precio, 1.000 pesetas.
117. CASTULO III, por J. M. Blázquez Martínez y J. Valiente Maya. Precio, 2.000 ptas.
118. LAS CUEVAS SEPULCRALES MALLORQUINAS DE LA EDAD DEL HIERRO, por C. Enseñat Enseñat. Precio, 1.000 ptas.
119. LA NECROPOLIS DE BAZA, por F. Presedo Velo. Precio, 1.500 ptas.
120. CARTEIA I, por F. Presedo Velo, J. Muñiz Coello, J. M. Santero Santurio; F. Chaves Tristán. Precio, 2.000 ptas.
121. ITALICA (SANTIPONCE, SEVILLA), por varios. Precio, 2.000 ptas.

122. LA MESA DE SETEFILLA, LORA DEL RIO (SEVILLA), Campaña 1979, por M. E. Aubet, M. R. Serna, J. L. Escacena, M. M. Ruiz Delgado. Precio, 2.000 ptas.
123. SEGOBRIGA I. Los textos de la antigüedad sobre SEGOBRIGA y las discusiones acerca de la situación geográfica de aquella ciudad, por M. Almagro Basch. Precio, 1.600 ptas.
124. EL CERRO MACARENO, por M. Pellicer Catalán, J. L. Escacena Carrasco, M. Bendala Galán. Precio, 2.000 ptas.
125. EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN LACIPO (CASARES, MALAGA), Campañas 1975-1976, por R. Puertas Tricas. Precio, 2.200 ptas.
126. AUGUSTA EMERITA I, por M. P. Caldera de Castro y A. Velázquez Jiménez. Precio, 1.600 ptas.
127. SEGOBRIGA II. INSCRIPCIONES IBERICAS Y LATINAS, por M. Almagro Basch.
128. TIERMES II, Campañas 1979-1980. Trabajos de excavación realizados en la Ciudad Romana y en la Necrópolis Medieval, por J. L. Argente Oliver y otros.
129. LA NECROPOLIS DE BARIA (ALMERIA), Campañas 1975-1978, por M. Josefa Almagro Gorbea.
130. EL YACIMIENTO DE CANTOS TRABAJADOS EN EL ACULADERO (PUERTO DE SANTA MARIA, CADIZ), por M.^a Angeles Querol y Manuel Santonja.
131. CASTULO IV, por J. M. Blázquez. Precio, 2.000 ptas.
132. LA NECROPOLIS DEL PUIG DES MOLINS (IBIZA), Campaña 1946, por C. Gómez Bellard. Precio, 1.800 ptas.
133. ASENTAMIENTO PUNICO DE NA GUARDIS, por V. Guerrero Ayuso.
134. LOS TOLMOS DE CARACENA (SORIA), Campañas de 1977, 1978 y 1979. Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero, por A. Jimeno Martínez. Precio, 2.500 ptas.
135. INDUSTRIAS PALEOLITICAS DE LA MAYA I EN SU AMBITO REGIONAL, por M. Santonja y A. Pérez González. Precio, 2.000 ptas.
136. PAPA UVAS I (ALJARAQUE, HUELVA), Campañas de 1976 a 1979, por J. Clemente Martínez de la Cruz.
137. COMPLUTUM I. Excavaciones, por D. Fernández-Galiano.
138. COMPLUTUM II. Mosaicos, por D. Fernández-Galiano.
139. EL AMAREJO (BONETE, ALBACETE), por S. Broncano y J. Blánquez.
140. CASTULO V, por J. M.^a Blázquez, M.^a Paz Gelabert Pérez y F. López Pardo. Precio, 2.500 ptas.
141. EL CASTRO Y CORONA DE CORPORALES I, por M.^a D. Fernández-Posse y Francisco J. Sánchez-Palencia. Precio, 2.600 ptas.
142. LA NECROPOLIS VISIGODA DE EL CARPIO DE TAJO (TOLEDO), por G. Ripoll. Precio, 2.000 ptas.
143. CERRO REDONDO FUENTE EL SAZ DEL JARAMA, MADRID, por C. Blasco y M.^a A. Alonso. Precio, 2.000 ptas.
144. LA ALCAZABA DE BADAJOZ, por Fernando Valdés. Precio, 1.500 ptas.
145. CLUNIA III, LOS HALLAZGOS MONETARIOS Y LA CIRCULACION DE MONEDA EN CLUNIA, por J. M. Gurt Esparraguera. Precio, 2.000 ptas.
146. NUMANCIA I, LA TERRA SIGILLATA, por María Victoria Romero Carnicero. Precio, 2.000 ptas.
147. EL CASTELLAR DE MECA. AYORA (VALENCIA), TEXTOS, por Santiago Broncano Rodríguez. Precio, 1.000 ptas.

NOTICIARIO ARQUEOLOGICO HISPANICO

TOMO I,	1953. Precio, 2.000 ptas.
TOMO II,	1955. Precio, 2.000 ptas.
TOMO III-IV,	1954-1955. Precio, 3.000 ptas.
TOMO V,	1956-1961. Precio, 1.000 ptas.
TOMO VI,	1962. Precio, 3.000 ptas.
TOMO VII,	1963. Precio, 1.500 ptas.
TOMO VIII-IX,	1964-1965. Precio, 2.000 ptas.
TOMO X-XI-XII,	1966-1968. Precio, 1.500 ptas.
TOMO XIII-XIV,	1969-1970. Precio, 2.000 ptas.
TOMO XV,	1971. Precio, 1.800 ptas.
TOMO XVI,	1971. Precio, 3.000 ptas.

NUEVA SERIE

TOMO 1, Prehistoria 1.	1972. Precio, 1.200 ptas.	Arqueología, 1.	1972. Precio, 1.200 ptas.
TOMO 2, Prehistoria 2.	1973. Precio, 1.200 ptas.	Arqueología, 2.	1973. Precio, 1.200 ptas.
TOMO 3, Prehistoria 3.	1975. Precio, 1.200 ptas.	Arqueología, 3.	1975. Precio, 1.200 ptas.
TOMO 4, Prehistoria 4.	1975. Precio, 1.200 ptas.	Arqueología, 4.	1976. Precio, 2.000 ptas.
TOMO 5, Prehistoria 5.	1976. Precio, 1.200 ptas.	Arqueología, 5.	1977. Precio, 2.000 ptas.
TOMO 6,	1979. Precio, 2.000 ptas.		
TOMO 7,	1979. Precio, 2.000 ptas.		
TOMO 8,	1980. Precio, 2.000 ptas.		
TOMO 9,	1980. Precio, 2.000 ptas.		
TOMO 10,	1980. Precio, 2.000 ptas.	(Agotado).	
TOMO 11,	1981. Precio, 2.000 ptas.		
TOMO 12,	1981. Precio, 2.000 ptas.		
TOMO 13,	1982. Precio, 2.000 ptas.		
TOMO 14,	1982. Precio, 2.000 ptas.		
TOMO 15,	1983. Precio, 2.000 ptas.		
TOMO 16,	1983. Precio, 2.000 ptas.		
TOMO 17,	1983. Precio, 2.000 ptas.		
TOMO 18,	1984. Precio, 2.200 ptas.		
TOMO 19,	1984. Precio, 2.200 ptas.		
TOMO 20,	1985. Precio, 2.400 ptas.		
TOMO 21,	1985. Precio, 2.400 ptas.		
TOMO 22,	1985. Precio, 2.400 ptas.		
TOMO 23,	1985. Precio, 2.400 ptas.		
TOMO 24,	1985. Precio, 2.000 ptas.		
TOMO 25,	1985. Precio, 2.000 ptas.		
TOMO 26,	1985. Precio, 2.000 ptas.		

ETNOGRAFIA ESPAÑOLA

TOMO 1,	1980. Precio, 2.000 ptas.
TOMO 2,	1981. Precio, 2.000 ptas.
TOMO 3,	1983. Precio, 2.400 ptas.
TOMO 4,	1984. Precio, 2.400 ptas.
TOMO 5,	1985. Precio, 2.400 ptas.

MONOGRAFIAS DEL CENTRO DE INVESTIGACION Y MUSEO DE ALTAMIRA

1. NOTAS SOBRE LA ECONOMIA DEL PALEOLITICO SUPERIOR (Santander, 1980), por F. Bernaldo de Quirós. Precio, 400 ptas.
2. EL AZILIENSE EN LAS PROVINCIAS DE ASTURIAS Y SANTANDER (Santander, 1980), por J. Fernández Tresguerres. Precio, 1.200 ptas.
3. EL PALEOLITICO SUPERIOR DE LA CUEVA DEL RASCAÑO (SANTANDER) (Santander, 1981), por J. González Echegaray e Ignacio Barandiarán. Precio, 1.950 ptas.
4. EL MAGDALENIENSE INFERIOR Y MEDIO DE LA COSTA CANTABRICA (Santander, 1981), por P. Utrilla Miranda. Precio, 1.950 ptas.
5. PROYECTO CIENTIFICO-TECNICO ELABORADO PARA LA CONSERVACION DE LAS PINTURAS DE LA CUEVA DE ALTAMIRA (Santander, 1981), por E. Villar. Precio, 100 ptas.
6. LAS PINTURAS RUPESTRES DE ALBARRACIN (TERUEL) (Santander, 1982), por F. Piñón Varela. Precio, 2.750 ptas.
7. EL ASTURIENSE Y OTRAS CULTURAS LOCALES (Santander, 1982), por M. González Morales. Precio, 1.950 ptas.
8. LOS INICIOS DEL PALEOLITICO SUPERIOR CANTABRICO (1982), por F. Bernaldo de Quirós. Precio, 2.000 ptas.
9. ESTUDIO FISICO-QUIMICO DE LAS CUEVAS DE ALTAMIRA (1983), por varios autores. Precio, 600 ptas.
10. SOLUTRENSE VASCO-CANTABRICO. UNA NUEVA PERSPECTIVA (1983), por L. Guy Straus. Precio, 2.000 ptas.
11. ESTUDIOS FISICO-QUIMICOS DE LA SALA DE POLICROMOS. Influencia de la presencia humana y criterios de conservación (1984). Varios autores. Precio, 1.300 ptas.

MONOGRAFIAS DEL MUSEO NACIONAL DE ARQUEOLOGIA MARITIMA Y CENTRO NACIONAL DE INVESTIGACIONES ARQUEOLOGICAS SUBMARINAS

VI CONGRESO INTERNACIONAL DE ARQUEOLOGIA SUBMARINA. Cartagena, 1982 (1985). Varios autores. Precio, 4.000 ptas.

MEMORIAS DE ACTIVIDADES

- Arqueología 79. Precio, 1.500 ptas.
- Arqueología 80. Precio, 1.500 ptas.
- Arqueología 81. Precio, 2.000 ptas.
- Arqueología 82. Precio, 2.000 ptas.
- Arqueología 83. Precio, 2.500 ptas.

CONGRESOS, SYMPOSIA Y SEMINARIOS

ALTAMIRA SYMPOSIUM. 1980. Agotado.

LA RELIGION ROMANA EN HISPANIA. 1981. Precio, 1.500 ptas.

INDIGENISMO Y ROMANIZACION EN EL CONVENTUS ASTURUM. 1983. Precio, 800 ptas.

II SEMINARIO DE ARQUEOLOGIA DEL NOROESTE. 1983. Precio, 2.000 ptas.

VI CONGRESO DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS. 1983. Precio, 800 ptas.

I JORNADAS DE METODOLOGIA DE INVESTIGACION PREHISTORICA, SORIA, 1981. 1984. Precio, 2.500 ptas.

CALAHORRA. BIMILENARIO DE SU FUNDACION. Precio, 3.300 ptas.

ARQUEOLOGIA DE LAS CIUDADES MODERNAS SUPERPUESTAS A LAS ANTIGUAS. Zaragoza, 1983. Precio, 3.300 ptas.

LA MADERA EN LA CONSERVACION Y RESTAURACION DEL PATRIMONIO CULTURAL. Precio, 1.500 ptas.

EPIGRAFIA HISPANICA

TOMO 2, LEXICO DE INSCRIPCIONES IBERICAS, 1985, por J. Siles. Precio, 1.500 pesetas.

OTRAS PUBLICACIONES

VILLAS ROMANAS EN ESPAÑA. 1982. Precio, 3.000 ptas.

HOMENAJE AL PROFESOR MARTIN ALMAGRO BASCH. 1983:

Tomo I. }
Tomo II. } Precio, 8.000 ptas.
Tomo III. }
Tomo IV. }

SAUTUOLA I. 1975. Precio, 2.500 ptas.

SAUTUOLA II. 1976-77. Precio, 2.500 ptas.

SAUTUOLA III. 1982. Precio, 2.500 ptas.

R. A. E.

REPERTORIO DE ARQUEOLOGIA ESPAÑOLA. 1970. Precio, 250 ptas.

REPERTORIO DE ARQUEOLOGIA ESPAÑOLA. 1971. Precio, 200 ptas.

REPERTORIO DE ARQUEOLOGIA ESPAÑOLA. 1972. Precio, 250 ptas.

REPERTORIO DE ARQUEOLOGIA ESPAÑOLA. 1973. Precio, 350 ptas.

REPERTORIO DE ARQUEOLOGIA ESPAÑOLA. 1974. Precio, 300 ptas.

REPERTORIO DE ARQUEOLOGIA ESPAÑOLA. 1975. Precio, 600 ptas.

REPERTORIO DE ARQUEOLOGIA ESPAÑOLA. 1976. Precio, 800 ptas.

REPERTORIO DE ARQUEOLOGIA ESPAÑOLA. 1977. Precio, 800 ptas.

REPERTORIO DE ARQUEOLOGIA ESPAÑOLA. 1978. Precio, 800 ptas.

Pedidos:

Administración de Publicaciones del Patronato
Nacional de Museos.
San Mateo, 13. 28004 Madrid.

Museo Arqueológico Nacional.
Serrano, 13.
28001 Madrid.

